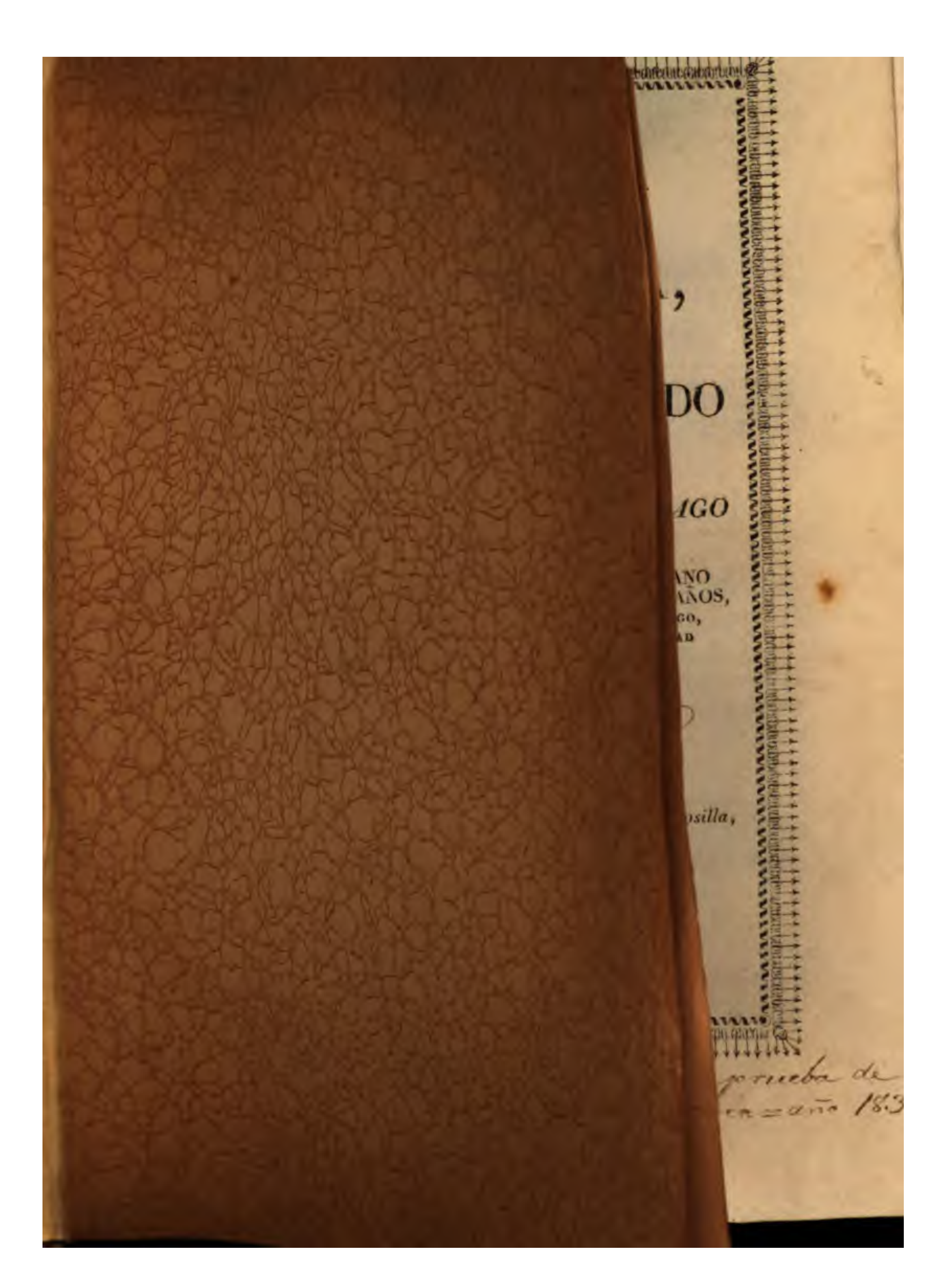
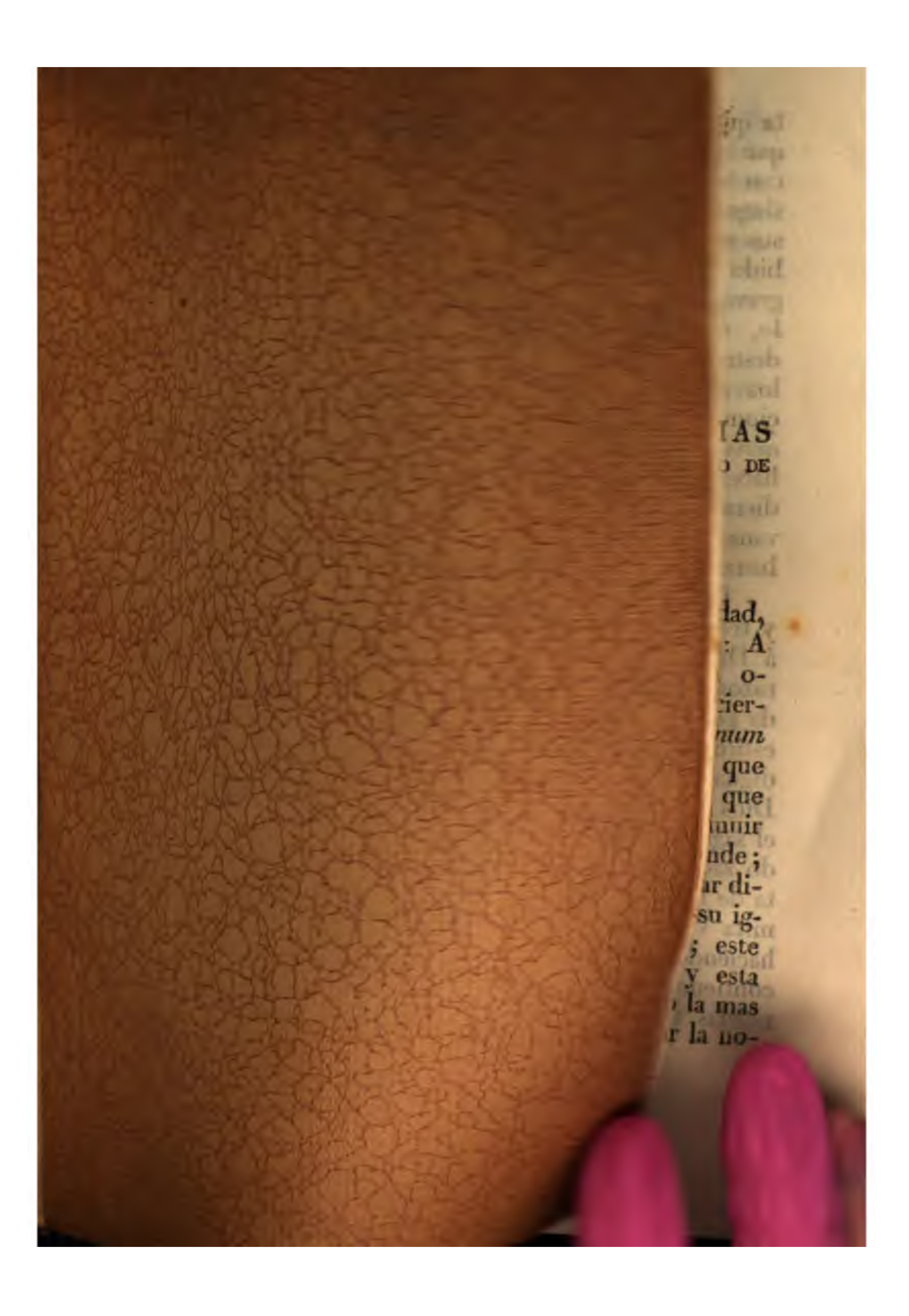
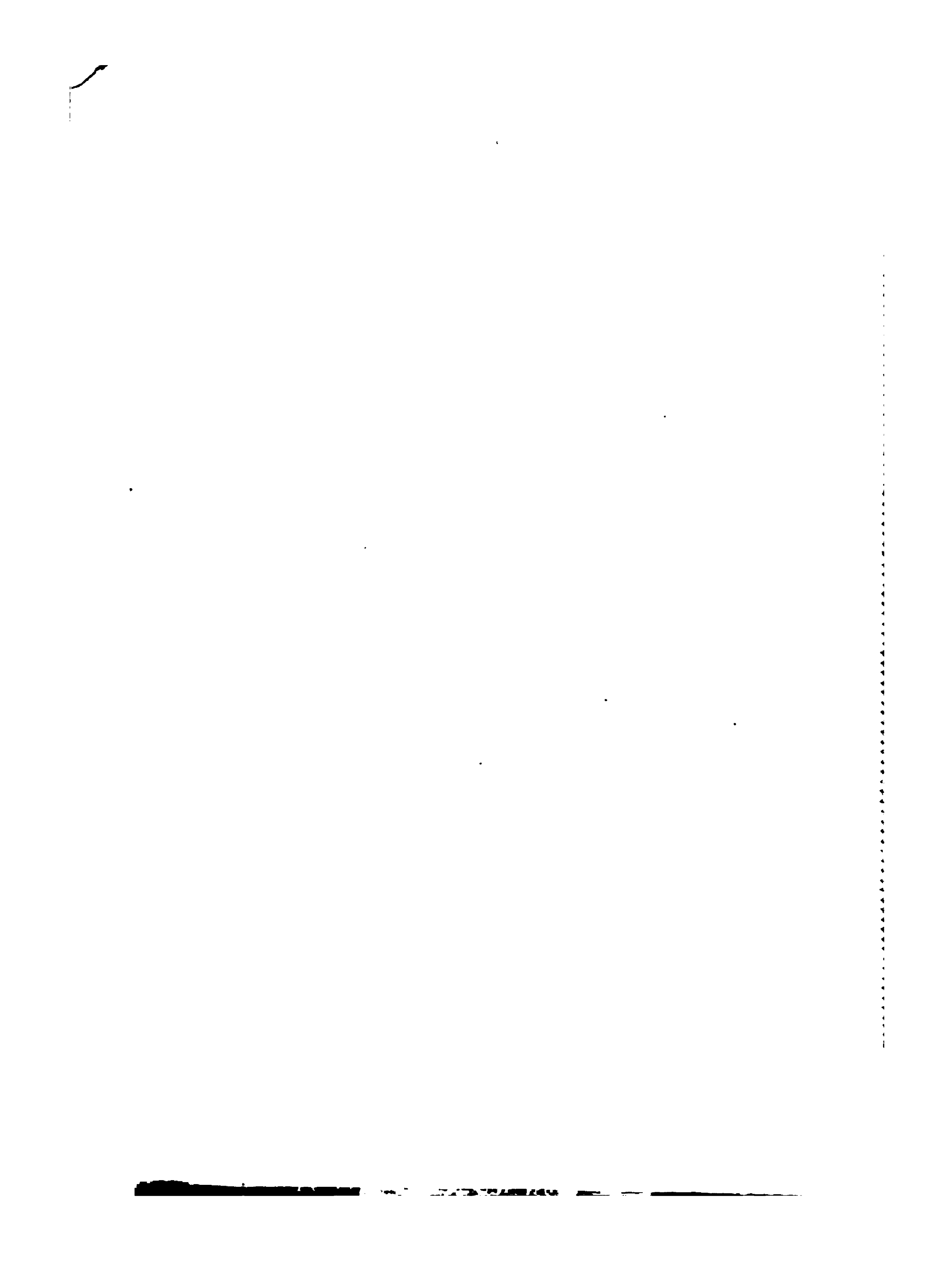



DO
AGO
ANO
AÑOS,
osilla,
prueba de
año 183


SA 9535.3.3





HISTORIA
DE LA CONQUISTA
Y POBLACION DE LA PROVINCIA
DE VENEZUELA,
ESCRITA
POR D. JOSÉ DE OVIEDO
Y BAÑOS,

VECINO DE LA CIUDAD DE SANTIAGO DE LEON DE CARACAS.

QUIEN LA CONSAGRA Y DEDICA A SU HERMANO EL SEÑOR D. DIEGO ANTONIO DE OVIEDO Y BAÑOS, OIDOR DE LAS REALES AUDIENCIAS DE SANTO DOMINGO, GUATEMALA, Y MEJICO, DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD EN EL REAL Y SUPREMO DE LAS INDIAS.

PRIMERA PARTE.

[illegible] Mejía

CON PRIVILEJIO:
En Madrid, en la Imprenta de D. Gregorio Hermosilla, en la calle de los Jardines. Año M. DCCXXIII.

REIMPRESO EN CARACAS.
IMPRENTA DE DOMINGO NAVAS SPINOLA.
1824.

Diego Antonio Alcalá la regaló en prueba de [illegible] á Santiago [illegible] Mérida año 1831

AL SEÑOR

DON DIEGO ANTONIO DE OVIEDO Y BAÑOS,

OYDOR DE LAS REALES AUDIENCIAS DE LA ESPAÑOLA, GUATEMALA, Y MEJICO, DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD EN EL REAL, Y SUPREMO DE LAS INDIAS.

EN la proteccion de V. S. busca la seguridad, para correr sin recelo, la Historia de Venezuela: A quien sino á V. S. pudiera yo consagrar esta obra, para dejar en su sombra afianzados los aciertos? *Si tibi deest meritum* (decia Ciceron) *magnum cura subrogare Patronum*: Y siendo las prendas que adornan á V. S. de aquella esfera tan superior, que sin que las exajere la lisonja, ni las pueda disminuir la emulacion, lo acreditan á todas luces por grande; para que los deméritos de mi pluma puedan pasar disimulados, sin dar de ojos en los tropiezos de su ignorancia: *Magnum cura subrogare Patronum;* este es el motivo por que á V. S. se la dedico; y esta es la razon por que se la consagro: omitiendo la mas individual espresion en sus elojios, por escusar la no-

ta que se me puede imputar de interesado, pues aunque sobre los ilustres blansones heredados resplandecen en V. S. la gran literatura, consumada prudencia, singular talento, y conocido valor con que ayudado de sus muchas esperiencias, y general comprension ha sabido V. S. dar glorioso espediente á los negocios mas graves, que la Real confianza ha cometido á su zelo, usando de la pluma de Minerva con la misma destreza que ha sabido aprovecharse en ocasiones de los aceros dé Palas, pàra dejar verificado en sus acciones, que *Palladis effigies una est cademque Minervæ*, habiendo debido á la naturaleza la dicha de hacerme tan inmediato á V. S. en la sangre, pudiera la critica censura atribuir á elacion de propia vanagloria todo lo que corriera la pluma en su alabanza; y asi *laudet te alienus.*

Un vaso de agua (segun consta del capítulo veinte y tres de el Libro segundo de los Reyes) ofrecieron á David tres invencibles soldados; y cuando en toda razon política parece se debia reputar tan corta ofrenda por materia despreciable para los ojos de un rey, la estimó tanto aquel discreto monarca, que juzgándola digna víctima de mas soberanas aras, se la ofreció á Dios: *Livavit eam Dòmino;* sin que dé otra razon el sagrado Texto para esta demostracion, que haber sido sacada aquella agua de la Cisterna de Belén, á costa de la fatiga, y trabajo de aquellos tres capitanes. Admita V. S. la corta víctima de mi rendido obsequio, haciéndola digna ofrenda de sus aras, no por lo que contiene, sino por el imponderable trabajo, y continuadas taréas que me ha costado sacar de la Cisterna

del olvido en que estaban sepultados, por violencia de la omision, y rigores del descuido, los memorables hechos de aquellos valerosos españoles, que dan materia para tejer la narracion de esta Historia, para que saliendo á luz á la sombra de V. S. deban á su pátrocinio los aplausos que merecieron sus obras. Guarde Dios á V. S. los años que deseo en el mayor ascenso, que corresponde á sus méritos.

B. L. M. de V. S. su hermano, y afecto servidor.

D. José de Oviedo y Baños.

CENSURA DE DON ANTONIO DONGO, Bibliotecario de la real Biblioteca de su Majestad, y oficial de la Secretaria de Estado.

M. P. S.

DE orden de V. A. he conocido el primer tomo de un libro intulado, *Conquista de la Provincia de Venezuela*, su Autor Don José de Oviedo y Baños, y en él no he hallado cosa en que se desvie de lo que enseña la santa Iglesia Romana, ni cosa opuesta á las regalías, y buenas leyes de estos Reinos, por lo cual se le debe dar la licencia que pide. Asi lo juzgo: *Salvo*, *ect.* Madrid, y Agosto 26 de 1722.

Don Antonio Dongo.

APROBACION DEL LICENCIADO DON Manuel Isidoro de Mirones y Benavente, del Consejo de su Majestad, y Oidor de la Real Audiencia de Panamá.

En obedecimiento al órden del señor Don Cristóbal Damasio Canónigo de la insigne Colejiata del Sacro monte Ilipulitano Valparaíso, Inquisidor Ordinario, y Vicario de esta Villa, y su partido, he leido el libro intitulado, *Historia de la Provincia de Venezuela*, que intenta dar á la estampa Don José de Oviedo y Baños, vecino de Carácas: y embargada la atencion desde el principio, por la curiosidad de venir en conocimiento de lo que se habia ocultado al público con especificacion por tantos años, pues solo se refiere en jeneral por Antonio de Herrera en sus decadas, (1) y demas coronistas de la América, el arribo de los españoles á la dilatada costa de barlovento, poblacion de Coro, y reduccion de aquella parte del nuevo mundo al gremio de la iglesia, y dominio de nuestros católicos monarcas; quedé suspenso, admirando por el contexto, el inimitable desvelo del Autor en solicitar materiales que perfeccionasen la obra; pues no ministrándoselos escritor alguno en particular, debió á su aplicacion el hallarlos, rejistrando los archivos de la ciudad de Carácas, y otras de aquel territorio, cuya duplicacion de trabajo, por tener el temperamento de aquel clima re-

(1) Herrera Decada 4. libro 4. cap. 7. y libro 6. cap. 1.

ducidos los papeles, así por la humedad que consume lo escrito, como por la polilla, que taladra los procesos, á un caos, que pone en confusion lo pasado, no es justo se quede en el silencio. Y si á los primeros inventores de las cosas, segun refiere Polidoro Virjilio en su Epístola dedicatoria á Ludovico Odacio, (2) no se les debe defraudar del aplauso de que la infatigable investigacion de su discurso les hizo acreedores, dando á luz la verdad de lo que estaba negado hasta entónces á la noticia de los hombres; careciendo la historia de lo que al presente desea el Autor se imprima, es digno de que se le otorgue la licencia, para que en la memoria de los siglos, desfrute en alabanzas lo que sus taréas estudiosas le han granjeado de merecimiento.

Materiales tuvieron Triboniano, Theophilo, y Doroteo en las innumerables respuestas de los Jurisconsultos para desempeñar lo que el zelo de el emperador Justiniano les habia encomendado á su esperiencia consumada; (3) pero el haber de reducir la confusion de tantas decisiones al órden de cincuenta libros de que se componen los Dijestos, y á la serie de títulos para la mayor claridad de los tratados, motivó, á que como no esperada, se atribuyese á sus Autores, entre los elojios que merecia su aplicacion, deberse á influjo mas que humano el acierto de la obra: *Opus desperatum, quasi per medium profundum euntes, cœlesti favore adimplevimus.* (4) Permítase la aplicacion á quien sin mas que los limitados

(2) Polidoro Virjilio de gli inventori delle cose.
(3) Lex 2 §. Omnia Cod. de veteri Iure enucleando.
(4) In proemio institutionum Imperialium Iustiniani, §. Quorum utramque viam.

ápices de noticias de los principios de la conquista, engolfado en la confusion de los archivos, en las circunstancias referidas ha procurado dar á luz con tan buen método, en la division de libros y capítulos, como en deleitoso y culto estilo, la historia de Venezuela, que echaba menos la curiosidad para adorno de las bibliotecas, y conocimiento individual de aquel pais.

Si el argumento de la obra hace digno de recomendacion al autor, no es menos entre lo igual, y cadente de la narrativa, (sin las afectaciones, frases, periodos y términos, que la novedad ha introducido) la conformidad con las reglas de consumado historiador. Prescríbelas Ciceron en las palabras siguientes: *Prima historiæ lex, nequid falsi dicere audeat, secunda, nequid veri non audeat, neque suspicio gratiæ sit in scribendis.* (5) Para censurar si ha declinado de los originales que ofrecieron asunto á tan importante idea, no es preciso recurrir al cotejo, pues sobra la justicia en los aplausos, que consagra á la memoria de los héroes, que sin reparar en montes de dificultades expusieron sus vidas á que el tropél de bárbaros los sepultase, si mano soberana no los dirijiese para el fin que tenia destinado la sabia Providencia; y en el vituperio de los que despreciando la razon, y la clemencia ejecutaron en aquellos miserables, ó porque se resistian al verse despojar de sus haciendas, ó cautivar su libertad, lo que su dejeneracion de lo humano les dictaba: punto, que

(5) Ciceron libro 2. Orator.

han omitido algunos escrupulosos, saliendo de los límites de su instituto, por no coadyuvar la mordáz objecion estranjera al zelo que movió á los españoles á la conquista, y de que haciéndose cargo el señor Solorzano en su política Indiana, (6) lo satisface como acostumbra; pues á nivelarse las humanas acciones por las reglas de la prudencia, no se hubiera dado lugar á que antes que el derecho de las jentes dividiese los dominios de las cosas, promulgase leyes, que imponiendo penas á los delincuentes, sirviesen de ejemplar al escarmiento. (7)

En el cuerpo de la historia se han ofrecido ocasiones, en que las hazañas de los antepasados de la nobilisima familia con quien se halla aliado, ó las piadosas memorias que fundó el Ilustrísimo Señor Don Diego de Baños, dignísimo Obispo de Carácas, tio del autor, dejasen correr la pluma á los elojios; pero arreglándose á la ley *Neque suspicio gratiæ sit in scribendis*, (8) en igual fiel, sin que á su ánimo lo alterasen los vínculos del parentesco, ha sabido (9) publicar sin distincion, segun el mérito de cada cual, lo que la fama en el templo del honor debe manifestar para su gloria.

El impulso que movió al autor es singular, pues fué el de que reviviese la memoria sepultada en los espacios del olvido de los conquistadores, que habiendo vertido su sangre, y superado imposibles, cuando

(6) Libro 1. cap. 12.
(7) Minsingero super instit. exponiendo el §. Ius autem gentium, lib. 1. tít. 2.
(8) Cicero ubi sup.
(9) Cap. Cum æterni Iudicis Tribunal in sexto de sententia, & re iudicata.

sus hechos debian servir de pauta para estímulo de su posteridad, de quienes se halla habitada aquella fertilísima Provincia, apenas se conservaba aun en los mas interesados alguna tradicion. Asunto fué del Poeta. (10)

Fortia facta patrum, series longissima rerum,

Per tot ducta viros, antiquæ ab origine gentis.

Digno de aprecio juzgó Plinio el Junior (11) era el recuerdo de las acciones de los que por sus virtudes no debian morir para los hombres: *Quia mihi pulcrum videtur: non pati occidere, quibus æternitas debetur.* Y siendo la Historia medio que ha discurido la piedad, para que atestigue lo pasado de los tiempos, aclare la verdad de los hechos, y trayéndolos á la memoria sea maestra de la vida para arreglar nuestras operaciones, como lo notó Ciceron, (12) *est enim Historia testis temporum, lux veritatis, vitá memoriæ, et magistra viæ;* no solo con el merecido aplauso se debe dar á la estampa, sino instarle á que cuanto antes conceda al público la segunda parte, que en esta obra tiene prometida: esforzándole con las palabras de Hugo cardenal, (13) como escritas al intento: *Ministerium tuum imple, vel in libris scribendis, quod est opus pietatis, ut in illis doceantur posteri, sicut Augustinus fecit, Hieronymus, et cæteri.* Y no conteniendo punto contra nuestra sagrada religion, y buenas costumbres; antes sí muchos documentos para el ejemplo, soy de

---

(10) Virgilio libro 1. Æneidos.
(11) Libro 5. Epístola 8.
(12) Ubi supra.
(13) In Apocalipsi cap. 2. vs. 19.

sentir se le debe conceder la licencia que pide: *Salvo meliori ect.* De este estudio, Madrid, y Enero 27 de 1723 años.

Lic. D. Manuel Isidoro de Mirones y Benavente.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

NOS el Doctor Don Cristóbal Damasio, Canónigo de la Insigne Iglesia Colegial del Sacromonte Ilipulitano Valparaíso, extramuros de la ciudad de Granada Inquisidor Ordinario de Córte, y Vicario de esta Villa de Madrid, y su partido, ect. Por la presente, y por lo que á Nos toca damos licencia, para que se pueda imprimir, é imprima el libro intitulado *Historia de la conquista, y poblacion de la Provincia de Venezuela*, primera parte, compuesta por Don José de Oviedo y Baños. Atento que de nuestra órden ha sido visto, y reconocido, y constar no haber en él cosa opuesta á nuestra santa fe católica, y buenas costumbres. Fecha en Madrid á primero de Febrero del año de 1723.

Doctor Damasio.

Por su mandado
Lorenzo de San Miguel.

SUMA DEL PRIVILEJIO.

TIENE privilejio del Rey nuestro señor, por tiempo de diez años, Don Gregorio Hermosilla, para poder imprimir el libro intitulado, *Historia de la conquista, y poblacion de la Provincia de Venezuela*, primera parte, su autor Don José Oviedo y Baños, sin que otra persona alguna pueda pasar á imprimirlo sin su permiso, so las penas contenidas en dicho privilejio, como mas largamente consta de su original, refrendado de Don Baltasar de san Pedro, escribano de Cámara. Fecho en Balsain á 24 de Septiembre de 1722. años.

***CON LA OCASION DE PUBLICARSE** esta historia congratula á la ciudad de Carácas el Licenciado Don Alonso Escobar, Presbitero, Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de dicha ciudad, Comisario del Santo Oficio, Examinador Sinodal del Obispado de Venezuela, y Secretario de Cámara, que fué del Ilustrisimo señor Obispo Don Diego de Baños y Sotomayor.*

CORONADO Leon, de cuyos rizos
altivas Crenchas visten el copete,
gallarda novedad, que tu nobleza
jenerosa guardó para tus sienes.
Ilustre concha, que en púrpureas líneas
del Murice dibujas los relieves
en cruzados diseños, que te exaltan,
cuando en fuertes escudos te ennoblecen.
Fértil rivera, que en plateadas hondas
el elemento líquido guarnece,
y en vejetables minas sus tesoros
á púrpura reducen lo virente;
Floresta americana, de quien Flora
tiernos pimpollos libra en candideces
de flores, que perdiendo la hermosura,
son frutos suaves, que Pomona ofrece.
Y en abundantes fertiles cosechas
rubicundas macollas te previene,
que al azerado golpe divididas,
en rozagantes granos se resuelven.
Apreciados cambiantes para el gusto,
apetecidos de uno, y otro Oriente,

permitiendo Neptuno en sus cristales
feriar su peso por dorados trueques.
O tu Carácas! objeto jeneroso
de aquel Imperio, cuya sacra frente
venéran mas eferas que el Sol jira,
ni el cristalino piélago enriquece.
Ya llegó el tiémpo que tu heróica historia
á campear salga de sus lobregueces,
y dibujada en apacibles voces,
se retrate con mudos caractéres.
Solo heroica pluma llegar pudo
á ser pincél plausible de tus héroes,
porque efectos gloriosos no producen
pequeñas causas, si las eminentes.
Aun mas allá del Sol sus jiros llegan
de su blason, privándole de suerte,
que los rayos de aquel jamás pudieron,
lo que ocultaba el tiempo, hacer presente.
Emulo se acredita de sus luces,
Ilustre Oviedo, cuando sabio advierte,
á fuer de sus taréás, lo que aclara
la diestra pluma de su rayo ardiente.
Para sacar á luz tales memorias
de remotá rejion el vuelo prende,
de la auripara tierra producido,
el aureo grano á iluminar tu temple.
Ya en la fatiga de su docta pluma
entre tus héroes numerarse puede,
que si aquellos se ilustran por hallarte,
este por descubrirte lo merece.
A tal felicidad siempre obligada
tu gratitud en su loor no cese,

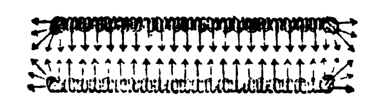
que repetir encomios á sus vuelos,
no es suficiente paga á lo que debes.
Eterna tu memoria al tiempo deja,
dandole nueva vida sus pincéles
en la estampa, que logran tus cenizas
revivir, renacer, volar cual phenix.



DEL MISMO AL AUTOR

SONETO.

Pincél, tu pluma . . . . Generosa, y diestra
Ostenta su primor en . . Varias flores,
Registrando . . . . . . Sutil tantos primores
De este emisferio dando. Tanta muestra,
Origen le declara, . . . I sin siniestra,
Narracion le dá . . . . . Nuevos resplandores,
Justamente le . . . . . Deben los honores
Obteniendo gloriosa . . El de maestra;
Si de las sombras en que. Obscurecida
Estaba esta region, . . . Unico Apeles,
Para que logre luz . . . La nueva vida
Histórico la das . . . . En tus pincéles:
A tí te debe el sér . . . De tí aplaudida,
Victorioso te. . . . . . Ofrece mil laureles.



DE DON RUI FERNANDEZ DE FUEN-MAYOR.

Santiago, mas que á Losada
á Oviedo debes dichosa,
pues por este eres famosa,
si por aquel conquistada;
que una piedra, aun no labrada,
no debe tanto al cantero,
cuanto al artífice entero,
que la pule y no la parte,
porque aquí se ejerce el arte,
y allá trabajó el acero.

Que si en Julio Emperador,
á quien dió con gallardía,
si lo doctó facundia
ciento triunfos el valor,
de Roma el grande orador
mas la elocuencia acredita;
en lo que Oviedo ejercita
merece aplauso mayor
que todo conquistador,
dando la conquista escrita.

Ellos pusieron leales
en el riesgo el corazon,
y Oviedo en su narracion
les da espíritus vitales;
aun hoy viven inmortales,
que de mirtho, encina, y grama
pudieran ceñir la rama
por diadema, no el triunfal,
que este es para el que inmortal
les da la vida en la fama.

Viva el que hace al escribir
phenix á otros renacer,
y mejor supiera hacer
lo que sabe referir;
porque se pueden unir
fortuna, y merecimiento,
y á pesar del movimiento
del tiempo, que presto vuela,
la descrita Venezuela,
goce su alto entendimiento.

DEL M. R. P. PREDICADOR Fr. JOSÉ de Fuentes, difinidor actual de la provincia de Santa Cruz, del órden de S. Francisco.

Iudic. c. 14. ENIGMATICO Leon quien pretendia,
deshacer tu problema con denuedo?
si no fuese á Lima, ilustre Oviedo,
Ezech. c. 3. ofreciendo un volumen de Ambrosía.
Lo dulce del contexto es una guia,
que denota tus pasos con el dedo,
tan seguro en decir, que es un remedo
Apoc. c. 5. del que en Patmos refiere alegoría.
S. Bern. En su nombre José aumentos pone
de letras á su frente levantada,
en los Baños desprendes la melena,
En un Sotomayor, que te corone,
hallas sabiduría tan realzada,
Sap. c. 6. que en su comparacion el oro es pura arena.

DEL MISMO AUTOR DE LAS décimas antecedentes.

CENTELLAS de Mavorte belicosas,
Armas rejidas de español aliento,
En nuevos climas el descubrimiento
De Venezuela hicieron valerosas.
  Mas entre las cortinas tenebrosas
Del olvido eclipsado el lucimiento,
Cenizas eran ya de su ardimiento;
Y aunque nobles hazañas, no famosas.
  Cuando Oviedo con pluma esclarecida,
Y erudicion de aplausos meritoria,
Iluminando aun lo que el tiempo olvida,
  Hoy existir los hace en la memoria,
Dando el valor esta existencia, y vida,
materia, que se informe con su historia.

GRATULACION DE CLIO, QUE CON EL MOTIVO DE HABER escrito la historia de Venezuela D. José de Oviedo y Baños, le dirije el Licenciado D. Francisco de Hozes, abogado de la real audiencia de Santafé.

ROMANCE ENDECASILABO.

HEROES conquistadores de Carácas,
dejad, dejad el sueño tenebroso,
que infunde á vuestras ínclitas cenizas
el veleño fatal del Mausoleo.
Despertad del lètargo de la muerte:
mas por qué como muertos os invoco,
si en el campo elocuente de la historia
triunfar os veo, y combatir os oigo?
De los guerreros brutos inflamados,
bufando incendio, y respirando polvo,
truncando miembros y pisando vidas,
escucho los tropeles victoriosos.
Hazaña literaria de la pluma,
que ha conseguido con esfuerzo docto,
que los que al mundo faltan con los golpes
de sus rasgos, no falten á los ojos.
Pues juzgo que á la vista ha suspendido
(porque penetre siglos tan remotos)
la rapidéz del tiempo, ó que á la idéa
del tiempo le ha vestido los periodos.
O clarísimo Oviedo, á quien la suerte,
para premiar los hechos jenerosos
de tanto campeon ha concedido
de Minerva el amplísimo tesoro!
Víctimas del silencio, y del olvido
se lloráran sus bélicos arrojos,
á no restituirlos tu elocuencia,
del mármol mudo, al bronce clamoroso.
Solo á vuestro talento tanta empresa
pudo fiar la fama, porque sólo
hércules pluma, ó noticiosa clava,
pudo vencer tan invencibles monstruos.
Tu injenio ha conseguido con sus vuelos
que respiren ambiente mas glorioso,
que en el caduco aliento de sus vidas,
en el aura inmortal de sus elojios.
Si mudamente procuro el olvido
desgreñar de sus triunfos el adorno;
tu puro estilo, con gallardo aséo,
les restituye el natural decoro.
El innato raudal de tu elocuencia,
animado de espíritu canoro,
lamiendo hazañas, y arjentando glorias;
fecundamente corre vagoroso.
De tu historia los sabios resplandores
mas brillantes se ven, que los de Apolo;
que si Apolo da luz á los objetos,
luces, y objetos dan tus rasgos doctos.

Vive feliz, y el bronce de la fama
te forme otro laurel harmonioso,
que tu memoria cina en los eternos
alientos de sus gritos, y sus tornos.

PROLOGO AL LECTOR.

SIEMPRE fué costosa fatiga del entendimiento el escribir como se debe para la estampa, y el agradar á tan diverso paladar de gustos como injenios: impracticable acierto de la pluma que pretendido de muchas, llegó á ser conseguido de muy pocas; y mas en nuestros tiempos, en que el primor con que se desempeñaron algunas hizo mas infeliz la conocida desgracia de las otras. La esperiencia de esta verdad puso en desconfianza la mia, empezando con recelo, y prosiguiendo con temor la formacion de esta historia en que me hallé empeñado, á impulsos de agradecido, pretendiendo, satisfacer la estimacion que he debido á esta provincia con aplicar mi desvelo para sacar á luz los memorables acontecimientos de su conquista; cuya noticia, sin razon, ha tenido hasta ahora recatada el culpable descuido de sus hijos, sin que entre tan soberanos injenios como produce haya habido uno, que se dedique á tomar por su cuenta esta taréa.

El trabajo que he tenido para disponer la obra ha sido grande, siendo preciso revolver todos los archivos de la provincia para buscar materiales, y cotejando los instrumentos antiguos, sacar de su contexto la substancia en que afianzar la verdad con que se debe hacer narracion de los sucesos, pues sin dar crédito á la vulgaridad con que se refieren algunos, he asegurado la certeza de lo que escribo en la auténtica ascrcion de lo que he visto.

El estilo he procurado salga arreglado á lo cor-

riente, sin que llegue á rozarse en lo afectado, por huir el defecto en que incurrieron algunos historiadores modernos de las Indias, que por adornar de exornadas locuciones sus escritos, no reusaron usar de impropiedades, que no son permitidas en la historia, pues introducen en persona de algunos indios, y caciques oraciones tan colocadas, y elegantes, como pudiera hacerlas Ciceron: elocuencia, que no cabe en la incapacidad de una nacion tan bárbara; y punto tan delicado en las formalidades de la historia, que toda la autoridad de Quinto Curcio no pudo librarse de la objecion con que le notan el padre Moyne en su Arte de Historia, Mascardo, y el erudito padre Rapin, solo por parecerles desproporcionadas en la ignorancia de los Scytas las sentencias con que viste la oracion que hicieron á Alejandro.

Si reparase el curioso en la poca cita de autores de que me valgo, esa es la mayor prueba de la verdad que escribo, pues habiéndome gobernado en todo por los instrumentos antiguos que he leido, ya que la prolijidad no me permite el citarlos, aseguro en su autoridad la certeza de que necesito para los sucesos que refiero. Y como quiera que en todo solo solicito la benevolencia del lector, para que disimule con piedad los defectos que pudiera acriminar con rigor, desde luego represento por mérito para la vénia á que aspiro, el conocimiento que me asiste de mis propios yerros, pues cuantos descubriere en este libro la censura, tantos admito sin disculpa por legítimos hijos, nacidos de mi ignorancia. VALE.

HISTORIA
DE LA CONQUISTA,
Y POBLACION DE LA PROVINCIA
DE VENEZUELA.
LIBRO PRIMERO.
CAPITULO PRIMERO.

DEL SITIO Y CALIDADES DE LA PROVINCIA.

ENTRE las provincias que componen el dilatado imperio de la América tiene lugar, por una de las mejores, la que desde los principios de su descubrimiento, con alusion muy propia (como adelante verémos) se llamó Venezuela, aunque despues, tomando el nombre de su metrópoli, es comunmente llamada, provincia de Carácas, cuya historia ofrece asunto á mi pluma para sacar de las cenizas del olvido las memorias de aquellos valerosos españoles que la conquistaron, con quienes se ha mostrado tan tirana la fortuna, que mereciendo sus heroicos hechos haber sido fatiga de los buriles, solo consiguieron, en pre-

mio de sus trabajos, la ofensa del desprecio con que los ha tenido escondidos el descuido: fatalidad comun de este emisferio, pues los mármoles que separó la fama para materia de sus trofeos, en las Indias solo sirven de losas para el sepulcro donde se sepultan las hazañas, y nombres de sus dueños; desgracia, que en esta provincia ha calificado con mas veras la esperiencia, pues apenas conserva la tradicion algunas confusas noticias de las acciones ilustres de sus conquistadores, por no haber habido curiosidad que se haya dedicado á escribirlas: motivo, que me obliga á tomar por mi cuenta este trabajo, aun asistiéndome el conocimiento de que ha de ser poco agradecido de los que debia ser mas estimado.

En la parte que llamamos Tierra-Firme de las Indias tiene su situacion la provincia de Venezuela, gozando de longitud docientas leguas, comprehendidas entre el morro de Unare, por donde parte limites al Oriente con la provincia de Cumaná, y el Cabo de la Vela en que se divide al Occidente de la gobernacion de Santa Marta; de latitud tiene mas de ciento y veinte leguas, bañando al Septentrion todas sus costas el Occeano, y demorándole al Sudueste el nuevo reino de Granada, sirven al Mediodia de lindero á su demarcacion las caudalosas corrientes del rio Orinoco; su terreno es vario, porque en la grande capacidad de su distancia contiene sierras inaccesibles, montañas asperísimas, tierras altas, limpias y alegres vegas tan fértiles, como hermosas, y valles tan deleitosos, que en continuada primavera divirtiendo con su amenidad, convidan con su fres-

cura, dehesas y pastos, tan adecuados para cria de ganados de todas especies, principalmente del vacuno, que es excesivo su multiplico; y el cabrío abunda tanto en las jurisdicciones de Maracaibo, Coro, Carora, y el Tocuyo, que beneficiadas las pieles, enriquece á sus vecinos el trato de los cordobanes; críanse caballos de razas tan excelentes, que pueden competir con los chilenos y andaluces, y mulas, cuantas bastan para el trajin de toda la provincia, sin mendigar socorro en las estrañas.

Sus aguas son muchas, claras y saludables, pues no hay amagamiento de serranía, ni ceja de montaña, que no brote cristalinos arroyos, que cruzando la tierra con la frescura de sus raudales, la fecundan de calidad, que no hay cosa que en ella se siembre, que con admiracion no produzca, ayudando á su fertilidad la variacion de su temperamento, pues á cortas distancias, segun la altura, ó bajío que hace la tierra, se experimenta frio, cálido, ó templado, y de esta variedad de temples se orijina su mayor excelencia, pues lo que en un sitio no produce, en otro se multiplica, y lo que en una parte se esteriliza, en otra se fecunda, y asi abunda de trigo, maíz arroz, algodon, tabaco, y azucar, de que se fabrican regaladas y exquisitas conservas; cacao, en cuyo trato tienen sus vecinos asegurada su mayor riqueza; frutas, asi indianas, como europeas; legumbres de todos jéneros, y finalmente, de todo cuanto puede apetecer la necesidad para el sustento, ó desear el apetito para el regalo.

Sus montes crian maderas preciosas y de estimacion, como son, granadillos, gateados de diversos co-

lores, caovas, dividibes,, guayacanes, palo de brasil; tan conocido por lo fino de sus tintas, chacaranday, tan hermoso por la variedad de sus visos, que asimila al carey metiéndolo en el torno, y el cedro en tanta abundancia, y tan comun, que sirve de materia á las obras mas ordinarias, siendo singular el árbol que no destila dulzuras, pues abrigando enjambres de silvestres abejas, forman en los troncos colmenas á sus rubios panales; críanse bainillas, mas aromáticas y fragantes que las de Zoconuzco; y en la jurisdiccion de la ciudad de Carora, grana silvestre, tan fina como la de Misteca, que si se dedicaran á su beneficio, fuera de grande aumento á los caudales; la zarzaparrilla, y el añil son plantas tan comunes en los barzales, que mas sirven de embarazo que provecho, por la poca aplicacion á su cultivo.

Los bosques mantienen en abundancia diversas especies de animales, siendo los mas frecuentes leones, osos, dantas, benados, báquiras, conejos y tigres, los mas feroces que produce la América, habiendo enseñado la experiencia, que mantienen mas ferocidad mientras mas pequeñas son las manchas con que esmaltan la piel; sus mares y sus rios abundan de variedad de peces, unos plebeyos por lo comun, y otros estimados por lo exquisito; sus costas proveen de admirables salinas, asi por la facilidad con que cuajan, como por lo apetitoso de la sal que crian.

Los campos estan siempre poblados de varios pájaros, y distintas aves, sirviendo aquellos de deleite con la hermosura de sus plumajes, y suavidad de sus cantos; y estos de regalo, con lo sabroso, y apeteci-

ble de sus carnes, siendo los mas comunes para este efecto, la guacharaca, el paují, la uquira, ó gallina de monte, la tórtola, la perdiz, y otras muchas de diferentes especies, que son materia para el divertimiento de los aficionados á la caza.

Produce esta provincia singulares simples, de los que usa para su aplicacion la medicina, como son, la caña-fistola, los tamarindos, la raíz de china, la tacamajaca, eficáz confortativo para la cabeza, el bálsamo de Carora, y el aceite que llaman de María ó Cumaná, antídotos para cualquiera herida, y celebres preservativos para todo pasmo.

Tiene minas de estaño en diferentes partes, y en el sitio de Cocorote unas de cobre, que descubrió Don Alonso de Oviedo vecino de Barquisimeto, de grande opulencia, y rendimiento; beneficiolas su Magestad de su cuenta mucho tiempo, sacando porciones muy considerables de metal, que se llevaban á España para fundicion de artillería, y despues habiéndolas empeñado en cantidad de cuarenta mil pesos (con ciertas condiciones) á D. Francisco Martin, vecino de Carácas, este las despobló, aplicando los esclavos, y aperos de su labor á otras fundaciones de mayor conveniencia propia.

Fué en lo primitivo rica de minerales de oro, que con facilidad tributaban las arenas de sus quebradas, y hoy, aunque se hallan muestras en las mas de ellas, no se benefician, ó porque acabados los veneros principales, no corresponde lo que rinden al trabajo de quien lo saca; ó porque aplicados sus moradores (que es lo mas cierto) á las labores del cacao,

atienden mas á las cosechas de este, que los enriquece con certeza, que al beneficio de aquellos, que lo pudieran hacer con continjencia; críanse cristales muy transparentes, solidos, y tersos, y veneros de azul tan fino, que iguala al ultramarino; palos para tintas de diferentes colores; y finalmente produce, y se halla en ella cuanto puede desearse para la manutencion de la vida humana, sin necesitar de que la socorran con sus frutos las provincias vecinas; y si á su fertilidad acompañara la aplicacion de sus moradores, y supieran aprovecharse de las conveniencias que ofrece, fuera la mas abastecida y rica, que tuviera la América.

Al tiempo de su conquista era habitada esta provincia de innumerable jentío de diversas naciones, que sin reconocer monarca superior que las dominase todas, vivian rindiendo vasallaje cada pueblo á su particular cacique; pero despues de las mudanzas del tiempo, y la continuada extraccion de indios, que por espacio de mas de veinte años se hizo para las islas de Barlovento, y otras partes, la consumieron de suerte, que el dia de hoy en ochenta y dos pueblos, de bien corta vecindad cada uno, apenas mantienen entre las cenizas de su destruccion la memoria de lo que fueron.

Sus costumbres en la jentilidad fueron bárbaras, sin política, gobierno, ni relijion, que los acreditase racionales, pues aunque convenian todos en ser idólatras, valiéndose de piaches y mohanes para consultar al demonio, y observar sus agüeros, y supersticiones, se diferenciaban todos en las circunstancias del culto; pues no teniendo Dios jeneral á quien adora-

se una nacion entera, cada indio de por sí rendia veneracion, atribuyendo divinidad al objeto que mas le inclinaba su aficion, y asi era muy raro el animal, savandija, cerro, ó peñasco, que no tuviese algun devoto, que con obsequio de sumision le consagrase aras de rendimiento; sus adoratorios mas ordinarios eran en profundas quebradas, ó montes encumbrados; sirviéndoles los cóncabos de las peñas, ó huecos de los árboles de templos para colocar sus ídolos, que labraban de oro, barro, ó madera, de figuras extrañas, y diversas, aunque en algunas partes usaban casas grandes de paja, que llamaban caneyes, donde se juntaban los mohanes, y al son de sus roncos fotutos invocaban al demonio, á quien ofrecian ovillos de hilo de algodon por víctima, y manteca de cacao, que quemada en braserillos de barro, servía de holocausto al sacrificio; pero ya reducidos al gremio de nuestra sagrada relijion, viven ajenos de toda idolatria, aunque con algunos resabios en la observacion de agüeros, y supersticiones á que es naturalmente inclinada esta nacion.

Comprehende hoy la provincia en su distrito las ciudades de Santiago de Leon de Carácas, la de Santa Ana de Coro, la nueva Camora de Maracaibo, la de Trujillo, la del Tocuyo, la nueva Segovia de Barquisimeto, la nueva Valencia del Rey, la del Portillo de Carora, San Sebastian de los Reyes, la de Guanaguanare, y la de Nirgua; las villas de San Carlos de Austria, y el Pilar de Araure, y el puerto de la Guaira, de cuyos temperamentos, sitios y calidades irémos dando razon en el discurso de esta his-

toria, segun los tiempos en que se ejecutáron sus fundaciones.

CAPITULO II.

DESCUBRE ALONSO DE OJEDA LA provincia de Venezuela: siguele en la derrota despues Cristóbal Guerra, que la costea toda.

DESCUBIERTO este nuevo mundo por el Almirante D. Cristóbal Colon el año de mil cuatrocientos noventa y dos, para inmortal gloria de la nacion española, y envidiosa emulacion de las extrañas; habiendo repetido en los años subsecuentes diferentes viajes en prosecucion de sus intentos, llegó el de noventa y ocho á reconocer la tierra firme de esta América, por la parte que llamó la Boca de los Dragos, enfrente de la isla de Trinidad de Barlovento; pero aunque puesta la proa al Poniente, navegó sus costas hasta la punta de Araya, sin pasar mas adelante, mudando el rumbo hácia el Norte, dió la vuelta á la isla Española, dejando por entónces imperfecto este descubrimiento; con cuya noticia el capitan Alonso de Ojeda, natural de la ciudad de Cuenca, que de órden de los Reyes católicos salió de España para estas partes el año de noventa y nueve, trayendo por su piloto á Juan de la Cosa, de nacion Vizcaino, encaminó su derrota en demanda de la tierra firme, que habia descubierto el Almirante; y con próspero viaje, á los veinte y siete dias de navegacion

dió vista á la Boca de los Dragos, y tierra de Maracapana.

Fuela costeando la vuelta del Poniente, saltando en tierra muchas veces, y observando los puertos, flujos y reflujos de sus mares, en distancia de mas de trescientas leguas, que corrió hasta el Cabo de la Vela; de donde atravesó á la isla Española, con la gloria de haber sido el primero que descubrió esta provincia, por contenerse su demarcacion en los términos que dejó navegados su derrota, cuya delineacion, con mas fundamento, é individual noticia, consiguió poco despues, Cristóbal Guerra; porque habiendo obtenido licencia de los Reyes católicos para hacer viaje á los descubrimientos de estas Indias un Pedro Alonso Niño, vecino de Moguer (con condicion, que no llegase con cincuenta leguas á lo descubierto por el Almirante Colon) hallándose con cortos medios para los precisos gastos de su avío, formó compañía con Luis Guerra, vecino de Sevilla, ajustando este entre otras capitulaciones, que intervinieron para su contrato, el que viniese su hermano Cristóbal Guerra por capitan de la embarcacion, que habian de despachar á su descubrimiento; y hecha la prevencion necesaria, con la brevedad, y dilijencia que pudieron, se hicieron á la vela pocos dias despues que Ojeda salió del puerto de San Lucar, y gobernando al mismo rumbo, llegaron en su seguimiento á la tierra de Pavia, y Maracapana, donde sin reparar en la prohibicion que tenian para no tocar en lo descubierto por el Almirante, cortaron algun palo de brasil para principio de su carga, y volviendo á navegar hácia el Po-

niente, pasando por las islas de la Margarita, y de Cubagua, rescataron de los indios en cambio de algunas bujerías de Castilla, considerable cantidad de perlas, que fueron las primeras que tributó á nuestra España este Occidente.

Gozoso Guerra y sus compañeros con los aprovechamientos, que en tan felices principios les iba ofreciendo la fortuna, prosiguieron su navegacion pasando el Ancon de Refriegas, punta de Araya, y golfo de Cariaco, hasta llegar al puerto de Cumanagoto, donde los indios llevados de la novedad de ver en sus tierras jente extraña, sin recelo alguno de los forasteros, luego que descubrieron la embarcacion se fueron á bordo en sus piraguas, llevando muchas perlas, y chágualas de oro en los cuellos, brazaletes y orejeras que con liberalidad feriarion á los huéspedes por cascabeles, cuchillos, y chaquiras, dejándolos mas animosos para llevar adelante el logro de las conveniencias, que se proponian en las muestras de la opulencia que encontraban.

Con estos buenos deseos, y mas vivas esperanzas, salieron de Cumanagoto, y montado el Cabo de Codera, cuasi por los mismos pasos que habia llevado Ojeda llegaron al paraje, donde despues se fundó la ciudad de Coro, y rescatando algun oro de los naturales, pasaron mas abajo á la provincia de Coriana, cuyas playas hallaron pobladas de multitud de bárbaros, que con repetidas señas, y demostraciones de amistad, instaban á los forasteros á que saltasen en tierra á rescatar algunas joyas de oro, que para obligarlos les mostraban; y como aun á menor señuelo

se diera por entendida la codicia, tomaron una resolucion, que nunca se podrá librar de la nota de temeraria, pues siendo solos treinta y tres hombres los que iban en el navio, saltaron en tierra, entregándose á la no experimentada fe de aquellos bárbaros; pero los indios, haciendo estimacion de la confianza, los recibieron con agasajos de una intencion sin malicia, y les feriaron, con galantería, cuantas perlas, y chagualas de oro tenian para el lucimiento de su adorno; á que agradecidos nuestros españoles, correspondieron liberales con cuchillos, alfileres, y otras niñerías de Europa, en que suplía la novedad, lo que faltaba al valor; y conociendo la cándida sinceridad de aquella jente, por tomar algun refresco en las penalidades del viaje, se estuvieron de asiento veinte dias gozando de la abundancia de conejos, y benados, que produce aquel pais; y segun el agasajo que recibian de los indios, se hubieran detenido por mas tiempo, si el ansia de dar fin á aquel descubrimiento no les hubiera dado priesa á navegar, como lo hicieron, prosiguiendo por la costa abajo hácia el Poniente, hasta que á pocos dias descubrieron unas playas, habitadas de mas de dos mil indios, que armados de arcos, y flechas, manifestaban, en su modo, el poco deseo, que tenian de admitir en sus tierras jente extraña.

Estos, segun el paraje, fueron sin duda alguna los Cocinas, jente cruel, bárbara, y traidora, que hasta el dia de hoy se mantiene con su fiereza incontrastable ocupando la costa, que corre desde Maracaibo al rio de la Hacha; y como nuestros navegantes no eran armas, ni pendencias la mercancia que buscaban,

ni estaban acostumbrados á tales recibimientos; hallándose con porcion considerable de oro, y mas de ciento y cincuenta marcos de perlas, y algunas tan grandes como avellanas, muy orientales, y hermosas; sin ponerse á mas peligros, acordaron volver la costa arriba, por el mismo camino que habian hecho, hasta dar fondo en Araya, donde dejaron descubierta aquella célebre salina, que tan apetecida ha sido de las naciones del Norte, y en cuya defensa ha consumido inutilmente tantos tesoros nuestra España; y tomando la derrota para Europa, á los dos meses de navegacion, el dia seis de Febrero del año de mil y quinientos, dieron fondo en uno de los puertos de Galicia, dejando llenas sus costas de admiracion, y riquezas.

CAPITULO III.

ENVIA LA AUDIENCIA DE Sto. DOMINGO al Factor Juan de Ampues á la provincia de Coriana: asienta amistad con su cacique, y dá principio á la fundacion de Coro.

LAS noticias que la jente del navío de Cristóbal Guerra esparció por toda España de las grandezas que encerraba en sí esta tierra firme, acreditadas con la riqueza, que habian llevado consigo, hicieron tal conmocion, principalmente en las costas de Andalucía, que muchos mercaderes, queriendo entrar á la parte de tan fáciles ganancias, armando diferentes em-

barcaciones, fueron continuando el trato de esta navegacion, gozando de su comercio intereses muy crecidos; y asi por este motivo, que se fué aumentando con el tiempo, como por haber despues el Emperador Carlos Quinto dado permiso, para que se hiciesen esclavos los indios, que resistiesen las conquistas españolas; fueron tantos los comerciantes que ocurrieron de la isla Española, y otras partes á toda la costa, que corre desde Paria hasta Coriana, tomando por granjería hacer esclavos los indios, sin reparar en que concurriesen, ó no las circunstancias, que por entónces hicieron lícita, permision tan perniciosa, que se vió obligada la audiencia de Sto. Domingo á procurar el remedio de los inconvenientes, que se experimentaban en semejante desórden; para lo cual determinó enviar al capitan Juan de Ampues, persona de suposicion, autoridad, y talento, que era factor de la real hacienda en aquella ciudad, para que asistiendo personalmente en Coriana, con amplios despachos, y provisiones que se le dieron, embarazase, asi las vejaciones, y malos tratamientos, que ejecutaban los mercaderes en los miserables indios, como la extraccion tan continuada, que se hacia de ellos para reducirlos á la civil muerte de una esclavitud perpetua.

Aceptó gustoso Ampues la comision, discurriendo con la viveza del jenio que le asistia, que hallándose presente con el carácter de juez en una tierra tan pingüe, precisamente habian de ser sus conveniencias muy crecidas; y aprestando con brevedad un navío, acompañado de Virjilio García, Esteban Mateos,

y otros cincuenta y ocho hombres, que llevó consigo, atravesó á la costa de Coriana por el año de mil quinientos y veinte y siete, (a) donde teniendo noticia, luego que llegó, de que el cacique Manaure, poderoso en riquezas, y vasallos, era señor de toda aquella provincia, habitada de la nacion Caiquetia, y á quien rendian vasallaje algunas circunvecinas; solicitó su amistad, valiéndose, para conseguirla, de cuantos medios pudo dictarle su sagacidad prudente, sin escusar los regalos, obsequios, ni sumisiones, hasta que rendido el bárbaro de las cortesanías de Ampues, se determinó á venir á su alojamiento á visitarlo, haciendo demostracion de su poder, y grandeza en el sequito, y obstentacion con que dispuso su visita, pues llegó acompañado de cien indios nobles, que costosamente aderezados con penachos de vistosas plumas, brazaletes de perlas, y orejeras de oro, cercaban una hamaca, tejida de curiosas labores, en que venia (cargado en hombros de caciques) el Manaure, correspondiendo el adorno de su persona á su gravedad y á su riqueza.

Alegre Ampues al ver lograda la intencion, que siempre tuvo de estrechar amistad con el cacique, para por este medio dar mejor expediente á sus intentos, lo salió á recibir á la puerta de la casa en que asistia, usando de todas aquellas urbanidades, que tienen introducidas las leyes del cumplimiento; y correspondiendo el bárbaro á su usanza, se mostró tan liberal, como cortesano, pues regaló á Ampues con

(a) Año de 1527.

diferentes piezas de oro, martas, y otras alhajas, cuyo importe (en la comun estimacion) llegó al valor de once mil pesos, resultando de su galantería el quedar ajustada entre los dos perpetua alianza, prestando vasallaje á nuestro Rey toda la nacion Caiquetia, que observó despues con tal lealtad, que aunque los desafueros de nuestros soldados, en diferentes ocasiones, dieron motivo á que pudiesen, con razon, falsear las coyundas de la obediencia, jamas faltaron los indios por su parte al cumplimiento de la fe que prometieron; causa, para que en satisfacion de su lealtad continuada siempre hayan sido libres de tributos, y demoras, gozando su libertad sin pension que los moleste.

Bien conoció Ampues, por la opulencia del cacique, la riqueza de la tierra, y las conveniencias, que podrian resultar á la corona de poblarla, tomando en ella los españoles mas de asiento su asistencia; y así determinado á ejecutarlo, (aunque se hallaba sin órden, ni facultad para ello) buscando el sitio que le pareció mas apropósito, el dia de Sta. Ana del mismo año de quinientos y veinte y siete, fundó una ciudad, (a) á quien por esta circunstancia, y ser en la provincia de Coriana, intituló Sta. Ana de Coro, aunque por entónces, ni le señaló rejimiento, ni le nombró justicia para su gobierno, dejándola debajo de la jurisdiccion que él ejercía, mediante los poderes, que le habia dado la Audiencia para aquel distrito.

(a) Ciudad de Coro.

Está esta ciudad en diez grados de altura septentrional, en un temperamento cálido, y en extremo seco, distante de la marina media legua, su terreno arenoso, y falto de aguas, su comarca abundante, y regalada; críase en ella mucho ganado vacuno, y cabrío, y considerable porcion de buenas mulas; tiene abundantes salinas, y por el mucho trato que mantiene con Cartajena, Sto. Domingo, Carácas, y otras partes, trasportando á ellas gran cantidad de quesos, mulas, y cordobanes, es lugar rico, aunque su vecindad es corta; su iglesia fué catedral desde el año de quinientos y treinta y dos, la erijió el señor D. Rodrigo de las Bastidas, su primer obispo, hasta el año de seiscientos y treinta y seis, en que por recelo de las invasiones enemigas, la trasladó á la ciudad de Santiago el señor obispo Don Juan Lopez Aburto de la Mata; sírvese hoy por dos curas Rectores, y un sacristan mayor, y el lugar mantiene un convento corto de la Orden de S. Francisco, y una hermita, dedicada á S. Nicolas Obispo.

CAPITULO IV.

CAPITULAN LOS BELZARES LA CONQUISTA, y poblacion de esta provincia, y viene por primer gobernador Ambrosio Alfinjer.

ASISTIAN por aquel tiempo en la córte de nuestro Emperador Carlos Quinto, Henrique de Alfinjer, y Jerónimo Sailler, ajentes y factores de los Belzares,

caballeros alemanes, á quienes llamaban en la Europa los de la famosa compañía, por una muy célebre que tenian hecha con diferentes mercaderes, traficando caudales muy crecidos en todos los puertos, y contrataciones del mundo; y sabiendo las utilidades tan considerables, que producia el trato, y comercio de Coriana, y toda su costa, les pareció sería de conveniencia á los intereses de su compañía el tomarla por su cuenta, para desfrutarla solos, pidiéndosela al Emperador en arrendamiento; y aunque por parte de Juan de Ampues (quien solicitaba el gobierno en propiedad para llevar adelante la poblacion, y conquista, que tenia empezada) se les hizo notable contradiccion; como quiera que el Emperador se hallaba beneficiado de los Belzares, por las cantidades de dinero, que en diferentes ocasiones le habian prestado para sus expediciones militares, fueles fácil conseguir su pretencion, con algunas condiciones, que capitularon con el Cesar, siendo las principales, que dentro de dos años se habia de obligar la compañía á fundar dos ciudades, y edificar tres fortalezas en el distrito de la gobernacion, que se les concedió, que fué desde el Cabo de la Vela, corriendo al Leste, hasta Maracapana, que son mas de trescientas leguas de lonjitud, con el fondo, que les pareciese conveniente para el Sur, en que por entónces no se les señalaron límites, para lo cual habia de armar la compañía cuatro navios, y conducir en ellos trescientos hombres españoles, y cincuenta alemanes, maestros de mineraje, que á su costa habian de repartirse por todas las Indias, para el mejor conocimiento, y beneficio de los

metales; y en recompensa les hizo merced el Emperador del título de Adelantado para la persona que nominasen los Belzares, y les concedió el cuatro por ciento de todos los provechos, que en la conquista tocasen de sus quintos á la real corona, y doce leguas en cuadro, en la parte que escojiesen de las tierras que conquistasen, para disponer de ellas á su arbitrio, con facultad para poder hacer esclavos los indios, que reusasen rendir la cerviz al yugo de la obediencia; guardando en esto la limitacion prevenida en las instrucciones dispuestas sobre materia tan grave, y con intervencion del padre fray Antonio Montesinos, religioso del órden de Sto. Domingo, á quien nombró el Emperador, para que con el título de protector de los indios, pasase á esta provincia, adjudicándole los frutos decimales, para que á su voluntad los distribuyese en usos pios, en el interin que se daba otra disposicion mas conveniente.

Al tiempo que se ajustaron estas capitulaciones, que fué el año de quinientos y veinte y ocho (a), habia el Emperador hecho merced del gobierno de Sta. Marta (que estaba vaco por muerte de Rodrigo de las Bastidas) á García de Lerma, su gentil-hombre de boca, caballero muy ilustre, natural de la ciudad de Búrgos; y hallándose este en la corte, tuvieron ocasion los Belzares de convenirse con él, para que como confinantes en sus conquistas, se auxiliasen unos á otros siempre que la necesidad lo pidiese, en cuya conformidad fuese por capitan de sus tres navíos

(a) Año de 1528

alemanes, y hallando pacífica la ciudad de Sta. Marta de las alteraciones, que se habian orijinado por las alevosas heridas que dió á su antecesor Bastidas, su Teniente Jeneral Villa-Fuerte, pasase en persona (si fuese necesario) á socorrerlos á Coro.

Confirmados estos capítulos por el César nombraron los Belzares por Gobernador de sus conquistas á Ambrosio de Alfinjer, y por su Teniente Jeneral á Bartolomé Sailler, ambos alemanes de nacion, y dispuestas todas las cosas necesarias, el mismo año de veinte y ocho se dieron á la vela, bien proveidos de caballos, armas, y municiones, trayendo consigo cuatrocientos españoles, y entre ellos muchos hidalgos, y hombres nobles, como fueron Juan de Villegas, natural de Segovia, Projenitor ilustre de los Villegas de Carácas, varon á todas luces grande, á quien debe esta provincia su conservacion, y aumento, y quien nos dará bastante materia para la narracion de nuestra historia; el capitan Sancho Brizeño, de quien descienden los caballeros Brizeños, Bastidas, Verdugos, y Rosales de la ciudad de Trujillo; Juan Cuaresma de Melo, que habiendo sido muchos años mayordomo de los duques de Medina-Sidonia, pasó en esta ocasion á esta provincia, casado con Francisca de Samaniego, á quien hizo el Emperador merced de un rejimiento perpetuo en la primera ciudad que se poblase; son herederos de los méritos, y servicios de este caballero los Guevaras de esta ciudad de Santiago, por haber casado con doña Luisa de Samaniego, su nieta, el capitan Juan de Guevara, sobrino del licenciado Iñigo de Guevara, del hábito de Santiago,

Oidór de Sto. Domingo, en cuya compañía pasó de España á estas partes; el Contador Diego Ruiz Vellejo, Gonzalo de los Rios, Martin de Arteaga, Juan de Frias, Luis de Leon, Joaquin Ruiz, Antonio Col, Francisco Ortiz, Juan Villa-real, Gerónimo de la Peña, Bartolomé García, Pedro de San Martin Factor de la real hacienda, el Licenciado Hernan-Perez de la Muela, Alonso de Campos, y otros.

Con próspero viaje llegó Ambrosio de Alfinjer á Coro, y presentando los despachos que traía, vistos por Juan de Ampues, obedeció lo que el Emperador mandaba, y en cumplimiento de las reales provisiones, le entregó luego el gobierno, aunque con el sinsabor, y disgusto de ver convertirse en ajenas conveniencias el fruto que esperaba gozar de sus propias fatigas; desconsuelo con que vivió toda su vida retirado en la isla de Santo Domingo, sin que fuese bastante á templar su sentimiento el señorío de la isla de Curazao, de que le hizo merced el Emperador, procurando aplacar con esta honra, los escozores, que le causó su queja.

CAPITULO V.

PERFECCIONA ALFINJER LA FUNDACION de Coro, y sale con su jente al descubrimiento de la laguna de Maracaibo.

TOMADA por Alfinjer la posesion de su gobierno, aunque su ánimo, y el de los demas alemanes

que le sucedieron, nunca fué de atender al aumento ni conservacion de la provincia, sino desfrutarla, logrando el tiempo de aprovecharse, mientras duraba la ocasion (como lo manifestaron sus obras,) sin embargo, hallando fundada la ciudad de Coro por Juan de Ampues, quiso darla la perfeccion que le faltaba, instituyendo en ella aquellos oficios, de que necesita una república, así para su lustre, como para la ordinaria administracion de su justicia; y como el Emperador habia hecho merced á Juan Cuaresma de Melo de un rejimiento perpetuo en la primera ciudad que se poblase, habiendo llegado el caso, le dió posesion del ejercicio, y nombró por compañeros á Gonzalo de los Rios, Martin de Arteaga, y Virjilio García, que juntos en cabildo elijieron por primeros alcaldes á Sancho Brizeño, y Esteban Mateos, natural de Moguer; en cuyas disposiciones, y otras que le parecieron convenientes para dar forma á la manutencion de aquella nueva planta, gastó el tiempo que restaba del año de veinte y ocho; y entrado el de veinte y nueve, (a) como se hallase con aquellos ardientes deseos á que le incitaba la codicia de procurar cuanto antes adquirir riquezas, sin reparar en que fuesen, ó no justos los medios para poder conseguirlas; consultó con las personas que tenian mas experiencia la parte que le podria ser mas provechosa para encaminar á ella sus conquistas; y habiéndole informado ser la laguna de Maracaibo la que por entónces se reconocia mas pingüe, pues cuando no halla-

(a) Año de 1529.

se otro pillaje, siendo la mas poblaba, podría conseguir mucho interes, haciendo esclavos los indios que cojiese; se determinó á ejecutarlo, sin advertir en las malas consecuencias de tan inicuo consejo, ni en las resultas de tan injusto arbitrio; á este fin mandó poner por obra la fábrica de algunos bergantines, para poder navegar por la laguna, y fenecidos con brevedad, (dejando en Coro á su Teniente Bartolomé Sailler) despachó en ellos por mar alguna de su jente, para que entrando por la Barra le esperasen en la laguna, mientras él, con el resto que le seguia, se encaminaba por tierra, atravesando las cuarenta leguas que hay de distancia hasta llegar á sus orillas.

Al poniente de la ciudad de Coro, y cuarenta leguas de ella, formó la naturaleza un hermoso golfo de agua dulce, llamado comunmente, laguna de Maracaibo, por el nombre de un Casique que hallaron en ella los primeros españoles que la descubrieron; tiene su lonjitud de Sur al Norte, corriendo cincuenta leguas desde el rio de Pamplona, hasta la Barra, por donde desagua al Mar; de latitud, por la parte que mas ensancha sus aguas, tiene treinta, y en su circunferencia mas de ochenta; fórmase la monstruosa corpulencia de este lago del caudal de muchos rios, que para enriquecerla con sus aguas, consumen en ella sus corrientes; los principales son, el de Pamplona, por otro nombre el Zulia, el Chama, cuyo orijen es de las niéves derretidas en las sierras de Merida, el S. Pedro, el caudaloso Motatan, que forma sus principios en el páramo de Serrada; por la vanda del Poniente le tributan sus corrientes

un poderoso rio, que baja de las sierras de Ocaña; el Catatumbo, que le entra por tres bocas; el de Arinas, célebre por sus ocultas riquezas; el Torondoy, por la excelencia saludable de sus aguas; el Sucui, que desciende de las cordilleras, que caen á espaldas del rio de la Hacha; el del Hastillero, memorable por la abundancia de sus ricas maderas; y otros muchos, que despreciados por pequeños, pasan por la suerte de desgraciados, pues como corren á vista de poderosos, ni hay quien les sepa el nombre, ni quien les busque orijen.

Navegan de ordinario por este golfo de aguas dulces muchas balandras, fragatas, barcos, y otras embarcaciones pequeñas, y pudieran surcarlo galeones de alto bordo, segun es de fondable, si lo permitiera la barra de su entrada; pero es esta tan baja por los bancos de arena, que forma la resaca, que solo dá capacidad para el paso de medianos buques, que son los que concurren al mucho trato que mantiene aquel puerto.

Cuando los españoles descubrieron la primera vez esta laguna, hallaron grandes poblaciones de indios formadas dentro del agua por todas sus orillas; y de aqui tomaron motivo para llamarla Venezuela, por la similitud que tenia su planta con la ciudad de Venecia; nombre que se extendió despues á toda la provincia, aunque al presente solo han quedado cuatro pueblos, que mantienen la memoria de lo que dió fundamento á la causa de su orijen, y esos de tan corta vecindad, que el de Moporo (que es el mayor de todos) me parece que tendria treinta casas el

año de seiscientos y ochenta y seis, que estuve en él, experiméntase en estos pueblos un raro efecto, y singular transmutacion que obra la naturaleza, pues todos los maderos sobre que fabrican las casas, como sean de una especie que llaman vera, que es muy sólida, y fuerte toda aquella parte que cojió dentro del agua de la laguna, pasando algunos años, se convierte en piedra, quedando lo demas en su ser primitivo de madera, manteniéndose unidas en un cuerpo dos tan distintas materias.

Llegado Ambrosio de Alfinjer á las orillas de esta laguna, halló sus bergantines esperándole, y embarcándose en ellos pasó toda su jente á la otra vanda, donde en el sitio que le pareció mas conveniente armó una ranchería, fabricando algunas casas acómodadas para dejar las mujeres y niños que llevaba con la escolta de soldados necesaria para afianzar en ella su resguardo, mientras con los bergantines dió la vuelta descubriendo, y talando cuanto encerraba la laguna en su contorno, sin hacer asiento en parte alguna, de cuyo errado dictámen (seguido tambien despues de los demas alemanes, que le sucedieron en el gobierno) resultó su perdicion, y la ruina total de esta provincia; pues conociendo sus soldados que no llevaban intencion de poblar en nada de lo que conquistasen, y que asi no tenian que esperar por fruto de sus trabajos, ni los repartimientos de encomiendas para la conveniencia, ni las posesiones de tierras para el descanso, pues solo habian de tener de utilidad lo que cojiesen de encuentro; sin que los detuviese la piedad, ni los atajase la compasion, como furias desa-

tadas, talaron, y destruyeron amenísimas provincias, y deleitosos paises, malogrando los provechos que pudieran haber afianzado en la posesion de su fertilidad, para sí, y sus descendientes, si como les aconsejaban los mas prácticos, y prudentes hubieran ido poblando en lo que iban descubriendo; pero como los alemanes, considerándose extranjeros, siempre se recelaron de que el dominio de la provincia no les podia durar por mucho tiempo, mas atendieron á los intereses presentes, aunque fuese destruyendo, que á las conveniencias futuras, conservando.

CAPITULO VI.

ENVIA ALFINJER A BUSCAR JENTE DE socorro á Coro: atraviesa la sierra del Valle de Upar, y llega hasta la provincia de Tamalameque.

HABIENDO gastado Ambrosio de Alfinjer cerca de un año en revolver, y trasegar todos los rios, ancones, y esteros de la laguna, sin que fuesen bastantes á llenar los huecos de su codicia las considerables porciones de oro, que habia adquirido, ni la cantidad de indios que habia aprisionado; dió la vuelta á su rancheria con ánimo de intentar nuevos descubrimientos, entrando la tierra adentro hácia el Poniente, y ver lo que le adaptaba á la mano su fortuna; pero hallábase falto de jente para ejecutar esta jornada, asi por la que le habian consumido las en-

fermedades, orijinadas del mal temperamento, y humedades de la laguna, como por los muchos soldados, que descontentos se habian retirado á Coro fujitivos, no pudiendo tolerar el áspero natural de Alfinjer, ni el modo tan extraño que tenia de gobernar, castigando por leves causas con azotes, horcas, y afrentas á muchos hombres de bien por mano de un Francisco del Castillo, que era su maestre de campo, hombre cruel, y de malvada intencion.

Para remediar el inconveniente de esta falta que padecia, despachó á Coro todos los indios prisioneros para que se vendiesen por esclavos á los muchos mercaderes que alli asistian, enriquecidos con las viles ganancias de este trato, con cuyo producto, y algun oro que remitió para el efecto, le llevaron de socorro algunos infantes, y caballos, armas, y demas pertrechos de que necesitaba; de suerte, que compuesto ya su campo de ciento y ochenta hombres útiles para la guerra, (dejando en la ranchería los enfermos á cargo del capitan Vanegas, natural de la ciudad de Córdova, á quien nombró por su Teniente) salió de allí el año de mil quinientos y treinta, (a) y caminando al Poniente, despues de haber andado aquellas veinte leguas, que hay de tierra llana hasta llegar á la cordillera, atravesó las serranías que llaman de los Itotos, y salió al Valle de Upar, donde sin hacer reparo que se hallaba ya fuera de los límites de su gobernacion, por pertenecer aquel distrito á la jurisdiccion de Sta, Marta, lo corrió todo, talando, robando, y destru-

(a) Ano de 1530.

yendo á sus miserables habitadores, y sin que la hermosura de tan alegre pais fuese bastante á templar la zaña de su cruel pecho, convirtió en cenizas todas las poblaciones, y sembrados, valiéndose á un mismo tiempo de las voracidades del fuego, y de los incendios de su cólera, con extremo tan atroz, que en mas de treinta leguas de tierra, que en él halló pobladas, no encontró despues el Capitan Cardoso casa en pie en la entrada que hizo el año siguiente, de órden del Doctor Infante, que por muerte de García de Lerma gobernaba á Sta. Marta.

Asolado, y destruido el Valle de Upar, siguiendo las corrientes del rio Cesaré, llegó Alfinjer á las provincias de los Pocabuces, y Alcojolados, cojiendo de camino buen pillaje en porciones de oro del mucho que tenian estas naciones, y otras que encontró, hasta dar con la laguna de Tamalameque, que llaman de Zapatosa, que aunque poblada en su circuito de innumerables pueblos, los halló todos desiertos, por que habiéndose anticipado la noticia de las crueldades que habia obrado en el Valle de Upar, no quisieron sus moradores exponerse al riesgo de experimentarlas; y tomando por asilo, para evitar el riesgo que les amenazaba, las islas de la laguna, se habian refujiado en ellas, recojiendo todas las canoas, para que los españoles no tuviesen en que pasar á buscarlos en las partes que se juzgaban seguros; pero como los nuestros desde la tierra-firme alcanzasen á ver (por no estar muy distante) que los indios, fiados en la dificultad de estar de por medio la laguna, andaban en cuadrillas, sin recato alguno, por las playas de las islas

vecinas, adornados de chagualas, y orejeras de oro; incitados de la presa que apetecia su desmedida codicia, hallándose sin embarcaciones en que pasar á lograrla, Juan de Villegas, Virjilio Garcia, Alonso de Campos, Hernan-Perez de la Muela, y otros veinte y seis, se arrojaron á la laguna, montados en sus caballos, que gobernados del freno, y animados del batir del azicate, atravesaron, nadando hasta llegar á las islas; de cuya resolucion inopinada, atemorizados los bárbaros, sin que les quedase aliento para levantar las armas, ni para calar las flechas, unos fueron destrozo miserable de las lanzas, y otros fatal extrago de su misma confusion, pues atropellándose unos á otros por ocurrir á las canoas para escapar presurosos, anegándose en las ondas encontraban con la muerte, donde buscaban la vida.

Desbaratados los indios de esta suerte, tuvieron lugar los españoles para lograr el fruto de su temeridad arrojada, aprovechándose del despojo, que fué considerable, por las muchas piezas de oro que cojieron; y lo que mas les importó por entónces, fué haber quedado prisionero el Cacique principal de la laguna, llamado Tamalameque, (de quien tomó nombre la provincia) pues recelosos los indios de que pudiese peligrar la vida de su Príncipe, nó sólo nó intentaron algun movimiento de armas para poder libertarlo pero valiéndose de la sumision, y rendimiento, consiguieron su rescate á precio de oro; y conociendo Alfinjer, por las muestras, el jugó, y substancia del pais en que se hallaba, aunque algunos de sus capitanes fueron de opinion, que pasasen adelante en

sus conquistas, no quiso desamparar la provincia que gozaba, hasta desfrutarla toda, trasegándola, por diversas partes con diferentes escuadras, en que gastó cerca de un año, con aprovechamiento conocido de mas de cien mil castellanos de oro fino, sin lo que ocultaron los soldados, que fué cuasi otro tanto.

CAPITULO VII.

DESPACHA ALFINJER AL CAPITAN Bascona con veinte y cinco hombres á buscar jente á Coro, y mueren todos de hambre en el camino.

HALLANDOSE Alfinjer tan crecido de caudal, como falto de jente, por la mucha que habia perdido en su jornada, determinó enviar al Capitan Iñigo de Bascona (natural de la villa de Arévalo, hombre de experimentado valor) á la ciudad de Coro con veinte y cinco soldados que le acompañasen, y sesenta mil pesos del oro que habia adquirido, para que manifestando las muestras del logro de sus conquistas, se animasen á venirle á seguir en la prosecucion de sus empresas, y con este motivo solicitase traerle cuanto antes la mas jente que pudiese, y los pertrechos de que necesitaba, dándole por órden, que si de vuelta no le hallase en Tamalameque, (donde procuraria esperarle) le siguiese por el rastro que iria dejando en sus marchas.

Con esta disposicion, y algunos indios que llevaban cargado el oro, se despidió Bascona, tomando

la derrota para Coro; pero guiadò de la estrella de su mal destino, no quiso gobernarse por el rumbo que habian llevado á la ida, discurriendo, que estando, como estaba, el paraje en que se hallaban mas metido hácia la tierra adentro de la parte donde le demoraba la laguna de Maracaibo, podria con mas facilidad, y en breve tiempo (siguiendo la serranía sobre la mano izquierda) llegar á Coro, dejando á un lado la laguna, sin necesitar de ver sus aguas para lograr su viaje; pero apenas se engolfó en la serranía, perdiendo el tino en la demarcacion que habia formado, torció el camino sobre la mano derecha, metiéndose por unas montañas llenas de anegadizos, y pantanos, tan ajenas de que las huviese pisado humana huella, que luego conoció la perdicion en que lo habia empeñado su desdicha, pues consumidos los bastimentos que llevaba, empezó á experimentar los aprietos de su falta, sin poderla remediar en aquellos despoblados, ni hallar otro recurso en su trabajo, que entretener la necesidad con la esperanza de encontrar mas adelante algun socorro; pero viendo despues que cada dia se aumentaba mas la afliccion, y se imposibilitaba el remedio, hallándose él, y sus compañeros con la falta del sustento, tan debilitados, flacos, y rendidos, que aun les faltaba vigor para mantener sus propios cuerpos, determinaron aliviarse de la carga, dejando el oro enterrado al pie de una hermosa ceiba, con marcas, y señales en el sitio, por si acaso tuviese alguno de ellos la fortuna de salir de aquel laberinto con la vida, volver á buscar el corazon, que dejaban allí con el tesoro.

Libres con esta dilijencia del embarazo que les causaba la carga, y muerta ya á los rigores de la hambre, y teson de los trabajos la mayor parte de los indios que la conducian, prosiguieron caminando aquellos miserables españoles con el ansia de vencer lo dilatado de aquella inculta montaña; pero como habia muchos dias, que solo se sustentaban con cogollos de visao, era tal la perturbacion que padecian con la debilidad de las cabezas, que dando vueltas de una parte para otra, no acertaban á salir de la cerrada confusion de aquellos bosques; y como con la dilacion crecia por instantes la necesidad, llegando ya á terminos de perecer en los últimos lances del aprieto, ejecutaron (para conservar la vida) una crueldad tan abominable, que nunca podrá tener disculpa, aun á vista del extremo peligro en que se hallaban. pues fueron matando uno por uno los pocos indios que les habian quedado de servicio, y sin despreciar los intestinos, ni otra parte alguna de sus cuerpos, se los comieron todos, con tan poco reparo, ni fastidio, que sucedió al matar el postrer indio, estando haciéndolo cuartos, arrojar el miembro jenital, (a) (como cosa tan obcena, y asquerosa) y un soldado, llamado Francisco Martin (de quien hablaremos despues) lo cojió con gran presteza, y sin esperar á que lo sazonase el fuego, se lo comió crudo, diciendo á los compañeros: pues esto despreciais en ocasion como esta?

Acabada la carne de los indios, con que se ha-

(a) Fra. Ped. Sim. not. 2. cap. v.

bian entretenido algunos dias, cada uno de por sí empezó á recelarse de los demas compañeros; y no teniéndose por seguros unos de otros, de buena conformidad se dividieron todos, tirando cada cual por su camino, á lo que dispusiese de ellos la fortuna, y la tuvieron tan mala, que entre aquellas asperezas, y montañas debiéron de perecer sin duda alguna, pues jamas se supo de ellos, excepto cuatro, que por tener vigor, y tolerancia para sufrir con mas aguante los trabajos, pudieron resistir á la conjuracion de tantos males, hasta acertar á salir juntos á las riveras del rio Chama, (que baja de las sierras nevadas de Merida) á cuya márgen se sentaron con esperanza de tener algun alivio, que templase el continuado rigor de sus desgracias, por las señales que encontraron de ser habitable aquel pais, como lo confirmó breve la experiencia, pues á poco rato de llegados vieron subir por el rio arriba una canoa con cuatro indios, que no les parecieron sino ángeles á aquellos derrotados peregrinos, que puestos de rodillas explicaron por señas su afliccion, pidiendo remedio á sus desdichas.

Tuvo lugar la piedad en el bruto corazon de aquellos bárbaros, pues al ver aquellos forasteros tan macilentos, flacos, y desfigurados, aunque por entónces no se atrevieron á llegar adonde estaban, apretaron las manos á la boga, y navegando rio arriba, dieron la vuelta con presteza, trayendo cargada la canoa de maiz, yucas, batatas, y otras raices, para socorrerlos compasivos: quien pensara, que semejante beneficio pudiera tener por retorno una traicion! pero cuando en el caso presente la misma ingratitud se aver-

gonzara de no hacer ostentacion de agradecida, cupo en el corazon de aquellos hombres la mas bárbara crueldad, que pudiera ejecutar la estolidez de una fiera, pues apenas llegaron los indios á socorrerlos piadosos cuando recibiendo el bastimento que trajeron, pareciéndoles era poco para saciar las ganas que tenian, embistieron con ellos para matarlos, y comérselos; pero como por su mucha flaqueza no pudieron sujetarlos, viendo que se les escapaban de las manos, acogiéndose al refugio de su canoa para ponerse en salvo; por no perder la ocasion, y que se les fuesen todos, dejaron ir á los tres, y pegando con el otro todos juntos, le quitaron la vida, haciéndolo luego cuartos, que guardaron asados, satisfaciendo por entonces su apetito con las asaduras, pies, y manos, que comieron con tanto gusto, como si fueran de un carnero: execrable abominacion entre cristianos!

Cometida esta maldad, empezaron á recelarse, temerosos, no hubiesen dado aviso en algun pueblo los indios de la canoa, y viniesen á buscarlos para vengar el agravio, y muerte del compañero; y asi, no atreviéndose á quedar en aquel sitio, los tres que se hallaban con mas aliento, y vigor, cargando la parte que les habia tocado de la carne, y demas bastimentos, tiraron por el rio arriba, metiéndose en la montaña, donde, ó á manos de la necesidad, ó violencia de su mala suerte, debieron de perecer, pues no parecieron mas; el otro, que era aquel Francisco Martin, de quien hicimos mencion en este mismo capítulo, afligido del dolor que le causaba una llaga en una pierna, que no le dejaba andar, no pudiendo

seguir á los demas compañeros, determinó quedarse solo, deseando ya la muerte por alivio, para acabar de una vez con tantas calamidades, y congojas como se habian conjurado á perseguirle la vida; y hallando despues acaso en las márjenes del rio un madero grueso, y seco, que debió de arrojar alguna creciente á sus orillas, fijando toda su esperanza en el leve socorro de aquel leño, se abrazó con él, y dejó ir por el rio abajo, con tan próspera fortuna, que dentro de pocas horas encontró una poblacion, fundada en las riveras del rio, de jente tan dócil, y piadosa, que viéndolo venir de aquella suerte, lo sacaron de las ondas, y llevaron por cosa extraña, y singular á presentar á su Cacique, que admirado de ver hombre con barbas, y de distinto color, hizo particular aprecio del regalo, dándole de estimacion lo que tenia de exquisito.

En este pueblo estuvo Francisco Martin á los principios, aunque amparado del Cacique, padeciendo los sustos, y peligros á que está siempre expuesto un extranjero; pero despues supo su actividad darse tal maña para granjear á los indios, que se hizo dueño absoluto de la voluntad de todos, porque imitando sus bárbaras costumbres, aprendió á comer el jayo; aplicóse á ser mohan, y curandero; dióse á hechicerías, y á pactos, en que salió tan aprovechado, que se aventajaba á todos; resignóse á andar desnudo como los indios; y finalmente, perdiendo la vergüenza para el mundo, y para Dios el temor, quedó consumado idólatra, adquiriendo tanta reputacion con estas habilidades, que le elijieron capitan, para las guer-

ras que tenian con sus vecinas, en que logró tan felices sucesos, que agradecido el Cacique al crédito en que se hallaban sus armas con la direccion de tal caudillo, le dió por mujer una hija suya, y el absoluto dominio sobre sus vasallos, en cuya posesion lo dejaremos ahora, y lo hallaremos despues.

CAPITULO VIII.

SALE ALFINJER DE TAMALAMEQUE, Y perseguido de trabajos llega al valle de Chinacota, donde lo matan los Indios.

IGNORANTE Alfinjer de las desgracias de Bascona, le esperaba de vuelta por instantes con el socorro, que le habia de traer de Coro; pero viendo que era ya mediado el año de treinta y uno, (a) y no llegaba, se determinó á salir de Tamalameque en prosecucion de sus conquistas, cojiendo el camino por entre la serranía, y la tierra llana, que corre hasta las orillas del rio de Magdalena, experimentando desde luego tales contratiempos, y trabajos, por los muchos anegadizos, cienegas, y esteros, que inundan aquel terreno, y fueron tan continuadas las enfermedades, y dolencias, por el mal temperamanto, y humedades, que se vió obligado al cabo de algunos dias á dejar aquel rumbo que llevaba, y torcer hácia la mano derecha, retirándose á buscar la serranía, para

(a) Año de 1531.

gozar mejores ayres en el desahogo de las tierras altas; pero aunque consigió librarse de los anegadizos, y pantanos, no lo dejaron de perseguir los infortunios, porque siendo muy ásperas, y montuosas aquellas cordilleras, y grande la falta de bastimentos que tenia, á cada paso desfallecidos los soldados con la continuacion de las fatigas; tomaban por partido quedarse arrimados á los troncos de los árboles, á ser pasto miserable de las fieras.

Pero Alfinjer, dando ejemplo con su incansable brio á los que le seguian fatigados, procuró vencer con la constancia aquellas fragosidades, y atropellando los inconvenientes que se le ponian delante para embarazarle el viaje, vino á salir al rio, que despues llamaron del Oro los conquistadores, que salieron con Quezada á descubrir el nuevo Reyno; pero en parte tan despoblada, que no hallando con que poder remediar la hambre que padecian, creció la necesidad, y se aumentó el desconsuelo, hasta que casualmente unos soldados descubrieron una laguna, aunque pequeña en la circunferencia, tan abundante de caracoles, que fué bastante á darles que comer algunos dias, que se mantuvieron á su abrigo, por hallarse tan postrados, que no podian pasar adelante sin darle tiempo al descanso.

Entre tanto despachó Alfinjer á Esteban Martin con sesenta hombres, para que con la diligencia que pudiesen procurasen por aquellos contornos descubrir alguna poblacion donde remediar con bastimentos la falta que padecian; y habiendo dado algunas vueltas por aquellas serranías, salió á la provincia de Guané

(cerca de donde pobló despues Martin Galeano la ciudad de Velez) donde, como en pais tan abundante, y poblado, se proveyó con facilidad de las semillas que quiso, y dentro de veinte dias dió la vuelta al alojamiento en que habia dejado á Alfinjer, que sin atreverse á desamparar la laguna, se habia estado manteniendo en aquel tiempo de los caracoles de sus playas.

Alegres todos con la abundancia del socorro, y mas con la noticia de ser aquella tierra tan poblada, levantaron el Real, pasando luego á rejistrarla, pero sin detenerse en ella mas tiempo, que el que les fué necesario para hacer provision de bastimentos; torcieron el camino para los páramos de Ceruitá, malogrando (por no pasar mas adelante) la fortuna de ser los primeros que gozasen la riqueza de las opulentas provincias del nuevo Reyno, cuyos umbrales llegaron á pisar sin conocerlos; pero parece que reservando la providencia divina la gloria de su descubrimiento para Don Gonzalo Jimenez de Quezada, cegó una y otra vez á aquellos hombres, para que perdiesen, por inadvertencia, la dicha que llegaron á tener entre las manos, pues puestos ya en Ceruitá, si hubieran caminado al Sur diez leguas mas, se hubieran enmendado el yerro, restaurando la accion, que abandonaron primero; pero dejando el camino que llevaban, tomaron la derrota para el Norte, sin advertir, que siguiendo las jornadas de aquel rumbo, iban á salir derechos á la laguna de Maracaibo; en cuyo viaje fueron imponderables los trabajos, asi por las penalidades del frio, que padecian en los páramos, como por la oposicion que hallaron en los in-

dios de Ravichá, que con repetidas guasábaras (en que murieron algunos españoles) los molestaron de continuo, sin permitirles lugar para el reposo, hasta que vencidas estas incomodidades, á fuerzas del sufrimianto, hubieron de aportar al valle de Chinacota; cuyos moradores, con la noticia anticipada de las crueldades de Alfinjer, desampararon las casas antes de verle la cara, teniendo por mas seguro retirarse con sus familias, buscando abrigo en los montes, pero siempre con el ánimo de lograr las ocasiones, que les ofreciese el tiempo para vengar sus agravios; y asi con esta intencion, sin que los españoles los sintiesen, se emboscaron en todos los arcabucos, que rodeaban el alojamiento, esperando coyuntura para ejecutar, á lance fijo, la resolucion que tenian premeditada.

Ignorante Alfinjer de la traicion prevenida, y fiado mas que debieran en el sosiego aparente con que estaba todo el valle, se apartó una tarde, algo retirado del alojamiento, comunicando en conversacion algunas cosas con Esteban Martin, su grande amigo; y como los indios (observando los movimientos de los nuestros) solo aguardaban la ocasion, apenas los vieron separados, cuando saliendo de la emboscada les embistieron con tal ímpetu, y presteza, que cuando pusieron mano á las espadas para defenderse, ya estaba Alfinjer muy mal herido; pero sin perder el ánimo, disimulando la herida, hizo rostro valerosamente á la multitud de bárbaros que le acometia por todas partes, vengando la alevosía de su muerte con quitar la vida á muchos de sus contrarios, has-

ta que socorrido de los demas españoles, se retiraron los indios quedando Alfinjer tan desangrado, y postrado de las heridas, que sin que aprovechasen los remedios, murió dentro de tres dias, dejando perpetuada la memoria de sus atrocidades en los recuerdos que hasta hoy da de ellas su sepulcro á seis ó siete leguas de distancia de la ciudad de Pamplona, que despues pobló Pedro de Ursua, cuyo sitio, por haber sido donde la muerte puso término á la bárbara crueldad de aquel tirano, mantiene todavia el título de su nombre, siendo comunmente conocido por el valle de Miser Ambrosio, aunque el Coronista Herrera, contra la evidencia de una verdad tan clara, pone esta muerte en Coro, por yerro conocido de las relaciones que le dieron para formar su historia.

CAPITULO IX.

GOBIERNA EL EJÉRCITO PEDRO DE SAN Martin hasta llegar á Coro: gobierna la provincia Juan Aleman, por muerte de Alfinjer: sale Venegas á buscar el dinero que enterró Bascona, y vuelve sin hallarlo.

MUERTO Ambrosio de Alfinjer, como sea tan apreciable en los hombres la dulzura del mandar, empezaron á orijinarse en aquel pequeño ejército disturbios, y disenciones, sobre quien le habia de suceder en el gobierno; y aunque los pretendientes eran muchos, por voto de los mas principales fué preferido á todos

el Factor Pedro de San Martin; pero aunque las prendas de nobleza, prudencia, y valor que le asistian lo hacian muy digno para las honras del empleo, no fué tan acepto su nombramiento, que dejasé de haber discordias, y alborotos, que hubieran pasado á motines declarados, si el capitan Juan de Villegas con su autoridad, y aquella respetable veneracion, que se habia granjeado en la estimacion de todos no hubiera sacado la cara, y tomado la mano á sosegarlos; y asi, apagada la llama, antes que cobrase fuerza el incendio, por la interposicion prudente de Villegas, mandó el nuevo Jeneral desalojar el campo del valle de Chinacota; (entrado ya el año de treinta y dos) (a) y atravesadas las montañas, que despues llamaron de Arevalo, salieron á las campiñas de Cúcuta, que fertiles de pastos, y abundantes de oregano, (aunque de temple enfermo) son hoy muy adecuadas para criazon de mulas, siendo las de este valle las de mayor estimacion del nuevo Reyno.

Habiendose detenido muy pocos dias en Cúcuta, con bastantes contratiempos, hambres, y penalidades, fueron prosiguiendo lo molesto de su marcha, y de provincia en provincia vinieron á dar en la que estaba Francisco Martin, tan convertido ya en indio, y bien hallado con sus groseras costumbres, que ni aun señas aparentes de español le habian quedado; y teniendo noticia el Cacique, su suegro, de que se acercaban los nuestros á su pueblo, juntó el mayor número de jente, que pudo reclutar en sus vanderas, y

(a) Año de 1532.

se la entregó al yerno, para que saliese á embarazarles la entrada en sus dominios, fiando las felicidades del suceso en las repetidas experiencias, que tenia de su valor. Bien conoció Francisco Martin, que los forasteros que venian no podian ser otros, que los españoles del campo de Alfinjer, de cuya compañía él habia sido; y para quedar bien con el suegro, sin faltar á la lealtad que debia guardar con su nacion, salió con su jente á la campana, y dejándola emboscada en las montañas vecinas, cuando le pareció tiempo de que pudiesen los españoles estar cerca, con el motivo de ir á reconocer el campo del enemigo, se adelantó solo á encontrarlos: iba Francisco Martin tan á la usanza de los indios, que no se diferenciaba en nada de ellos, desnudo en carnes, y el cuerpo todo envijado, coronada de penachos de plumas la cabeza, terciada al hombro la aljava, y armado el arco en la mano.

Acercose de esta suerte á los españoles, que con trabajo, y molestia iban marchando; y aunque se les puso por delante, no era fácil conocerlo en aquel traje, ni pudieran persuadirse á que era español como ellos, si al oirle referir sus infortunios, y las lamentables desgracias de Bascona, no fueran señales evidentes para caer en la cuenta de quien era; abrazáronle todos con ternura, haciendo demostracion el sentimiento al recuerdo de la muerte infeliz de los demas compañeros; y habiendole vestido con lo que permitió la desnudez que ellos traian, para cubrir la total indecencia en que se hallaba, caminaron juntos hasta el lugar donde habia dejado los indios embos-

cados; y como la superioridad que Francisco Martin tenia adquirida sobre la simple condicion de aquellos bárbaros era tan absoluta, que observaban como preceptos inviolables los mas leves antojos de su gusto, bastó el que les dijese, (hablándoles en su lengua, que la sabia mejor que ellos) que dejadas las armas, tuviesen á los españoles por amigos, pues los reconocia por sus hermanos, para que saliendo de la emboscada sin recelo, ofreciesen la paz con rendimiento al Jeneral San-Martin, y con tantas demostraciones de amistad, que en buena correspondencia se fueron juntos al pueblo, donde acariciados del Cacique, como hermanos de su yerno, se estuvieron de asiento algunos dias, hasta que pareciendo tiempo al Jeneral para proseguir su viaje, llevándose consigo á Francisco Martin, y de los indios amigos buenas guias, que los condujesen por trochas limpias, y libres de anegadizos, (que era lo que mas les molestaba) se pusieron en camino, y llegaron con felicidad á Coro el mismo año de treinta y dos, habiendo consumido tres años en esta inútil jornada, sin que de ella se siguiese otro provecho, que haber dejado asoladas, con inhumana crueldad, cuantas provincias pisaron.

Sabida en Coro la muerte de Alfinjer, con la llegada de su ejército derrotado; fué recibido por Gobernador de la provincia un caballero Tudesco, llamado Juan Aleman, pariente muy cercano de los Belzares, por hallarse con un título despachado á prevencion, para en caso de que faltase Alfinjer; y habiendo sido dotado de una naturaleza muy quieta, y de ánimo muy pacífico, no tenemos que referir par-

ticular operacion suya, pues manteniéndose en Coro el tiempo que duró en el ejercicio, atendió mas á las conveniencias que pudo lograr á pie quedo con quietud, que á los intereses, que pudiera adquirir por medio de las conquistas, buscándolos con afan.

Dejamos, en el capítulo sexto al Teniente Venegas por cabo de los enfermos, y demas jente que dejó Alfinjer en la ranchería de Maracaibo; y habiéndose mantenido con notable sufrimiento los tres años que duraron las desgracias de tan infeliz jornada, cuando supo que desbaratado, y consumido el ejército habia ya salido á Coro, pasó luego á la ciudad, ó á ver á los compañeros, ó á tratar algunas cosas de su propia conveniencia; y teniendo allí noticia de los sesenta mil pesos en oro, que habia enterrado Bascona en su viaje desdichado, se determinó á ir en persona á buscarlos, para cuya dilijencia juntó hasta sesenta compañeros, que se dedicaron á seguirle; y llevando consigo á Francisco Martin, para que mostrase la parte donde habian dejado depositado el tesoro, dió la vuelta á su ranchería de Maracaibo, para seguir desde Tamalameque los mismos pasos que habia llevado Bascona; pero no siendo fácil el que en la confusion de tan espesas montañas pudiese Francisco Martin haber demarcado el sitio donde quedaba la ceiba, que fué sepulcro del oro, despues de haberlos traido de una parte para otra por entre anegadizos, y manglares, en su misma confusion y variedad conoció Venegas que tenia perdido el tino, y que de no dar la vuelta antes de empeñarse mas, tendrian el mismo paradero, que habia teni-

do Bascona, cuyo recelo lo hizo retroceder sin pasar mas adelante, siguiendo las cortaduras, y señales que habia dejado en los árboles, advertencia, que le valió para dar breve la vuelta á Maracaibo, sacando por premio de su codicia el fruto del escarmiento, y la efectiva satisfacion de los precisos empeños, que contrajo para las disposiciones de su avío, en que quedó condenado.

Y por que de una vez démos razon del paradero que tuvo Francisco Martin, es de advertir, que retirado en Coro vivia tan arrepentido de haber dejado aquella brutal vida, que gozaba entre los indios, y tan ansioso por ver á la mujer, y los hijos, que ciego con el amor, dejándose llevar de la tirana violencia del deseo, se huyó de Coro una noche, y se volvió al pueblo de donde le habian sacado, tan bien hallado con las bárbaras costumbres en que ya estaba habituado, que habiendo entrado despues á aquella provincia una escuadra de soldados, y traídoselo á Coro, se volvió á ir segunda vez, y hubiera cometido el mismo yerro otras cien veces, si no hubieran tomado el expediente de enviarlo al nuevo Reino de Granada, para que quitada la ocasion con la distancia, olvidase la aficion, que tanto lo enajenaba: remedio en que consistió el sosiego de aquel hombre, pues vivió despues con gran quietud en la ciudad de Santafé, confesando con arrepentimiento los despeños á que lo habia precipitado su apetito.

CAPITULO X.

ERIJESE LA IGLESIA DE CORO EN catedral, y viene por Gobernador de la provincia Jeorje de Spira.

LUEGO que el Emperador Carlos Quinto tuvo la noticia de estar poblada la ciudad de Coro, y las buenas esperanzas que prometian los favorables principios de su fundacion; deseando su mayor lustre, y el aumento de la relijion católica en los dilatados campos de esta provincia, para la mas fácil reduccion de los innumerables jentiles que la habitaban, suplicó á la sede apostólica la erijiese en obispado; y movida de los piadosos ruegos de aquel invicto monarca la santidad de Clemente Séptimo, por su bula despachada en Roma á veinte y uno de Junio del año de mil quinientos y treinta y uno, tuvo por bien de conceder la gracia, cometiendo el acto de la ereccion á la persona que el Emperador presentase para primer prelado de su iglesia.

Hallábase á la sazon en Madrid D. Rodrigo de las Bastidas, Dean de la catedral de Sto. Domingo, que el año antecedente de quinientos y treinta habia pasado á España á diferentes negocios de su iglesia; y pareciéndole al Emperador persona muy á propósito para poner á su cuidado la direccion de aquella nueva planta, lo presentó para primer obispo de esta provincia; y como tal, usando de la facultad concedida por la sede apostólica, estando en Medina del

Campo el dia cuatro de Junio del de treinta y dos, por ante Pedro de Ledesma, Notario Apostolico, hizo la ereccion de la iglesia de Coro en catedral; y aunque para su servicio, y asistencia le señaló seis dignidades, seis canonjias, cuatro raciones enteras, y cuatro medias, el no haber llegado las rentas decimales á la cantidad necesaria para la decente congrua de todas, ha obligado á que las mas se mantengan suprimidas, sirviéndose al presente solo con ocho prebendas; si bien no es tan corta la cuarta capitular, que no pudiera con descanso mantener algunas mas, sin que su renta hiciese falta á las otras.

Hecha la ereccion del obispado, no pudo el Señor Bastidas pasar tan breve á la residencia de su iglesia, porque habiéndole encomendado el Emperador la visita jeneral de Puerto-Rico, le fué preciso dilatarse en aquella isla hasta el año de treinta y seis, en que llegó á Coro; pero en el ínterin, para que tomase la posesion en su nombre, y gobernase el Obispado, envió con amplios poderes al Dean Don Juan Rodriguez de Robledo, que junto con el Chantre Don Juan Frutos de Tudela vino á Coro, siendo los dos los primeros prebendados que se proveyeron en su iglesia; y aunque la venida de estos fué el año de treinta y cuatro, nos ha parecido anticiparla, por si acaso despues no hay lugar de referirla.

Cuando se supo en Coro la muerte de Alfinjer estaba en aquella ciudad Nicolás de Fedreman, aleman de nacimiento, hombre de elevados espíritus; hallábase rico, y con amistad estrecha con los Belzares: circunstancias, que lo animaban á pretender

el gobierno para sí; y dejándose llevar de este deseo, en la primera ocasion que se ofreció de pasaje, se embarcó bien proveído de dineros para España, asi de su propio caudal, como de la parte que le ayudaron sus amigos, para la mas facil consecucion de sus intentos: llegó á la corte, y se dió tan buena maña, disponiendo su pretension con tal destreza, que con facilidad vinieron los ajentes de los Belzares en conferirle el gobierno, despachándole para ello provisiones muy cumplidas, con particular instruccion de lo que habia de ejecutar, para que la compañía lograse mayor utilidad, y conveniencia.

Publicada en la corte la merced, empezó Fedreman á levar jente, y hacer las demas prevenciones necesarias, para cuanto antes partirse á su Gobierno; pero como no hay fortuna segura á la sorda batería de una emulacion apasionada, bastó la que le manifestaron algunos, que le eran poco afectos, para ponerlo en mal concepto con los Belzares, imputandole ser de áspera condicion, de espíritu bullicioso, de natural altivo, y corazon soberbio; y aunque fueron las propiedades de que siempre estuvo mas ajeno, por haberlo dotado el cielo de una naturaleza afable, conversacion cariñosa, corazon muy piadoso, y ánimo reposado; sin embargo fueron bastantes los informes con que apretaron los émulos, para que recojiéndole los despachos, lo privasen del gobierno, y proveyesen en su lugar á Jeorje de Spira, caballero tambien de su nacion; si bien, por no desairar del todo á Fedreman, le nombraron por Teniente Jeneral, con facultad, para que pudiese hacer entradas, y conquis-

tas por sí solo, pues la capacidad de la provincia daba lugar para los intereses, y conveniencias de ambos.

Con esta disposicion, y cuatrocientos hombres que levantaron en la Andalucía, y reino de Murcia, salieron del puerto de San Lucar en cinco embarcaciones el año de treinta y tres; pero habiendo padecido rigurosas tormentas, que los obligaron á arribar dos veces á las costas de España, muchos de los soldados (que llegaron á cerca de doscientos) atemorizados con la continuacion de sustos tan repetidos, viéndose en tierra á la segunda arribada, determinaron quedarse, no atreviéndose á proseguir en aquel viaje, que recelaban infausto, considerando el presajio de tan adversos principios; y aunque á costa de perder cuanto tenian embarcado, consiguieron con alguna dilijencia quedarse en tierra escondidos.

Temeroso Spira con la repentina desertacion de sus soldados, antes que le desamparasen los demas se hizo á la vela con los que le habian quedado, encaminando su derrota á las Canarias, donde para reintegrar la jente que le faltaba, reclutó doscientos hombres, los primeros que encontró en aquellas islas, sin reparar que fuesen de los bastos, y groseros, que suele producir aquel terreno; con los cuales, y suficiente provision de bastimentos, prosiguió su viaje, y llegó á Coro á principios de Febrero del año de treinta y cuatro, (a) trayendo en su compañía mucos hombres de cuenta, y principales, que despues desempeñaron las obligaciones de su sangre en la conquista, y

(a) Año de 1534.

poblacion de esta provincia, como veremos en la narracion, y contexto de esta historia. De estos fueron, Alonso Pachecho, natural de Talavera la vieja, projenitor de los caballeros de este apellido en la ciudad de Trujillo, y de los Tonares en Carácas; Francisco Infante, natural de Toledo, de quien descienden los caballeros Blancos Infantes de esta ciudad de Santiago; Francisco de Madrid natural de villa Castin, de cuyos méritos son herederos los Villegas, Gonzalo Martel de Ayala, de quien quedó descendencia en el Tocuyo; Montalvo de Lugo, natural de Salamanca, que pasó despues al nuevo Reino, y desengañado con los reveses que le jugó la fortuna, se volvió á España á gozar con quietud de un mayorazgo que habia dejado en su patria; Francisco de Graterol, tronco de ilustres familias; Damian del Barrio, natural del reino de Granada, cuyos servicios en la América correspondieron á los que antes tenia obrados en la Europa, habiéndose hallado en la memorable batalla de Paria, en el saco de Roma con el Duque de Borbon, y en otras celebres funciones de las de mas importancia en aquel tiempo; decienden de este caballero los Parras, y Castillos de Barquisimeto; los Silvas de esta ciudad de Santiago; y otras ilustres familias, que tienen su asistencia en la Provincia.

CAPITULO XI.

DETERMINA SPIRA HACER ENTRADA para las partes del Sur: envia parte de su jente por las sierras de Carora: pasa él con el resto á la Borburata, y júntanse despues en el desembocadero de Barquisimeto.

CUANDO llegó Spira á la ciudad de Coro halló toda su comarca muy falta de bastimentos, porque habiendo sido el año escaso de aguas, fue consecuente la esterilidad en las cosechas, y asi por este motivo, como por el ansia que traia de no perder tiempo en sus conquistas, determinó dividir la jente que tenia, empleándola en diferentes entradas, para que se mantuviese con mas comodidad en las provincias vecinas; y consultando la mejor forma para dar expediente á sus deseos, fué el parecer de los mas prácticos, que el mismo Gobernador con cuatrocientos hombres tomase la vuelta de los llanos de Carora, (que demoran al Leste de la ciudad de Coro) y que su Teniente Jeneral Nicolás de Fedreman atravesase la cordillera por la parte del Oeste, para que descubrierta por un lado, y otro la serranía, se supiese lo que encerraba en su terreno; para lo cual habia de pasar primero Fedreman á la isla de Sto. Domingo á conducir de cuenta de los Belzares los caballos, armas, y demas pertrechos de que necesitase, para armar otros doscientos hombres, que le habian de acompañar en su jornada.

Ajustada esta determinacion entre los dos, em-

pezó á disponer su entrada Jorje Spira, señalando los cuatrocientos hombres que habia de llevar consigo, de los cuales despachó trescientos y veinte á cargo de los capitanes Juan de Cárdenas, Martin Gonzalez, y Micer Andrea, de nacion Tudesco, con órden, para que atravesada la serranía de Carora, lo esperasen en los llanos, mientras él, con los ochenta restantes (que eran todos de á caballo) iba por la costa del mar al puerto de la Borburata, para por allí entrar con mas conveniencia á incorporarse con ellos.

Despachados los tres capitanes por Spira, salieron de Coro, y empezaron á repechar la serranía con bastantes incomodidades, por que siendo la fragosidad mucha, las aguas continuadas, el bastimento poco, y precisa la molestia de ir con las armas en la mano, por la oposicion, y resistencia con que los indios (á cada paso) procuraban embarazarles la entrada en lo que iban descubriendo, estrañaban los soldados (por ser los mas de los recienvenidos de Europa) aquel modo tan penoso de militar, á que no estaban acostumbrados; pero vencidos al fin los embarazos á fuerzas de la constancia, y atravesadas sesenta leguas de tierra áspera, y doblada, salieron á la provincia de Baraure en el principio de los llanos á la parte del Leste; cuyos moradores apenas los sintieron en su tierra, empeñados en lanzarlos de ella á fuerza de armas, tuvieron tal teson en perseguirlos, que con repetidos acometimientos no les permitian, ni aun un breve lugar para el reposo, valiéndose (para mejor ejecutarlos) de la molesta continuacion con que cargaban las lluvias, pues no pudiéndose aprovechar de

las armas de fuego, por el impedimento de las aguas; lograban, sin oposicion, el tiro venenoso de sus flechas.

Este desasosiego á todas horas, sobre la grande escases de bastimentos que tenian, desanimó á los soldados de suerte, que abandonando la reputacion, trataron de dar la vuelta para Coro, encaminando la marcha por la parte que les parecia (segun su demarcacion) podria venir el Gobernador Spira para encontrarse con ellos; y poniéndolo por obra, en lo mas obscuro de una noche desalojaron el Real, retirándose con buen órden, por si fuesen sentidos de los indios, no exponerse á los accidentes que suele ocasionar un descuido; pero aunque el ánimo que llavaban era de no parar en parte alguna hasta topar con Spira, el embarazo de los enfermos, y heridos no les permitió lugar para seguir tanto viaje, obligándoles á que en el desembocadero de Barquisimeto (sin poder pasar mas adelante) se quedasen rancheados por espacio de veinte y tres dias, que fueron los que tardó en llegar allí el Gobernador, bien fatigado tambien de las molestias del camino; pero con la alegria de verse juntos, olvidaron unos y otros, las especies de las pasadas miserias; y determinados á proseguir la jornada por los llanos, siempre al Sur, llevando para gobernarse la cordillera por guia, que les demoraba la mano derecha, volvieron para las poblaciones de Baraure, de donde antes se habian retirado perseguidos.

Avisados los indios de que los españoles entraban segunda vez en su provincia, como se hallaban

ufanos con las ventajas conseguidas en los pasados encuentros, se juntaron en gran número cuantos habitaban la comarca, y con su acostumbrada vocería (teniendo la victoria por segura) les salieron al camino, presentándoles batalla; pero acometidos con prontitud de los ochenta caballos, que acompañaban á Spira, les cojió tan de repente aquella novedad, (que no habian visto otra vez) que absortos con el susto, sin tener ni aun aliento para huir, se dejaban caer en el suelo, ofreciendo la vida, turbados unos, al duro golpe de las lanzas, y otros al desmayo cobarde de su mismo asombro.

Desbaratado con esta facilidad el escuadron numeroso de los indios, sin mas daño de nuestra parte, que haber quedado heridos tres soldados, los bárbaros que escaparon con las vidas, no teniéndose por seguros en la debil defensa de sus pueblos, recojieron con brevedad los hijos y mujeres, y se retiraron con ellos al asilo ordinario de los montes, dejando libres las casas al arbitrio desordenado de sus huéspedes, que se hospedaron en ellas quince dias, para reparo de las muchas aguas que descargaba el invierno, en cuyo tiempo, asi para el remedio de la necesidad que padecian, como por divertirse con un entretenimiento provechoso, se ocupaban muchos de los soldados en el noble ejercicio de la caza, á que los incitaba la abundancia de benados, que mantenia la sabana. Uno de los mas aficionados, que se llamaba Orejon, salió una tarde con otros compañeros á continuar en el divertimiento que solia, y empeñado por aquellos pajonales en

perseguir un benado, se alejó tanto, inadvertido, que despues de haberlo muerto á lanzadas, cuando quiso volver para el alojamiento, no pudo dar con la salida. Los compañeros sin echarlo menos se retiraron con tiempo; pero, conociendo su falta, despues de estar ya en el Real hizo el Gobernador disparar algunos arcabuces, para que gobernándose por el eco de los tiros, conociese la parte donde estaban, pero él se hallaba tan remontado, que no los pudo oir, y tan confuso con la obscuridad de la noche, que determinó esperar á la luz de la mañana para intentar su salida; pero los indios, que ocultamente le habian seguido los pasos, apenas le vieron desmontarse del caballo, para descanzar un poco, cuando cojiéndolo á manos, le cortaron con su misma espada la cabeza; el caballo espantado con el tropel, y alboroto de los indios, corrió furioso por aquellos pajonales, y teniendo mejor tino que su dueño, entró por el alojamiento relinchando, de que maliciaron todos el infausto paradero, que habia tenido Orejon.

Con esta sospecha envió el Gobernador por la mañana al capitan Juan de Villegas con una escuadra de soldados, para que recorriendo todos aquellos contornos, procurase adquirir noticias de Orejon, buscándolo muerto, ó vivo; y habiendo dado vuelta á la sabana, sin hallar señales de él, se encaminó á la montaña, donde á muy poca distancia encontró una poblacion de bien corta vecindad, cuyos moradores, fiados en algunas palizadas que tenian para reparo, intentaron defenderse; pero conociendo breve la ventaja que hacian los arcabuces á la debil violencia de

sus flechas, desistieron de su intento, y se pusieron en fuga, dando lugar á que los españoles saqueasen la poblacion, y á los primeros pasos encontrasen con la espada de Orejon, y parte de la cabeza, que tenian aderezada, para celebrar (comiéndola) el triunfo de su victoria: señal por donde conocieron el desastrado fin del compañero, de cuya muerte irritados, procuraron con la venganza dar alguna satisfaccion al sentimiento, ahorcando cuantos indios pudo encontrar su enojo, y su dilijencia por toda aquella montaña: y dejando convertida la poblacion en cenizas, dieron la vuelta donde habian dejado á Spira, quien deseoso de mudar alojamiento, por las inconveniencias que causaba lo riguroso del invierno en aquel sitio, con el leve trabajo de caminar dos dias mejoró asiento, pasándose á los pueblos de Aricagua, que por estar mas arrimados á la serranía, y en terreno alto, le ofrecieron comodidad para poder sin embarazo, esperar en ellos á que quebrase la fuerza la continuada molestia de las aguas.

CAPITULO XII.

EMBARCASE FEDREMAN PARA LA Española, enviando antes su jente para el Cabo de la Vela: prende el Capitan Chaves al Capitan Rivera: vuelve Fedreman á tierra-firme, y da principio á la pesquería de las perlas.

AUNQUE Fedreman habia quedado de acuerdo

con Spira, de que en volviendo de la isla Española con los pertrechos que iba á buscar haria su entrada, atravesando la serranía por la vanda del Oeste, nunca fué su ánimo ejecutar lo que tenia capitulado con su Gobernador; porque los altos pensamientos que habia concebido en su interior, lo arrastraban á procurar mandar independiente, sin poner los adelantamientos de su fortuna al arbitrio de superior influjo; y asi, luego que Spira salió de Coro para la Borburata declaró su intencion á sus amigos, y alistando la mas jente que pudo por entónces, la despachó á cargo de Antonio de Chaves (á quien nombró por su Teniente con órden de que tomase la vuelta de Maracaibo, y sin parar pasase al Cabo de la Vela, donde le habia de esperar hasta que volviese de la isla Española, para donde se embarcó al mismo tiempo que Chaves salió para la laguna.

Tenia Fedreman muchos dias antes comunicada su resolucion en secreto con Alonso Martin, á cuyo cargo estaban los bergantines que Alfinjer habia dejado en Maracaibo; y asi, prevenido con tiempo lo que habia de ejecutar, dispusieron las cosas de suerte, que cuando Chaves llegó á la orilla de la laguna, ya le estaba esperando Alonso Martin con los bergantines, y diferentes canoas, en que embarcó toda su jente, y la pasó á la rancheria, que estaba de la otra vanda, con ánimo de alojarle alli despacio, dando tiempo á que Fedreman lo tuviese para volver de la Española; pero la escases de bastimentos, y las enfermedades, que por esta causa se fueron introduciendo, obligaron á Chaves á dividir la jente

en tres escuadras, para que pudiesen con menos trabajo mantenerse con lo que á las manos encontrasen; y enviándolas por diferentes partes, les previno, que para cierto dia se hallasen todos juntos en el Cabo de la Vela.

Hallábase al mismo tiempo (que era ya por el año de treinta y cinco) (a) el Capitan Juan de Rivera en la conquista de la Ramada, de órden del Doctor Infante, Oidor de Sto. Domingo, que por muerte de García de Lerma gobernaba á Santa Marta, y apretado de la misma necesidad, y falta de bastimentos, desde las orillas del rio de Macomite, donde estaba rancheado, despachó una torpa de veinte hombres á buscar algun socorro hácia la parte de la laguna de Maracaibo; y como una de las escuadras de Chaves, que acaudillaba el Capitan Murica, acertase á cojer el camino para el rio de Macomite, fué preciso que se topasen de vuelta encontrada en la trocha, que unos y otros iban haciendo, por la maleza de una montaña baja; pero los de Murcia se portaron con tal arte, que habiéndose emboscado sin que los otros lo sintiesen, cuando acordaron por sí los de Rivera, se hallaron prisioneros, (operacion muy usada en los excesos militares de aquel tiempo) de cuya novedad avisado Antonio de Chaves, y persuadido á que Rivera se habia entrado en los términos de la jurisdiccion, que pertenecia á los Belzares, propasando los límites de la gobernacion de Sta. Marta; juntó sus tropas, que andaban divididas, y marchan-

(a) Año de 1534.

do á Macomite, donde estaba acuartelado Rivera, le obligó con ruegos, y amenazas á que con la jente sana que tenia le siguiese hasta el Cabo de la Vela, dejando allí los enfermos para conducirlos despues, cuando el tiempo permitiese oportunidad para ello.

Hecho este ajuste entre los dos, salieron juntos de Macomite, y entrando en las tierras de los guajiros, nacion altiva, y belicosa, que hasta el dia de hoy ha sabido mantener su libertad á costa de su fiereza, se vieron en bastantes aflicciones, por las repetidas guazábaras con que los molestaron los indios, con tanta resolucion, y valentía, que en una de ellas se hallaron Guzman de Avellaneda, y otros seis soldados en los últimos lances de perderse, por haberlos cojido á mano para llevárselos vivos; pero ayudados de su esfuerzo (sin que los pudiesen socorrer los compañeros) tuvieron la fortuna de librarse, escapando con bien de aquel conflicto; y conociendo Chaves lo que le importaba salir cuanto antes de aquella nacion guerrera, apresuró el paso en las marchas hasta llegar á los cocinas, de donde determinó enviar á Macomite por la jente que habia dejado enferma· ocasion, en que tres soldados, llamados Alonso Martin de Quesada, Diego Agudo, y Alonso de Olaya Herrera, ejecutaron una accion, tan bizarra, que pasando los términos del valor, llegó á rozarse con los de la temeridad, pues solo con sus espadas, y rodelas volvieron á atravesar la tierra de los guajiros, hasta llegar á Macomite á avisar á los enfermos, estuviesen prevenidos para ponerse en camino luego pue llegasen los caballos, que les envia-

ba Chaves para su trasporte.

La alegria que aquellos miserables españoles sintieron con la llegada de los tres soldados fué tal, que de las camas se arrojaban al suelo (por no poderse poner en pie) á congratularse unos con otros, por las noticias, no esperadas, de tan cercano socorro, pues la hambre, enfermedades, y trabajos los tenian tan consumidos, y postrados, que en las hamacas estaban muertos muchos de ellos, sin que los pocos que habian quedado vivos hubiesen tenido esfuerzo, ni aun para la accion piadosa de enterrarlos; pero alentados con la esperanza de conseguir alivio en sus miserias, se pusieron en camino para los Cocinas, donde los esperaba Chaves que alegre con su llegada, sin esperar mas tiempo partió luego para el Cabo de la Vela, donde halló ya á Fedreman, que acababa de llegar de la Española con ochenta hombres, y número suficiente de caballos.

Supo al instante Fedreman el suceso de Rivera, y como era Cabo del Doctor Infante, á quien debia obligaciones, por haber hallado siempre en su proteccion amparo á sus dependencias, tuvo del caso bastante sentimiento, porque no quisiera corresponderle con disgustos, ni darle motivo para quejas; y asi, aunque valiéndose del agrado, procuró con buenos modos reducir á Rivera á que se quedase en su compañía, siguiéndole voluntario: escusándose este, por la precision en que se hallaba de volver á Santa Marta, lo dejó ir libre con su jente, asistiendo liberal con cuanto huvo menester para su avio.

Hecha esta galanteria por Fedreman, dispuso

muy de espacio su asistencia en el Cabo de la Vela; porque hallándose de muchos dias atrás con la noticia (que en secreto habia adquirido) de los hostiales de perlas, que cria toda aquella costa (no descubiertos hasta entónces de otro alguno) siempre tuvo hecho el ánimo á probar la suerte en aquella pesquería, y ver el semblante, que en ella le mostraba la fortuna: causa, que le movió á faltar al trato capitulado con Spira, y á citar toda su jente, para que le esperase en aquel sitio, á cuyo fin habia tambien dispuesto el viaje que hizo á la Española, por ver si hallaba allí algunas personas prácticas, de las muchas que asistian á semejante ejercicio en la isla de Cuvagua, para que le ayudasen á su intento, y disponer cierto instrumento, á manera de rastro, que tenia discurrido para facilitar la pesqueria; portándose siempre con tal recato, y sijilo, que no hubo persona que pudiese penetrar el blanco en que tenia puesta la mira, hasta que en la ocasion presente descubrió á sus soldados el secreto; pero anduvo tan desgraciado, que por mucho que trabajó con la inventiva de su instrumento, echándolo repetidas veces en los placeres donde se descubrian los hostiales, no pudo conseguir lance, que fuese de provecho para el logro que habia concebido su esperanza; y lo mismo sucedió á otros muchos que lo intentaron despues, hasta que se discurrió por mejor modo el bucearlas, que es la forma como se sacan hoy quedando para otros el provecho, y á Fedreman solo la gloria de haber sido el autor de su descubrimiento, pues se debió á su dilijencia la noticia del tesoro, que ha tributado aquel mar en

la abundancia de perlas con que han enriquecido el mundo sus criaderos.

CAPITULO XIII.

SALE SPIRA DE ARICAGUA, Y LLEGA á la Provincia de Barinas: tiene un disgusto con su Teniente, y remítelo preso á Coro: pasa el rio Opia, y padese grandes trabajos.

DEJAMOS al Gobernador Jorje de Spira en las poblaciones de Aricagua esperando á que el invierno quebrase la fuerza de sus aguas; y detenido allí tres meses, luego que asentó el tiempo, y despuntó el verano, levantó su campo en prosecucion de su jornada: y caminando siempre por la falda de la serranía, que llevaba á la mano derecha, llegó á la provincia de los Coyones, cuyos naturales, queriendo probar sus brios, sin tener conocimiento de lo que eran las armas españolas, dispuestos en razonable órden militar, les salieron al encuentro á embarazarles el paso; pero acometidos de los nuestros, aunque por algun tiempo mantuvieron el campo con teson, manifestando ser jente de valor en la constancia con que sufrieron el combate; se hubieron de retirar amedrentados, con pérdida de los principales Cabos de sus Tropas, dejando heridos algunos de los nuestros, y al Capitan Montalbo bien picado, por haberle quitado la lanza de las manos.

Algunos dias se detuvo Spira, entretenido en

buscar bastimentos por aquellas cercanías; y hecha la provision de los que pudo hallar su dilijencia, entrándose en la serranía por caminos asperísimos, con mil dificultades, y trabajos, al cabo de dos meses de continuadas fatigas; huvo de penetrar hasta la parte donde despues se fundó la ciudad de Barinas, pero tan perseguido de la hambre, y necesidad, que sin hallar otro socorro para el sustento, se mantuvieron los soldados muchos dias solo con palmitos, y tallos de visao, de que empezaron á enfermar, y debilitarse de tal suerte, que postradas las fuerzas con la flaqueza, hasta el aliento les faltaba para poder caminar; pero consolados á este tiempo con la notica de que en algunos valles, que formaba la serranía, se descubrian diferestes poblaciones, y abundantes sementeras, donde podrian hallar remedio á la afliccion que padecian; despachó el Gobernador á su Teniente Francisco de Velasco con algunos infantes, y caballos, y órden de que en llegando á lo fragoso de la serranía (donde habia algunas aldeas) se quedase allí, y enviase la jente que le pareciese necesaria á los valles mas altos donde estaban las sementeras, y que de ellas le socorriese cuanto antes con lo que hallase mas á mano, procurando buscar alguna sal, por la total falta que tenian.

Con esta órden partió Velasco, y llegando al pie de la cordillera, en cumplimiento del mandato que llevaba, se quedó allí con la jente de á caballo, enviando la de á pie á cargo de Nicolás de Palencia, que caminando, ó por mejor decir gateando, por la maleza de aquellos despeñaderos, dió en lo mas espe-

so de una montaña con una casa bien grande, donde tenian los indios escondidas mas de mil y quinientas fanegas de maíz; no quiso Palencia pasar mas adelante por no desamparar la presa, que le habia deparado la fortuna, y asi, haciendo alto en aquel paraje, se quedó á guardar aquel tesoro, que por tal lo reputaba la necesidad presente, y envió algunos soldados con el maíz que pudo llevar á cuestas una considerable tropa de indios al Teniente Velasco (que como dijimos habia quedado esperando al pie de la serranía) quien alegre con el buen suceso que logró su dilijencia, por darle la noticia al Gobernador con mas cumplido socorro, ordenó le bajasen otras dos ó tres porciones como la que habian traido, y luego las remitió con escolta de soldados, encargándole al cabo que la llevó á su cuidado, observase con reparo la gracia, modo, y semblante que manifestaba Spira al recibirlo: y como las acciones de este lance no correspondiesen al agradecimiento que habia esperado Velasco, antes parece que el Gobernador con displicencia manifestó algun enfado, atribuyendo á descuido la tardanza del socorro; sabiéndolo Velasco, enajenado con la cólera, y ciego con el enojo, prorrumpió diciendo: ó cuerpo de Cristo con el Gobernador! por qué no ha de agradecer lo que trabajan, por servirle sus soldados? pues voto á tal, que si él tiene allá ciento de capa negra, yo tengo acá doscientos de capa blanca; y recojiendo su jente, con el maíz que pudieron cargar los indios, se volvió donde habia dejado á Spira. Estas palabras de Velasco, y el modo con que las expresó su sentimiento, pare-

cieron muy mal á cuantos las oyeron, y ó fuese por vengar alguna pasion, ó desafecto, ó por la comun pension de querer muchos ganar gracias con los superiores, aunque sea á costa de los créditos ajenos, no faltó quien las pusiese en noticia del Gobernador, acriminando la materia, y subiendo de puntos el delito; de que irritado Spira puso luego en prisiones á Velasco, y procediendo contra él por via jurídica, substanciada la causa, se resolvió á cortarle la cabeza; pero mediando la autoridad de Juan de Villegas, Damian del Barrio, Alonso Pacheco, y Juan Guevara, fue bastante la interposicion de estos, para que templado el enojo del Gobernador, revocase la sentencia, contentándose con remitirlo preso á Coro, y en su compañia toda la jente enferma que llevaba, por librarse del embarazo, y detencion que le causaba en las marchas, dándoles algunos soldados de escolta, que los convoyasen hasta pasar de la provincia de Baraure, de donde (dejándolos fuera del riesgo de aquellas naciones bárbaras) dieron la vuelta con brevedad al mismo alojamiento en que hallaron al Gobernador, que los estaba esperando; y con su llegada, gozando la conveniencia del verano, levantó el campo, entrándose en aquel piélago inmenso de los llanos, y como caminaba ya sin el estorvo de tanta jente enferma, ayudado de la serenidad que le ofrecia lo favorable del tiempo, pudo con facilidad, atravesando los rios de Casanare, Zarare, y Apure, penetrar hasta las barrancas del Opia, en cuya circunferencia halló algunas poblaciones con suficiente provision de bastimentos, que le pareció serian bastantes

para poder mantenerse, quedándose allí á invernar, porque el recelo de los movimientos con que ya amenazaban las aguas, no le permitia que pudiese empeñarse mas adentro.

A este fin escojió el sitio mas alto, y libre de anegadizos en las orillas del rio arrimado á una montaña, donde fabricó ranchos, y dispuso alojamientos para pasar el invierno; pero entrando este con mas rigor de lo que podia esperarse, empezó á crecer el rio con tanta abundancia en sus raudales, que rompiendo los límites del márjen, inundó aquellos contornos, convirtiendo en mares las campañas, y dejando á Spira tan cercado de sus agüas, como de tribulaciones, pues por una parte viéndose aislado en el alojamiento, consideraba, que en la falta de bastimentos le prevenia la necesidad su mayor cuchillo, y por otra, en el rigor de las esfermedades, (que ya picaban) temia las continjencias miserables de su ruina.

A estos desconsuelos en que vacilaba confuso, se le añadió otro accidente no de menor consecuencia, para que por todos lados necesitase la constancia de dar ensanches al sufrimiento, pues huyendo la inundacion de aquellos campos, fue tanta la multitud de tigres que se acojió á la montaña inmediata, que como parte mas alta era sola la que gozaba exenciones de segura, que no habia persona que diese paso fuera de los ranchos, que no le sirviese de atajo para la muerte, pues la encontraba luego en la voracidad de aquellas fieras, perdiendo la vida á la violencia de sus garras, como le sucedió á un portuguez Manuel de Çerpa, que habiendose desviado del Real (no trein-

ta pasos) con otros compañeros á cojer una frutilla, que llaman jobos, para divertir el hambre con aquel leve sustento, le asaltó un tigre con tanta velocidad, que sin que pudiesen los compañeros remediarlo, lo dividió en pedazos, para que su desdicha sirviese de alimento á su fiereza.

Esta desgracia de Cerpa, y otras semejantes, que sucedieron, asi en algunos soldados, como en la jente de servicio, los tenia á todos tan amedrentados, que hasta los caballos no se atrevian, ni aun á salir á pastar fuera del alojamiento; y deseando hallar remedio que minorase el rigor de tantos males, se determinaron á fabricar una balsa de maderos, para poder pasar á un lugarejo, que se descubria á la otra vanda del rio, y ver si hallaban en él algunas semillas ó raices con que entretener la vida, mientras el tiempo abria puerta para mejorar fortuna, y puesta la fábrica por obra quedó perfeccionada en quince dias, tan fuerte, y capaz (al parecer) que podia embarcarse en ella todo el ejército junto.

Echaron la balsa al agua con cierto jénero de remos para gobernarla, y algunos buenos nadadores, que con sogas la tiraban, empezaron á formar su travesía, navegando con felicidad hasta tanto que llegaron al raudal que formaban los remolinos del rio, que entónces combatida de las olas, y arrebatada de la rápida corriente de su cauce, no pudiendo la industria de los pilotos contrastar la soberbia de las aguas, les fué preciso ceder á su violencia, dejándose llevar del impulso superior de tanta fuerza.

Los indios de la otra vanda, que atentos habian

estado á la mira, esperando el fin que prometia aquella máquina, viendo á los soldados turbados con el susto que les causaba el aguardar á cada paso una muerte, y en cada choque un naufrajio; saltaron con presteza en sus canoas, y dieron tras la balsa á toda boga, con esperanzas de conseguir á poca costa una victoria, matando, ó prendiendo la jente que iba en ella, como hubiera sucedido, á no haber encontrado en el camino con Francisco de Cáceres, que era uno de los nadadores que gobernaban la balsa, y fiado en la destreza de sus brazos, procuraba en aquel conflicto romper las hondas, nadando, para asegurar la vida, pues divertidos los indios con el entretenimiento de hacerlo blanco fijo de sus flechas, tuvo tiempo la balsa para ir impelida del mismo olaje del rio, retirándose á la orilla, dando lugar á los soldados para saltar en tierra, y emboscarse huyendo de los indios, tan sin tino, que al cabo de dos dias fueron saliendo al alojamiento por diferente parte cada uno, donde creciendo la necesidad, y faltando hasta la esperanza del remedio, fueron tantos los contratiempos con que persiguió á aquellos afligidos españoles la fortuna, que parece quiso hacer experiencia del aguante á que llegaba el valor.

Pero aflojando el invierno despues de algunos dias, fué disminuyendo el rio la fuerza de sus aguas hasta dejar vado por la parte de arriba de los ranchos, dando comodidad á Spira para pasar de la otra banda, y que desamparando aquel lugar, que habia servido de teatro á tantas infelicidades, y desdichas, se fuese entrando por provincias de tan diferentes

lenguas y naciones, que por no hallar intérprete que las entendiese, no las conocieron por entónces, pero segun el paraje de su demarcacion en el camino que lleva Spira, fueron sin duda las de los Chiscas y Olachas, que demoran á espaldas del nuevo Reino de Granada.

CAPITULO XIV.

TIENE NOTICIA SPIRA DE LAS PROVINcias del nuevo Reino, y la desprecia: sigue su jornada al Sur, y llega á la provincia de Mal-Pais.

ENTRE algunos indios prisioneros, que cojió Spira de aquellas naciones bárbaras, halló uno, de cuya lengua (aunque con dificultad) entendia algunas palabras uno de los intérpretes del campo, y en lo que se pudo explicar con su mal formado idioma, respondiendo á diferentes preguntas que le hicieron, dió noticia, de que caminando hácia el Poniente algunas jornadas adelante, encontrarian con unas tierras muy ricas, fértiles, y pobladas de diversas naciones, que gobernándose con política, vestian mantas de algodon y usaban de joyas de oro para adornar sus personas; cuya relacion oida con tibieza por Spira, hizo tan poco caso de ella, que sin poner algun cuidado en asegurar al indio, tuvo él lugar de huirse aquella noche; y perdida esta ocasion, hallándose ya sin guia para aquel descubrimiento, conoció Spira su yerro

cuando no tenia remedio; pero sin embargo, movido de la curiosidad, y animado del deseo de hallar tan ricos paises, despachó á Juan de Villegas con cuarenta hombres, entre quienes iban Francisco Infante, Gonzalo Martel de Ayala, Francisco de Madrid, Juan Cuaresma de Melo, Hernan Perez de la Muela, y Alonso de Campos, para que atravesada la cordillera hácia el Poniente, viese si correspondia el terreno á la relacion del indio; pero Villegas habiendo caminado por la serranía tres dias, pareciendole su fragosidad inaccesible, ó movido de fuerza superior, que es lo mas cierto, dió la vuelta desistiendo de la empresa, cuando pudiera tener razon mas eficaz para seguirla, pues habiendo hallado en algunos pueblecillos que encontró porcion de mantas de algodon, y muchos panes de sal, eran señales evidentes, que aseguraban por cierta la relacion del indio, y á la corta molestia de caminar diez leguas mas, hubiera conseguido la fortuna, que malogró, inarvertido, su descuido, pues se hallara dueño de las riquezas, que encerraba el nuevo Reino, cuyas tierras eran las que tenia por delante; pero parece que Dios, por justos juicios de su divina providencia, embarazó siempre á los alemanes aquel descubrimiento; pues ya vimos que Ambrosio de Alfinjer dos veces, la una en la provincia de Guané, y la otra en los páramos de Cerruitá, llegó á saludar los umbrales de aquel opulento Reino, y en ambas ocasiones retrocedió como violento, mudando la derrota al mejor tiempo, y veremos despues á Fedreman, que arrebatado con la ambicion de una esperanza vana, le volvió la espalda á su con-

quista, cuando hallándose inmediato le brindaba con ella su fortuna.

Vuelto Villegas donde estaba Spira, con la noticia de ser la serranía impenetrable por su mucha aspereza, no se trató mas en buscar aquellas tierras, que ya todos tenian por inciertas; atribuyendo á ficcion del indio la relacion que juzgaban fabulosa; y puesta la mira siempre al Sur, prosiguieron en su viaje, alentados con la esperanza de hallar mas adelante las riquezas, que á cada paso les prometia su antojo, y les ofrecian los indios á montones, por echarlos cuanto antes de sus tierras: con este buen deseo se fueron entrando por los llanos, y á principios del año de treinta y seis (a) llegaron á un paraje de tierra tan esteril, y empollada, llena de tantas ramblas y quebradas, que le pusieron por nombre el Mal-País, de cuyos habitadores (que eran pocos) hubieron algunos á las manos, que respondiendo mas por señas, que con palabras á lo que les preguntaron, dieron alguna noticia de que á poca distancia de aquel sitio, hácia la mano izquierda, estaba un pueblo de vecindad cuantiosa, y que en sus habitadores hallarian porcion considerable de oro en joyas.

No pudo Spira por entónces oir nueva mas gustósa, pues dió por asentado desde luego, que su dicha lo habia conducido á parte donde podrian llenar de conveniencias los huecos de su codicia; y asi, haciendo alto en aquel lugar donde le cojió la nueva, despachó á Damian del Barrio con sesenta hombres, y

---

(a) Año de 1536.

guias de los mismos indios, que lo encaminasen al descubrimiento de aquel pueblo, en quien todos tenian ya puesta la mira, esperando saciar, con los tesoros que en él imaginaban, las buenas ganas que tenia prevenidas su aficion.

Habiendo, pues, salido en su demanda, á pocas leguas de camino descubrieron un cerro algo pendiente, vestido de una montaña muy frondosa de árboles bien altos, y copados, cuya cumbre, ó fuese por fatiga de la industria, ó por disposicion de la naturaleza, formaba un anchuroso espacio raso, y llano, que servia de asiento á un pueblo, compuesto de hasta cien casas, tan grandes, y capaces, que habitaba en cada una una parentela entera; asegurábase su defensa con una muralla, compuesta de maderos, y troncos de palmares espinosos, muy unidos, y juntos entre sí, repartidas á trechos sus troneras, para poder á lo seguro ejecutar el tiro de las flechas; cercaba esta muralla un foso de cabo bien profundo, sembrado todo de agudas puntas de tostados maderos, cubierto por encima de unas varas delgadas, que sustentaban una tez de tierra, tan bien dispuesta, y con tal arte, que no era fácil conocer el engaño, segun estaba disimulado con la apariencia el artificio.

Luego que Damian del Barrio llegó al pie de la montaña, aunque reconoció la fortaleza de aquel pueblo, en quien se habian unido el arte, y naturaleza para hacerlo inexpugnable, se determinó á asaltarlo, para que á vista de lo dificultoso del empeño, sobresaliese mas la resolucion de su gallardo brio; y

dando la señal de acometer, se adelantó á todos un Miguel Lorenzo, natural de Jaen, codicioso de aventajarse á los demas, y ser el primero en el asalto; pero lo fué en caer en el artificio, que ocultaba la simulacion del foso, pues apenas pisó las delgadas varas que lo cubrian, rendidas con el peso, dieron con él abajo sin remedio; pero con tal fortuna, que cayendo entre las puntas de los palos, y lo peinado de la caba, sin recibir mas daño, que la fatiga del susto, tuvieron lugar los compañeros de sacarlo, á tiempo que los indios, sintiendo el rumor de la interpresa, se pusieron en arma, disparando tal multitud de flechas, piedras, y lanzas tostadas desde el abrigo de sus murallas, que heridos los mas de los soldados, sin poder lograr venganza en su despique, se hubieron de retirar avergonzados, experimentando la misma infelicidad en el suceso otras dos veces, que intentaron renovar el asalto para la expugnacion de aquella plaza (á quien por la similitud, que en el sitio, y fortaleza tenia con la de Salsas en las Fronteras de Cataluña, la llamaron Salsillas;) y así, considerando Damian del Barrio la dificultad de aquella empresa, y que de querer proseguir en ella era exponor su jente al riesgo de una desgracia; dejando á los indios con la gloria de vencedores, dió la vuelta en busca del Gobernador Spira, sin mas fruto, que traer prisionera una india, que pudo cojer acaso, la cual como los soldados, para tenerla segura, y que no se les huyese, la pusiesen en prision; viéndose oprimida con el peso de una cadena que le habian echado al cuello, empezó á exclamar, quejándose de crueldad

tan inhumana, pues no la habian tratado con tal rigor otros españoles, que habia tenido por amos.

Razones fueron estas, que hicieron gran novedad á los soldados, estrañando donde, ó como pudiese haber visto aquella india otros españoles, cuando ellos eran los primeros que habian llegado á penetrar á tan remotas provincias; y dándole cuenta á Spira, llevado de la misma admiracion, hizo llamar á la india para informarse del motivo de relacion tan extraña; pero ella, continuando en las expresiones de su queja, respondió á las preguntas que le hizo el Gobernador, diciendo: que á diez dias de camino, navegando por un rio abajo, que estaba á corta distancia de aquel sitio, en una provincia poblada de muchos indios, habitaban en un pueblo cercado de palizadas unos hombres blancos, y con barbas como ellos, que usaban espadas para su defensa, los cuales estaban ya viejos, por haber muchos años que derrotados habian subido por aquel rio arriba, y casándose con indias de aquel pais, tenian en ellas muchos hijos: que algunas lunas atras habian llegado á aquel pueblo y cojiéndola á ella, y á otras muchas, las llevaron prisioneras, pero dándoles buen trato, las pusieron despues en libertad, sin que hubiesen esperimentado de aquellos hombres la vejacion de prision tan rigurosa como aquella en que por entónces la tenian.

Oida esta relacion, empezó la curiosidad á hacer su oficio, infundiendo en el corazon de los soldados ardentísimos deseos de pasar á buscar aquellos hombres, pues á costa del leve trabajo de diez dias podian conseguir la gloria de descubrir cosa tan nueva;

pero Spira como llevaba puesta la mira á otros intentos, y no queria extraviar la prosecucion de sus conquistas, por inquirir novedades; procuró disuadirles del empeño, manifestando con razones congruentes los fundamentos que habia para tener por falsa la noticia, y no ser acertado aventurarse con tanta lijereza á una expedicion, que despues de costeada con afanes, solo podria tener por fin un desengaño; y aunque con esta dilijencia consiguió sosegar los mas de los soldados, no faltaron algunos (y de los mas principales) que teniendo por cierta la relacion de la india, aseguraban sin duda ser aquellos españoles, que estaban poblados en el rio, de los que perdió el Comendador D. Diego Ordaz, cuando la nao de su Teniente General Juan Cornejo, empeñada en contrastar las aguas del Orinoco, debió de perecer en sus raudales, pues nunca se supo de ella, discurriendo que algunos podrian haber escapado en los bateles, y llegar peregrinando á aquel parage: conjetura, que referida despues como evidencia, llegó á tomar tanto cuerpo, que la majestad de Felipe Segundo, por cédula despachada el año de quinientos y cincuenta y nueve, mandó á la audiencia de Santafé solicitase por todos los medios posibles, se descubriesen, y buscasen aquellos españoles perdidos; pero aunque se hicieron exactas dilijencias, y diferentes entradas á este efecto, jamas se pudo hallar razon alguna que acreditase esta opinion de verdadera; y si los que esparcieron esta voz en los principios hubieran cotejado las circunstancias con el tiempo, conocieran lo mal fundado de su errado discurso; pues diciendo la in-

dia, que aquellos hombres estaban ya viejos, y cargados de hijos, por haber muchos años que habitaban allí, mal podrian ser de la jente derrotada de Ordaz; porque habiendo sido su naufrajio el año de quinientos y treinta y uno; en cinco años que solo habian pasado de intermedio, era poco tiempo para criar las canas, y cargarse de hijos; ademas, que del paraje donde tuvo Spira esta noticia á las bocas del Orinoco, donde se perdió Cornejo (y no en las del Marañon, como por malas relaciones escribieron el Cronista Herrera, y el Provincial Fray Pedro Simon) hay mas de trescientas leguas de distancia la tierra adentro; y no es creible, que cuando escapasen de la borrasca con las vidas, pudiesen conservarlas atravesando provincias tan remotas, pobladas de innumerables naciones, tan guerreras, como bárbaras.

LIBRO SEGUNDO.

DE LA CONQUISTA,

Y POBLACION DE LA PROVINCIA

DE VENEZUELA.

CAPITULO PRIMERO.

SALE FEDREMAN DEL CABO DE LA VELA, y entra en el valle de Upar: vuelve á encontrar con el capitan Rivera, y dan juntos la vuelta á Maracaibo, de donde despacha al capitan Martinez á la cordillera de Carora, con órden para que le espere en Tacarigua.

CANSADO Nicolás de Fedreman de gastar el tiempo sin provecho en la pesquería de perlas, que habia intentado en el cabo de la Vela, consultó á sus capitanes sobre la derrota que seria mas conveniente seguir, para buscar nuevos descubrimientos, y conquistas en que poder lograr alguna utilidad, que restaurase en parte lo perdido; y como los mas se inclinasen á que siguiese el mismo rumbo que habia llevado Ambrosio de Alfinjer hasta las orillas del rio de

la Magdalena, y que de allí se continuase siempre al Sur, porque las tierras que se descubrian el rio arriba daban esperanzas de haber en sus cabeceras algunas provincias ricas, de cuya conquista, y posesion se habia privado Alfinjer, por haber mudado la derrota para el Lèste, aunque contra el parecer de algunos que le acompañaron en aquella entrada, que teniendo aun presentes los trabajos padecidos en ella, reusaban volver á experimentarlos; se determinó Fedreman á seguir los mismos pasos de aquel viaje, esperando conseguir lo que malogró Alfinjer, y con este ánimo salió del cabo de la Vela con cuatrocientos hombres bien armados por principios del año en que vamos de treinta y seis, encaminando su marcha para el valle de Upar; pero apenas se hubo apartado de la costa, y entrado en aquellas rejiones cálidas, cuando con la mudanza de temperamento, y falta de agua, por la mucha sequedad de aquellas tierras, empezó á enfermar toda la jente de achaques tan agudos, y violentos, que sin poderlo remediar, unos rendidos con la gravedad del accidente, y otros con la ardiente fatiga de la sed, á cada paso se le iban quedando muertos los soldados, sin que el riesgo de perderlos todos diese lugar para esperar, ni socorrer á alguno, pues solo tiraba Fedreman en aquel conflicto á salir cuanto antes al valle de Upar, esperando que su benigno clima seria el único remedio á tantos males, como lo experimentó luego que pisó sus fértiles campiñas, teniendo juntamente el gusto de volverse á encontrar con el Capitan Rivera, quien como referimos en el libro antecedente, despedido de Fedre-

man, habia salido del cabo de la Vela para dar la vuelta á Santa Marta; y despechado de no haber podido arribar á aquella ciudad, por el embarazo que halló en las crecientes de los rios, y oposicion que le hicieron los indios Chimilas (con quienes tuvo repetidos encuentros) volvió en busca de Fedreman, con ánimo de que le vendiese algun navio (si lo tenia en la costa) para por el mar poder hacer su viaje mas seguro.

Hallábase Fedreman con su ejército muy disminuido, por la mucha jente que habia perdido en el camino; y pareciéndole buena ocasion de reclutarlo, incorporando en él los cincuenta hombres que traia Rivera, supose dar tan buena maña, valiéndose de los agasajos, sin escusar ofrecimientos, que á pocos lances de conversacion quedaron convenidos en proseguir juntos la jornada; de que sentida la jente de Rivera, extrañando haber de militar debajo de la conducta de otro cabo, á quien los habia entregado el trato doble de su mismo capitan, intentó alguna alteracion, y movimiento, que atajada en los principios, se desvaneció breve, con el castigo de dos los mas culpados, que perdieron la vida en el suplicio, y con la fuga de otros seis, que huyendo de tener el mismo fin, por caminos extraviados, no pararon hasta llegar á Santa Marta, donde hallaron ya gobernando al Adelantado de Canaria D. Pedro Fernandez de Lugo, que informado del intento que llevaba Fedreman de caminar siempre al Sur, (cuyas provincias eran comprendidas en la demarcacion de su Gobierno) le escribió una carta cortesana, pidiéndole escusase la mala

vecindad de introducirse en la jurisdiccion de sus conquistas; y encaminada con indios de las naciones amigas de mano en mano, llegó á las de Fedreman, que siguiendo las orillas del rio de la Magdalena, se hallaba ya sobre las sierras de Ocaña; pero advertido por algunas cartas que le escribieron sus amigos, de la potencia de jente que tenia el Adelantado, y de lo mal que habia llevado el que intentase sus descubrimientos por aquella parte, no quiso ponerse en ocasion de venir con él á rompimiento; y confuso entre la variedad de distintos dictámenes, se resolvió á seguir el mas dañoso, repitiendo el yerro, tantas veces cometido por Alfinjer, y Spira, pues dejando la derrota que habia seguido siempre al Sur, retrocedió al valle de Upar, perdiendo, como los otros, la gloria de descubrir el nuevo Reino; y como el ansia apetecible de mandar lo arrastraba, con el deseo de gobernar independiente; hallándose en el valle determinó volverse á Coro, donde le proponia su ambicion estarian ya los despachos del Gobierno, que á su propartida de la corte (por enviarlo consolado) le habian prometido los ajentes de los Belzares.

Con este ánimo dividió su jente en dos escuadras, para que con mas comodidad pudiesen proveerse de bastimentos, yendo por diferentes caminos hasta salir á Maracaibo, de las cuales dejando la una á su cuidado, encomendó á Pedro de Limpias la conducta de la otra; quien cojiendo el camino de la sierra, que divide el valle de Upar de la laguna, al cabo de algunos dias llegó á ciertas poblaciones, fundadas sobre las cañas, y esteros que forman las aguas

de la laguna en sus orillas, y llamaron por entónces los brazos de Herina, donde aprovechado de porcion considerable de oro, así fundido en joyas, como en polvo, que quitó á sus naturales del mucho que encontró en su territorio, pasó á buscar á Fedreman á la rancheria de Maracaibo; orijinándose de lo accidental de este suceso la fama tan celebrada de los brazos de Herina, cuya riqueza se ha quedado tan oculta, que aunque muchos han intentado probar fortuna, buscándola, solo han tenido por fruto de sus deseos contratiempos y desgracias.

Cuando llegó Limpias á Maracaibo halló ya en la rancheria á Fedreman cercado de mil aprietos, así por la necesidad de bastimentos que padecia, como por las dificultades que encontraba para atravesar la laguna, y poder conducir su jente á la otra vanda para pasar á Coro, por haber Antonio de Chaves quemado los bergantines cuando salió de Maracaibo para el cabo de la Vela á esperar á Fedreman, pensando no se ofreceria ocasion de volver á la laguna, ni de haberlos menester; pero como no hay desdicha (por grande que sea) en que no quede abierta alguna puerta al remedio, sucedió, que una de las embarcaciones, al quemarse, consumidas todas las obras muertas con el fuego, quedando el casco entero, se fué á pique, el cual descubierto en esta ocasion por los soldados de Fedreman, aunque con alguna dificultad, tuvieron traza para sacarlo fuera, y compuesto lo mejor que se pudo por entónces, quedó con bastante comodidad para pasar en él todo el campo á la otra vanda, donde luego que saltó en tierra Fedreman, dió

órden para que Diego Martinez, natural de Valladolid, con la mayor parte de su jente entrase por la serranía de Carora, hasta salir al valle de Tacarigua, donde le habia de esperar mientras él, dando una vuelta á Coro, adquiria noticias de los despachos del Gobierno que esperaba, para sosegar la inquietud con que lo traia alborotado su ambicion; y de allí, con el mayor número de jente que pudiese, pasar á incorporarse con él, para intentar el descubrimiento de las riquezas del Mesa, rio, que tiene su nacimiento cerca de Boyacá, á las espaldas de Tunja, cuya fama, ayudada de la ponderacion, era muy aplaudida en aquel tiempo.

Despedido Fedreman para Coro, salió Martinez para la serranía, experimentando desde luego el trabajo ordinario de no tener bastimentos; y como para remediarlo fuese necesario despachar por todas partes á buscar algun socorro; sucedió, que habiendo salido á este efecto Hernando Montero con una cuadrilla de soldados, se le murió en el camino, de enfermedad que padecia, y no daba á entender su sufrimiento, Martin Tinajero, natural de Ecija en la Andalucía, hombre, que viviendo siempre sin agraviar á nadie, se habia mantenido con natural modestia entre los desórdenes que trae consigo la milicia: enterrándolo los compañeros en un hoyo de los que con el invierno habia hecho el agua en una de las ramblas por donde corria, y con las semillas que pudieron recojer, dieron la vuelta al campo, que por ir esperando á Fedreman caminaba poco á poco, deteniéndose en aquel contorno, á cuya causa, pasados

algunos dias, se vió obligado Martinez á despachar otra escuadra de soldados para buscar bastimentos, y entre ellos iban algunos de los que habian enterrado á Tinajero, que llegando cerca de la cañada en que le dieron sepultura, movidos de la curiosidad, quisieron ver si los indios lo habian desenterrado; pero antes de acercarse, á gran distancia (a) se hallaron acometidos de una fragancia tan suave, y un olor tan singular, que suspensos ignoraban la causa á que atribuir tan maravilloso efecto, hasta que aplicando la vista hácia la rambla, reconocieron estar medio descubierto el cuerpo de Tinajero, de cuyo yerto cadáver se exalaba aquel olor peregrino, de quien enamorados diferentes enjambres de silvestres avejas, se habian apoderado, para dar clausura de aromas entre aquellas fragancias á su miel; y no osando los compañeros tocar el cuerpo, admirados, se volvieron para el real, donde referido el prodijio, hicieron todos memoria de la modestia, y costumbres, que siempre habian observado en el silencioso recato de aquel hombre; pero como los conquistadores de aquel tiempo llevaban puesta la mira, mas en descubrir riquezas, que en averiguar milagros, hicieron tan poco caso, que aun siquiera no procuraron darle á aquel cuerpo mas decente sepultura, ni aun señalar la parte, por memoria, donde dejaban aquel tesoro escondido.

. . . .

(a) Piedrahita lib. 3. cap. 4. Fr. Ped. Sim. not. 3. cap. 15.

tinez de aquel pueblo, y caminando con su jente, llegó al sitio donde años adelante fundó el Capitan Salamanca la ciudad del Portillo de Carora; y hallando en aquel contórnó mucho número de indios, de naturaleza afable, y condicion liberal, con sobrada abundancia de bastimentos, determinó quedarse algunos dias, por lograr la ocasion de refrescar su campo fatigado, desquitando con la provision presente las escaseces pasadas: motivo, que le obligó á detenerse dos meses, en que habiendose reformado con el descanso, y regalo, tuvo lugar despues para proseguir su viaje siempre al Sur, por diferentes valles, y collados, hasta llegar á la provincia del Tocuyo (donde despues se pobló la ciudad que hoy permanece de este nombre;) sitio en que se resolvió Martinez á esperar á Fedreman, acuartelando su jente sobre las ruinas de un pueblo, que poco antes habian saqueado, y quemado los Gayones indios, que habitando en las sierras inmediatas, mantenian natural enemistad con los tocuyos.

Descuidado se hallaba Martinez en el reposo de su alojamiento, cuando (sin haberlos sentido antes) llegaron á la misma ranchería los Capitanes Jeronimo de Alderete, y Martin Nieto con sesenta hombres de los que habia llevado á sus descubrimientos el Gobernador Jeronimo de Hortal (á quien por muerte del Comendador D. Diego de Ordaz habia el Emperador hecho merced del Gobierno de Paria, y Maracapana;) para cuya intelijencia es de advertir, que hallándose empeñado Hortal en sus conquistas, un Alonso de Escalante, hombre de natural inquieto, y

reboltoso, que hacia oficio de vedor de la real hacienda, fomentado de Machin de Oñate, amotinó el ejército de suerte, que negándole descaradamente la obediencia á Hortal, lo pusieron en prisiones, y junto con su Teniente Alvaro de Ordaz, tres caballos, y diez infantes que lo convoyasen, lo remitieron á la costa; y aunque muchos de los soldados, no queriendo complicarse en operacion tan fea, tomaron con resolucion hidalga la vuelta de la costa, siguiendo á su Gobernador en la adversidad de su fortuna, los demas, ó temerosos del castigo que merecia lo enorme de su delito, ó con la esperanza de encontrar alguna rica provincia en que quedar aprovechados, nombrando por caudillos para que los gobernasen á Jerónimo de Alderete, y Martin Nieto, se entraron la tierra adentro, atravesando desde las orillas de Uriaparia, hasta la provincia del Tocuyo, donde habiendo reconocido rastros de jente española, se hallaron temerosos, recelando no fuesen soldados del Gobernador Antonio Cedeño, con quien habian tenido en Paria diferencias muy reñidas, sobre las jurisdicciones, ó algun juez, que hubiese enviado contra ellos la Audiencia de Santo Domingo, para castigar el desacato cometido contra su Gobernador; pero conociendo luego ser jente de Venezuela, con quien no tenian encuentro, ni diferencia, que les pudiese causar algun temor, llegaron al alojamiento sin recelo, donde como llevamos referido, hallaron á Martinez, que bastantemente cuidadoso con aquella novedad tan no esperada, no podia acabar de persuadirse á que aquellos sesenta hombres hubiesen atravesado tan dila-

todas provincias como habia de por medio de allí á Maracapana: discurso, que lo hacia sospechar, no fuese aquella escuadra alguna manga sobresaliente, á quien venia siguiendo con su ejército el Gobernador Hortal, de quien, como prudente, se temia no intentase (hallándose con fuerzas superiores) violentarlo á que, desamparando á Fedreman, le acompañase á sus conquistas, por cuya causa mandó luego llamar algunas de sus tropas que andaban divididas, poniendo gran cuidado en sus cuarteles: diligencia que no excusaron por su parte Nieto, y Alderete, por tener la misma desconfianza de Martinez; y así rancheados en parte separada, aunque en el mismo valle, se mantuvieron, recatándose unos de otros, hasta que un accidente repentino, quitándoles los recelos, les hizo conformar las voluntades.

Y fué, que viendo los indios Gayones desde sus serranias los humos que salian del alojamiento de los españoles, discurrieron, que los Tocuyos, en menosprecio de sus armas, habian vuelto á habitar el pueblo que ellos les habian quemado; y teniendo aquel atrevimiento por desaire de su reputacion, resolvieron, juntas todas sus parcialidades, bajar á darles el castigo, que merecia el desacato cometido contra el respeto que se debia á su valor; y ejecutáronlo, abriendo nuevos caminos por la fragosidad de una montaña, por donde sin ser sentidos, penetraron hasta encontrarse con los nuestros, á quienes (aunque extrañaron, por no ser los que buscaban) acometieron con tan gallardo brio, que necesitaron bien de los suyos los soldados de ambas compañias, juntos en un ba-

tallon, para el rechazo de cuatro mil Gayones, que componian el ejército enemigo, quedando desbaratado, y la victoria por los nuestros, con grande aplauso de Alderete, á cuya resolucion, y bizarria se debió la mayor parte del suceso: causa para que quedasen tan amigos, que depuestas las sospechas de ambas partes, se comunicaron sin doblez todo lo acontecido en sus jornadas; de que informado Martinez por estenso, despachó á dar cuenta á Fedreman, que ciego con el ansia del Gobierno que apetecia, se mantenia todavia en Coro, esperando por horas los despachos; pero recibida la noticia de Martinez, se puso luego en camino, doblando las jornadas hasta llegar al Tocuyo, donde valiéndose de aquellos agasajos, que eran propios de su condicion afable, consiguió, que los sesenta hombres se incorporasen en su campo, siguiéndolo voluntarios, aunque los Capitanes Nieto, y Alderete, por tener puesta la mira á pretensiones mas altas, se escusaron con urbanidad de acompañarle, pidiéndole solo escolta, que los convoyase á Coro, para pasar de allí á Santo Domingo, donde murió Martin Nieto; y Alderete, trasportándose al Perú, le sopló tan favorable el aura de la fortuna, que llegó despues á verse Adelantado de las provincias de Chile.

Vanaglorioso Fedreman de ver tan reforzado su ejército con la recluta de aquellos sesenta hombres que se le habian agregado, pasó á representar á sus soldados la falta de armas con que se hallaba, y la necesidad de medios que tenia para el apresto, y provision de aquellas cosas precisas de que necesitaba; y como el agrado, y buenos modos de un su-

perior es una dulce violencia para el corazon de un subdito, valiendose de estos medios consigió, sin repugnancia, el que le franqueasen en empréstito todo el oro que tenian, con el cual despachó á Coro al Capitan Betesa, que dentro de pocos dias volvió con suficiente provision de todo lo necesario; y queriendo lograr el poco tiempo que restaba del verano del año de treinta y siete, (a) desalojó su campo del Tocuyo, y pasó con él al valle de Barquisimeto, donde lo buscaremos despues.

CAPITULO III.

PELEA EL GOBERNADOR SPIRA CON LOS indios de Mal-País: tiene otros encuentros con diversas naciones; y llega á la provincia de Papamene.

DEJAMOS al Gobernador Jorje de Spira empeñado en disuadir á sus soldados del viaje que pretendian para el descubrimiento de los españoles perdidos, segun la relacion de la india; y por quitarles la ocasion de que pensasen mas en ello, trató de acelerar cuanto antes su partida; pero antes de ejecutarla, viendo los indios la mala vecindad que recibian de huespedes tan pesados, determinaron valerse de las armas, para librarse por su medio de la opresion que padecian con tan pesado hospedaje, para cuyo efecto,

(a) Año de 1537.

juntas todas las naciones que habitaban el contorno, vinieron al real una mañana al ir despuntando el alva, y hallando dormida una de las centinelas, en pago de su descuido le quitaron la vida al golpe de una tostada lanza, sirviendo su muerte de aviso á los demas, para que tocando alarma, saliesen los españoles prevenidos á la resistencia de los indios, que por todas partes atacaban los cuarteles entre el confuso rumor de su guazábara; y encontrándose con ellos á las primeras luces que iba rayando el dia, se trayó entre los dos campos la batalla, con tan buenos brios de ambas partes, que por algunas horas, sin declararse Marte favorable, se mantuvo indecisa la victoria; porque ademas de ser los bárbaros muchos, alentados, y resueltos, les daba gran ventaja una porcion de indios pedreros, que traian repartida en sus escuadras, pues con el restallar molesto de las hondas, y el acertado tiro de las piedras, tenian tan amedrentados los caballos, pue ni el gobierno del freno, ni el rigor del acicate eran bastantes para obligarlos á entrar en la batalla: circunstancia, que advertida por los indios, logrando la ocasion de este accidente, se empeñaron con mas fuerza en el combate, de suerte, que llegó Spira á desconfiar del suceso; pero buscando algun remedio, que mejorase su partido, mandó á Alonso Pacheco, que con cincuenta infantes, y quince hombres de á caballo, rodeando por unas trochas que habia detras de un pequeño monte, á un lado del lugar de la refriega, acometiese por las espaldas á los indios, procurando ponerlos en desórden.

Ejecutólo asi Alonso Pacheco con la presteza

que el lance requeria, y cojiendo á los indios descuidados, al verse acometer por parte no esperada, fué tanto su desmayo, que vuelta en desaliento su fiereza, no pudiendo resistir aquel encuentro impensado, fundaron en la fuga su defensa, dejando el campo, y la victoria en manos de los nuestros, aunque no á tan poca costa, que no quedasen heridos muchos, y algunos muy de peligro: causa que obligó á Spira á detenerse allí otros quince dias, por la necesidad que tuvo de curarlos; y pasados, prosiguió su viaje sin apartarse de la falda de la misma cordillera, hasta llegar á un pueblo, en cuyo sitio fundó despues Juan de Avellaneda la ciudad de S. Juan de los Llanos, y llamaron por entónces los soldados de Spira, Pueblo de nuestra señora, por haber celebrado en él (con gran banquete, y regocijo) la fiesta de la Asuncion del año de treinta y siete. Alegres con las noticias que (por echarlos de sus tierras) les daban los indios de haber mas adelante provincias muy opulentas, que teniéndolas por ciertas, no queriendo dilatar mas la dicha de poseerlas, el dia despues de la fiesta se partieron á buscarlas, y á pocas horas de marcha se hallaron acometidos de cantidad considerable de indios, que armados de arcos, y flechas, intentaban embarazarles el paso; pero caminaban los nuestsos prevenidos con las armas en la mano, como en tierra de enemigos, y asi, al primer disparo de sus flechas cargaron sobre ellos los jinetes, con tal furia, que alanceando á unos, y atropellando á otros, quedaron desbaratados todos, y tan amedrentados, que sin tener ánimo para intentar mas movimiento, en llegando des-

pues á columbrar de lejos los caballos, se echaban en el suelo, tapándose las cabezas, y caras por no verlos; logrando Spira la conveniencia de este temor concebido, para pasar sin embarazo, hasta las riveras del rio Ariare, en cuya márgen se detuvo algunos dias porque la abundancia de sus aguas no permitia lugar para vadearlo.

No extrañaron los indios que habitaban de la otra vanda del rio la novedad de aquella jente peregrina, pues sin recelo alguno pasaron luego con sus canoas á contratar con los soldados, llevando cantidad de bastimentos para vender á trueque de algunos rescates de Castilla, en especial de cascabeles, que era lo que mas les agradaba; si bien procedian con tal recato, que antes de llegar con las canoas pedian por señas, se apartasen los españoles de la playa donde ponian lo que llevaban á vender, recojiendo lo que en precio de su mercancia les habian allí dejado los soldados, sin querer mas comunicacion, ni amistad con ellos, que la que permitia el modo de aquel cauteloso contrato; continuando de esta suerte en su comercio, hasta que disminuidas las aguas del rio, dieron comodidad á Spira para buscarle vado, y pasar de la otra vanda, encaminando su ejército por tierras de los Canicamares, y Guayupes, siéndole preciso abrirse el paso á fuerza de armas, por la tenaz oposicion que halló en estas naciones, principalmente en los Guayupes, que para manifestar mas su brabeza, envuelta en ferocidad, le presentaron la batalla en campo raso, coronadas las cabezas con penachos de plumas, los cuerpos todos desnudos, y entintados con

jagua, que es el sumo (de color negro) de cierta fruta, á modo de manzanas, con que acostumbran teñirse cuando van á la guerra, para hacerse formidables con el aspecto á sus contrarios; pero para con los nuestros aprovecharon poco semejantes invenciones, pues aunque á los principios resistieron con valor el ímpetu de los infantes, que iban algo delanteros, acometidos despues de los caballos, fueron con facilidad puestos en confusion, y desbarato, dejando sus poblaciones al arvitrio de los soldados, que supieron bien aprovecharse de lo que hallaron en ellas; y pasando sin detenerse, á pocas marchas llegaron á descubrir las aguas del celebrado rio de Papamene, donde le pareció á Spira detenerse algunos dias, así por dar descanso á la fatiga de su jente, como por buscar entre los indios quien le sirviese de guia, para descubrir á menos costa las riquezas, que le aseguraba por fijas su deseo.

Extraña novedad causó en los indios de Papamene la repentina vista de los nuestros, porque las personas, las barbas, y vestidos, junto con la presencia de los caballos, les eran todas cosas tan peregrinas, que con el deseo de reconocerlas, y admirarlas de mas cerca, fueron llegando algunos con recato en sus canoas; y aunque los soldados por señas, mas que por palabras, les aseguraban la confianza con que podian saltar en tierra, no fiándose de promesas de jente no conocida, volvieron á retirarse á la otra vanda del rio, hasta que juntas mas de trescientas canoas, en que vendrian dos mil indios, asegurados de su misma multitud se fueron acercando á la rivera en que

alojaban los nuestros, que ignorando el fin que podia tener tal movimiento, para cualquier accidente, los esperaban prevenidos; pero los indios manifestando desde luego ser solo la novedad quien los llevaba, sin dar muestras de alguna hostilidad llegaron á la playa, aunque el recelo no los dejó salir de las canoas, y Spira por asegurarlos mas en la confianza, y quitarles el temor, les dió á entender por los intérpretes, que solo pretendia su amistad, con el deseo de que estrechándose la correspondencia, se comunicasen sin cautela; y añadiendo á estas palabras algunas demostraciones de agasajo, con diferentes regalos de avalorias, cuchillos, y cascabeles, los despidió gustosos, y aficionados á la liberalidad que habian hallado en los huespedes.

De esta visita, y del trato afable que experimentaron en Spira, quedaron los indios tan pagados, que fueron continuando en venir al alojamiento los mas dias cargados de frutas, y pescados (asados en barbacoas) de que abundan mucho aquellos rios, y poco á poco, con la comunicacion, perdieron tanto el recelo, que se entraban en los ranchos de los soldados con la misma libertad que pudieran en sus casas; de esta familiaridad tuvieron ocasion los españoles para procurar informarse, y adquirir noticias de las provincias, y naciones que habia mas adelante, y si en ellas hallarian oro, ó plata, que era el centro á que tiraban todas las líneas de aquella peregrinacion trabajosa; á todo respondian los indios tan á medida de el deseo, como si por las palabras con que las preguntaban fuesen leyendo el corazon á cada uno; pin-

tábanles las tierras que buscaban tan fértiles, tan pingues, y tan ricas, que ya les parecia á los soldados tenian entre las manos los tesoros; y por no dilatar la posesion, que podia peligrar en la tardanza, sin aguardar mas tiempo salieron de Papamene, llevando cuatro, ó cinco indios, que los condujesen seguros al goce de las riquezas, que tenian por infalibles.

CAPITULO IV.

ENGAÑAN LOS INDIOS A SPIRA, Y CON malicia lo conducen á la provincia de los Choques: envia á Esteban Martin á reconocer la tierra, y tiene mal suceso en la jornada.

HABIENDO Spira pasado en canoas el rio de Papamene, encaminó su campo por la parte que las guias quisieron llevarlo tan confiado en la seguridad de sus promesas, que tenia afianzado en ellas las medras de su fortuna; pero los indios, ó fuese porque en realidad ignoraban lo que habian asegurado, ó por malicia de su natural fementido, que es lo mas cierto, engañosamente lo fueron conduciendo hasta empeñarlo en la provincia de los Choques; y huyéndose una noche, lo dejaron metido en una tierra doblada, áspera, montuosa, llena de tremedales, y pantanos, poblada de muchos indios belicosos, de mala dijestion, desabridos, y de condicion intratable, diestros, y animosos en la guerra, para lo cual usaban de lanzas, hechas de madera de palmas, enhastados en ellas pe-

dazos de canillas de hombres, agudos, y afilados; tan bárbaros en sus costumbres, que atropellando los respetos de la misma naturaleza, ni el padre estaba seguro del hijo, ni la mujer del marido, pues se mataban como fieras, solo por saciar el bestial apetito de hartarse de carne humana.

En este pais tan desapacible, é intratable se huvo de alojar Spira, buscando para acuartelar su jente el sitio que le pareció mas descubierto, limpio, y libre de humedades; y deseando reconocer el estado de la tierra, y el número de indios que habia en ella, para poder discurrir lo que habia de ejecutar; envió á su Maestre de campo Esteban Martin con cincuenta infantes, y veinte hombres de á caballo, para que en el término de veinte dias la rejistrase toda; pero habiendo caminado pocas leguas, fueron tantos los tremedales, y manglares con que se halló atajado, que fué imposible vencerlos, ni los soldados de á pie, ni la jente de á caballo, pues aunque lo intentaron por mil partes, se sumerjian siempre en los atolladeros hasta arriba de las cinchas, saliendo bien lastimados de las puntas y raices, que ocultaban los mangles: causa que les obligó á volverse, y representar á Spira las dificultades que encontraban para dar cumplimiento á su mandato: pero no fueron bastantes para que el Gobernador mudase de su dictámen; antes le volvió á mandar, que dejando los caballos, saliera luego con los cincuenta infantes, y entrando por otro camino, ejecutase, sin réplica, el reconocimiento que le tenia encomendado.

Era Esteban Martin hombre de gallardos brios,

baquiano, y bien entendido en las guerras de las Indias, como que se habia hallado en diferentes conquistas, y sido uno de los que acompañaron á Ambrosio de Alfinjer en sus jornadas; pero tanteando, con su mucha experiencia, la mala disposicion de aquel terreno, y la indómita ferocidad de aquella nacion tan bárbara, reconoció el peligro á que lo exponia la inconsiderada determinacion de Spira; y aunque no se atrevió á escusar de obedecerla, porque no pareciese desaliento del valor, lo que era consideracion de su prudencia; sin embargo le dijo al Gobernador; V. señoría gusta de que yo entre á reconocer esta provincia con tan poca jente como me señala; los indios (segun tengo tanteado) son muchos, y diestros en las armas, la tierra trabajosa, y desacomodada; quiera Dios, que alguno de nosotros quede con vida, para que traiga la noticia del desastrado fin de los demas. Y poniéndose en camino, salió con los cincuenta hombres á ejecutar la dilijencia, atravesando las poblaciones que habia cerca del alojamiento, hasta encontrarse con una móntaña tan cerrada, pantanosa, y llena de ramblas, que á cada paso se consideraban ya perdidos; siendo el mayor trabajo, el teson con que les llovia, sin cesar de dia, ni de noche: causa de tanta afliccion para los pobres soldados, que viendo la incomodidad que padecian, y el poco provecho que esperaban, al cabo de cinco dias determinaron volverse; pero al tiempo que querian ejecutarlo les deparó su adversa suerte una mal seguida trocha, por donde les pareció podrian hallar salida para alguna poblacion; y caminando por ella cuatro dias, al úl-

timo, sobre tarde, dieron con unas sementeras de maiz, entre unas tierras dobladas, de donde salia una vereda, que segun lo bien abierta, manifestaba ser muy continuada; siguieronla sin parar, ni aun á descansar siquiera aquella noche, y al postrer cuarto del alva salieron á un pueblezuelo, que seria de treinta casas, fundado en la eminencia de un cerro.

Luego que lo reconoció Esteban Martin, hizo alto con su jente, así por ponerla en órden, como por aguardar los indios de servicio, que rendidos con la fatiga del camino, y de la noche, se habian quedado muy atras; pero viendo que tardaban en llegar, aunque los habia esperado por buen rato, por no perder la conveniencia, que le ofrecia la oscuridad para el asalto, dió orden á Nicolas de Palencia (vecino que fué despues de la ciudad de Pamplona en el nuevo Reino) para que se quedase allí á recojer los cargueros conforme fuesen llegando, y él con los demas, antes que rompiese el dia, dió el avance sobre el pueblo, á cuyo estruendo, y alboroto dispertaron los indios, echando mano á las armas, y acudiendo como leones á la parte por donde sintieron el ruido de la interpresa; con tanta prontitud, que hallándose los nuestros divididos, les fué forzoso juntarse en un cuerpo, y escuadron para poder defenderse, asi por ser mucho el número de los indios, como por la gran destreza con que jugaban las lanzas, ayudados del conocimiento del terreno: circunstancia, que les daba gran ventaja, pues los nuestros con la obscuridad de la noche, agravada mas de un poderoso aguacero, que habia empezado á caer, ni sabian la parte

donde estaban, ni podian aplicar reparo á los repetidos golpes de las lanzas que les tiraban los bárbaros: crecia por instantes la confusion con la obscuridad, y con el agua; animaba Esteban Martin con el ejemplo, y con la voz á sus soldados; pero ellos temerosos con los accidentes que habian concurrido para hacer mas sangrienta la refriega, se fueron retirando con buen órden, hasta abrigarse al repecho de una barranca que les guardase las espaldas, donde hicieron alto para tomar algun aliento en el descanso, y esperar á que llegase Nicolas de Palencia con la jente que se habia quedado atras.

Ya que estuvieron todos juntos, y recojidos los indios del servicio, no obstante de hallarse muchos de los soldados fatigados con algunas heridas de peligro, teniendo Esteban Martin por menoscabo de su reputacion la retirada, aunque la noche proseguia en su obscuridad, y la fuerza del agua no cesaba; volvió á avanzar segunda vez al pueblo, con tanta resolucion, y tal coraje, que, aunque los indios mostraron bien sus brios en procurar la defensa, no pudieron resistir al corte de las espadas, ni al tiro de las ballestas, obligándoles la turbacion á retirarse, y desamparar el pueblo, dando lugar á los nuestros, para que, por infundir con el asombro algun temor en los indios, pegasen fuego á las casas, reservando solas tres, que estaban algo apartadas, para tener en que alojarse el tiempo que allí estuviesen.

CAPITULO V.

VUELVE ESTEBAN MARTIN A PELEAR con los indios, y queda desbaratado: retírase de noche por no ser sentido; y aunque con muchos trabajos llega donde estaba Spira; y muere de siete heridas, que sacó de la refriega.

ALEGRES los españoles con la victoria, y animados mas con la claridad del dia, salieron luego que amaneció á reconocer la parte por donde los indios habian hecho su retirada aquella noche: y cuando pensaban que el temor apenas les habria dejado aliento para asegurarse con la huida, los hallaron á pocos pasos del pueblo puestos todos en pie, y arrimados á sus lanzas: entereza que no les pareció bien á los soldados, ni que llegase á tanto la osadia de aquellos bárbaros que hubiesen tenido atrevimiento para mantenerse constantes tan inmediatos al pueblo, sin que el horror de las heridas recibidas, ni el sentimiento de ver quemadas sus casas, hubiesen sido bastantes para quebrantar su fortaleza; y deseando amedrentarlos algo mas, para que á fuerzas del escarmiento cobrasen algun temor, quisieron desalojarlos de aquel lugar donde se estaban inmobles; pero por mucho que hicieron para conseguirlo, quedó siempre la dilijencia sin provecho, pues como pudiera el escuadron mas arreglado de Esguizaros, sin hacer mas movimiento que dar un paso adelante, esperaban los acó-

metimientos con las puntas de las lanzas, deteniendo con la destreza toda la fuerza española, y logrando herir á muchos, sin recibir ellos algun daño, ni ser posible descomponerlos de aquel puesto en que se hallaban plantados.

Vista por Esteban Martin tan militar disciplina, y conociendo que los bárbaros se iban aumentando por momentos, por ser mucho el número que iba ocurriendo al socorro, no le pareció acertado mantenerse mas en aquel sitio, por ser manifiesto el riesgo á que exponia sus soldados, si no lograba la ocasion de retirarse con tiempo; y conviniendo en el mismo dictámen los demas, al primer cuarto de la noche abandonaron el pueblo, que habia sido el terrero de sus armas, y empezaron con silencio á retirarse, dividida la jente en tres escuadras, para poderlo hacer con mas seguro, caminando de esta suerte sin que los indios los sintiesen, hasta que al quebrar del alva dieron con otra poblacion, cuyos moradores, prevenidos ya por los del pueblo antecedente, y convocados en su ayuda todos los circunvecinos, los recibieron con las armas, acometiendo á los soldados conforme iban llegando, rendidos con el trabajo de la noche, y fatiga da aquel dia; y aunque los de la primera escuadra resistieron con tal valor el encuentro, que hicieron retirar á los indios, quedando dueños del pueblo, fueron tantos los que cargaron sobre las otras dos que venian mas atras, que no fué bastante el esfuerzo de Esteban Martin para oponerse al acometimiento de aquella muchedumbre embravecida pues á los primeros lances se halló desbarata-

do, y reconoció perdido, con siete heridas mortales, que las disimuló la fortaleza de su valiente espíritu, prosiguiendo en la pelea como si estubiera sano, por que no desmayaran los soldados al conocer su peligro.

Pero no bastando su valor á componer el desórden en que se hallaban los suyos, procuraban todos poco á poco irse recojiendo para el pueblo, buscando abrigo en las casas, cuando por una novedad inadvertida se les aumentó la confusion, y creció mas el desconsuelo, pues llegó un soldado, llamado Valdéspina (que se retiraba mal herido) diciendo, que el Capitan quedaba prisionero de los indios: noticia, que infundió en los mas tanto temor, que faltándoles el ánimo, confesaban su desmayo con la turbacion, y el desaliento; pero Nicolas de Palencia viendo, que para salir de aquel aprieto era preciso animarlos, hablando con el desenfado que solia, les dijo: que cuando el Capitan fuese perdido, solo les faltaba un hombre, pues no peleaba por mas, y no por la falta de uno habian de mostrar flaqueza, cuando todos tenian brios para saber defenderse.

Estas palabras dichas á tiempo, y con garvo, y el haber llegado entónces Esteban Martin, que postrado al dolor de las heridas, se venia tambien recojiendo para el pueblo, fueron causa, para que volviendo en sí desechasen el temor que los tenia acobardados, y tratasen de fortalecerse entre las casas, para poder tener algun seguro mientras daban disposicion para curarse; pero la desgracia de aquel dia corrió tan igual por todas partes, que para nada hallaron reme-

dio, ni pudieron tener forma, por haberse apoderado los bárbaros del bagaje, quitándoles la ropa, y demas prevenciones que llevaban, con muerte de los cargueros y resto de la jente de servicio, á quienes pasaron á cuchillo: contratiempo, en que perdida la esperanza, tuvo nuevo lugar la confusion, pues ni podian quedarse allí por falta de bastimentos, ni proseguir su retirada por el embarazo de haber de conducir tantos heridos, y muchos de ellos de riesgo: pero discurriendo medio para salir de aquel empeño, dispusieron cuatro hamacas en que llevar cargados á Esteban Martin, á Valdespina, y otros dos soldados, por ser los de mas peligro; y los demas, que caminando en la forma que pudiesen, asegurasen la vida en su propia dilijencia.

Dispuesta la retirada de esta suerte, luego que cerró la noche, con el mayor recato, y silencio que pudieron empezaron á marchar, dejando amarrado un perro en un bujío, para que á la voz de sus ladridos se descuidasen los indios: extratajema, que les salió bien acertada, pues engañados con ella, ni conocieron la fuga, ni cayeron en la cuenta hasta muy entrado el dia; teniendo lugar los nuestros en el interin para ir caminando poco á poco, pues no daba lugar para otra cosa, ni el embarazo de los heridos, ni el accidente de haberles empezado á llover tan reciamente, que no habia senda que no fuese un charco, ni quebrada, que no pareciese un rio, siéndoles preciso en muchas partes pasarlas cuasi á nado, con el agua hasta los pechos: circunstancias, que juntas unas con otras, les fueron de tanto estorvo, que habiendo

caminado sin parar toda la noche, á la mañana se hallaron solo á distancia de una legua del pueblo, que habian dejado al retirarse, tan postrados con el trabajo, y desfallecidos con la hambre (por haber mas de cuarenta horas que no probaban bocado) que deseaban ya la muerte, como alivio á tantas calamidades; y para remedio de ellas tomaron una resolucion tan cruel como necesaria, por entónces, para la salud de todos, pues considerando el embarazo que les era la carga de los enfermos, determinaron llevar en las hamacas solo á Esteban Martin, y á Valdespina, y dejar allí á los otros dos, que estaban ya sin esperanza de vida, por habérseles pasmado las heridas con el agua, á cuyo fin los apartaron del camino, y metieron en el monte, porque no los encontrasen los indios; y despidiéndose unos de otros con lágrimas, y suspiros, los dejaron á morir en aquella soledad á manos del desamparo.

Aliviados en parte con esta dilijencia, pasaron adelante, y llegaron á descansar á las barrancas de un rio, donde les pareció sitio aprópósito, para poder alojarse siquiera mientras encendiendo lumbre se calentaban un poco, y tomaban algun sustento, asando unas frutillas de ciertas palmas silvestres, de cuyos huesos sacaban una medulilla amarga, que chupándola les servia de entretenimiento para mantener la vida.

En este estado se hallaban, cuando un soldado, llamado Pedro de la Torre, hombre de resolucion, y grandes brios, viendo la afliccion que padecian, y el peligro de perecer que amenazaba á todos, pidió licencia á Esteban Martin para adelantarse solo á dar

cuenta al Gobernador del estado en que quedaban, para que los socorriese con bastimentos, y jente que ayudase á cargar á los heridos, obligándose á llegar á su presencia en aquel dia, aunque estaban distantes veinte leguas; y andubo tan acertado en su demarcacion, que gobernándose por derrota, y caminando por atajos, salió (aunque tarde de la noche) al alojamiento donde se hallaba Spira, á quien dió cuenta del estado miserable en que dejaba á los demas compañeros; de que apesarado el Gobernador, conociendo (aunque tarde) haber sido su temeridad causa de aquella desgracia, procuró acudir al reparo con presteza, enviando algunos soldados con disposicion y forma para conducir con mas conveniencia á los heridos; pero cuando llegaron á encontrarlos, que fué al cabo de dos dias, era ya muerto Valdespina, y Esteban Martin tenia tan ulceradas, y corruptas las heridas, que por mucha priesa que se dieron para transportarlo al real, no hubo medicamento que bastase para preservarle, de que al tercero dia de llegado se le acabase la vida, con notable sentimiento del Gobernador, y de todos los del campo, porque su condicion liberal, y mucho agrado fueron prendas, que le habian adquirido la dicha de bien quisto.

CAPITULO VI.

ENTRA FEDREMAN EN LOS LLANOS, Y huyendo del invierno se retira á la serranía: llega al pueblo de la Poca-Verguenza, y sale de los Choques Jorge de Spira.

En llegando á apoderarse del corazon humano la ambicion, ni hay entendimiento, que no ciegue, ni razon, que no perturbe. Hallábase Nicolas de Fedreman con su ejército, aumentado de los sesenta hombres de Hortal, proveido de todo lo necesario con el socorro que le habia traido de Coro el Capitan Beteta, favorecido del tiempo por ser lo mas apacible del verano; y malogrando estas conveniencias por el inmoderado apetito de mandar, se puso á contingencia de perderlo todo, pues persuadido á que por horas podria recibir los despachos del Gobierno, á que anhelaba con tanta ansia su deseo, no se resolvia á salir de Barquisimeto, por no alejarse de Coro, gastando en estas vanas esperanzas tanto tiempo, que dejó pasar lo mejor de él sin provecho; de que disgustados los soldados viendo aquella detencion tan infructuosa, empezaron á murmurar con desahogo, y aun trataron algunos de dejarlo, y retirarse á Coro: movimiento, que entendido por algunos de sus mas confidentes amigos, fué causa para que le advirtiesen el daño que amenazaba.

Este recelo le obligó (bien contra su voluntad) á acelerar su partida; y saliendo de Barquisimeto,

empezó á caminar la vuelta de los Llanos, entrando en ellos por la parte que llaman el Boqueron; pero como el tiempo ya no era apropósito, por haber pasado lo mejor del verano, desde luego fué experimentando los efectos, que causó su dilacion, pues cargando las aguas con el rigor que suele en estas partes, habiendo caminado divididos, Fedreman con la mitad del campo por un lado, y el Capitan Martinez con el resto por la provincia de los indios Guéros, juntos despues de algunos dias, les fué preciso dejar los Llanos, y buscar la serranía, que les demoraba al Poniente para invernar en ella, porque las inundaciones eran tantas, que parecian lagunas las sabanas.

No sosegaba Fedreman con la inquietud que perturbaba su espíritu, ni los desengaños bastaban á templarlo, ni la experiencia adquirida á persuadirlo, pues sin hallar consuelo en nada, solo divertia el pensamiento con la esperanza del Gobierno que aguardaba. Y discurriendo que podia ser haber ya llegado á Coro los despachos, luego que alojó su ejército en la serranía, dejándolo encomendado al Capitan Martinez, volvió á Barquisimeto con el ansia de buscarlos; pero consumidos sin fruto, algunos dias, viendo que no llegaba el plazo de sus deseos, con harto sentimiento hubo de conocer su desengaño: y lleno de pesares, y tristezas volvió á buscar su jente, harto desconsolado, á tiempo, que entrado el año de treinta y ocho (a) pudo proseguir su marcha, caminando con tal felicidad, que sin experimentar acciden-

(a) Año de 1538.

to, que nos pueda retardar la pluma, atravesó diferentes provincias, y naciones, hasta llegar á un pueblo, cuyos moradores, aunque al principio dieron muestras de recibir á los nuestros de amistad, quedándose en sus casas; despues, ó temerosos, ó advertidos, trocaron el reposo por la fuga: de cuya desconfianza sentidó Fedreman, mandó á los soldados los siguiesen; mas como algunos de ellos, llevados del interes, atendiesen mas al pillaje de los bujíos, que al mandato del Jeneral, viendolos Fedreman, les dijo con alguna alteracion: O, que poca vergüenza de soldados! Y como en la afable condicion, y modesta compostura de aquel hombre jamas habian experimentado enojo alguno, extrañaron tanto estas palabras, que por memoria de cosa tan singular, llamaron á aquel pueblo el de la Poca-Vergüenza.

Mientras esto pasaba á Fedreman, se hallaba Jorje Spira en la provincia de los Choques, tan cercado de trabajos, que parece se habian conjurado contra él los infortunios; pues ademas de padecer gran falta de bastimentos, y los continuos asaltos con que le molestaban los indios, sin dejarlo sosegar; las muchas humedades, y vapores gruesos de aquella tierra tan montuosa, y empollada causaron tantas enfermedades en su campo, que al rigor de su violencia murió la mayor parte de la jente del servicio, y muchos de los soldados, sin poder hallar remedio á tan distintos achaques como todos padecian: participando tambien del nocibo influjo los caballos, porque con la mala calidad de los pastos con que se sustentaban, unos se hinchaban hasta rebentar, y á otros se les

criaba tanta abundancia de lombrises, que echándolas por la boca, se caian muertos: siendo el mayor desconsuelo, en medio de tanto mal, aquel continuo llover noches, y dias, que le tuvo cortado el paso un año entero, sin permitirle lugar, para que saliendo de aquellas montañas, donde parece tenian su asiento las desdichas, pudiese huir el horror de tanta calamidad; pero viendo que mientras mas se detenia era su perdicion mas evidente, pues por instantes se le iban aumentando mas los contratiempos, se resolvió (atropellando inconvenientes) á disponer su retirada, aunque con mil dificultades, y trabajos, por ser muy poca la jente que le habia quedado, y de ella, mas los enfermos, que los sanos; pero alentados aquellos afligidos españoles con la esperanza de hallar alguna mejora, qué templase la adversidad de su fortuna, sacaban fuerzas de su mismo desaliento para poder caminar, huyendo de aquella tierra, que habia servido de piedra de toque á su constancia, y de sepulcro miserable á los demas compañeros. Mas hallando despoblados todos los paises que encontraban, por haberse retirado los indios, escarmentados de la mala vecindad que les hicieron cuando por allí pasaron, fueron tantas las hambres que padecieron, que no pudiendo resistir con la debilidad la falta del alimento, murieron de necesidad los mas de los enfermos, y entre ellos muchas personas de cuenta, y suposicion, como fueron Juan Cuaresma de Melo, Francisco de Murga, Antonio Ceballos, Pedro de Cárdenas, y Francisco Murcia de Rondon, que sirvió de secretario al Rey Francisco de Francia, el tiempo que estubo pre-

so en Madrid; y fué quien descubrió al Emperador la trama que tenia dispuesta el Rey para huirse de la prision.

Con estas necesidades, y miserias hubo de aportar Spira á un pueblezuelo de muy poca vecindad, cuyos moradores cojidos de repente, solo tuvieron lugar para salir huyendo, dejándose en las casas porcion considerable de yucas, y batatas: regalo, que por entónces fué mas estimado de los nuestros, que si hubiesen hallado un gran tesoro. Y como para recobrar algun aliento con aquel socorro, que les deparó su buena suerte, determinasen quedarse en aquel pueblo algunos dias, andando en uno de ellos cuatro soldados juntos revolviendo los bujíos, por ver si hallaban algo, que fuese de provecho á su codicia, encontraron acaso una criatura de poco mas de un año, que con la priesa de huir debió su madre de haber dejado olvidada; y revestidos aquellos hombres (ó por mejor decir aquellas fieras) de inhumanidad diabólica, mataron la criatura, y poniendo al fuego en una olla un cuarto, la cabeza, pies, y manos, mientras se cocinaba, á medio asar se comieron la asadura, saboreándose despues con el caldo de la olla; á tiempo que entró en la casa una india cristiana, y ladina, criada de Francisco Infante, y conociendo por la vista, y el olor, ser carne humana la que estaban cocinando, sin darse por entendida con ellos, avisó á su amo la maldad de aquellos hombres; que llegando á noticia del Gobernador, pasó luego á prenderlos, determinado á que pagasen con la vida la pena de tan enorme delito: pero considerando despues la falta que le

podrian hacer cuatro hombres, por la poca jente que tenia, conmutó la sentencia en otros castigos, que aunque graves, no correspondieron á lo que ellos merecian: si bien á pocos dias tomó venganza el cielo, pues murieron todos cuatro, aunque de diferentes achaques, con los mismos accidentes de ancias, congojas, y dolores, confesando á voces su delito, y conociendo ser su muerte pena de su iniquidad.

CAPITULO VII.

SPIRA LLEGA AL RIO ZARARE, Y Fedreman al de Apure: tiene noticias de su Gobernador, y por no encontrarse con él, se entra en los Llanos: prosigue Spira su jornada, y llega á Coro.

Habiendo salido Spira del pueblo, que llamaron del Muchacho, por el suceso referido en el capítulo antecedente, caminando poco á poco, por la mucha flaqueza, y mala forma con que tenia su jente, hubo de aportar á las orillas del rio Zarare, á tiempo que Nicolas de Fedreman, á quien dejamos en el pueblo de la Poca-Vergüenza prosiguiendo en su jornada, llegó á las riveras de Apure (rio, que debe su orijen en la provincia de Mérida, á las quebradas, que llaman de Brabo, por otro nombre Ariçagua;) y teniendo allí noticia, por relacion de algunos indios, de lo inmediato, que se hallaba Spira (por estar los dos rios tan cerca el uno del otro) receló, como prudente no quisiese el Gobernador, si se encontraba

con él, despojarlo de la jente, que llevaba, para emprender de nuevo otras conquistas, dejándolo privado del mando, y malogradas las esperanzas, que tenia concebidas de adelantar por su mano, sin dependencia de otro, su fortuna; y asi, por evitar las continjencias de este riesgo, le pareció mas acertado huirle el cuerpo al Gobernador; y dejando la serranía por donde venia Spira, torció el camino á mano izquierda, metiéndose en los llanos, sin que el Gobernador tuviese noticia de él; hasta que pasados quince dias, llegando á alojarse en las orillas de Apure, halló los rastros de haber estado allí jente española: novedad, que le causó grande cuidado, no pudiendo discurrir qué Capitan fuese el que andaba por tierras tan retiradas, pues nunca llegó á presumir pudiera ser su Teniente Fedreman. Y como con el deseo de hallar quien le diese alguna noticia para salir de recelos, solicitase por todas partes informarse de los indios, fueron tantas las dilijencias que hizo, que hubo de descubrir entre unos indios Caiquetios, que estaban poblados cerca del rio Apure, una india Ladina, que habia venido de Coro con Fedreman, y por haber caido enferma se habia quedado con ellos, la cual le dió muy por extenso relacion de todo lo sucedido, y de los designios que llevaba en su viaje Fedreman, con circunstancias tan claras, que le refirió hasta los nombres de las personas principales que le acompañaban.

Envuelto en mil confusiones quedó Spira, sin acertar á resolverse en el consejo que debia tomar en este caso, pues vacilando continuo entre la variedad de pareceres que daban sus Capitanes, no hallaba re-

solucion que le agradase, ni dictámen que bien le pareciese; porque teniendo los mas por acertado el que volviese con presteza tras Fedreman, y quitándole la jente con la mano de ser su Gobernador, diese otro tiento á su fortuna buscando nuevas conquistas (que era lo que siempre habia temido Fedreman) no se atrevia Spira á seguir lo arduo de este consejo, considerando que era poca la jente que tenia, y esa enferma, y que Fedreman llevaba mucha, y muy lucida, y que meterse en sus manos desarmado, fiado solo en el respeto, que como á su Gobernador debia guardarle, era exponerse á la discresion de ajena cortesanía, y dar lugar á la continjencia de padecer algun desaire, en que quedasen ultrajadas su autoridad, y su persona.

Gastados en esta irresolucion algunos dias, hubo de determinarse despues á usar de galantería, para asegurar con ella en su obediencia á Fedreman; y para obligarlo con mas veras le despachó nuevos poderes, dándole facultad muy ámplia, para que en su nombre pudiese proseguir en sus descubrimientos, y conquistas; y juntamente le escribió una carta cariñosa, avisándole por menor de todas sus desgracias, con prevencion de algunas advertencias, que le parecieron necesarias para el mas acertado logro de su viaje; pero esta dilijencia no llegó á tener efecto, porque aunque Spira envió á Felipe de Urre, Caballero aleman de la casa de los Belzares, con treinta hombres en alcance de Fedreman, halló tan crecido el rio de Apure, que parecian mares las campañas de sus márjenes; y viendo que en treinta dias que se detuvo, esperando á que mermasen sus aguas para poder esgua-

zarlo, iban cada dia en mayor aumento sus crecientes, desconfiado de hallar forma para lograr el pasaje, dió la vuelta en busca del Gobernador, á quien alcanzó alojado ya en la serranía de Coro, padeciendo bastante molestia de los indios, que á lo seguro, sin poder ser ofendidos, le hacian notable daño desde lo alto de la sierra, con el continuo disparo de sus flechas.

Pero Spira, por dar algun castigo á su osadia, les dispuso una noche una emboscada, y cojidos en ella el dia siguiente, fueron muertos muchos, y aprisionados treinta, de los cuales, con sobrado rigor, á sangre fria, mandó el Gobernador empalar diez, dando fin con esta crueldad á su jornada, pues sin otro accidente llegó á Coro por Febrero del año de treinta y nueve, (a) despues de cinco años de peregrinaciones, y trabajos, en que perdió tresœientos y diez hombres, pues de cuatrocientos que sacó de Coro el año de treinta y cuatro, solo volvió con noventa, desnudos, enfermos, y del todo derrotados, sin lograr otro fruto de su viaje, que haber llegado á probar lo que puede aguantar el sufrimiento de los hombres para tolerar desdichas, y dejar eternizada la memoria de la infeliz jornada de los Choques.

Cuando Spira llegó á la ciudad de Coro halló ya en ella al señor Obispo D. Rodrigo de las Bastidas, que desde el año de treinta y seis, fenecida la visita de Puerto-Rico habia pasado á residir en su iglesia, y el Doctor Navarro, á quien la Audiencia de Santo Domingo habia embiado con diferentes comisiones,

(a) Año de 1539.

sobre el mal trato, y venta de los indios, y no por Gobernador, como escrivió el Provincial Fray Pedro Simon, (a) á quien siguió el señor Obispo Piedrahita, pues, con la venia debida á la autoridad de tan clásicos autores no hay duda, que en esto padecieron un yerro conocido, porque Spira nunca dejó de ser Gobernador hasta su muerte, ni la Audiencia podia enviarle sucesor, solo por el motivo de haber cumplido sus cinco años de Gobierno, que es la causal que dan estos autores; pues siendo él nombrado por los Belzares, á quienes el Emperador tenia cedida en arrendamiento esta provincia, solo ellos podian removerlo, y no la Audiencia, en quien no residia jurisdiccion para intentar tal mudanza; y que á Spira no lo privó la Audiencia, es evidente, porque luego que llegó de su jornada á Coro, se embarcó para Santo Domingo á componer algunas dependencias con los ajentes de los Belzares; y para el tiempo que podia durar su ausencia, dejó nombrado por Gobernador en su lugar á Juan de Villegas; y despues al tiempo de su muerte (que fué el año de cuarenta) volvió á dejar nombrado al mismo Juan de Villegas, cuyos títulos orijinales, despachados por el mismo Spira, he visto entre otros papeles, que paran hoy en el Maestre de Campo D. Lorenzo de Ponte y Villegas, su descendiente; y lo que asegura un instrumento auténtico, no puede contradecirlo una opinion.

(a) Fra. Ped. Sim. not. 4. cap. 14. Piedrahita lib. 3. cap. 4.

CAPITULO VIII.

VUELVE FEDREMAN A BUSCAR LA serranía: atraviesa la cordillera, y entra en el Nuevo Reino: pasa despues á España con los Jenerales Quesada, y Benalcazar, y muere en Madrid.

POCOS dias despues que Fedreman (huyendo de su Gobernador) se entró en los Llanos, caminando para la parte del Leste, se halló atajado de dos poderosas ciénegas, que aunque de poca agua en lo fondable, fueron dificultosas de pasar, por ser muy dilatadas, y estar tan llenas de atolladeros, que se entraban los caballos hasta las cinchas en ellos; pero vencida esta penalidad con el trabajo, y la maña, salió á tierra mas enjuta; y caminando por ella, sin llevar por entónces otro fin, que escusar la ocasion de encontrarse con Spira, se apartó tanto de la serranía, que perdiéndola de vista, penetró en lo interior de los Llanos hasta las riveras de un caudaloso rio, cuyos contornos, en las señales de diferentes ruinas mantenian la memoria de haber sido en otro tiempo muy poblados; y deseando Fedreman averiguar la causa de aquella desolacion, supo de algunos indios prisioneros, que en las aguas de aquel rio tenia su habitacion un animal tan formidable, tan carnicero, y voraz, que habia destruido gran parte de aquellos pueblos comiéndose sus vecinos, y los demas amedrentados habian desamparado aquel pais, mudándose á vivir á parte mas retirada, huyendo de la fiereza de tan

nocivo enemigo: relacion, que tuvo por cierta Fedreman, por haber oido de noche él, y todos sus soldados los estupendos bramidos que daba aquella fiera dentro del agua; y algunos aseguraban haberla llegado á ver; afirmándose ser especie de serpiente de corpulencia espantosa.

Cuando á Fedreman le pareció que ya podria estar seguro de encontrarse con Spira, dejó el camino de los Llanos, y reforzado su campo con quince hombres, que le trajó Juan Gutierrez de Aguilon, (quien desde Coro, siguiéndole las huellas habia venido en su alcance,) volvió á buscar la serranía con ánimo de atravesar la cordillera, á cuyo efecto, desde el rio Pauto, donde estubo de asiento algunos dias despachó á Pedro de Limpias á reconocer la parte menos fragosa para poder conducir el ejército por ella; pero la halló por todos lados tan inaccesible, é intratable, que desconfiado de poder lograr su dilijencia, dió la vuelta, asegurando á Fedreman ser imposible vencer la dificultad, que embarazaba el transporte.

Viendo con este desengaño frustrado totalmente su deseo, torció el camino para el Sur por la falda de la misma serranía, llevándola siempre por guia sobre la mano derecha; y cuasi por los mismos pasos que habia seguido Spira, llegó al pueblo de nuestra Señora, á quien los soldados de Fedreman llamaron de la Fragua; (por haber armado allí una para componer las armas, y herramienta) y como toda la ansia la tenia puesta Fedreman en pasar la cordillera; por haber hecho concepto de que en aquello consistia el logro de sus aumentos, trató luego de infor-

marse de la disposicion de la tierra, que caia de la otra vanda, por ver si correspondia la noticia con el discurso que habia formado su idea; y hallando en todos los indios una relacion conforme de ser provincias muy ricas, abundantes, y pobladas, se determinó á seguir por aquella parte su derrota, resuelto á vencer las dificultades que pudieran estorvarlo; y para ello despachó á Pedro de Limpias por delante, con algunos soldados, y guias del mismo pueblo, para que allanase los caminos, y buscase los pasos mas acomodados para el ejército, que á corta distancia le seguia.

Con este órden salió Limpias del alojamiento, encaminando su viaje por la parte que lo llevaban las guias, y al segundo dia de jornada empezó á encumbrar la serranía, experimentando desde luego los trabajos é inconvenientes, que solo pudo vencer su valor incontrastable, atravesando páramos frijidísimos, y peñascos tan peinados, que le era preciso en muchas partes, á fuerza de picos, y de barras, abrir huellas donde pudiesen hacer firme los caballos para conseguir el paso; y en otras, que aun no permitia la fragosidad de este recurso, amarrarlos con sogas, y suspenderlos con ellas hasta donde pudiesen hacer pie para librarlos del despeño.

Con estas penalidades, y fatigas llegó al cabo de diez dias á una loma, que permitiendo solo una angosta senda muy pendiente para subirla, formaba en su eminencia una llanada razonable, llena de mucha paja larga, y seca, cercada por todas partes de profundos precipicios, y tajadas peñas, donde algunos in-

dios de la comarca se habian recojido temerosos, pareciéndoles el sitio mas acomodado para su resguardo; pero viendo subir los españoles, al conocer que ni allí estaban seguros, pegaron fuego á la paja, que ayudado del viento, (por soplarles entónces favorable) creció con tal violencia, que en breve tiempo se convirtió toda la loma en un incendio, poniendo á Limpias, y á su jente en tal aprieto, que perdida la esperanza, se daban ya por perdidos, por no admitir otro partido aquel peligro, que despeñarse, ó arder; y entre la contínjencia de ambos rigores, pareciéndole mas suave á un soldado, llamado Vivanco, el morir precipitado, que acabar entre las llamas, se arrojó desde una peña, y perdió la vida hecho pedazos; y los demas hubieran padecido el mismo fin, á no haber hecho Limpias, con la presteza que pudo, un contrafuego, si bien no fué tan jeneral el remedio, que no muriese quemado un español, y algunos indios de carga.

Libre Limpias de aquel conflicto, y vencida con afan la serranía, á pocos dias de viaje se halló en el valle de Fosca, primer pueblo de los dominios del Sipa de Bogotá, cuyas provincias (habiendo subido con ejército desde Santa Marta) habia dos años que tenia conquistadas D. Gonzalo Jimenez de Quesada, Teniente Jeneral del Adelantado de Canaria D. Pedro Fernandez de Lugo; y aunque los indios de aquel valle dieron noticia á Limpias de hallarse otros españoles en la tierra, lo tuvo por imposible hasta que pasando á Pasca, halló allí al Capitan Lázaro Fonte, á quien tenia desterrado el Jeneral Quesada, por des-

pique de algunos disgustillos que habian corrido entre los dos; y enterado de que otros habian tenido la dicha de llegar primero á gozar las conveniencias de desfrutar aquel reino, esperó á que se acercase Fedreman, que con el resto del ejército venia en su seguimiento, en cuyo intermedio hubo tiempo para que Lázaro Fonte avisase á Santa-Fe; de que no recibió poca alteracion Quesada, por ser en coyuntura que se hallaba cuidadoso con la noticia de que D. Sebastian de Benalcazar, Capitan del Marques D. Francisco Pizarro, despues de haber poblado á Quito, y Popayan, en prosecucion de sus conquistas se iba acercando por el valle de Neiba á Bogotá, y recelaba temeroso no se uniesen los dos Jenerales en su daño para lanzarlo del Reino, que tenia ya descubierto, queriendo aprovecharse del fruto de sus trabajos: sospecha que no le salió vana, pues con efecto intentaron ejecutar lo que Quesada temia, pretendiendo cada uno, que el reino de Bogotá era comprendido en la demarcacion de sus conquistas; pasando tan adelante el punto de esta discordia, que se vió obligado Quesada á tratar de defender con las armas lo que habia ganado y descubierto con ellas; pero interviniendo á mediar esta diferencia los eclesiásticos, que asistian á los tres Jenerales, los hubieron de convenir en que quedase suspensa la materia hasta que el Emperador determinase á cual de los tres tocaba la posecion, y el dominio; y que en el ínterin la jente de Fedreman, y Benalcazar se uniesen á la de Quesada, para poblar aquel reino, gozando todas las honras, y conveniencias de conquistadores de él, sin diferencia en la ac-

cion para pretender los premios.

Con estas condiciones, y cuatro mil pesos de oro, que se le dieron á Fedreman, considerándole pobre, quedó sosegado aquel disturbio, que habia llegado á lance de parar en rompimiento de una discordia civil; y mediado el año de treinta y nueve entró Fedreman en Santa-Fe, con grande aplauso de la jente de Quesada, despues de tres años gastados en el viaje desde que salió del Cabo de la Vela con cuatrocientos hombres, de los cuales, aun con habérsele agregado en el camino los sesenta de Alderete, y los quince de Aguilon, solo metió en el reino treinta caballos, y ciento cincuenta y tres infantes, habiendo perecido los demas con el rigor de tan penosa jornada.

Determinados los tres Jenerales á pasar juntos á España, asi para que el Emperador declarase el punto de su litijio, como á solicitar cada uno el premio de sus servicios, labraron bergantines para bajar por el rio de la Magdalena á Cartajena; y embarcados allí para la Europa, llegaron con felicidad á la Corte, donde entre los afanes de pretendiente, y sinsabores de algunos pleitos que le movieron los Belzares, acabó la vida Fedreman, cuya memoria merece ser celebrada entre la de los héroes mas plausibles de su tiempo; su naturaleza fué de un lugar del círculo de Suavia en Alemania la Alta; su presencia hermosa, y agraciada; el rostro blanco, y el pelo rojo; afable con liberalidad, y apacible con agrado: sus hazañas, y singular valor le adquirieron mucha fama en pocos años; y aunque el desafecto de sus émulos atribuyó

su jenerosidad de ánimo á soberbia, su inclinacion á las armas, á inquietud; y su cortesano trato á máxima cautelosa; no hay duda, que fueron muy singulares las prendas con que lo adornó naturaleza; y á no haberse dejado llevar con tanto exceso del deseo inmoderado de mandar independiente, no hubiera hallado defecto que notarle la mas curiosa atencion.

CAPITULO IX.

SALE DE CORO LOPE MONTALVO: prende en Barquisimeto al Capitan Reinoso; y siguiendo á Fedreman entra en el Nuevo Reino: alborótanse los Saparas, y sobre su pacificacion se orijinan discordias.

CUANDO salió de Coro Fedreman, despues que volvió del Cabo de la Vela, dejó encargado á Lope Montalvo de Lugo, natural de Salamanca, é íntimo amigo suyo, procurase socorrerle, yendo en su seguimiento con el mayor número de jente, que pudiese adquirir su actividad, y dilijencia; y Montalvo viendo el empeño á que se hallaba obligada su amistad, para dar satisfaccion á la confianza que de él habia hecho Fedreman, algunos meses despues de su partida salió de Coro con cuarenta hombres bien armados, y atravesando la serranía de Carora, y valle del Tocuyo, llegó á Barquisimeto, haciendo allí alto mientras pasaban las aguas del invierno, para proseguir despues su viaje por los Llanos; y en ínterin que queda

acuartelado, aunque las operaciones del Gobernador Antonio Cedeño no tocan á nuestra historia; sin embargo, para claridad de lo que vamos refiriendo, es necesario apuntar algunas de ellas; y asi es de advertir, que como llegasen á la Audiencia de Sto. Domingo repetidas quejas de las continuadas violencias de su obrar, deseando aplicar remedio á tanto desafuero, despachó al Licenciado Frias, su Fiscal, para que procediendo contra Cedeño, lo remitiese preso á Sto. Domingo; pero como un abismo llama á otro, y de un yerro se orijinan muchos, para dorar Cedeño sus delitos les añadió por realce un desafuero, pues olvidado de las obligaciones de su sangre, atropellando el respeto, y veneracion debida á Ministro de representacion tan suprema, sin querer obedecer las provisiones de la Audiencia, lo puso en rigurosas prisiones, despojandolo con ignominia de todo cuanto llevaba; y temeroso del castigo que merecia tal arrojo, llevandose preso al Fiscal, se metió la tierra adentro, con el pretexto de proseguir en sus conquistas, donde le cojió la muerte; pues en el partido de Tiznados, la violencia de un veneno, que le dió una criada suya, puso fin á sus temeridades, y á su vida.

Muerto Cedeño, los soldados de su campo queriendo llevar adelante la jornada, por la esperanza que tenia de dar con las riquezas del rio Meta, nombraron por cabos para que los gobernasen á Pedro de Reinoso, hijo del Señor de Autillo, en Castilla la Vieja; y á Diego de Losada, hijo del Señor de Rio-Negro, en el Reino de Galicia; pero despues sobre-

viniendo entre los dos algunas diferencias, por motivos, que no hace á nuestro asunto el referirlos, se dividió la jente en dos escuadras, y la una, gobernada de Diego de Losada, dió la vuelta á Maracapaná, de donde habian salido, pasando de allí Losada á Coro, para darnós bastante matéria á nuestra historia, como veremos en el contexto de ella; y la otra, acaudillada de Pedro de Reinoso, fué á dar á Barquisimeto, donde estaba acuartelado Lope Montalvo de Lugo, quien lo recibió amigablemente por entónces; pero sabiendo despues la muerte de Cedeño, y los accidentes de aquel viaje, prendió á Reinoso, y quitándole la jente que llevaba, lo despachó á Coro; y de allí á Sto. Domingo, donde el respeto de su sangre, y la recomendacion de su nobleza, fueron los mejores valedores para salir bien de algunos cargos, que le movió la voz fiscal de aquella Audiencia; y declarado por libre, casó en aquella ciudad con una señora muy ilustre, dejando (despues de muchos años que vivió) vinculada su memoria á la posteridad en sucesion dilatada.

Lope Montalvo viendo aumentada su compañía con la jente que le quitó á Reinoso, luego que se sosegaron las aguas salió de Barquisimeto, y siguiendo las huellas de Fedreman, despues de padecidas bastantes miserias, y trabajos, á fines del año de treinta y nueve entró en la ciudad de Santa-Fe con ochenta hombres (á tiempo que ya Fedreman se habia embarcado para España) donde, asi por la calidad de su persona, como por la circunstancia de socorro tan importante como el que introdujo en aquel reino en

coyuntura que necesitaban de él, fué recibido con regocijo, y singular alegria de todos los conquistadores; y muy en particular de Fernan-Perez de Quesada, que por ausencia de su hermano D. Gonzalo gobernaba aquellas provincias por entonces; y como su talento, su prudencia, y su valor lo hacian amable en cualquier parte, se supo granjear tanta estimacion, y crédito en aquel reino, que con aceptacion de todos sus vecinos llegó despues á gobernarlo, en lugar de su primo el Adelantado D. Alonso Luis de Lugo; pero como de las parcialidades que este caballero, con su violento proceder, dejó formadas en Santa-Fe entre los Caiquetios, y los Quesadas, se orijinaron tantas discordias, comisiones, y pesquisas; tocole á Lope Montalvo parte en el padecer, solo por haberlo hecho la naturaleza deudo del Adelantado, cuyas desazones le obligaron á que buscando su quietud, se retirase á España á gozar de un Mayorazgo que tenia en Salamanca, donde murió, desengañado con los varios semblantes que le mostró la fortuna.

En el capítulo séptimo dejamos dicho como luego que llegó á Coro Jorje Spira habia pasado á la isla de Santo Domingo, dejando el gobierno de la provincia á Juan de Villegas; y como con brevedad feneciese las dependencias, que iba á ajustar con los Ajentes de los Belzares, dió la vuelta á Coro en ocasion que los indios Saparas, que habitaban en la barra de la laguna de Maracaibo, habian dado muerte á algunos españoles, con demostraciones claras de querer sacudir el yugo de la obediencia en que vivian sujetos; y deseando Spira ocurrir á castigar este mo-

vimiento, antes que tomase fuerza la demasia, determinó ejecutar por su persona la dilijencia, sobre que se ofrecieron grandes alborotos, y disturbios en la ciudad; porque los soldados, llevando á mal el militar debajo de la conducta de un extranjero, y á quien miraban con horror, y poca fe, por las desgracias sucedidas en la jornada de los Choques, favorecidos del Doctor Navarro, que los ayudaba con su autoridad, y sus consejos, se escusaron de seguir á Spira, representándole, que de no darles cabo español que los mandase, estaban resueltos á perder antes las vidas, que salir de Coro: y aunque á los principios el Señor Obispo D. Rodrigo de las Bastidas fué del mismo parecer, patrocinando tambien á los soldados, despues, instado de las súplicas, y ruegos del Gobernador, mudó dictámen, sacando la cara á su favor con tanto empeño, que predicando un dia en la iglesia, dijo, que era grande maldad, y desacato, que teniendo en aquella ciudad Gobernador buscasen Gobernador, y que teniendo Rey buscasen Rey; con otras palabras semejantes, que manifestaron bien lo unido que se hallaba con Spira, y la facilidad con que por darle gusto habia mudado de opinion; pero los soldados irritados mas con las picantes palabras del sermon, se cerraron de calidad, que no hubo forma de sacarlos de su primer proposito; y como la representacion del Doctor Navarro era tan atendida, que se llevaba el séquito de todos los vecinos; viendo el Gobernador que era quien con públicas demostraciones fomentaba los soldados, no quiso exponerse á lance de un rompimiento, en que pudiese quedar desai-

rado su puesto, y su autoridad; y asi valiéndose de la prudencia para dar expediente á aquel empeño, tomó por medio el pretexto de finjirse enfermo, y con este motivo encargó la dilijencia á Alonso de Navas, nombrándole por cabo para el castigo, y reduccion de los Saparas; quedando de esta suerte sosegada por entónces aquella inquietud, que llegó á dar tanto cuidado, aunque no pudieron remediarse las malas consecuencias, que de ello resultaron, como veremos despues.

CAPITULO X.

CONSEGUIDO EL CASTIGO DE LOS Saparas, tira Navas con los soldados la vuelta de Cubagua: va el Doctor Navarro á detenerlos: préndenlo los soldados, y se lo llevan consigo á Cumaná: muere Jorje Spira, y gobierna Villegas la provincia.

DESPACHADO por el Gobernador el título de Capitan á Alonso de Navas, empezó á levantar jente para poner por obra la dilijencia que se habia fiado á su cuidado; y como su nombramiento habia sido tan á gusto, y satisfaccion de todos, á porfia se le ofrecian los soldados para acompañarle en aquel caso; pero no queriendo llevar mas jente, que la que le pareció ser necesaria, escojió cien hombres, los que discurrió mas á propósito, y con ellos salió de Coro en busca de los Saparas, á quienes con facilidad des-

baratò en dos encuentros, cojiendo á los mas culpados en el movimiento de su intentado rebelion, que presos, con buenas guardas remitió al Gobernador.

Fenecida con tanta brevedad la expedicion, como los soldados se hallaban disgustados con el dominio Aleman, cuyo gobierno aborrecian, por el poco provecho que lograban de militar en sus vanderas; viéndose al presente en libertad quisieron lograr la ocasion de huir el cuerpo á sujecion tan pesada; y resueltos á no volver mas á Coro, determinaron tirar para Cumaná, para pasarse á la isla de Cubagua, donde por las muchas perlas que se sacaban entónces, ocurria mayor número de jente, que á las demas partes de la costa; y poniendo por obra su propósito, empezaron á caminar con ánimo de entrar por la serranía, dejando á la parte del Norte la ciudad para salir al Tocuyo, y de allí por el desembocadero, atravesando los Llanos, pasar á Cumaná; pero algunos de los soldados, arrepentidos de resolucion tan temeraria, pareciéndoles, que emprender un viaje tan dilatado, aun cuando se llegase á conseguir, habia de ser á costa de innumerables afanes, sin que los compañeros los sintiesen se huyeron una noche, y por caminos extraviados dieron la vuelta á Coro, avisando al Gobernador de todo lo que pasaba; de que sentidos Spira, y el Señor Obispo, clamaban, prorumpiendo en quejas, con palabras muy descomedidas contra el Doctor Navarro, cargándole la culpa de todo lo sucedido, por haber sido causa con su proteccion, y empeño, para que aquella pacificacion se hubiese encargado á Navas; dando motivo para que los

soldados tuvisen coyuntura de ejecutar aquel atrevimiento, dejando la ciudad desproveida, y expuesta á la violencia de una invasion enemiga; y como á esto se añadiesen las protextas de los Factores, y aliados de los Belzares, por el menoscabo, y pérdidas que podia padecer su compañía, se vió tan apurado el Doctor Navarro, que por librarse de la calumnia, que todos le imputaban, y sosegar aquella pública conmocion que habia formado contra él el sentimiento, se ofreció á ir en persona á reducir los soldados, y volverlos á traer á la ciudad; y para ello, juntando sesenta hombres bien armados, tomó el camino de la costa hasta el puerto de la Borburata, y por allí salió á Barquisimeto, para atajarles el paso antes que se metiesen en los Llanos; y como Navas, y su jente caminaban á pie, y por tierras ásperas, hubo tiempo para que Navarro llegase primero, y se pusiese á esperarlos en una poblacion de indios Ajaguas; pero los soldados sabiendo en el Tocuyo que estaba allí Navarro, torcieron el camino, y por un lado se entraron en los Llanos por el desembocadero de Baraure, sin parar hasta las orillas del rio Pao.

Pocos dias despues llegó á saber Navarro su pasada, y tirando á largas jornadas en su alcance, gobernándose por las noticias que iba adquiriendo de los indios, hubo de dar con ellos en el Pao, donde todavia se hallaban detenidos; y reprendiéndoles con ásperas palabras el delito cometido en desercion tan inicua, les afeó la ingratitud con que habian correspondido á su fineza, pues habiendo él sacado la cara á defenderlos, contra el dictámen de Spira y del Se-

ñor Obispo, daban motivo con aquella resolucion intempestiva á que todos le atribuyesen (con razon) la culpa de su fuga.

Pero satisfaciendo los soldados á este cargo, le respondieron con la veneracion debida á su persona, que el desamparar la provincia no era efecto de deslealtad, pues como vasallos amantísimos del Rey deseaban perder la vida en su servicio; pero que el punto de buenos españoles no les permitia pasar por la ignominia de vivir sujetos al tirano Gobierno de los Belzares, teniendo expuestas las vidas, y las honras al arbitrio violento de un dominio estranjero; y que asi, mientras las cosas de Coro corriesen con aquel temperamento que tenian entónces, no se cansase en persuadirlos, porque seria én vano cualquiera diligencia que intentase para moverlos de la firme determinacion en que se hallaban de no quedar en la provincia: que harto sentian hubiese tomado el trabajo de venir á buscarlos, por ser preciso quedase desairado en aquel lance, y ellos mortificados de no poder dar gusto en la ocasion á quien siempre habian venerado por padre, y reconocido por amparo.

No le pareció bien á Navarro la respuesta, y sentimiento de aquella terquedad; volvió á replicarles con enojo, tratasen de disponerse para volver á Coro, porque de resistir á su mandato, haria que concediesen á la fuerza, lo que negaban al ruego. Reportaronse con esto los soldados, y callando dieron á entender estaban prontos á seguirle, por ocultar con aquel fingimiento su intencion, valiéndose del disimulo, para que descuidandose Navarro pudiese tener lo-

gro mas seguro lo que tenian pensado; y conociendo que su Capitan Navas, obligado de las razones de Navarro, estaba en ánimo de volver á Coro, no quisieron consultar con él su determinacion; antes privándolo del puesto, sin que lo llegára á entender, con gran secreto nombraron entre todos por caudillo á uno, llamado Pancorbo, y con su parecer aquella noche, estando el Doctor Navarro sin aquel recato y vijilancia, que debiera prevenir, segun la ocasion en que se hallaba, dieron de repente sobre él, y cojiéndolo descuidado, le quitaron las armas, y caballos, pagando con aquel ultraje la culpa de su confianza.

Sentidísimo quedó Navarro con el escozor de burla tan pesada; y viéndose desarmado, y expuesto á la discrecion de los soldados, se valió de la humildad para dorar su desaire, pidiéndoles con encarecimiento, atendiesen á la representacion de su persona, para no permitir quedase avergonzado con la infamia de semejante despojo; y que en satisfaccion de los buenos oficios, que siempre habia interpuesto en su defensa, le restituyesen sus armas, y caballos para volverse á Coro; pero los soldados desvanecidos con la altivez que les ocasionaba el buen suceso, sin hacer caso de las humildes representaciones de Navarro, le respondieron, que algunos caballos le darian, para que pudiese con su jente pasar seguro entre los indios, y que sin esperar de ellos otra cosa, ni gastar el tiempo en persuadirlos, se volviese luego, pues guardando el respeto que debian á su persona, no intentaban que experimentase detencion, ni padeciese molestia: resolucion, que conocida por Naverro, no te-

niendo cara para volver á Coro á ser blanco de los enojos de Spira, y asunto de la irrision de todos, determinó pasar con los soldados á Cubagua, de que quedaron ellos muy contentos, considerando llevaban por compañero en su fortuna al que habian tenido por contrario en su opinion; y aunque toda la jente de Navarro quiso seguir el mismo rumbo, no lo consintieron los soldados, por el recelo que les causó la novedad de movimiento tan extraño, temiendo alguna traicion, disimulada en los disfraces de una voluntad finjida; y admitiendo solo cuatro, los mas afectos á Navarro, despacharon á Coro los demas con tres caballos, y algunas armas que les dieron para su defensa; y ellos en prosecucion de su derrota, entrándose por los Llanos, sin mas guia que el tino de una demarcacion imajinaria, al cabo de algunos meses, en que padecieron bastantes penalidades y miserias, llegaron á Cumaná, y de allí pasaron á la isla de Cubagua, que era el fin á que siempre habia aspirado el ansia de sus deseos.

Ya en este tiempo era pasada gran parte del año de cuarenta (a) en el cual el dia doce de Junio murió en Coro el Gobernador Jorje de Spira, dejando encargado el Gobierno de la provincia al Capitan Juan de Villegas, que á la sazon era Alcalde mayor de la ciudad, para que lo tuviese á su cuidado, hasta tanto que la Audiencia proveyese la vacante; y teniendo el Doctor Navarro esta noticia en Cubagua, aunque siempre habia hecho el ánimo de no volver mas á Coro; pareciéndole que mudado el teatro con la muerte de Spira

(a) Año de 1540.

habrian tomado otro semblante las materias, y podria sin embarazo, fenecer las comisiones que habian quedado suspensas; se embarcó en una piragua, y llegando en pocos dias de navegacion á Coro, sin atender á otra cosa procuró finalizar con brevedad cuanto tenia á su cuidado, retirándose despues á la quietud de su casa en la ciudad de Sto. Domingo, donde tenia haciendas muy cuantiosas, sin necesitar de comisiones para vivir con descanso.

CAPITULO XI.

NOMBRA LA AUDIENCIA POR GOBERNAdor al Señor Obispo Bastidas; entra Pedro de Limpias á la laguna de Maracaibo; y sale Felipe de Utre á descubrir el Dorado.

SABIDA en Santo Domingo la muerte de Jorje Spira, nombró la Audiencia por Gobernador interino al Señor Obispo D. Rodrigo de las Bastidas; y por su Teniente Jeneral para las cosas de la guerra, y nuevos descubrimientos, á Felipe de Utre, Caballero Aleman, pariente muy cercano de los Belzares, mancebo de poca edad, pero de mucha prudencia, cuyos despachos remitidos con brevedad á Coro, fué recibido el Señor Obispo al ejercicio de su nuevo empleo el dia siete de Diciembre del mismo año de cuarenta, empezando desde luego á disponer las cosas de la provincia, con mas respeto á las atenciones del baston, que á las obligaciones del báculo, pues de-

tándose llevar de aquella constelacion que corria entónces, de querer todos los ministros en las Indias aspirar al renombre de conquistadores; luego que tomó su posesion despachó á la isla Española por jente, armas, y caballos, para poner en planta las militares empresas, que tenia premeditadas; y hallándose falto de medios para satisfacer el costo preciso de su conduccion, envió á Pedro de Limpias (que mal hallado en el Nuevo Reino, donde entró con Fedreman, se habia vuelto á la querencia de Coro) con una escuadra de soldados á la laguna de Maracaibo, para con el precio de los indios que se cojiesen dar cumplimiento á las deudas, que para el apresto se habian contraido en la Española.

Ya era por el año de cuarenta y uno (a) cuando Pedro de Limpias llegó á Maracaibo, y como práctico antiguo de toda su laguna, dispuso la expedicion de suerte, que con facilidad aprisionó quinientas piezas, entre varones, niños, y mujeres, que conducidas á Coro, y entregadas al Señor Obispo, pasaron por la desdicha de una triste esclavitud, (b) pues vendiéndolas á diferentes mercaderes, hizo que la libertad de aquellos miserables sirviese de satisfaccion á los empeños, que sin necesidad contrajo por las vanidades de su antojo; y animado con el buen suceso de operacion tan inhumana, como indigna de que la ejecutase un prelado, trató luego de disponer, que su Teniente Jeneral Felipe de Utre saliese á nuevas conquistas, á que insta-

(a) Año de 1541.
(b) Fr. Ped. Sim. not. 5. cap. 1.

ban mucho algunos de los que fueron con Spira, persuadidos á que podrian lograr mejor fortuna con la experiencia de los yerros cometidos en la primera jornada, pues siempre atribuyeron sus fatalidades á desaciertos, orijinados de la mala direccion de Spira; y como Pedro de Limpias por su parte fomentase la materia, asegurando por ciertas las noticias que habia adquirido cuando entró con Fedreman al Nuevo Reino de unas opulentas provincias, que demoraban hácia la parte del Sur, fue fácil disponer lo necesario, y mover los ánimos para la entrada; de suerte, que en breves dias se halló Felipe de Utre prevenido de un todo para ciento y treinta hombres, que le seguian voluntarios, á cargo de los Capitanes Bartolomé Belzar, Sebastian de Amescua, y Martin de Artiaga, con los cuales salió de Coro por el mes de Junio del mismo año de cuarenta y uno, llevando por Maestre de Campo á Pedro de Limpias, quien para hacer mas plausible, y apetecido aquel descubrimiento, empezó á intitular las provincias, que habia de conquistar, con el rumboso nombre del Dorado: apelativo, que el año de treinta y seis, estando en Quito, inventaron los soldados de D. Sebastian de Benalcazar, por la fantástica relacion que les dió un indio de un poderoso reino, que por la parte de los Llanos caia hácia el Oriente, ó por disposicion diabólica (que es lo mas cierto) para que esparcido despues por toda la América fuese causa de tantas muertes, é infelicidades como ha llorado la nacion española en cuantos, llevados de la fama de estas mentidas provincias, han intentado buscar sus finjidas riquezas.

Habiendo, pues, salido Felipe de Utre de la ciudad de Coro, por ser viaje mas acomodado tomó el camino por la costa de la mar, pasando las cincuenta leguas que hay hasta el puerto de la Borburata; y de allí atravesando la corta distancia que se interpone de serranía, salió al mismo sitio, donde despues se fundó (y hoy permanece) la ciudad de la Valencia, de donde buscando el desembocadero de Barquisimeto entró en los Llanos, siguiendo siempre los mismos pasos que llevó Fedreman en su jornada, hasta dar con el pueblo, que este llamó de la Fragua, y Jorje Spira de nuestra Señora, en la provincia de Maruachare, donde le pareció preciso el alojarse por algun tiempo, asi por dejar quebrantar las aguas del invierno, como por informarse, y adquirir con fundamento alguna luz, ó noticia de las tierras que buscaba; y como para este efecto, con diferentes preguntas ejecutase entre los indios las dilijencias posibles, hubo de saber con claridad como pocos dias antes (llevado del mismo fin) habia pasado por allí Hernan Perez de Quesada con doscientos y cincuenta hombres, y porcion considerable de caballos; porque engañado tambien de la ponderacion, y circunstancias con que los soldados de Benalcazar pintaban en el Nuevo Reino los tesoros, y excelencias de su mentido Dorado, abandonó la felicidad, y conveniencias que gozaban, gobernando sus provincias en ausencia de su hermano D. Gonzalo, por seguir la incertidumbre de una dudosa esperanza: inadvertencia, que cuando no tuvo remedio le dió á conocer su desengaño, pues derrotado, y perdido, estimó, por particular fa-

por su fortuna, el poder salir á la ciudad de Pasto en la Gobernacion de Popayan, despues de consumidos dos años en excesivos trabajos, sin conseguir otro fruto, que haber comprado á precio de su constancia las veras de un escarmiento.

Esta noticia de haberle ganado Hernan Perez por la mano causó en Felipe de Utre tan confusos pensamientos, que no se le ofrecia medio á la imajinacion en que no hallase algun tropiezo su discurso; pues si se resolvia á seguir la misma derrota de Hernan Perez, consideraba, que llevándole la delantera con tan superior numero de gente, aun en caso que la fortuna le deparase algun poderoso reino, siempre habia de gozar las ventajas de primero, quedando él, y los suyos defraudados del premio de sus fatigas, y atenidos solo á las cortas conveniencias, que les quisiesen dar como á auxiliares.

Por otra parte discurria, que exponerse Hernan Perez á la continjencia de una conquista dudosa, desamparando tan opulentas provincias como las que gobernaba, no era accion que permitia la prudencia, si no fuera llevando noticias ciertas, que le afianzasen una esperanza segura de descubrir mayor reino; cuya capacidad no podia ser tan limitada, que faltase lugar para que él, y su jente, sin servir de embarazo á la de Hernan Perez, pudiesen quedar aprovechados: dictámen, que comunicado con los otros Capitanes principales de su campo, les pareció á todos tan seguro, que se determinaron á seguirlo; y sin aguardar á mas, porque en la tardanza no consistiese el peligro, empezaron á marchar, llevando por guia siempre los ras-

tros que habia dejado Hernan Perez; y aunque no faltaron algunos inconvenientes, que pudieran haberles retardado en el camino, se dieron tal priesa en atropellarlos, que con brevedad llegáron á dar vista á la provincia de Papamene, cuya situacion empieza á las espaldas de Timana, en la Gobernacion de Neiba.

En uno de los pueblos de esta provincia se alojó por algunos dias Felipe de Utre; y como entre sus vecinos hallase un indio, que segun la madurez de sus acciones, sosiego de sus palabras, y gravedad de su persona, manifestaba ser de jente ilustre; procuró informarse de él muy por extenso, sobre las conveniencias que buscaba en aquel viaje que seguia; y satisfaciendo el bárbaro á sus preguntas con aquella injenuidad que es propia de un pecho noble, le advirtió el error que cometia en seguir el rumbo que llevaba, pues no mudando de dictámen, encontraria por allí su perdicion en manos de su temeridad, como la habrian ya experimentado los otros españoles, que habian pasado primero, por ser todas aquellas comarcas paises inhabitables, ajenos de humana huella, por lo áspero de sus montañas, y destemplanza de su clima; pero que si tomando su consejo quisiese volver atras, hallaria lo que deseaba, pues él se ofrecia á acompañarlo hasta dejarlo introducido en unas tierras muy ricas, pobladas de mucha jente, y abundantes de oro, y plata; para lo cual era necesario caminar desde aquel sitio, llevándo siempre la cara al nacimiento del sol, hasta dar con la ciudad de Macatoa, fundada sobre las riveras del celebrado rio Guayuare; y en prueba de la verdad en que fundaba su

oferta, enseñó á Felipe de Utre unas manzanas, ó nísperos de oro, que dijo haber traido un hermano suyo, que habia venido de ella.

No fueron bastantes las circunstancias, que acreditaban esta relacion de verdadera, para que Felipe de Utre variase el tenaz proposito de seguir las pisadas de Hernan Perez, persuadido á que en esto consitia el logro de sus aumentos, y que otra cualquiera derrota que tomase era desperdiciar sin fundamento, la dicha que le ofrecia su fortuna; y asi, sin hacer caso de las advertencias del indio, ni de los pareceres de muchos de sus soldados, que se inclinaban á seguirlo, desalojó el campo entrado ya el año de cuarenta y dos, (a) y empezó á marchar por los rastros que habia dejado Hernan Perez, llevando consigo al indio, que le acompañó gustoso por espacio de ocho dias; pero viendo que ni lo inaccesible de las montañas, ni lo caudaloso de los rios, ni lo continuado de los tremedales, y pantanos desengañaban á Felipe de Utre, para que conociese la verdad con que le habian informado, y que de proseguir por el camino que llevaba era entregarse sin remedio al desastrado fin de una muerte lastimosa, que amenazaba á todos: dejándolos descuidar se puso en huida una noche, y se volvió para su pueblo, compadecido al ver la ceguedad con que se querian perder aquellos hombres por su gusto.

(a) Año, 1542.

CAPITULO XII.

PROSIGUE UTRE EN SU DESCUBRIMIENto: gobiernan la provincia Diego de Boica, y Henrique Rembolt: pasa á llegar á Maracapana, y nombra la Audiencia por Gobernador al Licenciado Frias.

La inopinada fuga de aquel indio, á vista de las penalidades, y falta de salud, que por lo desapacible del terreno, y lo nocivo de su temperamento, habian experimentado en el termino corto de ocho dias, fué de tan jeneral desconsuelo, que prorrumpiendo en quejas los soldados, para desahogar su sentimiento, ponderaban con publicidad el desacierto de haber menospreciado los consejos, y anticipadas prevenciones de aquel indio, sin atender á las conveniencias, que se pudieran lograr, buscando aquellas provincias que aseguraba su oferta; pero aunque estas voces, ayudadas del comun desabrimiento con que se hallaban todos, llegaron á noticia de Felipe de Utre, nada fué bastante para que dejase el obstinado teson en que habia dado de seguir las pisadas de Hernan Perez, pues parece que negando su fuerza á la razon, buscaba de propósito su ruina, hasta que los continuados trabajos, enfermedades, y muertes, que por instantes se le iban aumentando, y las repetidas advertencias con que le aconsejaban los mas cuerdos, hubieron de reducirlo á torcer el camino sobre la mano izquierda hácia el Sueste, dejando el que llevaba

Hernan Perez siempre al Sur, por cuyo rumbo á pocos dias de jornada llegaron á descubrir una punta de Sierra alta, que por prolongada distancia se entraba en los Llanos, (á quien llamaron la punta de los Pardaos) y considerada á la primera vista, les pareció distinta cordillera de la que habian seguido desde Barquisimeto: circunstancia, que les movió á apresurar el paso para reconocerla mas de cerca, teniendo ya por conseguido el logro de sus intentos, por ser una de las noticias que llevaban para el descubrimiento de su fingido Dorado, tener su situacion esta provincia al pie de otra serranía, en él todo separada de la que caminando al Sur habia siempre servido de norte en las entradas, que se habian hecho en los Llanos; pero estas alegres esperanzas que habia formado el deseo, se marchitaron en flor á la luz del desengaño, pues conocieron despues con evidencia ser aquella punta ramo de la misma cordillera, que siempre habian traido á la vista en su jornada.

Ya era esto á tiempo que empezaba el invierno á inundar con sus aguas las campañas, y huyendo las incomodidades de aquel terreno bajo, hallándose imposibilitados por entónces de poder volver atras, tomaron por partido repechar la punta de los Pardaos, para alojarse en ella hasta que entrase el verano; pero como el distrito era poco habitado, y por esta razon falto de bastimentos, fué tan grande la necesidad que padecieron de ellos, que llegaron á extremo de perecer, pues el mayor sustento que tal vez podian por dicha adquirir, era un bollo de maiz, que puesto á la boca de un hormiguero, hasta que se

cubria de hormigas, lo iban amasando con ellas repetidas veces, hasta que llegaba á componerse de mas hormigas que masa; teniendo este grosero alimento por el único remedio para mantener la vida. Y como aun esto no llegaban á conseguirlo todos, hubo muchos, que apretados de la hambre no dejaron asquerosa sabandija de cuantas produce la tierra con que no procurasen remediarla; de que resultó hincharse algunos, caerseles á otros los cabellos, barbas, y sejas; y finalmente, llenos todos de pestíferos tumores, y úlceras venenosas, convertirse aquel afligido escuadron en un teatro de miserias, y un hospital de desdichas; hasta que minoradas las aguas, huyendo Felipe de Utre de tanta infelicidad como habia experimentado, por la obstinacion de su mal consejo, dió la vuelta por diferente camino del que habia llevado (aunque con mayores trabajos, por la mucha jente enferma que tenia) en demanda del pueblo de nuestra Señora, donde llegó á principios del año de cuarenta y tres, habiendo consumido un año entero desde que salió de él en segimiento de Quesada; y donde lo dejaremos por ahora, mientras damos noticia de lo que por este tiempo sucedia en Coro.

Por Junio del año de cuarenta y uno, que fué cuando salió Felipe de Utre de la ciudad de Coro, dejamos en ella al Señor Obispo Bastidas envuelto en los aplausos de Capitan Jeneral de la provincia: ejercicio á que lo inclinaba lo jeneroso de su bizarro espíritu, y ocupacion; que le duró hasta principios del de cuarenta y dos, en que habiéndolo promovido su

Majestad al Obispado de Puerto Rico (y por su ascenso presentado para esta Diócesis al Dr. D. Miguel Jerónimo Ballesteros, (a) Dean que era de la catedral de Cartajena) le fué preciso embarcarse para su nueva iglesia, dejando encargado el Gobierno militar, y político á Diego de Boica, Comendador del órden de Cristo, hijo de padres portugueses, aunque nacido en Castilla, caballero de grandes prendas, y singular expediente para cualquiera negocio; á quien la Audiencia de Sto. Domingo, teniendo presente la calidad de su persona, confirmó despues en el empleo, aprobando el nombramiento hecho por el Señor Bastidas; si bien antes del año despachó nuevo título de Gobernador interino á Henrique Rembolt, de nacion Aleman, que asistia en Coro por Factor de la Compañía de los Belzares, para cuya mudanza varian las opiniones, sobre los motivos, que obligaron á la Audiencia. El Cronista Herrera dice, que por haberse huido Boica á la provincia de Honduras, (b) temeroso de algunos delitos, cometidos en el Gobierno; y el Provincial Fray Pedro Simon asegura, (c) que por haberlo empleado la Audiencia en ocupaciones de mayor consecuencia; y siendo ambas opiniones apoyadas de autores de tanto crédito, no habiendo hallado instrumento auténtico de aquel tiempo, que favoreza á alguna de ellas, suspendo el juicio, quedándome neutral entre los dos, para que el lector siga

---

(a) Jil Gonz. Tea. Ecles. tom. 1.
(b) Herr. Dec. 7. l. 10. & 16.
(c) Fray Pedro Sim. not. 5. cap. 4.

la que le pareciere mas conforme, pues como quiera que ello fuese, no hay duda que en lugar de Boica entró á gobernar la provincia Henrique Rembolt por fines del año de cuarenta y dos, en ocasion, que asi por las pocas conveniencias, que gozaban los vecinos, como por la mucha jente que se habia consumido en tan repetidas, como infructuosas jornadas, orijinado todo de la mala disposicion, y gobierno de los alemanes, se hallaba la ciudad de Coro tan destruida, y falta de moradores, que los pocos que le habian quedado, viendo la mala forma que tenian de mantenerla, trataban de despoblarla, retirando sus familias á las provincias vecinas.

A esta resolucion se opuso siempre Juan de Villegas, conociendo, que de lleger á efecto resolucion tan intempestiva, era abandonar con descrédito lo que hasta allí se habia mantenido con valor; pues desamparar una provincia tan principal, erecta ya en Obispado, y donde quitado el violento, y ambicioso Gobierno de los alemanes, se podian lograr las comodidades, que ofrecia lo fértil de su terreno, era una accion tan fea, é irregular, que nunca podria librarse de la nota de culpable; y arbitriando el remedio para sosegar los ánimos de los que intentaban semejante novedad, se determinó á pasar personalmente á Cubagua, y Cumaná á buscar jente que traer á Coro de la mucha que en aquellas partes andaba en aquel tiempo entretenida en el trato inhumano de cautivar indios, para venderlos por esclavos: dictámen, que habiéndolo comunicado con Rembolt, le pareció acertado; pero para mayor facilidad de la materia, tuvo

por conveniente ejecutase el viaje en compañía de Diego de Losada, quien ya por entónces tenia su residencia en Coro, donde se habia avecindado, depues que separado del Capitan Reinoso con la muerte del Gobernador Cedeño, dió vuelta á Maracapana con la jente que le seguia, como dejamos apuntado en el capítulo nono de este libro, pues como persona práctica, y de conocida autoridad en aquellas provincias, por haber militado en ellas de Cabo superior, seria bastante su respeto para conseguirlo todo; y asi, dándoles igual poder, y comision á entrambos (con veinte hombres que les sirviesen de escolta, entre los cuales iba el Contador Diego Ruiz Vallejo) los despachó á ejecutar aquella dilijencia, en cuyo logro tenian puesta la esperanza para su único remedio.

Ya era por el mes de Marzo del año de cuarenta y tres cuando Villegas, y Losada salieron de Coro, encaminando el viaje por la costa hasta el puerto de la Borburata, y pasada la serranía se entraron por los Llanos, dejando que admirar á nuestros tiempos la resolucion, y valor de aquellos hombres, pues atravesaron mas de doscientas leguas de camino, tan pobladas de bárbaras naciones, y diferentes peligros, que aun el dia de hoy se hacen impracticables al corazon mas atrevido; pero vencidos todos los embarazos con el teson, y el sufrimiento, hubieron de llegar á Cumaná, donde Villegas, usando de particular comision, que llevaba de Rembolt, trató con las Justicias de Cubagua se declarasen los límites hasta donde llegaba la jurisdicion de esta provincia, mediante á que el Emperador en la capitulacion hecha con

los Belzares les tenia concedido desde Maracapana, hasta el cabo de la Vela, cuyos despachos vistos, y reconocidos, se halló estar comprehendido aquel distrito en lo perteneciente á la Gobernacion de Venezuela, y con este motivo, en virtud de la facultad, que Villegas llevaba de Rembolt, tomó la posesion de él por ante Andres de Andino, escribano de Cubagua, empezando desde luego á ejercer jurisdiccion civil, y criminal, como Justicia mayor de aquel partido, mediante el título que para en tal caso le habia dado el Gobernador.

Concluida tan á favor esta materia, trataron luego de poner por obra lo principal que llevaban á su cuidado, y habia sido la causa de su viaje, en que hubo poco que hacer; porque como la jente desperdigada que asistia en aquellas costas era mucha, y la veneracion, que se habian adquirido los que lo solicitaban era tanta, fué fácil en breve tiempo juntar noventa y seis hombres, unos movidos del respeto, á que no pudieron excusarse, y otros llevados de la esperanza que los animaba de mejorar de fortuna, con los cuales, y ciento y diez y siete caballos se volvieron para Coro. Pero como la independencia en el mandar sea un punto tan apetecido, y delicado, que á la mas leve accion que la perturbe no hay talento que no falsee, ni prudencia que no peligre; siendo igual la autoridad, y dominio en Villegas, y Losada, no pudieron avenirse en el gobierno de aquella corta escuadra de soldados sin que se orijinase alguna emulacion entre los dos, que empezando por sentimientos secretos, pasó á disgustos conocidos hasta llegar

á disturbios declarados; con tal teson de ambas partes, que la enemistad concebida en este caso les duró despues toda la vida; de que se causaron inquietudes bien perjudiciales en la provincia, así por haberse extendido la discordia entre parciales, y amigos, como por haber procurado cada uno de los dos abatir por todos medios la parte de su contrario.

Iguales efectos, nacidos de semejante causa, se experimentaban al mismo tiempo en Coro; porque habiendo muerto el Gobernador Henrique Rembolt, y dejado el Gobierno á cargo de los Alcaldes ordinarios, Bernardino Marcío, y Juan de Bonilla, cada uno pagado de su dictamen, con resoluciones encontradas empezaron á disponer las cosas á su modo, con tal confusion, que lo que el uno mandaba, el otro contradecía; y no sabiendo los vecinos á cual debian obedecer, se redujo la ciudad á tan monstruoso desórden, que solo veían en ella injusticias, sobornos, y violencias, á que sin miedo, ni temor habian soltado la rienda los Alcaldes.

En este desconcierto se hallaba aquella aflijida República, cuando por el mes de Septiembre del año de cuarenta y cuatro (a) llegaron á ella Villegas, y Losada con el socorro que traian de Cubagua, y Cumaná; y, ó fuese por el recelo que les causó á los Alcaldes la autoridad y respeto de estos caballeros, ó por el temor que habian concebido con la noticia que ya tenian, de que la Audiencia de Sto. Domingo, enterada de sus excesos, habia nombrado por Goberna-

(a) Año de 1544.

dor de la provincia, para que aplicase el castigo que merecian sus delitos, al Licenciado Frias, su Fiscal; no teniéndose por seguros, con la desconfianza de su mal obrar, se huyeron una noche con tal secreto, y prevencion, que jamas se supo de ellos, ni la parte donde fueron á parar, quedando la ciudad por este medio, libre de aquellos males presentes, para entrar padeciendo los que veremos despues.

CAPITULO XIII.

LLEGA JUAN DE CARVAJAL A CORO, falsea las provisiones de la Audiencia, é introducese á Gobernador: sale Felipe de Utre del pueblo de nuestra Señora, y llega á dar vista á Macatoa.

ANTES que el Fiscal Frias se pudiese disponer para salir de Sto. Domingo llegó á aquella ciudad la noticia de la fuga que habian hecho los Alcaldes de Coro; y pareciéndole con esta novedad, que ya para el remedio no era tan necesaria su presencia, teniendo á su cuidado algunas comisiones, que le habia conferido la Audiencia para la isla de Cubagua; tuvo por mas conveniente pasar primero á fenecerlas, para despues, libre de aquel embarazo, entrar de asiento al goce de su Gobierno; y poniendo por obra esta resolucion, se embarcó para Cubagua, enviando á Coro á Juan de Carvajal, (y no Francisco, como lo han llamado algunos) Relator de la misma Audiencia, á quien traia por su Teniente Jeneral, para que

tomando la posesion en su nombre, gobernase la provincia mientras duraba su ausencia.

Con esta órden, y alguna prevencion de jente, armas, y caballos, se hizo Carvajal á la vela al mismo tiempo que Frias; pero sobreviniendole en la travesía algunos vientos contrarios, sin poder cojer á Coro, huvo de desembacar á principios del año de cuarenta y cinco (a) en el puerto de Paraguana, algunas leguas mas á sotavento, adondo con la noticia de su llegada pasó luego Juan de Villegas á recibirlo, asi por cumplir con la atencion, y urbanidad que merecia la representacion de su puesto, como porque hallándose ya empeñado á cara descubierta en la enemistad con Diego de Losada, quiso ser el primero en el obsequio para granjear la gracia de Carvajal, y á su sombra (teniéndolo de su parte) lograr cuantos tiros pudiese disponer el desafecto para destruir á Losada, como lo consiguió su sagacidad mañosa, porque hallando disposicion en el ánimo traidor de Carvajal, tuvo lugar de impresionarle cuanto le dictó su emulacion para descomponer á su contrario, de suerte, que llegado á Coro, como iba revestido de los apasionados informes de Villegas, puso cuidado en observar los mas minimos movimientos de Losada; y conociendo que por lo respectivo de su persona, lo afable de su condicion, y lo cortesano de su trato era bien quisto en la ciudad, gozando particular dominio en la voluntad de todos, receló, como cauteloso, que hombre de semejantes

(a) Año de 1546.

prendas no convenia tenerlo presente á sus designios, por el embarazo que podria poner su autoridad á las tiranías, que pensaba ejecutar su alevosía; pero no atreviéndose á romper sin causa con Losada, para tener pretesto (que á lo menos en lo aparente) calificase por justa cualquiera resolucion, que emprendiese su temeridad, le dispuso con malicia algunos lances en que pudiese tropezar precipitado; pero Losada, conociendo el fin á que tiraba su intento depravado, gobernándose por aquella prudencia superior con que le dotó el cielo, tomó por ocasion algunas aparentes conveniencias, que en otra parte le ofrecian los accidentes del tiempo; y con este motivo, antes que llegase el caso de esperimentar algun ajamiento en su persona, desamparó la provincia, quitándose del riesgo, para ver desde lejos los efectos de aquella tempestad, que amenazaba en Coro.

Libre Carvajal de sus recelos con la ausencia de Losada, empezó á poner en planta las máximas que tenia premeditadas en su idea, dando principio á ellas con una maldad, que solo la pudiera haber forjado su atrevimiento, pues tratando de levantar jente para entrar á poblar el Valle del Tocuyo, para que los soldados le siguiesen con mas obediencia, ó mejor gana, falseó las provisiones de la Audiencia, y quitando en ellas el nombramiento que tenia de Teniente Jeneral, lo hizo de Gobernador, aunque con tan poca destreza, que conociendo muchos el engaño, se opusieron á su recibimiento, alegando la falsedad de los despachos; pero siendo mas el número de los que tenian su parte, y calificaban el título de verda-

dero, fué en virtud de él recibido por Gobernador de la provincia; y como tal nombró luego por su Teniente Jeneral á Juan de Villegas, á quien se le siguieron despues por esta causa bastantes pesadumbres, y cuidados, cómo adelante veremos.

Puesto Carvajal en posesion de su Gobierno; trató con mas empeño de juntar jente para efectuar su entrada, valiéndose de violencias, y rigores para obligar á los mas que le siguiesen; de que exasperados muchos de los vecinos, y en particular los que se hallaban en conocimiento de ser intruso su Gobierno, queriendo antes vivir entre las fieras, que estar sujetos al arbitrio de un tirano, se huyeron de la ciudad y acojieron en los montes; pero buscados con dilijencia de su enojo, en los que pudo haber á las manos ejecutó crueles castigos su venganza: causa para que los demas, ó temerosos, ó advertidos se ofreciesen á seguirle voluntarios, juntando de esta suerte hasta doscientos hombres proveidos en abundancia de todo lo necesario, porque cuidadosamente no dejó en la ciudad caballo, ni arma que no llevase consigo, para que el Fiscal Frias, cuando viniese de Cubagua, se hallase tan imposibilitado, que no pudiese entrar en su alcance, para aplicar remedio á sus excesos.

Con esta disposicion partió Carvajal de Coro, y atravesada la serranía de Carora, salió con su campo al valle del Tocuyo, donde tomó su alojamiento muy de espacio, y lo hallaremos despues, por sernos ya preciso para la encatenacion de los sucesos buscar á Felipe de Utre, á quien dejamos en el pueblo de nuestra Señora tan deseoso de volver á buscar las tier-

ras de que le dió razon el indio de Papamene, que sin temor de los imponderables trabajos, y desdichas que habia padecido en su descubrimiento, no obstante *hallarse* con muy poca jente, por la mucha que le habian consumido la hambre, y las enfermedades en viaje tan dilatado, se determinó á no dar paso atras hasta perder la vida en la demanda; pero para poder seguirla con algun fundamento, que le diese esperanza de lograrla, todo el tiempo que le fué preciso detenerse en aquel sitio, mientras sus soldados conseguian algun descanso de las pasadas fatigas, y alguna convalecencia de los achaques presentes, no cesó en hacer exactas dilijencias por ver si habia entre los pueblos confinantes algunos indios que conformasen con la noticia que le dió el de Papamene: materia en que andubo afortunado, pues halló muchos que conviniendo en las circunstancias de la misma relacion, solo variaron en el nombre de la nacion que habitaba aquellas ricas provincias, pues estos llamaban Ditaguas á los que el otro habia intitulado Omeguas; pero no haciendo reparo Felipe de Utre en la leve diferencia de los nombres, luego que se lo permitió la entrada del verano, dejando en el pueblo de nuestra Señora algunos soldados de los sanos, que escoltasen los enfermos, con solo cuarenta hombres que le pudieron seguir, y las guias que le parecieron necesarias, salió otra vez en demanda de la punta de los Pardaos, puesta siempre la mira en buscar la ciudad de Macatoa (que era el fin á que anhelaban sus ansias) por ser la seña mas fija que llevaba para dar con los Omeguas, cuyo deseo le hizo no perdonar

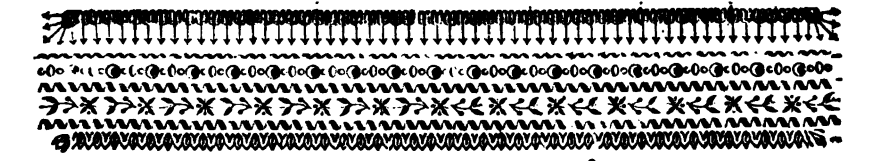
diligencia, que pudiese conducir á su buen logro, pues aunque por lo desapacible del pais fueron muy singulares las poblaciones que encontró, procuró siempre informarse de los indios, que pudo haber á las manos, de todas aquellas particularidades, que le parecieron precisas para la mayor certeza en su derrota.

Respondiéndole á todo conforme imajinaba su deseo, animándolo á la empresa de conquistar los Omeguas, por discurrir (aunque bárbaros) habia llegado la ocasion de vengar, por mano ajena, los agravios que tenian recibidos de los nuestros tódas las naciones de los Llanos, pues siendo tan corto el número de soldados que componian aquel pequeño escuadron, y tan acreditada entre todos la valentía, y altives de los Omeguas, lo mismo seria llegar á saludar sus provincias, que sacrificar las vidas al filo de sus macanas.

Este discurso le fué de gran conveniencia á Felipe de Utre, porque los indios, por ver cuanto antes lograda su maliciosa intencion, lo condujeron por caminos tan abiertos, y veredas tan trilladas, que sin dificultad que sirviese de tropiezo llegó á las márjenes del caudaloso Guayuare, cuyas profundas corrientes no dan lugar á esguazarlo, sino en canoas, ó á nado; pero siempre con el riesgo de batallar con sus aguas. Y habiéndose rancheado en sus orillas con el desconsuelo de no saber hácia que parte quedaba la ciudad de Macatoa, tuvo la fortuna de hallarse en breve libre del desabrimiento que le daba este cuidado, por haber aprisionado un indio, que poco mas abajo estaba mariscando solo en las playas de aquel

rio; quien despues de sosegado el susto que le dió la novedad de ver jentes tan estrañas, libre de aquel primer miedo que concibió su temor, satisfaciendo con semblante alegre á diferentes preguntas que le hicieron, expresó, que á poca distancia del rio arriba encontrarian la ciudad; pero que necesitaban de canoas para conseguir su transito.

Entónces Felipe de Utre, aprovechándose de la docilidad que manifestaba en sus palabras aquel indio, le dió algunas cuentas de vidrio, cascabeles, y otras menudencias de Castilla, y le pidió fuese á Macatoa, y de su parte le dijese al Señor de ella, que con aquellos soldados se hallaba allí para pasar á otras provincias que estaban mas adelante, en cuya busca venia; y que deseando su alianza, solicitaba lo tuviese por amigo, para favorecerlo como á su confederado, sin que sus tierras, ni vasallos padeciesen hostilidad alguna de su jente, como conoceria despues con evidencia, experimentando en su comunicacion la lisura de su trato. Dió muestras el indio de aceptar con gusto la embajada, y metiéndose en una mala barquetilla, en que apenas cabia él solo, fiado en el bracear del canalete tomó la lengua del agua rio arriba á dar cumplimiento, con empeño, al encargo que le habian hecho con agrado.



LIBRO TERCERO.

DE LA CONQUISTA,

Y POBLACION DE LA PROVINCIA

DE VENEZUELA.

CAPITULO PRIMERO.

ENTRA FELIPE DE UTRE EN MACATOA, y con el favor de su Cacique descubre los Omeguas: queda herido en el primer encuentro, y con un modo estraño lo cura Diego de Montes.

ERA el indio prisionero vecino de una Aldea cercana á Macatoa, y pagado de la afabilidad, y regalos con que lo trató Felipe de Utre, quiso corresponderle agradecido, ejecutando con prontitud lo que le habia encargado; y supo hacer tan bien la dilijencia, ponderando tanto el agasajo, y agrado de los nuestros, que se determinó el Cacique á aceptar la amistad que le ofrecian, enviando el dia siguiente á un hijo suyo con cinco canoas grandes, y noventa Gandules, para que visitando en su nombre á Feli-

pe de Utre, lo condujese á la ciudad para hospedarlo en ella. Era poco despues de haber amanecido cuando se descubrieron desde el alojamiento las canoas, que favorecidas de la corriente, y ayudadas de la boga, navegaban por el rio abajo; y aunque los nuestros (por hallarse prevenidos para cualquier accidente) luego que les dieron vista se pusieron en arma; los indios sin concebir recelo de aquella demostracion ni extrañar la novedad de hallar con apariencias de guerra á quien buscaban de paz, saltaron en tierra, preguntando por el Cabo de aquella jente extranjera; y enterados de que era Felipe de Utre en quien residia el dominio, echándole los brazos el hijo del Cacique, con entereza en el ánimo, y gravedad en el semblante, es comun tradicion que le habló de esta manera.

"Con uno de los moradores de estas riveras enviasteis ayer á saludar á mi padre, (a) que es el Señor de Macatoa, haciéndole saber vuestra venida á estos paises, y ofreciéndole vuestra amistad, y pacífico tratamiento á sus vasallos; no siendo otros vuestros intentos (segun le dais á entender) que informaros de las naciones que habitan á la parte de cierta serranía, que demora á razonable distancia de este rio, en cuya busca venis desde la remota habitacion de vuestro clima, con promesa de serle agradecido con buena correspondencia, en caso que os encamine á las tierras que buscais; y hallándose mi padre obligado de vuestra atencion, reconociendo por vues-

(a) Piedrahita lib. 10. cap. 2.

tras palabras ser muy diferentes vuestras obras de lo que algunos señores confinantes le habian dado á entender, pues afirmaban que erades hombres crueles, y feroces, enemigos de la paz, y movedores de la guerra; me envia de su parte á saludaros, y deciros gusta de aceptar vuestra amistad, y hacer, no solamente el informe que pedis, sino tambien ayudaros con todo lo necesario, dandoos seguras guias que os encaminen al reino de los Omeguas: tambien os ruega mi padre, os sirvais de pasar á la ciudad, donde pueda mas bien comunicaros, y regraciar la amistad, que con amor le ofreceis, á cuyo fin os remite estas canoas, y estos vasallos á que os transporten en ellas á la otra vanda de este rio, sobre cuyas barrancas cerca de aqui tenemos nuestra vivienda."

Agradecido, y prudente respondió Felipe de Utre á esta embajada, sirviendo Pedro de Limpias de razonable intérprete para poderse explicar; pero cautelando no trajese disfrazada alguna oculta traycion, resolvió, con parecer de sus Cabos, no aceptar la oferta por entónces, ni atravesar el rio en tan pocas canoas, por no exponerse al riesgo de pasarlo divididos; y asi, valiéndose de excusas cortesanas, por disfrazar su recelo, despidió al hijo del Cacique, pidiendole volviese á donde estaba su padre, y le expresase el afecto con que estimaba las veras de su atencion; pero que para lograr el deseo que tenia de gozar sin dilacion el fruto de su amistad, se sirviese remitirle otro dia las embarcaciones suficientes, para que pasando todos juntos, pudiesen conseguir con brevedad, en el gusto de comunicarle, la conveniencia que es-

peraban del favor de hospedaje. Pero entendida està respuesta por el ánimo jeneroso del mancebo, no quiso convenir en lo que se le proponia; y quedándose en el alojamiento con los nuestros, despachó una barqueta á Macatoa, que brevemente dió la vuelta con otras ocho canoas, para que remediada la falta, no quedase excusa en el pasaje, ni la pudiera tener Felipe de Utre, á vista de accion tan noble, y operacion tan bizarra; y asi, libre de recelos, porque los indios no atribuyesen á temor lo que habia sido cautela, hubo de embarcar su jente aquella tarde, llevando á nado los caballos, que guiaban desde las canoas con aladeras; pero atravesado el rio, pareciéndole habria tiempo para poder entrar con dia en la ciudad, se quedó acuartelado en sus barrancas, despidiendo hasta por la mañana al hijo del Cacique, que bien apesarado de que se hubiese detenido en aquel sitio, dió la vuelta á Macatoa, para dar cuenta á su padre de la cercania en que quedaban ya los forasteros, á quienes el dia siguiente bien temprano envió en hombros de cincuenta indios porcion considerable de pezcados, maiz, casabe, y carne de venado, para que tomasen un refresco antes que se pusiesen en camino: socorro, que les infundió nuevos alientos para marchar con mejor brio á la ciudad.

Esta se componia de hasta ochocientos vecinos, de casas bien formadas, en sitio muy alegre; sus calles anchas, tiradas, y parejas; sus edificios, aunque en la fábrica groseros, en la disposicion gallardos, pues hechos en igual proporcion unos con otros, quedaban á la vista muy airados, sirviendole de adorno, y her-

mosura el aseo, y limpieza de sus calles, pues no se encontraba en todas ellas yerva, piedra, ni embarazo que pudiese servir á los ojos de tropiezo. Cuando entró en la ciudad Felipe de Utre la halló desocupada de todos sus vecinos, pues porque tuviese mejor conveniencia en su hospedaje, se habian retirado como un tiro de arcabuz sobre las mismas orillas del rio, dejándole las casas proveidas de cuantos jéneros de bastimentos tiene para su sustento el uso, y costumbre de los indios; portándose estos con tal urbanidad, y con disposicion tan ordenada en sus acciones, que admirados los nuestros de ver aquellas políticas, tan ajenas en la rudeza de una nacion bárbara, preguntaron al Cacique la causa que tenian para ejecutarlas, y con especialidad el motivo de haber desembarazado la ciudad, cuando bastaban cuatro casas para alojarse todos; á que satisfizo diciendo: que hallándose sus vasallos en el reconocimiento de la superioridad, y ventajas con que la naturaleza habia adornado á los españoles, les habia parecido desacato el quedarse en la ciudad para que habitansen juntos, cuando por todas razones solo merecian el servirlos.

Era este Cacique hombre (al parecer) de cuarenta años, en la estatura mediano, en el trato agradable, en la condicion noble, y en el discurso claro; de miembros bien proporcionados, el rostro delgado, y la nariz aguileña; los indios que le rendian vasallaje se llamaban Guaypes en su idioma, jeneralmente de cuerpos bien dispuestos, medidos en sus acciones, en el hablar reposados, y en el natural muy dociles: prendas, que dieron disposicion á Felipe de Utre para

poder informarse de cuanto deseaba saber para su intento. Y viendo que las noticias que le daban correspondian en todo á las que tenian anteriores, pues le aseguraban con certeza, que á la falda de cierta serranía, que se divisaba de aquel pueblo en tiempo claro, habitaban en opulentas poblaciones los Omeguas, nacion muy poderosa, por la abundancia de oro que producia la tierra en diferentes minerales del contorno; trató de salir de Macatoa, por dar cuanto antes glorioso fin á aquel descubrimiento: y aunque el Cacique por su parte procuró disuadirlo del empeño, teniendo su resolucion por temeraria, pues siendo tan pocos los soldados que llevaba (por valerosos que fuesen) habian de quedar por despojo de la multitud de sus contrarios; hallándolo tenaz en su dictámen, y resuelto á ponerse á todo riesgo en brazos de la fortuna, le dió para que lo condujesen los indios que le pidió, y el avío necesario para el tiempo de nueve dias, que podria tardar hasta otra ciudad amiga, cuyo Cacique era su confederado, á quien lo recomendó con tanto empeño, que aficionado á los nuestros por las relaciones del amigo, los recibió con amor, y hospedó con gran regalo; aunque la novedad de aquella jente peregrina, lo singular de las armas, y lo estraño de los caballos, lo tenian tan admirado, que no habia objeto á la vista que no le fuese un asombro.

La aficion que este Cacique cobró á Felipe de Utre, y sus soldados, aumentada con la comunicacion, y trato de aquellos pocos dias que estuvieron en su pueblo, le hacian temer las desdichas, que habian de

sobrevenirles, si llevando adelante la inconsideracion, de su arrojo querian pasar al reino de los Omeguas, por saber la abundancia de jente belicosa que mantenia en sus provincias, ejersitada siempre en las campañas, asi por las continuas guerras que tenian con sus vecino, como por las discordias civiles en que los traía envueltos de ordinario su demasiada opulencia; consideracion, que le movia á procurar divertirlos del intento, representándoles ser mas temeridad, que valentía, querer provocar (siendo tan pocos) á una nacion en quien sobresalia tanto el valor, como la muchedumbre; y que teniendo en sus tierras animales cuasi tan grandes como los caballos (que debian de ser carneros de los que hay en el Perú) les seria facil el montar tambien en ellos para hacer oposicion á los pocos que llevaban, y quitarles el recurso de batallar con ventaja; pero como al paso que el Cacique ponderaba estas dificultades, expresaba tambien la suma riqueza que tenian en plata, y oro, ningun peligro se les ponia por delante, á vista de los tesoros de que se juzgaban ya dueños: gran fuerza la que tiene la codicia en el corazon humano! pues á la mas mínima esperanza de interes no hay trabajo que lo asuste, ni riesgo que lo acobarde; ni hay desdicha que no sufra, ni pena que no tolere.

Viendo, pues, el Cacique, que no obstante las evidentes razones de su representacion estaban determinados á proseguir el empeño, y no dar paso atras sin haber visto la cara á los Omeguas; llevado de la aficion, que habia cobrado á los nuestros, no quiso desampararlos, ni fiar el acierto de su viaje á otra

conducta, que la suya; y asi, asistido de algunos indios que le acompañaban, los fué guiando por caminos bien abiertos, aunque despoblado, por espacio de cinco dias que tardaron hasta llegar á una Aldea de poco mas de cincuenta casas, que dijo el Cacique servian para recojerse los que guardaban las sementeras de los Omeguas; y debia de ser asi, porque algunos indios, que andaban esparcidos por el campo, apenas reconocieron la jente forastera se fueron retirando, con paso apresurado, házia la Aldea.

Hallábanse los nuestros á este tiempo en un sitio elevado, y tendiendo la vista á todas partes, á poca distancia descubrieron una poblacion de tan extraña grandeza, que aunque estaban bien cerca, no pudieron discurrir hasta donde llegaba la poblada extension de aquella máquina: tenia las calles derechas los edificios muy juntos, y sobresalia entre todos uno de soberbia fábrica, que segun la relacion que les dió el Cacique amigo, era el palacio del señor de la ciudad, que se llamaba Cuarica; y le servia juntamente de habitacion á su persona, y de templo á muchos dioses que tenia de oro macizos.

Puestos ya los nuestros á vista de los Omeguas se les despidió el Cacique, por parecerle no era ya necesaria su asistencia; pero por última demostracion de su amistad, aconsejó á Felipe de Utre procurase aprisionar aquellos indios que se habian refujiado al abrigo de la aldea, antes que tocando al arma diesen aviso á la ciudad. Estaban á caballo á la sazon Felipe de Utre, y otros que le acompañaban, y teniendo por acertado el dictámen, aplicaron el acicate á

los hijares, y corrieron para la aldea; pero los indios, con mas velocidad en la fuga frustraron su dilijencia, pues se pusieron en salvo antes que pudiesen aprisionar á ninguno; solo Utre, por ir en un caballo muy lijero, llegó á alcanzar á un Gandul, que procuraba escaparse con una lanza en la mano; pero viendose atropellar de la violencia del caballo, quiso librarse del riesgo con hacer rostro al peligro; y volviendo la cara para Utre, le despidió la lanza con tal fuerza, que pasándole el sayo de armas, lo atravesó con ella por entre las costillas, que caen debajo del brazo derecho, y prosiguiendo en su fuga se metió en la poblacion, dando lugar á Utre para que vueltas las riendas al caballo, con el dolor de la herida, se incorporase con los demas compañeros, que turbados á la novedad de tan desgraciado accidente, no acertaban á resolver lo que habian de ejcutar.

No se hallaba menos confuso el Cacique amigo, que deseando experimentar el valor de los españoles, habia estado á la mira del suceso; y pareciendole aquel desastre castigo bien merecido á la arrogancia con que habian menos preciado sus consejos, recelaba temeroso, que irritada con el aviso toda la nacion de los Omeguas habia de cargar sobre ellos antes que tubiese tiempo para poder retirase: discurso, que acreditó la experiencia, pues en breve se empezaron á oir confusos alaridos, que mezclados con el estruendo de los tambores, y el resonar de los fotutos, llenaban de horror el ayre, pues parecia que se conjuraba el mundo entero contra aquella corta escuadra de españoles; pero sobrevino la

noche á tan buen tiempo, que detuvo el paso á los Omeguas, y dió lugar, para que poniendo en una hamaca á Felipe de Utre, caminasen con él á paso tan largo, que á la noche del dia siguiente llegaron al pueblo del Cacique amigo, donde trataron de buscar forma para curarle la herida.

De esta dilijencia se hizo cargo un soldado, natural de Madrid, llamado Diego de Montes, que despues entró con el Jeneral Diego de Losada á la conquista, y poblacion de esta ciudad de Carácas, y en edad decrépita murió vecino de la del Tocuyo: hombre tan singular, y de tan raras habilidades, que asi por ellas, como por su respectiva ancianidad, adornada de grandes experiencias, y superior talento, llegó á conseguir el renombre de Venerable: apelativo con que fué conocido, y tratado en toda esta provincia, granjeándose tal estimacion en ella, que sus palabras se llegaron á apreciar como si fueran oraculos.

Determinado, pues, este soldado (aunque no entendia de cirugia) á curar á Felipe de Utre, como la herida era entre las costillas, y no habia tientas para reconocer si estaba superior á las telas del corazon, ó las habia lastimado; discurrió un modo tan singular como temerario para salir de esta duda; y fué, que con beneplácito del Cacique cojió un indio, el mas anciano del pueblo, (que debia de ser esclavo) y montándolo á caballo con el mismo sayo de armas que tenia Utre, hizo que otro indio por la misma rotura lo hiriese con una lanza semejante á las que usaban los Omeguas: prueba, que le costó la vida

al miserable, pues abriéndolo despues para hacer la anotomia, de que necescitaba para asegurar su cura, halló, que sin lastimar las telas habia sido la herida superior; y libre, con esta experiencia, de la duda, rompiéndole mas con un cuchillo, para que quedase manifiesta la herida, le hizo ciertos lavatorios con agua de arrayan, y otros compuestos, que fueron bastantes, para que meciéndolo de una parte para otra expeliese la sangre que se le habia cuajado dentro, dejándolo en disposicion, que quedó sano del todo en pocos dias, con notable admiracion del Cacique, y demas indios, que absortos ponderaban el sufrimiento, y valor con que el paciente toleró los martirios de la cura.

CAPITULO II.

SIGUEN LOS OMEGUAS CON PODEROSO Ejército á Felipe de Utre, y Pedro de Limpias los vence en batalla: retíranse los nuestros al pueblo de nuestra Señora, y toman de alli la vuelta del Tocuyo.

No se les ocultó á los Omeguas la retirada de los nuestros, aun en medio de la obscuridad con que se cerró la noche; pero por dar tiempo á la mejor disposicion de su ejército dilataron su salida hasta el romper del alva, que al ronco son de sus caracoles, y fotutos, en bien formados escuadrones, que se componian de quince mil combatientes, empezaron á marchar en su alcance con tanta celeridad, que no

fueron sentido hasta llegar dos leguas antes del pueblo del Cacique amigo; quien teniendo la noticia por algunos vasallos suyos, que asistian en sus labranzas, dió aviso á Felipe de Utre del riesgo que amenazaba á todos con las sercanias de tan pujante enemigo; pero como él con el dolor de la herida no estaba para montar á caballo, ni poder cuidar de nada, encargó la disposicion de todo á su maestre de campo Pedro de Limpias, hombre bien afortunado, y práctico en las guerras de las Indias, el cual ordenando su jente con el concierto, y brevedad que le dictó su experiencia, y el aprieto requeria; salió al encuentro á los Omeguas, (a) que en bien dispuestas escuadras, coronados de penachos, entre diversidad de vanderas, se venian acercando por un dilatado campo, muy acomodado para poderse aprovechar de los caballos, que aunque pocos, dieron principio á la batalla, logrando, con daño de los contrarios, las ventajas que ofrecia la conveniencia del sitio, pues descompuestas con su ferocidad las primeras filas del ejército enemigo, tuvieron lugar los infantes, gobernados de Bartolomé Belzar, para hacer mas sangrienta la refriega; porque siendo este émulo de Limpias en el valor, obró aquel dia en su competencia maravillas, y á su imitacion los demas soldados, que conociendo era necesario echar el resto al esfuerzo para salir del aprieto en que los tenia puestos la multitud de tanto bárbaro, convirtieron en rayos las espadas; de suerte, que aunque los indios, como va-

(a) Batalla de los Omeguas.

lientes guerreros, procuraron mantenerse en el combate, no pudiendo resistir el ímpetu con que aquellos treinta y nueve españoles atropellaban sus mas lucidas escuadras, se empezaron á retirar á los principios con órden; pero despues conociendo que á los nuestros en lugar de quebrantarles el ánimo la continuada fatiga del guerrear les daba nuevos alientos para mostrarse invencibles, con atropellada fuga desampararon la campaña, dejándola sembrada de cuerpos, y de penachos, sin que de nuestra parte se padeciese otro daño, que haber quedado herido del golpe de una lanza el Capitan Martin de Artiaga.

Esta fué la celebrada batalla de los Omeguas, en que la nacion española manifestó los quilates de su valor, y la fuerza de su fortuna, pues siempre será memorable en las edades futuras ver derrotado un ejército de quince mil combatientes de una nacion belicosa por el corto número de treinta y nueve españoles, y esos consumidos, y postrados al continuado teson de tan repetidos trabajos como habian padecido en su dilatado viaje: accion en realidad de tan superior esfera, que por mucho que la pluma quisiera remontarse en su alabanza, siempre quedará corto el mayor hipérbole para su ponderacion; y que á no asegurarla por verdadera la antigua tradicion de este suceso, y los auténticos instrumentos de aquel tiempo, pudiera quedar escrupulosa la mas fácil credulidad para el asenso; pero los descuidos de aquel siglo, en que á vista de la espada no tenia lugar la pluma, ocultaron de suerte la memoria de estos insignes varones, privándolos de la gloria, que debia darles la fa-

ma, que por mucho que ha trabajado mi solicitud para dar á luz sus nombres, sacándolos del olvido en que han estado hasta ahora, solo ha podido descubrir catorce de ellos, que son los ya nombrados, Pedro de Limpias, Bartolomé Belzar, Diego de Montes, y Martin Artiaga, Diego de Paradas, Alonso Pacheco, Juan de Guevara, Sancho Briceño, el Contador Antonio Naveros, el Tesorero Gonzalo de los Rios, Luis de Leon, Juan de Badillo, Damian del Barrio, y el Chantre D. Juan Frutos de Tudela, á quien la falta que entónces habia en Coro de operarios debió de dar motivo para dedicarse á servir de Capellan; si no es ya que la relajacion de aquella edad le concediese permiso para alistarse por soldado, pues siendo cierto que se halló en esta jornada, solo una de estas dos causas pudo conducirlo á ella, faltando á la precisa residencia de su Coro, y á la inescusable asistencia de su iglesia.

Convalecido Felipe de Utre de su herida, pocos dias despues de conseguida esta victoria determinó, con parecer de sus capitanes, dar la vuelta á Macatoa, y de allí al pueblo de Nuestra Señora, en busca de los soldados que habia dejado enfermos, para con el dictámen de todos resolver lo que debia ejecutar sobre la conquista de tan poderoso reino como el que habia descubierto; no pareciéndole acertado empeñarse en negocio de tanta consecuencia con tan poca jente como la que tenia entónces; y aunque de esta resolucion manifestó gran sentimiento el Cacique amigo, por lo bien hallado que estaba con la compañía de sus huéspedes, de cuyo trato, y familiaridad espe-

raba quedar aprovechado, aprendiendo aquellas políticas, y modo de vivir, que habia observado en ellos; sin embargo, animado con la promesa de que habian de volver breve, hubo de convenir en la determinacion del viaje, dándoles el bastimento, y avío necesario, con guias que los condujesen hasta dejarlos en Macatoa; pero huyéndose estas al mejor tiempo, dejaron á los nuestros precisados á caminar á tino, solo con la esperanza de que marchando siempre hácia el Poniente no podian errar el rio Guaibare, cuyas corrientes mas arriba, ó mas abajo los habian de llevar á Macatoa, como les sucedió, pues encontrando con sus aguas por la parte superior á la ciudad, reconocido el paraje, segun la demarcacion que pudieron formar del sitio en que se hallaban; despachó Felipe de Utre á Pedro de Limpias con algunos soldados para que fuese á Macatoa, y le buscase canoas: dilijencia, que ejecutada por Limpias con presteza, facilitó el transporte, pues volvió el dia siguiente con embarcaciones bastantes para todos, en que habiéndose conducido á la otra vanda, sin accidente que les retardase el viaje, prosiguieron hasta llegar al pueblo de nuestra Señora, despues de tres meses que habian salido de él para este descubrimiento.

Singular fué el regocijo que recibieron los enfermos con la relacion bien ponderada que daban los compañeros de las grandezas, y tesoros del reino de los Omeguas, quedando unos, y otros persuadidos á que su felicidad les habia dado la dicha de descubrir el Dorado, en cuya busca habian salido de Coro, atribuyendo á favor de la fortuna haber ellos conseguido

lo que sin logro habian pretendido tantos: pero si les preguntáramos la razon que tenian para decir, que aquella provincia era el Dorado? no hay duda que no supieran explicar la causa de su discurso, pues siendo este un nombre imajinario, fundado en pura quimera, cualquiera conquistador que en otra parte de la América descubriese otra provincia poderosa pudiera afirmar tambien, que era el Dorado, sin haber mas razon de congruencia para uno, que para otro; pero sin embargo, no podemos negar, que justamente se hallaban desvanecidos los soldados de Felipe de Utre con el descubrimiento que habian hecho, pues tuvieron esfuerzo aquellos hombres para tolerar cuatro años de imponderables desdichas, hambres, y necesidades, atravesando tan diferentes, y dilatadas provincias como hay desde Coro al rio de las Amazonas, pues á poca distancia de sus márjenes (segun la mas comun opinion) tienen su asiento los Omeguas; y no hay duda, que este reino descubierto por Utre fué el mismo de quien tuvo noticia Francisco de Orellana, cuando el año de cuarenta y uno despachado por Gonzalo Pizarro (que se hallaba en el descubrimiento de la Canela) navegando por este rio supo en la provincia de Machifavo, que á pocas leguas la tierra dentro tenia su residencia un gran Señor, (a) poderoso en vasallos, y riquezas, llamado Omeguas; pero Orellana despreció su descubrimiento, llevado de aquellas máximas con que habiendo faltado al parentezco, y amistad, que le debia á Pizarro, procuraba cuanto antes

(a) Herr. Dec. cap. 2. 3.

salir al mar del norte para pasar á España; y Felipe de Utre lo malogró, perdiendo la vida en la crueldad de un tirano (como veremos breve) por las discordias, y parcialidades que introdujo la desunion en sus soldados, siendo el orijen de ellas las que corrian entre Pedro de Limpias, y Bartolome Belzar, sobre las disposiciones militares, pues siendo émulos declarados, y el uno Teniente General, y el otro Maestre de campo, no se ofrecia ocasion, por leve que fuese, entre los dos, que no parase en disgusto; de que sentido Pedro de Limpias, por el empeño con que Utre, como paisano, y pariente favorecia en todo á su contrario, faltando á las obligaciones de su sangre, deseaba oportunidad para vengarse de ellos, fraguando (aunque fuese á costa de su credito) la perdicion de entrambos; y para poder lograrla sin recelo, se le vino á las manos la ocasion por los cabellos, porque disputada entre todos en el pueblo de nuestra Señora la resolucion que debian tomar sobre la conquista de los Omeguas, aunque sobre la materia hubo diferentes pareceres, se tuvo por el mas acertado volver á Coro para reformarse de mas jente, pues intentar con la poca que tenian la sujecion de un reino tan poblado, donde por lo distante se consideraban imposibles los socorros, era exponerse á la continjencia de malograrlo todo, y perder con la precipitacion lo que estaba seguro con la espera.

Halló con esto Pedro de Limpias la coyuntura que deseaba para ejecutar su alevosia; y valiéndose de cuanta afectacion pudo finjir el disimulo, aprobó

por el mas conveniente aquel dictámen, ofreciéndose á pasar personalmente á Coro, como le diesen veinte hombres para su escolta, y con la mayor brevedad que permitiese el tiempo dar la vuelta con la jente, armas, y caballos, que le parecia serian precisos para dar expediente á la conquista que tenian entre las manos.

Parecióle bien á Felipe de Utre la propuesta, pues por aquel medio, sin fatigar su campo, ni desacomodarse de aquel pueblo donde se hallaba con viveres suficientes para su manutencion, conseguia el socorro de que necesitaba para proseguir su empresa; y sin sospechar la malicia que ocultaba el corazon de Limpias, lo despachó á Coro, quedando muy agradecido á la fineza de su oferta; si bien pocos dias despues cayó en la cuenta de su yerro, y arrepentido de haberse fiado de un hombre á quien tenia quejoso por los disgustos pasados, empezó á recelar, que puesto en Coro, no solo habia de faltar á socorrerlo con lo que habia prometido, pero le habia de hacer cuanto mal tercio pudiese para desacreditarle la conquista: y no hallando otro remedio para atajar el daño que temia, levantó su campo del pueblo de nuestra Señora, y doblado las jornadas, tiró en su alcance; pero Limpias previniendo lo que podia suceder, se dió tanta priesa á caminar, que cuando Utre llegó á Barquisimeto ya habia dias que él estaba en el Tocuyo, donde habiéndose encontrado con el intruso Gobernador Juan de Carvajal, procuró, valiéndose del favor de Juan de Villegas, introducirse en su gracia, como lo consiguió; logrando por este medio la ocasion de culpar, y deslucir todas

las acciones de Utre, exajerando el mal gobierno con que se habia portado en la jornada, por seguir, contra el dictámen de todos sus soldados, las pisadas de Hernan Perez, y la imprudencia con que á lo mejor del tiempo se habia retirado, abandonando la conquista de los Omeguas, á la cual procuró inclinar el bullicioso espíritu de Carvajal, representádole la honra, y utilidad que le podia resultar de ella, pues se hallaba con bastante número de jente para poderla emprender: propuesta, que siendo muy conforme á su natural inquieto y ambicioso, aceptó de buena gana, y la hubiera ejecutado á no habérsela embarazado las novedades que sucedieron despues.

CAPITULO III.

ALTERCAN SOBRE EL GOBIERNO UTRE, y Carvajal; prende este al otro con engaño: córtale alevosamente la cabeza; y funda despues la ciudad del Tocuyo.

LUEGO que Felipe de Utre llegó, en seguimiento de Limpias, al desembocadero de Barquisimeto supo por relacion de algunos indios Ladinos, como en el valle del Tocuyo se hallaba acuartelado un Capitan, llamado Carvajal, con otros muchos españoles que le acompañaban; y como Felipe de Utre por entónces no pudiese discurrir, que jente fuese aquella que tenia tan inmediata, obrando con el recato de Capitan

prevenido, hizo alto en Barquisimeto, sin querer pasar mas adelante, hasta informarse por estenso de lo que debia observar, para disponer sus cosas con mayor seguridad; pero como estaban tan cercanos los dos campos, no corrieron muchos dias sin que comunicándose los unos soldados con los otros, se llegase á manifestar la intencion de los dos cabos; de que resultó asegurarse cada uno en su cuartel con dobladas centinelas, y observante vijilancia; porque Carvajal, fiado en el falso título de que se habia valido para apoderarse del Gobierno, pretendia que Felipe de Utre, entregándole la jente que traia como á Capitan jeneral de la provincia, quedase sujeto á su obediencia. Y Utre, que no ignoraba la subrepcion del despacho en que estrivaba la pretencion de su contrario, alegaba la nulidad de su recibimiento, afianzándose, en que siendo él Teniente jeneral, lejitimamente nombrado por la Audiencia, no podia prevalecer Gobernador intruso contra la certeza de un título verdadero, en cuya virtud se hallaba en posesion del gobierno de las armas, segun las disposiciones prevenidas por su Alteza.

No dejaba Pedro de Limpias por su parte de atizar cuanto podia aquella llama, cuyo incendio temian todos habia de cobrar tal fuerza, que abrasase la provincia en rompimientos civiles; pues llevado del desafecto concebido en su pasion contra aquellos caballeros alemanes, aconsejaba á Carvajal prendiese á Felipe de Utre, asegurando la fuerza de su razon en el violento derecho de las armas, pues se hallaba con triplicado número de jente del que tenia su con-

trario; pero Carvajal, como hombre astuto, nunca le pareció acertado aventurar las ventajas de su partido á la incertidumbre de un encuentro, y siempre tuvo por mejor valerse de sagaces disimulos para sacar á Felipe de Utre con engaño de la seguridad de su cuartel, á parte donde faltándole el resguardo de sus soldados, pudiese sin peligro aprisionarlo: designio, que habiéndolo entendido algunos amigos de Utre, que estaban con Carvajal, se lo avisaron luego, previniéndole viviese con cuidado, sin dar lugar á que lograse la cautela que intentaba la malicia de su contrario; pero sin embargo fué tanta la sagacidad, y maña de aquel ánimo taimado, que tuvo forma para persuadir á Utre, remitiesen la cuestion á jueces árbitros, que viendo las provisiones de uno y otro, declarasen á quien pertenecia el Gobierno de los dos: y para asegurarlo mas de la sinceridad con que deseaba la paz, y correspondencia de ambos, le propuso por segundo medio para que se acabase la discordia: que caso que no gustase de poner la materia en manos de terceros, por via de compromiso, seria mejor que de conformidad gobernasen juntos la provincia, y uniendo la jente que tenian fuesen de compañía á conquistar, y poblar lo que dejaba descubierto en los Omeguas.

Era Utre de un natural tan docil, y sencillo, que no obstante la prevencion que le tenian hecha sus amigos, se dejó llevar de las astucias con que tiraba Carvajal á engañarlo; y dando ascenso al último partido, sin recelar el fraude que encerraba la propuesta, bien contra el parecer de sus mas confidentes, y

allegados, dejando el alojamiento que tenia en Barquisimeto, pasó con toda su jente á la ranchería del Tocuyo, donde Carvajal, para dar aparente disfráz á sus intentos, con finjidas demostraciones de amistad, lo recibió con apariencias de alegría, previniéndole para el hospedaje cuantos cortejos pudo inventar el disimulo; pero breve conoció Utre el engaño en que lo habia metido su facilidad, y empeñado su confianza, pues sin darle Carvajal parte en el Gobierno, (como le habia prometido) ni hacer caso de su persona para nada, solo trataba de buscar ocasion en que poder prenderlo sin tumulto; de que avisado Utre, arrepentido de haberse puesto con tanta inconsideracion en manos de su enemigo, andaba siempre sobre aviso, acompañado de sus mas confidentes, y allegados, hasta que Carvajal, deseando acabar de una vez con tanto finjimiento, lo convidó á comer un dia á su casa, con ánimo de ejecutar la prision, que tenia premeditada, entre los regocijos del banquete: y aunque Utre conoció bien el peligro que se le prevenia en el cortejo; no obstante, fiado en la bizarría de su valor, y en el numeroso séquito de sus amigos, fué al convite, dejando prevenidos á Bartolomé Belzar, y á los mas de su faccion, estuviesen con cuidado para entrar á socorrerlo al menor rumor que oyesen. Y como Carvajal, noticioso de esta advertencia, no se atreviese á hacer demostracion alguna en lo que tenia tratado ejecutar; animado Felipe de Utre con el temor que conoció en su contrario, despues de acabada la comida le dijo: vivia ya en conocimiento de los engaños con que lo habia tratado, pues faltándole á todo lo pro-

metido, solo experimentaba los efectos de una violencia continuada, á cuyo reparo le era preciso ocurrir; y pues en la falsedad de su doble trato no tenia ya que esperar, solo pretendia lo dejase ir á Coro con su jente, para pasar de allí á Santo Domingo á dar cuenta á la real Audiencia de todo lo sucedido.

Alborotóse Carvajal con la propuesta, y levantándose de la silla, con acciones descompuestas, y la voz algo alterada, le respondió: tenia licencia para irse donde quisiese; pero que no pensase en llevar jente consigo, ni tuviese atrevimiento para intitularse Capitan jeneral, ni aun Teniente de aquella Gobernacion, pues en ella no habia mas jurisdiccion, que la que en él residia, mediante las provisiones despachadas por la Audiencia; á que replicando Utre, se fueron travando de palabras, hasta llegar á meter mano á las espadas, apellidando cada cual favor al rey, á cuyas voces acudieron luego los parciales de uno, y otro; pero habiéndose declarado muchos de los de Carvajal á favor de Utre, quedó tan ventajoso su partido, que pudo, sin embarazo, haber puesto fin á la competencia con la muerte, ó prision de su enemigo: mas llevado de la jenerosidad de su noble ánimo, solo se contentó (para su perdicion) con despojarlo de todas las armas, y caballos que tenia, y dejándolo en su ranchería avergonzado, se retiró con los soldados de su séquito al valle de Quibor, seis leguas distante del Tocuyo.

No desmayó Carvajal con la desgracia de tan adverso suceso; antes maquinando nuevas trazas para poder tomar venganza de la afrenta recibida, despa-

chó á su Teniente jeneral Juan de Villégas, á Melchor Gurbel, y á un Clérigo, llamado Toribio Ruiz, que le servia de Capellan, al alojamiento de Utre, para que exajerándole la enormidad del delito en que habia incurrido, por haber desarmado con violencia á un Gobernador de la provincia, cuya autoridad debia siempre venerarse en respetuoso obsequio de lo que representaba, procurasen (ofreciéndose á servir de medianeros) reducir la materia á conciertos de ámistad, para que quedando en buena correspondencia, con olvido de todo lo pasado, se acabasen de una vez tantos disgustos: dilijencia en que no discurriendo los terceros pudiera haber malicia, sin sospechar lo que ocultaba el traydor ánimo de Carvajal; pusieron tanto esfuerzo, interponiendo ruegos, promesas, y partidos, que obligaron al corazon sencillo de Utre á que debajo de ciertas capitulaciones, que por ambas partes se firmaron ante un Escribano, restituyese las armas y caballos que habia quitado á Carvajal; y que desistiéndose por entónces de la accion que pretendia al Gobierno, pasase con los que le quisiesen seguir á Coro, para de allí ejecutar el viaje, que deseaba hacer á Sto. Domingo á dar cuenta á la Audiencia del estado en que dejaba los progresos de su conquista. Pero apenas Carvajal se vió con armas, y desecho el partido de su contrario, en confianza de la concordia estipulada, cuando empezó á marchar en sus alcances con tanta celeridad, que á pocas jornadas lo descubrió alojado sobre las barrancas de una de las quebradas, que corren por las montañas de Coro.

No se alborotó Felipe de Utre, aunque vió á

Carvajal con jente armada, porque con finjido agrado, disimulando su depravada intencion, llegó manifestando en el semblante apariencias de una perfecta amistad; hasta que apeándose de los caballos, como cojió á los alemanes descuidados, con facilidad prendió á Felipe de Utre, á Bartolomé Belzar, al Capitan Palencia, y á Romero, y sin permitir mas término á aquella infausta trajedia, que el que pedia la crueldad de su corazon cobarde, mandó á un negro que llevaba les amarrase las manos, y con un machete fuese cortando las cabezas de aquellos nobles varones; y como el instrumento tenia embotados los filos con la continuacion de haber servido en otros ejercicios mas groseros, con prolongado martirio acabaron la vida aquellos desdichados, mas á las repeticiones del golpe, que al corte de la cuchilla, sin que en el bárbaro corazon de aquella fiera hiciesen la mas leve impresion para la lástima las crueles circunstancias de tan tyrano suplicio; antes si, complaciéndose con Limpias, y Sebastian de Armacea, mientras duraba la ejeccion de tan villana insolencia celebraba, por pasatiempo, las naturales fatigas que padecian aquellos infelices con las ansias del morir.

Este fué el fin lastimoso del Jeneral Felipe de Utre, digno por cierto de mejor fortuna. En la ciudad de Spira, en las provincias de Alemania, tuvo su nacimiento, y llevado del ardor de sus juveniles años pasó á la América, donde manifestó siempre los quilates de su prudencia, y valor; y como estos sobresalieron en todas ocasiones á la sombra del parentezco que tenia con los Belzares, dieron motivo para que

la Audiencia de Sto. Domingo le nombrase por Teniente jeneral del Señor Bastidas; los deseos del aplauso, mas que el ansia de las riquezas, lo empeñaron en el descubrimiento del Dorado, donde el yerro cometido en seguir con tenacidad las pisadas de Hernan Perez le hizo malograr la gloria, que le prevenia su dicha. Ningun Capitan de cuantos militáron en las Indias ensangrentó menos la espada, pues habiendo atravezado mas provincias que otro alguno en el dilatado viaje de cuatro años, solo movió su moderacion la guerra, cuando no halló otro remedio para conseguir la paz. El descubrimiento del reino de los Omeguas, en cuya busca (aunque en valde) han trabajado despues tantos, hubiera hecho sin duda gloriosa la memoria de su nombre, si la venganza infame de Pedro de Limpias, y la crueldad traydora de Carvajal, no le hubieran con violencia anticipado la muerte en lo mas florido de sus años, pues cortáron el hilo de su vida á los treinta y cuatro no cabales de su edad, quedando sepultadas con el lastimoso suceso de su desgracia las noticias mas claras de aquel opulento reino, pues hasta hoy se ignora la parte donde está su situacion.

Fenecida la trajedia de Felipe de Utre, dió luego Carvajal la vuelta al valle del Tocuyo, donde perdiendo el temor á Dios, y la vergüenza al mundo, soltó, sin rebozo, ni cautela, la rienda á sus crueldades, pues sin mas motivo que su gusto, tomando por pretexto leves causas, era raro el dia que no ahorcaba uno, ó dos de los que habian sido parciales de Felipe de Utre, sin que hubiese persona que se

atreviese á irle á la mano, para que se abstuvise en la repeticion de tanto desafuero, por no experimantar los terribles efectos de su enojo; pues siendo el Factor Pedro de San Martin el sujeto de su mayor confianza, porque un dia á solas, como amigo, le advirtió lo mal que hacia en ejecucion de tan sangrientos castigos, faltó poco para mandarlo ahorcar, y á buen partido, fulminándole causa de traydor, lo remitió con un par de grillos preso á Coro.

En estos, y otros semejantes ejercicios, hijos de su temeridad desenfrenada, se entretuvo Carvajal, hasta que por fines del año de cuarenta y cinco, á instancias de los hombres principales que tenia en su campo, determinó poblar una ciudad en el mismo paraje en que tenia su rancheria por las grandes conveniencias que para ello ofrecia el distrito; y formada la traza de las calles, para ejecutar la planta hizo desmontar todo el boscaje que ocupaba la capacidad del sitio, reservando solo por blason de su crueldad una hermosa, y copada ceiba, cuyas ramas, sirviéndole de horca, habian sido teatro de sus injusticias; sin discurrir, que como otro Aman, dejaba en ella el patíbulo para su muerte, y el instrumento para su afrenta; y despues de celebradas las demas disposiciones, que en tal caso se acostumbraban, el dia siete de Diciembre del mismo año cuarenta y cinco hizo la fundacion de la ciudad, intitulándola nuestra Señora de la Concepcion del Tocuyo, (a) cuyos primeros vecinos, y pobladores fueron, Diego Ruiz Vallejo, Este-

(a) Ciudad del Tocuyo.

CAPITULO IV.

LLEGA EL LICENCIADO FRIAS A CORO: quita el Emperador á los Belzares la administracion de la provincia, y viene á gobernarla el Licenciado Tolosa: prende á Carvajal, y por sentencia suya muere ahorcado.

LAS insolencias, y desafueros de Carvajal fueron de calidad, que no pudiendo contenerse la fama de ellos dentro de los límites de la provincia, con facilidad llegaron las noticias á la isla de Cubagua, donde se hallaba el Licenciado Frias entendiendo en las comisiones que le habia encargado la Audiencia; y enterado del mal proceder de su Teniente jeneral, con el deseo de aplicar cuanto antes el remedio á semejante daño, procuró abreviar todo lo posible las dilijencias, que tenia á su cuidado; y fenecidas, pasó á Coro por principios del año de cuarenta y seis, (a) llevando en su compañia á Diego de Losada, que retirado en Cubagua desde los primeros lances que tuvo con Carvajal en Coro, habia estado á la mira para ver el incendio desde lejos; pero como Carvajal con la viveza de su jenio, previniendo este futuro accidente, se habia llevado cuantas armas, y caballos habia en Coro, halló Frias tan desproveida la ciudad de un todo, que le fué preciso detenerse algunos dias, mientras buscaba forma de prevenirse de suerte, que pudiese pasar

(a) Año de 1546.

con segnridad al Tocuyo, porque rezeloso de los atrevimientos de Carvajal, no se atrevia á entrar en busca suya sin llevar jente armada, con que poderle hacer oposicion, en caso que intentase alguna resistencia.

En este intermedio llegó á Coro el Licenciado Juan Perez de Tolosa, natural de la ciudad de Segovia, caballero muy prudente, y gran letrado, á quien el Emperador envió por Gobernador, y Capitan jeneral de la provincia, por haber privado de la administracion de ella á los Belzares, mediante las repetidas quejas, y noticias con que su Majestad se hallaba de los irreparables daños, tiranías, y desórdenes, introducidos con el Gobierno aleman, que fueron tantos que con justa razon dieron motivo para que el señor D. Fray Bartolomé de las Casas en su libro de la Destruccion de las Indias, llamase á esta provincia infeliz, y desgraciada; y lo fué sin duda, pues si no hubiera padecido la desdicha de haber estado aquellos diez y ocho años sujeta al dominio extranjero, fuera una de las mas opulentas que tuviera la América; porque en lo dilatado de su distrito, lo fértil de su terreno, lo benigno de su clima, lo abundante de sus aguas, ni en la conveniencia de sus puertos hay otra que la iguale, y en la multitud innumerable de indios que la habitaban hizo ventaja á muchas, aun de las mas pobladas; pero como los alemanes la vieron sin amor, considerándola como una cosa prestada, ni atendieron á su conservacion, ni procuraron su aumento, pues solo tiraron á aprovecharse mientras duraba la ocasion, sin reparar en que los medios de que se valian para disfrutarla fuesen, ó no, los mas eficaces para

destruirla; pues sin hacer asiento en parte alguna, ni poblar en tan hermosos paises como descubrieron, llevándolo todo á sangre y fuego, no dejaron cosa que como fieras desatadas no asolaron; y como el interes principal de su ganancia lo tenia afianzado su codicia en la esclavitud de los miserables indios, fueron por millares los que sacaron para vender á los mercaderes que ocurrian á Coro, con el cebo de tan infame trato; de que resultó despoblarse lo mas de la provincia, porque los indios huyendo de padecer las violencias que experimentaban en semejantes tiranias, por asegurar la vida, y la libertad, desampararon sus pueblos, y se fueron retirando á lo interior de los Llanos, donde se han quedado hasta el dia de hoy; perdiendo por esta causa tantos vasallos el rey, y tantas almas la iglesia.

La noticia de estos procedimientos, y otros, que por su enormidad (con cuidado) deja en silencio la pluma, fué el motivo que tuvo el Emperador para privar á los Belzares, y enviar por Gobernador al Licenciado Tolosa; quien luego que llegó á Coro, informado de las operaciones de Carvajal, asi por relacion que le hizo Frias, como por la que le daban diferentes personas, que cada dia venian huyendo los rigores de su proceder tirano, determinó pasar cuanto antes al Tocuyo, para atajar los pasos de aquel hombre, aplicándole el castigo que merecian sus maldades; y para ello, valiéndose de la misma prevencion que para el mismo efecto tenia dispuesto Frias, y de alguna jente de la que en su compañia habia venido de España; salió de Coro, disponiendo el viaje con

tal presteza, y secreto, que sin ser sentido, ni tenerse noticia alguna en el Tocuyo, amaneció una mañana sobre los ranchos de la nueva ciudad, y cercando la casa de Carvajal, lo puso luego en prisiones, pasando por la misma fortuna su Teniente jeneral Juan de Villegas.

Ejecutada esta dilijencia con tan buena disposicion, para sosegar los ánimos de los parciales que pudiera tener Carvajal, antes que entre ellos se pudiese orijinar alguna alteracion por verlo preso, juntó Tolosa todos los vecinos de la ciudad en las casas que habia escojido para su morada; y despues de haberles manifestado las provisiones, y títulos que traia de Gobernador, y Capitan jeneral de la provincia, y los despachos particulares del Emperador contra los Belzares, con agradables razones, tan prudentes como discretas, les dió á entender los motivos que habia tenido para prender á Carvajal, y á su Teniente, á quienes oiria en justicia, aplicándoles de su parte cuanto permitiesen los ensanches de la gracia; porque su ánimo solo era atender al comun sosiego, procurando (en cuanto pudiese) la mayor utilidad, y conveniencia de los vecinos: de que quedaron todos tan pagados, estimando la afabilidad, y buenos modos de Tolosa, que con jeneral aplauso, sin que se reconociese en alguno la mas leve señal de displicencia, fué recibido al uso de sus puestos; pero sin embargo, nó obstante la aceptacion con que Tolosa reconoció habia sido admitido en el Tocuyo, se hallaba bastantemente cuidadoso, temiendo alguna oposicion, ó movimiento del Capitan Juan de Ocampo, á quien Car-

vajal pocos dias antes habia enviado con sesenta hombres de sus mas confidentes, y allegados, á descubrir los valles de Umúcaro; y para salir con brevedad de este rezelo, despachó en busca suya á Diego de Losada con alguna jente de guerra, y testimonio de las provisiones del Cesar, para que haciéndoselas saber, le notificase de su parte, diese luego la vuelta á la ciudad: dilijencia en que tuvo poco que hacer la aptitud de Losada; porque siendo caballero el Juan de Ocampo, con la lealtad que pedia su sangre, en vista de los despachos dió luego la obediencia á Tolosa, reconociéndolo por su Gobernador sin repugnancia alguna; y celebrando todos la dicha de verse libres de la opresion que padecian con la tiranía de Carvajal, y violento gobierno de los Belzares, volvieron otra vez para el Tocuyo.

Compuesto todo tan á gusto de Tolosa, mediante la buena forma con que lo dispuso su prudencia; luego que se vió en la quieta posesion de su Gobierno, trató de substanciar la causa de los presos; y habiéndola seguido con grande espera por todos los términos que dispone el derecho, como quiera que contra el Capitan Juan de Villegas no resultó cargo alguno; antes si constó de la sumaria no haber tenido intervencion en los precipitados excesos de Carvajal, (que como hijos de aquel natural indómito, no hubo consejo que pudiera contenerlos) por sentencia, que pronunció en veinte y cinco de Septiembre del mismo año de cuarenta y seis, lo declaró por libre; y para darle satisfaccion del agravio que pudo haber padecido en la prision, informado de la calidad, y

prendas del sujeto, lo nombró por su Teniente jeneral; adquiriendo por este medio en la comun aceptacion tantos aplausos Tolosa, como créditos Villegas.

Muy diferente fué el fin que tuvieron los sucesos de Carvajal, porque siendo sus delitos tan enormes, y su proceder tan desrreglado, fueron tales las atrocidades que se le justificaron, que se vió obligado Tolosa á condenarlo á muerte, mandando: que despues de arrastrado por las calles mas públicas de la ciudad, fuese ahorcado en la misma ceiba, que habia sido teatro de sus injusticias; y aunque por parte del reo se apeló para el consejo, y por la de algunos caballeros se interpusieron ruegos, estuvo Tolosa tan firme en su resolucion, que atropellando por todo, ejecutó la sentencia; pagando Carvajal con una vida, que perdió con razon, tantas como él habia quitado sin ella: y fué particularidad muy reparable, que desde el instante que murió en la ceiba, siendo hasta entónces un arbol muy frondoso, se empezó á marchitar, hasta secarse, con tanta brevedad, que sirvió de admiracion su ruina, si antes habia sido asombro su hermosura.

CAPITULO V.

SALE ALONSO PEREZ A DESCUBRIR LAS sierras Nevadas: atraviesa el rio de Apure, y llega á las lomas del Viento, y valle de Cúcuta.

FENECIDA la trajedia de Carvajal, trató Tolosa de

dar asiento, y nueva forma para el gobierno, y permanencia de la ciudad, que halló recien fundada; y como lo principal en que habia de consistir su conservacion y aumento era en las encomiendas de los indios, para asegurarlas en los vecinos que las poseian, y que no quedase puerta abierta, para que la inconsideracion de algun Gobernador imprudente pudiese en algun tiempo privarlos de aquella corta utilidad, que gozaban por único premio de sus servicios, y trabajos; conociendo la nulidad que padecia el repartimiento hecho por Carvajal, por falta de jurisdiccion, pues siendo Gobernador intruso no habia tenido autoridad para formarlo, declaró por vacas todas las encomiendas, y sin inmutar en cosa alguna, con integridad singular las volvió á proveer en los mismos que las tenian antes, despachándoles nuevos títulos para su seguridad, y mayor firmeza; y aunque agradecidos los vecinos á la limpieza de su obrar, le suplicaron con instancia se adjudicase para sí los indios del valle de Cúbiro, que habian sido de Carvajal, solo pudieron conseguir de su modestia tomase en repartimiento (por satisfacer á sus ruegos) algunas pocas familias, y las demas, con jeneral aclamacion de todos, las dió á Diego de Losada, que fué la única remuneracion que debió aquel caballero á esta provincia, cuando la continuada tarea de sus servicios, en la comun estimacion de todos, lo graduó siempre por digno de los mayores premios.

De esta dilijencia resultó quedar el Gobernador Tolosa en el conocimiento que habia muchos españoles sin conveniencia en el Tocuyo, porque siendo

las encomiendas pocas no podian ser bastantes para acomodarse todos; y deseando buscar forma para el remedio de los que habian quedado sin parte en el repartimiento de los indios, dispuso que su hermano Alonso Perez de Tolosa saliese con cien hombres á descubrir las sierras Nevadas, (á cuya falda se pobló despues la ciudad de Mérida) que por su elevada eminencia habian sido siempre divisadas á mano izquierda en todas las entradas que habian hecho á los llanos; y era fama, segun la relacion de algunos indios, encerraban en si grandes riquezas, cuyo descubrimiento no hay duda fué el motivo principal de esta jornada; aunque otros la quisieron atribuir á buscar camino para pasar ganados desde el Tocuyo al nuevo Reino, por dictámen de Cristobal Rodriguez, que como uno de los que habian entrado allá con Fedreman sabia la gran utilidad, que podia resultar de este comercio; y con efecto él fué el primero que consiguió despues introducirlo en Santafé, quedando bien aprovechado con su arbitrio.

Pero al fin, séase por el un motivo, ó por el otro, dispuesto todo lo necesario salió Alonso Perez del Tocuyo por principios de Febrero del año de cuarenta y siete, (a) llevando por su maestre de campo á Diego de Losada, cuyo parecer, por órden expreso del Gobernador, se habia de seguir en todo cuanto se pudiera ofrecer en la jornada; y encaminando su derrota por el mismo rio del Tocuyo arriba, despues de haber gastado algunos dias en sus már-

(a) Año de 1547.

jenes, atravesada la serrania, que por allí le demoraba hácia el Oeste, salió al rio Guanaguanare, que por aquella parte corre con el nombre de Zazaribacoa; y entrando por los Llanos caminó por ellos hasta la misma falda de las sierras Nevadas, con intencion de trasmontar sus cumbres para buscar de la otra parte los tesoros, que aseguraba la fama de sus riquezas; pero como los mas tenian puesta la mira en irse acercando al nuevo Reino, buscando caminos mas tratables para introducir ganados, contradijeron la opinion de Alonso Perez, tomando por pretexto lo inaccesible de la misma serrania, cuya fragosidad, ayudada de las nieves, hacia impracticable el pasaje, con el riesgo de perecer en el yelo de sus páramos: circunstancias, que bien consideradas, obligaron á seguir el camino por los Llanos, hasta llegar á las riveras de Apure, sobre cuyas barrancas se detuvo Tolosa algunos dias, en los cuales, animados los indios de la comarca al ver el corto número de que se componia aquella escuadra de españoles, respecto de las que habian pasado por allí en otras ocasiones, determinaron probar ventura para lanzarlos de su tierra con las armas; y juntos, en bien formados batallones, dieron de sobresalto una mañana al romper del alva sobre el alojamiento de los nuestros, que ignorantes de semejante movimiento, estaban entregados al sueño descuidados; pero volviendo en sí con el estruendo, sin que tuviese lugar la turbacion en aquel lance, cojieron con presteza los caballos, y echando mano á las armas, rompieron por entre las bárbaras escuadras, que descompuestas á los primeros encuentros, con pérdida de sus mas valientes guerre-

ros, dejaron el campo, y la victoria en manos de los nuestros; aunque no á tan poca costa, que no muriese un soldado, y quedasen heridos mas de veinte.

Habiéndose detenido Alonso Perez, despues de la refriega, solo el tiempo que fué preciso para curar los heridos, volvió á buscar la serrania, entrándose por las cabeceras del mismo rio de Apure, discurriendo que por aquella parte (al parecer menos fragosa) podria ofrecer el paso mas tratable; hasta que apretado de la necesidad que padecia de bastimentos, despachó á buscarlos al Capitan Romero con cuarenta hombres, que á poca dilijencia, en una quiebra que hacia la cordillera, encontró con una mediana poblacion, cuyos vecinos puestos en arma con razonable defensa, embarazaron por gran rato la entrada de los nuestros; pero aunque hirieron de peligro en el combate al Capitan Romero, y á otros cuatro soldados, é hicieron de su parte cuanto supo el valor para la resistencia, no pudieron librarse de pasar por la mala fortuna de vencidos, pues quedaron todos los mas aprisionados, y el pueblo entregado al saco, robando, y destruyendo los soldados cuanto les dictó su antojo.

Con la presa de indios, maiz, mantas de algodon, y raices comestibles, siguieron el mismo rio, y á pocas leguas de camino, sobre la opuesta rivera dieron con otro lugarcillo de indios Tovoros, que á la primera vista hicieron muestras de quererse defender, ostentando muchas armas desde las barrancas del rio; pero advirtiendo el denuedo con que los caballos se arrojaban á la corriente para pasar en su busca, desampararon el sitio, poniéndose en huida, y dejando la

poblacion al arbitrio de los nuestros, para que pasase luego por los rigores del saco. Pero no contentándose con lo que hallaron en ella, dos de los soldados, tan atrevidos como codiciosos, se entraron por la montaña, por ver si su dilijencia les deparaba á la mano algo de lo que en tales ocasiones suele ocultar el miedo, ó la prevencion; y dando en una emboscada donde los indios estaban retirados, perdió el uno luego la vida en pago de su codicia, y el otro hubiera pasado por la misma desventura á no haberse aprovechado de la lijereza que le dió el temor, y el susto para ponerse en salvo, corriendo presuroso hasta ampararse del pueblo; donde sentido Alonso Perez de la desgracia sucedida, le hubiera dado garrote, á no haberse interpuesto de por medio la intervencion de algunos capitanes, á cuyo ruego le conmutó el castigo en otras penas.

De este pueblo de los Tovoros prosiguió *Tolosa* su jornada siempre por el mismo rio de Apure, hasta llegar á la boca de otro que se le junta, no menos caudaloso, por el cual, dejando á Apure, encaminó su viaje, buscando el valle, que hoy llaman de Santiago, (donde despues se pobló la villa de San Christobal entre las ciudades de Pamplona, y Mérida) cuyos moradores, con la noticia de que llegaba jente forastera á sus umbrales, bajaron por el rio una jornada, con ánimo de aprovecharse de una angostura, que formaba el valle entre dos cerros, para embarazarle la entrada con las armas; pero absortos con la novedad, al ver el traje, y disposicion de los españoles, y la grande lijereza, y brio de los caballos, se pasmaron de suer-

te, que no acertaban á valerse de los arcos para la ofensa, ni de los pies para la fuga; hasta que acometidos de los nuestros, con la muerte de unos, y las heridas de otros, se hubieron de resolver á retirarse, abandonando todo el valle á discrecion de los soldados, que sin perder el tiempo metieron á saco las primeras poblaciones que encontraron, donde alojados aquella noche, tuvieron noticia el dia siguiente, de que en el valle arriba habia otro pueblo de numerosa vecindad (que fué el que llamaron despues de las Aviamas los que poblaron la villa de S. Cristobal;) y partiendo en su busca con presteza, pasó por la misma fortuna de los otros: sin que bastase el no haber hecho oposicion alguna sus vecinos, para que dejase la crueldad de ejecutar algunas muertes en los que solo atendian á huir para salvar la vida.

Recojido el pillaje de este pueblo, y atravesado el rio de S. Cristobal, fué á dar Alonso Perez á la poblacion, donde al presente está edificado el templo de la milagrosa imagen de nuestra Señora de Tariba, cuyos naturales con temor anticipado habian recojido sus muebles, y familias á la cumbre de un elevado monte, pensando hallar en él seguridad para su susto; pero seguidos por el rastro, aunque con trabajo en la subida, fueron descubiertos por los nuestros, para acreditar lo que vale la desesperacion en un aprieto, pues puestos en defensa hicieron tal resistencia, que salió muy costoso el vencimiento, quedando muertos seis caballos, y mal herido Alonso Perez, con otros de sus soldados, sin conseguir otro fruto de la victoria, que el corto despojo de cuatro alhajas inúti-

les: causa, para que desconsolados al ver las pocas muestras que encontraban de las riquezas que les habia prometido su deseo, desamparasen el valle de Santiago, con la esperanza de hallar mejor fortuna en otra parte; y atravesadas las lomas del Viento por la poblacion de Capacho, salieron al gran valle de Cúcuta, célebre criadero de las mejores mulas, que hoy produce el nuevo Reino, y donde con verdad se puede asegurar, que todo el monte es oregano, pues apenas se hallará otra planta en lo dilatado de su fértil y cálido terreno.

CAPITULO VI.

ENTRA JUAN DE VILLEGAS AL DESCUbrimiento de Tacarigua: toma la posesion de su laguna, y da la vuelta al Tocuyo: muere el Gobernador Tolosa, y Alonso Perez prosigue su jornada.

DESPUES que Alonso Perez salió del Tocuyo al descubrimiento de las sierras Nevadas, deseando el Gobernador Tolosa hacer celebrado su Gobierno con nuevas poblaciones, y conquistas, y animado con la esperanza de descubrir algunas minas de oro, de que se habian hallado muestras en las entradas que diferentes veces se habian hecho por el puerto de la Borburata, dió órden á su Teniente Jeneral Juan de Villegas, para que llevando ochenta hombres á su satisfaccion, atravesado el valle de Barquisimeto, fuese costeando la serranía hácia el Oriente, hasta salir á la provincia, y

laguna de Tacarigua, en cuya jurisdiccion poblase una ciudad en la parte que le pareciese mas conveniente, para que sirviese de sujecion á la comarca; y en su cumplimiento, hechas las prevenciones necesarias, salió Juan de Villegas del Tocuyo por Septiembre del mismo año de cuarenta y siete, llevando en su compañia á Luis Narvaez, Pedro Alvarez, veedor de la real hacienda, Pablo Suarez, Alguasil mayor del campo, Juan Dominguez, Gonzalo de los Rios, Sancho Briseño, Hernando del Rio, Juan Jimenez, Cristobal Lopez, Esteban Martinez, Juan de Zamora, Miguel Muñoz, Pedro Gonzalez, Antonio Sarmiento, Juan Sanchez Choque, Luis Gonzalez de Rivera, Bartolomé Nuñez, Juan Sanchez Moreno, Pedro de Gamez, Alvaro Vaez, Juan de Escalante, Diego de Escorcha, Antonio Cortés, Pedro Suarez, Alonso Vela Leon, Rodrigo Castaño, Juan Diaz Marillan, Jorje Turpi, Vicente Diaz, Francisco de San Juan, y otros, hasta el número de ochenta, con los cuales faldeaudo la serrania por la orilla de los Llanos, siempre al Leste, llegó á reconocer las riveras de la gran laguna de Tacarigua, hermoso lago, que en un ameno valle, á sesenta leguas del Tocuyo, y á veinte de Carácas, retirado siete del mar la tierra adentro, ocupa catorce de lonjitud de Leste á Oeste, y seis de latitud de Norte á Sur, tan profundo, que á corta distancia de sus orillas no hay sonda que le descubra el fondo de sus aguas; sus márjenes en toda su circunferencia son alegres, vistosas, y deleitables, pobladas de frescas arboledas, y de varia multitud de diversas aves; adornan su hermosura algunas islas, y entre ellas dos, que

tienen mas de legua y media de vojeo, abundantes todas de báquiras, paujíes, guacharacas, patos, y otras diferentes especies para el entretenimiento de la caza.

Fórmase el monstruoso cuerpo de este lago de las aguas de catorce rios, que continuamente le están tributando sus corrientes; críanse en él unas hojas anchas sobre el agua, que con las raices se van entretejiendo unas con otras, y con las hojarascas de los árboles, la tierra, y palazon que traen los rios con sus crecientes, y avenidas se van incorporando poco á poco, y crecen de manera, que se forma un conjunto de dos, y de tres varas de grueso, y mas de treinta ó cuarenta de largo, tan firme, y unido uno con otro, que en la superficie se crian árboles pequeños, y á veces algo grandes, segun la disposicion de la materia, y ajitadas del viento á todas partes, parecen á la vista islas movibles de aquel piélago, ó fluctuantes pensiles de aquel mar, hasta que al continuado movimiento de las hondas, y al fuerte combatir de la resacá se deshace aquella trabazon, en que consisten, y quedan desbaratados, á manera de las que segun refiere Plinio (a) en su natural historia, se forman de la misma suerte en el mar Septentrional, y en el pais de Artois, segun Botero en sus relaciones del mundo. (b)

Luego que Villegas llegó al valle de Tacarigua (de quien tomó el nombre de la laguna) deseoso de poblar en él, por las conveniencias que ofrecia la disposicion del sitio, aprendió la posesion jurídica

---

(a) Plin. lib. 2. cap. 27.
(b) Bot. Rel. uni. lib. 1.

por ante Francisco de San Juan, Escribano público, en veinte y cuatro de Diciembre del mismo año de cuarenta y siete; pero despues no hallando rastro de las minas de oro que buscaba, (y era el fin principal á que se habia encaminado la jornada) aunque para su descubrimiento habia revuelto toda la comarca Hernando Alonso, Juan Jimenez, y Juan Sanchez Moreno, mineros, que para el efecto llevaba en su compañia, mudó de intento, y desamparando la laguna, y valle, que tanto le habia agradado, atravesó la corta serrania de siete leguas, y bajó á la Borburata en la costa de la mar, donde le pareció mas acertado el poblarse, asi por lograr la hermosura de aquel puerto, capaz con desahogo para mas de cien navios, seguro de todos vientos, y tan fondable, que con planchas pueden descargar en tierra, como por haber hallado en las quebradas del contorno algunos granos de oro tan fino, que pasaba de veinte y tres quilates en su ensayo: causa, para que animados todos con la esperanza de la riqueza que prometia aquel principio, se determinase, por parecer comun, á ejecutar la poblacion en aquel puerto; y poniéndolo por obra, en virtud de la facultad que Villegas llevaba del Gobernador Tolosa, en veinte y cuatro de Febrero del año de cuarenta y ocho, (a) despues de haber tomado la posesion jurídica por ante el escribano Francisco de San Juan, proveyó el auto de la fundacion de la ciudad, á quien intituló, nuestra Señora de la Concepcion de la Borburata.

(a) Año de 1548.

Mientras Villegas se ejercitaba en estas cosas, recibió Tolosa prorogacion de otros tres años mas en el Gobierno: merced, que le concedió el Emperador, en atencion á los créditos de su buen obrar; y animado con la honra de semejante favor, dejando dispuestas lo mejor que pudo las cosas del Tocuyo, salió para el cabo de la Vela á la averiguacion de algunos fraudes, ejecutados en el quinto de las perlas, y tomar residencia á los Ministros de aquel pueblo, mediante comision que para uno, y otro le remitió el consejo. Pero como en esta vida no hay felicidad, ni dicha tan segura, que no tenga por sombra una desgracia; cuando mas favorecido se hallaba Tolosa, prometiéndose los acrecentamientos con que le galanteaba risueña la fortuna, cortó el hilo á sus esperanzas lo intempestivo de una muerte acelerada, pues caminando para el cabo de la Vela perdió en un despoblado la vida, al rigor de una aguda fiebre; quedando junto con el cadaver sepultada en aquel desierto su memoria, pues hasta hoy se ignora la parte donde tuvieron descanso sus cenízas: lastimoso fin en varon tan venerable! cuando su literatura, desinteres, rectitud, y singular prudencia fueron prendas, que merecieron el logro de mejor fortuna.

Esta novedad fué causa de que por entónces quedase sin efecto la poblacion que intentaba Villegas en la Borburata, porque habiendo recibido aviso que le hicieron sus amigos de la muerte de Tolosa, y la noticia de que al tiempo que salia para el cabo de la Vela le habia dejado cometido el Gobierno de toda la provincia, durante su ausencia, le pareció con-

veniente pasar cuanto antes al Tocuyo, para atajar con su presencia cualquier movimiento que se pudiera intentar en perjuicio de aquella delegacion, en cuya virtud pretendia mantenerse en el Gobierno hasta tanto que la Audiencia determinase otra cosa: y asi dejándolo todo por la mano, sin pasar á mas diligencia en la fundacion de la ciudad que habia empezado, desanparó la Borburata, y caminó con tal presteza, que el dia diez y nueve de Marzo entró con todo su campo en el Tocuyo, donde aunque por parte de los Alcaldes de aquella ciudad, y la de Coro, con bastante fundamento, se movió la cuestion sobre el Gobierno, alegando tocarles á cada uno en su jurisdiccion durante la vacante, por no ser suficiente el título en que afianzaba Villegas su derecho; sin embargo como su séquito era grande, y la parcialidad de sus amigos numerosa, con razon, ó sin ella, interviniendo el consentimiento de los dos Cabildos, se quedó apoderado del Gobierno.

Bien ageno de todas estas cosas se hallaba Alonso Perez en el valle de Cúcuta, donde luego que lo sintieron entrar sus naturales, desamparando sus bujios, se retiraron á una casa fuerte, guarnecida de doble palizada, y sembrada á trechos de troneras, para el disparo de su flecheria, (que sin duda les debia de servir de receptaculo en las ordinarias guerras, que tenian unos con otros) á cuyo abrigo se portaron con tan rigurosa resistencia, que aunque los acometió en ella Alonso Perez, con muerte de tres soldados, y algunos caballos, se vió obligado á desistir del combate, y pasar sin detenerse hasta el rio

Zulia; y habiéndolo esguazado, se fué entrando por el territorio de los indios Motilones, hasta penetrar la serranía en que habitaban los Carates á las espaldas de la ciudad de Ocaña, por la vanda del Norte, en cuyo rumbo, ademas de lo áspero, y despoblado de la tierra, padeció tanta necesidad con la falta de bastimentos, que caminadas ya siete jornadas, se vió precisado á retroceder, volviendo otra vez al valle de Cúcuta, donde reforzado con la abundancia de sus víveres, y descanso de algunos dias, determinó seguir nueva derrota el valle abajo en demanda de la laguna de Maracaibo, por donde salió á la junta que llaman de los tres rios, (por unirse al desembocar junto á la misma laguna) á cuya vista, llevando siempre sus aguas á mano izquierda, fué caminando para el Leste: y aunque á costa de diferentes reencuentros, por la oposicion que halló en los moradores de sus orillas, hubo de salir á los llanos, que llaman de S. Pedro, (no muy distantes de la parte donde se fundó despues la ciudad de Jibraltar) asiento de los indios Baburés, nacion afable, y poco belicosa, pues todos los instrumentos de su guerra eran unas cerbatanas con que disparaban á soplos unas flechillas pequeñas, tocadas de cierta yerba, de virtud tan singular, que al que llegaban á herir con ellas dejaban al instante como muerto, privado de sentido por dos ó tres horas, que era el tiempo de que ellos necesitaban para ponerse en salvo sin peligro; y pasado aquel termino; volvian los heridos á su acuerdo, quedando sin otra lesion, ni daño, y asi, con poco embarazo de esta nacion pusilánime, prosiguió su marcha por

los llanos, voleando siempre la laguna para volverse al Tocuyo; pero cuando mas empeñado seguia por esta senda su camino, se halló atajado de una cienegal, ó estero, que comunicando sus aguas con las de la laguna, entraba hasta la serranía con mas de media legua de latitud por la parte mas angosta, tan fondable, y cenagosa, que por mas dilijencias que hizo para buscarle vado, no fue posible hallarle forma para esguazarlo, pues aunque se detuvo seis meses en sus playas, por ver si con la fuerza del verano se minoraban sus aguas, se mantuvieron siempre tan en un ser, que perdida la esperanza de poder lograr su tránsito, huvo de determinar volverse por los mismos pasos que habia entrado á buscar socorro á Cúcuta: valle, en cuya fertilidad parece le tenia depositada la fortuna el alivio de sus desdichas, y el asilo de sus trabajos.

CAPITULO VII.

FUNDA PEDRO ALVAREZ LA CIUDAD DE Borburata de órden de Villegas, y Alonso Perez prosigue su jornada hasta dar la vuelta al Tocuyo.

DESEMBARAZADO Villegas del empeño en que lo puso la pretencion del Gobierno, luego que fenecida la cuestion con los alcaldes se halló en la quieta posesion de su dominio, porque no quedase malogrado el fruto de su trabajo en la jornada que habia hecho al descubrimiento de Tacarigua, volvió la mira á efec-

tuar la poblacion, que en el puerto de la Borburata interrumpió el año antecedente la aceleracion con que dió vuelta al Tocuyo, y para ello, entrado ya el año de cuarenta y nueve, (a) envió por capitan poblador al veedor Pedro Alvarez con sesenta hombres, entre quienes iban Alonso Pacheco, Alonso Diaz Moreno, Vicente Diaz, Sebastian Ruiz, Francisco de Madrid, Andres Hernandez, Pablo Suarez, Juan de Escalante, Luis Gonzalez de Rivera, Alonso Vela Leon, Pedro Gamez, Juan de Zamora, Francisco de San Juan, Antonio Sarmiento, y otros, que deseosos de gozar las conveniencias que prometia la nueva ciudad, determinaron avecindarse en ella; y llegados sin dificultad al puerto de la Borburata, debajo del auto de fundacion, y demas dilijencias judiciales, que el año antecedente habia formado Villegas; en veinte y seis de Mayo del de cuarenta y nueve dieron principio á su poblacion, (b) y nombrados Rejidores, que lo fueron Francisco de Madrid, Alonso Pacheco, Juan de Escalante, y Alonso Vela Leon, elijieron por primeros Alcaldes ordinarios á Vicente Diaz, y Alonso Diaz Moreno; pero aunque esta ciudad en sus principios dió esperanzas de grande crecimiento, asi por las muchas personas de suposicion que se avecindaron en ella, como por la facilidad con que en el trato de su puerto, y algun oro que daban las quebradas, adquirian aumento los caudales: la continuacion con que los piratas dieron en molestarla, por estar situada á la lumbre del agua, y sin algun reparo para su defensa, fué

(a) Año de 1549. (b) Ciudad de Borburata.

causa para que sus vecinos, por verse libres de sustos tan repetidos, la fuesen desamparando poco á poco, hasta que el año de sesenta y ocho, gobernando la provincia D. Pedro Ponce de Leon, la avandonaron del todo, dejándola despoblada, sin que bastasen las dilijencias del Gobernador para embarazar su ruina.

La que amenazaba á su campo tenia desconsolado á Alonso Perez, viéndose tan perseguido de las desgracias, que no intentaba salida en que no hallase un estorvo; y resuelto ya á volverse para Cúcuta, despachó por delante á la lijera al Capitan Pedro de Limpias con veinte y cuatro compañeros, para que fuese á dar cuenta al Gobernador su hermano, de que volvia derrotado, sin fruto alguno, de su infeliz jornada; y aunque al tercero dia, despues que se apartó de Alonso Perez, en un reencuentro que tuvo con los indios le mataron cinco hombres, con los restantes, á costa de imponderables trabajos, hubo de proseguir hasta llegar al Tocuyo.

No los padeció menores en su retirada Alonso Perez, pues por la mucha jente enferma que llevaba le era preciso caminar á paso lento, con tanta necesidad de bastimentos, que en distancia de diez leguas dejó veinte y cuatro soldados muertos de hambre: aprieto, que le obligó á dejar el camino que seguia, y cojer á mano izquierda por tierras altas, y montuosas, no holladas de otros españoles hasta entónces, por si acaso entre su aspereza le deparaba la suerte algunas sementeras con que remediar su falta; y como cierto dia encontrase una pequeña aldea de seis, ó siete casas, pretendiendo los soldados bus-

car en ellas algun alivio á sus males, hallaron tal resistencia en sus pocos moradores, que no pudiendo (por la gran flaqueza que tenian) mantener por mucho tiempo el combate, dejaron la porfia de acometerlas, y pasaron á saquear otro bujío, que estaba algo apartado de las casas, y segun la provision de maiz, carne asada, y raices, que habia en él, debia de ser almacen comun de aquella aldea; pero los indios animados con haber salido bien de la oposicion primera, cargaron sobre los españoles, (que desórdenados solo trataban de recojer el bastimento que podian) y del primer encuentro mataron dos, é hirieron seis, y hubiera pasado á mas el daño, si vueltos en sí al recuerdo de su peligro no hubieran convertido en fuerzas su flaqueza, para acometerlos juntos en un cuerpo, con tal brio, que volviendo los bárbaros la espalda, dejaron desamparadas las casas, y el almacen, donde recobrados en algo aquellos cuerpos rendidos, pudieron tomar esfuerzo para caminar con menos pena, hasta llegar tercera vez á Cúcuta, socorro de sus necesidades, y alivio de sus miserias.

Convalecidos con la abundancia de víveres en aquel hermoso valle, volvieron á dar la vuelta para las lomas del Viento, hasta salir al valle de Santiago, y por la angostura de su rio á las riveras de Apure, cuyas corrientes siguieron hasta meterse entre él, y el de Zarare, á las márjenes de otro pequeño, que llaman Oro, donde treinta de los soldados que seguian á Alonso Perez, mal satisfechos de las pocas conveniencias del Tocuyo, le pidieron licencia para pasarse al nuevo Reino: demanda en que convino, asi por hallarse ya en

parte donde necesitaba de poca escolta para su seguridad, como por parecerle era bastante número para vencer las dificultades del camino, y poder conseguir su intento sin peligro; y habiéndoles nombrado por cabo para que los gobernase á Pedro Alonso de los Hoyos, despedidos de los demas compañeros tomaron la derrota, faldeando la cordillera, hasta llegar al rio de Casanare, (que tiene su nacimiento á las espaldas de los indios Chitas, ó Cocuyes) cuyas corrientes fueron siguiendo, gobernándose por los panes de sal, y mantas de algodon que iban encontrando, (frutos conocidos de la tierra que buscaban) hasta dar en las poblaciones de los indios Laches, pertenecientes á la jurisdiccion de Tunja, á tiempo que D. Pedro de Ursua se hallaba levantando jente para la conquista de los indios Chitareros; y alistándose en sus vanderas fueron de los que á la conducta de tan célebre caudillo, consiguieron sujetar aquella nacion guerrera, y poblar la ciudad de Pamplona, donde Pedro Alonso de los Hoyos se avecindó, y fué encomendero, quedando desde entónces descubierto camino para poder pasar con conveniencia desde el Tocuyo á Santa Fé, por donde con gran interes de esta provincia, y conocida utilidad del nuevo Reyno, se introdujeron considerables porciones de ganado, que logrando crecidos multiplicos en la fertilidad de sus dehesas, causaron la abundancia de que hoy gozan.

Pocos dias despues de haberse apartado Pedro Alonso, levantó su campo Alonso Perez de las riveras del Oro, caminando por el Apure abajo, hasta salir á lo llano, donde socorrido con mediana por-

cion de bastimentos, que le dieron algunos indios caiquetios, que le salieron de paz, pudo proseguir en su derrota hasta los rios que llaman de Barinas, donde habiendo hecho alto para descansar un poco de las fatigas de tan molesto viaje, cobró nuevo aliento para poder dar fin á su jornada; y entrar en el Tocuyo por Enero del año de cincuenta, (a) despues de haber gastado dos años y medio de trabajos en su infeliz descubrimiento, y desgraciada conquista.

CAPITULO VIII.

DESCUBRENSE LAS MINAS DE S. FELIPE: funda Villegas la ciudad de Barquisimeto: levántase el negro Miguel y se corona: sale en su busca Diego de Losada, y lo vence y mata en una batalla.

HALLABASE á este tiempo en el Tocuyo considerabilísimo número de jente, asi por la que salió derrotada con Alonso Perez de Tolosa, como por la mucha que habia ocurrido de otras partes: causa, para que algunas personas principales tratasen con empeño de que se dispusiese nueva entrada á los Omeguas, para perficionar con su conquista el infausto descubrimiento de aquel reino, hecho por Felipe de Utre; pero como la comprension, adquirida de su mucha experiencia, le habia enseñado al Gobernador Juan de

(a) Año de 1550.

Villegas, que de semejantes armamentos dimanaba la ruina miserable en que se hallaba la provincia, pues consumida en ellos la jente, armas, y caballos, sin conseguir otro fruto, que malograr el tiempo sin provecho, se habia perdido la ocasion de irla poblando, nunca quiso consentir en pretencion tan nociba, pareciéndole mas conveniente fundar algunas ciudades, en cuya vecindad se afianzase el lustre, y permanencia de la tierra; mas como los desórdenes antecedentes la tenian puesta en extremo de rematada miseria, era preciso buscar primero alguna conveniencia, cuya utilidad moviese á los pobladores para avecindarse en ella; y esta no podia ser otra por entónces, que el descubrimiento de algunas minas de oro, de que se tenia noticia, comprobada con las muestras, que asi en polvo, como en joyas, se habian hallado entre los indios; y siendo esta dilijencia al cuidado de Damian del Barrio, entrado el año de cincuenta y uno (a) lo despachó Villegas con bastante escolta de soldados á la provincia de Nirgua, (que demora al Leste del Tocuyo, entre Barquisimeto, y Tacarigua) donde era opinion comun estaban los veneros principales; y aunque á los principios salieron vanas las catas que dió en diferentes partes, al cabo de algunos dias hubo de encontrar una veta razonable en las riveras del Buria, de que dió luego aviso á Villegas, remitiéndole muestras del metal, cuya noticia fué de él tan celebrada, que sin dilacion pasó á reconocer personalmente la calidad de la mina; y pareciéndole no seria bien

(a) Año 1551.

despreciarla (por las buenas esperanzas que ofrecia) mientras no se hallasen otras de mayor consecuencia, y entidad, se determinó á poblarla, para trabajar en ella en forma, intitulándola, el real de minas de S. Felipe de Buria, debajo de cuyo nombre se rejistraron sus quintos todo el tiempo que duró su beneficio.

Animado Villegas con el buen suceso de su dilijencia, y advirtiendo la comodidad de haber entre el Tocuyo, y el mineral descubierto porcion de indios bastante, para que repartidos en encomiendas pudiesen mantener un pueblo de españoles; mediado el año de cincuenta y dos (a) fundó el valle de Barquisimeto (tantas veces repetido en esta historia) la ciudad de la nueva Segovia, (b) por dejar vinculado en ella el nombre de su patria; fueron sus primeros vecinos Diego de Losada, Esteban Mateos, de quien asi en aquella ciudad, como en otras de la provincia, hay lustrosa descendencia; Diego García de Paredes, hijo tanto en el valor, como en la sangre del otro, cuyas hazañas fueron asombro de Italia; Damian del Barrio, projenitor de nobilísimas familias; Pedro del Barrio su hijo, Luis de Narvaez, Gonzalo Martel, Juan de Quincozes de la Llana, Francisco de Villegas, Melchor Guruel, aleman de nacion, Cristobal de Antillano, Francisco Lopez de Triana, Diego García, Hernando de Madrid, Francisco Sanchez, de Santana Olaya, Pedro Suarez del Castillo, Basco Mosquera, Gonzalo de los Rios, Bartolomé de Hermosilla, Pedro Hernandez, Pedro Suarez, Cristo-

(a) Año 1552.

(b) Ciudad de la nueva Segovia.

bal Lopez, Diego de Ortega, Esteban Martin, Juan de Zamora, Juan Hidalgo, Pedro Gonzalez, Juan García, Sebastian Gonzalez de Arevalo, Francisco Sanchez de Utrera, Cristobal Gomez, Diego Brabo, Diego de la Fuente, Francisco Tomas, Pedro Viltre, de nacion aleman, Sancho Briceño, Jorje de Paz; Diego Mateos, Pedro Mateos, Jorje Lans, Francisco Graterol, y otros, de los cuales nombró Villegas por Rejidores á Gonzalo Martel de Ayala, Francisco Lopez de Triana, Cristobal de Antillano, Diego García de Paredes, Hernando de Madrid, y Francisco Sanchez de Sta. Olaya; y por Escribano de cabildo á Juan de Quincozes de la Llana, que juntos luego en su Ayuntamiento, elijieron por primeros Alcaldes ordinarios á Diego de Losada, y Damian del Barrio; y por Procurador jeneral á Pedro Suarez del Castillo.

El sitio donde Villegas hizo la fundacion de esta ciudad fué donde hoy llaman el Tejar; pero experimentados despues por sus vecinos algunos inconvenientes en tiempo del Gobernador Manzanedo, la mudaron á la parte en que al presente permanece, doce leguas al Leste del Tocuyo, en unas sabanas altas, alegres, y descombradas, de temperamento sano, aunque algo cálido; su cielo hermoso, pero sus aguas malas, gruesas, y desabridas; tendrá ciento y cincuenta vecinos que la habitan, antes mas que menos, y entre ellos caballeros de ilustres, y conocidas prosapias: sus naturales son de agudos, y claros entendimientos, cortesanos con política, y afables con urbanidad: pudieran ser muy ricos, si supieran aprovecharse en los caudales, por las gruesas haciendas de

cacao que tienen en sus valles, á cuyo trato ocurren muchos forasteros, y mercaderes de las provincias vecinas; pero la continuacion de su desprecio es causa de que siempre se hallen empeñados: goza esta ciudad el título de muy Noble, y Leal con que la honró la majestad de Felipe segundo el año de quinientos y noventa y dos, cuya merced confirmó el señor D. Carlos segundo el de seiscientos y ochenta y siete; y se gloría con razon de contar entre sus hijos al ilustrísimo señor D. Fray Gaspar de Villarroel, Arzobispo de las Charcas, lustre honroso de su patria, y honor esclarecido de la América; ademas de su iglesia parroquial en que administran dos curas, sustenta un convento del órden de S. Francisco con cuatro, ó seis relijiosos, y un hospital, donde la caridad de los vecinos se ejercita en la piadosa asistencia de los enfermos.

No eran de tan poco provecho las minas de S. Felipe para los vecinos de la nueva ciudad de Segovia, que no fuesen experimentando con ellas aumento conocido en sus caudales, y animados con el interes que ya gozaban, tuvieron disposicion para poner mas de ochenta negros esclavos, que acompañados de algunos indios de las encomiendas, trabajasen en el beneficio de los metales al cuidado de los mineros españoles, que con título de Mayordomos asistian á la labor; y como cierto dia, ya por el año de cincuenta y tres, (a) uno de estos mineros quisiese castigar un negro llamado Miguel, esclavo de Pedro del Bar-

(a) Año 1553.

rio, tan ladino en la lengua castellana, como resabiado en sus maldades, viendo que lo querian amarrar para azotarlo, huyendo el rigor de aquel suplicio, arrebató una espada, que acaso encontró á la mano, y procurando con ella defenderse, armó tal alboroto, que tuvo lugar entre la confusion de cojer la puerta, y retirándose al monte salia de noche, y comunicándose á escondidas con los demas negros, que trabajaban en las minas, procuraba persuadirlos á que sacudiendo el yugo de la esclavitud, restaurasen la libertad de que los tenia despojados la tiranía española; y aunque los mas despreciando las instancias de tan mal consejo, proseguian en su trabajo, sin darse por entendidos, pudo tanto la continuacion de su persuasiva instancia, que reduxo hasta veinte de ellos á que le siguiesen en su fuga, con los cuales dió una noche de repente sobre el real de las Minas, y matando con el furor del primer ímpetu algunos de los mineros, aprisionó los demas, para que fuese mas prolongado su martirio, pues quitó la vida con cruelísimos tormentos á todos aquellos de quien él, y sus compañeros (ó por haberlos azotado, ó por otros motivos) se hallaban ofendidos, y á los otros dió luego la libertad, quedando tan soberbio y arrogante, que les mandó fuesen á la ciudad, y de su parte advirtiesen á los vecinos, le aguardasen prevenidos, porque esperaba en breve pasar á coronar con la muerte de todos su victoria; y queria fuese mas plausible, con la gloria de haberlos avisado.

A la fama de este suceso, y á las continuas persuasiones con que Miguel instaba á los demas ne-

gros, é indios Ladinos le siguiesen, esperando conseguir la libertad á la sombra de su fortuna, se le fueron agregando poco á poco todos los mas que trabajaban en las minas, de suerte, que se halló en breve con ciento y ochenta compañeros, con los cuales se retiró á lo mas interior de la montaña, y en el sitio que le pareció mas aproposito, debajo de fuertes palizadas, y trincheras, edificó un pueblo razonable, para establecer en él su tiranía, donde viéndose temido, y respetado de su jente, mudó la sujecion en vasallaje, haciéndose aclamar por rey, y coronar por reyna á una negra, llamada Guiomar, en quien tenia un hijo pequeño, que porque tambien entrase en parte de aquella monarquia fantastica, y fuese personaje de la farsa, fué luego jurado por príncipe heredero de los delirios del padre; y desvanecido Miguel con los aplausos de la majestad, para que la ostentacion del porte correspondiese con la autoridad del puesto, formó casa real que le siguiese, criando todos aquellos Oficiales, y Ministros que tenia noticia servian en los palacios de los reyes; y porque su jurisdiccion no quedase señida al dominio temporal, nombró tambien Obispo, escojiendo para la dignidad á uno de los negros, que le pareció mas digno, y que en la realidad tenia derecho á pretenderla, y lo mas andado para conseguirla, pues por sus muchas letradurias, cuando trabajaba en las minas, lo llamaban todos el canónigo: quien luego que se vió electo, atendiendo como buen pastor al bien espiritual de su negro rebaño, levantó iglesia, en que celebraba todos los dias misa de pontifical, y predica-

ba á sus ovejas los desatinos que le dictaba su incapacidad, y producia su ignorancia.

Dispuesto por Miguel todo lo que le pareció mas necesario para el mejor gobierno de su nueva república, y prevenido de arcos, y flechas para los indios, y de lanzas, que labró de los almocafres para los negros; con algunas espadas, que pudo recojer su dilijencia, por no gastar el tiempo solo en las delicias de su corte, sacó su jente á campaña, y animándola con una exhortacion muy dilatada, para que llevando adelante lo que tenian principiado, asegurasen con el valor la libertad perdida, marchó para la nueva Segovia con fija esperanza de destruirla, sin mas órden militar en sus escuadras, que fiar los aciertos de su empresa á los horrores de una noche obscura, entre cuyas tinieblas, llegando á la ciudad sin ser sentido, la acometió á un tiempo por dos partes pegando fuego á diferentes casas; y aunque en la confusion de aquel asalto repentino mataron á un sacerdote, llamado Toribio Ruiz, y otros dos ó tres vecinos, los demas que pudieron con la priesa prevenirse, echando mano á las armas, juntos en un cuerpo hasta en número de cuarenta, hicieron cara á los negros, embistiéndoles con tanta resolucion, que matando á algunos, é hiriendo á muchos, los obligaron á volver con apresurado paso las espaldas, hasta que amparados al abrigo de un cercano monte hicieron alto, y reparándose los nuestros con recato, no quisieron pasar mas adelante, por no exponerse á continjencia de malograr la victoria con algun accidente no pensado en el engaño de alguna emboscada prevenida.

Jamas se persuadieron los vecinos de la nueva Segovia á que el atrevimiento de Miguel pasase á tanto, que tuviese osadia de acometer la ciudad, aunque lo habia prometido, y el no haber hecho caso de su amenaza fué la causa para que los cojiese descuidados; pero desengañados ya con la experiencia, conocieron era preciso acudir con tiempo al castigo para extinguir aquella rebelion, antes que con la tardanza se hiciese impracticable el remedio; y no atreviéndose á ejecutarlo por si solos, luego que amaneció dieron aviso al Tocuyo de lo sucedido aquella noche, y del riesgo que amenazaba á todos, para que enviándoles socorros pudiesen con mas seguridad salir al alcance de los negros: demanda á que correspondieron con tanta puntualidad los del Tocuyo, que juntando sin dilacion la jente que se hallaba en la ciudad, la despacharon cometida á Diego de Losada, á quien por su mucha experiencia militar, y conocido valor, nombraron tambien los de la nueva Segovia por cabo de la suya, é incorporando una con otra, salió tan aceleradamente siguiendo el rastro de los negros, que antes que Miguel tuviese noticia de su entrada se halló sobre las palizadas de su pueblo.

No desmayaron los negros, aunque se vieron acometidos de repente, pues siguiendo á su rey, que con la voz, y el ejemplo los animaba á la defensa, hicieron bien dudoso el vencimiento, por el teson con que peleaban obstinados, hasta que rendido Miguel al golpe de dos heridas, acabó con su muerte el valor de sus soldados, pues perdido el aliento al verse sin caudillo, empezaron á retirarse temerosos, dando lugar á

los nuestros, para que matando á unos, y aprisionando á otros, pusiesen fin con el desbarato de todos á aquella sublevacion, que tanto llegó á temerse, por haberla despreciado en sus principios; y terminando en trajedia las que fueron majestades de farsa, volvieron la reina Guiomar, y el príncipe su hijo á experimentar en su antigua esclavitud las mudanzas de su varia fortuna, pues se hallaron en la cadena abatidos, cuando se juzgaban en el trono elevados.

CAPITULO IX.

LEVANTANSE LOS INDIOS JIRAHARAS: viene por Gobernador el Licenciado Villacinda; y aunque procura sujetarlos, no lo consigue: entra Alonso Diaz á Tacarigua, y funda la ciudad de Valencia.

FENECIDA la rebelion de los negros con la muerte de su rey Miguel, bien pensaron los vecinos de la nueva Segovia quedarse sin embarazo que les pudiese estorbar el beneficio de sus minas, en cuyo interes tenian afianzada la conveniencia para su manutencion; pero no bien se extinguió aquel fuego, cuando brotó otra llama, cuyo incendio por setenta y cuatro años continuos, con repetidas muertes, insultos, y calamidades, abrasó la provincia de calidad, que imposibilitada á los principios la labor, y perdida despues con el tiempo la memoria de la parte donde estaban los veneros, quedaron hasta el dia de hoy privados de

la utilidad de sus metales; orijinándose esta desventura de la inquietud de los indios Jiraharas, nacion tan valiente, como altiva, que tenia su habitacion en la provincia de Nirgua, inmediata al asiento de las minas, que movidos del ejemplar nocibo de los negros, ó temerosos de que la riqueza que buscaban los españoles se habian de conseguir á costa de su personal trabajo, tomaron con tanto empeño el embarazar la ocasion, que podia ser motivo de su servidumbre, que convocándose armados, dieron repetidos asaltos á las minas, de suerte, que amedrentada la jente que asistia á su beneficio, no atreviéndose á mantener mas el Real, lo desampararon de una vez, retirándose á vivir á la ciudad, aunque con el desconsuelo de ser inevitable la pobreza que habia de seguirse á todos; hasta que por el año de cincuenta y cuatro (a) llegó á Coro el Licenciado Villacinda, Gobernador nombrado por la Princesa Doña Juana, que por ausencia del Emperador, su padre, gobernaba á España; y habiéndose detenido allí muy pocos dias, pasó al Tocuyo, y nueva Segovia, donde informado por sus vecinos de lo sucedido con Miguel, y del presente peligro en que se hallaban con el alzamiento de los indios, determinó, con parecer de ambos cabildos, que para el pronto remedio de aquel daño, y que pudiesen labrarse las minas con seguro, se poblase en ellas una villa de españoles, pues habia bastante distrito para su jurisdiccion, sin perjudicar los términos concedidos á la nueva Segovia, repartiendo entre las personas que

(a) Año de 1554.

se avecindasen en ella los indios encomendados, que estaban en el contorno, para cuyo efecto hicieron dejacion de ellos los dueños propietarios, que los gozaban en feudo.

Determinada, pues, por conveniente esta resolucion, nombró el Gobernador por cabo para que la ejecutase al Capitan Diego de Montes, hombre célebre en aquellos tiempos, asi por su grande experiencia militar, como por el raro conocimiento que tenia de las yerbas saludables, y particular gracia con que curaba las heridas de flechas envenenadas, aplicando los antídotos segun reconocia la cualidad de los tósigos: prendas, que unidas con otras muy singulares que lo adornaban, le adquirieron despues el nombre de venerable, como tenemos ya referido en otra parte; y armado con cuarenta hombres escojidos, encaminó su marcha al rio de Buria, ahorcando, y empalando en el camino cuantos indios pudo cojer de los rebeldes, asi por vengar las muertes, que habian hecho en algunos españoles, como por atemorizar el pais con el rigor, para que á vista del castigo pudiese tener lugar el escarmiento; hasta que reconocida la comarca, y examinado el terreno, buscando el sitio mas acomodado para hacer la poblacion, le pareció el mas apropósito á las riveras de un rio, que muy cercano á las minas corria, atravesando por la hermosura de un vistoso palmar, donde, en conformidad del órden que llevaba, fundó una villa, que intituló de las Palmas; pero engañado con la vana presuncion de su confianza, y persuadido á que los indios Jiraharas no tendrian atrevimiento para intentar novedades, con mas anticipa-

cion de la que requeria el estado de la nueva villa para asegurar su permanencia, la dejó encomendada á los Alcaldes, y se volvió para el Tocuyo; y como en su compañia salieron tambien algunos, que eran vecinos de la nueva Segovia, y volvian para sus casas, fueron tan pocos los que quedaron, que teniendo noticia poco despues de que los indios trataban de acometerlos en la misma poblacion, no atreviéndose á esperarlos, por la mala disposicion con que se hallaban para su defensa, abandonaron la villa, retirándose todos á la nueva Segovia.

Este accidente fué de grande desconsuelo para el Gobernador Villacinda, por ver con tanta facilidad frustrada toda su aplicacion y dilijencia, y malograda la esperanza que siempre tuvo, de que sujetos los indios con la fundacion de aquella villa, volveria á quedar corriente el beneficio de las minas; pero como faltando estas se hallaban los vecinos sin remedio, por no tener otra cosa de que poder mantenerse, el año siguiente de cincuenta y cinco (a) dispusieron segunda entrada, para la pacificacion de los rebeldes, al cargo de Diego de Paradas, natural de Almendralejo en la Estremadura, uno de los treinta y nueve españoles, que acompañaron á Felipe de Utre en la memorable batalla que tuvo con los Omeguas; quien con treinta y cinco hombres bien armados salió de la nueva Segovia á poner en ejecucion la dilijencia; y habiendo corrido primero todo el pais enemigo, haciendo diferentes castigos en los indios, persuadido tam-

(a) Año de 1555.

bien como Diego de Montes á que seria bastante aquella demostracion, para que temerosos los rebeldes no intentasen volver á tomar las armas, pobló segunda vez la villa quitándola el título de las Palmas, y poniéndola el de Nirgua, por haberla fundado á las riveras del rio de este nombre, de quien le toma toda la provincia; pero aunque mudó de sitio para su poblacion, no mejoró de fortuna para su consistencia, pues solo pudieron permanecer en ella sus vecinos el tiempo que duró la estacion apacible del verano; porque logrando los indios despues la ocasion de las continuas aguas del invierno, cuya molestia embarazaba á los españoles para poder salir á correr la tierra, y buscar bastimentos para su manutencion, bloquearon la villa, acometiéndola sin cesar á todas horas; de suerte, que aunque procuraron sus moradores defenderla con valor, viendo era imposible faltos de víveres, contra el porfiado teson de tan molesto enemigo, abandonaron la villa, dejándola despoblada.

Noticioso al mismo tiempo el Gobernador Villacinda de la abundancia de indios que habia en la comarca de la laguna de Tacarigua, y la conveniencia que ofrecia la hermosura, y fertilidad de su terreno para poder poblar en ella una ciudad, y animado aun mas con la esperanza de que sujeto, y reducido aquel contorno podria servir de escala para emprender con mas facilidad la conquista de los Carácas, que intentaba ejecutar; juntó el mayor número que pudo de soldados de las tres ciudades de Coro, Tocuyo, y nueva Segovia, y nombrando por cabo á Alonso Diaz Moreno, vecino que entónces era de la

Borburata, lo despachó con órden de que pablase una ciudad en las cercanias de la laguna; dilijencia en que puso tanto cuidado Alonso Diaz, que aunque los indios procuraron estorbarla á fuerza de sus armas, vencidos siempre, y desbaratados por el valor de Alonso Diaz, dieron lugar á que atravesada la provincia, y reconocido el mejor sitio, fundase el mismo año de cincuenta y cinco la ciudad de la nueva Valencia del Rey (a) en un hermoso llano, á siete leguas distante del puerto de la Borburata, y poco mas de media de la laguna de Tacarigua, donde se conserva hasta hoy con una iglesia parroquial, rica de rentas, por la gruesa parte que le toca del noveno y medio de los diezmos, y un convento del órden de S. Francisco, con situacion muy corta aun para la manutencion de dos ó tres relijiosos. Pudiera ser ciudad muy opulenta, por las muchas conveniencias de que goza, si no hubiera padecido el infortunio de haberla quemado unos corsarios franceses, que el año de seiscientos y setenta y siete entraron á saquearla, y si la cercania de la ciudad de Carácas no la hubiera arrastrado mucha parte de lo mas granado de su vecindad: contratiempos, que juntos con la suma inutilidad, y poca aplicacion de sus moradores son causa fundamental de la gran diminucion que experimenta.

(a) Ciudad de Valencia.

CAPITULO X.

TIENE NOTICIA FRANCISCO FAJARDO DE la provincia de Carácas, é intenta su descubrimiento: entra en los Cuicas Diego García de Paredes, y puebla la ciudad de Trujillo.

VIVIA por este tiempo en la isla de la Margarita (de donde era natural) Franciso Fajardo, hijo de un hombre noble, de su mismo nombre y apellido, y Doña Isabel, india Cacica de la nacion Guaiqueri; era Doña Isabel nieta de un Cacique, llamado Charayma; del valle de Maya en la provincia de Carácas, nombre con que (por una nacion asi llamada, que habitaba parte de su costa) fué conocida desde el principio de su descubrimiento aquella parte de tierra, que con veinte leguas de latitud de Norte á Sur, ocupa cuarenta de lonjitud, corriendo desde la Borburata para el Leste, compreendida en los límites de la Gobernacion de Venezuela; era habitada esta provincia en aquel tiempo de innumerable multitud de bárbaros de las naciones Carácas, Tarmas, Taramaynas, Chagaragatos, Teques, Meregotos, Mariches, Arvacos, y Quiriquires, que poblaban separados la hermosa capacidad de su distancia. Y como Francisco Fajardo en distintas ocasiones oyese ponderar á Doña Isabel, su madre, (por la tradicion que tenia de sus abuelos) asi esta diversidad de naciones, como la fertilidad del terreno, la benignidad del clima, lo apacible del temperamento, la ri-

queza de las quebradas, y las demas excelencias singulares con que adornó naturaleza esta provincia; siendo él hombre de espíritus elevados, de un corazon magnánimo, y de una sagacidad imponderable, dió en discurrir, que le abria puerta la ocasion para colocarlo en superior fortuna, si llegando á descubrirla conseguia la dicha de poblarla. Comunicó sus deseos con Doña Isabel, su madre; y aunque, como mujer prudente conoció las dificultades que traia consigo resolucion tan temeraria, sin embargo, movida con la esperanza de los ascensos del hijo, no solo aprobó el dictámen, pero le instó á que cuanto antes ejecutase su intento.

Determinado, pues, Fajardo á poner en planta sus deseos, quiso conseguir con maña, lo que por sus cortos medios no le era posible con la fuerza; y animado de la propiedad con que hablaba todas las lenguas de la costa, dejando las resultas del suceso por cuenta de la fortuna, salió de la Margarita por el mes de Abril del año de cincuenta y cinco en dos piraguas, llevando en su compañia á Alonso Carreño, Juan Carreño y Pedro Fernandez, todos tres naturales de la misma isla, (los dos primeros hermanos suyos de madre) y con veinte indios, vasallos de Doña Isabel, y algunos pocos rescates, atravesó la corta distancia que hay de la Margarita á Tierra firme, y costeando la provincia de Cumaná, doblado el cabo de Codera, llegó á tomar puerto al rio de Chuspa, primer paraje de la tierra que buscaba para su descubrimiento.

Con la noticia de su arribo, movidos de la no-

vedad, por ver la jente extranjera, bajaron luego á la playa acompañados de cien indios, los Caciques Sacama, y Niscoto, señores de aquel pais, á quienes Fajardo, hablándoles en su idioma con aquella gracia natural de que le habia dotado el cielo, les dió á entender, que el motivo de su viaje era solo el deseo de su amistad, y la conveniencia de ajustar con ellos trato, si para poderlo hacer le permitiesen licencia. Aficionados se mostraron los Caciques al cariñoso agrado con que les habló Fajardo, y dándole seguridad para el desembarque, saltó en tierra con la cautela que pedia la ocasion en que se hallaba, donde rescatando algunas joyas, y chagualas de oro, hamaças, y bastimentos, fué tratado de sus huéspedes por espacio de tres dias con amor, y regalo, dejando con la comunicacion afianzada para adelante la amistad; y hecha despues la misma dilijencia con el Cacique Guaimacuare, que vivia dos leguas mas abajo, pasó en busca de Naiguatá, el mas poderoso señor, que habitaba aquellas costas, tio de Doña Isabel su madre, porque era hijo de un hermano de su abuelo Charayma, en quien halló Fajardo el mismo agasajo, y hospedaje, que habiá experimentado en los demas; y despues que con el trato de algunos dias tenia la comunicacion enjendrada familiaridad entre los dos, reconociendo Fajardo, que las muestras que descubria en la tierra correspondian en todo á las noticias que lo habian empeñado en su descubrimiento, pareciéndole ya tiempo de poner en práctica la máxima en que fundaba el conseguirlo, se declaró por Naiguatá, descubriéndole quien era: causa, para que asi el Cacique, como los demas

indios, por razon del parentezco le cobrasen tal amor, que dueño de la voluntad de todos, no se disponia cosa en los pueblos, que no fuese medida por las reglas de su arbitrio; y valiéndose de esta ocasion, como era de jenio pronto, y entendimiento muy vivo, tuvo arte para trabar correspondencia, y amistad con los caciques, que habitaban la tierra adentro de la otra parte de la serranía, por cuyo medio se hizo capaz con entera compreension de cuanto encerraba, y contenia toda la provincia en sí, hasta que pareciéndole habia ya conseguido en este viaje todo lo que necesitaba para el mas acertado lógro de sus máximas, bien aprovechado con el interes de los rescates, y con harto sentimiento de los indios, dió la vuelta á la Margarita, habiendo consumido en este descubrimiento lo restante del año de cincuenta y cinco; y entrado el de cincuenta y seis (a) murió en la nueva Segovia el Gobernador Villacinda, dejando el Gobierno á los Alcaldes ordinarios de las ciudades, para que lo administrasen cada cual en la jurisdiccion de sus distritos.

Luego que falleció Villacinda, con la noticia que tenian los del Tocuyo de la provincia de los Cuicas, que demora al Poniente de su ciudad, y se extiende por mas de treinta leguas de tierra toda doblada, corriente de Norte á Sur desde las sierras de Merida, que llaman los páramos de Serrada, para la ciudad de Carora, trataron de aplicar todos los medios posibles para sujetarla, movidos de los intereses, que esperaban adquirir con su conquista; porque habiendo en-

(a) Año 1556.

trado en ella el año de cuarenta y nueve el Contador Diego Ruiz Vallejo de órden de Juan de Villegas á descubrir unas minas de oro, que se decia haber en el valle de Boconó, reconoció ser provincia pingüe, fértil de todo jénero de frutos, y muy abundante de algodon, que era lo que por entónces apetecian mas los del Tocuyo, por haberse aplicado á la labor de los lienzos de este jénero, que tejidos con primor, les servian de mercancía para traficarlos á otras partes donde tenian expendio, y estimacion.

Aprobada por los Alcaldes la determinacion de esta conquista, encomendaron la empresa á Diego García de Paredes, hijo natural del otro, que con sus arrestos asombró el mundo, quien huyendo de los incendios en que se abrasaba el Perú con las alteraciones de Gonzalo Pizarro, se habia retirado á esta Gobernacion, queriendo mas perder el premio de lo que habia servido en aquel reino, que ponerse á continjencia de que peligrase su lealtad entre los alborotos del paisano, á quien estimaba como amigo, y amaba como pariente; y llevados para la jornada setenta infantes, y una docena de caballos, con bastante número de indios Yanaconas, salió del Tocuyo, y marchó para los Cuicas, cuya provincia atravesó siempre al Poniente, buscando sitio acomodado para poder poblarse, sin que en la docilidad de aquella nacion pacífica encontrase oposicion, que pudiese embarazar el progreso de su marcha, hasta llegar á descubrir la populosa poblacion de Escuque, situada en un lugar eminente á las vertientes del caudaloso rio de Motatan, (que naciendo en la cumbre de los páramos de Me-

rida, corre á incorporar sus aguas con las de la gran laguna de Maracaibo) donde pareciéndole á Paredes paraje acomodado, por las conveniencias del sitio, fundó el mismo año de cincuenta y seis la ciudad de Trujillo, (a) honrando su nueva poblacion con el nombre de la que veneraba por madre en la Estremadura; y habiéndole nombrado justicia, y rejimiento para la ordinaria administracion de su Gobierno, y repartidos los indios de encomiendas entre sus pobladores, se volvió para el Tocuyo á dar cuenta de lo que dejaba obrado.

Con la ausencia de Paredes, faltos de superior, y de respeto algunos mozos, que habian quedado avecindados en la nueva ciudad, dejándose llevar de la inclinacion juvenil de sus pocos años, empezaron á abusar de la pacífica naturaleza de los indios, y corriendo desbaratados tras el torpe apetito de sus malos deseos, no contentos con robarles el corto omenaje de sus pobres alhajas, pasaron sin recato, ni temor á la obcenidad de aprovecharse de sus hijas, y mujeres, con tan poco miramiento, que no reusaban ejecutar operaciones tan feas, aunque fuese á la vista de los mismos ofendidos; y como no hay paciencia á quien no irrite la sinrazon de un agravio, no pudiendo sufrir los indios los que experimentaban repetidos, trocando la mansedumbre de su natural pacífico en un furor mas que bárbaro, tomaron las armas una tarde para buscar venganza á sus ofensas, y mataron cuantos españoles pudieron encontrar divertidos en los en-

---

(a) Ciudad de Trujillo.

tretenimientos de su lascivia escandalosa; pasando luego con numerosas tropas, que tenian prevenidas de toda la provincia, á poner estrecho cerco á la ciudad, (que habia dejado Paredes ceñida con un fuerte palenque de maderos) reduciendo á sus vecinos á tan conocido aprieto, que si no acudiera á socorrerlos con alguna jente de refresco el mismo D. Diego Garcia de Paredes (á quien habian avisado desde el principio de esta rebolucion) sin duda consiguieran los indios el intento de que no quedase español vivo; pero desbaratados los bárbaros con su llegada, aunque se vieron obligados á levantar el sitio, no fué bastante el descalabro que tuvieron en sus tropas para que perdiesen el coraje, ni disminuyese el rencor que habian cobrado contra la sinrazon española, pues reforzados de nuevos escuadrones, sin que les acobardase el temor de los muchos que morian, volvieron á repetir los asaltos con tan porfiada obstinacion, que hallándose ya Paredes con diez infantes menos, y otros muchos heridos, tuvo por imposible poderse mantener contra la fuerza de una inocencia ofendida; y mas cuando procurando reducirlos á concordia, con olvido de lo pasado, no proponia medio para la paz, que no fuese en los indios nuevo incentivo para continuar la guerra: y asi, dejando la pacificacion de aquella provincia para otra ocasion mas oportuna, valiéndose del silencio de la noche, y de la traza de dejar muchas lumbres encendidas, y algunos perros amarrados, para que oyéndolos ladrar no conociesen los indios la retirada, desamparó la ciudad, con gran porcion de ganados, que habian introducido los españoles, asi para su sustento,

como para el multiplico; y cojiendo la marcha á paso largo, sin que lo sintiesen los indios, se volvió para el Tocuyo ya en dias del año de cincuenta y siete. (a)

CAPITULO XI.

NOMBRA LA AUDIENCIA POR GOBERNAdor á Gutierrez de la Peña: entra Diego Romero á los Jiraharas: vuelve Fajardo á los Carácas: funda el pueblo del Rosario, y despues lo desampara.

SABIDA en Sto. Domingo la muerte del Licenciado Villacinda, nombró luego la Audiencia en su lugar por Gobernador interino á Gutierrez de la Peña; quien habiendo llegado á Coro muy á los principios del año de cincuenta y siete, recibido al ejercicio de su empleo, pasó sin detenerse á la ciudad del Tocuyo, donde con la noticia de su arribo ocurrieron los vecinos de la nueva Segovia á solicitar remedio para la restauracion de sus minas de S. Felipe de Buria, sin cuyo beneficio era imposible mantenerse, por no tener otra granjeria con que poder sustentarse; y hecha su representacion al Gobernador, deseando este concurrir por su parte á utilidad tan comun, despachó con cincuenta hombres á Diego Romero, para que aterrorizando á los indios Jiraharas con los castigos que pudiese obrar en ellos, poblase otra vez la villa, y á la

(a) Año de 1557.

sombra de este resguardo volviese á quedar corriente la labor de los metales.

Hízolo así Romero, y trasegada la provincia, ejecutando en los indios cuantas hostilidades le permitió la ocasion, teniendo por mas seguro el paraje mas cercano para la fundacion de la villa, la pobló en el mismo Real, que habia sido de las minas, con nombre de Villa-rica; pero despues, habiendo reconocido algunas incomodidades en la mala disposicion del sitio, en tiempo del Gobernador Pablo Collado la mudaron á las orillas del rio de Nirgua, con nombre de la nueva Jerez, donde solo pudo permanecer hasta el año de sesenta y ocho, en que ostigados sus vecinos de las hostilidades, y daños que recibian de los indios, se vieron obligados á despoblarla; y aunque el año siguiente de sesenta y nueve de órden del Gobernador Don Pedro Ponce de Leon la volvió á reedificar Juan de Mota, esperimentó en su poca consistencia los mismos contratiempos de su mala fortuna; hasta que el año de seiscientos y veinte y ocho (como referiremos en la segunda parte de esta historia) con jeneral esterminio de la nacion Jirahara, la pobló el Gobernador Don Juan de Meneses y Padilla en la parte donde hoy permanece, con el nombre de nuestra Señora de la Victoria del Prado de Talavera.

Dejamos á Francisco Fajardo en la isla de Margarita de vuelta del primer viaje que hizo á la costa de Carácas; y aunque animado con el buen principio que tuvo en su descubrimiento, deseó volver cuanto antes á proseguirlo: como sus fuerzas eran pocas para empresa tan ardua como la que pretendia, le fué preciso

detenerse, buscando forma para la prevencion de algunas cosas necesarias á la seguridad de sus intentos, hasta el año de cincuenta y siete, en que salió segunda vez de la Margarita, trayendo consigo á Doña Isabel, su madre, como prenda en quien tenia afianzada la esperanza de su dicha en las máximas de su idea; y acompañado de sus dos hermanos Juan Carreño y Alonso Carreño, de Pedro Fernandez, Martin de Jaen, Francisco de Caceres, y Cortés Richo, este de nacion Portugues, y los otros naturales todos de la Margarita; cien indios Guaiqueries, vasallos de su madre; algunas armas, y rescates, que fué cuanto pudo prevenir con el limitado posible de sus cortos medios, atravesó á la tierra Firme, si bien considerando que era muy poco el número de jente que traia para poder poblar como deseaba, sin querer pasar por entónces á la costa de Carácas, se quedó en el puerto de Píritu, treinta leguas mas á barlovento, de cuyo territorio eran caciques dos indios, ya cristianos, que aficionados á la nacion española, asistiendo en la isla de Cubagua al trato de las perlas, habian recibido el bautismo, y se llamaban Don Alonso Coyegua, y Don Juan Caballo, con quienes tenia Fajardo estrecha correspondencia, y amistad, y con el motivo de visitarlos quiso hacer escala en aquel puerto, donde gozando del regalo con que lo festejaron los caciques se detuvo algunos dias, logrando por este medio adquirir otros cinco compañeros, que fueron Juan de San Juan, de nacion vizcaino, Abrahan de Ese, flamenco, Francisco de Robles, Juan de Burgos, y Gaspar Tomas, que por accidentes del mar, derrotados de Maracapana, llegaron en una piragua á aquella costa.

Viéndose ya Fajardo con once españoles que le seguian, determinados á no desampararlo en cualquier lance de su fortuna, cobró nuevo aliento para proseguir en la resolucion de la conquista, que tenia premeditada, y por no dilatar mas el emprenderla, salió de Piritu, llevando consigo al Cacique D. Juan Caballo, que con cien indios de sus vasallos quiso mostrar la fineza de su amistad acompañándole; y doblado el cabo de Codera, llegó á tomar tierra un poco mas á Sotavento del puerto de Chuspa, en el sitio que llaman el Panecillo, donde con la noticia de su arribo concurrieron luego á visitarle los caciques Paisana, y Guaimacuare, y otros circunvecinos de la costa; porque era tal el dominio que habia adquirido Fajardo sobre todos, asi por la gracia natural de conciliar voluntades con que le habia adornado el cielo, como por la perfeccion con que hablaba cualquier lengua de los indios, y lo principal por los respetos de su madre, á quien veneraban por Cacica de su nacion, que donde quiera que él estaba no se movia cosa entre los indios, que no fuese á la disposicion de su alvedrio; y como en esta ocasion llevaba á Doña Isabel consigo, creció tanto el amor con su presencia, que luego que la vieron los Caciques la pidieron con instancia, se quedase á vivir con ellos, ofreciéndola, para obligarla mas todo el valle del Panecillo, para que pudiese tener en él sus labranzas, y asistencia.

Este era el fin á que siempre habia tirado Fajardo en sus discursos, y la máxima en que tenia fundada la esperanza de conseguir sus intentos, y viéndola ya lograda conforme la habia pensado, aceptó sin repugnan-

cia la oferta de los *Caciques*; pero como él se habia introducido en este descubrimiento por sí solo, sin tener mas jurisdiccion, que la que se habia adquirido de su propia autoridad; hallándose ya en estado que le precisaba á poblar, para afianzar en aquel principio los medios de su conquista, no se atrevió á pasar mas adelante sin tener el consentimiento del Gobernador de esta provincia, á quien (por estar entre los límites de su distrito) tocaba el concederle el permiso, y darle la facultad; y asi para conseguirlo, dejando en el Panecillo entretenida su jente en levantar algunas casas de paja en que poder alojarse, se metió en una piragua con solos dos compañeros, y algunos indios de boga, y tiró la costa abajo, navegando las cuarenta leguas que hay hasta el puerto de la Borburata, á cuya jurisdiccion pertenecia por entónces toda aquella costa, por ser la ciudad que estaba poblada mas á barlovento en esta Gobernacion; y habiendo dado cuenta á su Cabildo de lo que dejaba obrado, pasó á buscar al Gobernador Gutierrez de la Peña, á quien halló en el Tocuyo, y comunicada con él su pretencion, tuvo tan buena fortuna en su despacho, que consiguió le diese título, para que en su nombre pudiese gobernar toda la costa, desde la Borburata hasta Maracapana, con poder, y facultad para poblar todas las villas y lugares, que le pareciesen convenientes, para asegurar mejor lo que fuese conquistando.

Satisfecho Fajardo de haber negociado con el Gobernador cuanto pudo imajinar el deseo, volvió para la Borburata, y de allí al Panecillo, en demanda de su jente, que cuidadosa con su ausencia, vivia con temor

de su tardanza; y hallando perfeccionadas las casas, que dejó puestas en obra al tiempo de su partida, en virtud de los poderes que traia de Gutierrez de la Peña, luego que llegó fundó una villa en la misma rancheria, con título del Rosario, si bien con tan poco número de vecinos, como él tenia de soldados; pero aunque esta poblacion á los principios fué muy del agrado de los indios, por la aficion que con el trato habian cobrado á los nuestros, despues empezando á experimentar algunas biejaciones en el violento proceder de los soldados, empezó tambien á resfriarse aquel amor con que habian deseado tener en su compañia á Fajardo; y creciendo las molestias con descaro al paso que los indios las toleraban con disimulo, llegaron á apurar tanto el sufrimiento, que arrepentidos de haber buscado por su mano los daños que padecian con la amistad española, se resolvieron á remediar con las armas el yerro de su imprudencia. Y aunque en la junta que hicieron los Caciques para disponer el modo, fué de parecer Guaimacuare, que antes de llegar á rompimiento se usase de los medios que permite la cordura, pues siendo el fin librarse de la opresion que padecian, podia lograrse el intento, sin que fuese necesaria la violencia, requiriendo á Fajardo en amistad desamparase la villa, y se retirase á la Margarita con su jente, pues habiéndola poblado con consentimiento de ellos, se quejaria con razon, de que faltándole á la fe prometida en el permiso, se hallaba acometido de las armas antes de saber la causa que obligaba á tal mudanza; sin embargo el Cacique Paisana, ó por ser de natural mas altivo, ó porque se sentia el mas agraviado de la mala

correspondencia de los nuestros, sin admitir lugar para la espera determinó se pasase luego á la venganza; sobre que altercando Guaimacuare por defender su opinion, se llegaron á trabar de suerte, que echando mano á las macanas hubiera de parar en desafio, si el Señor de Carvao no entrara de por medio á componerlos.

No se le ocultó á Fajardo la junta de los Caciques, ni la resolucion que habian tomado (persuadidos de Paisana) de lanzarlo á fuerza de armas, porque Guaimacuare haciendo punto de conservar su amistad, le avisó luego de todo, para que disponiéndose á la defensa, se hallase prevenido en la expugnacion que le esperaba; y asi, sin perder tiempo en los reparos, retirándose lo mas que pudo hácia la orilla del mar para tener seguras las espaldas en el flujo y reflujo de sus olas, fortaleció el recinto de su pueblo, cercándolo con dobles estacadas; y fiando la centinela á buenas guardias, esperó el acometimiento de los indios, que capitaneados de la arrogancia de Paisana, no tardaron muchos dias sin amanecer una mañana á vista de la villa; y entre el estruendo de aquella voceria, que usan en semejantes ocasiones, lo mismo fué llegar, que acometerla con tanto denuedo, y desahogo, que intentaron rendir las palizadas; pero aunque pocos, tenia Fajardo tan bien dispuestos sus soldados, y repartidos los indios, asi Guaiqueries, que trajo de la Margarita, como Píritus, que le dió D. Juan Caballo, que abrigados de la estacada, y sirviéndoles de troneras las juntas de los maderos, los unos con las espadas, y los otros con las flechas hicieron tan considerable mortandad en las tropas de Paisana, que se vió obligado á desistir del asal-

to; pero como el odio concebido contra los nuestros ardia implacable en el corazon de aquel bárbaro, no fué bastante el menoscabo de sus huestes para que mitigase su violencia; antes enfurecido mas por la defensa, trató de apretar el sitio para rendir la villa por asedio, valiéndose al mismo tiempo de la traicion de emponzoñar las aguas de unos pozos, donde bebian los cercados, para que faltos de aquel recurso tan preciso, no les quedase esperanza en que afianzar el escape.

Bien quisiera Fajardo, á vista de tanto riesgo, desamparar la villa, y retirarse; pero como precisamente lo habia de ejecutar por el mar, se halló imposibilitado de poderlo practicar por falta de embarcaciones, pues maltratadas sus piraguas de los rigores del sol, y humedad de las mares, necesitaban de una carena de firme para poder navegar; y asi, en el ínterin que conseguia componerlas, por no estar ocioso con las armas, y quebrantar un poco la altivez del enemigo, determinó acometerlos en su mismo alojamiento, fiando á los accidentes de un encuentro los sucesos de su fortuna; y dejando dentro de los reparos de su fortificacion solos veinte indios para el seguro, y escolta de Doña Isabel, su madre, dividida la demas jente en dos escuadras, una que habia de gobernar él, compuesta de sus once compañeros, y los indios Píritus del Cacique D. Juan Caballo; y la otra solo de los Guaiqueries de la Margarita, capitaneados de Diego Guerra, indio valiente, y arriscado, salió del recinto de sus palizadas en el silencio de una noche obscura á tan buena coyuntura, y ocasion tan acomodada, que hallando dormido todo el campo de Paisana, tuvieron lugar cada escuadra por su parte de

ensangrentar bien las manos, poniendo en confusion, y desbarató el ejército enemigo, pues aunque recobrados los indios del susto que causó la mortandad de aquel primer avance, se portaron tan valerosamente, que obligaron á Fajardo á retirarse á la villa; quedaron tan quebrantados con la muerte de sus mas valientes guerreros; que no atreviéndose Paisana á esperar segundo acometimiento, levantó el sitio aquella misma noche, poniendo en salvo las reliquias de su ejército deshecho.

Libre Fajardo del aprieto en que se habia visto con el cerco, trató de componer cuanto antes sus piraguas para retirarse á la Margarita, asi por dar lugar á que pasase aquella tempestad, y conmocion furiosa de los indios, y poder despues en tiempo mas oportuno proseguir en su conquista, como porque habiéndose inficionado las aguas de los pozos con el veneno que les echó Paisana, eran muchas las enfermedades que la corrupcion habia causado en su jente, de que morian repentinamente algunos de los Guaiqueries, y Piritus, siéndole lo mas sencible haber fallecido tambien del mismo modo su madre Doña Isabel, pérdida para Fajardo de considerable consecuencia, por ser en coyuntura tan urjente: motivos, que juntos todos, le obligaban á acelerar con mas priesa su partida; pero estando para ejecutarla, recibió una embajada de Paisana, en que manifestando arrepentimiento de lo obrado, le pedia licencia para venirlo á ver; y concedida libremente por Fajardo, sin que precediese mas seguridad, que la confianza en su palabra, entró en la villa, acompañado de otros sesenta Gandules, á tiempo que el Cacique Guaimacuare envió á prevenir á Fajardo estuviese

con cuidado, sin fiarse de la simulacion, y cautela de Paisana, porque el fin á que tiraba con aquellos finjimientos solo era á buscar oportunidad para matarlos; cuyo aviso alteró tanto á Fajardo, que sin aguardar á mas prendió á Paisana, y todos sus compañeros, y sin otra justificacion, que la que dictó su cólera, faltando á la pública fe de su palabra, lo ahorcó de la cumbrera de la casa, pasando por el rigor de semejante injusticia otros diez indios, los que le parecieron mas principales de los que trajo consigo: accion indigna de un corazon magnánimo! y que amancilló mucho la fama de Fajardo, pues para tan cruel violencia nunca pudo hallar razon que pasase por disculpa; y teniendo aquel castigo por bastante satisfaccion para su enojo, poniendo en libertad los demas indios que tenia aprisionados, recojió su jente á las piraguas, y dándose á la vela, volvió á la Margarita por fines del año de cincuenta y ocho, (a) y cuasi al mismo tiempo murió en Coro el Sr. Obispo D. Jerónimo Ballesteros, en cuyo lugar presentó su majestad para esta Sede al Sr. D. Fray Pedro de Agreda, relijioso Dominico, (b) siendo catedrático en el colejio de S. Gregorio de Valladolid; y aunque su venida á esta provincia se dilató hasta el año de sesenta, nos ha parecido anticipar la noticia en el año de su presentacion, por si acaso despues no hubiere oportunidad de referirla.

(a) Año de 1558. (b) Jil Gonz. The. Ecl.

CAPITULO XII.

PUEBLA FRANCISCO RUIZ EN LOS CUICAS á Miravel: viene por Gobernador Pablo Collado: restituye la conquista á Diego de Paredes, quien reedifica la ciudad de Trujillo.

Enterado el Gobernador Gutierrez de la Peña de lo sucedido en la provincia de los Cuicas, y de las causas que precedieron para la desolacion de la nueva Trujillo, al mismo tiempo que se hallaba informado de la gran fertilidad de aquel terreno, la abundancia de naturales que lo habitaban, y el mucho jugo que se podia sacar de pais tan pingüe, tuvo por acertado no dejar de la mano su conquista, á que instaban con esfuerzo los del Tocuyo, por el interes que se prometian de la saca de algodon para la fábrica de lienzos, que habian tomado por granjeria para su trato; pero como quiera que entre el Gobernador, y Diego Garcia de Paredes habia habido en otros tiempos alguna enemistad, y oposicion, de que aun duraban calientes las cenizas, determinado á que se volviese á hacer segunda entrada, no quiso encomendársela á Paredes, y con público desaire de las prendas y servicios de un hombre de tantos méritos, nombró por cabo á Francisco Ruiz, vecino del Tocuyo; quien llevando en su compañía á Alonso Pacheco, Francisco Graterol, Bartolomé Escoto, Alonso Andrea de Ledesma, Tomé de Ledesma, su hermano, Sancho Briceño, Gonzalo Osorio, Francisco Infante, Francisco de la Bastida, Jerónimo de Carmona, Gaspar

Cornieles, Diego de la Peña, Juan de Segovia, Lucas Mejía, Agustin de la Peña, Pedro Gomez Carrillo, Luis de Villegas, Juan de Aguirre, Francisco Ruiz, Juan de Baena, Francisco Moreno, Gaspar de Lizana, Lope de Encira, Luis de Castro, Juan Benitez, Francisco Teran, Andrés de San Juan, Vicente Riveros, Juan de Miranda, Rodrigo Castaño, Francisco Jarana, Pedro Garcia Carrasco, Luis Quebradas, Juan de Bonilla, Hernan Velazquez, Francisco Palacios, Pedro Gonzalez de Santacruz, Juan de Miranda, Esteban de Viana, Gregorio Garcia, y otros, hasta el número de ochenta, los mas de los que habian entrado con Paredes, tomó la vuelta de los Cuicas, penetrando su provincia hasta el valle de Boconó, donde hizo alto, con fin de componer las armas, y labrar escaupiles, por haber reconocido la inquietud qué su entrada habia causado en los indios, y la altivez con que se hallaban despues que obligaron á Paredes á despoblar á Trujillo.

Al mismo tiempo que Francisco Ruiz salió del Tocuyo á esta conquista, salió tambien de la ciudad de Merida (recien poblada por Juan Suarez) Juan Maldonado, encomendado de la misma provincia de los Cuicas, y atravesadas las sierras Nevadas con la fatiga que le fué precisa para tolerar sus hielos, llegó al último valle del pais, que ocupan los Timotes, donde acuarteló su jente, y dejándola en sitio acomodado, pasó solo con veinte hombres á descubrir las tierras que corren para el Norte, por cuyo rumbo vino á dar por principios del año de cincuenta y nueve al valle de Boconó, donde estaba Francisco Ruiz acosado con su campo; y como á pocos pasos encontrase con dos de sus solda-

dos, que se divertian cazando, informado de la jente que era, y de donde habian salido, les mandó dijesen á su capitan desamparase luego la provincia, y buscase otra parte en que poblarse, por pertenecer aquella á la jurisdiccion de su conquista: embajada de que recibió muy poca alteracion Francisco Ruiz, pues haciendo poco caso de las brabatas de Maldonado, remitió su despique á otro recado; y aunque se fueron travando de palabras, hasta llegar á desafiarse, considerada la materia con mas maduro acuerdo de ambas partes, paró la polvareda en que Maldonado se retiró al valle donde habia dejado su campo acuartelado; y Francisco Ruiz con el suyo fué á la poblacion de Escuque, donde Paredes habia fundado á Trujillo; y aunque hasta entónces no habia tenido intencion de poblar en aquel paraje, picado por las palabras desatentas de Maldonado, determinó reedificar la ciudad, como lo hizo, si bien por no conformarse con la primera fundacion, le quitó el nombre de Trujillo, y la intituló Miravel, nombrando Alcaldes, y Rejidores, y repartiendo los indios de encomienda entre los vecinos pobladores; de que agraviado Maldonado, atribuyendo semejante operacion (ejecutada á su vista) á menosprecio de su valor, y desaire de su punto, volvió segunda vez á repiquetearse con Francisco Ruiz, interviniendo de ambas partes recados tan desatentos, y palabras tan picantes, que llegaron á extremo de perderse; pero metiendo la mano á componerlos las personas mas bien intencionadas de ambos campos, tomaron por acuerdo, que Maldonado se volviese á Mérida, asentando por términos de su conquista todo el pais de los Timotes; y Francisco

Ruiz se quedase en Miravel, comprendiendo dentro de la suya las tierras y provincia de los Cuicas, y de esta suerte quedaron divididas las jurisdicciones de las dos Audiencias de Santo Domingo, y Santa Fe, esta á la parte del Sur, y aquella á la del Norte: diferencia, que hasta entónces no se habia podido componer; pues habian corrido sin que alguna de las dos supiese hasta donde llegaban los términos de su distrito.

Bien descuidado quedó Francisco Ruiz con esta disposicion, no discurriendo pudiese ofrecerse accidente, que perturbase la quieta posesion en que se hallaba de su nueva Miravel, cuando por el mismo año de cincuenta y nueve llegó al Tocuyo el Licenciado Pablo Collado, proveido por el Rey en el Gobierno, y Capitania jeneral de la provincia, en lugar del Licenciado Villacinda; y como á Diego Garcia de Paredes le habia herido en lo mas vivo del sentimiento el desaire que le hizo Gutierrez de la Peña, quitándole la conquista de los Cuicas, ocurrió luego ante el nuevo Gobernador á manisfestar su agravio; y atendida la demanda por Pablo Collado con el conocimiento de la razon que le asistia en la expresion de su queja, revocó los poderes dados á Francisco Ruiz, y despachó nuevo título á Paredes, con órden para que reconocido por cabo superior de la jente que estaba en Miravel, pudiese reedificar, ó poblar en la parte que tuviese por mejor, haciendo nueva eleccion de rejimiento, y justicia.

Con esta facultad, y algunos soldados de su séquito, salió Paredes del Tocuyo, y llegado á Miravel manifestó su comision en el cabildo, donde recibido sin

dificultad al ejercicio de su empléo; la primera dilijencia que hizo en virtud de los poderes que llevaba, fué restituir á la ciudad el nombre primitivo de Trujillo, si bien le duró poco por entónces, porque reconocidas con brevedad las incomodidades de continuadas lluvias, repetidas tormentas de truenos, y relámpagos, y la mucha humedad de aquel contorno, conseguida licencia del Gobernador para mejorar el sitio, mudó la poblacion á la cabecera de uno de los valles, que corren á las riveras del rio de Boconó, por estár en el centro de los Cuicas, y poder con mas comodidad atender á su conquista; pero fué tan desgraciada ésta ciudad en sus principios, que sin hallar sus pobladores lugar que les agradase para su existencia, anduvo muchos años, como ciudad portatil, experimentando mil mudanzas, pues aunque este de Bocono pareció el más aproposito por entónces, habiendo algunos dias, despues que se fundaron en él, orijinádose ciertos disgustos entre el Gobernador Pablo Collado, y Diego de Paredes, este ó sentido, ó rezeloso, declinó jurisdiccion, y dejando esta provincia, se pasó á vivir á Mérida: accidente, que fué la total ruina de Trujillo, pues apenas faltó el respeto de Paredes, cuando divididos en parcialidades sus vecinos, se empezaron á consumir en discordias; y separados en vandos, unos querian permaneciese la ciudad en aquel sitio, y otros, que la mudasen á otra parte; y siendo los de esta opinion mas poderosos en tiempo que gobernó la provincia el Licenciado Bernal, desconsiguieron el permiso para la transmigracion que pretendian, y á pesar de los del contrario dictámen mudaron la poblacion á una sabana, que llamaban de los

Truenos, (por una tempestad que en ella padeció Juan Maldonado) á las orillas del rio Motatan, donde no pudiendo conseguir logro de las sementeras, por la gran plaga de hormigas que las destruia, ni multiplico en los ganados, por el menoscabo que ocasionaban los tigres, no les fué posible permanecer muchos dias, y de su propia autoridad, sin consentimiento ni permiso del Gobernador, cargaron con la ciudad á otro lugar mas incomodado, cuatro leguas mas abajo del mismo rio, en el centro de una montaña tan áspera, húmeda, y poblada de mosquitos, hormigas, tigres, y otras sabandijas, que perseguidos de tanta calamidad, blasfemaban de sus discordias, por haber sido la causa para padecer desdichas: siendo lo mas sensible entre la multitud de sus trabajos, haber dado en un temperamento tan nocibo, que perdiendo la salud, descoloridos, y hipatos, representaban á la vista, mas forma de hospital que de república.

Y aunque con el conocimiento de sus yerros ocurrieron á representar sus miserias á Don Pedro Ponce de Leon, que sucedió en el Gobierno al Licenciado Bernaldez, ó fuese porque esperimentasen el castigo de su liviandad en la trabajosa tarea de sus fatigas, ó por otros ocultos motivos que tuviese, nunca quiso convenir en concederles licencia para mudarse á otra parte, hasta que muerto Don Pedro, logrando la ocasion de su vacante, se pasaron seis leguas mas al leste al valle de Pampan, donde tampoco pudieron permanecer, por ser la tierra muy húmeda, y muy cálida en extremo; y asi el año de quinientos y setenta, cansados ya de tanto peregrinar, deseando tomar asiento fijo para poder des-

cansar, y que se acabasen las discordias, que los habian puesto en tal estado, tomaron por abogada, y patrona de la ciudad á nuestra Señora de la Paz, é hicieron la última mudanza al sitio en que hoy permanecen, que es un valle de temperamento sano, y muy templado, y corre de Norte á Sur cuasi una legua; pero de Leste á Oeste tan angosto, que solo da capacidad para dos calles hasta la mitad de la ciudad, donde estrechándose algo mas, solo permite corra la restante en una; y parece les sirvió la proteccion que buscaron en el amparo de la Vírjen Santísima de la Paz para su comun quietud, pues fenecidos los disturbios que tanto los molestaron, se ha mantenido aquella república hasta los tiempos presentes con tan jeneral sosiego, y union entre los vecinos, que solo por cumplimiento necesitan de justicia; pues en igual conformidad unos con otros, ni saben lo que es litigio, ni conocen la discordia; y deben tal beneficio al benigno influjo de su cielo, que basta saber, que uno ha nacido en Trujillo, para que en la comun estimacion sea reputado por de afable natural, de noble trato, y de una intencion sana, y sin malicia.

Determinados, pues, á mantener la ciudad en aquel valle, empezaron á fabricar costosas casas, unas de piedra de silleria, y otras de ladrillo, y tapia; y llevados de aquella vanidad con que los hombres procuran eternizar su fama para la posteridad, adornaron las portadas de vistosos escudos con sus armas, vinculando la memoria del lustre de su nobleza; y pusieron tal cuidado en el aumento, y forma de su nueva poblacion, que llegó con brevedad á ser una ciudad muy opulen-

ta, por el mucho trato de sus frutos, principalmente del cacao, á cuya labor se dedicaron sus vecinos, plantando en los valles de Pocó cuantiosas arboledas de este jénero, que conducido por la laguna de Maracaibo á Jibraltar, los hacia poderosos, por las grandes porciones de plata, que producia su retorno; pero trocada despues la felicidad en contratiempos, experimentó esta ciudad tales desdichas, que á fuerza de sus muchos infortunios, apenas conserva hoy la sombra de lo que fué; pues perdidas las arboledas de cacao con las inundaciones del rio, quedó sin trato, ni comercio, faltándole el nervio principal que producia su riqueza: trabajo á quien siguió la desgracia de saquearla el año de seiscientos y sesenta y ocho el pirata frances Monsiur Gramon, con tanta inhumanidad, que sin que le moviese á compasion lo suntuoso de sus fábricas, quemó los edificios, reduciendo á cenizas su hermosura; pero no obstante es habitada al presente de mas de trescientos vecinos, muchos de ellos de notoria calidad y conocida nobleza, y entre ellos un mayorazgo, que goza la familia de los caballeros Cobarruvias, descendientes de Gaspar Cornieles, uno de sus pobladores.

Mantiene una iglesia parroquial, asistida de dos curas Rectores; dos conventos de relijiosos, uno del órden de Santo Domingo, y el otro de San Francisco, con un templo á lo moderno de vistosa, y galana arquitectura; una ermita de nuestra Señora de Chiquinquirá, donde está fundado un hospital; y un monasterio de Monjas Domínicas, sujetas al ordinario, que siendo un erario de virtudes, es un primor de curiosidades, por las muchas que fabrican sus relijiosas, con especia-

lidad en costuras, y labores de pita: es lugar muy regalado, y abundante, por la gran fertilidad de su comarca, y los muchos indios que tiene en su distrito; produce trigo en abundancia, cebada, maiz, algodon, garvanzos, y otras semillas; lábrase mucho, y regalado azucar, de que se fabrican esquisitas conservas; danse hermosísimos repollos, lechugas, y demas verduras todo el año; todas las frutas de la América, y muchas de las de la Europa, como son manzanas, membrillos, granadas, higos, y uvas; cria en sus pastos muy buenos carneros, mucho ganado de cerda, gallinas, pabos, y otras aves, sin que le falte cosa de cuanto se puede apetecer para el regalo; pero en medio de tantas conveniencias padece un desafecto grande esta ciudad, que algunos atribuyen á sus aguas, y yo soy de esa opinion, y es criarse en las gargantas de sus habitadores, principalmente en las mujeres, hinchazones, ó paperas, con tanta jeneralidad, que es rara la persona que se ve sin ellas, y algunas tan crecidas, y diformes, que causa horror el mirarlas.

CAPITULO XIII.

VUELVE FAJARDO Á LA COSTA DE CARAcas, y con ayuda del Gobernador funda el Collado; descubre las minas de los Teques: préndelo Pedro de Miranda, y vuelve despues dado por libre.

NO se sosegaba Fajardo en la Margarita, puesta siempre la mira en la conquista de Carácas, á que lo arrebataba

lo jeneroso de su elevado espíritu, ó lo inclinaba la fuerza de su maligna estrella, pues sin que bastasen á contenerle el pensamiento los cortos medios con que se hallaba para poder aspirar á fin tan grande, ni los embarazos que le ponia con sus malos sucesos la fortuna, todo era discurrir formas, y buscar trazas con que poder volver á proseguir sus intentos; mas como lo limitado del caudal no le ayudaba, solo tuvo lugar su dilijencia para aprestar doscientos indios, de los que habian sido vasallos de su madre, y juntar once españoles, que fueron Lázaro Vazquez de Rojas, natural de Salamanca, de quien hay hoy ilustre descendencia, Juan Jorje de Quiñones, natural de la Margarita, Cortes Richo, portugues, Gaspar Tomas, Martin de Jaen, Juan de San Juan, Hernando Martin, Andres Gonzalez, Luis de Ceijas, Juan HernandezTrujillo, y Alonso Fajardo, natural de Coro, hijo del Capitan Juan de Guevara el viejo, con los cuales, y algunos abalorios, y rescates, atravesó tercera vez á tierra Firme; pero con el rezelo de ser mal recibido de los indios, por los disgustos pasados, pues aun duraba fresca la memoria de la violenta muerte de Paisana, sin llegar á los puertos del Panecillo, y Chuspa, pasó la costa abajo en busca de su amigo Guaimacuare, á quien halló en Carvao, tan constante en su amistad, como lo habia estado siempre; pero como á Fajardo le habia enseñado ya la experiencia lo poco que podia fiar de la mudable voluntad de aquellos bárbaros, mientras no se hallase con bastante fuerza de jente, á cuya sombra pudiese mantener el amor con el respeto, no quiso detenerse en aquel valle; antes para asegurarse de una vez, y entrar con mayor fun-

damento en la conquista, tomó una resolucion tan temeraria, como fué con solo cinco de sus compañeros pasar la serranía, y atravesar por tierra las cuarenta leguas que hay de por medio hasta salir á la Valencia, asi por reconocer con este viaje lo que contenia en sí la provincia, y hacerse capaz de todo, sin necesitar de informe ajeno, como por empeñar al Gobernador Pablo Collado en que le diese alguna jente con que poder entrar poblando, que era el único recurso que le quedaba ya para fundar su esperanza.

Harto sintió Guaimacuare ver empeñado á Fajardo en esta determinacion tan arrojada, pues habiendo de pasar por tierras, que poblaban tan diferentes naciones, era evidente el peligro á que exponia su persona; pero aunque procuró disuadirlo, representándole el riesgo, como Fajardo le tenia tomado el pulso á su fortuna, y conocia por experiencia la gracia natural con que sus palabras sabian granjear benevolencia en los indios, despreció los temores que le proponia el Cacique, y acompañado solo de Juan Jorje de Quiñones, Lázaro Vazquez, Cortés Richo, Martin de Jaen, y Juan Fernandez Trujillo, dejando el resto de su jente al abrigo de Guaimacuare, salió de Carvao para Valencia, sin hallar dificultad en el camino, que pudiese servir de embarazo, hasta llegar á los altos de las Lagunetas, desde donde, corriendo por todas aquellas lomas, y quebradas, que bajan para el rio Tuy, tenian su habitacion los indios Arbacos, nacion altiva, y guerrera; cuyo Cacique, llamado Terepaima, teniendo por atrevimiento la entrada de aquellos pocos españoles en su tierra, les salió al encuentro con algunas vandas de flecheros, para

quitarles la vida; pero era tan vehemente la eficacia en las razones de Fajardo, y tan natural el dominio, que su voz adquiria sobre los indios, ya fuese por oculta simpatia, ó por el respeto con que todos veneraban á Doña Isabel, su madre, que lo mismo fué hablarle Fajardo en su lengua Arbaca, y decirle hijo de quien era, que convertir el Cacique todo su furor en mansedumbre, tratándolo con tanta amistad, y agrado, que lo bajó acompañando hasta dejarlo seguro en las sabanas de Guaracarima, de donde vencidos ya los inconvenientes del camino, pudo entrar con facilidad en la Valencia.

A esta sazon se hallaba en el Tocuyo el Gobernador Pablo Collado, á quien Fajardo dió luego aviso de su llegada, poniendo en planta la pretension de su fomento, para proseguir en la conquista, que tenia premeditada; y como el logro de esta empresa resultaba en honra, y conveniencia de Collado, pues siendo en la jurisdiccion de su distrito, no solo hacia glorioso en ella su Gobierno, pero entraba tambien á la mayor parte en el provecho, no fué menester mucha dilijencia para que tomase por su cuenta el ayudarlo; y asi, luego que recibió el aviso de Fajardo le remitió treinta hombres, que fueron los que pudo juntar en el Tocuyo, y título de Teniente jeneral, con poderes muy ámplios, para que en virtud de ellos pudiese conquistar, poblar, y repartir las encomiendas en la forma que mejor le pareciese.

Conseguidos con tanta facilidad despachos tan favorables á la intencion de Fajardo, no quiso perder tiempo, ni detenerse mas en la Valencia; y entrado el

año de sesenta, (a) aunque muy en sus principios, con prevencion bastante de ganado bacuno, y otras cosas necesarias para el mejor expediente en su conquista, y alivio de sus soldados, volvió para Carácas, con intencion fija de dejar de camino aseguradas las espaldas en la amistad, y estrecha correspondencia, que pensaba ajustar con Terepaima, para tener siempre por sus tierras abierta la puerta á los socorros que le pudieran venir de la Valencia: dilijencia en que anduvo tan afortunado, que pudo á poca costa conseguirla, porque habiéndole salido el Cacique al encuentro al subir la loma de las Cucuisas, Fajardo con aquel agrado natural, que era propio en sus acciones para granjear voluntades, le presentó una vaca de las que traia consigo, dejando con esta corta demostracion tan agradecido al bárbaro, que asegurado de su amistad, pudo sin rezelo penetrar por la provincia, hasta llegar al valle de Gaire, llamado asi entre los indios, por un hermoso rio de este nombre, que cortándolo de Poniente á Oriente, lo atraviesa con sus corrientes, y fecunda con sus aguas, á quien Fajardo intituló desde entónces, el valle de S. Francisco, (y es donde hoy está fundada la ciudad de Carácas) sitio, en que por ser acomodado para el multiplico por sus pastos, dejó puesto en forma de hato todo el ganado bacuno, con alguna jente de la que traia de servicio, para que lo cuidasen, y asistiesen; y asentada paz, y confederacion amistosa con los indios Teques, Taramainas, y Chagaragatos, que vivian en su circunferencia, bajó á la costa del mar á buscar los compañeros que ha-

(a) Año 1560.

bia dejado encomendados al Cacique Guaimacuare, con los cuales, y los demas que trajo de Valencia, fundó una villa en el puerto de Caravalleda (dos leguas á barlovento de donde hoy está poblada la Guaira) que por lisonjear al Gobeanador con darle el título de su mismo nombre, la llamó el Collado. (a)

Puestos Rejidores, y nombrados Alcaldes (que lo fueron Lázaro Vazquez, y Martin de Jaen) para el gobierno de la nueva villa, dió Fajardo la vuelta pocos dias despues al valle de S. Francisco, con el ansia de descubrir algunas minas de oro, pues por las muestras que habia hallado entre los indios era evidente que lo producia el terreno; y aunque á los principios salieron vanos para el efecto cuantos medios aplicó su dilijencia, pudo tanto su actividad, que al fin, para su daño, huvo de dar con ellas, descubriendo en el partido de los indios Teques (seis leguas al sudueste del valle de San Francisco, y catorce del Collado al mismo rumbo) diferentes veneros de oro corrido, de subida estimacion por sus quilates, y razonable conveniencia por su rendimiento.

Bien ajeno Fajardo de que formaba instrumentos para su ruina en los medios que disponia para su aplauso, dió luego aviso al Gobernador, enviándole para comprobacion la muestra de los metales, que fué lo mismo, que incitar contra sí la emulacion, para que despertase la codicia en el ánimo ambicioso de Collado, pues sentidos, ó embidiosos algunos vecinos del Tocuyo de los buenos sucesos de Fajardo, instaron al Go-

(a) Villa del Collado.

bernador para que le revocase los poderes, y le quitase la conquista, representándole seria mas acertado poner en ella otra persona, que siendo de su confianza, pudiese por su mano entrar á la parte en la labor de las minas, para logar la ocasion de quedar mas bien aprovechado; y no fiarse de Fajardo, de quien no podia tener satisfaccion, por ser un nombre, cuyas acciones antes debian premeditarse con recato, pues el respeto, y amor con que lo veneraban los indios, y el dominio jeneral que tenia adquirido entre ellos, eran motivos para cautelar no intentase su ánimo sagaz alguna novedad irreparable.

Estos rezelos apadrinados con el interes de la propia conveniencia, hicieron tal impresion en el Gobernador, que sin reparar en la sinrazon con que agraviaba el crédito de Fajardo, le revocó los títulos, y poderes que le tenia dados antes, y nombró por su teniente, para que prosiguiese en la conquista de Carácas, á Pedro Miranda, vecino del Tocuyo, quien luego que llegó á la villa del Collado prendió á Fajardo, y con guardias lo remitió á la Borburata; pero como él llevaba consigo á su inocencia, y en realidad no resultaba otro cargo contra su obrar, que aquella aparente ficcion que habian formado sus émulos, para que el beneficio de las minas corriese por otra mano, que era el fin á que tiraban todos; habiendo pasado al Tocuyo á representar su agravio, convencido el Gobernador de la razon, y justicia que le asistia, se vió obligado á declararlo por libre; y como lo justificado de su queja pedia satisfaccion del desaire padecido, para acallarlo con algun título honroso, le nombró por Justicia mayor de

la villa del Collado, dejando lo demas de la provincia á la disposicion de Pedro de Miranda.

Con estos despachos, al parecer favorables, volvió Fajardo al Collado á tiempo que Miranda con veinte y cinco soldados, y algunos negros esclavos, salió para los *Teques* á reconocer las minas, y hallando ser de mas consecuencia, y rendimiento aun de lo que Fajardo habia expresado, se quedó con los negros á labrarlas, enviando á Luis de Ceijas con los veinte y cinco soldados para que corriese la provincia, entrando por los Mariches, nacion, que dividida en numerosos pueblos, habitaba en aquel tiempo desde donde acaba el valle de S. Francisco, corriendo para el oriente por diez leguas de distancia; pero apenas Ceijas huvo pisado los umbrales de la primera poblacion cuando se halló acometido del Cacique Sunaguto, que con valientes escuadras de flecheros lo cercó por todas partes, poniéndolo en tal aprieto, que fué menester todo el esfuerzo de su jente para llegar á ganar unas barrancas, á cuyo abrigo aseguradas las espaldas, pudieron defenderse hasta la noche, que suspendiendo los indios la pelea, dieron lugar á Ceijas para componer un pequeño verso de metal que habia llevado consigo, y cargándolo, cuanto permitió el cañon, de valas, y piedras menudas, lo acertó para la parte por donde discurrió podrian volver á acometer los enemigos: disposicion en que consistió la seguridad de todos, pues á las primeras luces del dia, con bárbara confusion, y de tropel se fueron acercando los indios á renovar la refriega; y Ceijas dejándolos empeñar, por no malograr el tiro, cuando le pareció tiempo oportuno mandó disparar el verso, que hallando bas-

tante blanco en aquella multitud desordenada, tuvo bien la pólvora en que demostrar los efectos de su furia, pues quedaron muertos de aquel golpe el Cacique Sunaguto, y otros muchos; de que atemorizados los indios, discurriendo que violencia tan repentina dimanaba sin duda de causa mas superior, se echaron en el suelo sin aliento, dejando poco que hacer á los nuestros para ponerlos en huida, porque al primer acometimiento de sus armas, los que no encontraron con la muerte, tuvieron por partido mas seguro encomendarse á la fuga.

Bien conoció Ceijas, no obstante la felicidad de este suceso, que habia valor en los Mariches para hacerle oposicion, y que hallándose con tan poca jente como la que tenia, empeñarse en pasar mas adelante era imprudencia conocida, cuando á los primeros pasos se habia visto en tan conocido aprieto: consideracion, que bien premeditada, le obligó á retroceder para las minas, á tiempo que halló á Pedro de Miranda cercado de mil temores, porque los indios Teques con manifiestas señales daban indicios evidentes de aspirar á alguna sublevacion declarada, á que los persuadia la altiva condicion de su Cacique Guaicaipuro; y no atreviéndose á esperarla, por no experimentar los efectos del rompimiento que temia, luego que llegó Ceijas desamparó las minas, y con porcion considerable de oro en polvo se retiró al Collado, y dejando encomendada la provincia al cuidado de Fajardo, se embarcó para la Borburata, con el pretexto de pasar al Tocuyo á dar cuenta al Gobernador de todo lo sucedido.

CAPITULO XIV.

ENTRA JUAN RODRIGUES EN CARACAS de órden del Gobernador: rompe la guerra Guaicaipuro, y mata toda la jente de las minas: vence D. Julian de Mendoza á los Taramainas en batalla; y Juan Rodriguez puebla la villa de S. Francisco.

ENTERADO el Gobernador Pablo Collado, por la relacion que le dió Pedro de Miranda, de la riqueza de las minas descubiertas por Fajardo, la multitud de naturales de diversas naciones, y demas circunstancias que hacian opulenta, y apetecible la provincia de Carácas, determinó con mas empeño tratar de su conquista, y poblacion; y como quiera que lo principal de que necesitaba para materia tan ardua era persona de experiencia y de valor á quien poder encomendarla, se la trajo á las manos la ocasion, como pudiera imajinarla el deseo; por hallarse en el Tocuyo en aquel tiempo Juan Rodriguez Suarez, natural de Estremadura, vecino de la ciudad de Pamplona, en el nuevo reino de Granada, á quien, habiendo sido Capitan poblador de la ciudad de Mérida, la malicia embidiosa de sus émulos le formó tales capítulos sobre las circunstancias de aquella fundacion, que preso en la cárcel de la ciudad de Sta. Fe, y sentenciado por su real Audiencia á degollar, para librarse del rigor de un tribunal apasionado le fué preciso con el favor de sus amigos, quebrantar la cárcel, (a) y venirse huyendo á esta provincia, donde am-

(a) Piedrahita cap. 12. lib. 7.

parado de Diego de Paredes, antiguo compañero de sus fortunas, (á quien encontró en el valle de Boconó al tiempo que poblaba allí la ciudad de Trujillo) tuvo lugar para pasar con cartas suyas de recomendacion al Tocuyo; y siendo las prendas que adornaban á este caballero de superior jerarquia, por la continuada experiencia de diferentes conquistas, en que siempre habia militado con crédito, halló en él Pablo Collado lo que habia menester para su intento, pues en la eleccion de semejante caudillo llevaba asegurados los aciertos.

Nombrado, pues, Juan Rodriguez por Teniente de la provincia de Carácas, salió del Tocuyo con treinta y cinco hombres que le dió el Gobernador, y sin que se le ofreciese accidente en el camino, atravesada la loma de los Arbacos entró en los Teques, de donde despachó luego al Collado avisando á Fajardo de su llegada, y de los poderes que traia, para que enterado de todo, se ayudasen con buena correspondencia el uno al otro, dirijiendo sus acciones á un mismo fin: atencion á que correspondió Fajardo, enviándole luego alguna jente de refuerzo, por la noticia que tenia de los movimientos con que andaba el Cacique Guaicaipuro, de cuyo natural altivo esperaba con brevedad algun rompimiento declarado: discurso, que acreditó de verdadero la experiencia, porque desvanecido el bárbaro de haber hecho desamparar las minas á Miranda, pareció le seria fácil atemorizar á Juan Rodriguez para que hiciese lo mismo, porque no tenia conocimiento todavia del hombre con quien lidiaba, hasta que los escarmientos lo vinieron á dejar desengañado; pues no habiendo sido bastante los agasajos, ni persuaciones de Juan Rodriguez, para que sosegando su

inquietud mantuviese la paz ajustada con Fajardo, fué preciso valerse de las armas para contener su orgullo, con tan favorable fortuna en los sucesos, que habiendo el Cacique acometido cinco veces con numerosas escuadras de guerreros á despoblar las minas, quedó siempre desbaratado en los encuentros, con lamentable estrago de sus tropas, y pérdida de sus mas valientes Gandules, á cuyo espanto postrada la altivez de Guaicaipuro, pidió rendido paces, que le concedió gustoso Juan Rodriguez con la gloria de que su nombre quedase formidable entre los indios.

Sosegada de esta suerte la rebelion de los Teques, no discurrió Juan Rodriguez pudiera caber traicion en el ánimo alevoso de Guaicaipuro, y fiándose mas de lo que debia en las afectadas sumisiones con que el bárbaro procuraba desmentir los rencores que conservaba en el pecho pobló las minas de jente de servicio para labrar los metales; y dejando en ellas tres hijos pequeños, que habia traido del Reino; sacó sus soldados á campaña, con ánimo de dar una vuelta á la provincia, hasta salir á la costa á encontrarse con Fajardo; á cuyo fin, entrándose por la nacion de los indios Quiriquires, á las riveras de Tácata, corrió por las orillas del Tuy, y territorio de los Mariches, sin hallar oposicion en parte alguna, porque los indios, rendidos á la fama de su nombre, le iban dando la obediencia, sujetando la cerviz entre admiracion y espanto.

Mas como el ánimo traydor de Guaicaipuro solo deseaba ocasion para lograr su venganza, luego que vió distante, á Juan Rodriguez, y las minas desamparadas de defensa, por no haber quedado mas que la jente desar-

mada, juntó quinientos indios de los de su mayor satisfaccion, y dando sobre la rancheria en el silencio de una noche, pasó todos sus moradores á cuchillo, entrando tambien en la desgracia los hijos de Juan Rodriguez, sin que la inculpable inocencia de aquellas tiernas criaturas hallase conmiseracion en la bárbara crueldad de aquel tirano, pues solo pudo librarse de su saña un indio, á quien dió lugar su dilijencia para cojer el monte entre la confusion de aquel conflicto, y huyendo por caminos extraviados, al cabo de doce dias se vino á encontrar con Juan Rodriguez, á tiempo que saliendo de los Mariches entraba en el valle de San Francisco y como de lo desfigurado de su rostro, y turbacion con que venia, sacase indicios de alguna desventura, parando el caballo, le preguntó: hijo, qué ha sucedido en los Teques? á que el indio le respondió, bañado en lagrimas, y prorrumpiendo en sollozos: señor, tus hijos son muertos, y cuantos dejaste en las minas, solo yo pude escapar para traerte el aviso de tan triste nueva; Guaicaipuro, señor, es quien lo ha hecho, él fue el autor de esta maldad: á cuya noticia combatido el corazon de Juan Rodriguez, entre el sentimiento de la muerte de sus dos hijos, y el deseo de la venganza, brotando llamas de enojo, y echando mano á la barba, con el dolor de su pena, dijo: ah Guaicaipuro, Guaicaipuro, con cuantas ventajas te has vengado! pero no seré yo Juan Rodriguez, si tu no me la pagares; y dando priesa á sus soldados para que caminasen, marchó por el valle arriba, hasta llegar al hato que habia fundado Fajardo con las vacas, que trajo del Tocuyo, donde pensando hacer alto para resolver con acuerdo lo que debia

ejecutar con madurez, encontró nuevo motivo para mayor confusion, pues halló las casas reducidas á cenizas, muerta toda la jente que allí asistia de servicio, destrozados los cuerpos por el campo; y la mayor parte del ganado atravesado á flechazos; porque Paramaconi, Cacique de los indios Taramainas, instado de Guaicaipuro, para que por su parte cooperase á lanzar los españoles de la provincia, luego que tuvo la noticia del destrozo de los Teques, bajó al valle de S. Francisco, y cojiendo la jente descuidada, dió principio á su levantamiento, manifestando su impiedad con aquella accion tan inhumana.

De premisas tan evidentes, colijió luego Juan Rodriguez la guerra que le esperaba, pues declararse los indios con aquel atrevimiento era cierta señal de alguna jeneral conjuracion de las naciones, á cuyo reparo era preciso ocurrir, acometiéndolas con tiempo, antes que se juntasen en un cuerpo, para que cojiéndolas divididas, con el castigo de unas pudiese tener lugar el escarmiento en las otras; pero deseando comunicar la materia con Fajardo antes de empeñarse en ella, dejó su jente en el valle á cargo de D. Julian de Mendoza, y con solos dos infantes que le hicieron compañia salió para el Collado; mas no habia pasado media hora despues de su partida, cuando se dejó ver el Cacique Paramaconi, que con seiscientos flecheros bajaba por el abra de Catia para el hato.

Hallábanse los nuestros á la sazon recojiendo el ganado que habia quedado vivo para meterlo en los corrales, y reconociendo tan cerca al enemigo, se pusieron en arma para buscar su defensa, tomando los mismos

corrales por abrigo para guardar las espaldas; D. Julian de Mendoza; Anton de Albornoz, Fraga, Pallares, y Castillo, que estaban á caballo, cojieron la delantera con ánimo de atropellar, rompiendo con las lanzas por el escuadron contrario; pero aunque lo intentaron al tiempo que los indios con innumerable multitud de flechas dieron principio á la batalla, (a) fué con suceso tan adverso, que estuvieron en contingencia de perderse todos si los infantes con valor no hubieran llegado á socorrerlos, porque huyendo los indios con destreza los cuerpos al bote de las lanzas, tuvieron lugar de darle dos flechazos en las manos á Anton de Albornoz, que lo dejaron inutil para manejar la lanza, y quitándole á Pallares la que llevaba, atravesaron con ella por los pechos al caballo en que iba Fraga, de cuya herida murió luego: quedaban solos Castillo, y D. Julian de Mendoza; pero este atormentado del golpe de una macana, cayó tambien en el suelo sin sentido: causa, para que la batalla se encendiese con mas ardimiento de ambas partes, porque Alonso Fajardo, y Juan Ramirez al ver á Don Julian en peligro de ser muerto, dejando el abrigo de los corrales, se entraron con las espadas en la mano por el escuadron enemigo á socorrerlo, y haciendo los demas á su imitacion lo mismo, los españoles por defender á su Capitan, y los indios por llevarselo, se empeñaron unos, y otros con notable valor en la refriega; pero llegándole á Paramaconi nuevas escuadras de refresco, libre ya D. Julian, se fueron los nuestros retirando á buscar por resguardo los corrales, y los indios cantan-

(a) Batalla de los Taramainas.

do la victoria, cargaron sobre ellos tan de golpe, que oprimido el ganado por todas partes, no pudiendo mantenerse dentro de los corrales, rompió la palizada por un lado, y saliendo de tropel atropelló los indios, hiriendo á unos, y derribando á otros: accidente, que hizo mudar semblante á la fortuna, pues animada entónces nuestra jente al ver la confusion del enemigo, volvió con nuevo esfuerzo sobre aquella bárbara muchedumbre, acometiéndola con furia tan espantosa, que en breve tiempo reconoció Paramaconi su perdicion en el mortal estrago de sus tropas; y tocando á recojer sus caracoles, retiró para el rincon de Catia su ejército vencido.

Habia conseguido Juan Ramirez en los últimos lances de este encuentro la gloria de restaurar la lanza que los indios quitaron á Pallares, atravesando por los pechos de una estocada á un Gandul, que con notable bizarria hacia primores con ella; y deseando ver si entre los muchos muertos que habian quedado en el campo (por las señas que le observó) conocia el cadaver de aquel indio, salió con otros soldados, luego que se retiró Paramaconi, á reconocer el sitio en que se dió la batalla; y estando en esta dilijencia divertidos, se levantó de entre los muertos un indio, y sentándose en el suelo, por no poderse poner en pie, á causa de estar con las dos piernas quebradas, los empezó á llamar, para que se llegasen donde estaba; acercóse Juan Ramirez, movido de la curiosidad, á preguntarle, qué era lo que queria? y el bárbaro, mostrando aun mas desesperacion, que fortaleza, le respondió, solo mataros; y pues el impedimento con que estoy no me da lugar para bus-

caros, ya que os preciais de tan valientes llegar á pelear conmigo, que un indio solo soy, que os desafia; y diciendo esto apretó el arco á una flecha con tan buena punteria, que clavándosela en la frente á uno de los soldados lo dejó muy mal herido; y como para castigar su atrevimiento mandase Juan Ramirez á dos indios amigos, vasallos de Guaimacuare, que llegasen á matarlo, anduvo el bárbaro tan pronto, que atezando bien el arco, y disparando dos flechas, le atravesó entrambos murlos, y al otro se la metió por un lado, partiéndole el corazon: osadia, que irritó á un soldado (llamado Castillo) de los que estaban presentes, y echándose un sayo de armas, para mayor seguridad, sobre el que llevaba puesto embistió con él para matarlo á estocadas; pero antes de poderlo ejecutar, haciendo el indio firme sobre el arco para mantener el cuerpo, le tiró tantos flechazos, que á no haberse prevenido con el resguardo de llevar las armas dobles le hubiera costado caro el querer vengar duelos ajenos; pero al fin, metiéndole la espada por los pechos, le huvo de quitar la vida; siendo tal el coraje de aquel bárbaro, que al verse en los últimos alientos, asiéndose por los filos de la espada con las manos, procuró cojer entre los brazos á su homicida, para vengar, ahogándolo, su muerte.

Rezeloso se hallaba Don Julian despues de la batalla, porque habiendo quedado con la jente fatigada, y mucha herida, temia no volviese Paramaconi segunda vez á buscarlo; y no atreviéndose á mantener en aquel sitio; aquella misma noche, cargando los heridos en hamacas, levantó el campo, y marchó para el Collado; pero á poca distancia de camino se encontró con Juan

Rodriguez, que noticioso del acometimiento de los Taramainas, sin haber tenido lugar, ni aun para hablar con Fajardo, volvia á socorrer á Mendoza, y hallarse presente á cualquier lance; y teniendo muy á mal la retirada, asi por la altivez que podria criar en los indios, como por la reputacion que se perdia en desamparar el puesto, los hizo retroceder al valle de S. Francisco, donde, para que los indios conociesen el poco temor que les tenia, y cuan lejos estaba de acobardarse quien tomaba de asiento su asistencia, luego que llegó pobló una villa, que intituló de S. Francisco (a) (manteniendo el nombre de su mismo valle) en el propio sitio que habia estado el hato de ganado, (que es donde ahora está fundada la ciudad de Santiago) y repartida la tierra en los vecinos, nombrados Alcaldes, y Rejidores, trató con mas empeño de sujetar con las armas los Caciques alterados del contorno.

No obstante pasaron algunos dias sin que pudiese lograr el venir con los indios á las manos, porque retirados á las quebradas despues de la batalla, no se habia dejado ver alguno en todo el valle: novedad, que teniendo cuidadoso á Juan Rodiguez, con el deseo de descubrir la causa montó á caballo una mañana, junto con Juan Jorje de Quiñones, hombre de valor, y gran jinete, y llevando otros ocho infantes consigo, subió por la loma que está de la otra vanda del arroyo Caruata, hasta llegar á lo mas alto de su cumbre: alcanzólos á ver desde su retiro el Cacique Paramaconi, y acompañado de otro indio llamado Toconai, de quien debia

(a) Villa de S. Francisco.

de tener satisfaccion para el empeño, por una media ladera repecho la loma para salirles al encuentro; venian los dos con los carcajes al hombro, en la una mano los arcos, y en la otra unas fuertes lanzas, hechas de palma, enhastadas en las puntas dos medias espadas, que les habia enviado Guaicaipuro de las que cojió en las minas; y de las penacheras de diversas plumas con que adornaban las cabezas, traian pendientes una piel de tigre, que les colgaba por la espalda, ó para demostrar mayor fiereza, ó para hacer obstentacion de mayor gala.

De esta suerte ganada por un lado la cumbre de la loma, salieron de vuelta encontrada sobre Juan Rodriguez, y Juan Jorje, que como caminaban á caballo se habian adelantado mucho trecho á los infantes; y puestos á corta distancia de los dos, con bizarra resolucion, y jentil brio, dijo el Paramaconi; aunque venis á caballo á pelear, como cobardes con ventaja, yo soy Paramaconi, que solo basto para castigar vuestra sobervia, y pues estamos solos en campaña, ahora es tiempo de que probemos con las armas el valor de cada uno: no pudieron sufrir mas los dos españoles la altivez, y atrevimiento de aquel bárbaro; pero aunque con presteza aguizaron los caballos para atravesarlos con las lanzas, con mucha mayor los indios, puesta la rodilla en tierra fijaron los recatones de las suyas en el suelo, para recibirlos con las puntas al dar el choque, como quien espera un toro: disposicion, que advertida por los jinetes, porque no les hiriesen los caballos torcieron por un lado la carrera, pasando de largo sin tocarles; mas los indios soltando al instante las lanzas de las manos, pegaron de los arcos con tanta prontitud,

que ántes que acabasen la carrera, les tenian yá clavadas dos flechas por las espaldas sobre los sayos de armas que llevaban puestos; y aunque picados Juan Rodriguez, y Juan Jorje, haciendo ya reputacion de aquel empeño, por segunda, y tercera vez volvieron sobre ellos á media rienda, llevando para mas seguridad del golpe tendidas las lanzas sobre el brazo izquierdo, hallaron siempre en los indios tal lijereza en manejar sus armas, con tan buen compaz de pies, que valiendose cuasi á un mismo tiempo de los arcos, y las lanzas, dejando frustrada la dilijencia de los dos jinetes, cuando parecia amenazaban con las unas, ejecutaban la herida con las otras; hasta que llegando los ocho infantes, que se habian quedado atras, no atreviendose los indios á mantener el combate con tantos, se fueron retirando poco á poco, divididos cada uno por su parte, porque Paramaconi se entró por una ceja de montaña, disparando antes cuantas flechas le habian quedado en la aljava, y Toconai cojió la media ladera para bajar á la quebrada; pero corriòle la suerte muy contraria, porque viendo que Juan Jorje partia tras de él á rienda suelta, hizo alto en la ladera, volviendo el rostro á esperarlo, y al tiempo que iba á ejecutar el golpe lo asió con tanta fuerza por la lanza, que reconociendo Juan Jorje que se la quitaba de la mano sin remedio, por no pasar por el desaire de perderla, se arrojó tras ella del caballo, cayendo abrazado con el bárbaro, y sacando una daga, que llevaba pendiente á la cintura le quitó la vida á puñaladas, dejándolo á sus pies muerto, pero no rendido. Bien quisiera Juan Rodriguez que quedara completa la victoria, entrando por la montaña tras Paramaconi, pa-

ra matarlo tambien; pero se hallaba tan fatigado de un flechazo, que pasándole el sayo de armas, le picó en una tetilla, que á instancia de los compañeros huvo de volverse al pueblo, donde lo dejaremos por ahora, mientras se cura de la herida, refiriendo en el interin otras cosas, que susedieron por este tiempo en la provincia.

LIBRO CUARTO.

DE LA CONQUISTA, Y POBLACION DE LA PROVINCIA DE VENEZUELA.

CAPITULO PRIMERO.

LLEGA A CORO EL SEÑOR OBISPO DON Fray Pedro de Agreda: va Sancho Briceño á España por Procurador de la provincia: y el tirano Lope de Aguirre llega á la Margarita.

EN el capítulo undécimo del libro antecedente dejamos dicho como por muerte del Señor Obispo Ballesteros presentó su Majestad para esta iglesia al Sr. Don Fray Pedro Agreda, relijioso del órden de Predicadores; quien por el año de sesenta en que vamos llegó á Coro, y tomada la posecion de su obispado, lo halló tan falto de ministros para la predicacion del evanjelio, y conversion de los indios, que aun en los pueblos inmediatos á las ciudades, si no eran algunos que habian

bautizado sus mismos encomenderos, los demas por falta de operarios aun se conservaban jentiles: inconveniente á que deseando ocurrir aquel zeloso Prelado con la ampliacion de algun remedio para daño tan sensible, no hallando otro por entónces, que dedicarse á repartir por su propia mano el pan de la doctrina á sus ovejas, salió de Coro, y recorriendo todos los pueblos de la comarca, hasta las serranias de Carora, predicando, catequizando, y bautizando como párroco particular de cada uno, fué imponderable el fruto que cojió su trabajo de aquella mies que sazonaba: por falta de beneficio perdia la iglesia en ella tan abundantes cosechas para sus graneros; y habiendo de esta suerte satisfecho en cuanto pudo á la obligacion de su oficio pastoral, se retiró á la ciudad, y reconociendo que algunos hijos de la provincia, aunque deseaban dedicarse al estado eclesiástico, no podian lograr la dicha de conseguirlo por su total ignorancia, y no haber quien les enseñase, ni aun los primeros rudimentos de gramática, se dedicó á formar estudios, y leer personalmente latinidad á todos cuantos quisieron oirla, por ver si por este medio conseguia, que aprovechados algunos, quedasen en aptitud para poder ordenarlos, y remediar en algun modo la fala que tenia de sacerdotes, pues llegó esta á ser tan grande en aquel tiempo, que sucedió morir el cura de la ciudad de Trujillo, y no habiendo en toda la provincia otro que poner en su lugar, llegando la cuaresma fué preciso, que el Sr. Obispo escribiese al cura de la ciudad de Mérida, por ser la mas inmediata, aunque de ájena diócesis, pidiéndole, que en acabando de confesar sus feligreses, tomase el trabajo de pasar á Trujillo, pa-

ra que aquellos vecinos tuviesen el consuelo de cumplir con el anual precepto.

Esta necesidad tan urjente, junta con el deseo de solicitar algunas pretenciones favorables á la mayor conservacion de la provincia, obligó á que los cabildos de ella determinasen enviar persona á España, que con el carácter de Procurador jeneral de las ciudades impetrase de su Majestad los puntos, que reducidos á instruccion, se habian discurrido por mas convenientes á la utilidad comun; para cuyo efecto, por el parecer de todos fué nombrado Sancho Briceño, vecino que era entónces de la ciudad de Trujillo, persona de graduacion, autoridad, y talento, y de bastante actividad para el manejo de semejantes negocios; quien aceptados los poderes, habiéndose embarcado en Coro, con próspero viaje llegó á España, y puestas en pretension las dependencias que llevaba á su cuidado, consiguió despacho favorable en las mas de ellas, pues á pedimento suyo concedió su Majestad permiso, para que todos los años pudiese venir al puerto de la Borburata un navio de rejistro por cuenta de los vecinos, pagando solo la mitad de los derechos pertenecientes al importe de su carga, asi en la entrada, como en la salida: gracia, que estuvo corriente mucho tiempo, gozando de este beneficio la provincia, pues aun por algunos años despues que se despobló la Borburata se continuó la venida de este navio al puerto de la Guaira; pero, ó por inutilidad, ó por descuido, se dejó perder este permiso, que era de tanta conveniencia para todos.

Consiguió tambien facultad libre, para que se introdujesen sin derechos doscientas piezas de esclavos,

que repartidas entre los vecinos, sirviesen en la labor de las minas, y cultivo de los campos; y para remediar la falta que se padecia de sacerdotes, se despacharon cédulas, encargando á los provinciales de Santo Domingo y San Francisco de la isla Española, enviasen relijiosos de sus órdenes, que con su zelo acostumbrado tomasen por su cuenta la conversion de los indios; si bien me parece que por algunos respetos no tuvo efecto por entónces su venida, aunque la solicitó el Sr. Obispo con empeño.

Uno de los puntos principales que contenia la instruccion que se dió á Sancho Briceño, fué, para que solicitase declaracion sobre la forma en que debia quedar el gobierno de la provincia, cuando sucediese morir el Gobernador, para que en lo venidero se escusasen las competencias, y disturbios, que se experimentaron en las vacantes de Juan Perez de Tolosa y Villacinda, entre el Teniente jeneral, y los Alcaldes, pretendiendo cada uno adjudicarse el dominio por razon de su ejercicio; sobre cuyo particular, mediante las representaciones de Briceño, se dió la providencia que contiene esta cédula.

EL REY. Por cuanto Sancho Briceño, en nombre de las ciudades, y villas de la provincia de Venezuela, me ha hecho relacion, que muchas veces acaece estar la dicha provincia sin Gobernador, por fallecer los que lo eran por provision nuestra, durante el término de su Gobernacion, como habia acaecido con los Licenciados Tolosa, y Villacinda, á cuya causa padecian detrimento, y estaban sin justicia los vecinos, y naturales de aquella tierra: y me suplicó en el dicho nom-

bre, mandase que cuando acaeciese caso semejante de morir el Gobernador que hubiese, antes de nos haber proveido otro en su lugar, gobernasen los Alcaldes ordinarios cada uno en su jurisdiccion, ó como la mi merced fuese; é yo acatando lo susodicho, he lo habido por bien: por ende por la presente declaramos, y mandamos, que cada, y cuando que acaeciere fallecer el nuestro Gobernador de la dicha provincia de Venezuela, antes de haber nos proveido otro en su lugar gobiernen en cada una de las ciudades, y villas de ella los Alcaldes ordinarios, que en los tales pueblos hubiere, entre tanto que por nos se provee otro Gobernador, que por esta nuèstra cédula damos poder, y facultad á cada uno de los dichos Alcaldes ordinarios en su puesto, que tengan la dicha Gobernacion durante el dicho tiempo. Fecha en Toledo á ocho dias del mes de Diciembre de mil quinientos y sesenta años. YO EL REY. Por mandado de su Majestad, Francisco de Eraso.

Esta cédula fué el orijen de que dimanó despues el honroso privilejio, que goza la ciudad de Carácas de gobernar sus Alcaldes en lo político, y militar toda la provincia entera, cuando por muerte, ó ausencia del propietario hay vacante en el Gobierno, porque aunque en su virtud siempre que se ofreció la ocasion (despues de conseguida) gobernaron los Alcaldes de todas las ciudades cada uno en su distrito, fué solo entre tanto que la Audiencia de Sto. Domingo nombraba Gobernador interino, hasta que el año de seiscientos y setenta y cinco, habiendo muerto el Gobernador D. Francisco Dávila Orejon, envió la Audiencia en su lugar al Licenciado D. Juan de Padilla Guardiola y Guz-

man, uno de sus Oidores; y presentado en el Cabildo de la ciudad de Carácas con sus despachos, y títulos, los Alcaldes ordinarios, que entónces eran Don Manuel Felipe de Tovar, caballero del órden de Santiago, y Don Domingo Galindo y Zayas, unidos con los demas capitulares, no quisieron recibirlo al ejercicio de su empleo; alegando, que segun aquella clausula de la cédula referida, en que dice su Majestad: gobiernen en cada una de las ciudades, y villas los Alcaldes ordinarios que en los tales pueblos hubiere, entre tanto que por nos se provee otro Gobernador: no tenia la Audiencia autoridad para nombrar interinos, y que debian ellos mantenerse en el Gobierno hasta tanto que viniese el propietario, nombrado por el consejo, á quien primitivamente tocaba la provision: punto sobre que se orijinaron las competencias, y disgustos, que referiremos en la segunda parte de esta historia, obligando al Cabildo á que sobre este particular enviase á España por su Procurador jeneral á D. Juan de Arrechedera, uno de sus Rejidores; quien supo disponer tan bien su pretension en la Corte, que consiguió declarase su Majestad por bien hecho lo obrado por el Cabildo; y que por cédula de diez y ocho de Septiembre del año de seiscientos y setenta y seis concediese el nuevo privilejio, para que siempre por cualquier accidente que llegue á haber vacante en el Gobierno, los Alcaldes de la ciudad de Carácas (con los mismos honores y prerogativas, que gozan los propietarios) gobiernen toda la provincia entera, sin que el Presidente, ni Audiencia de Sto. Domingo puedan, con ningun pretexto, ni motivo, nombrar Gobernadores interinos: singular honra, y privilejio

sin ejemplar en la América, que podemos decir con realidad se debe á Sancho Briceño, pues fué su solicitud quien puso los fundamentos, sobre que se fundó despues este edificio.

Libre ya Juan Rodriguez de la molestia de su herida, sacó su jente á campaña, deseando desahogar con la venganza el sentimiento que le atormentaba el pecho por la muerte lastimosa de sus hijos; y entrándose por los Teques en busca de Guaicaipuro, principal autor de sus agravios, aunque en diferentes encuentros que tuvo con los indios consiguió quedar siempre victorioso, nunca pudo conseguir noticia de la parte en que se ocultaba el Cacique su enemigo, porque temeroso, y recatado huia las ocasiones de poner su persona en contínjencia, esperando solo oportunidad para conseguir á lo seguro (mediante alguna traycion) dár la muerte á Juan Rodriguez para salir de rezelos.

En este estado se hallaba la provincia, cuando por el año de sesenta y uno (a) se tocó al arma en todos los puertos de su costa, por haber llegado á la isla de la Margarita con su armada el tirano Lope de Aguirre; para cuya intelijencia es de advertir, que gobernando los reinos del Perú el Marques de Cañete Don Andres Hurtado de Mendoza el año de cincuenta y nueve, ó fuese por la noticia que dieron unos indios Brasiles que aportaron á aquel Reino de las poderosas provincias de los Omeguas, (que sin duda eran las mismas que descubrió Felipe de Utre) ó porque (segun discurrieron algunos políticos entónces) el Marques como buen es-

---

(a) Año 1561.

tadista, valiéndose del pretexto de esta nueva conquista, quiso por este medio purgar el reino de los humores corruptos de tanta jente perdida como habia quedado en él por rezagos de los levantamientos, y alteraciones de Gonzalo Pizarro, Francisco Hernandez Jiron, y D. Sebastian de Castilla, ó porque en realidad concurrieron ambas causas juntas para inclinar la voluntad del Marques, el se determinó á descubrir, y conquistar aquellas opulentas provincias, donde publicaba la fama tan abundantes riquezas.

Hallábase á la sazon en Lima el Jeneral Pedro de Ursua, de nacion Navarro, quien con la grandeza de sus heróicos hechos en lo florido de sus pocos años habia adquirido por América estimacion, y aplausos á su nombre, pues en las conquistas del nuevo Reino (a) sujetos con sus armas, y prudencia los indios Chitareros, pobló en su pais la ciudad de Pamplona; y rendida á su valor la sobervia indomable de los Muzos, admitió la sujecion que les puso fundando la de Tudela en la provincia de Santa Marta: solo con doce compañeros que le seguian en la celebre batalla de los pasos de Rodrigo, atropelló la potencia altiva de la nacion Tairona, reputada hasta allí por invencible: en Panamá, (b) derrotados los negros de los Palenques con el teson de su constancia, y preso su rey Bayano, confesaron con el escarmiento, que brios de semejante hombre no eran para probados dos veces; constábanle al Marques las prendas de este caballero, y por pagar en algo sus servicios,

(a) Piedrahita lib. 11. cap. 5. y 8.
(b) Castell. Eleg. de Varon. Ilust. part. 1. fol. 172.

lo nombró por Jeneral para este descubrimiento, dándole título de Gobernador de los Omeguas y Dorado, debajo de cuyo apelativo se habia de comprender todo lo que conquistase.

Juntos, pues, para esta expedicion cuatrocientos hombres, bien prevenidos de lucidas armas de fuego, cuarenta caballos, y sobrado número de jente de servicio en bergantines, que para el efecto tenia labrados en el rio de los Motilones, salió Ursua á dar principio á su jornada por fines de Septiembre del año de quinientos y sesenta; pero como entre los soldados que llevaba iban muchos de aquellos que el Vi-rey habia tirado á echar del reino, temiendo la inquietud de sus naturales bulliciosos, entre quienes sobresalian, Lope de Aguirre, Lorenzo de Salduendo, Juan Alonso de la Valdera, Cristóbal de Chaves, Alonso de Villena, Alonso de Montoya y otros, siendo hombres acostumbrados á motines, insolencias, y tumultos, empezaron desde luego á maquinar conspiraciones, procurando con enredos, y con chismes malquistar las operaciones de Ursua, para granjearle quejosos, y hacer aborrecible su Gobierno; en que se supieron dar tan buena maña, que atraidos por este medio otros algunos á su séquito, y comunicada su intencion con D. Fernando de Guzman, hijo de un veinticuatro de Sevilla, á quien hicieron cómplice, con promesa de nombrarlo por cabo del ejército; despues de navegadas setecientas leguas por el rio Marañon (llamado hasta entónces de Orellana) en un pueblecillo de la provincia de Machifaro mataron una noche alevosamente á puñaladas al Gobernador Pedro de Ursua, y á su Teniente jeneral D. Juan de Vargas; y apode-

rados de las armas, sin que la confusion del mismo caso diese lugar á los demas para oponerseles en nada, entregaron el gobierno superior de aquel ejército á Don Fernando de Guzman, y nombraron por Maestre de campo á Lope de Aguirre, quien perdiendo el temor á Dios, la obediencia al Rey, y la vergüeza al mundo, en una informacion que hicieron para justificar su alevosia, puso en su firma, Lope de Aguirre, Traydor, persuadiendo á los demas con demostracion tan fea, y exortaciones dictadas de su mala inclinacion, y perverso natural, á que mudando el fin de su jornada, diesen la vuelta al Perú para apoderarse de aquel reino: infamia en que convinieron todos, unos por voluntad, y otros por miedo; y desnaturalizándose de los reinos de Castilla, juraron por príncipe del Perú á D. Fernando de Guzman; pero como el ánimo de Aguirre no era rendir adoraciones á otro, sino establecer su tirania, espaldeado del séquito de mas de ochenta hombres, que tenia á su devocion, por ser de sus mismas costumbres, y jaez, pasados algunos dias hizo quitar la vida á puñaladas á Lorenzo de Salduendo, Doña Ines de Atienza, Gonzalo Duarte, Alonso de Montoya, Miguel Bodebo, Miguel Serrano, Baltazar Cortes, y al Licenciado Alonso de Henao, Capellan del ejército, terminando por entónces aquella triste trajedia con dar tambien muerte atroz á su príncipe D. Fernando, habiendo tres meses y medio, que engañado de los consejos de Aguirre, y arrastrado de su ambicion, representaba el papel de majestad en la farsa que compuso la tirania para el teatro de aquel reino.

Libre Aguirre con esto de que nadie pudiese ha-

cer oposicion á sus designios, y amedrentados todos con las repetidas crueldades de aquel mostruo, se declaró por cabeza de aquel ejército confuso, intitulándose fuerte caudillo de la nacion Marañona; nombre, que puso á sus soldados, y al rio (llamado hasta entónces de Orellana, ó Amazonas) por los enredos, y marañas que en él fraguó su maldad; y determinado á llevar adelante la intencion de dar la vuelta al Perú, con la esperanza de que agregándosele muchos de los compañeros, que habian quedado por allá, podria con facilidad tiranizar aquel reino; prosiguió navegando por el rio, hasta salir con furioso temporal al mar del norte, dejando antes ejecutadas las inhumanidades que largamente refiere el Provincial Fr. Pedro Simon en la sexta noticia de sus conquistas de Tierra-firme, donde podrá el curioso informarse por extenso de todo lo sucedido en esta lastimosa jornada, pues para la claridad de nuestra historia basta saber, que reconocidas las aguas del occéano, enderezó Aguirre su derrota á la isla de lá Margarita, cuya tierra llegó á avistar á los diez y siete dias de navegacion trabajosa, mas por falta de bastimentos, que por tormentas del mar; y divididos los bergantines con un temporal que les dió al cojer el puerto, el de Lope de Aguirre fué á ancorar á una encenada, que llamaban Paraguache, y hoy es conocida por el puerto del traydor, cuatro leguas distante del de Mompatare, que es el principal surjidero de la isla, y el de su Maestre de campo Martin Parez á otro, retirado dos leguas mas al norte, donde por no perder aquella fiera la bárbara costumbre de derramar sangre humana, antes de saltar en tierra hizo dar garrote á Diego de Alcaraz, y á Gonzalo Jiral

de Fuentes, sin dejarlos siquiera confesar, por mas que aquellos desdichados clamaban con lágrimas, y ruegos, pidiendo aquel alivio por último consuelo en su desgracia.

CAPITULO II.

PRENDE AGUIRRE AL GOBERNADOR DE la Margarita: roba las cajas reales: saquea la ciudad; y quita la vida con crueldad á algunos de sus soldados.

UFANO Aguirre con las inhumanas operaciones de su crueldad, saltó luego en tierra aquella tarde (que fué de un lunes á veinte de Julio del año de sesenta y uno) acompañado de algunos pocos de sus mas amigos, dejando el resto de sus soldados escondido debajo de cubierta; y deseando tener toda su jente junta para cualquier accidente, despachó á un fulano Rodriguez al puerto donde habia surjido su Maestre de campo, con órden, para que aquella misma noche marchase con presteza á incorporarse con él, y que en el camino diese garrote á Sancho Pizarro, á quien tenia por sospechoso, y poco afecto á sus acciones; y como el ánimo alevoso de aquel hombre era apoderarse de la isla con engaño, envió á Diego Tirado al mismo tiempo á dar cuenta de su llegada al Gobernador D. Juan de Villandrando, y pedirle los mandase socorrer con bastimentos, por ser jente que con mucha falta de ellos venia derrotada del Perú.

A la curiosa novedad de esta noticia se movieron

algunos vecinos de la ciudad á pasar luego á ver los forasteros, con quienes supo Aguirre disimular tanto su traicion, refiriéndoles los varios acaecimientos de su viaje en peregrinacion tan dilatada, y ponderándoles la extrema necesidad que padecia, cuya urjencia le habia obligado á llegar á buscar bastimentos á aquella isla para remediar su falta, y pasar sin detenerse á Nombre de Dios, para volver al Perú, que condolidos de lo bien que supo pintarles sus trabajos, y afliccion, hicieron matar dos vacas, y se las dieron, enviando á las estancias vecinas á buscar todo el casabe, y carne que se hallase para socorrer aquellos hombres, que se consideraban perdidos: piedad á que se mostró Aguirre con tales apariencias de obligado, que no solo con abundancia de palabras, pero aun con obras, finjió corresponder agradecido pues á uno de los vecinos, llamado Gaspar Hernandez, le presentó una copa de plata dorada grande, y una capa de grana guarnecida de pasamanos de oro.

Esta liberalidad artificiosa fué el cebo que puso aquel tirano pare lograr el lance, que tenia discurrido su malicia, pues satisfechos del agasajo Gaspar Hernandez, y sus compañeros, determinaron quedarse con él aquella noche, dando aviso al Gobernador de todo lo sucedido, y de las muchas riquezas, que manifestaba traer aquella jente del Perú, cuyo ánimo, segun habian reconocido, solo era comprar matalotajes, sin reparar en los precios, para proseguir su viaje. Recibida esta noticia por el Gobernador, obró al instante sus acostumbrados efectos la codicia, pues pareciéndole buena ocasion para quedar aprovechado con la parte que le podria tocar de aquel tesoro tan indiscreta como imprudentemente acom-

39

pañado solo del Alcalde Manuel Rodriguez, de un Regidor, Andres de Salamanca, y de otros cuatro vecinos principales, salió de la ciudad poco despues de media noche para el puerto donde estaba Aguirre, y llegando allá al amanecer, lo recibió el tirano con tales acatamientos, y sumisiones serviles, que hasta el estribo le tuvo al apearse del caballo; á que correspondió el Gobernador con la urbanidad, y atencion, que es propia de un caballero, prometiéndole su amparo, su casa, y su persona, para cuanto se le pudiera ofrecer en aquella isla: cumplimientos en que gastaron un rato de buena conversacion, estando todos en pie; hasta que Aguirre, pareciéndole ya tiempo de descubrir su traicion, usando de grandes cortesias, y rendimientos, le dijo al Gobernador: Señor mio, los soldados del Perú como son tan militares, y curiosos en las jornadas de Indias, mas se precian de traer consigo buenas armas, que preciosos vestidos, aunque siempre los tienen sobrados, solo por bien parecer; y asi suplican á V. y yo de mi parte se lo ruego, les dé licencia para saltar todos en tierra, y sacar sus arcabuces, que podrá ser ferien algunos á estos señores vecinos.

El Gobernador, no previniendo las cautelosas malicias del tirano, le respondió con mucho agrado, saltasen en hora buena, que para él seria rato muy gustoso lograr la ocasion de verlos. Concedido este permiso, pasó Aguirre al bergantin, y llamando á sus soldados, que todavia se mantenian escondidos debajo de la escotilla, les dijo: ea, Marañones, aguzad vuestras armas, y limpiad los arcabuces, porque ya teneis licencia del Gobernador para que salteis en tierra; y aunque él no os la

hubiera dado, vosotros os la tomárais; con lo cual salieron sobre cubierta, disparando los arcabuces para hacer salva al Gobernador; quien entrando ya en sospecha al ver tanta jente armada, procuró apartarse un poco á comunicar con sus vecinos el rezelo que tenia, y el empeño en que se hallaban, para buscarle remedio; pero fué á tiempo tan crudo, que no tuvieron lugar para lograr el recurso, porque Aguirre echando su jente en tierra, y cojiéndoles los pasos, se fué para la parte donde estaban, y con estilo bien diferente del que habia usado hasta allí les dijo: señores, nosotros vamos para el Perú, donde de ordinario hay guerras, y alborotos; y porque pareciéndoles á vuesas mercedes, que nosotros no iremos con los pensamientos de servir al Rey, nos han de poner estorbo en nuestro viaje, conviene dejen vuesas mercedes las armas, pues es cierto, que de otra suerte no nos han de hacer tan buen hospedaje como quisieramos; y pues esto no tiene otro remedio, sean todos presos.

Absorto se quedó el Gobernador al oir semejante desacato, y turbado con la consideracion del riesgo en que lo habia metido su imprudencia, diciendo; qué es esto? qué es esto? se fué retirando algunos pasos, metiendo mano á la espada, para intentar defenderse; pero poniéndole los traidores á los pechos algunas partesanas y arcabuces, con acuerdo mas prudente huvo de darse á prision, entregando las armas al tirano, que gozoso con haber logrado el lance, montó luego en el caballo, que fué del Gobernador, á quien mas por mofa, que por lástima, hizo subir á las ancas, y marchando para la ciudad su campo en forma de batalla, á poco trecho

del camino encontró con su Maestre de campo Martin Perez, que con la jente del otro bergantin venia á incorporarse con él, dejando ya dado garrote á Sancho Pizarro, en cumplimiento de lo que le habia mandado Aguirre: juntos asi todos los traydores, celebrando con fiesta, y regocijo la felicidad con que se iban disponiendo sus maldades, llegaron á la ciudad, que ignorante de la tempestad que descargaba sobre ella, se hallaba descuidada, gozando del reposo en que la tenia la ceguedad de su necia confianza, y apellidando: libertad, libertad, viva Lope de Aguirre, entraron corriendo por las calles hasta ocupar la fortaleza, que escojieron para su habitacion por mas segura.

Puesto allí en prisiones el Gobernador, y los demas vecinos que trajeron del puerto, como de lo que mas se preciaba aquel tirano era de la deslealtad que profesaba para con el rey su inobediencia, lo primero que puso por obra su descaro fué ir á las casas que servian de caja real, y sin tener paciencia para pedir las llaves, echó las puertas abajo, rasgó los libros, rompió las arcas, y sacó porcion considerable de oro, y perlas de lo procedido de los quintos de las pesquerias de Cubagua, que estaban en aquel tiempo en el aumento de su mayor grandeza; á cuya imitacion los demas soldados, divididos en cuadrillas, fueron metiendo á saco la ciudad, cometiendo los insultos, é insolencias, que se puede discurrir en la intencion depravada de aquella jente perdida; y para que no quedase alguno sin experimentar la opresion de sus violencias, publicó bando Aguirre á son de cajas aquella misma tarde, para que todos los vecinos de la isla se recojiesen luego á la ciudad, con pena de

la vida, é hiciesen manifestacion de las armas, y caudales que tuviesen; en que anduvieron tan sumamente desgraciados, que aunque quisieron algunos valerse de la ocultacion para lograr el escape, no pudieron conseguirlo, por el rigor con que por todos lados se le mostró contraria la fortuna, pues quiso su adversa suerte, que algunos hombres vagamundos de los que vivian en la misma isla, aficionados á la libertad que veian en los soldados de Aguirre, y al desahogo con que cometian los robos, y desafueros, sin rezelo ni temor, pareciéndoles gustosa aquella vida sin rienda, se unieron con el tirano, asentando plaza para militar en sus banderas; y como prácticos de la isla, y ladrones de la misma casa, haciendo gavilla con los demas traydores, no quedó estancia donde no los llevasen, ni retiro que no les descubriesen, manifestándoles cuanto los miserables vecinos habian podido esconder; de suerte, que fueron causa aquellos hombres malvados de los mayores trabajos, que padeció aquella triste ciudad.

Hallábase por entónces en la costa de Maracapana el Padre Fray Francisco de Montesinos, Provincial del órden de Santo Domingo de la isla Española, asistiendo á la conversion de aquellos indios, que con órden particular le habia encomendado el Rey; tenia consigo un navio de razonable porte, bien prevenido, y artillado; y no ocultándosele al tirano esta noticia, avió con toda presteza uno de sus bergántines, y metiéndole dentro diez y ocho hombres, y por Cabo á Pedro de Monguia, lo despachó con órden, para que le apresasen el navio, y se lo llevasen á la Margarita; pero Monguia, y los demás compañeros, aprovechando tan

oportuna ocasion para asegurar sus vidas, y librarse de la violenta sujecion de aquel tirano, llegados al puerto de Maracapana determinaron quedarse con el Padre provincial, á quien descubrieron la verdad de todo lo que pasaba, y dieron cuenta de las crueldades, y robos, que quedaba ejecutando Aguirre en la Margarita, á quien obligados del temor, por no poder remediarlo de otra suerte, habian seguido hasta allí. Recibiólos el provincial con agasajo, pero como hombre prudente, no atreviéndose á fiar de sus razones, y rezelando alguna traycion oculta en aquella mudanza repentina, les quitó á todos las armas, por quedar asegurado para cualquier continjencia; y embarcando toda la jente que tenia, junto con los Marañones, se hizo á la vela, con determinacion de dar aviso en los puertos de la Borburata; y Sto. Domingo, para que los hallase prevenidos el tirano en caso que llegase por allí, y de camino pasar por la Margarita, por si lograba coyutura para favorecer en algo sus vecinos.

Luego que Aguirre despachó á Pedro de Monguia, teniendo por indefectible la presa del navio, mandó disponer los bastimentos, para que estando todo prevenido, al tiempo que se lo trajesen pudiese sin dilacion embarcarse para proseguir su viaje, porque deseaba con ansia llegar cuanto antes á Nombre de Dios, para pasar al Perú; y porque en el interin no se le olvidase la bárbara costumbre de derramar sangre humana, con que se alimentaba el corazon de aquella fiera, sin mas motivo que un chisme hizo ahorcar á Henriquez de Orellana, Capitan de su municion, sin dejarlo confesar, aunque el pobre lo pedia: causa, para que algunos de sus solda-

dos, conociendo la poca seguridad con que vivian, pues á la mas leve ocasion tenian expuestas las gargantas al cuchillo, determinasen abandonar su compañia, aunque fuese aventurando la vida á la incertidumbre del suceso; y resueltos á seguir este dictámen Francisco Vazquez, Gonzalo de Zuñiga, Juan de Villatoro, y Luis Sanchez del Castillo, en lo mas silencioso de la noche se huyeron de la ciudad, con ánimo de ocultarse entre los montes, buscando abrigo en las fieras, por no lidiar con un monstruo; pero sabida su fuga por Aguirre, se enfureció de calidad, que como hombre privado de sentido, bramando de coraje echaba espumarajos por la boca; y porque la fuga de estos no sirviese de ejemplar para los otros, mandó á los vecinos de la ciudad se los buscasen, y trajesen, aunque estuviesen debajo de la tierra, pues de no parecer aquellos cuatro soldados habian de pagar todos con la vida, para aplacar la fuerza de su enojo; y como con menor causa sabia aquel tirano hacer verdaderas sus promesas, fué bastante su temor, para que los vecinos por su parte, y el Gobernador (aunque estaba preso) por la suya hiciesen tales diliĵencias, revolviedo la isla toda, que huvieron de descubrir á Juan de Villatoro, y á Luis Sanchez del Castillo, y traidos á la presencia de Aguirre, sin permitir espera los ardores de su cólera, los hizo luego ahorcar en el rollo de la plaza, diciéndoles mil oprobios mientras duraba la ejecucion del castigo, para aumentarles mas con el agravio las angustias del suplicio; y fué tal la desvergüenza de aquel corazon empedernido, que despues de muertos les hizo poner unos carteles, que decian: han ahorcado á estos hombres por leales servido-

tes del Rey de Castilla: fatalidad de que escaparon Francisco Vazquez, y Gonzalo de Zuñiga, por haber sido su precaucion tan cautelosa al esconderse, que burlaron con el secreto las crueles amenazas, y solícitas dilijencias del tirano.

CAPITULO III.

MANDA MATAR AGUIRRE AL CAPITAN Turriaga, y da garrote al Gobernador: quita la vida á su Maestre de campo: llega á la Margarita el Provincial con su navio, y sin hacer efecto se retira.

AUN no habia Aguirre acabado de ejecutar estas maldades, cuando empezó de nuevo su recelo á vacilar confuso entre temores, orijinados de que uno de sus capitanes, llamado Juan de Turriaga, siendo de natural afable, y cariñoso, tenia aceptacion, y séquito entre los soldados pobres, porque con liberalidad franqueaba su mesa á todos; y como la accion mas comedida tenia visos de sospechosa en la delicadez de su conciencia depravada, dió en maliciar, que aquel agrado de Turriaga era finjido, solo á fin de granjear amigos para hacerle oposicion; y sin otro fundamento, que el leve de este discurso, determinó matarlo, encomendando la ejecucion á su Maestre de campo Martin Perez; quien con algunos soldados de su séquito se fué una noche á la posada de Turriaga, á tiempo que cenando con muchos de sus huéspedes continuos, se hallaba bien ajeno de la traycion, que le habia dispuesto Aguirre, y viendo en-

trar á Martin Perez se levantó de la mesa á recibirle con toda cortesania, como á su Maestre de campo; pero apenas le quitó el sombrero para hablarle, cuando embistiéndole todos, unos con lanzas, y otros con las espadas, le dieron tantas heridas, que revolcándose en su sangre, perdió al instante la vida; y como en todo eran irregulares las acciones de aquel tirano, habiendo hecho matar á aquel hombre tan sin causa, el dia siguiente, mostrando gran sentimiento de su muerte, (como si en ella no hubiera tenido intervencion) lo mandó enterrar con pompa funeral, asistiendo él al entierro, llevando tras el cadáver todas sus escuadras, enlutadas y arrastrando las vanderas al son de los tambores destemplados.

En estas bizarrias, como suyas, se hallaba Aguirre entretenido, cuando despues de haber el Provincial partido de Maracapana con su navio, y dado aviso en Cumaná, el Collado, y la Borburata, se llegó á descubrir desde la Margarita, que navegando de mar en fuera venia en demanda de su puerto; y discurriendo el tirano, que Monguia, ejecutando su órden, se lo traia apresado, alegre con su vista trataba ya de disponer su partida; pero breve convirtió en desesperacion su regocijo, por haber arribado al pueblo una piragua en que iba un negro de Maracapana, que le dió cuenta de todo expresándole como Monguia, y sus compañeros voluntariamente se habian entregado al Provincial; de que recibió Aguirre tanto enojo, que prorumpiendo en blasfemias contra Dios, y amenazas contra los pobres vecinos, juraba lleno de cólera, que habia de pasar á cuchillo toda la jente de la isla, y regar con su sangre la ciudad, sin dejar en ella piedra sobre piedra, para que al recuer-

do de sus ruinas se conservase la memoria de su furor.

Ibase ya en esto acercando el navio para tierra, y por la derrota que traia conocieron con claridad venia á surjir á un paraje, que llaman Punta de piedras, cinco leguas distante del puerto de Mompatare, (que es el principal de la isla) y recelando el tirano no intentase el Provincial saltar en tierra con su jente, empezó á disponer la que le pareció bastante de la suya para salirle al encuentro; pero antes de ejecutarlo, porque no quedasen sin efecto sus amenazas, mandó á su alguasil Francisco de Carrion fuese á la fortaleza, y diese garrote al Gobernador D. Juan de Villandrando, al Alcalde Manuel Rodriguez, al Alguasil mayor D. Cosme de Leon, al Rejidor Caceres, y á Juan Rodriguez, criado del Gobernador: dilijencia, que no dilató mucho el Carrion, pues llevando consigo algunos negros, y cordeles para instrumentos del suplicio, bajó á una sala subterranea del castillo donde estaban los presos, y les notificó la amarga sentencia de su muerte; y aunque á los principios, absortos al oir semejante tirania, no se podian persuadir á la certeza de tan grande desventura, conociendo despues que iba de veras, y que no tenia remedio, trataron de aprovechar el poco tiempo que permitia la priesa que les daban aquellos crueles ministros, y pidiendo á Dios misericordia con repetidos actos de contricion, entregaron las gargantas al dogal, y á los verdugos la vida.

Este fué el lastimoso paradero de D. Juan de Villandrando en lo mas florido de su edad lozana, pues no llegaba á cuarenta años, cuando su confianza inadvertida lo condujo á la desdicha de fin tan lamentable;

su cuerpo cubierto con una estera, y junto con los demas dejó Carrion en la misma sala, donde estuvo hasta poco despues de media noche, que hizo llamar Aguirre á sus soldados, y dándoles cuenta de los motivos que tuvo su crueldad para cometer aquella infamia, á la luz de algunas hachas, que mandó encender para el efecto, les mostró los ya diformes cadáveres, procurando persuadirlos con la misma atrocidad de aquel delito, sobre los demas que tenian cometidos, á que perdiesen la esperanza de conseguir perdon del Rey en ningun tiempo, solo á fin de que obstinados con el temor del castigo, se precipitasen mas en la rebelion que tenian comenzada; y no atreviéndose á desampararlo, poder él á la sombra de sus Marañones, conservar su tirania.

Fenecido el acto de tan horrible espectáculo, mandó luego Aguirre abrir dos sepulturas en la misma sala donde enterraron los cuerpos, y porque los demas vecinos participasen tambien de la afliccion, y del susto, hizo que en aquella hora (que serian ya las dos de la mañana) los recojiesen todos con sus mujeres, é hijos dentro de la fortaleza, donde, aunque ignoraban la muerte del Gobernador (por haber puesto Aguirre gran cuidado en que se les ocultase) combatidos de mil temores esperaban las suyas por instantes, pasando entre desconsuelos, y congojas el resto de la noche, hasta que al amanecer, dejando Aguirre encomendada la fortaleza y los presos á su Maestre de campo Martin Perez, tomó la marcha con ochenta arcabuceros para Punta de piedras, donde habia surjido el Provincial: mas poco antes de llegar al puerto, teniendo noticia de que levado el navio navegaba puesta la proa para Mompa-

tare, dió aceleradamente la vuelta á la ciudad, con el recelo de que su ausencia no fuese causa de alguna novedad irreparable.

Tenia Aguirre entre sus capitanes uno llamado Cristóbal Garcia, que antes habia sido galafate, y este, ó por enemistad que profesaba al Maestre de campo Martin Perez, ó porque las mas veces permite la Divina providencia, que los tiranos sean el mejor cuchillo unos para otros, luego que Aguirre volvió de Punta de piedras, dando color á su malicia con el zelo de su lealtad, le dijo muy en secreto tuviese cuidado con su vida, por que su Maestre de campo, unido con otros de los soldados, determinaba quitársela en la primera coyuntura que les ofreciera el tiempo, para levantarse con todo, y retirarse á Francia, á cuyo fin estaban convocados; y en celebracion de lo tratado entre ellos, gozando aquel dia de la ocasion de su ausencia, mientras fué á Punta de piedras, habian tenido un célebre banquete entre los conjurados, con brindis, y trompetas, que habiendo sido público, fué fácil certificarse Aguirre de la verdad del convite, aunque no de la intencion; y como á esto se agregase haber sabido tambien, que el mismo dia estando en la plaza de la ciudad algunos soldados en rueda, se movió conversacion entre ellos sobre quien podria gobernarlos en caso que faltase Aguirre, y hallándose presente Martin Perez, dijo: caballeros aquí estoy yo, que serviré á todos, y haré lo que soy obligado, si faltare el viejo: circunstancias, que juntas unas con otras le parecieron bastantes al tirano para quitarle la vida, y enviándolo á llamar con el pretexto de comunicar con él algun negocio, dió órden á un fulano de Cha-

ves, muchacho en la edad, pero redomado en las costumbres, y á otros de su ralea, para que luego que entrase el Martin Perez en la fortaleza le diesen de puñaladas, en que anduvieron tan prontos, que apenas puso los pies en el alojamiento, cuando Chaves por detras, y los otros por los lados, le dieron tantas, y tan penetrantes heridas, y cuchilladas, que echando los intestinos y sesos por diferentes partes del cuerpo, cayó muerto pidiendo confesion; y como el desdichado, entre las agonias del morir, procurase evitar su desventura, huyendo de un lado á otro, y los homicidas por acabarlo de una vez corriesen tras él furiosos, fué tal el alboroto que formaron dentro de la fortaleza, que los afiijidos vecinos como se hallaban présos llenos de confusion, y sobresalto, llegaron á discurrir era ya el último lance de sus vidas, y buscando con la turbacion algun remedio para librarlas, sin reparar en el evidente riesgo de su precipitacion, un Domingo Lopez, Pedro de Angulo, y Maria de Trujillo, mujer de Francisco de Rivera, se arrojaron por las almenas de la fortaleza con tan buena fortuna, que con haber caido de bien alto sin recibir daño alguno; tuvieron lugar para correr, y esconderse entre unos cardonales, que les sirvieron de asilo para asegurar en ellos la libertad, y las vidas.

Uno de los principales cómplices en la conjuracion de Martin Perez, segun la relacion de Cristóbal Garcia, era Anton Llamoso á quien Aguirre habia nombrado en lugar de Henriquez de Orellana por Capitan de la municion; y viéndolo pasar el tirano por allí cerca, tan poco despues de la muerte del Maestre de campo, que aun estaban los agresores con las armas en las manos, le

dijo: tambien me dicen, hijo mio, que vos erades uno de los de la liga contra mí; pues como? esa era la amistad? A este cargo empezó á satisfacer Anton Llamoso, protestando con mil juramentos, y blasfemias ser testimonio de sus émulos para ponerlo mal con él; y pareciéndole por las demostraciones de Aguirre, que no daba mucho ascenso á sus palabras, quiso comprobar con obras su inocencia, y con una furia, ministrada de algun espíritu diabólico, se arrojó sobre el cadáver de Martin Perez, que tendido en el suelo hecho pedazos, causaba horror el mirarlo; y diciendo: á este traydor, que queria cometer semejante maldad, beberle la sangre, empezó á chuparle los sesos por las heridas que le partian la cabeza, con la rabia que pudiera un alano cebarse en una res muerta, quedando Aguirre satisfecho de su fidelidad con accion tan inhumana, y los presentes absortos al ver la bárbara impiedad de aquel demonio.

Dejamos el navio del Provincial navegando de Punta de piedras para el puerto de Mompatare, y aunque en distancia tan corta, retardado con la fuerza de las corrientes, y algunos vientos contrarios, no pudo llegar á tomar tierra hasta pasados dos dias, que empavesado de flámulas, vanderas, y gallardetes, amaneció dado fondo algo distante el mar afuera recelando el daño que le pudiera hacer la artilleria; y prevenido Aguirre á la defensa, salió de la fortaleza, llevando consigo cinco falcones de bronce, y un tiro de fruslera bien cargados, para embarazar con ellos el desembarque, que pudiera intentar el Provincial, y con la jente que le pareció seria bastante marchó para la playa, á tiempo que ya

los del navio en algunas piraguas, y canoas venian á saltar en tierra; pero reconociendo el mal recibimiento con que los esperaba Aguirre, haciendo alto sobre los remos, se quedaron en distancia, donde sin alcanzar las balas se podian oir unos á otros, y supliendo las lenguas lo que habian de hacer las manos, paró todo el aparato en decirles á los traydores mil injurias, á que correspondieron ellos con otros tantos oprobios, y quedando todos satisfechos de haber desahogado su cólera sin riesgo, y tan á lo seguro, la jente del Provincial volvió al navio, y la de Aguirre á la ciudad, tan ufano este con el buen suceso de aquella guerra aparente, que luego que llegó á la fortaleza le escribió una carta al Provincial, como dictada de quien no tuvo en su vida otro ejercicio, que domar potros, y mulas, que era en lo que gastaba el tiempo en el Perú, cuyo tenor (aunque pase por prolijidad) es el siguiente.

Muy magnífico, y reverendo señor, mas quisiera hacer á V. P. el recibimiento con ramos, y flores, que con arcabuces, y tiros de artilleria, por habernos dicho aquí muchas personas ser mas que jeneroso en todo; y cierto por las obras hemos visto hoy en este dia ser mas de lo que nos decian, por ser tan amigo de las armas y ejercicio militar como lo es V P. y asi vemos, que la virtud honra, y nobleza alcanzaron nuestros mayores con la espada en la mano. Yo no niego, ni todos estos señores que aquí están, que salimos del Perú para el rio Marañon á descubrir, y poblar, de ellos cojos, de ellos sanos, de ellos mancos; y por los muchos trabajos que hemos padecido en el Perú, á hallar tierra, por miserable que fuera, para ampararnos en ella, y para dar descanso

á estos tristes cuerpos, que están con mas costuras que ropas de romeros, hubieramos poblado en ella: mas la falta de lo que digo, y con los muchos trabajos que hemos padecido, hacemos cuenta que vivimos de gracia, segun el rio, el mar, y hambre nos han amenazado con la muerte; y asi, los que vinieren contra nosotros hagan cuenta que vienen á pelear con los espiritus de los hombres muertos; y los soldados de V. P. nos llaman traydores, débelos castigar, que no digan tal cosa, porque acometer á D. Felipe, Rey de Castilla, no es sino de jenerosos, y de grande ánimo, porque si nosotros tuvieramos algunos oficios ruines, dieramos órden á la vida; mas por nuestros hados no sabemos sino hacer pelotas, y amolar lanzas, que es la moneda que por acá corre; si hay por allá necesidad de estos menudos, todavia lo proveeremos; hacer entender á V. P. lo mucho que el Perú nos debe, y la mucha razon que tenemos para hacer lo que hacemos, creo será imposible; á este efecto no diré aquí nada de ello, mañana, placiendo á Dios, enviaré á V. P. todos los traslados de los autos que entre nosotros se han hecho, estando cada uno en su libertad cómo estaban; y esto digolo en pensar, qué descargo piensan dar esos señores que ahí están, que juraron á D. Fernando de Guzman por su Rey, y se desnaturalizaron de los reinos de España, y se amotinaron, y alzaron con un pueblo, y usurparon la justicia, y los desarmaron á ellos, y á otros muchos particulares y les robaron las haciendas, y entre los demas Alonso Arias, sarjento de D. Fernando, y Rodrigo Gutierrez, su Jentil-hombre; de esotros señores no hay para que hacer cuenta, porque es chafalonia;

aunque de Arias tampoco la hiciera, si no fuera estremado oficial de hacer jarcias; Rodrigo Gutierrez cierto hombre de bien es, si siempre no mirase al suelo, insignia de gran traydor; pues si acaso alli ha aportado un Gonzalo de Zuñiga, padre de Sevilla, cecijunto, téngale V.P. por un gran chocarrero, y sus mañas son estas: él se halló con Alvaro de Hoyon en Popayan en la rebelion, y alzamiento contra su Majestad, y al tiempo que iban á pelear dejó á su capitan, y se huyó, y ya que se escapó de ellos se halló en el Perú, en la ciudad de Piura con Silva en un motin, y robó la caja del Rey, y mataron la justicia, y asi mismo se le huyó; hombre, que mientras hay que comer es diligente, y al tiempo de la pelea siempre huye, aunque sus firmas no pueden huir; de solo un hombre me pesa que no esté aquí, y es Salguero, porque teniamos necesidad de él, para que nos guardara este ganado, que lo entiende muy bien; á mi buen amigo Martin Bruno, á Anton Perez, y Andres Diaz les beso las manos; á Monguia, y á Artiaga Dios los perdone, porque si estuvieran vivos tengo por imposible negarme, cuya muerte ó vida suplico á V. P. me haga saber, aunque tambien queriamos que todos fuesemos juntos, siendo V.P. nuestro patriarca, porque despues de creer en Dios, el que no es mas que otro, no vale nada, y no vaya V. P. á Sto Domingo, porque tenemos por cierto que le han de desposeer del trono en que está; y en lo de la respuesta suplico á V. P. me escriba, y tratémonos bien, y ande la guerra, porque á los traydores Dios les dará pena, y á los leales el Rey los restituirá, aunque hasta ahora no vemos ha resucitado ninguno el Rey, ni

sana heridas, ni da vidas. Nuestro Señor la muy magnífica, y reverenda persona de V. P. guarde, y en gran dignidad acreciente. De esta fortaleza de la Margarita besa la mano de V. P. su servidor. Lope de Aguirre.

Esta fué la discreta carta del tirano, que remitida con unos indios en una piragua, llegó á manos del Provincial; quien cumpliendo con las obligaciones de su estado, no obstante el conocimiento en que se hallaba del poco fruto que podia esperar su buen deseo en la obstinada perfidia de aquel hombre, á quien parece habia Dios dejado de su mano, con el motivo de dar respuesta á su carta, procuró por escrito persuadirlo á que dejando el errado camino que llebaba, se redujese á la obediencia que debia á quien por naturaleza era su Rey; y en caso que su ciega obstinacion no le diese lugar á tomar medio tan justo, atendiese como cristiano á la veneracion de los templos, y á la honra de las mujeres, y que por el amor de aquel Señor, que le habia de pedir estrecha cuenta, se cansase ya de bañar la espada en tanta sangre inocente como habia derramado su crueldad en aquella isla infeliz. Esta respuesta remitió el Provincial con los mismos indios que le llevaron la carta de Aguirre, y sin aguardar á mas levó las anclas, y dándose á la vela tomó la vuelta de Sto. Domingo á dar aviso de las operaciones del tirano, quedando hasta hoy entre los estadistas graduada su resolucion por imprudente, pues habiendo parado su aparato en solo hacer obstentacion de su navio, fué causa su llegada á la Margarita, para que irritada aquella fiera quitase la vida al Gobernador, y á los demas vecinos: tirania, que quizas no hubiera ejecuta-

do, á no temerse del favor que pudieran dar al Provincial estando vivos.

CAPITULO IV.

SALE PEDRO ALONSO GALEAS HUYENDO de la Margarita: ahorca el tirano á Ana de Rojas; y ejecutadas otras crueldades desampara la isla.

TAN poca fué la operacion que hicieron las piadosas persuasionas del Provincial en el corazon indómito de Aguirre, que antes parece convirtió en veneno su malicia el saludable antídoto de sus sanos consejos, pues como si saliera de represa la inundacion de sus iras, el mismo dia que recibió la carta hizo ahorcar en el royo de la plaza á dos de sus soldados, sin mas delito, que haberlos hallado recostados en la playa á la sombra de unos cardones, y haber hecho juicio su desconfianza, de que el estar allí de aquella suerte era esperar ocasion para pasarse al navio: injusticia, que acompañó con otra crueldad mayor, pues sin otro motivo que su gusto mandó dar garrote á Martin Diaz de Almendariz, primo-hermano del Gobernador Pedro de Ursua, á quien con admiracion de todos habia traido desde el Marañon, (aunque desarmado, y como preso) conservándole la vida; y determinado á dejarlo en aquella isla, le tenia dada licencia para que asistiese en una estancia, donde, sin hacer agravio á nadie, vivia el miserable retirado desde que Aguirre llegó á la Margarita; pero cansado ya, ó arrepentido de haber usado con él tanta piedad

envió los verdugos á la estancia á que le diesen garrote; y como estos para adular al tirano procuraban por su parte hacer mas horrorosas las crueldades, ejecutaron la muerte sin dejarlo confesar, aunque se hallaba presente un relijioso Domínico, de quien pretendia recibir aquel consuelo.

Perdida la esperanza de conseguir el navio del Provincial, en que habia discurrido Aguirre ejecutar su partida, trató de que con toda brevedad se acabase de perfeccionar ena embarcacion, que tenia en el hastillero el Gobernador D. Juan de Villandrando, pues en ella, y otros dos barcos razonables que le habian quedado de los que sacó del Marañon, podria con conveniencia acomodar toda su jente para navegar con desahogo: y en el interin que se fenecia la fábrica, entre las prevenciones que dispuso para su avio, mandó hacer unas vanderas de tafetan negro, sembradas de espadas rojas, porque fuesen á un mismo tiempo insignias de su malicia, y públicas señales de su impiedad, manifestando en la divisa, y el color los estragos, y muertes, que tenia por blason su tirania, y con jentil desacato, y desvergüenza las hizo bendecir publicamente el dia de la Asuncion de nuestra Señora con la celebridad de una misa muy solemne, como si á la sombra de aquellos infames estandartes hubiera de conseguir algunos triunfos la iglesia; y hecha la bendicion las entregó á sus capitanes, encargándoles la perseverancia con que debian mantener la guerra, para llevar adelante la inobediencia, y rebelion que tenia comenzada contra el Rey, á cuyo fin les era lícito cometer cuantos insultos, y robos ofreciese la ocasion, pues todo lo permitia el honroso ejer-

cicio en que se hallaban; pero no obstante el consentimiento de libertad tan ámplia como la que Aguirre daba á sus soldados, para que con la aficion de aquella vida desgarrada se mantuviesen firmes en seguirlo, y no lo desamparasen, como quiera que entre ellos habia algunos que á mas no poder, y solo violentados del temor, mantenian su compañia, no fueron bastantes las cautelosas prevenciones del tirano, para que ellos dejasen de hacer su dilijencia, solicitando cualquiera coyuntura para ponerse en salvo.

Era uno de estos Pedro Alonso Galeas, natural del Almendralejo en la Estremadura, Capitan que habia sido de infanteria cuando gobernaba aquella jente el Jeneral Pedro de Ursua; y determinado á buscar forma, para pasarse á Tierra-firme, antes que el tirano saliese de la isla, con el secreto que requeria la materia para asegurar su vida, se concertó con dos indios, naturales de la Margarita, de los que llaman Guaiqueries, disponiendo con ellos le labrasen una piragua, y la tuviesen escondida en una caleta, que formaba el mar cerca de una montaña, poco mas de media legua distante de la ciudad: dilijencia, que ejecutada con recato, facilitó los primeros pasos de su fuga; pero para poder conseguir esta, y tener tiempo de escapar sin que lo echasen menos, le fué preciso valerse de una traza, la mas aguda que por entónces pudó discurrir la industria.

Tenia Aguirre un caballo de color castaño, que habia reservado para sí de los despojos de D. Juan de Villandrando: era de natural brioso, hermosa presencia, galana huella, y muy violento en la carrera; y siendo Pedro Alonso de los mejores jinetes de su tiempo, gus-

taba mucho el tirano de que montase en él, por gozar de los primores que le hacia obrar en el paseo; montó una tarde como lo acostumbraba siempre, y con cuidado fuele desde el principio atacando la rienda mas de lo que solia para encenderle el brio; de suerte, que cuando llegó á la plaza donde le esperaba Aguirre, iba tan enfurecido, que reventando de coraje era su capacidad poco ámbito para desahogar su cólera, y viéndolo Aguirre tan bizarro con la hermosura de su mismo brio, le mandó pasar carrera, que era á lo que tiraba Pedro Alonso para entablar su máxima; y asi, batiéndole luego los hijares, le soltó la rienda, aguijándolo de propósito para que empeñado en la carrera, no parase en mas de cuatro cuadras de distancia, teniendo lugar con esto de atribuir á defecto del caballo, por poca sujecion al freno, lo que en realidad era disposicion de su cuidado para lograr su traza; y continuando de esta suerte en montar todas las tardes, cada dia le iba alargando un poco mas la carrera, de calidad, que por entretenimiento concurrian ya muchos á ver la precipitacion de aquel caballo desvocado, porque Pedro Alonso, llevando adelante su finjimiento, solia cojer tan dilatada la carrera, que saliendo al campo no volvia en una hora á la ciudad, hasta que pareciéndole ya tiempo de ejecutar su fuga, previniendo primero los dos indios Guaiqueries para que lo esperasen en la playa, montó como lo acostumbraba, en el caballo, y apretándole bien los acicates, no paró hasta llegar á la caleta, donde tenia escondida la piragua, y metiendose en ella con los indios, empezó á navegar á todo remo, para atravesar á Tierra-firme, logrando el tiempo de asegurarse mientras duraba el

engaño porque Aguirre, discurriendo que seria lo mismo que los dias antecedentes, no le dió cuidado la tardanza, hasta que viendo que habian pasado tres horas, y no volvia á la ciudad, temeroso de alguna desgracia, que pudiera haberle sucedido, envió algunos soldados á buscarlo, y siguiendole el rastro por las huellas, hallaron el caballo amarrado á un tronco en la caleta, con otras evidentes señales de su fuga.

Burlada de esta suerte la malicia del tirano por la astucia sagaz de Pedro Alonso, tuvo lugar este de atravesar sin susto á Tierra-firme, y dejándose ir la costa abajo hasta el puerto de Cumanagoto, encontró allí á Francisco Fajardo, que noticioso de lo que pasaba en la Margarita, habia salido del Collado con ánimo de procurar á todo trance desbaratar al tirano, como lo hubiera conseguido á noestorvarselo la antigua emulacion con que Alonso Cobos, Teniente de Cumaná, procuró siempre deslucir lo heróico de sus acciones, pues valiéndose del pretexto de que sin licencia suya sacaba los indios de la jurisdiccion de su distrito, envió un cabo con jente armada para que lo prendiesen, á tiempo que Fajardo se hallaba disponiendo el embarque de quinientos indios, que le daban para la expedicion que pretendia los dos caciques, sus amigos, Don Alonso Coyegua y Don Juan Caballo; pero avisándole un indio, que llegó de Cumaná, lo que habia dispuesto Cobos, por escusar competencias, y disgustos encaminando primero á Pedro Alonso para la Borburata, sin aguardar á mas, con solos sesenta indios, que tenia embarcados, se dió á la vela, puesta la proa para la Margarita.

Notables fueron los estremos que hizo Aguirre

cuando conoció la chanza que le habia armado el disimulo de Pedro Alonso; y para que de una vez pasasen en desesperacion sus sentimientos, quiso la mala suerte que el dia siguiente se le huyese otro soldado, llamado Alonso de Villena, que era uno de los de su mayor confianza y cómplice principal en sus mayores delitos; golpe, que le llegó muy al alma, por ver que lo desamparaban ya los mas amigos; y no pudiendo vengarse en quien fué causa de su enojo, por no haber sido bastantes las dilijencias que hizo para hallarlo, mandó matar á Francisco Dominguez, y á Diego de Loaisa, solo porque eran camaradas de Villena; y con una infernal saña, propia de aquel corazon endemoniado, hizo ahorcar en el royo de la plaza á una señora principal de la ciudad, llamada Ana de Rojas, tomando por pretexto para crueldad tan inhumana, el que habia sido sabedora de la fuga de Villena; y convirtiendo aquella tirania en fiesta, y pasatiempo los traydores, cuando la querian ahorcar entró una escuadra de ellos con sus arcabuces en la plaza, y estando á medio morir la pusieron por blanco de sus tiros, disparando sobre ella de mampuesto á vista de su infame jeneral, que con aplauro celebraba los aciertos de quien con mejor punteria partia la cabeza, ó el corazon de aquella ilustre matrona.

Era casada esta señora con un noble Montañez, llamado Diego Gomez de Ampuero, hombre viejo, tullido, y muy enfermo, que á la sazon estaba retirado en el campo en una estancia suya, acompañado de un relijioso sacerdote del órden de Sto. Domingo; y pareciéndole á Aguirre que tambien habria tenido parte en la fuga de Villena, para que entrase tambien en cuenta

de su despique, mandó á Pedro de Paniagua, su Barrachel de campaña, que le fuese á dar garrote, en que anduvo tan puntual, que no solo quitó la vida al pobre viejo, sino tambien al relijioso, sin mas órden que su propia autoridad, y discurrir quedaria Aguirre mas gustoso, mientras él se mostraba mas tirano, como le sucedió, pues compláciéndose el traydor con la perpetracion del sacrilejio, le sirvió aquel de incentivo para cometer otro mas terrible.

Asistia en la ciudad un relijioso del mismo órden Domínico (cuyo nombre no he podido averiguar) varon de aprobadas costumbres, y de inculpable vida, con quien Aguirre, mas por cumplimiento, que por devocion, quiso confesarse un dia; y como el santo sacerdote, con el conocimiento de su mal propósito, atendiendo, sin rezelo, ni temor solo, á cumplir con la obligacion exacta de su oficio, le negase la absolucion, repreendiéndole con entereza lo execrable de sus maldades, le cobró tan mortal odio, que determinó matarlo; pero como la fuerza de la virtud es tanta, aun con ser aquel un hombre desalmado, y sin temor á Dios, ni al mundo, le tuvo siempre atadas las manos el respeto que causaba la presencia de aquel sacerdote venerable, hasta que pareciéndole aquella ocasion acomodada para salir del cuidado, le dijo á Paniagua: vos traeis la mano hecha á matar frailes, hacedme gusto de matarme este otro, para que otra vez no sea tan escrupuloso; no hubo menester el Barrachel que se lo rogasen mucho, pues al instante partió á poner por obra lo que le encargaba Aguirre, y encontrando al relijioso que salia de la iglesia, lo cojió por la mano, y metiéndolo en

el zaguan de una casa, le notificó la sentencia de su muerte, que oyó el santo varon con gran constancia, pues hincándose de rodillas, sin la mas mínima perturbacion en el ánimo, empezó á rezar el Psalmo *Miserere mei Deus;* pero antes que lo acabase, no sufriendo tanta espera la priesa de aquel verdugo infernal, le puso los cordeles por la boca, y empezó á darle garrote por detras con tanta fuerza, que se la rompió, é hizo pedazos; mas viendo que no moria con el inhumano rigor de tal tormento, le bajó el cordel á la garganta, apretando hasta quitarle la vida, para que pasase á coronarse por martir, en premio de haber sabido cumplir con la obligacion de confesor.

Compuestas ya, y prevenidas las embarcaciones (despues de haber mandado ahorcar á Simon de Sumorostro, y á Ana de Chaves) se hallaba Aguirre en vísperas de su partida, cuando aportó Francisco Fajardo á la Margarita, y saltando en tierra con los sesenta indios flecheros, que cojió en Cumanagoto, se emboscó en un montecillo bien cercano á la ciudad, con resolucion de dar un tiento á la fortuna, y ver si ayudado de los vecinos podia conseguir la dicha de derrotar al tirano; pero aunque lo intentó su valor, y buscó la ocasion su dilijencia, no pudo tener efecto su deseo, porque rezeloso Aguirre de la mudable fe de sus soldados, y temiendo no lo desamparasen algunos, fiados en el abrigo que les ofrecia Fajardo, cerró las puertas de la fortaleza, dejándolos todos dentro, y como se hallaba ya inmediato á su partida, apresuró cuanto pudo el embarcarse, con tanto miedo, y recato, que para haberlo de hacer rompió un portillo alto en la muralla, que caia

sobre el mar, y poniendo en él una escalera iban bajando á embarcarse los soldados uno á uno, estando él á la mira haciendo guardia con sus mas confidentes, y allegados; y como Alonso Rodriguez, su Almirante, y amigo de los del alma, le advirtiese en esta ocasion, que se apartase un poco de la playa, porque no le mojase la reventazon del mar; como si fuera algun agravio la advertencia, se encendió el tirano en tan grande ira, que metiendo mano á la espada, le cortó el brazo de una cuchillada; y no satisfecho su enojo aun todavia, lo mandó matar allí á estocadas, para que por despedida quedase en aquella playa este testimonio mas de su crueldad; y al fin embarcados todos, y llevándose consigo al Licenciado Pedro de Contreras, Cura y vicario de la Margarita, se dió á la vela el tirano en las tres fustas que tenia prevenidas, dejando malogrados los honrados intentos de Fajardo, por haber llegado tarde, pues no hay duda, que si hubiera sido su arribo anticipado con mas tiempo, lograra su resolucion la felicidad de una cumplida victoria.

Estas fueron las operaciones del tirano en aquella isla desdichada, y si la pluma hubiera de expresar por menor todos sus desafueros, no hubiera corazon para sufrir crueldades, ni ojos para llorar lástimas, pues fueron tales los insultos, robos, y atrocidades, que cometió aquella fiera, que con estar entónces la isla en la mayor exaltacion de su opulencia con la pesqueria de sus perlas, fueron bastantes los cuarenta dias de su asistencia en ella para dejarla tan destruida, que en muchos años despues no pudieron sus vecinos conseguir el reparo de sus ruinas.

CAPITULO V.

LLEGA AGUIRRE A LA BORBURATA: SAquean la ciudad, y pasa á la Valencia: pide el Gobernador socorro á Mérida, y previenese para la defensa.

AUNQUE siempre habia sido la fija resolucion de Aguirre encaminar su derrota á Nombre de Dios para pasar del Perú á Panamá, luego que salió al mar le hizo variar el dictámen la consideracion, de que habiendo el Provincial dado aviso de su arribo á la Margarita en todos los puertos de la costa, le seria dificil conseguir el tránsito por la parte que tenia premeditada, estando ya prevenidos; y asi, mudando rumbo á la derrota, mandó poner la proa á la Borburata, con ánimo de atravesar esta provincia, y el nuevo Reino, para entrar al Perú por Popayan, sin reparar en que huyendo un inconveniente imajinado, emprendia un imposible impracticable; pero como la Divina Justicia tenia ya determinado darle breve el castigo á sus maldades, permitió, que ciego con la confusion de su mal discurso intentase semejante desatino, para que á los primeros pasos de su viaje pagase con la vida las muchas que habia quitado su crueldad.

Puesta, pues, la proa para la Borburata, empezó á navegar con gran trabajo, asi por la poca práctica de los pilotos que llevaba, como por las muchas calmas, que le sobrevinieron en aquella corta travesia: causa para que su impaciencia, y natural endemoniado, al ver la dilacion que padecia prorumpiese (como siempre

acostumbraba) en mil blasfemias contra Dios, y su bendita Madre, pues unas veces, alzando los ojos al cielo, decia: Dios, si algun bien me habeis de hacer, ahora lo quiero, y la gloria guardadla para vuestros santos; otras, con ira mas que diabólica decia: que Dios era un novelero, pues habiéndolo favorecido hasta allí, ya lo desamparaba, por ayudar á sus contrarios; y á este tono ensartaba otro mar de disparates, tan horribles, y que aun con ser jente tan desalmada sus soldados, quedaban escan[illegible] dando espera la bondad Divina para los arrepentimientos de aquel hombre, permitió, que pasados ocho dias de navegacion llegase el dia siete de Septiembre á tomar puerto en la Borburata, cuyos vecinos al descubrir las embarcaciones, conociendo por las señas ser las que esperaban del tirano, por no hallarse con fuerzas suficientes para hacerles resistencia, se retiraron á los montes con sus familias, y muebles, y con presteza despacharon aviso al Gobernador Pablo Collado, que á la sazon estaba en el Tocuyo.

Con esta noticia trató luego el Gobernador de prevenirse para buscar la defensa; mas como el encojimiento de su espíritu no era para disponer estas materias, ni le permitia empeñarse en funciones militares, á que no estaba acostumbrado, como ajenas de su profesion togada, nombró por Jeneral á su antecesor Gutierrez de la Peña, (que se habia avecindado en el Tocuyo) á quien entregó el Gobierno de las armas, para que corriesen por su cuenta todas las disposiciones de la guerra, y haciendo llamamiento de toda la jente que tenia en la provincia, para que concurriese á la nueva Sego-

via, donde se habia de formar la masa del ejército, despachó tambien á Mérida, pidiendo á Pedro Brabo de Molina, Justicia mayor de aquella ciudad, viniese á socorrerlo, por hallarse ya con el enemigo á los umbrales, y con pocas fuerzas para hacerle oposicion; y juntamente escribió á Diego Garcia de Paredes, (que como dejamos dicho, por algunos sinsabores que tuvo con Collado despues que pobló á Trujillo se habia retirado á Mérida) rogándole no lo desamparase en [illegible] posponer el real servicio al disgusto de sus propios sentimientos, para cuyo reparo estaba pronto á darle la satisfaccion que mas gustase.

No necesitaba Paredes de esta súplica prra cumplir con las obligaciones de su sangre, pues abandonando conveniencias, é intereses supo siempre su valor acreditar de fina su lealtad; y asi, luego que recibió la carta del Gobernador, (mientras Pedro Brabo disponia la jente que habia de llevar consigo para el socorro) con catorce camaradas de su séquito partió para el Tocuyo, donde estimando Collado tanto la prontitud, como la fineza, le pidió perdon de los disgustos pasados, y rogó que en la ocasion presente lo favoreciese, sirviendose de admitir el baston de Maestre de campo, ya que la urjencia de tan repentino aprieto lo habia obligado á nombrar por Jeneral á Gutierrez de la Peña: eleccion, que no hubiera hecho si tuviera presente su persona, pues de justicia era acreedor á la preferencia de aquel puesto; y como Paredes solo tenia puesta la mira al servicio de su Rey, sin atender á otros puntos, que dicta la vanidad, aceptó sin repugnancia, ofrecién-

dose á perder la vida, ó salir bien del empeño.

Puesto Aguirre en la Borburata, saltó luego en tierra con su jente media legua distante de la ciudad, y sin permitir se le apartase de allí ninguno de sus soldados, se quedó acuartelado en la playa aquella noche, persuadido quizá á que podria como en la Margarita cojer á los vecinos con engaño; pero viendo que amaneció el dia siguiente, y que no venian á visitarlo (habiendo primero hecho matar un Portugues, llamado Antonio de Faria, solo porque al descubrir el puerto, preguntó si aquella era isla, ó tierra firme) despachó á la ciudad una escuadra compuesta de sus mas amigos, para que reconociesen el estado en que se hallaban, ó la intencion que tenian sus moradores; pero llegados al pueblo, como todos se habian retirado, buscando seguridad en las montañas, estaba tan desamparado, y yermo, que solo encontraron en él á Francisco Martin, uno de los que con el Capitan Monguia se habian quedado con el Provincial en Maracapana, que arrastrado de su mala inclinacion, y depravadas costumbres, volvia á buscar la vida licenciosa de los soldados de Aguirre: fineza, que le agradeció el tirano, estimando la perseverancia en su amistad tanto, como la noticia que le dió de estar por aquellos contornos otros de sus compañeros, á quienes deseando Aguirre reducir otra vez á su obediencia, les escribió una carta llena de ofrecimientos, y favores, y dándosela á Francisco Martin, acompañada de un buen vestido, y otros regalos de precio, lo despachó para que se los buscase, encargándole mucho hiciese la dilijencia con empeño; pero no fueron bastantes las que puso su cuidado para poder descubrirlos, porque cautelando pre-

venidos el evidente riesgo de sus vidas, se ocultaron de calidad, que desengañado Francisco Martin de poderlos encontrar, se volvió á la Borburata.

Malograda de esta suerte la esperanza que tuvo Aguirre de recojer otra vez sus Marañones, habiendo convertido en cenizas sus tres embarcaciones, y otra de unos mercaderes, que estaba anclada en el puerto, trató de pasar á la Valencia para ir ganando tierra en el dilatado viaje, que emprendia su inconsideracion temeraria; y para poderlo hacer con alguna conveniencia, envió dos, ó tres tropas de soldados á buscar por las estancias vecinas algunas cavalgaduras para la conduccion de los carruajes: dilijencia con que solo pudo conseguir hasta veinte, ó treinta yeguas serreras, pero á tan costoso precio, que los mas de los soldados volvieron muy mal heridos de las puas envenenadas, que por disposicion de los vecinos tenian sembradas los indios por todas las veredas, y caminos; de que recibió el tirano tanta alteracion, y sentimiento, que luego empezó, como solia, á echar blasfemias contra Dios; y para desahogar su infernal rabia mandó publicar por las calles de la ciudad guerra cruel á sangre, y fuego contra el Rey de Castilla, y sus vasallos; y si le preguntáramos á este hombre, en qué fuerzas fundaba su atrevimiento esta locura? halláramos, que todo su poder se reducia á ciento y cincuenta hombres no cabales, y seis tiros de fruslera, un macho, y tres caballos, que era todo el aparato con que pensaba su mal juicio avasallar las Indias; á cuya resolucion no queda otra salida, que ponderar los despeños á que se precipita un hombre á quien Dios tiene dejado de su mano.

Como la ciudad habia quedado despoblada con el retiro de todos sus vecinos, no quisieron los soldados de Aguirre pasar sin aprovechamiento en el trabajo; y asi, repartidos en cuadrillas salieron por todas partes al pillaje, rastreando por los montes cuanto pudo ocultar la prevencion; en que anduvieron tan solícitos, que no dejaron quebrada, ni arcabuco que no trastornase su codicia. Una cuadrilla de estas, remontándose algo mas que las otras por una senda mal hollada, vino á parar á unos bujios, distantes del pueblo cuatro leguas, donde estaba retirado un Benito de Chaves, (que á la sazon era Alcalde de la Borburata) con su mujer, y una hija, casada con D. Julian de Mendoza, que tambien se hallaba allí ya de vuelta del valle de S. Francisco, donde lo dejamos acompañando á Juan Rodriguez; y despues de haber robado cuanto toparon á mano, sin hacer daño á las mujeres dieron la vuelta á la ciudad, llevando solo al tal Benito de Chaves, por lo que podia importar tenerlo Aguirre en su poder para cualquier contingente, y á un Amador Montero, á quien trató bien, y regaló el tirano, por parecerle en la cara un retrato de su padre.

Al mismo tiempo cojieron otros soldados á un mercader, llamado Pedro Nuñez, y llevándolo tambien á la presencia de Aguirre, le preguntó el tirano, qué causa habian tenido los vecinos para retirarse? y respondiéndole, que por el mucho miedo que tenian; replicó Aguirre le dijese con verdad, qué se decia de él, y de sus compañeros? y aunque temeroso de lo que podia suceder, procuró escusarse de responder á la pregunta: fueron tantas las instancias que le hicieron, que el mise-

rable, entre confuso, y turbado, hubo de decir: Señor, todos tienen á su merced, y á los que le acompañan por unos crueles Luteranos: palabras, que encendieron á Aguirre en tanta cólera, que quitándose de la cabeza la celada, amagó á tirarle con ella, diciéndole: bárbaro, necio, no sois mas majadero que eso? y aunque por entónces no pasó á mas el enojo, no tardó mucho despues sin que tomase venganza del agravio, porque uno de los soldados, buscando que robar como los otros, acertó acaso á encontrar una botija de aceitunas, que tenia enterrada el Pedro Nuñez, y escondidos en ella algunos tejos de oro; y como con la noticia del hurto ocurriese ante Aguirre pidiendo restitucion de su despojo, por que negó el delincuente, y no probó la calumnia Pedro Nuñez, lo mandó ahorcar luego al instante, para que todos conociesen lo que miraba por la buena opinion de sus soldados; de los cuales, uno llamado Juan Perez, estando algo achacoso, se salió á divertir al campo aquella tarde, y encontrándolo Aguirre casualmente sentado á las orillas de un arroyo, le dijo: qué haceis por aquí Perez? á que le respondió: Señor, ando falto de salud, y por buscar algun alivio me estoy entreteniendo viendo correr esta agua, replicóle Aguirre: pues segun eso no podreis seguir esta jornada, y asi, será bueno que os quedeis, porque yo no hago nada con enfermos; como vuesa merced mandare, respondió el soldado: y pasando de largo Aguirre sin hablarle otra palabra, se fué á su casa, de donde envió luego sus ministros para que lo llevasen preso, y sin que bastase la interposicion, ni el ruego de sus amigos, lo mandó ahorcar, escusándose con decir, que no podia perdonar la vida al que era ti-

bio en la guerra.

Ya en esto habia llegado el tiempo de estar todo prevenido para salir de la Borburata, y pasar á la Valencia, (que como en otro lugar tenemos dicho hay siete leguas de distancia de una parte á otra) y pareciéndole buena ocasion para escaparse á Pedro Arias de Almesta, y á Diego de Alarcon, soldados de los de Aguirre, discurriendo que con la revolucion del viaje no harian mucha dilijencia por buscarlos, se huyeron de la ciudad aquella noche; pero sabiéndolo el tirano mandó luego traer presas á la mujer, y á la hija del Alcalde Benito de Chaves, y llamándolo á él á su presencia, le dijo: vos sois Alcalde, y práctico de la tierra, y donde quiera que estuvieren mis soldados habeis de saber de ellos, andad á buscarlos, y traedmelos, porque de no hacerlo asi, me he de llevar al Perú vuestra hija, y vuestra mujer; y dejándolo en el pueblo para que hiciera lo que le tenia mandado, empezó á marchar para Valencia, llevándose consigo las mujeres; pero á poca distancia de camino alcanzó á ver desde el repecho de la cuesta una piragua, que con algunos españoles navegaba para el puerto, y dando priesa á su jente para transmontarla, porque no fuese vista desde el mar, hizo alto de la otra vanda de la cumbre, y dejándola encargada á Juan de Aguirre su confidente, y amigo de toda satisfaccion, con veinte y cinco arcabuceros volvió á bajar para la Borburata, con ánimo de apresar la jente de la piragua, para saber sus intentos; pero llegado á la ciudad, solo sirvió su dilijencia, de que asi él, como los mas de sus soldados, apurasen tanto una pipa de vino que encontraron, que todos quedaron embriagados menos Juan

de Rosales, Pedro de Acosta, y Jorje de Rodas, que no habiendo querido probarlo con cuidado, tuvieron lugar, logrando la ocasion de aquel desórden, para esconderse en el monte, y dejar la infame compañia del tirano.

Mientras Aguirre estaba divertido con el vino se abrasaban sus soldados en la cuesta faltos de agua; y como para remediar la ardiente sed que padecian se remontasen algunos por aquella serrania buscando algun refrijerio, fueron á dar á unos bujíos, que ocultaba la ramazon de una montaña, donde entre otros trastes que encontraron hallaron una capa, que luego conocieron todos era de Rodrigo Gutierrez, uno de los que con Monguia se quedaron en Maracapana: tenia la capa una capilla, y en ella estaba una probanza hecha á favor de su dueño ante la justicia de la Borburata; siendo uno de los testigos, y el que mas culpaba á Lope de Aguirre, acriminando sus acciones, aquel Francisco Martin, que volvió á buscar su compañia luego que llegó á la Borburata; y leyendo su dicho Juan de Aguirre, ciego de cólera al ver lo que decia contra el tirano, se fué para el Francisco Martin, que estaba allí presente, y le dió de puñaladas, mandando lo acabasen de matar otros soldados á balazos, entre quienes uno llamado Arana, de industria, ó por accidente, disparando el arcabuz atravezó con la bala á Anton García, (otro de los Marañones) y dió el muerto en tierra, sobre que se trabó tal alboroto entre los amigos de ambas partes, los unos culpando la accion por maliciosa, y los otros defendiéndola por impensada, que aunque el Arana procuró sosegarlos con decir, que lo habia muerto de prpósito, porque se habia querido huir aquella noche, y que lo

tendria por bien hecho el Jeneral; viendo que nada bastaba para aquietar á los amigos del muerto, tuvo por mejor acuerdo bajar á la Borburata, donde informado Aguirre de las rebeluciones de su campo, subió con toda priesa á componerlas, antes que pasase á mas el alboroto.

Sosegado todo con la presencia de Aguirre, el dia siguiente prosiguió su marcha para bajar á la Valencia; pero con tales trabajos por lo impracticable del camino, que ni las bestias, como poco acostumbradas á la carga, podian repechar lo agrio de su aspereza, ni los soldados, rendidos con el peso de las armas, y bagajes, que llevaban á cuestas, podian tolerar tan prolongada fatiga, pues era necesario en muchas partes pasar en hombros la artilleria, para vencer la fragocidad de aquellos riscos; y aunque Aguirre procuraba animarlos con su ejemplo, echando siempre mano á la carga de mas peso, sin embargo fueron necesarios seis dias de camino para la corta distancia de siete leguas, de cuyo afan, ayudado de los calores del sol, y ardimientos de su cólera, se le destempló á Aguirre la salud de suerte, que postradas las fuerzas con la congoja de ver los malos principios que llevaba la jornada que emprendia, fué preciso cargarlo en una hamaca, por no poderse ya tener en pie, y fatigado con el desabrimiento del achaque, pedia á sus Marañones le quitasen la vida por alivio; pero al fin, aunque agravado de la enfermedad, llegó á notable aprieto, empezó á mejorar luego que entró en Valencia cuyos vecinos, desamparando la ciudad, se recojieron con sus familias á las islas que tiene la laguna de Tacarigua, donde estuvieron retirados, sin que los soldados de Aguir-

re, por falta de canoas, pudiesen hacer dilijencia por buscarlos: prevencion, que irritó el natural ardiente del tirano, para que dijese mil oprobios, é injurias contra todos, tratándolos de cobardes, bárbaros y pusilánimes pues no habia habido indio ni español de aquella tierra, que se uniese á su compañia para seguir el ejercicio noble de la guerra, practicada desde el orijen del mundo entre los cuatro elementos, entre los hombres mas celebrados del mundo, y entre los mismos ánjeles en el cielo; y con este motivo decia tales disparates, y proposiciones tan horribles, que atormentaba los oidos de sus mismos compañeros, siendo otros tales como él.

CAPITULO VI.

SALE JUAN RODRIGUEZ DE LA VILLA de S. Francisco para oponerse al tirano, y muere peleando con los indios: mata Aguirre á algunos de sus soldados, y se previene para salir de Valencia.

DEJAMOS á Juan Rodriguez Suarez empeñado en la venganza, que solicitaba tomar su sentimiento por los agravios con que le habia ofendido la simulada traicion de Guaicaipuro; y como en la lealtad de su nobleza tuvo siempre el primer lugar el servicio de su Rey, sabiendo que Lope de Aguirre habia llegado á la Borburata, dejando por la mano la satisfaccion de sus propios sentimientos, determinó sacrificar su vida al riesgo de una temeridad, por dar la muerte al tirano; para lo cual consultada la materia con la resolucion de su valor in-

vencible, salió de la nueva poblacion de San Francisco solo con seis compañeros, de quienes tenia confianza su experiencia, bien prevenidos de armas, é industriados de la forma con que se habian de gobernar para lograr el intento. No se le ocultó este viaje á Guaicaipuro, que observando siempre los pasos de su enemigo por medio de sus espías, se hallaba noticioso de todos sus movimientos, y desde luego le dió por cortada la cabeza en los filos de semejante arrojo, pues teniendo por lograda la ocasion que habia deseado, para acabar de una vez con su contrario, convocó al Cacique Terepaima, para que saliéndole al encuentro con las tropas de sus Arbacos, al pasar por la loma de su nombre tuviese él lugar (siguiéndole las huellas) de acometerle por las espaldas con sus Teques.

Y aunque Terepaima, constante siempre en la amistad que estipuló con Fajardo, reusó á los principios meter prenda en la conjuracion, persuadido al fin de las instancias de Guaicaipuro hubo de convenir en entrar á la parte en la maldad. Ignorante de estos tratados Juan Rodriguez, salió (como dijimos) del pueblo de San Francisco, y habiendo hecho noche en el rio de San Pedro, el dia siguiente al trasmontar la montaña, que llaman las Lagunetas, halló toda la loma coronada de escuadrones, y penachos, con que la tenia ocupada Terepaima para embarazarle el paso, á tiempo que Guaicaipuro, siguiéndolo desde el rio, le tenia ya cojidas las espaldas, y viéndose acometer por todas partes de mulitud tan numerosa de enemigos, reconociendo en sus compañeros resolucion y esfuerzo para vencer, ó morir, rompió por las escuadras contrarias, ejecutando

en cada amago una muerte, y en cada golpe un estrago; pero como los indios eran muchos, y repetian sin cesar el continuo disparo de sus flechas, no pudieron mantener por largo tiempo el combate, porque cubiertos de saetas los escudos, y escaulpiles, sin que tuviesen parte desembarazada que pudiese servir de blanco á nuevos tiros, les fué preciso retirarse al abrigo de un peñon que estaba en el camino, para á su sombra asegurar siquiera las espaldas, donde, aunque los indios volvieron á embestirles, pudieron con algun desahogo defenderse, peleando con valor, hasta que dió treguas la noche; pero como los bárbaros juzgaban ya asegurado el vencimiento, porque no se escapasen los españoles, favorecidos de la obscuridad, cercaron todo el peñon de candeladas, y con gritos, tambores, y fotutos los estuvieron velando, obligándoles con el cuidado á que pasasen en pie toda la noche, sin atreverse á recostar un rato, para dar algun descanso á aquellos cuerpos rendidos.

Llegada con este trabajo la mañana, renovaron los indios su porfia, procurando con mas empeño entrar por fuerza al peñon; pero les salió el atrevimiento tan costoso, que cuantos lo intentaron pagaron con la vida su osadia, de suerte, que temerosos con la experiencia del daño que recibian fueron aflojando en el combate, contentándose con mantener el sitio desde lejos, dando lugar con su retiro, para que los siete españoles pudiesen tomar algun aliento en su fatiga, hasta que entrada la tarde montó Juan Rodriguez á caballo, y dejando cuatro de sus compañeros para que guardasen el peñon, salió con los otros dos solo á ver si podia lograr la suerte de quitar la vida á Guaicaipuro, aunque per-

diese la suya en la demanda; pero le ayudó tan poco la fortuna, que no pudo descubrirlo, aunque por distintas partes rompió el escuadron contrario, llevándose nueve, ó diez indios de encuentro con los mortales golpes de su lanza; y pasara á mas la fuerza de aquel brazo invencible, si el ver el caballo desangrado por diferentes heridas (á tiempo que Terepaima cojiendo una ladera le iba á cerrar el paso con sus tropas) no le hubiera obligado á retirarse, buscando abrigo en el peñon, que era el asilo en que por entónces aseguraban las vidas; pero como de estarse allí metidos no conseguian otro remedio, que dilatar la muerte un poco mas, pues cuando pudieran librarse de los indios, era imposible dejar de perecer al rigor de enemigo tan fuerte, como la hambre, determinaron, que uno de los siete, con el silencio de la noche, se arriesgase á pasar á la Valencia á dar aviso del aprieto en que se hallaban, para que los socorriesen, y los demas, amaneciendo el dia, prosiguiesen abriendo camino con la espada, á la continjencia, ó de escapar afortunados, ó de morir infelices.

Nombrado, pues, por voto de los compañeros para el viaje de Valencia Alonso Fajardo, hijo de Juan de Guevara el viejo, habido en el primer matrimonio que tuvo en Coro, favorecido de la obscuridad salió del peñon sin ser sentido, y caminando el resto de la noche, porque no lo descubriesen con el dia, se emboscó al ir amaneciendo en un montecillo, que está á un lado de la loma; pero anduvo tan desgraciado, que sin que él lo reparase se habia venido tras él un perro que habia criado, cuya lealtad fué entónces causa de su desventura, porque ladrando al pasar unos indios por allí,

manifestó con sus latidos el retiro donde se ocultaba el dueño, para que buscándolo los bárbaros, le quitasen tiranamente la vida.

Juan Rodriguez, y los cinco compañeros, mediante lo que habian determinado, desampararon el peñon al despuntar el alva, para seguir su viaje; y resueltos á portarse de calidad, que conociesen los contrarios la ventaja con que pelea un valor desesperado, embistieron como leones, hiriendo, y despedazando á cuantos procuraban oponerse al furor de sus espadas; pero para qué esfuerzo tan malogrado? si cercados de la bárbara multitud de aquella canalla infiel, el mayor remedio que esperaban consistia ya en la certidumbre de la muerte que temian, pues rendidos los cuerpos al cansancio, fatigados con la sed, y debilitados de la hambre (por haber dos dias ya que no comian) no podian obrar los brazos lo que influia el corazon; y asi, desmayando los cinco poco á poco, atravesados por mil partes á flechazos, fueron rindiendo la vida separados unos de otros en el teatro infeliz de aquella loma, quedando solo Juan Rodriguez, cuyo aliento, acreditado siempre de invencible, fué en aquella ocasion mas formidable, pues supliendo por todos los compañeros, prosiguió manteniendo la pelea con resolucion tan gallarda, que muertos mas de cincuenta indios á sus manos, le pedian los otros por merced, ó admirados de su valor, ó temerosos de su ardimiento, se fuese y los dejase, pues tenia el campo por suyo; pero él, ó pareciéndole lo obrado corta satisfaccion para su enojo, ó haciendo punto de no quedar con vida donde la habian perdido sus amigos, aunque llegó á verse libre de peligros ya en lo último de

la loma, por haberlo dejado ir los indios sin seguirlo; enajenado con la cólera volvió otra vez para arriba, buscando nueva ocasion para desahogar con la muerte de sus contrarios los ardores que le inflamaban el pecho; pero no pudiéndose mantener mas tiempo en el caballo, por la gran debilidad que padecia con la falta de alimento, se desmontó, sentándose en el suelo para tomar algun aliento, y descansar un rato, donde oprimido de la congoja, y sofocado de la fatiga, y la sed, se quedó muerto, sin que tuviese en su cuerpo ni una herida; siendo tal el miedo que le cobraron los indios, que aun con ver yerto el cadáver, no se atrevian á llegarle, temiendo que estaba vivo, hasta que certificados de su muerte, lo despojaron del vestido, y dividido el cuerpo en pedazos, lo repartieron entre todos, llevando cada cual su parte, por señal ó trofeo de la victoria.

Asi terminó la vida Juan Rodriguez Suarez, cuya memoria será siempre temida entre los indios, por el respeto que se supo adquirir con su valor, y su espada. En la ciudad de Mérida, en la provincia de Estremadura, tuvo su nacimiento, y llevado de los ardimientos de su brio pasó á la América, donde encartado en la categoria de los conquistadores del nuevo reino de Granada, tuvo la estimacion, que le adquirieron sus famosos hechos; y avecindado en la ciudad de Pamplona, consiguió en repartimiento, como poblador, una de las mejores encomiendas de su distrito; señalado despues por el Cabildo para el descubrimiento de las sierras Nevadas, y conquista de los Timotes, ejecutó su encargo con acierto; y para honrar su conquista con la memoria de su patria, fundó la ciudad de Mérida de los Ca-

balleros, en que granjeó tanta gloria, que picado el desafecto de sus émulos, tuvo motivo la embidia para sindicar sus mas heróicas acciones, poniéndolo en estado de que sentenciado á degollar por la Audiencia de Santa-fé, le fué preciso, con el favor de sus amigos, quebrantar la cárcel, y pasarse huyendo á esta provincia, (por asegurar la vida de los rigores de un juez apasionado, y del poder de una emulacion conjurada) donde llegó á ser tan temido de los indios, que en el tiempo que se ejercitó en las conquistas de Carácas, para pasar alguno sin rezelo de una parte á otra no necesitaba de mas salvo conducto, que pedirle prestada una capa de grana que tenia, y usaba de continuo, porque en conociendola los indios, era tal el respeto con que la veneraba su temor, que no habia mas seguro pasaporte que su vista cuya confianza lo empeñó en aquella temeridad que le costó la vida.

Mientras sucedia la desgraciada muerte de Juan Rodriguez gastaba el tiempo la jente del tirano en destruir los ganados de los vecinos de Valencia, y prevenirse de cavalgaduras para la conduccion de sus carruajes; y porque no quedase parte alguna sin memoria de las crueldades de Aguirre, hizo matar á uno de sus soldados, llamado Gonzalo de Torres, solo porque se apartó de la ciudad como un tiro de piedra á cojer unas papayas; á que se añadió haber el Alcalde Chaves hecho tan exactas dilijencias por buscar los dos soldados que se le huyeron á Aguirre en la Borburata, que por mas que procuraron ocultarse, hubo de descubrirlos su cuidado, y puestos en una collera de hierro, los entregó á D. Julian de Mendoza, su yerno, para que sirviendo de al-

guasil, se los llevase al tirano y recibiese por premio á su mujer, y su suegra; y como en el camino el uno de ellos, llamado Pedro Arias, cortado de ánimo, y sin aliento, con la consideracion del lastimoso fin que le esperaba, se echase en el suelo diciendo, que lo matasen, porque no podia pasar de allí, anduvo tan inhumano el D. Julian, que le respondió sin empacho, ni vergüenza: para mi toda la cuenta es una, porque en llevando vuestra cabeza cumplo con mi obligacion, y desenvainando la espada sin piedad, se la empezó á cortar: chanza, que pareciéndole al Arias muy pesada, pues granjeaba una muerte de contado, por escusar la que estaba en contingencia, hubo de conseguir con ruegos, y promesa de que se esforzaria para pasar adelante, el que suspendiese la ejecucion ya comenzada, aunque lo dejó bien lastimado con una razonable herida en el pescuezo, y llegados á Valencia anduvo el Arias tan afortunado, que lo perdonó el tirano, por ser buen escribano, y necesitar de él para que le sirviese de secretario: indulto, que no consiguió su compañero Diego de Alarcon, pues al instante lo mandó hacer cuartos, llevándolo arrastrando por las calles, con un pregon, que decia: esta es la justicia, que manda hacer Lope de Aguirre, fuerte caudillo de la noble jente marañona, á este hombre, por leal servidor del Rey de Castilla. Y ejecutada la sentencia pusieron la cabeza en el royo de la plaza, donde viéndola el tirano, le decia con gran risa, y por donaire: ahí estás, amigo Alarcon; cómo no viene el Rey de Castilla á resucitaros?

De padecer semejante desventuar se libró, por su buena dilijencia, Rodrigo Gutierrez, el dueño de aque-

lla capa en que se halló la informacion, que le costó tan cara á Francisco Martin, porque aprendido tambien por el Alcalde Chaves, (que se habia dedicado á ser Esvirro del tirano) le dió luego aviso para que enviase por él: maldad, que habiéndola entendido Gutierrez, *supo* desvanecerla con su maña, pues tuvo actividad para quitarse los grillos con que lo habia asegurado, y volverse á huir otra vez; de suerte, que cuando llegó Francisco de Carrion, á quien enviaba Aguirre con prevencion de soldados, para que se lo trajese, se halló burlada la intencion infame del Alcalde; falta, que procuró remediar con otra mayor vileza, pues por congraciarse con el tirano le dió noticia por extenso de todas las prevenciones que disponia el Gobernador para hacerle resistencia, y los socorros que esperaba por instantes de Mérida, y Santa-fe, de que no recibió Aguirre mucho gusto, aunque se mostró agradecido á la fineza del aviso; y por no dar lugar á que con la dilacion tuviesen tiempo de mayores disposiciones para embarazarle el paso, trató con toda brevedad de salir de la Valencia, dando permiso entónces al Cura de la Margarita Pedro de Contreras, para que se volviese á su casa, con calidad, que primero le prestase juramento de que remitiria al Rey D. Felipe Segundo una carta, que le entregó para el efecto; y aunque el buen sacerdote resistió á los principios el hacerse cargo de comision semejante, despues hubo de venir en ello, atropellando inconvenientes, por verse libre de la tirana opresion de aquella fiera.

CAPITULO VII.

REFIERESE LA CARTA QUE ESCRIBIO Aguirre para el Rey; sale de la Valencia el tirano, y llega á Barquisimeto.

AUNQUE la carta que Lope de Aguirre entregó al padre Contreras para que remitiese al Rey no merecia en realidad se hiciese mencion de ella en ningun tiempo, sin embargo, para comprobacion de los desatinos, y locuras de aquel hombre, nos ha parecido referirla, y porque el lector se divierta un rato con la discrecion de su buena nota, como dictada al fin de un domador de mulas, su tenor era el siguiente.

REY FELIPE, natural español, hijo de Carlos invencible, Lope de Aguirre, tu muy mínimo vasallo, cristiano viejo, de medianos padres, y en mi prosperidad hijo-dalgo, natural Bascongado en ese reino de España, y en la villa de Oñate vecino, pasé en mi mocedad el mar Occéano á las partes del Perú, por valer mas con la lanza en las manos, y por cumplir con la deuda que debe todo hombre de bien; asimismo, en veinte y cuatro años te he hecho muchos servicios en el Perú en conquista de indios, y poblar pueblos en tu servicio, especial en batallas, y reencuentros, que ha habido en tu nombre, siempre conforme á mis fuerzas sin importunar á tus oficiales por paga, ni socorro, como parecerá por tus reales libros: bien creo, cristiano Rey, y Señor, aunque para mí y mis compañeros tan ingrato á tan buenos servicios como has recibido de nosotros;

aunque tambien creo te engañan los que te escriben de esta tierra, como estás tan lejos; avisote, Rey y Señor, lo que cumple á toda justicia, y rectitud para tan buenos vasallos como en esta tierra tienes, aunque yo, por no poder sufrir mas las crueldades que usan estos tus Oidores, Vi-reyes, y Gobernadores, he salido de hecho con mis compañeros (cuyos nombres despues diré) de tu obediencia, y desnaturalizados de nuestras tierras, que es España, y hacerte en estas partes la mas cruel guerra, que nuestra jente pudiere sustentar; y esto creed, Rey, y Señor, nos ha hecho el no poder sufrir los grandes apremios, y castigos, que nos dan estos tus ministros; que por remediar sus hijos, y criados nos han usurpado nuestra fama, vida, y honra; qué lástima! O Rey, el mal tratamiento que se nos ha hecho; y asi, manco de mi pierna derecha de dos arcabuzasos que me dieron en el valle de Coquimbo con el Mariscal Alonso de Alvarado, siguiendo tu voz, y apellido contra Francisco Hernandez Jiron, rebelde á tu servicio, como yo, y mis compañeros al presente lo somos, y seremos hasta la muerte, porque en esta tierra tenemos tus perdones por de menos crédito, que los libros de Martin Lutero, pues tu Vi-rey el Marques de Cañete, malo, lujurioso, ambicioso, y tirano, ahorcó á Martin de Robles, hombre señalado en tu servicio, y al bravo Tomas Vazquez, conquistador del Perú, y al triste de Alonso Diaz, que trabajó mas en el descubrimiento del Perú, que los exploradores de Moises, y á Piedrahita, buen capitan, que rompió muchas batallas en tu servicio, y aun en Pucaba ellos te dieron la victoria, porque si no se pasaran, hoy fuera Francisco Hernandez Se-

ñor del Perú; y no tengas en mucho el servicio que tus Oidores te escribieron que te han hecho, porque es muy grande fábula, si no que llaman servicio haberte gastado ochocientos mil pesos de tu real caja, para sus vicios y maldades: castígalos como ellos son.

Mira, mira, Rey español, no seas ingrato á tus vasallos, pues estando tu padre el Emperador en los reinos de Castilla sin ninguna zozobra, te han dado, á costa de su sangre, tantos reinos, y señoríos, como tienes en estas partes; y mira, Señor, que no puedes llevar, con título de Rey justo, ningun interes de estas partes, donde no aventuraste nada, sin que primero los que en llas trabajaron sean gratificados: como por cierto tengo, que van pocos Reyes al cielo, porque creo fuerades peores que Luzbel, segun teneis la ambicion, sed, y hambre de hartaros de sangre humana; mas no me maravillo, ni hago caso de vosotros, pues os llamais siempre menores de edad, y todo hombre inocente es loco, y vuestro Gobierno es aire; á Dios hago solemne voto yo, y mis doscientos arcabuceros Marañones, hijos-dalgo, de no te dejar ministro tuyo á vida, porque ya sé hasta donde alcanza su poder.

El dia de hoy nos hallamos los mas bienaventurados de los nacidos, por estar, como estamos, en estas partes de las Indias teniendo la fe, y mandamientos de Dios enteros sin corrupcion, y manteniendo todo lo que la iglesia romana predica; y pretendemos, aunque pecadores en la vida, recibir martirio por los mandamientos de Dios; á la salida que hicimos del rio de las Amazonas, que se llama Marañon, venimos á una isla, que se llama la Margarita, y vimos unas relacio-

45

nes que venian de España de la gran máquina que hay de Luteranos, que nos pusieron grande temor, y espanto, pues aqui en nuestra compañia hubo uno, llamado Monteverde, y yo lo mandé hacer pedazos, los hados darán la pena á los cuerpos; pero donde nosotros estuvieremos creed, excelentisimo Rey, cumple que todos vivan perfectamente en la fe de Cristo; principalmente es tan grande la disolucion de los frailes en esta tierra, que conviene que venga sobre ella el castigo, porque no hay alguno que presuma menos que de Gobernador; mira, Rey, no los creas lo que te dijeren, pues las lágrimas que allá echan delante de tu real persona es para venir acá á mandar; si quisieres saber la vida que por acá tienen, es en mercadurias, procurar, y adquirir bienes temporales, vender los Sacramentos, enemigos de los pobres, ambiciosos, soberbios, y glotones; de manera que por mínimo que sea un fraile pretende mandar todas estas tierras; pon remedio, Rey y Señor, porque de estas cosas, y malos ejemplos no está inprimida la fe en los naturales; y mas te digo, que si esta disolucion de estos frailes no la quitas, no faltarán escándalos, aunque yo, y mis compañeros, por la gran razon que tenemos, hayamos determinado morir; y esto, y otras cosas pasadas, tú Rey tienes la culpa, por no dolerte de tus vasallos, y no miras lo mucho que les debes; que si tú no miras por ellos, y te descuidas con estos tus Oidores, nunca se acertará en el gobierno; y no hay para que presentar testigos mas que decirte, como estos tus Oidores tienen cada uno cuatro mil pesos de renta, y ocho mil de ayuda de costa, y al cabo de tres años tiene cada uno setenta mil pesos horros, y po-

seciónes, y heredamientos, y con todo eso si se contentasen con servirte como hombres, menos mal, y trabajo seria nuestro; pero por nuestros pecados quieren que los adoremos como á Nabucodonosor: cosa insufrible; y no porque yo, como hombre lastimado, y manco de mis miembros en tu servicio, y mis compañeros, viejos, y cansados en lo mismo, te he de dejar de avisar, que nunca fies en estos letrados tu real conciencia, que no cumple á tu servicio descuidarte con ellos, que se les va el tiempo en casar sus hijos, y no entienden en otra cosa, y su refran es entre ellos muy comun: esto es á tuerto, y derecho.

Pues los frailes á ningun indio pobre quieren predicar, y están aposentados en los mejores repartimientos; la vida que tienen es muy áspera, porque cada uno de ellos tiene por penitencia en sus cocinas una docena de mozas, y otros tantos muchachos que les van á pescar, matar perdices, y traer frutas; en fe de cristiano te juro, Rey, y Señor, que si no pones remedio en las maldades de esta tierra, que te ha de venir azote del cielo; y esto digo por avisarte la verdad, aunque yo, y mis compañeros no queremos, ni esperamos de ti misericordia; ay! ay! qué lástima tan grande! que el Emperador tu padre conquistase con la fuerza la suprema Jermania, y gastase tanta moneda, llevada de estas Indias descubiertas por nosotros, y que no te duelas de nuestra vejez, y cansancio, siquiera para matarnos la hambre; sabes que vemos, excelentisimo Rey y Señor, que conquistaste á Alemania con armas, y Alemania ha conquistado á España con vicios, de que acá nos hallamos quitados, muy contentos con maiz, y

agua, solo por estar apartados de esta mala irronia.

Anden las guerras por donde anduvieren, pues para los hombres se hicieron, mas en ningun tiempo, ni por adversidad que nos venga, dejaremos de ser obedientes, y sujetos à los mandamientos de la Sta. iglesia de Roma: no podemos creer, excelente Rey, y Señor, que tu seas cruel para tan buenos vasallos como en estas partes tienes, si no que estos tus malos Oidores, y ministros lo deben de hacer sin tu consentimiento; dígolo, porque en la ciudad de los Reyes, dos leguas junto al mar, se descubriò una laguna, donde se cria algun pescado, que Dios permitiò fuese asi, y estos tus malos Oidores, para aprovecharse del pescado para sus regalos, y vicios, la arriendan en tu nombre; dàndonos à entender, como si fuesemos inhàbiles, que es por tu consentimiento; si ello es asi, dèjanos pescar algùn pescado siquiera, pues trabajamos en descubrirlo, porque el Rey de Castilla no tiene necesidad de cuatrocientos pesos, que es la cantidad por que se arrienda, pues, esclarecido Rey, no pedimos en Còrdova, ni en Valladolid éste patrimonio: duélete, Señor, de alimentar à los pobres, cansados con los frutos, y réditos de esta tierra; y mira, que Dios para todos es igual justicia, premio, paraiso, é infierno.

El año de cincuenta y nueve el Marques de Cañete diò la jornada del rio de las Amazonas à Pedro de Ursua, Navarro, ò por mejor decir, Frances; tardò en hacer navios hasta el año de sesenta en la Provincia de los Motilones, aunque estos navios, por ser hechos en tierra lloviosa, al tiempo de echarlos al agua se nos quebraron, hicimos balsas, y nos echamos por

el rio abajo, dejando nuestros caballos, y haciendas; luego navegamos los mas poderosos rios del Perú de manera, que nos vimos en un golfo dulce; caminamos de primera faz trecientas leguas, fué este mal Gobernador, perverso, ambicioso y miserable, que no lo pudimos sufrir, y asi lo matamos con muérte cierta, y bien breve; luego á un mancebo caballero de Sevillá, que se llamaba D. Fernando de Guzman, alzamos por nuestro Rey, y lo juramentamos como á tu real persona, como parece por las firmas de todos aquellos que nos hallamos: á mi me nombraron por su Maestre de campo, y por que no consenti en sus insultos, y maldades me quisieron matar; yo maté al nuevo Rey, al Capitan de su guardia, y Teniente jeneral, á cuatro Capitanes, á su Mayordomo, á su Capellan, Clérigo de misa, á una mujer, á un Comendador de Rodas, á un Almirante, dos Alferes, y á otros cinco, ó seis criados suyos, y con intencion de llevar la guerra adelante, y morir en ella, por las muchas crueldades que tus ministros usan con nosotros: de nuevo nombré Capitanes, y Sarjentos, y me quisieron matar, y los ahorqué todos; caminando nuestra derrota, pasando todas estas malas venturas, tardamos hasta la boca del rio mas de once meses y medio, y caminamos mas de cien jornadas, anduvimos mas de mil y quinientas leguas: tiene el rio mas de mil leguas de agua dulce, muchas partes despobladas, y sin jente, como su Majestad verá por una relacion, que hemos hecho verdadera: sabe Dios como nos escapamos de este lago temeroso. Avisote, Rey, no consientas se haga ninguna armada de España para este rio tan mal afortunado; y Dios te guarde, Rey

excelentes muchos años.

Esta fué la carta que Lope de Aguirre entregó al Cura de la Margarita para que la remitiese al Rey, cuyo contesto es la prueba mas evidente de lo rústico de su natural grosero, y de los desacatos á que llegó la desvergüenza, y descaro de aquel bruto, cuyas operaciones parece iban siendo cada dia mas temerarias, pues determinado ya á salir de la Valencia (despues de haber estado en ella quince dias), la noche antes de su partida mandó dar garrote á Benito Diaz, Francisco de Lora, y Antonio Zigarra, al uno, porque habia dicho tenia un pariente en el nuevo Reyno, y á los otros dos, por parecerle andaban tibios en la guerra: crueldad, que acompañó con otra mas enorme, pues porque á la mañana al tiempo de la partida alcanzó á ver un soldado, llamado Saagun, con un rosario en la mano, le quitó la vida á puñaladas, diciendo, que sus soldados habian de ser de calidad, que ajenos de toda devocion; si fuese necesario jugasen el alma á los dados con el demonio, sin andar gastando el tiempo en rezos, ni pataratas, que solo servian de acobardar los ánimos, haciendo inútiles los hombres para el noble ejercicio de las armas, con otros disparates á este tono, propios de su corazon blasfemo; y con esta buena despedida salió para Barquisimeto por el camino derecho, que corta la serrania de Nirgua, habitacion entónces de los indios Jiraharas.

Cuando Aguirre llegó á la Borburata estaba en la Valencia Pedro Alonso Galeas, el que con la industria de finjir el caballo desbocado se le huyó en la Margarita, y asi por el rezelo de no caer en sus manos, como

por hallarse al lado del Gobernador, para servir con su persona en ocasion tan precisa; luego que tuvo la noticia de haber saltado en tierra el tirano salió él para Barquisimeto en compañía de Gomez de Silva, caballero Portugues, (de quien hay hoy ilustre descendencia en la provincia) que habiendo sido paje de lanza de D. Francisco Coutino, Conde de Redondo, en la ocasion de aquel socorro memorable, que introdujeron los portugueses en Arsila, y despues paje del Rey D. Juan el Tercero de Portugal, huyendo de las dilijencias con que lo buscaban para tomar venganza los parientes de otro caballero, á quien (estando en Lisboa) mató en un desafio, vino á parar á estas partes, y se hallaba en la ocasion presente en la Valencia, y llevado del pundonor de su hidalguia, con el mismo deseo de Pedro Alonso formaron juntos el viaje para Barquisimeto.

Al mismo tiempo el Gobernador Pablo Collado, con el aviso que le dieron los vecinos de la Borburata de quedar ya Lope de Aguirre en aquel puerto, habia despachado desde el Tocuyo á Francisco Infante, para que enterándose de los designios que traia el tirano, y el número cierto de la jente que componia su campo, volviese con brevedad á darle cuenta de todo; pero encontrando en el camino á Pedro Alonso, y á Gomez de Silva, que le dieron relacion muy por estenso, tuvo por escusado el proseguir adelante; y por granjear tiempo, con la anticipacion de la noticia, se volvió con ellos al Tocuyo, donde conociendo el Gobernador que ya era preciso tratar de la defensa con mas veras, pues no habia duda en que la intencion de Aguirre era pasar por la provincia al nuevo Reino; confuso con los temores

que le causaba su corazon pusilánime, entregó todo el Gobierno á Gutierrez de la Peña, á quien tenia antes nombrado por Capitan jeneral, para que dispusiese las materias conforme le pareciese que seria mas conveniente.

Hallábanse ya en el Tocuyo ciento y cincuenta hombres, que á los llamamientos del Gobernador habian concurrido de las demas ciudades; y aunque entre todos solo habia dos arcabuces, el uno de Jerónimo Aleman, y el otro de Francisco Maldonado de Almendariz; sin embargo, prevenidos los demas de lanzas, y adargas hechas de cuero crudo, aseguraba en ellos la victoria Gutierrez de la Peña, por el valor, y militar experiencia que tenia reconocido en todos; á que le ayudaba mucho la ventaja de hallarse con bastante número de jente de á caballo; y mientras, con el embarzo de algunas prevenciones necesarias, se detuvo en el Tocuyo, caminaba Aguirre por las serranias de Nirgua con bastantes incomodidades, por la aspereza del terreno, y tezon continuado de las lluvias: contratiempos, que desenfrenando su impacienia, daban motivo á su sacrílega lengua para abortar mil blasfemias, pues mirando para el cielo solia decir; qué piensa Dios, que porque llueva no tengo de ir al Perú? pues muy engañado está, que he de ir, aunque Dios no quiera; y supuesto que no me puedo salvar, pues vivo estoy ardiendo en los infiernos, he de ejecutar tales crueldades, que suene mi nombre por la redondez de la tierra: otras veces animando á sus soldados les decia, que por temor del infierno no dejasen de hacer cuanto les pidiese el apetito, pues con solo creer en Dios bastaba pa-

ra salvarse; y otras cosas tan semejantes á estas, que solo pudiera propalarlas aquel monstruo infernal, indigno de ser cristiano.

Divertido con tan devotos ejercicios marchaba Aguirre por aquellas serranias, cuando diez de sus soldados, sin haber comunicado su intento unos con otros, cada uno de por sí lograron la ocasion de apartarse de su infame compañia, emboscándose, sin que los echasen menos, por las malezas de aquellos arcabucos: burla que irritó tanto al tirano, que maldiciendo su fortuna, ponderaba con extremo la infamia de sus marañones, pues lo desampararon al mejor tiempo, dejándolo abandonado en la fuerza de su mayor conflicto; pero al fin, aunque oprimido con estos desconsuelos, y cargado de mil temores en que lo traia embuelto el remordimiento de su mala conciencia, hubo de llegar al rio del Yaracui, y valle de las Damas, donde sintiéndolo las centinelas, que tenian puestas los de Barquisimeto, partieron para la ciudad tocando al arma; y como los vecinos se hallaban sin prevencion para poder defenderse, porque Gutierrez de la Peña aun no habia llegado con la jente que se juntaba en el Tocuyo, desampararon la ciudad, enviando aviso al Gobernador de la cercania en que quedaba el tirano, á cuyo rebato despachó Gutierrez de la Peña á su Maestre de campo Diego Garcia de Paredes con quince hombres de á caballo, para que observase de mas cerca los movimientos de Aguirre, mientras él, con el resto de la jente, salia en su seguimiento para Barquisimeto, hácia adonde, rezeloso con la desconfianza que tenia de la poca fidelidad de sus soldados, caminaba el tirano por una montaña, cuya

aspereza solo permitia una senda tan angosta, que apenas era capaz de que por ella marchasen uno á uno los soldados, por la cual llegó tambien á empeñarse de vuelta encontrada Diego Garcia de Paredes con sus quince de á caballo; y cuando mas ajenos de encontrarse iban los unos, y los otros, se llegaron á descubrir tan de repente, que turbados los nuestros con el susto, y embarazados con la ramazon de la montaña, por dar priesa á retirarse dejaron en el camino dos, ó tres de las lanzas que llevaban, y otras tantas caperuzas, ó celadas, que usaban, en aquel tiempo, hechas de lienzo de la tierra, colchadas con algodon, de figura ridícula, y extraña, que cojiéndolas Aguirre, fueron motivo para que mofando, como siempre, representase á los suyos lo medrados que se hallaban los que servian al Rey en las conquistas, pues traian por adorno, ó por defensa tan indecentes alhajas.

No paró el Maestre de campo en su veloz retirada hasta salir á lo raso de una sabana limpia, que estaba poco antes de entrar en la montaña, donde pretendia formar alguna emboscada, para hacer algun daño al enemigo; pero marchando Aguirre sin detenerse en su alcance toda la noche, favorecido de la luna volvió á encontrar en la sabana con Paredes, antes que hubiese dispuesto la emboscada, obligándolo con su presteza, no pensada, á que sin parar á paso largo llegase á Barquisimeto el dia siguiente, donde halló ya al Jeneral Gutierrez de la Peña, y conferido entre los dos lo que debian hacer en aquel caso, les pareció mas conveniente no esperar al tirano en la ciudad, porque no teniendo armas de fuego, y consistiendo toda su fuerza en los caballos,

y lanzas, era mucha la ventaja con que podria Aguirre ofenderlos, si amparado del recinto de las casas tiraba con sus mosquetes de mampuesto; y asi, dejando desembarazada la ciudad, se retiraron todos á las barrancas del rio, con ánimo de mantenerse en ellas alojados, para lograr á la vista las coyunturas del tiempo.

En el ínterin Aguirre llegó á dar vista á la ciudad, y puesta su jente en escuadron, formó de sus mas confidentes la vanguardia, con órden de que al infante que se apartase tres pasos de los demas, lo matase luego el compañero, y marchando de esta suerte desplegadas las vanderas, y tendidos los estandartes, al estruendo de repetidas salvas de mosqueteria entró en Barquisimeto el dia veinte y dos de Octubre del año de sesenta y uno, y escojiendo para su alojamiento las casas de Damian del Barrio, se acuarteló en ellas, por la seguridad que le ofrecia el estar cercadas de una muralla de adobes, que coronada de almenas cojia toda la cuadra.

CAPITULO VIII.

LLEGA PEDRO BRABO CON ALGUNA jente de Mérida al socorro: escribe Aguirre al Gobernador una carta: danse vista los dos campos, y despues de algunas escaramuzas se retiran.

AL tiempo que Gutierrez de la Peña desamparó la ciudad retirándose á las barrancas del rio, se apartó por un camino estraviado Diego Garcia de Pardes con ocho compañeros á caballo, y cojiéndole la vuelta,

sin que lo sintiese el tirano, dió sobre su retaguardia cuando iba entrando á la ciudad, con tan bizarro denuedo, que le quitó cuatro bestias cargadas de alguna ropa, polvora, y otras municiones, sin recibir daño alguno; de cuyo feliz principio quedaron tan contentos los soldados, que teniendolo por anuncio de muy dichosos progresos, se quedaron sobre las barrancas para estar mas á la mira de las operaciones de Aguirre; pero él encerrado en el cuartel que escojió para su alojamiento, no intentó novedad alguna hasta el dia siguiente sobre tarde, que licenció á sus Marañones para que metiesen á saco la ciudad: dilijencia, que solo sirvió para que hallasen por las casas diferentes cédulas de perdon á todos los que abandonasen al tirano, las cuales, firmadas del Gobernador, habia dejado exparcidas Gutierrez de la Peña al tiempo de retirarse, y una carta para Aguirre, en que le exortaba volviese al servicio de su Rey, con quien le seria buen tercero, remitiéndolo á sus piadosos pies; y en caso de no venir en tan honesto partido, librasen el derecho de las armas en batallar cuerpo á cuerpo, para que se declarase entre los dos la victoria, sin derramar tanta sangre.

Pesado golpe fué el hallazgo de estas cédulas para el sobresalto con que vivia Aguirre, rezeloso siempre de la poca fidelidad de sus soldados, pues temia que lo habian de desamparar al mejor tiempo; pero disimulando cuanto pudo, los juntó á todos en su casa, para darles á entender con un razonamiento dilatado el veneno que llevaban escondido aquellas cédulas para los que se creyesen de lijero, pues se debian acordar, para

no fiarse en palabras, que sus robos, y muertes excedian en número, y calidad á cuantas en España, y en las Indias habian cometido otros traydores, para cuyo perdon era fiador muy fallido un Gobernador de caperuzas, pues cuando el Rey, sin faltar á la justicia, pudiera perdonar tales delitos, bastaba el sentimiento de los parientes, y amigos de los muertos para traerlos siempre perseguidos; ademas que el baldon continuo de traydores en todas partes los habia de tener siempre afrentados, y por remate de sus desventuras vendrian á experimentar lo que Tomas Vazquez, y Juan de Piedrahita, á quienes quitó las cabezas el Licenciado Gasca en el Perú, sin que les valiesen sus anteriores servicios, ni los perdones, en que vivian confiados.

Concluido este razonamiento, que segun pareció despues hizo poca operacion en sus soldados, mandó quemar algunas casas que podrian servir de abrigo á sus contrarios, de cuyo incendio, por malicia, ó por descuido participó tambien la iglesia, que siendo de paja, tuvo poco que hacer el fuego para consumirla; si bien Aguirre, al ver que se quemaba, por dar algunas muestras de cristiano, hizo sacar las imájenes, y adornos que habian quedado en ella, porque no entrasen tambien á la parte en el incendio. Entre tanto que esto sucedia en Barquisimeto, se estaba en el Tocuyo el Gobernador Pablo Collado padeciendo algunos achaques de espantos, y temores, con que lo atormentaba su corazon cobarde; pero llegando de Mérida el Capitan Pedro Brabo de Molina con veinte caballos de socorro, y viendo que la cortedad de su apocado espíritu lo tenia tan amedrentado, que no se hallaba en ánimo de ponerse en

parte donde lo viese el tirano, le representó la nota á que exponia su opinion, si faltando á las obligaciones de su puesto, no asistia personalmente á dar aliento á sus soldados en ocasion tan precisa como la que tenia entre manos; y aunque á los principios, con el motivo de sus achaques, procuró escusarse de padecer en el estrépito de las armas los sustos á que no estaba acostumbrada su complexion pacífica, sin embargo, á repetidas instancias de Pedro Brabo, hubo de convenir en que haria cuanto pudiese por esforzarse para pasar en su compañia al campo real; y dándole las gracias por la prontitud con que habia venido á socorrerle, lo nombró por su Teniente jeneral: ejercicio, que aceptó, contra el comun parecer de sus soldados, porque hallándose Justicia mayor de la ciudad de Mérida, tuvieron por desprecio el que su capitan con aquel título se sometiese á la jurisdiccion de un Gobernador estraño, pudiendo militar separado debajo de su vandera, como cabo auxiliar, que venia de otro distrito.

Determinado Pablo Collado (aunque muy de mala gana) á hallarse presente en todas las disposiciones de la guerra salió aquella misma tarde del Tocuyo con Pedro Brabo, y mas de sesenta hombres que habian concurrido, asi de los de Mérida, como de otras partes de la Gobernacion, y caminando toda la noche para Barquisimeto á juntarse con Gutierrez de la Peña, al ir amaneciendo encontraron un correo con una carta de Aguirre para el Gobernador, que por ver su contenido hicieron alto para leerla, y hallaron que decia de esta manera:

Muy magnifico Señor, entre otros papeles que de

U. en este pueblo se han hallado, estaba una carta suya á mi dirijida, con mas ofrecimientos, y preámbulos, que estrellas hay en el cielo; y para conmigo, y mis compañeros no habia necesidad de que se tomase este trabajo, pues sé yo hasta donde llega su ciencia; y en lo que toca á hacerme mercedes, y favorecerme con el Rey fué supérfluo lo que V. me ofrece, pues bien sé yo que su privanza no llega al primer nublado; y si el Rey de España hubiera de pasar por la lid que entre V. y yo se hiciera, yo la accptara, y aun diera à V. las armas aventajadas; mas todos los tengo por ardides de los que usa con sus caballeros, que ganaron y poblaron esta tierra, para que U. con sus nominativos les viniera á robar su sudor, con título de que viene á hacer justicia, y la justicia que se les hace es inquirir, como conquistaron la tierra, para por esta via hacerles guerra; la merced que de U. quiero, es, que no curemos de tentarnos las corazas, pues sabe U. lo poco que en ello puede ganar, porque mis compañeros se han dado tan poco por sus perdones, cuanto es razon, y tienen propuesto de vender las vidas bien vendidas; yo no pretendo en esta tierra mas de que por mi dinero me provean de algunas cavalgaduras, y de otras cosas, que demas de pagarlas muy bien, se reservará V. su Gobernacion, y pueblos de ella de hartos daños que yo y mis compañeros le haremos, si por otra via nos quisieren llevar; porque en las muestras que en la tierra hemos visto nos han puesto alas, y espuelas para no parar en ella; que por unas caperuzas, y lanzas, que por huir unos soldados de U. dejaron en el camino, hemos visto cuan medrados estan los demas: y volviendo á la car-

ta, no hay para qué U. diga que andamos fuera del servicio del Rey, porque pretender yo y mis compañeros hacer por las armas lo que hicieron nuestros antepasados, no es ir contra el Rey, porque al que nos hiciere las obras le tendremos por señor, y al que no, no le conocemos, y asi ha muchos dias que nos desnaturalizamos de España, y negamos al Rey de ella, si es que alguna obligacion teniamos de servirle; y asi hicimos nuestro Rey, al cual obedecemos, y como vasallos de otro Señor bien podemos hacer guerra contra quien hemos jurado de hacerla, sin incurrir en ninguna nota de las que por allá se nos ponen; y concluyendo en todo, digo, que como U. y sus republicanos nos hicieren la vecindad, que asi les haremos las obras, y que si nos buscaren aqui nos hallarán las manos en la masa, y mientras mas aina nos dieren el avio, que le suplico me den, con mas brevedad nos iremos de esta tierra. No me ofrezco al servicio de U. porque lo tendrá por finjido ofrecimiento. Nuestro Señor la muy magnífica persona de U. guarde. Su servidor. Lope de Aguirre.

Este era el contenido de la carta, que acabada de leer en público por el mismo Gobernador, lo dejó tan compunjido, que derramando lágrimas, dijo: ojalá que el suceso de esta guerra se dejara entre mí, y Aguirre, que quizá quedara yo con la victoria; mas pues Dios lo ordena asi, démosle gracias por todo, pues nuestros pecados deben de ser causa de que hasta aquí lleguen las centellas del Perú, para darnos estos disgustos, y ponernos en estos aprietos; y decia esto con tales suspiros, y demostraciones de sentimiento, que manifestan-

do bien su ánimo tímido, dió ocasion á todos los circunstantes para que mofando con irrision su cobardia, prosiguiesen con el entretenimiento de agudos, y picantes dichos lo que restaba del camino, hasta que poco despues del medio dia llegaron á las barrancas del rio, donde estaba alojado con el campo real Gutierrez de la Peña, que alegre con tan buen socorro, desde luego tuvo por fijo el vencimiento, ayudando mucho para alentar los soldados la voz que entró esparciendo Pedro Brabo de que traia consigo doscientos hombres, fuera de otros quinientos que habian venido de Santa-fe, y quedaban ya en Mérida, capitaneados de un Sr. Oidor de aquella Audiencia: novedad, que publicada por cierta entre la jente de guerra, llegó luego acreditada por verdadera, á noticia del tirano, porque aquella misma noche se huyó del campo real un negro, y pasándose al alojamiento de Aguirre, le dió cuenta de la venida del Gobernador, y de los doscientos hombres de socorro que habia traido Pedro Brabo, de que quedaron tan desatinados los marañones, teniendo por infalible su perdicion á vista de poder tan superior, que resolvieron muchos á no perder la ocasion de pasarse al campo real, para gozar el indulto que les ofrecia el Gobernador.

Los primeros que lograron el poner en ejecucion este deseo fueron, Juan Ranjel, y Francisco Guerrero; que hallando forma para salir secretamente con sus armas, tuvieron lugar de llegar á la presencia de Gutierrez de la Peña, asegurándole, que sin otra dilijencia que la de estarse á la mira, conseguiria con brevedad desbaratar al tirano, por no haber en su campo cincuenta hombres que le siguiesen con gusto, y estar los demas

determinados á abandonar su partido: advertencia en que siempre habia instado Pedro Alonso Galeas, como quien tenia tanteados los corazones de los soldados de Aguirre; pero sin embargo el mismo dia quisieron Pedro Brabo, y el Maestre de campo Paredes dar una vista al enemigo, y saliendo del alojamiento con cuarenta de á caballo, entre quienes iban Hernando Serrada, Pedro Gavilla, Garcia Valero, Francisco Infante, y Gomez de Silva, llegaron á ponerse en parte donde pudiesen ser oidos de los marañones, á quienes dando voces aseguraron de nuevo el perdon que les tenian prometido si desamparasen al tirano antes que las armas llegasen á rompimiento; y como advirtiesen entónces, que algunas indias de las del servicio de Aguirre estaban en el rio labando ropa, bajaron á la deshilada sin ser vistos el Maestre de campo Paredes, y Pedro Brabo, con otros diez compañeros, y cojiéndolas de repente, sin que lo pudiesen impedir los marañones las pusieron á la grupa, y cargando la ropa que tenian, volvieron á subir la barranca.

Bien colijió Aguirre de este lance el mal temperamento que iban tomando sus cosas, y como de estarse encerrado en las cercas su cuartel solo conseguia dar tiempo á sus soldados, para que con la consideracion del riesgo que les amenazaba buscasen el seguro que el Gobernador les prometia, quiso probar ventura con las armas, por ver si á la felicidad de algun suceso favorable mejoraba el semblante su fortuna, y lograba ventajas su partido; para lo cual mandó que Cristóbal Garcia, y Roberto de Susaya, con sesenta arcabuceros diesen sobre el campo real aquella noche, y ejecutado el daño que pudiesen, tomasen la retirada al ir apuntando

el dia; pero errando los marañones el camino sin poder atinar con el sitio en que alojaban los nuestros, vino á encontrar con ellos casualmente el Capitan Romero, que con algunos vecinos de la villa de Nirgua iba en socorro del Gobernador; y conociendo por las demostraciones que era jente del tirano, hizo piernas al caballo hasta llegar al campo real, tocando al arma: alboroto, que obligó á Gutierrez de la Peña á disponer sus tropas á aquella hora, y mantenerse en forma de batalla, hasta que al rayar el alva empezó á marchar, determinado á presentar la batalla al enemigo; pero conociendo su determinacion los marañones, se fueron retirando para su alojamiento con buen órden, hasta que amparados de un matorral espeso, que hallaron en el camino, (donde no podian llegar los caballos, por el embarazo de unas barrancas que tenia por delante) hicieron alto, volviendo la frente á defenderse.

Lope de Aguirre noticioso del aprieto en que quedaban los suyos, montando en un caballo morcillo que tenia, partió con el resto de su jente á socorrerlos, y animados con su llegada, hicieron demostracion de querer acometer á nuestro campo; pero reconociendo Gutierrez de la Peña, que mientras el enemigo estuviese amparado de aquel sitio, gozaba de conocida ventaja para el combate, empezó á retirarse, escusando por su parte la refriega; y empeñado Aguirre en seguirlo, dió lugar para que una manga de caballeria de nuestra parte ocupase los matorrales, para que no pudiese volver á aprovecharse de su abrigo: estratajema, que conocida por Aguirre, aunque tarde procuró remediarla, poniendo su jente en órden para atacar la batalla, con la pre-

vencion de separar cincuenta arcabuceros que estuviesen prontos para ocurrir á la necesidad del mayor aprieto; pero aunque con repetidas cargas continuaron en disparar su arcabuceria, tirando de mampuesto á distancia muy corta, fué cosa muy particular, y reparable, que sin hacer daño alguno se quedaban las balas aplanadas sobre los sayos de armas, y piel de los caballos; cuando con solos cinco arcabuces que habia en el campo real mal prevenidos, á los primeros tiros quedaron heridos algunos marañones, y muerto el caballo morcillo del tirano, de que recibió tal sentimiento, que bramando con la cólera, baldonaba á sus soldados, diciéndoles se avergozasen de que unos baqueros, con zamarras de ovejas, le hubiesen muerto el caballo, y herídole su jente, sin que ellos tuviesen habilidad para derribar á alguno.

Andaba á la sazon escaramuceando en una yegua á vista de los nuestros Diego Tirado, Capitan de caballos del tirano, y uno de sus mas amigos, y pareciéndole buena ocasion aquella para mejorar partido, dando una arremetida algo mas larga, se pasó al campo real y queriendo á su imitacion hacer lo mismo Francisco Caballero, anduvo tan desgraciado, que haciéndole piernas al caballo para seguir á Tirado, se le cortó de suerte, que no bastó su dilijencia para hacerle dar un paso; teniendo lugar Aguirre para volverlo á incorporar entre los suyos, y conocer por estas demostraciones lo poco que podia fiar en la simulada lealtad de sus soldados, pues se veia ya desamparar hasta de los mas amigos, y asi, no teniéndose por seguro en la campaña, se empezó á retirar con aceleracion, hasta encerrarse en las cercas de su alojamiento, donde al ir entrando los marañones, uno de

ellos llamado Gaspar Diaz, de nacion Portugues, queriendo hacer ostentacion de la fineza que le profesaba á Aguirre, hirió con una partesana á Francisco Caballero, el cual pretendió pasarse al campo real, diciendo al ejecutar el golpe, muera este traydor; pero como ya el tirano no se hallaba en estado de perder un hombre tal cual fuese, no solo embarazó el que lo acabasen de matar, pero mostrando sentimiento de la accion de Gaspar Diaz, mandó curar á Caballero, poniendo todo cuidado en su asistencia.

CAPITULO IX.

INTENTA AGUIRRE VOLVERSE A LA Borburata: desamparánlo sus marañones, pasándose al campo real, y muerto por órden de Paredes, le cortan la cabeza, y hacen cuartos.

LUEGO que Aguirre se vió á su parecer asegurado en el fuertecillo, que le servia de quartel, no pudiendo olvidar el sentimiento de lo mal que habian obrado sus soldados aquel dia, volvió de nuevo á repreenderles su poca resolucion, llamándolos cobardes, y de ánimos mujeriles, pues teniendo en las armas ventajas tan conocidas, se habian dejado ultrajar de sus contrarios, sin haber hecho en su desquite operacion que fuese de importancia; y pasando de un extremo á otro su cruel ánimo, estuvo determinado á dar garrote á los que parecian andaban con tivieza en su servicio, que reducidos á nomina para la ejecucion del

suplicio, pasaban de cincuenta los proscritos; pero comunicando su intencion con algunos de sus amigos, escandalizados de atrocidad tan enorme, lo hubieron de disuadir de tan inicuo dictámen, representándole podria ser que engañado con las apariencias del rezelo quitase la vida á algunos de los que le eran mas afectos, pues tenia reciente el ejemplar de Diego Tirado, á quien siempre habia tenido por uno de sus mayores amigos, y en la ocasion lo habia experimentado el mas ingrato; y era factible que los que juzgaba remisos en su asistencia, en llegando la precisa fuesen los mas prontos á morir en su defensa, bastó el consejo para suspender las muertes, mas no para que dejase de desarmarlos por asegurarse de la sospecha que habia formado contra ellos; y considerando que segun las dificultades que encontraba era imposible por aquel camino conseguir el viaje que pretendia para el Perú, se resolvió á dar vuelta á la Borburata, y embarcándose como pudiese, buscar otra derrota que facilitasen mas el fin á que aspiraba su anhelo.

No ignoraba Gutierrez de la Peña estos designios por las noticias que le daban sus espias de los desconsuelos en que fluctuaban las desconfianzas de Aguirre, y procurando aumentarselos con estar siempre á la vista, tenia puestos de continuo cuarenta caballos sobre el alojamiento del tirano, para que observando sus movimientos, le embarazasen tambien la conducion de los viveres: dilijencia, que ejecutada con cuidado aprovechó de suerte, que reducidos los marañones al extremo de una necesidad apretada, despues de haberse valido de los perros, y caballos para mitigar los rigo-

res de la hambre que padecian, no pudiendo tolerar la falta de bastimentos, empezaron á desunirse poco á poco, y conforme lograban la ocasion de uno en uno, y dos en dos, se fueron muchos pasando al campo real: contratiempo, que hiriendo en lo mas vivo del sentimiento de Aguirre, procuró remediarlo con mandar salir á la campaña una escuadra compuesta de aquellos soldados en quienes tenia asegurada la correspondencia de su mayor confianza, para que con los arcabuces hiciesen desviar los cuarenta caballos que habia puesto Gutierrez de la Peña en el asedio de su alojamiento, cuya asistencia y teson era el orijen de su mayor aprieto.

Amparados de las paredes de una ermita (para resguardarse del choque de los caballos) empezaron los Marañones á disparar sus arcabuces á tiempo que divertido el Capitan Pedro Brabo, repreendia la lijereza con que sus soldados infamaban de palabra á los contrarios, llamándolos traydores; y como un mestizo Marañon, llamado Juan de Lezcano, advirtiese este descuido, le metió punteria con golpe tan acertado que dándole al caballo por la frente, lo derribó muerto en tierra; de que gozosos los de Aguirre, por ser el primer tiro que lograban, celebraron con repetidos aplausos la nueva felicidad de aquel suceso; pero socorrido Pedro Brabo con otro caballo por los suyos, paró la desgracia solo en los amagos del susto, si bien, escarmentado del peligro, tuvo por conveniente retirarse un poco con su jente á parte donde no perdiese de vista el alojamiento del tirano, para estar inmediato á embarazar la tornavuelta, que pretendia Aguirre hacer á la Borburata, para embarcarse otra vez: determinacion,

que llegó á poner por obra habiendo antes quitado las armas á todos aquellos de quienes tenia desconfianza su temor; pero llegado el veinte y siete de Octubre, víspera de los Apóstoles San Simon, y Judas, que tenia Dios diputado para castigo de las maldades de Aguirre, y que en él terminasen con su muerte las insolencias de aquel monstruo, dispuesto ya todo para la partida, al empezar á marchar, sentidos los desarmados de la afrenta con que los trataba Aguirre, se escusaron de seguirle, representándole, que llevarlos de aquella suerte sin defensa era sacrificarlos voluntariamente á sus contrarios, pues hallándolos sin armas nos les quedaba que hacer para matarlos; ademas, que era sobrada mengua de un caudillo, que se preciaba de valeroso, volver la espada al empeño, por no tener ánimo para hacer cara al peligro: palabras, que proferidas con aquella entereza, y desahogo á que obliga el justo escosor de un sentimiento, fueron motivo para que Aguirre, rezelando principios de algun motin en que peligrase la obediencia á su respeto, tomase por acuerdo volverles á dar las armas, pidiéndoles perdon del yerro que habia cometido su ignorancia; y como algunos, sintiéndose todavia agraviados del desaire, reusasen el admitirlas, llegó á tanto abatimiento la vileza de su cobarde altivez, que se humanó á rogarles con empeño le hiciesen el favor de recibirlas.

Con el alboroto, y confusion que ocasionaron estas alteraciones andaba todo revuelto, y puesto en gran desórden el campo del tirano, cuando con la noticia que tuvieron de su partida llegaron sobre el alojamiento Diego Garcia de Paredes, y Pedro Brabo con buena co-

pia de jente de á caballo, á cuya oposicion, procurando no se llevasen, como la vez pasada, alguna jente del servicio de los marañones, que á la sazon estaba en el rio, despachó Aguirre á Juan Jerónimo de Espínola con quince arcabuceros para que la defendiese, haciéndole alto hasta que volviese á recojerse al cuartel; pero Espínola, y sus compañeros, luego que se vieron en franquia, apresurando el paso, y diciendo en voces altas: viva el Rey, caballeros, se pasaron al campo real, incorporándose con la tropa de Paredes: accidente, en que estrivó la total ruina del tirano, porque los demas Marañones que estaban fuera del alojamiento, animados con el ejemplar de Espínola, no quisieron ser los últimos en afianzar la seguridad de su partido, y á vista del mismo Aguirre, diciendo: viva el Rey, que á servirlo venimos, se pasaron á los nuestros: resolucion, que siguieron despues todos los otros, dejando al tirano solo con Anton Llamoso, que habiendo jurado muchas veces le seria fiel amigo en vida y muerte, quiso cumplir su palabra, manteniéndole lealtad en el lance mas aduerso de su fortuna.

El Maestre de campo entónces, viéndose ya con la victoria en las manos, despachó aviso al Gobernador, para que marchando con el resto de la jente viniese á cojer el fruto de sus sobresaltos, y afflicciones, mientras Aguirre, conociendo la incosntancia de su contraria suerte, vacilaba confuso con el temor del desastrado fin á que lo habia precipitado su rebelion, y tiranía; y advirtiendo que solo le acompañaba Anton Llamoso, descaido de ánimo, y con la voz turbada, le dijo: que por qué no iba tambien á go-

zar de los perdones del Rey; á que le respondió, constante en su amistad, queria muriendo á su lado, cumplir lo que le tenia ofrecido; y sin esplicarle el tirano otra palabra se entró para un aposento, donde estaba una hija suya, que habia traido del Perú, acompañada de otra mujer, natural de Molina de Aragon, á quien llamaban la Torralva, y poseido del demonio, queriendo cerrar el número de sus crueldades con la mas atroz que pudo caber en la estolidez de una fiera, calada la cuerda á su arcabuz, la dijo, se encomendase á Dios, porque la queria matar, para librarla de la afrenta de que la llamasen despues, hija de un traydor; y aunque la Torralva, asida del arcabuz, pretendió con ruegos disuadirlo de maldad tan execrable, inflexible en la resolucion de tan infame propósito soltó de la mano el arcabuz, y sacando la daga de la cinta la quitó la vida á puñaladas.

Cometida atrocidad tan enorme, volvió á salir para á fuera á tiempo que ya la jente del campo real, apoderada del alojamiento, entraba por las puertas de la sala, á cuya vista turbado, y sin aliento para nada, se arrimó como un triste á una barbacoa, que estaba en un rincon del aposento, y viéndolo de aquella forma un fulano de Ledesma, espadero del Tocuyo, volviendo la cara á hablar con el Maestre de campo, le dijo: señor, aquí tengo rendido al tirano; á que respondió Aguirre: no me rindo yo á tan grandes bellacos como vos; y conociendo á Paredes por la insignia de su puesto, sin poder ya articular bien la voz, por el desmayo de su espíritu, le dijo: Señor Maestre de campo, suplico á vuesa merced, que pues es caballero de tiempo para oir-

me, porque tengo negocios que comunicar muy de importancia al servicio del Rey; y como Paredes se inclinase á condescender con la súplica, suspendiendo la ejecucion de su muerte hasta que llegase el Gobernador, rezelosos los marañones del peligro que les amenazaba si Aguirre descubria las maldades que todos habian obrado en la jornada, le persuadieron con instancia, no malograse con la dilacion el tiempo, cuando podia de una vez asegurar la victoria con la muerte de aquel hombre; y pareciéndole bien este consejo, dió permiso á los mismos marañones para que lo matasen luego.

Entónces Juan de Chaves, y Christóbal Galindo, encarándole los arcabuces, se los dispararon á los pechos, aunque Chaves, cojiéndolo al soslayo, erró el golpe, y dió en un brazo con la bala: defecto, que conoció Aguirre desde que caló la cuerda, pues al observar la forma con que hacia la punteria, dijo mal tiro; pero al disparar Galindo, que le partió el corazon, diciendo, este si que es bueno, cayó muerto en tierra; y otro de los marañones, llamado Custodio Hernandez, le cortó luego la cabeza, y cojiéndola por los cabellos (que los tenia bien largos) salió con ella en la mano á recibir al Gobernador, mientras el Maestre de campo Diego Garcia de Paredes, tremoleando sobre las almenas de la cerca las vencidas vanderas del tirano, publicaba con alegres demostraciones la victoria, aunque el Gobernador Pablo Collado, mostrando sentimiento de que hubiesen muerto á Aguirre sin su órden, recibió con sequedad, y displicencia los aplausos; pero disimulando cuanto pudo, por no tener ya remedio, mandó hacer cuartos el

cadáver, y ponerlo en los caminos; la cabeza, por memoria, dió á la jente que vino del Tocuyo, donde puesta en una jaula de hierro permaneció muchos años en el royo de la plaza; la mano izquierda tocó á los vecinos de la Valencia; y la derecha entregó al Capitan Pedro Brabo, para que llevase á Mérida; pero despues unos, y otros, considerando la inutilidad de tan infames alhajas, se las dieron á los perros, por librarse de la molestia que causaban al olfato.

El Jeneral Gutierrez de la Peña hizo prenda de las vanderas del tirano, alegando ser despojo perteneciente á su puesto, segun la disposicion de las leyes de milicia, y las tuvo despues su estimacion en tan singular aprecio, que consiguió facultad del Rey Felipe Segundo para poderlas añadir por blason al escudo de sus armas, como las usan hoy sus descendientes: merced, que junta con el título que se le dió de mariscal de esta provincia, y de rejidor perpetuo de todas las ciudades que la componen, fué premio en que quedó vinculada á la posteridad la memória de lo que mereció en el agrado real este servicio.

Asi acabó la temeraria tirania de Lope de Aguirre, cuya rebelion, segun los aparatos con que empezó en los principios, tuvo puestas en cuidado todas las provincias de América: pero deshecha, como hemos visto, mas á industrias de la maña, que á poderes de la fuerza, celebraron con aplauso las demas la gloria que consiguió Venezuela. En la villa de Oñate, de la provincia de Guipuzcoa, tuvo Aguirre su indigno nacimiento, para deslustrar con sus obras la lealtad antigua de nacion tan noble, y aunque hijo de padres de mediano estado, debió

á la naturaleza el ser hijo-dalgo; su persona fué siempre á la vista despreciable, por ser mal encarado, muy pequeño de cuerpo, flaco de carnes, grande hablador, bullicioso, y charlatan; en compañia ninguno mas temerario, ni solo mas cobarde; de ánimo siempre inquieto, amigo de sediciones, y alborotos; y asi, en mas de veinte años que vivió en el Perú, aunque su ejercicio era domar potros, y hacer caballos, no hubo levantamiento, ni motin en que no tuviese prenda, y en el de D. Sebasaian de Castilla, cuando en las Charcas mataron al Jeneral Pedro Alfonso de Inojosa, fué de los mas culpados, y como tal condenado á muerte por el Mariscal Alonso de Alvarado, aunque su dilijencia en esconderse frustró la ejecucion de su castigo, y para conseguir despues perdon de este delito se alistó por soldado en el campo real, que formó la Audiencia de Lima contra Francisco Hernandez Jiron, y entónces fué cuando en el valle de Cochabamba lo hirieron en una pierna, de que quedó siempre liciado; fué de natural tan revoltoso, y tremendo, que por sus alborotos estuvó desterrado por justicia de las mas ciudades del Perú, y en la del Cuzco llegó á lance, que se vió en términos de morir ahorcado, siendo conocido en todas partes por el nombre de Aguirre el loco, hasta que saliendo con Ursua á la conquista de los Omeguas formó su rebelion, para que á costa de tanta sangre como derramó inhumano, quedase eterna la memoria de su bárbara impiedad, acreditándose de fiera entre los hombres.

CAPITULO X.

PIDE FAJARDO SOCORRO AL GOBERNAdor: envia este á Luis de Narvaez con cien hombres, y mueren todos en el camino á mano de los Arbacos.

VANAGLORIOSO el Cacique Guaicaipuro de haber logrado tan á gusto la muerte de Juan Rodriguez, y empeñado Terepaima en llevar adelante la traicion en que lo habia metido su deslealtad, trataron de conmover todas las demas naciones de la provincia de Carácas, para que haciendo causa comun los intereses de su fin particular, diesen armados sobre los pueblos de S. Francisco, y el Collado, concurriendo cada una por su parte á la restauracion de la libertad, que imajinaban perdida; pero corriendo entre muchos la solicitud de esta conjura, no pudo ser tan secreta, que no llegase á penetrarla Francisco Fajardo, que de vuelta de la Margarita se hallaba ya en el pueblo de S. Francisco; y aunque valiéndose de los medios de su natural agrado, procuró sosegar la alteracion que conocia en los Caciques, viendo que nada bastaba para aquietarlos, pues crecian por instantes los movimientos que rezelaba en los indios, determinó dar cuenta al Gobernador del aprieto en que se hallaba, para que procurase cuanto antes socorrerlo con la jente que pudiese; para cuya dilijencia se valió de un Juan Alonso, vecino del Collado, hombre práctico, y de resolucion para cualquier empeño, á quien despachó en una piragua al puerto de la Borburata, para que pasando al Tocuyo, informase al Gobernador el

estado en que quedaba, esperando por horas el jeneral levatamiento de los indios.

Estaba en Barquisimeto Pablo Collado cuando llegó Juan Alonso, (que fué pocos dias despues de la muerte del tirano) y enterado del peligro que amenazaba á Fajardo, alistó con brevedad cien hombres para enviarle de socorro, los mas de ellos de los Marañones, que habian quedado desperdigados con el desbarato de Aguirre; y para que á la conducta de un experimentado Capitan se efectuase mejor la dilijencia, pretendió recomendarla al Maestre de campo Diego Garcia de Paredes; pero como los muchos servicios de aquel caballero habia dias que clamaban por la solicitacion del premio, con el motivo de pasar personalmente á la corte á pretenderlo, se embarcó para Castilla (en compañia de Gutierrez de la Peña) sin admitir el encargo que le hacia el Gobernador: causa, para que Collado, por abreviar cuanto antes el socorro, nombrase en su lugar por Capitan para la conducion de aquella jente á Luis de Narvaez, hombre noble, natural de la ciudad de Antequera en la Andalucia, que á la sazon era Alguacil mayor del Tocuyo; quien prevenido de todo lo necesario, con bastante carruaje, y sobrado número de jente de servicio, salió de Barquisimeto por principios de Enero del año de sesenta y dos; (a) pero con tanto descuido, y tan mala forma en la disposicion de su marcha, que llegando á encumbrar la loma de Terepaima, donde murió Juan Rodriguez, siendo la parte donde necesitaba de mayor vijilancia su recato, por ser el centro de la nacion Arba-

(a) Año 1562.

ca, caminaba por ella tan confiado, que por librarse del peso de las armas las llevaban liadas los soldados sobre las bestias del bagaje: desórden, que conocido por los indios Meregotos (que de las sabanas de Guaracarima, y orillas del rio de Aragua, donde tenian su habitacion, habian subido á la serrania, llamados por los Arbacos para cooperar á su defensa) queriendo llevarse la gloria de que se debiese á su socorro el vencimiento, ocuparon con sus escuadras el alto, que hoy llaman las Mostazas, y adornados de divisas, y penachos, esperaron á que llegase Narvaez; quien al ver ocupado el paso con aquella multitud, dejándose llevar de la templanza, cuando la ocasion pedia una resolucion arrojada, se puso muy de espacio á requerirles con la paz, protestándoles corriesen por su cuenta los daños que ocasionase la guerra, de cuyo requerimiento, haciendo irrision los indios con algazaras, y gritos, remitieron á las armas la respuesta; y valiéndose á un tiempo de flechas, y de macanas contra los desprevenidos españoles, los pusieron en tan desordenada confusion, que aunque Narvaez como hombre de valor, procuró entónces enmendar con su esfuerzo los yerros de su descuido, fué á tiempo que ya no tuvo remedio su reparo, pues herido de muerte á los primeros encuentros, y atravesado por mil partes á flechazos, cayó del caballo en tierra, donde atropellado de los indios perdió lastimosamente la vida, en castigo de su poca prevencion.

A este tiempo los Arbacos, que hasta allí habian estado á la mira de lo que obraban las tropas auxiliares de los Meregotos, viendo el desbarato en que se hallaban los nuestros, desfilando sus escuadrones para tener tam-

bien prenda en la victoria, atacaron por su parte la batalla, y como nuestra jente, turbada con el desaliento que le causó la muerte de Narvaez, no pudiese resistir la fuerza de tanto bárbaro, dió lugar con su desmayo para que aquella canalla embrabecida ejecutase sin piedad los rigores de su saña: pues llevándose cuanto encontraban por delante al filo de las macanas, hicieron estrago tan lamentable en aquellos miserables españoles, que sin perdonar vida, ni aun de la jente de servicio, los pasaron todos á cuchillo, quedando solo, para testigos de aquella triste trajedia, Juan Serrano, Pedro Garcia Camacho, y Francisco Freire, que entre la confusion de tanta muerte tuvieron lugar para escaparse, y metiéndose por los montes, al cabo de cinco dias fueron á salir los dos primeros al pueblo de S. Francisco, donde estaba Fajardo esperando por instantes el socorro; pero enterado con la noticia que le dieron de la desgraciada muerte de Narvaez, y jeneral destrozo de su campo, perdió en el todo la esperanza de poderse mantener contra la opugnacion de un enemigo victorioso; y considerando, que divididas en S. Francisco, y el Collado las pocas fuerzas que tenia, era exponer ambos pueblos al evidente riesgo de su ruina, tuvo por mas evidente abandonar voluntariamente el uno, que no perdelos entrambos; y antes que los indios, en prosecucion de la victoria, viniesen á sitiarlo, despobló el de S. Francisco, retirándose con toda la jente unida á fortalecerse en el Collado.

El otro soldado Francisco Freire, huyendo con la turbacion de aquel conflicto, acertó á cojer el mismo camino por donde habian venido, y volvia para Valen-

cia; pero como á poco tiempo de su fuga encontrase con algunas tropas de indios, que le tenian cojido el paso, con el deseo de salvar la vida, sin reparar en la temeridad que ejecutaba su miedo, se arrojó de un precipicio tan pendiente, que hoy causa horror el mirarlo, dejando perpetuada la memoria de su desesperacion en aquel sitio, pues es comunmente llamado el salto de Freire, aunque corrupto por la vulgaridad el bocablo, lo llaman todos ya, el salto del Fraile; pero anduvo tan afortunado en la caida que con ser bien grande la distancia que hay desde la eminencia al valle, no recibió otra lesion, que quedar algun tiempo sin sentido, hasta que vuelto en sí, y recobrado del susto, pudo, caminando por una quebrada abajo, salir (aunque con alguna penalidad) á las orillas del Tuy, donde tuvo otro contratiempo su desgracia, pues encontrándose con unos indios Meregotos, que iban para la serrania, se halló metido en lance de mayor aprieto; y no ocurriéndole otro remedio por entónces, que valerse de la humildad y sumision para escapar la vida hincándose de rodillas, con lágrimas, y exclamaciones les empezó á pedir, no lo matasen, pensando moverlos á piedad con sus plegarias; pero como la misericordia sea virtud poco conocida entre estos bárbaros, no haciendo mucho caso de sus ruegos, le tiraron algunos golpes de macana; chanza, que teniéndola el Freire por pesada, parecióle mejor mudar de medio, y metiendo mano á una mala espadilla que llevaba, embistió con los indios con tan valiente brio, que á pocos lances dejó heridos tres, ó cuatro de los que mas le molestaban, y temerosos los demas, tuvieron por partido mas seguro dejarle el paso franco, y

retirarse, dándole lugar, para que sin otro accidente, al cabo de algunos dias llegase á Barquisimeto, con la noticia del infeliz suceso de Narvaez, para contristacion jeneral de la provincia; atribuyendo todos la desgracia de aquella infausta jornada á castigo conocido de la justicia Divina, para que pereciendo con tan desastrado fin los marañones, sirviese de escarmiento tan merecido premio á sus maldades.'

CAPITULO XI.

ENVIA LA AUDIENCIA AL LICENCIADO Bernaldes á averiguar los excesos de Collado; remitelo preso á España, y queda gobernando en su lugar: sitia Guaicaipuro el Collado, y Fajardo lo desampara.

DESPUES que el Gobernador Pablo Collado, con la muerte del tirano Aguirre, se halló libre de las aflicciones en que lo tuvo puesto su espíritu apocado, ó fuese porque la felicidad de aquel suceso le infundió con desvanecimiento alguna soberbia mal fundada, ó porque sentido de las mortificaciones, que por entónces toleró en el desprecio con que le trataban sus subditos, quisiese con la mano de superior dar satisfaccion á su despique, empezó á usar con los vecinos tales sequedades, y asperezas, que estrañando la novedad, á que no estaban acostumbrados, por ser muy diferentes las atenciones que antes experimentaban en la docilidad de su natural afable, se le fueron orijinando émulos, y declarando quejosos; y pasando adelante las destemplanzas

de Collado, se vieron obligados á recurrir á la Audiencia de Sto. Domingo á representar sus agravios á la sombra de algunos cargos, y capítulos, que le formó el desafecto, sobre la mala disposicion de su Gobierno, que aunque en la realidad eran de poca substancia, y no estaban del todo comprobados, fueron bastantes para que la Audiencia tomase resolucion de enviar, para que los averiguase, al Licenciado Bernaldes, de profesion letrado, á quien llamaban comunmente Ojo de Plata, por uno que traia de este metal, para llenar el hueco de otro que le faltaba; y llegado al Tocuyo por Agosto del año de sesenta y dos, como quiera que en la comision que se le dió traia la clausula ordinaria, de que hallando culpado al reo lo remitiese preso á España, resumiendo en sí el Gobierno, fué preciso se dispusiesen las cosas de calidad, que no quedase la cláusula infructuosa; y asi, á poca dilijencia de los capitulantes, dando por probados los delitos que le imputaban, declaró á Collado por suspenso del Gobierno, y adjudicándose el baston lo remitió preso á España.

En tanto que esto pasaba en el Tocuyo, estaba Fajardo en el Collado sin dejar las armas de la mano, por los continuos aprietos en que lo ponian los indios, que soberbios con la rota de Narvaez, y despoblacion de S. Francisco, á instancias de Guaicaipuro habian hecho empeño de no dejar español en la provincia, á cuyo jeneral movimiento pudo resistir Fajardo algunos dias, ayudado de Guaicamacuto, y demas caciques de la costa, que firmes en su amistad no habian querido meter prenda en la conjura; pero pudo tanto la astucia de Guaicaipuro, que valiendose de la triaca para introducir

el veneno, dispuso la perdicion de Fajardo por los medios en que aseguraba su mayor confianza, pues pervirtiendo al Cacique Guaicamacuto con molestas persuasiones, lo redujo á que faltase á la fidelidad al mejor tiempo; y arrimándose á la parte de la liga, sin que Fajardo lo entendiese, tuvo lugar para con el seguro de amistad disponer á su salvo la traycion. Tenian los españoles fabricado dentro del pueblo un fuerte de madera, á cuya sombra mantenian con valor su resistencia, sin que los indios pudiesen lograr ventaja en los asaltos; y discurriendo forma Guaicaipuro para sacarlos á pelear fuera de aquel abrigo, en que consistia toda su defensa, retiró todas sus tropas, dando á entender con disimulo, que no queria ya guerra con Fajardo, y dejando pasar algunos dias, amaneció una mañana con su jente á vista de la poblacion de Guaicamacuto, (disposicion, que tenian con gran secreto parlamentada entre los dos) finjiendo venia á moverle guerra, por la amistad que profesaba con Fajardo.

Distaba la poblacion una legua con poca diferencia, del Collado, y afectando el Guaicamacuto mil temores (dejando antes dispuesta en el camino una emboscada) partió luego en busca de Fajardo, y con cuanta simulacion supo formar su malicia, le dijo: por haber sido tu amigo me vienen á destruir los indios Teques, veslos allí están sobre mi pueblo, con ánimo de talar mis sementeras, y poner fuego á mis casas, pues yo te he ayudado para defenderte de ellos, ayúdame ahora con tu jente para librarme del daño, que por tu amistad me viene.

Parecióle á Fajardo tenia razon en lo que pedia el

Cacique, y resuelto á favorecerlo con empeño, lo despidió, encargándole tuviese su jente prevenida para cuando llegase Juan Jorje de Quiñones, á quien con treinta infantes, y tres hombres de á caballo enviaria luego en su socorro.

No deseaba el bárbaro otra cosa, y vuelto á su pueblo con presteza, reforzó la emboscada, que habia dejado dispuesta en el camino, nombrando por cabo de ella á un indio valeroso, llamado Parariian, y él con otra considerable porcion de indios se emboscó mas adelante, quedando sobresaliente Guaicaipuro para embestir con sus Teques en llegando la ocasion. Bien ajeno de prevencion tan traydora salió Juan Jorje con su jente del Collado; y aunque al entrar en la montaña reconoció al instante (como práctico) el engaño que encubria, solo sirvió su advertencia de que no lo cojiesen descuidado, pues sin tener tiempo para mas que mandar cargar los arcabuces con dos balas, se halló acometido por todas partes de innumerable multitud de flechas, á que correspondieron sus soldados con tal brio, que trabándose fuertemente la batalla, se llenó en breve de horror, y sangre la montaña; pero como los indios eran muchos (pues pasaban de cinco mil los combatientes) fué preciso que los nuestros, para poder defenderse, dejando las armas de fuego echasen mano á las espadas, que convertidas en rayos corrian por las gargantas de aquella canalla infiel, mientras Juan Jorje con los tres compañeros de á caballo, haciendo prodijios con las lanzas, procuraba atropellar las enemigas escuadras; pero para qué fin arresto tan superior? si por cada indio que moria substituian ciento en su lugar, cuando los nuestros

rendidos con la fatiga, y cansancio de mas de tres horas de pelea, necesitaban ya de todas las ensanchas del valor para poder mantenerse.

En este estado se hallaban aquellos treinta y tres españoles cuando reforzados los espíritus, á persuasiones de Juan Jorje, volvieron con mas esfuerzo á renovar la pelea, por ver si á fuerza de brazos podian salir á la playa, que era la única esperanza que tenian para lograr con alguna seguridad la retirada, cojiendo por abrigo la reventazon del mar para guardar los costados: dilijencia, que conseguida con trabajo, sirvió solo para mayor tormento, porque cargando de refresco Guaicaipuro, al ver que se escapaban los nuestros, se encendió de ambas partes con mas desesperacion la refriega; y como en el fervor mas ardiente del combate descubriese Juan Jorje á Pararian, que con una guayca en la mano animaba los suyos al vencimiento, queriendo humillar su altivez con el castigo, hizo piernas al caballo para atravesarlo con la lanza; pero andubo tan desgraciado, que tropezando el caballo en unas piedras, cayó con él en el suelo, donde, sin poderlo remediar, logró el Pararian la ocasion de su venganza, pues le quitó la vida atravesándole el vientre con la guayca: desgracia, que hubiera sido la ruina de los demas, si á este tiempo no llegára Fajardo, que noticioso del aprieto en que se hallaban los suyos, salió del Collado con el resto de la jente á socorrerlos, á cuya sombra pudieron conseguir la retirada, hasta ampararse del fuerte que tenian hecho en el pueblo; si bien no fué con tan poca pérdida, que no costase la vida á once soldados, y el quedar bien heridos los demas.

No se dió por satisfecha aun todavia la soberbia altivez de Guaicaipuro con haber logrado tan á su gusto la traycion en que metió á Guaicamacuto, y haciendo nuevas levas, asi de sus vasalllos, como de las demas naciones de la liga, para reclutar sus tropas, por haber perdido en la batalla mas de setesientos Gandules, las aumentó al número de siete mil combatientes, y con ellos, resuelto á no desistir de la empresa hasta alcanzar por entero la victoria, puso sitio regular sobre el Collado, reduciéndolo á tan rigoroso asedio, que desesperado Fajardo de poderse mantener, hallándose falto de bastimentos, y sin esperanza alguna de socorro, antes que la necesidad llegase á extremo que se imposibilitase el remedio determinó desamparar el pueblo, y retirarse, por no ser sus fuerzas suficientes para resistir tan formidable potencia como la que habia convocado Guaicaipuro, y embarcando su jente en algunas piraguas, y canoas, que tenia surtas en el puerto, unos se fueron para la Borburata, y él con los mas se retiró á la Margarita; pero antes de ejecutarlo, como tenia atravesado en el corazon el sentimiento de ver malogrados sus afanes, con la intencion de reforzarse cuanto antes para volver á restaurar lo perdido, y tomar venganza de las trayciones con que lo tenia ofendido Guaicaipuro, obligó á que con juramento le prometiesen sus soldados le acompañarian en cualquier tiempo que intentase volver á conquistar la provincia.

CAPITULO XII.

MATAN LOS INDIOS DE CARACAS A Diego Garcia de Paredes: viene por Gobernador D. Alonso Manzanedo, y por su muerte vuelve á gobernar el Licenciado Bernaldes.

EMBARCADOS para Castilla (como referimos en el capítulo décimo de este libro) el Jeneral Gutierrez de la Peña y el Maestre de campo Diego Garcia de Paredes, con felicidadad, y viaje próspero llegaron á la corte; y como los grandes servicios de uno, y otro eran notorios, necesitaron de muy poco favor para ser bien atendidos, pues á corta dilijencia lograron la fortuna de quedar premiados, honrando su Majestad á Gutierrez de la Peña con el título de Mariscal de esta provincia, y de Rejidor perpetuo de todas las ciudades que la componen, con otras mercedes particulares, que aunque no fueron de tanta hojarasca en la apariencia, fueron de mas utilidad en la substancia; y á Diego Garcia de Paredes con el Gobierno y Capitania jeneral de la provincia de Popayan.

Conseguidos tan favorables despachos, volvieron á salir juntos de España, embarcándose por principios del año de sesenta y tres (a) en un navio que venia para la Borburata, y navegando con felicidad para la América, quiso la adversa suerte (para que tuviese cabimiento la desgracia) que al reconocer la tierra recalase la embar-

(a) Año 1563.

cacion sobre el puerto de Catia, tres leguas á sotavento del paraje donde estuvo fundada la poblacion del Collado; y acordándose Diego Garcia de Paredes de que al tiempo que se partió para España habia salido del Tocuyo, con el socorro que venia para Fajardo, Luis de Narvaez, con quien profesó siempre una amistad muy estrecha, ignorante de su muerte, y lo demas sucedido con el jeneral levantamiento de los indios, mandó ancorar el navio, para lograr de paso la ocasion de adquirir noticias del amigo.

Era cacique de aquel valle un indio llamado Guanauguta, acérrimo enemigo de la nacion española, y como tal de los que mas ayudaron á Guaicaipuro para lanzar á Fajardo, y viendo surta la embarcacion en su mismo puerto, maquinó luego una traycion su alevosia, pues emboscando docientos indios de los mas valerosos de su pueblo en los arcabucos mas cercanos, empezó desde la playa á llamar la jente del navio, tremoleando al aire una bandera blanca, á cuya seña engañado Diego Garcia de Paredes, con la presuncion de que sin duda estaba allí Narvaez, ó algunos de sus soldados, mandó echar la lancha al agua, y acompañado solamente de cuatro caballeros Estremeños, que traia consigo, y seis marineros para el remo, saltó en tierra, donde recibido del Cacique con cuanto agasajo pudo afectar el finjimiento, tuvo lugar para preguntarle luego por Narvaez; y el bárbaro, para asegurar su intento, y tener mas cómoda oportunidad para lograrlo, le respondió con engaño, diciéndole, estaba en el pueblo de S. Francisco, y que si gustaba enviaria un indio á avisarle, para que viniese á verle, sirviéndose en el interin de su-

bir á la poblacion á divertirse, pues siendo tan corta la distancia, seria muy poco el tiempo que tardaria la respuesta.

Creyólo Paredes confiado, y aceptó el combite inadvertido; mas apenas habia llegado á las casas cuando entre la esplendidez de un suntuoso banquete, que le tenian prevenido, conoció en la turbacion de los indios que le asistian la malicia que ocultaba la urbanidad del festejo, y comunicando su sospecha á los demas compañeros, trató de retirarse á la playa para volverse á embarcar; pero los otros, como poco prácticos en las cosas de las Indias, atribuyeron á temeridad la desconfianza de Paredes, obligándolo á que sin hacer caso de lo mismo que temia, atropellase imprudentemente los riesgos que imajinaba, pues divertidos todos entre los regocijos del combite, dieron lugar á los indios, para que saliendo de la emboscada embistiesen con ellos, cojiéndolos descuidados; y aunque Paredes, con aquel antiguo ardimiento de su valor acostumbrado, animando á los compañeros echó el resto de la desesperacion para buscar la defensa, (pues segun refiere Fray Pedro Simon (a) mató mas de ochenta por sus manos) como los enemigos ran muchos nada bastó, para que todos dejasen de pagar con las vidas la necedad de su confianza inadvertida, pues solo pudo escapar un marinero, que aunque seguido de los indios, y herido con algunos flechazos, tuvo la fortuna de llegar á la playa y echándose á nado cojer el batel, que los estába esperando sobre remos, para que volviendo al navio refiriese, como testigo de vista, las circunstancias de aquella desgracia la-

(a) Fr. Pedro Sim. not 7. cap. 1.

mentable, que fué para los compañeros mas sensible, cuando poco despues de sucedida alcanzaron á ver, que los indios en la playa, ó por venganza, ó por escarnio, empalando aquellos nobles cadáveres, y suspendiéndolos en alto, tenian por entretenimiento hacerlos blanco de sus crueles saetas; pero no pudiendo por entónces remediarlo, se hicieron á la vela, por librarse de la mortificacion de ver con sus mismos ojos los actos tan lamentables de aquella triste trajedia.

De esta manera acabó el Gobernador Diego García de Pardes, cuyas hazañas en las Indias siempre lo acreditaron por grande, pues se preció en todas ocasiones de tan hijo en el valor, como en la sangre, de aquel célebre español de su propio nombre, cuyos arrestos fueron asombro de Italia. En la ciudad de Trujillo de la noble Estremadura, tuvo su nacimiento, é inclinado desde su tierna edad al ejercicio de la guerra, dejó la milicia de la Europa, en que pudiera con las singulares ocurrencias de aquel siglo haber acrecentado á menos riesgo su fortuna, por seguir á los Pizarros, como parientes, y amigos, en las conquistas de América, donde, por que no peligrase su leadtad, abandonó las conveniencias, que en el Perú le habian granjeado sus méritos, pues viendo á Gonzalo Pizarro embuelto en aquellas vulgares aclamaciones de defensor de la Patria, que despues lo precipitaron á su ruina, receló las continjencias á que podia quedar expuesta su opinion con las inquietudes del paisano; y menospreciando los premios á que eran acreedores sus servicios, se pasó anticipadamente al nuevo Reino, y de allí á esta provincia, donde conquistados los indios Cuicas, dejó vinculada la memoria de

su patria con la fundacion de la nueva Trujillo. En el desbarato del tirano Aguirre tuvo la mayor parte su asistencia, y cuando franca la real mano empezaba á comunicarle sus favores, atajó la muerte los pasos á su dicha con el accidente infeliz de una desgracia.

Pocos dias despues de sucedida la muerte de Diego Garcia de Paredes llegó á Coro D. Alonso de Manzanedo, proveido por el Rey en el Gobierno, y Capitania jeneral de la provincia en lugar del Licenciado Pablo Collado; y habiendo abierto el juicio de residencia contra el Licenciado Bernaldes, su antecesor, como quiera que la afabilidad de su natural cortesano le tenia adquirida la dicha de bien quisto en el corto tiempo que le duró el empleo, hubo menester muy poco para quedar con lucimiento, pues declarado por libre con una sentencia muy honrosa, cargado de estimaciones se volvió á la isla Española, donde estaba avecindado, á gozar con quietud del retiro de su casa; pero como la experiencia de su obrar tenia acreditado su talento, dentro de breves dias fué preciso le buscasen otra vez con mas empeño las honras; porque siendo el D. Alonso de Manzanedo hombre de crecida edad, y de salud muy quebrada, con la mudanza del temperamento, y fatiga de los cuidados se le fueron acrecentando los achaques de suerte, que postrándose luego en una cama, murió por Febrero del año de sesenta y cuatro, dejando el Gobierno á los Alcaldes, en virtud de lo determinado por la cédula que consiguió Sancho Briceño; pero noticiosa la Audiencia de la muerte de Manzanedo, á pedimento de todas las ciudades de la provincia volvió á nombrar por Gobernador interino al Licenciado Bernaldes, que

agradecido á la buena voluntad que conocia en los vecinos, se embarcó gustoso para Coro, donde los aplausos de su recibimiento fueron la mas calificada aprobacion de su obrar antecedente.

CAPITULO XIII.

VUELVE FAJARDO A INTENTAR LA conquista de Carácas: préndelo con engaño Alonso Cobos, y alevosamente le quita la vida: entra el Gobernador Bernaldes hasta Guaracarima, y sin pasar adelante se retira.

No fueron bastantes los repetidos contratiempos de Fajardo, ni el haberse visto obligado por dos veces á desamparar la provincia de Carácas, para que perdiese el ánimo, ni desmayase en aquel firme propósito, que siempre tuvo de conseguir su conquista; y asi desde el instante que llegó á la Margarita, despues de despoblado el Collado, empezó á tratar con mas empeño que antes de juntar fuerzas, y buscar medios para volver á restaurar lo perdido, y tomar satisfaccion de los agravios con que lo tenia ofendido la indomable altivez de Guaicaipuro: y como con las expediciones anteriores habia ya adquirido crédito, y granjeado singular estimacion para con todos, fuéle fácil, ayudado de los amigos, disponer con brevedad lo necesario para su tercer jornada; de suerte, que hallándose por principios del año de sesenta y cuatro con ciento y treinta hombres, algunos caballos, porcion de ganado bacuno, y cantidad con-

siderable de armas, y municiones, fué despachando sus soldados, y prevencion de pertrechos á tierra-firme, con órden para que le esperasen en el rio de Bordones, una legua poco mas á sotavento de Cumaná, donde pensaba formar la masa de su ejército; y cuando le pareció tiempo, por no tener ya que hacer, pasó á incorporarse con su jente, para dar principio á los movimientos de su marcha.

Era en la ocasion Justicia mayor de Cumaná Alonso Cobos, declarado enemigo de Fajardo; sin mas motivo, que la emulacion de verlo acreditado con la fama que le habian adquirido sus conquistas, y sabiendo que estaba en el rio de Bordones, asi por satisfacer los rencores de su embidia, como por parecerle, que quitado el embarazo de Fajardo podria con facilidad hacerse dueño de toda la prevencion de su armamento, y conquistando con él la provincia de Carácas apropiarse los aplausos, que sentia ver en su émulo, maquinó la mas enorme maldad, que pudo caber en pecho humano; pues resuelto á matar á Fajardo por el modo que pudiese, se valió de una reconciliacion finjida, para formar una traycion verdadera; y enviándole diferentes recados cortesanos con la enhorabuena de su llegada, trató por mano de un Marcos Gomez, amigo de Fajardo, que pasase á verse con él á Cumaná, para que comunicándose personalmente los dos, quedase mas asegurada la amistad; y aunque Fajardo á los principios (quizá por los latidos con que fiel le avisaba el corazon, no atreviéndose á fiar de una amistad reconciliada) procuró escusarse, tomando por pretexto la precisa aceleracion de su partida. Fueron tales las instancias, promesas, y

precauciones con que aseguró Alonso Cobos la sinceridad de su buen trato, que obligado Fajardo á tanto ruego, hubo de pasar a Cumaná guiado de su mala estrella, para que lograse Cobos la maldad que tenia premeditada, pues recibiéndolo en su casa con apariencias de agrado, lo tuvo divertido en conversacion hasta la noche, que pareciéndole á Fajardo era ya tiempo para volverse á Bordones, al tratar de despedirse salieron de un aposento algunos criados, y amigos, que tenia Cobos prevenidos con unos grillos para ponerle; y como Fajardo se defendiese á no dejarse prender, le dijo Cobos: V. no se alborote, que todo esto no es mas que un cumplimiento para tapar la boca á algunas quejas, y no quiero que el pueblo entienda, que porque somos amigos embarazo la justicia; déjese V. prender, que dentro de una hora estará libre.

Engañado Fajardo con la simulacion traydora de aquellas falsas palabras, consintió en la prision para su daño, pues luego que le pusieron los grillos, y le *quitaron* las armas, aun no teniéndolo Cobos de aquella suerte por seguro, lo hizo meter en un cepo, y sin mas prueba, ni forma, que el atropellamiento de su pasion vengativa, tomándole la confesion por ante un escribano, llamado Hernando Lopez, aquella misma noche le dió vista de los cargos para que se defendiese, con término de media hora, atribuyéndole por delitos lo que la estimacion comun (y con razon) le celebraba por méritos, pues le acriminó como culpas los singulares servicios hechos en las repetidas entradas á la conquista de Carácas; y sin aguardar á mas, pasada la media hora lo sentenció á muerte de horca, mandando, que

para el suplicio lo sacasen arrastrando á la cola de un caballo.

Absorto quedó Fajardo al oir la notificacion de sentencia tan inicua, pues ni pudo obrar mayor violencia el rigor, ni discurrir mas orrible sinrazon la tirania; y viendo que ni se le admitia la apelacion que interpuso, ni hallaba recurso humano para remedio de semejante injusticia, trató de buscar forma para avisar á sus soldados, que habia dejado en Bordones, pues no le quedaba otra esperanza, que recurrir á las armas, para librarse con la fuerza de aquel atropellamiento, que usaba con él la alevosía; pero recelando Cobos lo mismo que imajinaba Fajardo, aceleró la ejecucion de la sentencia, y antes que se supiese en el pueblo lo que tenia forjado su maldad, mandó le diesen garrote en el mismo cepo, que le servia de prision; y como Fajardo se defendiese con las manos, sin consentir que llegasen á ponerle los cordeles, pudo tanto en Cobos la pasion, unida con la crueldad, que levantándose furioso de una silla en que estaba sentado, dijo: es posible que para matar una gallina hemos de tener tanto en que entender! y cojiendo él mismo con sus manos una soga le hizo un lazo corredizo, y como si enlazara algun toro se lo echó desde lejos una, y otra vez; hasta que haciendo presa en la garganta lo sujetó contra el suelo, para que llegando los demas lo acabasen de matar, dándole con una tabla en la cabeza, hasta hacersela pedazos; y no satisfecho aun todavia el rencor de Cobos con accion tan inhumana, por dar mas complaconcia á su venganza hizo sacar por la mañana el cadáver arrastrando á la cola de un caballo, y colgarlo en la horca por los

pies: espectáculo, que dejó atónita la jente de Cumaná, y abominando todos á una voz la maldad execrable de aquel hombre, en cuya comparacion, qué tigre no fué piadoso! y qué fiera no fué humana!

Asi terminó los lances de su fortuna el Capitan Francisco Fajardo, en quien compitieron á porfia el valor, y la desgracia: sus pensamientos elevados, con ser un pobre mestizo desvalido, y sin caudal (si bien de nacimiento noble) fueron bastantes á insertarlo en el número de los conquistadores de las Indias, pues llevado de la jenerosidad de su espíritu emprendió solo, y sin medios una materia tan ardua como la conquista de los Carácas, que consiguió con industria, y mantuvo con teson, atropellando con valor, y tolerando con sufrimiento las dificultades, y contratiempos, que le dispuso contraria la fortuna, hasta llegar á merecer por lo heróico de sus hechos, que la Majestad del Rey Felipe Segundo le honrase con título de Don, (circunstancia tan apreciable en aquel tiempo, como abatida en el nuestro) y con el Gobierno perpetuo de todo lo que poblase: mercedes de que no pudo gozar por haber llegado los despachos despues de sucedida la lamentable trajedia de su muerte, la cual sabida por sus soldados en Bordones, aunque á los principios, movidos con el fervor del sentimiento, itentaron pasar á Cumaná para tomar satisfaccion con la venganza, como se hallaron sin cabeza que los gobernase, para disponer la ejecucion, divididos en diversos pareceres se les fué enfriando la cólera de suerte, que desunido el armamento cada uno tiró por su camino, sin atender á otra cosa, que á buscar cada cual su conveniencia.

Mas finos anduvieron con Fajardo los vecinos de la Margarita, (donde era en estremo amado por el natural agrado de su trato) pues luego que tuvieron la noticia de su infeliz desgracia, sintiendo por comun agravio de todos la injusta muerte del paisano, deseando aplicar remedio á insolencia tan enorme, y que la maldad de Cobos no quedase sin castigo, capitaneados de Pedro de Viedma, Justicia mayor de aquella isla, atravesaron en piraguas con gran secreto á tierra-firme, y entrando sin ser sentidos con el silencio de la noche en Cumaná, prendieron á Alonso Cobos, y se lo llevaron á la Margarita, donde substanciada la causa, y comprobado el delito, por mandato de la Real Audiencia de Sto. Domingo, (á quien remitieron los autos) despues de arrastrado por las calles, murió ahorcado, y hecho cuartos, para que quedase ejemplo del castigo donde estaba la memoria de su infame delito.

Deshecho el armamento de Fajardo con su muerte, y malograda la esperanza que se tenia por aquel medio de que se volviese á restaurar lo perdido en la provincia de Carácas, trató el Gobernador Bernaldes de tomar con empeño, y por su propia persona su conquista, por parecerle no convenia á su reputacion el que en su tiempo se dejase desamparado por descuido, lo que en el de sus antecesores se habia adquirido con trabajo; y prevenidos cien hombres, que fueron los que pudo juntar en todas las ciudades del disrrito, salió del Tocuyo en compañia del Mariscal Gutierrez de la Peña, á quien por su militar esperiencia nombró por Jeneral, para que corriese por su cuenta toda la disposicion de la jornada; mas como estando presente el Gobernador era preciso

que no obstante residiese en él toda la autoridad, desde luego se empezó á reconocer el inconveniente de no poder el Mariscal disponer las cosas conforme le parecian convenir, porque el Gobernador, como poco práctico, pretendia entablar la conquista, con requerimientos y protestas, á que no asentia el Mariscal, con el conocimiento de que la altívez con que se hallaban los indios estaba ya en estado, que solo requeria valerse del rigor para domarla; de cuya contrariedad en los dictámenes pronosticaron todos el poco efecto que podian esperar de la jornada; á que se agregó, para que el vaticinio saliese verdadero, que llegados á las sabanas de Guaraçarima hallaron toda la tierra puesta en armas, porque los Arbacos, y Meregotos, con la noticia que tuvieron, de que el Gobernador en persona entraba con jente armada en sus paises, llamaron en su ayuda á los indios Quiriquires, sus confinantes, y amigos; y subiendo estos por las orillas del Tuy hasta el rio de Tiquire, fueron tantos los Gandules que de unas naciones, y otras se juntaron, que ocupados todos los altos, y montañas, no se descubria parte en los contornos, que no la poblasen sus penachos; á cuya vista empezaron á acobardarse los nuestros, y aunque á persuasiones del Mariscal hubieron de empeñarse á entrar por un valle angosto, que forma dos serranias corriendo el Tuy por enmedio, (á quien llamaron entónces el valle del Miedo) solo sirvió para que reconociendo con mas claridad la oposicion que hallaban en los indios, se aumentase mas en todos el temor, de suerte, que sin atreverse á pasar mas adelante, determinaron, por parecer comun, retirarse á las sabanas de Guaracarima, y esperar

allí á que se juntase mas número de jente, por ser muy poca la que llevaban para poder conseguir la conquista que emprendian.

Ejecutada, pues, la retirada, el Gobernador con el deseo de hacer cuanto antes la recluta para reforzar su campo, acompañado del Mariscal se volvió para el Tocuyo, dejando el resto de los soldados en Guaracarima á cargo de Francisco de Madrid, á quien nombró por cabo superior, para que los gobernase mientras duraba su ausencia; pero aunque el Mariscal por su parte, y el Gobernador por la suya, pasando personalmente á todas las ciudades de la provincia, aplicaron cuanta solicitud pudo discurrir la dilijencia mas exacta, habia cobrado tan mal crédito la conquista de Carácas con el continuado curso de sus desgracias, que no pudieron hallar hombre que quisiese exponerse al riesgo de padecerlas; y como por esta causa se dilatase el socorro mas de lo que habia prometido la esperanza, hallándose Francisco de Madrid bastantemente apretado con los repetidos acometimientos de los indios, y con las desconfianzas que padecia su jente, se vió obligado á dejar en su lugar á Antonio Rodriguez Galan, y pasar personalmente al Tocuyo á reconocer el estado que tenian las disposiciones del Gobernador para proseguir en la conquista; pero desengañado en breve con la mala forma que halló en todo, se volvió á Guaracarima con órden del Gobernador, para que se retirasen los soldados, poniendo por entónces fin á la jornada, hasta que el tiempo diese conveniencia para poderla intentar con fundamentos mas sólidos.

LIBRO QUINTO.

DE LA CONQUISTA, Y POBLACION DE LA PROVINCIA DE VENEZUELA.

CAPITULO PRIMERO.

GOBIERNA LA PROVINCIA DON PEDRO Ponce de Leon; determina ejecutar la conquista de Carácas, y nombra por Jeneral de ella á Diego de Losada: sale este del Tocayo, y llega con su ejército al valle de Mariara.

PASADO poco mas de un año despues que el Gobernador Pabló Bernaldes se retiró al valle de Guaracarima con su ejército acobardado, estando en el Tocuyo á fines del año de sesenta y cinco (a) determinó volver á hacer segunda entrada á la provincia de Carácas, por ver si hallaba con mas favorable semblante á la fortuna, y

(a) Año de 1565.

publicada la jornada, nombró por Jeneral de ella á Diego de Losada, vecino del Tocuyo, persona en quien concurrian, ademas de la nobleza heredada, las prendas de valor, y experiencia adquirida en las muchas funciones militares en que se habia hallado, asi siendo Maestre de campo del Gobernador Cedeño, como asistiendo por cabo principal en diferentes conquistas, manifestando en todas ocasiones los valerosos alientos de su noble espíritu, como hemos referido en diferentes partes de esta historia; y aunque como prudente procuró escusarse con el motivo de su poca salud, recelando la continjencia á que exponia su opinion, empeñando el crédito donde habian perdido la vida capitanes tan experimentados como Juan Rodriguez, Luis de Narvaez y Diego Garcia de Paredes; el Gobernador conociendo que en la eleccion de tal caudillo llevaba afianzados los aciertos de su buen deseo, le obligó con ofertas, y agasajos á que aceptando el nombramiento, tomase por su cuenta el desempeño.

A este tiempo llegó de España por Gobernador de la provincia D. Pedro Ponce de Leon, rama ilustre de la casa de Arcos, caballero de mucha experiencia, y gran talento, que habia sido Alcaide de Conil, y de las Almadranas, y se habia ejercitado en otros empleos correspondientes á su noble sangre; traia D. Pedro apretados órdenes del Rey, para que con todo esfuerzo procurase conquistar la provincia de Carácas, y hallándose por su antecesor corridas ya las primeras líneas á este intento, confirmó el nombramiento de Jeneral á Diego de Losada, dándole nuevos poderes para poblar, y repartir encomiendas; y para empeñarlo mas, con la

confianza que hacia de su persona, le entregó, para que militasen debajo de su mano tres hijos que traia consigo, llamados D. Francisco, D. Rodrigo, y D. Pedro; á cuya demostracion, como el ejemplo del superior es el impulso mas eficaz para los subditos, ocurrieron de toda la provincia los vecinos mas principales á alistarse por soldados.

Hallábase en la ocasion en el Tocuyo el Capitan Juan de Salas, vecino de la Margarita, é íntimo amigo de Losada, y viéndolo empeñado en empresa de tanta reputacion, se ofreció á acompañarlo en la jornada, dando primero vuelta á aquella isla para traer consigo cien indios Guaiqueries, de los que habian entrado con Fajardo, considerando que como prácticos de la provincia podrian servir de mucho á sus designios para facilitar del todo sus intentos; y quedando acordado entre los dos el tiempo en que se habian de juntar en la Borburata, se partió á poner por obra su promesa, dejando á Losada muy gozoso, por la felicidad que prometian tan favorables principios.

Todo el año de sesenta y seis (a) gastó Losada en buscar armas, solicitar pertrechos, y proveerse de las demas municiones necesarias para el mejor apresto de su ejército; y á principios de Enero del de sesenta y siete (a) salió del Tocuyo con su jente, y recojiendo de camino la que tenia prevenida en Barquisimeto, pasó á la villa Rica, que despues se llamó ciudad de Nirgua, donde con toros, cañas, torneos, y otros regocijos militares, celebró con los caballeros de su campo

(a) Año de 1566. (b) Año de 1567.

el dia veinte de Enero la fiesta de S. Sebastian, escojiéndolo por patrono, y abogado contra el mortífero veneno de las flechas: accidente de que tomó principio la costumbre que hoy observa la ciudad de Carácas de celebrar todos los años en su catedral la fiesta de este glorioso martir, manteniendo (aunque con tibieza) las memorias del beneficio en los cortos obsequios que tributa á su culto.

Fenecidos los entretenimientos de la celebridad referida, despachó Losada su campo á cargo de Francisco Maldonado, á quien nombró por caudillo, con órden de que marchase con él hasta Valencia, y que en el valle de Guacara le esperase, mientras él, acompañado de Pedro Alonso Galeas, y Francisco Infante, pasaba á la Borburata en busca de Juan de Salas, por ser ya cumplido el término en que habia quedado de venir con los cien indios Guaiqueries á incorporarse con él; pero no hallándolo en el puerto, ni noticia alguna de su arribo; (aunque lo estubo esperando quince dias) determinó dar la vuelta en demanda de su jente, que cuidadosa de su tardanza habia pasado hasta el valle de Mariara, donde por disponer la prevencion de algunos sayos de armas, y otras cosas de que necesitaba se detuvo ocho dias, en los cuales pasó muestra á su ejército, y halló constaba de ciento y cincuenta hombres, los veinte de á caballo, de quienes era Capitan D. Francisco Ponce, hijo del Gobernador; cincuenta arcabuceros, y ochenta rodeleros, todos bien apercebidos de las armas necesarias; ochocientas personas de servicio, doscientas bestias de carga, porcion de ganado de cerda, y cuatro mil carneros, de los cuales dió los mil y qui-

nientos á su costa Alonso Diaz Moreno, Teniente de Gobernador, que entónces era de la ciudad de Valencia.

Gozoso quedó Losada al ver la buena prevencion con que se hallaba para la ejecucion de su conquista; y considerando que el aguardar á Juan de Salas era malograr la oportunidad que le ofrecia el tiempo favorable, levantó el campo, dando principio á su marcha; y mientras la va siguiendo me parece no será desagradable, ni fuera de propósito el referir los nombres de los ciento y cincuenta compañeros, que le asistieron para lograr su empresa, siquiera porque sus descendientes deban á la solicitud de un estraño, lo que por tantos años ha tenido (sin razon) olvidado su descuido.

Fueron, pues, los conquistadores que entraron con Losada los siguientes: D. Francisco, D. Rodrigo, y D. Pedro Ponce, hijos del Gobernador; Gonzalo Osorio, sobrino de Losada; Gabriel de Avila, Alferez mayor del campo; Francisco Maldonado de Almendariz, natural del reino de Navarra; Francisco Infante, natural de Toledo, Sebastian Diaz, de S. Lucar de Barrameda, Diego de Paradas, del Almendralejo, Agustin de Ancona, vasallo de la iglesia, natural de la Marca, Pedro Alonso Galeas, del Almendralejo, Francisco Gudiel, de la villa de Sta. Olaya, en el arzobispado de Toledo, Alonso Andrea, de Ledesma, Tomé de Ledesma, su hermano, Francisco de Madrid, natural de Villa-castin, Bartolomé de Almao, Sancho del Villar, Cristóbal Gomez, Miguel de Santacruz, Juan de Gamez, Martin Fernandez de Antequera, Marcos Gomez de Cascajales, Cristóbal Cobos, hijo de Alonso Cobos el que mató á Fajardo, Diego de Montes, natural de Madrid, Francis-

to Sanchez de Córdova, Martin de Gamez, Pedro de Montemayor, D. Julian de Mendoza, Miguel Diaz, natural de Ronda, Andres Perez, Rodrigo del Rio, Rodrigo Alonso, Francisco Ruiz, Pedro Rafael, Juan Gallegos, Pedro Cabrera, Cristóbal Jil, Alonso Ortiz, escribano del ejército, Alonso de Balcedo, Juan Alvarez, Vicente Diaz, Pedro Mateos, Antonio Rodriguez, Francisco Roman Coscorrilla, Martin Alfonso, Alonso de Leon, Alonso Ruiz Ballejo, natural de Coro, Melchor Gallegos, Juan Cataño, Gonzalo Rodriguez, Bartolomé Rodriguez, Cristóbal de Losada, natural de Lugo, Francisco de Vides, Esteban Martin, Diego de Antillano, Pedro Garcia Camacho, Domingo Baltasar, Gonzalo Clavijo, Miguel Fernandez, Baltasar Fernandez, su hermano, Gregorio Ruiz, Juan Serrano, Diego de Henares, Juan Ramos Barriga, Simon Jiraldo, Lope de Benavides, Juan Fernandez de Leon, Alonso Jil, Juan de Sanjuan, Duarte de Acosta, Damian del Barrio, natural de Coro, Gaspar Tomas, Andres de Sanjuan, Juan Fernandez Trujillo, Pedro Garcia de Avila, Melchor Hernandez, Alonso de Valenzuela, Domingo Jiral, Pedro Serrata, Juan Garcia Casado, Juan Sanchez, Fernando de la Cerda, Pablo Bernaldes, Pedro Alvarez Franco, Antonio de Acosta, Juan Bautista Melgar, Sebastian Romo, Juan de Burgos, Francisco Marquez, Alonso Viñas, Andres Hernandez, Francisco Agorreta, Antonio Perez Africano, natural de Oran, Gaspar Pinto, Diego Mendez, Juan Catalan, Alonso Quintano, Jerónimo de Tovar, Juan Garcia Calado, Francisco Guerrero, Francisco Roman, Gonzalo Perez, Pedro Hernaldos, Andres Gonzalez, Gregorio Jil, Francisco Rodriguez, Manuel Lopez, Francisco Perez,

Francisco de Saucedo, Juan de Angulo, Francisco de Antequera, Antonio Perez Rodriguez, Gregorio Rodriguez, Maese Francisco Jenoves, Francisco Tirado, Antonio Olias, Melchor de Losada, Jerónimo de la Parra, Juan de la Parra, su hermano, Justo de Cea, Pedro Maldonado, Abrahan de Cea, Francisco de Neira, Francisco Romero, Manuel Gomez, Jerónimo de Ochoa, Bernavé Castaldo, Maese Bernal Italiano, y Juan Suarez, á quien llamaban el Gaitero. Estos son los que de la confusion del olvido ha podido sacar á luz mi dilijencia, sin que de los restantes haya dejado el tiempo, ni aun sombra de su memoria.

CAPITULO II.

ARRIBA A LA COSTA DE CARACAS UN navio de España, y los indios matan la jente que venia en él: prosigue Losada su marcha, y llega al sitio de Marquez.

AL tiempo que Losada pasaba muestra á su ejército en el valle de Mariara navegaba por la costa de Carácas un navio con cuarenta hombres, que cargado de mercaderias iba de España para Cartajena, y seguido de los corsarios franceses, por asegurarse del peligro que le amenazaba dió en manos de la desdicha, que no prevenia, pues huyendo por no ser apresado, se acojió al puerto de Guaicamacuto, donde engañados los pasajeros de la falsa amistad que les mostraron los indios, saltaron en tierra, sin recelar la traycion que podia ocultar su di-

simulo: facilidad, que lloró en breve su desgracia, pues acometidos de repente por todas partes de las escuadras que tenia prevenidas la infidelidad de aquellos bárbaros perecieron todos á manos de su indiscreta confianza; y ufanos los indios con el buen logro de su maldad, pasaron á aprovecharse del despojo por premio de su traycion, y sacando lo que pudieron de la carga, pusieron fuego al navio, que convertido en cenizas acompañó la infausta trajedia de sus dueños, quedando en poder de aquellos bárbaros, entre algunas alhajas de precio que despues hallo Losada, unas mitras, un caliz, y otros ornamentos pontificales, que llevaban para el Sr. Don Fray Domingo de Santo Tomas, obispo que entónces era de la provincia de Charcas.

En el capítulo antecedente dejamos á Losada, que levantando su campo del valle de Mariara caminaba en prosecucion de su conquista; y habiendo llegado en tres dias de marcha á la entrada del valle del Miedo, principio de la tierra que buscaba, hallándose ya á las puertas del peligro, previniéndose como cristiano para las continjencias del riesgo, hizo confesar toda su jente con dos sacerdotes que llevaba en su compañia, llamados, el uno Blas de la Puente, y el otro Baltasar Garcia, fraile del órden de S. Juan; y para que á las dilijencias de católico acompañasen las disposiciones de soldados, envió con treinta hombres á Pedro Garcia Camacho (uno de los tres, que como referimos en el libro antecedente escaparon de la rota de Narvaez) para que procurando cojer algunos indios pudiesen tener noticia de la disposicion en que se hallaban, é informarse del estado, y fuerzas de la provincia; pero los tenia

tan recatados la cautela, que sin que bastasen las dilijencias que hizo para cumplir con el órden, dió la vuelta al cabo de tres dias, sin haber podido lograr lo que deseaba.

Pero apenas habia llegado al campo cuando por todas partes se descubrieron diferentes escuadras, que sin llegar á tiro, con su acostumbrada voceria desafiaban á los nuestros, haciendo desde lejos alarde de su fiereza; novedad, que obligó á Losada á pasar la noche con cuidado, fiando las centinelas de los primeros cabos de su ejército; y el dia siguiente, tomando á su cuidado la vanguardia de su escuadron en compañia de su Alferez Gabriel de Avila, y de Francisco Infante, encomendada la retaguardia á D. Francisco Ponce, Pedro Alonso Galeas, y Diego de Paradas, empezó á subir la loma de Terepaima, (que hoy llaman cuesta de las Cucuizas) llevando toda su jente con las armas en la mano, por el recato que pedia la inmediacion del enemigo: prevencion, que fué bien necesaria, pues al llegar á un arcabuco, que estaba en la mediania, resonaron por las montañas vecinas los caracoles, y fotutos con que los indios provocaban al rompimiento, á cuyo estruendo alborotado el ganado de cerda, que traian los nuestros, con precipitada fuga echó á correr por el monte, causando algun desórden en la marcha las dilijencias que hicieron para recojerlo; y valiéndose los indios de la ocasion de este accidente, con diluvio de flechas que embarazaban el aire, rompieron la batalla, trabándose un sangriento combate de ambas partes, hasta que reconociendo el daño que recibian de nuestros arcabuces, con el estrago de algunos muertos, y heridos tocaron

á recojer sus escuadrones, dejando el paso libre, para que vencido el arcabuco, saliese nuestro campo á unas sabanas limpias, que habia en lo alto de la loma, donde por ser ya tarde, y estar la jente fatigada, determinó Losada quedarse acuartelado, logrando la conveniencia de una aguada, que se descubria en la ceja de un montecillo, que salia de una ladera.

Aquella noche, sin que lo supiera el Jeneral, salieron del alojamiento Francisco Maldonado, Pedro Garcia Camacho, Juan de Burgos, Francisco Marques, y un negro llamado Juan, Portugues, con ánimo de cojer unas gallinas, y patos, que se alcanzaban á ver en unas casas, que se descubrian cerca del real en un vallecito que se formaba al pie de la montaña; habíanlas puesto allí los indios de cuidado, y emboscados aguardaban la ocasion de lograr el lance como lo habian discurrido; y llegados á las casas, Francisco Maldonado, para hacer espaldas á los compañeros, ocupó un altillo, que dominaba el valle, con una escopeta en las manos, mientras los otros, ignorantes del engaño, que habia dispuesto la traycion se ocupaban en recojer las gallinas; pero los indios viendo en las manos el logro que habia formado su ardid, salieron de la emboscada con acometimiento tan repentino, que antes que pudiese tener lugar la resistencia cayó muerto Francisco Marquez, partida la cabeza al golpe de una macana; y herido Burgos en el rostro, y atravesado de una flecha por los lomos Pedro Garcia Camacho, tomaron á buen partido la fuga, por no perder todos la vida en la demanda, pues aunque Francisco Maldonado disparó sobre los indios repetidas veces su escopeta, solo sirvió de aviso para el socor-

ro; porque ignorante Losada de lo que habia pasado, oyendo la repeticion de los tiros de escopeta mandó á Francisco Infante, que con Esteban Martin Francisco Sanchez de Córdova, soldados de á caballo, y otros diez hombres de á pie, fuese á inquirir la causa de aquella novedad no imajinada, y encaminàdos á la parte donde sonaba el alboroto, llegaron á tiempo que pudieron hacer alto á los que huian para asegurar la retirada, é informados de que quedaba muerto Marquez, haciendo pundonor su bizarria de no dejar el cadáver en poder de aquellos bárbaros, prosiguieron hasta el valle; y renovando la pelea á costa de alguna sangre, con muerte del caballo de Francisco Infante, consiguieron restaurar el cuerpo del compañero, para que la piedad de aquella accion dejase acreditados para siempre los quilates de su valor, y puntos de su nobleza, pues echándoselo á cuestas, entraron con él triunfantes en el real donde le dieron sepultura, quedando eternizada la memoria de su nombre con el suceso de su desgracia, pues hasta hoy se llama aquel paraje el sitio de Marquez.

CAPITULO III.

PROSIGUE LOSADA CON SU MARCHA: desbarata en batalla á Guaicaipuro, y llega con su campo al valle de la Pascua.

El dia siguiente desalojó Losada de aquel puesto, y encomendando la retaguardia á Diego de Paradas, dió órden á Pedro Alonso Galeas, para que con doce in-

tantes fuese sobresaliente del ejército, para ocurrir al socorro en la parte que mas pidiese el aprieto, y de esta suerte, aunque con algunos indios á la vista, marchó, sin novedad que le embarazase el paso, hasta que llegando al sitio, que fué teatro infeliz de la rota de Narvaez, (de cuya lamentable desgracia renovó sentimientos el dolor al ver por aquellos campos insepultos los huesos de los que le acompañaron en su fatalidad) los indios, ó fiados en la conveniencia que les ofrecia la angostura del paraje para acometer á lo seguro, ó animados con la esperanza de que habiendo sido siempre infausto aquel lugar para los españoles, debian de estar en él depositados sin duda sus estragos, atacaron la retaguardia, pegando primero fuego á la sabana, para que entre los rigores del cuchillo, y las voracidades del incendio tuviese la muerte duplicados los instrumentos de que valerse para el aumento de sus triunfos, al tiempo que Losada empeñado con su jente en la estrechura, sin poder socorrer á los suyos, se vió en continjencias de perderse, pues combatido por todas partes de los horrores del fuego, y precipicios del sitio, no volvia á parte la cara que no encontrase un peligo; pero Diego de Paradas, haciendo alto con los que le acompañaban, volvió el rostro al enemigo, y disparando sin cesar los arcabuces, por espacio de dos horas mantuvo firmemente el combate, resistiendo con valor el ímpetu de los bárbaros, que entre las confusiones del humo repetian con lijereza las cargas de flecheria; teniendo lugar Losada con esta diversion para poder salir á campo abierto, y dár órden á Paradas para que procurase retirarse con la mejor disposicion que permitiese el empeño en que se hallaba:

resolucion, que ejecutó con la prudencia, y arte, que como á maestro antiguo en la milicia le tenia enseñada la experiencia, dejando antes armada una emboscada en un montecillo, que habia á mano izquierda del camino, por si los indios prosiguiesen á embarazarle la marcha: disposicion, que le salió acertada, pues empeñados en conseguir la victoria, que reputaban por cierta, viendo su retirada pasaron adelante sin reparo; pero al llegar al lugar que ocultaba la emboscada, (ó temerosos, ó advertidos) hicieron alto con recelo del daño que prometia, acercándose solos tres Gandules, que con jentil denuedo, caladas las flechas en los arcos, hicieron frente á la emboscada, apuntando al monte que la encubria; los nuestros entónces conociendo por las demostraciones de los indios que ya estaban sentidos, por no perder la ocasion les salieron embistiendo con tal resolucion, que Alonso Ruiz Vallejo de un revés le cortó el arco, flecha, y brazo á uno de ellos, que despues mató á estocadas; y haciendo Juan de la Parra lo mismo con otro que le tocó de parte, quedaron tan amedrentados los demas, que se fueron retirando, desfilando sus escuadras por una ladera abajo.

Hallábase á la vista Juan Serrano, y batiendo los hijares á un caballo cuatralvo, abierto de frente, y de color castaño, muy arrendado, y brioso, en que se hallaba montado, partió tras ellos, llevándose de encuentro al bote de la lanza el primer bárbaro que se puso por blanco de su enojo, aunque con tanto riesgo, que le valió para no precipitarse la gran destreza del jinete, y sujecion al freno del caballo, pues llamándole la rienda al ejecutar el golpe, como corria cuesta abajo quedó

balanreando el bruto entre el parar y el caer; pero ayudado de su aliento, haciendo firme en los brazos quebró la fuerza á la violencia con que corria despedido, dejando á su dueño libre de la fatiga, y del susto.

Retirados los indios, Losada por dar alivio á su jente fatigada con los trabajos de aquel dia, hubo de quedarse aquella noche á la entrada de unas montañuelas, que llaman las Lagunillas, aunque no pudo lograr el descanso que deseaba, porque los indios aprovechándose de la obscuridad, salieron de las quebradas donde se habian ocultado, y valiéndose de una ridícula estratajema, que les dictó su invencion, se vistieron de la misma paja de la sabana, y como esta por ser verano, estaba seca, y crecida, sin que pudieran ser vistos se llegaban hasta el mismo alojamiento, y disparaban sus flechas, con notable daño de la jente de servicio, que como mas desprevenida era la mas maltratada, hallándose por instantes, sin saber por donde, heridos, sin que pudiese el discurso prevenir el orijen de aquel daño, hasta que Diego de Henares, subiéndose en un árbol, y tendiendo la vista á todas partes con cuidado, hubo de descubrir la máxima al movimiento que traian aquellos bultos de paja, y calando la cuerda al arcabuz, poniendo la punteria al uno de ellos, lo derribó muerto al golpe de la bala; de que escarmentados los demas tuvieron por mejor el retirarse, sin continuar la inventiva.

Habia Losada hasta entónces hallado oposicion solo en los indios Arbacos, que eran los que habitaban aquellas serranias, porque la presteza con que ejecutó su entrada no habia dado lugar á que se juntasen las demas naciones que poblaban la provincia para embarazarle el

paso; pero llegado el dia de la Encarnacion á veinte y cinco de Marzo, (que cayó aquel año en lunes Santo) al bajar al rio de S. Pedro, jurisdiccion ya de los indios Teques, se le ofreció á la vista la mas hermosa perspectiva, que pudo tener Marte en sus campañas; pues coronados todos los contornos de vanderas, y penachos, se halló con mas de diez mil indios, acaudillados del Cacique Guaicaipuro, que al batir de sus tambores, y resonar de sus fotutos le presentaban altivos la batalla.

Hizo alto Losada con su jente, considerando el riesgo en que se hallaba, para determinar con consulta de sus cabos lo que debia ejecutar; y como en semejantes accidentes repentinos suele el terror pánico negar jurisdicciones al valor, no faltaron personas de las mas condecoradas del ejercito, que poseidas del susto, y olvidadas de su nobleza, atropellando el pundonor votassen la retirada, ponderando las continjencias de perderse si se exponian al lance de una batalla con fuerzas tan desiguales; pero Losada, en cuyo corazon magnánimo jamas halló acojidas el temor, despreciando la desconfianza de los suyos, manifestó la resolucion en que se hallaba de abrirse el camino con la espada por las escuadras enemigas, queriendo mas aventurar la vida en brazos de la temeridad con nombre de arrojado, que afianzar la seguridad en la retirada con visos de cobarde, y asi, animando á los suyos, mas con el ejemplo, que con palabras, se dispuso al combate; y hallando oportunidad para empezar la batalla, (a) alzó la voz apellidando á Santiago, á cuyo nombre esforzados los jinetes, ba-

(a) Batalla de S. Pedro.

siendo los hijares de los caballos armados, rompieron por la vanguardia, donde los mas valientes Gandules, cubiertos de penachos, y pavesas ostentaban su constancia espuestos á la oposicion del primer choque; pero aunque intentaron resistir el ímpetu con que furiosos acometian los caballos, se hallaron atropellados, cuando se imaginaban invencibles, y olvidados de las armas para su defensa, solo se valieron de la confusion para la fuga.

Rota asi, y descompuesta la vanguardia, tuvieron ocasion oportuna los infantes para emplear á su salvo los aceros en los desnudos cuerpos que por el campo rodaban; todo era estrago, sangre, y furor, no menos acrecentado de los jinetes, que unidos no perdonaban vida al terrible golpe de sus lanzas; pero este ímpetu de los caballos, que no pudieron resistir en la vanguardia donde peleaban los Teques, sostubo tan valerosamente el batallon de los Tarmas, y Mariches, animados de sus cabos, que dió lugar para que las hileras descompuestas se pudiesen ordenar, descargando á un mismo tiempo tanta multitud de flechas, dardos, y piedras, que cubrian el cielo al dispararlas, y embarazaban la tierra al despedirlas.

Asi guerreaban valerosos los españoles, y temerarios los indios con dudoso marte, cuando D. Francisco Ponce, seguido de Pedro Alonso Galeas, Francisco Infante, Sebastian Diaz, Alonso Andrea, Francisco Sanchez de Córdova, Juan Serrano, Pedro Garcia Camacho, Juan de Gamiz, y Diego de Paradas, subiendo por la cuchilla de una loma cojieron á los indios las espaldas, y renovando con esta ventaja la batalla, se comenzó de

nuevo la refriega con tanta obstinacion, y tal coraje, que cuanto mayores estragos ejecutaba el furor en aquellos bárbaros, con tanta mayor furia, y mas enojo se metian por las espadas, y lanzas, sin temor de la muerte, que encontraban en los templados aceros; siendo tanta la lluvia de piedras, y flechas que disparaban, que nuestros españoles rotos ya, y falseados los escudos, y atormentados los brazos, y demas partes del cuerpo con la repeticion de tanto golpe, con dificultad podian mantener el peso del combate, siendo tan patente el cansancio, y quebranto en que se hallaban, que lo manifestaba bien el desaliento con que jugaban las armas; perp Losada encendido de aquella cólera española con que estaba enseñado á quedar siempre victorioso, vuelto á los suyos los animaba, diciendo: ahora, valerosos españoles, es el tiempo de conseguir los triunfos que nos ofrece la victoria que tenemos en las manos, vengando en estos bárbaros la sangre de nuestra nacion, vertida por ellos tantas veces, á cuyas voces volviendo en sí del desmayo en que se hallaban con el recuerdo de los agravios pasados, sin acordarse de las fatigas presentes, intrépidos renovaron la pelea, haciendo tal estrago en los contrarios, que solo se miraban por el campo arroyos de sangre en que nadaban los destrozados cadáveres.

Dióse por perdido Guaicaipuro al ver el daño lamentable de sus huestes; y temiendo la total ruina que amenazaba á sus tropas tocó á recojer sus caracoles, y dejando el sitio sembrado de cuerpos, y de penachos, se retiró presuroso, asegurando las reliquias de su ejército vencido. Señaláronse este dia en singulares hazañas el invencible Diego de Paradas; que como amenazaba

cerca la fatalidad de su ocaso centellaron con mas brio las luces de su valor; Francisco de Vides, Martin Fernandez, Juan de la Parra, Pedro Alonso Galeas, y Francisco Infante, quien se vió en términos de perder la vida, porque tropezando el caballo en lo mas ardiente de la batalla, cayó en un hoyo, cojiéndolo debajo, donde hubiera perecido á no socorrerlo D. Francisco Ponce, y Alonso Viñas, que se hallaron inmediatos, sacándolo del peligro, y sin embargo quedó estropeado de una pierna, de que padeció despues por muchos dias.

Retirado Guaicaipuro con su ejército deshecho, no quiso Losada quedarse en aquel paraje, aunque lo necesitaba la fatiga, y cansancio de su jente, porque experimentado en la ventaja con que le acometian los indios en aquellas serranias deseaba salir cuanto antes á tierra llana, y asi marchando dos leguas mas adelante llegó á hacer alto al pueblo del Cacique Macarao, en la parte donde juntándose el rio de S. Pedro con el Guaire tiene principio, corriendo hácia el poniente, el valle de Juan Jorje, llamado asi desde que Fajardo en su primera entrada encomendó los indios que lo habitaban á aquel célebre varon, tan compañero suyo en las conquistas, como lo fué en las desgracias.

Hallábanse los indios de Macarao cuando llegó Losada con las sementeras en flor, y temiendo no se las talasen los españoles, no quisieron ausentarse de su pueblo, tomando por mas acertado acuerdo valerse del rendimiento para escusarse del daño; y como no hay entendimiento, por bárbaro que sea, á quien no enseñe urbanidades la conveniencia propia, recibieron á nuestra jente con cuantas sumisiones pudo inventar el arti-

ficio: no ignoraba Losada el fin á que tiraba aquella paz tan repentina, pero aprovechándose de la ocasion que le ofrecia el propio disimulo de los indios, les dió á entender el gusto que tenia de que depuestas las armas experimentasen las conveniencias, que traia consigo su amistad, cuando su entrada en la provincia no era para hacer daño á quien no provocase su enojo con la guerra; y para prueba de su buena intencion no consintió se les hiciese hostilidad alguna en sus casas, ni sembrados, por ver si á fuerza de beneficios podia granjear amigos, domesticando la bárbara altivéz de aquella jente.

No quiso Losada gozar mas de aquella noche del hospedaje de aquel pueblo, y al amanecer del dia siguiente prosiguió su marcha en demanda del valle de San Francisco, donde llevaba puesta la mira de poblarse; y aunque se hallaba distante de él, solo tres leguas siguiendo el rio abajo las corrientes del Guaire, no quiso llevar este camino por no exponerse al riesgo de las emboscadas que recelaba, por la conveniencia que para ellas ofrecian los cañaverales de sus márjenes; y asi, cojiendo á mano derecha por los pueblos del Cacique Cuaricuao, salió á un valle tan alegre como fértil, que bañado de las corrientes del rio Turmero, y abundante de bastimentos, le ofrecia acomodada conveniencia para pasar en él lo que restaba de la semana Santa, y dias de Pascua, como lo ejecutó; por cuya causa mantiene hasta hoy el nombre de valle de la Pascua, perdiendo el de Cortes, que tenia antes, por haberlo encomendado Fajardo á Cortes Bicho, un Portugues, que le acompañó en todas las entradas de su fatal conquista.

CAPITULO IV.

MATAN LOS INDIOS A DIEGO DE PARAdas; llega Losada al valle de San Francisco, procura escusar la guerra, buscando por todos medios la paz; pero no la consigue.

PASADOS los dias de Pascua sin que los indios hubiesen intentado acometimiento alguno, contentándose solo con la demostracion de andar en cuadrillas por los cerros inmediatos al alojamiento, prorumpiendo en amenazas contra los nuestros, miércoles tres de Abril del año de sesenta y siete levantó Losada su campo para pasar al valle de S. Franciscoo, de donde se hallaba solo á distancia de una legua, dejando órden primero á Diego de Paradas, para que con veinte y cinco hombres escojidos se emboscase en un cañaveral cercano al sitio donde habian estado acuartelados, por si pudiese haber algunos indios á las manos, para poder por este medio entablar paz con los caciques, valiéndose de los prisioneros para ajustar por su mano los tratados: accidente, que deseaba Losada con ahinco, por el conocimiento en que se hallaba de lo costosa que le habia de ser la guerra, para sujetar con ella multitud tan indomable.

Emboscado Diego de Paradas, al cabo de una hora que habria partido Losada entraron por el cañaveral ochenta indios de los Teques, sin que fuesen sentidos de los nuestros hasta llegar al mismo paraje que ocultaba la emboscada, donde los soldados por cojer algunos

de ellos, y los bárbaros por defenderse, se trabó una refriega, que pudiera pasar plaza de batalla, supliendo la desesperacion en los unos, lo que aventajaba el arte militar en los otros. Hallábase á la sazon Diego de Paradas algo apartado de su jente el monte adentro, obligado de una evacuacion corporal, y oyendo el rumor de la pelea, llevado de aquel ardiente espíritu con que estaba acostumbrado á ser siempre el primero en los combates, montó á caballo, echándose en los hombros el sayo de armas, sin que la priesa que le daba el deseo de socorrer á los suyos le permitiese lugar para abrocharselo al pecho: fatal descuido, que le costó la vida! pues calando la flecha al arco uno de aquellos bárbaros, disparó con tal destreza, que lo dejó herido de muerte, atravesándole el costado; pero inflamados con la saeta los últimos alientos de su brio, terciando la lanza al brazo, y haciendo piernas al caballo, acometió furioso á su homicida, derribándole muerto al primer golpe; y aunque intentó proseguir en su venganza, postradas ya las fuerzas con la mucha sangre que vertia, y oprimido del dolor vehemente de la herida, se desmontó del caballo, sentándose en el suelo para cojer con el descanso algun aliento, mientras los compañeroe, bramando con el enojo, y sentimiento, convertidas en rayos las espadas, hacian pedazos aquellos cuerpos desnudos, sin darse por satisfechos los impulsos de su ira hasta pasarlos todos á cuchillo, pues solo quedó libre de su saña un mancebo de poco mas de veinte años, llamado Guayauta, á quien perdonaron la vida, pagados de su valor; porque despues de haber hecho maravillas en su defensa, quedando en singular batalla con Gonzalo Rodri-

guez, lo trajo tan apurado, que á no haberlo socorrido los demas hubiera muerto á sus manos, pues huyéndole el cuerpo con destreza á las tretas de la espada, sin darle tiempo á que lo pudiese herir, le soltó al arco tres flechas, que clavándoselas en el rostro, con la sangre, y la fatiga lo tenian fuera de sí, mostrándose el Gaudul tan arrestado en su desesperacion, que aun ocurriendo los demas españoles á la defensa de Rodriguez, intentó hacerles rostro, manteniendo la tela contra todos, y con dificultad consiguieron el rendirlo, pues estimando en mas la libertad, que la vida, ciego con la cólera, y enojo pedia que lo matasen; y mantuvo despues tan firme el sentimiento de haberse entregado vivo, que aunque Losada, habiéndole hecho curar las heridas que sacó de la refriega (dándole algunos rescates de regalo) lo despidió para que se volviese, no quiso en mas de un año dejar la compañia de los nuestros, dando por motivo la vergüenza que tenia de parecer con vida delante de los suyos, cuando sus compañeros habian tenido la gloria de perderla por la libertad, y por la patria: indicio claro de su altivo espíritu, digno por cierto de animar cuerpo mas noble.

Terminada la venganza con la mortandad ejecutada, (en que no podemos negar tuvo mucha parte la crueldad) acudieron los compañeros á Diego de Paradas, que rendido á la violencia de la herida, y postrados los espíritus con la evacuacion de la sangre, se hallaba en los últimos alientos de la vida, y aplicándole aquellos preservativos que pudo permitir la incomodidad de aquella urjencia, echándoselo acuestas entre todos, partieron con presteza en alcance de Losada, á quien, ig-

norante del suceso, hallaron ya en el valle de San Francisco, donde aunque intentó la cirujia hacer obstentacion de los primores de su arte, nada bastó para que al sexto dia dejase de perder la vida, con sentimiento jeneral de todos, y muy particular de Diego de Losada, por haber sido antiguo compañero en sus fortunas: fué natural del Almendralejo en la Estremadura, caballero notorio por su sangre, y á quien debe esta provincia gran parte de su conquista, pues obrando siempre con el valor correspondiente á su nobleza heredada, no hubo expedicion militar en su tiempo á que no concurriese, mereciendo entre todos sus compañeros los aplausos de primero en cualquier lance; acompañó á Felipe de Utre en el descubrimiento de los Omeguas, siendo uno de los treinta y nueve varones memorables que derrotaron el ejército numeroso de quince mil combatientes de aquella nacion guerrera; y cuando la fortuna podia ofrecer descanso á sus fatigas con el premio debido á sus hazañas, malogró sus esperanzas un acaso, pues le previno la muerte su desgracia en los accidentes fatales de un descuido.

Despues de haber Losada descansado con su jente diez dias en el valle de S. Francisco, llevado del dictámen que siempre tuvo de hacer las dilijencias posibles para conseguir su conquista por los suaves medios de la paz, antes de valerse de los rigores de la guerra, en que fué singular este célebre caudillo, pues jamas desembainó la espada, que no fuese en los últimos lances del aprieto; despachó á Juan de Gamez con treinta hombres, para que corriendo el valle abajo procurase haber algunos indios á las manos, por cuyo medio pu-

diese manifestar á los caciques su deseo; y habiendo caminado como una legua del alojamiento, llegó al pueblo del Cacique Chacao, (encomienda que fué despues de Francisco Maldonado) que halló desamparado de todos sus vecinos, pero bien proveidó de bastimentos; y mientras divertidos procuraban juntar cuantos podian para conducirlos al ejército, alcanzaron á ver por la sabana inmediata al pueblo algunos indios, é indias, que presurosos se retiraban buscando abrigo á su temor en la profundidad de una quebrada, y partiendo en su alcance (á costa de una leve resistencia) consiguieron aprisionar algunos, y entre ellos al mismo principal Chacao: ocasion en que manifestó la experiencia haber la naturaleza criado tambien Hércules en la América, en quienes obrando desde la cuna los impulsos del valor, como calidad intrínseca del alma tuvieron por juguetes de la niñez acciones, que en hombres muy esforzados se atribuyeran á efectos de una temeridad arrojada.

Hallábase á corta distancia de la quebrada un indiecillo de ocho á nueve años de edad, y viendo que entre las personas que aprisionaban padecia los ultrajes de cautiva una hermanita suya, impelido del amor, ó arrebatado del brio, poniendo primero en salvo otro hermanillo pequeño, que tenia en los brazos, armándose de arco, y flechas, salió al encuentro á los nuestros, pareciendole bastaba el ardimiento que le influia el corazon para poner en libertad á la inocente hermana, y con jentil denuedo, y resolucion imponderable, con la voz, y con las obras manifestaba su enojo, pues prorumpiendo en oprobios, que le dictó el sentimiento, y echando mano á las armas disparó todas las flechas que embara-

gában la aljava, hiriendo (aunque levemente) dos soldados; Juan de Gamez, admirado de operacion tan ajena de la edad de aquel muchacho, mandó que no le tirasen, deseando haberlo á las manos sin que recibiese daño; y porque no se escapase valiéndose de la fuga, cercándolo por todas partes, dió órden á sus soldados, que lo cojiesen en brazos; pero el rapaz, ajeno de turbacion, y obstentando los espíritus que habia encendido su cólera, aun intentó defenderse, valiéndose del arco que le quedaba en las manos, hasta que rendido con el cansancio se confesó vencido, mas por la fatiga que le asistia, que por el valor que le faltaba.

Vuelto Juan de Gamez al real con el Cacique Chacao, y demas prisioneros que habia cojido en su entrada, informado Losada de las acciones del muchacho, aficionado á su aliento, despues de haberlo agasajado con caricias, y regalado con dádivas, procuró reducirlo á que se quedase en su compañia, pero nunca quiso el indiecillo asentir á tal propuesta, instando siempre por la libertad de la hermana para volverse á su pueblo; y como el ánimo de Losada era ejecutar la pacificacion de la provincia, reduciéndola al yugo del vasallaje por los medios de amistad, sin que los indios experimentasen violencia en los modos de su trato, pareciéndole buena ocasion la presente, para que conociesen que sus obras convenian con sus palabras, y con el deseo de que perdiendo el miedo al rigor que temian, se aficionasen del agrado que no esperaban, no solo dió libertad al indiecillo, entregándole la hermana, pero regalando al Cacique Chacao, y dándole toda la jente prisionera de su pueblo, lo despidió magnánimo, pidiéndole solo en re-

compensa de su libertad la correspondencia firme de una amistad verdadera, á que prometió el bárbaro asistir con la lealtad que es propia de un ánimo agradecido; pero como infiel solo mantuvo la memoria del beneficio mientras la necesitó finjir su disimulo para restaurar la libertad perdida, pues apenas salió del alojamiento de Losada cuando, para manifestar la traycion que ocultaba en su alevoso pecho, flechó cuantos caballos encontró desmandados en el campo, y continuando con mayor demostracion su rebeldia, desamparó su poblacion, retirándose con todos sus vasallos á las serranias mas inmediatas, desde donde al mas mínimo descuido de los nuestros, lograba la ocasion su alevosia, pues no se apartaba del alojamiento persona de servicio, ó indio amigo, que no perdiese la vida al tiro de su traycion.

CAPITULO V.

ENTRA LOSADA A LA PROVINCIA DE LOS Mariches, y antes de sujetarla da la vuelta al valle de S. Francisco á socorrer á los suyos.

DESENGAÑADO Losada de lo poco que aprovechaban los medios pacíficos de que se habia valido para sujetar la provincia, determinó proseguir en su conquista por el camino inescusable de la guerra, y para ello, dejando el resto de su campo á cargo de Francisco Maldonado, con solos ochenta hombres salió en busca de los Mariches; confinaba esta nacion con el valle de S. Francisco, por la parte del oriente, ocupando diez le-

guas de tierras altas y dobladas, de un temperamento templado, numerosa entónces, y dividida en diferentes pueblos que habitaba, y hoy tan totalmente destruida, que solo ha quedado el nombre que mantiene la provincia, para que en las cenizas de su ruina acuerde á la memoria lo que fué.

Partido Losada con sus ochenta hombres, habiendo caminado tres leguas el valle abajo, llegó al primer pueblo de la nacion que buscaba; pero noticiosos los indios anticipádamente de su entrada, lo habian desamparado, dejando en él sola una vieja, que por inútil, ó impedida no pudo seguir la retirada: accidente, que dió nombre á aquel pais, pues por la leve circunstancia de este caso se llama hasta hoy la quebrada de la Vieja el sitio donde estubo el pueblo, que despues Cristóbal Jil, siendo su encomendero, mudó á la rinconada de Petare, donde al presente se conserva.

Luego que los indios desde la serrania donde se habian acojido alcanzaron á ver á nuestra jente apoderada de sus casas, con aquella voceria hija de su barbaridad, con que suelen desfogar los ardimientos de su cólera, empezaron á prorumpir en amenazas, y oprobios contra los nuestros; y mostrando desde lo alto unas camisas blancas, les decian, adonde vais miserables? volveos, volveos que los indios Taramainas han muerto á vuestros compañeros, que dejasteis en el valle, veis aquí sus camisas, que nos las enviaron de regalo, para que hagamos lo propio con vosotros, y si no os vais de nuestro pueblo, morireis á nuestras manos.

Era Losada soldado antiguo de la milicia Indiana, y como tal muy práctico en todas las cautelas de los in-

dios, y asi, sin hacer caso de la noticia que le daban, prosiguió su entrada á lo interior de la provincia, dejando parte de sus soldados escondidos dentro de las mismas casas, para que al volver los indios á su pueblo les hiciesen perder el orgullo que tenian, castigando con rigor su atrevimiento: disposicion, que se logró al instante, pues apenas hubo salido Losada cuando bajaron al pueblo diez Gandules, que cojidos de repente en la emboscada, aunque intentaron defenderse con valentia, perdieron todos la vida con temeridad; y dejando palpitando entre su sangre los miserables cadáveres, pareciéndoles bastante demostracion para el escarmiento de los otros lo que dejaban obrado, prosiguieron en alcance de Losada, á quien encontraron breve, por la gran fatiga con que caminaba, pues hallando cerradas las veredas con huesos, maderos, y cortaduras, que habia dispuesto la industria de los indios para embarazar la entrada, no daba paso en que no hallase un estorvo, ó no encontrase un peligro: causa, para que en la corta distancia de cuatro leguas consumiese el tiempo de tres dias, que tardó en llegar á dar vista al pueblo del Cacique Aricabacuto, fundado de la otra vanda de una quebrada muy honda, que se ofrecia por delante, guarnecida de dos peñones altos, y peinados, en que como lugar mas acomodado para la ofensa se habia fortalecido el Cacique con mil indios de los mas valientes, y esforzados que conocia en su nacion, que apenas descubrieron nuestro campo cuando poblaron el aire de flechas, y tiraderas, para que conociesen los nuestros las dificultades que tenia el paso de la quebrada; pero Losada cojiendo la delantera, y valiéndose de la resolucion, sin

dar lugar al discurso, haciendo piernas al caballo mandó, que disparando sin cesar los arcabuces, le siguiesen desfilados, y acompañados de Juan Ramos empezó á subir por una media ladera, que salia á lo alto de los peñones, á cuyo ejemplo los demas cojieron la misma senda, sin que la multitud de flechas que disparaban los indios les embarazase el repetir la descarga de los arcabuces; de que amedrentados los bárbaros, habiendo herido (aunque levemente) á Losada por debajo de la celada que llevaba en la cabeza, con repentina fuga desampararon los peñones, dejando el pueblo abandonado, á discrecion de los nuestros; pero á tiempo, que sin poder gozar los efectos del suceso, les obligó á retirarse una novedad impensada, malogrando por entónces la pacificacion, que ya tenian en términos de conseguida; y fué el caso, que luego que Losada salió del valle de S. Francisco, los indios, que cuidadosos observaban todos los movimientos de los nuestros, pareciéndoles buena ocasion para derrotarlos el cojerlos divididos, juntándose hasta dos mil Gandules de pelea bajaron de las serranias, y con continuos asaltos molestaron de calidad á Francisco Maldonado, sitiándolo en su alojamiento, que sin bastar el valor con que peleaba, ni el arte militar con que se defendia, viéndose falto de bastimentos, y tan oprimido de las asechanzas de los bárbaros, que sin poder remediarlo, no se descuidaba persona de servicio que no muriese á sus manos, determinó valiéndose de un indio amigo, á dar aviso á Losada del aprieto en que se hallaba: noticia, que recibió á tiempo que avanzando los peñones de Aricabacuto (como referimos) cantaba la victoria de su vencimiento; pero pa-

reciéndole accion, mas hija de la prudencia el conservar lo adquirido, que el proseguir lo dudoso, dió con celeridad la vuelta al valle de S. Francisco al socorro de los suyos, en que andubo tan feliz, que sin llegar á las manos, solo á la voz de su venida desampararon el sitio, retirándose los indios á las montañas vecinas, y dejando libre á Maldonado de la opresion que tenia.

CAPITULO VI.

ENVIA LOSADA A D. RODRIGO PONCE A buscar bastimentos á los Tarmas: vence la batalla de la Quebrada, y se retira.

AUNQUE con la retirada de los indios gozaron nuestros españoles de algun alivio, descansando de la molesta fatiga de las armas, se hallaban bien aflijidos por experimentarse cada dia mas rigorosa la falta de bastimentos, á causa de haber los indios talado todas las sementeras inmediatas, para hacer mas cruel la guerra con la hostilidad de la hambre; y siendo preciso ocurrir al remedio de necesidad tan urjente, envió Losada á D. Rodrigo Ponce con cuarenta soldados de á pie, cuatro hombres de á caballo, y bastante número de indios de servicio, para que corriendo las poblaciones de los Tarmas, y Taramainas, (que habitaban á la parte del poniente en las serranias que corren sobre el mar) júntase los bastimentos posibles para socorro del campo.

Partido D. Rodrigo con su jente, llegó á la medianía de una loma, de donde descubrió en las vegas

que formaba una quebrada algunas sementeras, que abundantes de maiz, yuca, y otras raices, le ofrecian con facilidad, lo que buscaba con ancia, y logrando ocasion tan oportuna, dió órden á sus soldados, para que bajando á la quebrada recojiesen con presteza, lo que solicitaban con ahinco, quedándose él con los cuatro de á caballo en un alto de la loma á guardarles las espaldas, á tiempo que por la ladera de una cuchilla salieron cinco Gandules, que coronados de penachos, y embarnizados de vija, armados de arcos, y flechas, con bizarra resolucion provocaron á combate á los cinco de á caballo.

Estaba entre los Gandules uno, que llamaban Carapaica, Taramaina de nacion, y teniendo este por desaire de su valor el pelear con la ventaja que le daba la ladera, donde no podian llegar los jinetes, por ser el sitio arriesgado al manejo de los caballos, despreciando su seguridad por manifestar su valentia, salió á lo raso de la loma haciendo cara á los cinco, y vista por Don Rodrigo su arrogancia, hizo piernas al caballo para atravesarlo con la lanza, á cuya demostracion el Carapaica, echando atras el pie derecho, y calando al arco una flecha, disparó con tal violencia, que la clavó en la celada, á tiempo que ejecutando el golpe D. Rodrigo, le pasó la muñeca del brazo izquierdo, metiéndole la cuchilla por dentro de las dos canillas; pero el bárbaro encendido de furor, y bramando de coraje, echando mano á la lanza tiró de de ella con tal furia, que aunque D. Rodrigo aplicó todo su esfuerzo á defenderla, viendo que el Carapaica se lo llevaba tras sí, sacándolo de la silla, tuvo por mejor partido el cederla á la violen-

cia, dejándosela en las manos; de que vanaglorioso el jentil, quedó haciendo obstentacion de su victoria, enarbolando la lanza como despojo del triunfo.

Entre tanto no tenian poco que hacer los compañeros. pues acosados por todas partes de mas de trescientos Gandules (que ocupando las cuchillas de la loma habian ocurrido á la refriega) eran tan repetidas las cargas de flecheria, que viéndose en parte donde no podian valerse de los caballos, por lo deslizable que eran las laderas, tomaron por acuerdo el retirarse al abrigo de los infantes, que se hallaban en las vegas de la quebrada cojiendo los bastimentos, y juntos en un cuerpo, porque los indios no se gloriasen ufanos con la altivez de haber quitado la lanza á D. Rodrigo, y quedar dueños del campo, volvieron á subir la loma arriba á restaurar algo de la opinion perdida; pero el Carapaica, que como caudillo capitaneaba las bárbaras escuadras, astuto, y cauteloso, sin aguardar el combate desamparó la loma, finjiendo retirarse acobardado; de que satisfechos los nuestros, sin proseguir en su alcance, engañados con la máxima comun de hacer la puente de plata al enemigo que huye, dieron la vuelta á la quebrada, y asegurando los bastimentos recojidos, tomaron la marcha para el valle de S. Francisco, gozosos con el socorro que llevaban para alivio de la necesidad que padecian; mas como la retirada de Carapaica habia sido operacion nacida de militar estratajema, y no efecto producido de cobardia, aumentando de mas tropas, que por instantes le llegaban de refresco, como práctico del pais y acostumbrado á pisar las malezas de aquel sitio, tomando por sendero una ladera, se descolgó á la quebra-

da, sin ser visto de los nuestros, hasta que habiéndoles cojido las espaldas, atacó de repente la batalla, poniendo en confusion la retaguardia.

(a) D. Rodrigo viéndose acometer cuando menos lo esperaba, hizo alto con su jente, volviendo la cara al enemigo; pero éste sagaz, y prevenido, apenas dió la primer carga de flecheria cuando dividiendo en mangas su escuadron, ocupó por todas partes la quebrada, y faldas de la loma, para que con la diversion fuese mas formidable el encuentro que intentaba, lográndolo á la sombra de la confusion que pretendia: disposicion, que obligó á los nuestros á que divididos en escuadras tambien peleasen separados, para oponerse á la multitud que los acometia, travando de esta suerte en diferentes partes la batalla.

Hallábase Francisco Infante, con otros dos de á caballo, guardando las espaldas á los soldados de á pie, y descubriendo cerca una cuadrilla de indios, que bajaba de refresco, seguido de los que le acompañaban los acometió resuelto, haciendolos retirar la loma arriba; pero siguiendo el alcance, divertido con el ardor de la pelea, sin ver por donde iba, cuando volvió en sí se halló atajado entre unas altas barrancas, que ajenas de humana huella, negaban el paso á la salida, al tiempo que acobardados algunos de los soldados, no pudiendo sostener el ímpetu de los bárbaros, ni la multitud de las flechas que disparaban, empezaron á retirarse temerosos hácia la parte donde se hallaba Francisco Infante, acongojado por no poder salir á socorrer á los suyos, y

---

(a) Batalla de la Quebrada.

viendo entre los que huian á Alonso Ruiz Vallejo, (que despues fué vecino encomendero de Barquisimeto) hijo natural del Contador Diego Ruiz Vallejo, habido en una india de las Caiquetias de Coro, arrebatado de cólera le dijo: ha indio! como huyes, infamando la sangre de tus padres? Si eres hijo de Diego Ruiz Vallejo, no heredaste de él el ser cobarde.

Es muy poderoso el pundonor en quien tiene buena sangre, y asi oyéndose injuriar Alonso Ruiz, inflamado el corazon al recuerdo de las obligaciones del padre, volvió en sí de aquel temor que violentaba su espíritu, y embrazando la rodela, y echando mano á la espada, determinado á morir para soldar su opinion bajaba ciego de enojo en busca de los contrarios, cuando encontrando en la loma á Carapaica, que con la lanza de D. Rodrigo en las manos andaba infundiendo aliento á sus escuadras, pareciéndole buena ocasion para labar con su sangre la mancha de su descrédito, sin esperar á valerse de la espada, por desahogar cuanto antes el incendio que le atormentaba el pecho, se abrazó con él para quitarle la lanza, y luchando el bárbaro por defenderla, asido el uno del otro se precipitaron juntos por una barranca abajo, hasta caer á la quebrada, donde ocurriendo otros veinte indios á ayudar á Carapaica, sin perder el aliento Alonso Ruiz, aunque atormentado de la caida, se defendia valeroso; pero hecha ya pedazos la rodela á los golpes de las macanas, y hallándose con tres heridas penetrantes, hubiera desmayado en el combate á no ser socorrido de dos indios amigos, llamado el uno Juan, criado de Diego de Montes, y el otro Diego, Caiquetio de nacion, (que habian venido

desde Barquisimeto con los nuestros) que esgrimiendo el uno un estoque, y jugando el otro una lanza, se portaron con tal brio, que dejando muertos ocho de los contrarios, hicieron retirar á los demas, sacando del aprieto á Alonso Ruiz, en ocasion, que desamparado el campo de los bárbaros por todas partes, se cantaba por nuestra la victoria, teniendo lugar con este buen suceso para dar la vuelta al valle de S. Francisco, llevando los bastimentos, que tanto afan les costaron.

CAPITULO VII.

FUNDA LOSADA LA CIUDAD DE CARACAS y dáse cuenta del estado á que ha llegado su crecimiento.

AUNQUE Losada habia estado siempre en ánimo de no poblar hasta tener pacificada la provincia, conociendo, por la obstinacion que experimentaba en los indios, lo dilatada que iba su conquista para poder con mas comodidad, y conveniencia conseguirla, y tener en cualquier adverso accidente segura la retirada, se resolvió á fundar una ciudad (a) en el valle de San Francisco, á quien intituló, Santiago de Leon de Carácas, para que en las cláusulas de este nombre quedase la memoria del suyo, el del Gobernador, y la provincia; y hechas las diligencias que en semejantes actos se acostumbran, señalado sitio para la iglesia, y repartidos solares á los ve-

(a) Ciudad de Carácas.

cinos, nombró por Rejidores á Lope de Benavídes, Bartolomé de Almao, Martin Fernandez de Antequera, y Sancho del Villar, que juntos en Cabildo, elijieron por primeros Alcaldes á Gonzalo de Osorio, sobrino de Losada, y á Francisco Infante.

El dia en que Losada ejecutó esta funcion es tan ignorado en lo presente, que no han bastado mis dilijencias para averiguarlo con certeza, pues ni hay persona anciana que lo sepa, ni archivo antiguo que lo diga; y cuando pensé hallar en los libros de Cabildo expresa con claridad esta circunstancia, habiéndolos reconocido con cuidado los encontré tan diminutos, y faltos de las noticias de aquellos primeros años, que los papeles mas antiguos que contienen son del tiempo que gobernó D. Juan Pimentel: descuido ponderable, y omision singular en fundacion tan moderna! El Maestro Jil Gonzalez (a) (discurro que gobernándose por el título de la ciudad) asegura fué su fundacion dia de Santiago; pero no dudo erraria el dia quien con tanta claridad erró en el año, pues pone esta fundacion hecha el de quinientos y treinta: cosa tan irregular, y sin fundamento, que dudo el que pudo tener autor tan clásico para escribir tal despropósito; y asi, dejando esta circunstancia en la incertidumbre que hasta aqui, pues no hay instrumento que la aclare, pasaremos á dar noticia del estado á que ha llegado esta ciudad de Carácas.

En un hermoso valle, tan fértil como alegre, y tan ameno como deleitable, que de Poniente á Oriente se

(a) Teatro Eccles.

dilata por cuatro leguas de lonjitud, y poco mas de media de latitud, en diez grados y medio de altura septentrional, al pie de unas altas sierras, que con distancia de cinco leguas la dividen del mar en el recinto que forman cuatro rios, que porque no le faltase circunstancia para acreditarla paraiso, la cercan por todas partes, sin padecer sustos de que la aneguen: tiene su situacion la ciudad de Carácas en un temperamento tan del cielo, que sin competencia es el mejor de cuantos tiene la América, pues ademas de ser muy saludable, parece que lo escojió la primavera para su habitacion continua, pues en igual templanza todo el año, ni el frio molesta, ni el calor enfada, ni los bochornos del estío fatigan, ni los rigores del invierno aflijen: sus aguas son muchas, claras y delgadas, pues los cuatro rios que la rodean, á competencia la ofrecen sus cristales, brindando al apetito en su regalo, pues sin reconocer violencias del verano, en el mayor rigor de la canícula mantienen su frescura, pasando en el Diciembre á mas que frias: sus calles son anchas, largas, y derechas, con salida, y correspondencia en igual proporcion á todas partes; y como están pendientes, y empedradas, ni mantienen polvo, ni consienten lodos: sus edificios los mas son bajos, por recelo de los temblores, algunos de ladrillo, y lo comun de tapias, pero bien dispuestos, y repartidos en su fábrica: las casas son tan dilatadas en los sitios, que casi todas tienen espaciosos patios, jardines, y huertas, que regadas con diferentes acequias, que cruzan la ciudad, saliendo encañadas del rio Catuche, producen tanta variedad de flores, que admira su abundancia todo el año: hermoseanla cuatro plazas, las

tres medianas, y la principal bien grande, y en proporcion cuadrada.

Fuera de la innumerable multitud de negros, y mulatos que la asisten, la habitan mil vecinos españoles, y entre ellos dos títulos de Castilla que la ilustran, y otros muchos caballeros de conocidas prosapias, que la ennoblecen: sus criollos son de agudos, y prontos injenios, corteses, afables, y políticos; hablan la lengua castellana con perfeccion, sin aquellos resabios con que la vician en los mas puertos de las Indias; y por lo venébolo del clima son de airosos cuerpos, y gallardas disposiciones, sin que se halle alguno contrahecho, ni con fealdad disforme, siendo en jeneral de espíritus bizarros, y corazones briosos, y tan inclinados á todo lo que es política, que hasta los negros (siendo criollos) se desdeñan de no saber leer, y escribir; y en lo que mas se extreman es en el agasajo con que tratan á la jente forastera, siendo el agrado con que la reciben atractivo con que la detienen, pues el que llegó á estar dos meses en Carácas, no acierta despues á salir de ella: las mujeres son hermosas con recato, y afables con señorio, tratándose con tal honestidad, y tan gran recojimiento, que de milagro entre la jente ordinaria se ve alguna de cara blanca de vivir escandaloso, y esa suele ser venida de otras partes, recibiendo por castigo de su defecto el ultraje, y desprecio con que la tratan las otras.

Tiene para lustre suyo iglesia catedral desde el año de seiscientos y treinta y siete, en que el Sr. Obispo D. Juan Lopez Aburto de la Mata la trasladó de la ciudad de Coro, donde estaba antes; es dedicada al Apostol Santiago: su fábrica se forma en cinco naves, cuya

techumbre carga sobre pilares de ladrillo, con arcos de lo mismo; y aunque cada nave de por sí es algo angosta, todas juntas disponen una obra muy vistosa en proporcion simétrica: el presbiterio es de bóveda, y forma en el crucero con los primores de la arquitectura á lo moderno una media naranja bien airosa.

Fuera de las cinco naves adornan su edificio cuatro capillas de particulares patronatos, que unidas al lado de la epístola, forman otra nave separada, la una dedicada á la Trinidad Santísima, que labró, y dotó el proveedor Pedro de Jaspe Montenegro, natural del Reino de Galicia, y Rejidor que fué en esta ciudad: en otra se venera el Portento de los Milagros San Nicolas de Bari, colocado en ella á impulsos de la ardiente devocion que le profesó Doña Melchora Ana de Tobar, viuda de D. Juan de Ascanio y Guerra, caballero del órden de Santiago: la de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza dotó, y mandó fabricar el Bachiller Don José Melero, Dean que fué de esta catedral; y la de nuestra Señora del Pópulo, fundacion del ilustrísimo Sr. Obispo D. Diego de Baños y Sotomayor, que la dotó en nueve mil y trescientos pesos, y renta annual de un capellan que la sirve: descansan en ella las ecnizas de tan venerable prelado, donde su estatua, hincada de rodillas al lado del evanjelio, mantiene la memoria de su piadoso zelo: su fábrica de bóveda, con todas las galas que permite el arte, habiendo muerto su ilustriisima antes de acabarla, perfeccionó el autor de esta historia, por haberle sucedido en el patronato de ella, como sobrino suyo.

A los lados de la puerta principal, que cae á la pla-

za, en la que mira al norte se levantó una elevada torre, que sustenta diez campanas de voces muy sonoras; y en el que mira al sur se estiende sobre el altosano la capillá del Apostol S. Pedro, fabricada á expensas de su ilustre cofradia, tan desahogada, y capaz, que separada, por sí sola pudiera pasar por iglesia en otra parte, segun el ámbito que ocupa, y sirve juntamente de Sagrario á los Curas para la administracion de la parroquia.

La renta episcopal, que es la cuarta parte de los diezmos, no baja de diez mil pesos, y segun el valor de los frutos suele subir á doce, y á catorce; la capitular se reparte en cuatro dignidades, y cuatro canongias, con la suprimida para la inquisicion (de las cuales una es de merced, y dos de oposicion) llevando el Dean á razon de doscientos, Arcediano, Chantre, y Tesorero de ciento y cincuenta, y los Canónigos de ciento y treinta, sin las capellanias, y manuales, que son muy conciderables; tiene para la administracion de los Sacramentos dos Curas rectores, y para el servicio de la iglesia un Sacristan mayor, dos menores, y ocho Monacillos, diez capellanias de coro, las seis que instituye la ereccion, dos que se añadieron despues, y dos, que dejó dotadas con renta de doscientos y veinte y seis pesos cada una el Alferez Pedro de Paredes, Mayordomo que fué muchos años de su fábrica; un So-chantre, Maestro de capilla, Organista, Secretario de Cabildo, Pertiguero, Apuntador, y otros ministros; celébranse los oficios Divinos con gran puntualidad, aseo, y ostentacion, sirviéndose de muchos, y ricos ternos de telas, y damascos, y alhajas de plata, que tiene en abundancia para el lustre de sus funciones; y entre otras

preseas de estimacion sobresalen en el valor dos riquísimas Custodias de pedrerias que no las tiene mejores ninguna iglesia de las Indias.

Para la administracion de la feligresia tiene tres ayudas de parroquia, la una dedicada á nuestra Señora de Altagracia, en que está fundada una piadosa cofradia de los mulatos, que cuidan del adorno, y asistencia de la iglesia con particular aseo, y devocion, esmerándose con gran fervor en la ostentacion con que celebran sus fiestas; otra á S. Pablo primer Hermitaño, que es juntamente hospital, donde se cura de todas enfermedades, con renta muy suficiente para la necesaria asistencia de los enfermos, procedida asi del noveno y medio, que por la ereccion del obispado percibe de los diezmos, como de diferentes réditos y tributos que tiene impuestos.

Esta iglesia fabricó la ciudad el año de quinientos y ochenta, en ocasion, que hallándose aflijida con una rigorosa peste de viruelas, y sarampion, que consumió mas de la mitad de los indios de la provincia, escojió por patrono, para remedio del daño que padécia, al glorioso Proto-eremita, y cesando el contajio por beneficio de su intercesion, la república agradecida quiso perpetuar su reconocimiento, dedicando este templo al culto de su bienhechor; y en memoria de este favor recibido de su patrocinio, asiste todos los años el Cabildo á celebrarle su fiesta el dia quince de Enero; despues, habiendose arruinado este edificio, lo reedificaron, dándole mayor capacidad, y adornándolo de una hermosa torre, el depositario jeneral Domingo de Vera, y su hermano D. Diego de Adame, vecinos princi-

pales, viznietos del conquistador Sebastian Diaz, y de Mariana Rodriguez de Ortega, su mujer; está colocada en esta iglesia una copia milagrosa de nuestra Señora de Copacavana, de cuya misericordia experimenta esta ciudad singulares maravillas, siendo el refujio de sus aflicciones, y el amparo de sus necesidades, principalmente en dilatándose las lluvias, pues lo mismo es ocurrir á buscar el consuelo en su piedad, que desatarse las nubes en dilubios de agua; el modo raro con que esta Soberana imajen fué traida del Perú referiremos en llegando el año de su colocacion.

La ayuda de parroquia de nuestra Señora de la Candelaria, extramuros de la ciudad, es fábrica moderna; edificáronla el año de setecientos y ocho los isleños naturales de las islas de Canaria, ayudados del fervoroso zelo, y piadosa aplicacion del Licenciado Pedro de Vicuña, venerable sacerdote, donde concurren á manifestar en la copia la devocion que profesan á la que veneran por patrona en la isla de Tenerife.

El hospital da la Caridad, donde se curan mujeres enfermas, sirviendo tambien de reclusion á las que por escandalosas necesita de castigo su liviandad, mandó fundar, y dotó con renta suficiente Doña María Marin de Narvaez, Señora rica, y virtuosa, que habiendo vivido siempre sin tomar estado, convirtió toda su hacienda enel beneficio comun de obra tan pia.

La relijion de Santo Domingo, que fué la primera que honró con su asistencia esta ciudad, mantiene un convento con cuarenta relijiosos de ordinario, perteneciente á la provincia de Santa Cruz de la Española, la mas antigua de las Indias: venérase en su iglesia la mi-

lagrosísima imajen de nuestra Señora del Rosario, dádiva de la Majestad del Sr. D. Felipe Segundo, y atractivo de la devocion de todos los vecinos, que la reconocen por eficaz patrona contra la violencia de los temblores.

La relijion de S. Francisco sustenta cincuenta relijiosos, que como serafines con su regular observancia, aseo de su templo, y secuela continuada de su coro, son la edificacion de la república: tienen en su convento por prendas de su mayor tesoro un pedazo de Lignum Crucis, con que lo enriqueció el Gobernador D. Martin de Robles Villafañate, y una imajen de nuestra Señora de la Soledad de tan perfecta escultura, que iguala á la de la Victoria que se venera en Madrid; roba los corazones su ternura, y mueve á compuncion solo el mirarla.

La de nuestra Señora de las Mercedes fundó el año de seiscientos y treinta y ocho en sitio muy retirado de lo principal de la ciudad; fué su patron el Jeneral Rui Fernandez de Fuenmayor, Gobernador de la provincia, de cuyo honroso título goza hoy su nieto D. Rui Fernandez de Fuenmayor y Tobar; pero como lo extraviado del lugar traia consigo muchas incomodidades para los relijiosos, se vieron obligados el año de seiscientos y ochenta y uno á desamparar su fundacion primera, mudándose á parte mas cercana, donde la cortedad de las rentas que gozan ha sido causa de que estén sin las conveniencias que la república desea, por la devocion que les profesa; pero sin embargo mantienen diez y seis relijiosos, con un hermoso templo, el mejor de la ciudad, asi por lo garvoso de su planta, como por los bue-

nos fundamentos de su fábrica.

Para la educacion de la juventud tiene un colejio seminario bajo la proteccion de Sta. Rosa de Lima, que empezó á fundar en la plaza mayor el año de seiscientos y sesenta y cuatro el ilustrísimo Sr. D. Fray Antonio Gonzales de Acuña; y despues lo acabó, y puso en perfeccion el ilustrísimo Sr. Obispo D. Diego de Baños, tio del autor: su fábrica es de alto con viviendas muy desahogadas, y clases muy capaces para la leccion de cinco cátedras que en él se cursan, las dos de teolojia, una de filosofia, y dos de gramática, donde cultivados los injenios, como por naturaleza son claros, y agudos, se crian sujetos muy cabales, asi en lo escolástico, y moral, como en lo expositivo.

Pero la joya mas preciosa que adorna esta ciudad, y de que puede vanagloriarse con razon, teniéndola por prenda de su mayor felicidad, es el convento de monjas de la Concepcion, verjel de perfecciones, y cigarral de virtudes: no hay cosa en él, que no sea santidad, y todo exala fragancia de cielo; dotáronlo, aplicando toda su hacienda para su fábrica, y cóngrua, Doña Juana de Villela, natural de Palos en el condado de Niebla, viuda del Capitan Lorenzo Martinez, natural de Villacastin, vecino encomendero que fué de esta ciudad, y Doña Mariana de Villela, su hija, viuda del Rejidor Bartolomé Masabel, el año de seiscientos y diez y siete, aunque, por los accidentes que referiremos en llegando al año de su fundacion, se dilató esta hasta el de seiscientos y treinta y siete, en que siendo su primera Abadesa Doña Isabel de Tiedra, (que de relijiosa del convento de Sta. Clara de la ciudad de Sto. Domingo vi-

no por maestra, y hortelana de este nuevo plantel) víspera de la Concepcion les puso la clausura el Sr. Obispo D. Juan Lopez Aburto de la Mata, dando el hábito á las primeras azucenas, que se consagraron á Dios en su recojimiento; estas fueron, Doña Mariana de Villela, su fundadora, y como tal, por nombramiento suyo Doña Francisca Villela, Doña Ana Villèla, Doña Maria Villela, Doña María de Ponte, Doña Juana de Ponte, Doña Lusia de Ponte, sobrinas suyas, María de Urquijo, Doña Ines de Villavicencio, y Doña Elvira de Villavicencio: mantienen al presente sesenta y dos ánjeles en otras tantas relijiosas de velo negro, que en continuas vijilias, y mortificaciones viven tan en Dios, y ajenas de lo que es mundo, que á cualquiera hora de la noche que se pase por las puertas de su iglesia se oyen los ecos de sus ásperas penitencias, y los tiernos suspiros con que claman al cielo desde el coro.

Ademas de los templos referidos tiene esta ciudad dos hermitas: la que comunmente llaman S. Mauricio, aunque su advocacion lejítima es de San Sebastian, la edificó Losada luego que pobló esta ciudad, en cumplimiento del voto que hizo al Santo Martir estando en la villa Rica, cuando venia á su conquista, escojiéndolo por patrono contra el veneno de las flechas; despues el año de quinientos y setenta y cuatro, padeciendo esta ciudad una cruel plaga de langosta, escojió por abogado contra su voracidad á S. Mauricio, y le edificó una iglesia, la cual el año de quinientos y setenta y nueve se quemó por un descuido; y habiendo por esta causa (en interin que se reparaba el templo) colocado á San Mauricio en la iglesia de San Sebastian, perdió su ad-

vocacion lejítima, llamándola el pueblo desde entónces (sin razon) San Mauricio. De esta iglesia hizo donacion la ciudad en el cabildo celebrado á treinta de Junio del año de seiscientos y ocho á la relijion de Santo Domingo, á pedimento de su Provincial Fray Jacinto de Saona, para que mudase á ella el convento de su Orden, y por haber los relijiosos variado de dictámen no tuvo efecto la donacion; despues el año de seiscientos y sesenta y siete, en cabildo celebrado á catorce de Marzo, se les concedió á los negros, hermanos de la cofradia de San Juan Bautista (que cuidan de ella al presente con mucha asistencia, y devocion) reservando la ciudad en sí el patronato de ella, y con calidad que mantuviese la advocacion de S. Sebastian, y S. Mauricio, y quedasen colocados los dos gloriosos martires en el altar mayor, como tutelares, y dueños de la iglesia; asiste á ella todos los años el cabildo el dia veinte y dos de Septiembre á celebrar fiesta á S. Mauricio.

La de Santa Rosalia de Palermo edificó el ilustrísimo Señor Obispo D. Diego de Baños y Sotomayor, señalando por patrona con dia colendo, á esta peregrina hermitaña el año de seiscientos y noventa y seis, para que en las circunstancias de esta demostracion quedase vinculada la gratitud de esta ciudad al favor que recibió de su amparo, librándose por su intersesion de una cruel peste de bómitos negros, que padeció diez y seis meses continuos: celébrasele fiesta todos los años en la catedral el dia cuatro de Septiembre, que dejó dotada su ilustrísimo fundador, de cuya pia memoria, y de las demas que instituyó aquel prelado venerable, es patrono el autor de esta historia, como sobrino suyo.

CAPITULO VIII.

CONTINUASE LA MATERIA DEL PASADO: viene Juan de Salas de la Margarita en ayuda de Losada, y saquean los ingleses la ciudad de Coro.

GOBIÉRNASE en lo temporal la ciudad de Carácas por un Gobernador, y Capitan Jeneral, que lo es de toda la provincia, nombrado por el Rey por tiempo de cinco años, que juntamente goza la administracion del patronato real, y en virtud de ella presenta todos los curatos, y beneficios del obispado, siendo el que tiene el primer lugar de crédito, y conveniencias entre todos los Gobiernos de las Indias: para la distribucion ordinaria de justicia tiene dos alcaldes, que elije todos los años el cabildo, los cuales por merced concedida por la majestad del Sr. D. Carlos Segundo en Madrid á diez y ocho de Septiembre del año de seiscientos y setenta y seis gozan el singular, y honroso privilejio de gobernar por sí toda la provincia, y ejercer la capitania jeneral de ella siempre que por cualquier accidente hubiere vacante en el Gobierno, hasta tanto que su majestad la provea en propiedad, sin que la Audiencia, ni el presidente de Santo Domingo puedan nombrar Gobernador interino en ningun caso, ni con ningun pretexto: su cabildo se compone de doce rejimientos, fuera de los cuatro oficios principales de alferez mayor, alguacil mayor, provincial de la hermandad, y depositario jeneral: empleos, que siempre ocupan los caballeros mas ilustres de la república, autorizando con su nobleza, y res-

peto los actos públicos, que son propios de ciudad. Esta tiene por armas en campo de plata un Leon de color pardo, puesto en pie, teniendo entre los brazos una venera de oro con la Cruz roja de Santiago, y por timbre un coronel de cinco puntas de oro; concedióselas el Sr. D. Felipe Segundo por su real cédula despachada en San Lorenzo á cuatro de Septiembre del año de quinientos y noventa y uno, á pedimento de Simon de Volivar, Procurador jeneral de esta ciudad en corte, y el primero rejidor perpetuo de ella.

Su comarca fertil, y abundante de cuanto se puede apetecer para el regalo: produce excelentes verduras de cuantas especies hay con abundancia, y todo el año frutas, cuantas conoce por naturales suyas la América, y muchas que ha trasplantado la curiosidad desde la Europa, granadas excelentes, sazonados membrillos, manzanas, higos, uvas, limas, limones, melones, y zandias, tan perfectas todas en el gusto, como si no tuvieran nada de estranjeras, pues las sazona el terreno como si fueran propias: lábrase azucar mucha, y de buen temple, de que se hacen exquisitas y regaladas conservas; sus cosechas rinden á centenares por fanegas; sus pastos multiplican á millares los ganados; y añadiendo á las excelencias referidas la frecuencia de su trato, la continuacion de su comercio con la Nueva España, islas de Canaria, y de Barlovento, y otras partes, para donde se trafican porciones considerables de cacao, tabaco corambre, brasilete, y otras mercaderias; son partes que constituyen un todo para hacer celebrada esta ciudad, y una de las mejores entre las que componen el dilatado imperio de la América.

Pocos dias despues de haber poblado Losada llegó de la isla Margarita el Capitan Juan de Salas, en cumplimiento de lo que habian capitulado los dos en el Tocuyo, pues aunque por algunos accidentes que lo retardaron no pudo concurrir al tiempo determinado para hallarse en la primera entrada, no quiso dejar de cumplir lo prometido, conociendo que su venida seria en cualquiera ocasion muy estimada; fineza, que agradeció Losada, asi por ver la buena conrrespondencia del amigo, como por la importancia del socorro, que constaba de cuatro piraguas cargadas de bastimentos, (bien necesarios, por la falta que de ellos padecian) quince hombres españoles, entre quienes venian Andres Machado, Melchor Lopez, y Lázaro Vazquez, soldado antiguo de estas conquistas, por haber sido uno de los que acompañaron á Fajardo, y cincuenta indios Guaiqueries, que sirvieron con gran valor y lealtad en cuanto se ofreció despues.

Al venir Salas de la Margarita sucedió, que Melchor Lopez, que gobernaba como cabo una piragua, tuvo maña, y disposicion para aprisionar á uno de los caciques de la costa, llamado Guaipata, finjiéndose mercader, que venia á buscar rescates; y aunque despues de conocido el engaño ofrecia por su libertad cuanto tenia, no quiso Melchor Lopez aceptar el interes, por hacer el cotejo de entregarlo á Losada, por si acaso pudiese servir de algo á sus intentos: galanteria, que salió tan acertada, que de ella se orijinaron los primeros movimientos de la pacificacion; pues llegado el cacique á la presencia de Losada, valiéndose de aquel agrado, que era natural en sus acciones, despues de haberlo puesto

en libertad le pidió solicitase con los demas caciques lo admitiesen por amigo, sin dar lugar á que prosiguiendo con la guerra les obligase á conceder á las armas, lo que negaban al ruego; de que agradecido el Guaipata, volvió al cabo de ocho dias con otros dos caciques de la costa, á quienes conmovió su persuacion, para que dando gustosos la obediencia, jurasen paz con Losada, que mantuvieron despues firmes, sin visos de deslealtad.

Al tiempo que pasaba lo referido en la conquista de Carácas se hallaban en la ciudad de Coro el Gobernador D. Pedro Ponce de Leon, y el Sr. Obispo Don Fray Pedro de Agreda, y llegada la noche del dia siete de Septiembre surjió sin ser sentido, en el puerto un navio de corsarios ingleses, y echando la jente en tierra, al romper el alva el dia siguiente acometió á la ciudad, que hallándose desprevenida entre las confusiones de un asalto repentino, no pudieron sus vecinos valerse de otra defensa, que la que permitió el susto, afianzando con la fuga su seguridad, y aun esta fué necesario ejecutarla con tal priesa, que obligó á sacar cargado al Sr. Obispo, y esconderlo en el retiro de un monte, porque no quedase expuesta su persona, y dignidad á los desacatos de aquella canalla infiel, que apoderada de la mísera ciudad, no satisfecha su rabia con las hostilidades del saco, cometió su bárbara insolencia en los vasos sagrados, é imájenes de la catedral los sacrilejios que acostumbra la herética perfidia; y queriendo poner fuego á los edificios, para que las cenizas del incendio fuesen los mejores testigos de su impiedad, redimieron los miserables vecinos la vejacion de su ruina á costa de tres mil pesos que pudieron juntar entre todos de lo

que habian escapado al retirarse; con que satisfecha en parte la codicia de los corsarios, despues de haber estado en tierra cuatro dias se hicieron á la vela, dejando tan destruida la ciudad, que en muchos años despues no pudo volver á lo que era antes.

CAPITULO IX.

ACOMETEN LOS INDIOS A LA CIUDAD de Carácas: sale Losada al encuentro, y con facilidad los desbarata.

DESCONFIADO Guaicaipuro de lo mal que le habia terciado la suerte con Losada, se mantenia retirado esperando la ocasion para valerse de los auxilios del tiempo, á cuya sombra se prometia poder lograr la venganza que maquinaba en su pecho; pero viendo que Losada, con la poblacion que habia dispuesto, llevaba su asistencia muy deespacio, y que aquello era tirar á sujetar la provincia con el fuego lento de una guerra dilatada, fué tan eficaz en aquel bárbaro la consideracion de este recelo, que apurando la espera al sufrimiento aquel ánimo indomable, acostumbrado á mantener la libertad con los riesgos de su sangre, culpaba la tibieza con que hasta allí habia procedido su descuido; y determinado á sacudir el yugo, que temia, antes que apretasen las coyundas que esperaba, empezó á conmover los caciques, y concitar las naciones, para que como interesados en la comun defensa, acudiesen con sus armas á restaurar la libertad, que imajinaban perdida, por

haber llegado el caso en que era necesario qu obrase la resolucion, ayudada del poder; mas como la determinacion habia de ser entre muchos, aunque fué grande la eficacia con que instaba Guaicaipuro, no fué posible el convenirse tan breve, que no hubiese llegado antes el año de sesenta y ocho, (a) en cuyos principios, ajustado ya entre todos el llevar la materia á fuerza de armas, determinaron, que para cierto dia, con el mayor número de tropas que pudiese alistar cada cacique, concurriesen todos los interesados en el sitio de Maracapana, (que es una sabana alta al pie de la serrania inmediata á la ciudad) y echando el resto á la desesperacion, acometer á Losada, fiando al lance de una batalla los buenos sucesos que esperaban de su valor y fortuna.

Llegado, pues, el dia determinado, vinieron de la costa, y serranias intermedias, segun lo capitulado, los caciques Naiguatá, Uripatá, Guaicamacuto, Anarigua, Mamacuri, (que fué el primero que despues dió la obediencia á Losada) Querequemare, señor de Torrequemada, Prepocunate, Araguaire, y Guarauguta, el que mató en Cátia á Diego Garcia de Paredes, con siete mil indios de pelea, que llevaron entre todos; de los Mariches concurrieron Aricabacuto, y Aramaipuro con tres mil flecheros de su nacion, incorporados en sus banderas los cacique Chacao, y Baruta con la jente de sus pueblos. Guaicaipuro que como Capitan jeneral habia de gobernar todo el ejército, conducia dos mil guerreros, escojidos entre los mas valientes de sus Teques, á quienes en el camino se agregaron otros dos mil Gandules de los Tarmas, que acaudillaban

(a) Año de 1568.

los caciques Paramaconi, Urimaure, y Parnamacay; pero estas dos naciones no pudieron llegar al sitio señalado á unirse con las demas por una casualidad bien impensada, en que consistió librarse la ciudad de tempestad tan horrible, como la que amenazaba en conjuracion tan formidable.

Ignorante Losada de todo esto, por no haber tenido noticia alguna de lo que maquinaba Guaicaipuro, habia despachado aquella madrugada á Pedro Alonso Galeas con sesenta hombres, para que corriendo las lomas, y quebradas de los Tarmas, juntase la mayor porcion de bastimentos que pudiese, y los trajese á la ciudad. Caminaba Pedro Alonso con su jente á ejecutar puntual su dilijencia, cuando á las ocho de la mañana encontraron con él los indios Teques, que unidos ya con los Tarmas, marchaban presurosos para hallarse en el asalto; pero al ver los españoles en parte que no esperaban, discurriendo que su coligacion estaba ya descubierta, pues les salian armados al encuentro, cuando pensaban hallarlos en la ciudad desprevenidos, algo atemorizados se empezaron á dividir en mangas por los cerros.

Pedro Alonso por su parte, ignorando tambien el fin á que se encaminaba aquel formado ejército de bárbaros, se halló confuso sin acertar en buen rato á resolverse entre acometerlos anticipado, ó esperarlos prevenido, hasta que aprovechándose de aquella antigua experiencia que tenia adquirida en las conquistas del Perú, se portó con tal destreza, que sin quererse empeñar en batalla declarada, con diferentes acometimientos, y surtidas, logrando las ocasiones en que reconocia poderlas ejecutar con ventaja, (como si supiera lo que importa-

ba por entónces divertir aquellas tropas) las detubo entretenidas todo el dia, sin permitirles dar paso adelante, hasta que llegada la noche, con el susto de lo que habia sucedido á los demas conjurados, se retiraron confusos al abrigo de sus pueblos.

Las demas naciones convocadas, que juntas en Maracapana aguardában la venida de los Teques, y Tarmas para dar el asalto á la ciudad, viendo que era pasado el medio dia, y no llegaban, sin acertar á discurrir la causa de su tardanza, empezaron á desmayar, desconfiando del suceso por faltarles Guaicaipuro, quien, por lo acreditado de su valor, y opinion adquirida de soldado, habia en todo de dar la disposicion para lograr el acierto; y teniendo su falta por presajio de alguna fatalidad, empezaron á desunirse los caciques, retirándose algunos con sus tropas, sin atreverse á proseguir en la empresa, que miraban ya con desconfianza; pero los otros, teniendo por descrédito el desistir de aquel lance en que tenian empeñadá la opinion, moviendo sus escuadrones se fueron acercando á la ciudad.

Hallábase Losada á la ocasion en cama algo indispuesto, y dándole noticia de la multitud de bárbaros que venian marchando á la ciudad, con aquel sosiego natural que siempre tubo, sin alterarse en nada, se empezó á vestir, mandando que le ensillasen un caballo, y cuando le pareció tiempo acomodado salió de la ciudad, (a) llevanbo en su compañia de los jinetes á Gabriel de Avila, Francisco Maldonado, Antonio Perez, (soldado antiguo de las guerras de Africa, y que se ha-

(a) Batalla de Maracapana.

-bia hallado con el Emperador en la expugnacion de Tunez) Francisco Sanchez de Córdova, Sebastian Diaz, Alonso Andrea, y Juan de Gamez; y de los infantes á Miguel de Santacruz, Juan Gallego, Juan de Sanjuan, Alonso Ruiz Vallejo, Gaspar Pinto, y otros, hasta el número de treinta, dejando á los demas en guarda de las casas, para que los indios con la confusion no las quemasen, y apellidando á Santiago acometió al enemigo en la sabana, abriéndose camino con las lanzas, que en aquella confusa muchedumbre, ni erraban golpe ni perdonaban vida, cuando los infantes por su parte, embrazando las rodelas, y esgrimiendo los aceros, empezaron á dividir aquellos cuerpos desnudos, que embarazados con su misma multitud, poniéndose en desórden se fueron retirando, atropellándose unos á otros por asegurar las vidas, de suerte, que en breve espacio solo quedó en la campaña, para vender bien la suya, un indio llamado Tiuna, natural de Curucutí, quien con una media espada, enhastada en una guaica, desafiaba con repetidas voces á Losada.

Hallábase cerca de él Francisco Maldonado, y no pudiendo sufrir su atrevimiento, hizo piernas al caballo, llevando la lanza baja al embestirle; pero al ejecutar el golpe le huyó el indio el cuerpo con tal arte, que pasó la carrera de largo sin tocarle, y sin darle tiempo á revolver el caballo le tiró con la media espada un vote tan violento, que pasándole las armas, y atravesandole un muslo, lo derribó del caballo, y asegundándole con otro antes que se levantase, le dió otra herida en un brazo; Juan Gallegos, Gaspar Pinto, y Juan de Sanjuan, viendo el aprieto en que estaba Maldonado, y re-

celando no lo matase aquel bárbaro, llegaron con presteza á socorrerlo; pero el Tiuna, sin desmayar en su aliento, antes mas sobervio en su osadia, se mostró tan valeroso, que haciendo cara á los tres empezó á jugar la guaica con tan linda lijereza, compaces, y movimientos, que sin que le pudieran ofender, hirió en la frente á Juan Gallegos, privándolo de sentido; y haciendo demostracion de acometer á Gaspar Pinto, descargó el golpe en Juan de Sanjuan, atravesándole un brazo, que le hizo soltar la espada; y pasára mas adelante en maltratarlos (segun la traza llevaba) si no llegára por detras, sin que el Tiuna lo advirtiese, un indio de los amigos, criado de Francisco de Madrid, quien le disparó una flecha, que entrándole por la espalda, le atravesó el corazon, dejándoles á los tres en parte de recompensa de las heridas recibidas, un idolillo de oro del largo de un jeme, que traia pendiente al cuello, y unos brazaletes de lo mismo, y llevando que contar del arresto de aquel bárbaro, dieron la vuelta á la ciudad acompañando á Losada, que sin seguir el alcance de aquel deshecho escuadron, tuvo por mejor el retirarse á dar descanso á su jente, contentándose con la facilidad que habia tenido en deshacer aquella conjuracion tan poderosa, sin ponerse á continjencia de algun adverso accidente,

CAPITULO X.

DESPUEBLASE LA CIUDAD DE BORBU-rata; funda Losada la de Caravalleda, y sale despues á reconocer la tierra.

LAS descomodidades que experimentaban los vecinos de la Borburata con lo poco saludable del pais, y los continuos sustos que padecian de las invasiones de corsarios, por la poca defensa de su puerto, los tenia tan descontentos, y deseosos de mudar su vecindad, que aunque el Gobernador D. Pedro Ponce, teniendo noticia de la intencion con que se hallaban les habia prohibido con penas, y amenazas el que la ejecutasen; mediado el año de sesenta y ocho se determinaron á desamparar la ciudad, y dejándola despoblada se pasaron unos á vivir á Valencia, y otros, que fueron los mas, en piraguas, y canoas se vinieron á Carácas á incorporar con Losada; quien hallándose con el aumento de fuerzas que le causó este socorro, y el que de la Margarita le habia conducido Juan de Salas, conociendo que para la conservacion, y crecimiento de su nueva ciudad de Santiago era preciso, y conveniente hacer otra poblacion en las orillas del mar, que sirviendo de puerto, y abrigo á las embarcaciones del comercio, facilitase las conveniencias del trato, de que habian de resultar los intereses para su mayor aumento, se determinó á ponerla en planta, y buscando el sitio mas acomodado para su fundacion, bajó personalmente á la costa, llevando consigo sesenta hombres; y habiendo asentado pa-

ces con los caciques Mamaduri, Guaicamacuto, y los demas circunvecinos, (que escarmentados de la rota recibida se la ofrecieron voluntarios) pareciéndole el lugar mas apropósito el mismo dònde Fajardo tuvo fundado el Collado, distante siete leguas de la ciudad de Santiago, el dia ocho de Septiembre del año de quinientos y sesenta y ocho pobló en él una ciudad, (a) que intituló nuestra señora de Caravalleda, y señalando treinta vecinos que habian de quedar en ella, nombró por Rejidores á Gaspar Pinto, Duarte de Acosta, Alonso de Valenzuela, y Lázaro Vazquez, que juntos en cabildo, elijieron por primeros Alcaldes ordinarios á Andres Machado, y á Agustin de Ancona; pero esta ciudad, que con tan buenos principios prometió grandes aumentos, con firmes esperanzas de una segura consistencia, fué bastante para que se despoblase una violenta sinrazon con que el Gobernador D. Luis de Rojas quiso mortificar á sus vecinos, malogrando los buenos fundamentos con que habia empezado poblacion tan necesaria, pues huyendo sus moradores del rigor de un absoluto poder, tomaron por partido abandonarla, retirándose con sus familias, como veremos despues.

Poblada la ciudad de Caravalleda, y dispuestas por Losada aquellas cosas precisas para su conservacion, dió la vuelta á la ciudad de Santiago, donde considerando ser ya tiempo de que tuviesen alguna remuneracion de sus trabajos los que con tanto afan, y peligro le habian acompañado en su conquista, determinó repartir las encomiendas, usando de los poderes que tenia del Gober-

(a) Ciudad de Caravalleda.

nador D. Pedro Ponce; pero como quiera que para disponer materia de tan grande consecuencia era preciso tener conocimiento, y noticia individual de todas las parcialidades, y caciques que las gobernaban, con el número de jente de que se componian, para que la aplicacion de los repartimientos fuese correspondiente á los méritos de cada uno, quiso primero reconocer toda la tierra, haciendo los apuntamientos de ella en la mejor forma que le permitiese el tiempo, y para ello salió con setenta hombres, empezando por la provincia de los Teques, en cuyo distrito hizo alto en la loma, que llamó de los Caballos, por los muchos que los indios le mataron en ella, valiéndose de una traza que les dictó su perfidia.

Vivia en aquel contorno el Cacique Anequemocane; y finjiéndose ostigado de las incomodidades de la guerra, y deseoso de las conveniencias de la paz, enviaba todos los dias algunos de sus vasallos con diferentes regalos comestibles á Losada, y con este pretexto entraban en el alojamiento sin reparo, dejando las armas escondidas; pero en saliendo si hallaban ocasion de que los españoles no los viesen, flechaban cuantos caballos encontraban paseando por el campo, ejecutándolo con tan diestro disimulo, que se pasaron seis dias sin que llegase á maliciarse su traycion, hasta que cayendo en ella, no quiso Losada dejar sin castigo esta maldad, y para poder lograrlo dispuso una emboscada en la parte mas cercana al lugar de los forrajes.

El dia siguiente vino en traje disfrazado el mismo Cacique Anequemocane, acompañado de otros ocho, cargados de gallinas, aguacates, y batatas, y habiendo

cumplido con las ceremonias del regalo, sin que Losada se diese por entendido de la traycion de su obrar, salieron del alojamiento muy confiados, y al llegar al sitio donde estaban los caballoss viendo que no parecia persona alguna por allí, empezaron á flecharlos; pero los de la emboscada, que estaban à la mira prevenidos, apenas conocieron la intencion de su mal ánimo salieron acometiéndolos, y confuso Anequemocane al ver descubierta su maldad, no halló otro remedio que la fuga, con velocidad tan presurosa, que aunque corriendo tras de él, Juan Catalan le dió una cuchillada que le partió el casco, sacándole un pedazo: no fué bastante embarazo para que dejase de escaparse, si bien se le quedó toda la vida muy en la cabeza este suceso, pues con la señal y casco menos sirvió despues muchos años á Lázaro Vazquez, á quien se lo repartió Losada en encomienda.

Los otros ocho compañeros, siguiendo el ejemplar de su cacique, se metieron por el monte, tan cortados de su misma turbacion, que sin acertar á huir pensaron ocultarse, subiéndose en los árboles; pero descubiertos por los nuestros fué tal su obstinacion, que sin quererse rendir, aunque les aseguraban las vidas, se valieron de las flechas disparando desde arriba cuantas traian en la aljaba, con ánimo tan sobervio, y corazon tan protervo, que habiéndoseles acabado todas las que tenian, se arrancaban del cuerpo con desesperacion las saetas que los indios del servicio les tiraban desde abajo, y armándolas en los arcos, con los pedazos de carne asidos en los harpones, las volvian á disparar contra sus dueños, hasta que indignados los españoles al ver barbaridad tan te-

meraria, los derribaron muertos á balazos, y empalándolos despues, los dejaron puestos en la loma, para escarmiento, y terror de los demas.

CAPITULO XI.

PROSIGUE LOSADA SU RECONOCIMIENTO: llega al sitio de Salamanca: atraviesa la provincia de los Mariches, y da la vuelta á la ciudad.

DESPUES de haber estado Losada ocho dias en la loma de los Caballos, levantó su campo con ánimo de reconocer toda la provincia de los Teques, y habiendo caminado todo el dia, llegó á hacer noche á otra loma alta, y limpia de montaña, poblada de diferentes caserias, que halló desamparadas de sus dueños, de una de las cuales era natural aquel indio Guayauta, que (como referimos en el capítulo cuarto de este libro) aprisionaron los españoles en la refriega en que murió Diego de Paredes, quien habiendo estado en compañia de Losada mas de un año, con licencia suya habia dado vuelta á sus paises, llevando tan arraigado al corazon el odio contra los nuestros, que sin haber sido poderosa la comunicacion, con los agasajos, y buen trato que habia experimentado en ellos, para apagar el incendio de su vengativo pecho, luego que tuvo la noticia de que Losada se encaminaba á su pueblo, valiéndose de ardides militares, que como ladron de casa habia observado en los nuestros, sabiendo que lo primero habia de buscar el agua, retiró todos los indios al secreto de una embos-

cada, que dispuso en las márjenes de un arroyo, que corria por la falda de una loma; y como nuestra jente con el cansancio, y calor habia llegado sedienta, Alonso Quintano, Pedro Serrato, y Diego Mendez, que iban de los delanteros, sin esperar á los otros, llevados de la fatiga que padecian con la sed, ocurrieron al arroyo, descuidados del mal que les esperaba, y experimentaron luego, pues atravesados, Serrato con una flecha por los pechos, y Mendez por las entrañas con otra, cayeron muertos, rabiando con la fuerza del veneno; Alonso Quintano viéndose en aquel peligro, aconsejado de la necesidad en que se hallaba hincó la rodilla en tierra, y encojiendo el cuerpo cuanto pudo, se abroqueló de una rodela que llevaba, ofreciéndola por blanco á aquel diluvio de flechas, que disparaban sobre él hasta que llegando los demas á socorrerlo, se retiraron los indios dejando libre el arroyo.

Sentidísimo quedó Losada con la desgracia sucedida en la muerte de sus soldados, y para tomar alguna satisfaccion de su venganza, mandó aquella misma noche á Jerónimo de Tobar, que con cuarenta hombres se emboscase en la encrucijada que formaban dos caminos que bajaban de la loma, disponiendo la jente con tal arte, que cojiendo la frente de todas cuatro veredas, ocupase el paso de cualquiera de ellos por donde los indios intentasen hacer su acometimiento: ejecutó Tobar su dilijencia, y al romper el alva al dia siguiente se empezaron á descubrir como quinientos Gandules, que bajaban por uno de los caminos que venian á parar en la emboscada; de que gozosos los nuestros (ocultándose cuanto les fué posible para no ser descubiertos) los

dejaron empeñar para asegurarlos bien; y viendo que hasta cincuenta de ellos estaban ya metidos en parte que no podian escapar, dando Tobar la señal de acometer, los salieron embistiendo con resolucion tan repentina, que solo libró la vida por su mucha lijereza, un cacique llamado Popuere, llevando para memoria del suceso partido un hombro de una cuchillada que le dió Miguel de Santacruz, quedando los cuarenta y nueve hechos pedazos, para asombro de los otros, que absortos con el fatal destrozo de los compañeros, aunque al principio intentaron defenderse con osadia, despues se retiraron con temor.

Satisfecho Losada con esta demostracion para el castigo, no quiso detenerse mas en aquel sitio, por no perder el tiempo, de que necesitaba para proseguir el reconocimiento que tenia entre manos; y asi atravesando el paraje, á quien Juan Rodriguez puso por nombre Salamanca, y el valle de los Locos, salió á unos pueblos, que llamó los Estaqueros, (por las muchas estacas, y puas envenenadas de que estaban sembrados los caminos) y aunque todos los halló desamparados, habia sido tan atropellado, y reciente el retiro de sus vecinos, que sin tener lugar para poner en cobro lo corto de sus alhajas, habian dejado las casas al arbitrio de los huespedes; y como en una de ellas entrasen ocho de los nuestros al pillaje, y encontrasen una olla, que llena de batatas, y pedazos de carne estaba puesta al fuego, por no malograr la conveniencia del banquete que hallaban prevenido, se sentaron con gran brio á satisfacer sus buenas ganas, saboreándose en la olla, como pudieran en el manjar mas bien guisado, hasta que metiendo uno

la mano sacó unos dedos con uñas, y un pellejo con una oreja pendiente, y conociendo por las señas que era lo que habian comido carne humana, fué tal el asco y horror que concibieron, que con mil ancias, y trasudores volvian á lanzar con fatiga, lo que habian gustado con ganas.

Llevaba Losada entre sus soldados uno, llamado Francisco Guerrero, natural de Baeza, en la Andalucia, de mas de sesenta años de edad, hombre célebre en los acaecimientos raros de su varia fortuna: habia estado cautivo en Constantinopla veinte y tres años, donde oprimido con los trabajos de su esclavitud, pensando hallar remedio á su desdicha, renegó de la fe, y despues arrepentido, buscando alivio á los desconsuelos con que lo martirizaba la conciencia, en compañia de otros cristianos en las playas de Calcedonia se levantó con una galeota de turcos, y valiéndose de la perfeccion con que hablaba la lengua Arabiga, y finjiendo iba de viaje á Navarino, pasó sin ser conocido por los Dardanelos, saliendo á navegar al Archipiélago, y encaminando su derrota á Italia, se reconcilió en Roma con la iglesia, llorando arrepentido su pecado: habíase hallado en la expugnacion de Rodas, y en el formidable sitio de Viena, ganando sueldo en los ejércitos del turco Soliman, como soldado suyo, hombre tan afortunado, que siendo asi que jamas usó de arma defensiva, ni de mas prevencion para el resguardo de su persona, que un sayo de raja viejo, habiendo asistido en diferentes batallas, y reencuentros en el Asia, en la Europa, y en la América, nunca fué herido, sino fué en una ocasion, que andando en estas conquistas le hizo vestir Diego de Montes por fuerza un

savo de armas, y ese dia le dieron un flechazo en una pierna, de que quedó valdado para siempre.

Este Francisco Guerrero, habiendo Losada dejado el pais de los Estaqueros para entrar en la provincia de los Mariches, al pasar por el pueblo del Cacique Tapiaracay, que estaba como los demas despoblado, viendo en una casa algunas gallinas, (sin que lo echasen menos los compañeros) con ánimo de cojerlas, acompañado solamente de un indio Ladino que le servia, se quedó en ella rancheado muy de espacio, pasando los demas sin detenerse al valle de Noroguto.

Los indios que retirados en el monte estaban á la mira, advirtiendo que aquel español quedaba solo en el pueblo, tuvieron luego la presa por segura, y para lograrla sin recelo, salieron mas de doscientos, con ánimo determinado de aprisionarlo vivo; el Francisco Guerrero llevaba una escopeta, y un fino pistolete, y sin perder el ánimo empezó á retirarse, haciendo cara á los indios con las dos armas de fuego, disparando la una, mientras el indio le cargaba la otra, y de esta suerte, sin dejar que los bárbaros se le pusiesen cerca, habiendo muerto á cinco de ellos, tuvo lugar para ponerse en salvo, llegando aquella noche á Noroguto, con admiracion de todos los soldados, que habiendo conocido que faltaba en el alojamiento, lo juzgaban muerto; y saliendo Losada de este valle sin que le sucediese otro accidente, atravesando la provincia de la nacion de Mariche, dió la vuelta á la ciudad, despues de treinta y dos dias gastados en la jornada.

CAPITULO XII.

DETERMINA LOSADA PRENDER A GUAIcaipuro: envia á Francisco Infante para que lo ejecute: retirase el bárbaro, y pierde la vida peleando.

Bien desconsolado se hallaba Losada despues que dió la vuelta á la ciudad, por haber reconocido (segun la dureza, y rebeldia que experimentó en los indios en la entrada que habia hecho) cuan en los principios se hallaba su conquista, despues de año y medio que habia trabajado en ella, sin que en los espacios de su consideracion se le ofreciesen medios de que poderse valer para conseguirla, pues si intentaba los de la amistad, solicitando paz con los caciques, le habian enseñado los accidentes pretéritos, que no tenia mas consistencia su firmeza, que la que trae consigo la variedad de una naturaleza inconstante; y si proseguia los de la guerra, hallaba por experiencia ser tan impracticables sus operaciones, que hacian muy dilatados, y contingentes sus fines, pues ayudándose los indios, de las fragosidades del pais, era imposible reducirlos á sujecion, por la facilidad con que huyendo el cuerpo á los encuentros, se retiraban á los montes cautelosos, cuando en sus pueblos los buscan los nuestros prevenidos, haciendo solo cara en la ocasion que conocian poder lograrla con ventaja.

Era la única causa de su obstinacion el Cacique Guaicaipuro: gloriábase este bárbaro de haber sido bastante su valor para lanzar de la provincia á Francisco

Fajardo obligándolo á despoblar las dos ciudades que tenia en ellas fundadas: contaba entre sus triunfos por mas célebre el teson con que mantuvo la guerra, resistiendo un capitan de tanto nombre como Juan Rodriguez Suarez, hasta hacerle perdér la vida en la demanda: jactábase soberbio de la rota que dió á Luis de Narvaez, y el lamentable extrago que ejecutó en su jente cuando en la loma de Terepaima quedó toda por despojo del filo de su macana; y aunque con Losada le habia corrido adversa la fortuna, esperaba en los acasos del tiempo, que le ofreciese su melena la ocasion para quedar victorioso; y como el continuado curso de sus hazañas habia elevado á este cacique á aquel grado de estimacion tan superior, que á su arbitrio se movian obedientes todas las naciones vecinas, teníales encargada la perseverancia en la defensa, ofreciéndoles su amparo para mantener la libertad contra el dominio español, asegurándoles no faltaria coyuntura en que pudiese su esfuerzo (como lo habia hecho otras veces) acreditarse de invencible.

No ignoraba Losada estos designios, y considerando que en tanto que viviese Guaicaipuro tenia mil dificultades la conquista, se determinó á quitar de por medio este embarazo, procurando (aunque lo aventurase todo) haberlo á las manos muerto, ó vivo; pero para justificar mejor su accion, procedió contra él por via jurídica, haciéndole proceso de todos sus delitos, muertes, y rebeldias, (si se puede dar tal nombre á los efectos de una natural defensa) y despachando mandamiento de prision, encomendó la dilijencia á Francisco Infante, (que por reeleccion del cabildo proseguia en es-

te año siendo Alcalde) quien con guias fieles, y seguras, que lo condujesen al paraje en que se ocultaba Guaicaipuro, salió de la ciudad con ochenta hombres una tarde al ponerse el sol, y caminando hasta la media noche, por haber cinco leguas de distancia, llegó á ocupar el alto de una sierra, á cuya falda estaba el pueblo que buscaba, y servia de retiro á Guaicaipuro, en la cual, pareciéndole preciso asegurar la retirada para cualquier accidente, se quedó Francisco Infante con veinte y cinco hombres de reserva, entregando los demas á Sancho del Villar, soldado experimentado, y de valor, para que bajase al pueblo á ejecutar la prision antes que fuesen sentidos.

Era grande la fama que corria de las muchas riquezas que ocultaba Guaicaipuro, y, ó fuese por el ansia de no ser los postreros al pillaje, ó porque siendo lance de tanto empeño en el que estaban deseaba cada uno manifestar las veras de su aliento, empezaron á bajar con tal porfia que procuraba cada cual ser el primero; pero adelantándose Hernaudo de la Cerda, Francisco Sanchez de Córdova, Melchor Gallegos, Bartolomé Rodriguez, y Juan de Gamez, conducidos de las guias llegaron á la puerta de la casa donde estaba Guaicaipuro; mas oyendo dentro ruido, y alboroto, señal de que eran sentidos, sin atreverse á entrar, esperaron á que llegasen los demas, y juntos, por asegurar la presa, unos cercaron la casa, y otros acometieron á ocuparla; pero Guaicaipuro con aquella ferocidad de ánimo que siempre tuvo para menospreciar los peligros, jugando un estoque de siete cuartas, que habia sido de Juan Rodriguez, y ayudado de veinte y dos flecheros, que tenia consigo, de-

fendió la entrada de tal suerte, que cuantos intentaron emprenderla volvieron para atras muy mal heridos.

Ya á este tiempo, á las voces, y rumor de la pelea alborotado todo el pueblo, ocurrian los indios á socorrer á su cacique, menospreciando las vidas, pues esgrimiendo sus macanas se entraban por las espadas, donde los mas perecian: todo era lamentos, bramidos, y confusion; esta orijinada de las tinieblas, y horrores de la noche; y aquellos causados de las mujeres que huian y los hombres que peleaban, hasta que cansados los nuestros de ver la defensa de aquel bárbaro, echaron una bomba de fuego sobre la casa, con que se empezó á abrasar por todas partes; y viendo Guaicaipuro, que de mantenerse dentro era preciso perecer entre las voracidades del incendio, tuvo por mejor morir entre sus enemigos; y llegándose á la puerta con el estoque en las manos, embistió con Juan de Gamez, á quien atravesó un brazo, sacándole el estoque por el hombro; y echando llamas de enojo aquel corazon altivo, dijo: ah españoles cobardes! porque os falta el valor para rendirme os valeis del fuego para vencerme: yo soy Guaicaipuro á quien buscais, y quien nunca tuvo miedo á vuestra nacion sobervia; pero pues ya la fortuna me ha puesto en lance en que no me aprovecha el esfuerzo para defenderme, aquí me teneis, matadme, para que con mi muerte os veais libres del temor, que siempre os ha causado Guaicaipuro; y saliendo para afuera, tirando con el estoque á todas partes, se arrojó desesperado en medio de las espadas que manejaban los nuestros, donde perdió la vida temerario, con repetidas estocadas que le dieron, acompañándole en la misma in-

felicidad de su fortuna los veinte y dos Gandules que le habian asistido á su defensa.

Este fué el paradero del Cacique Guaicaipuro, á quien la dicha de sus continuadas victorias subió á la cumbre de sus mayores aplausos para desampararlo al mejor tiempo, pues le previno el fin de una muerte lastimosa, cuando pensaba tener á su disposicion la rueda de su fortuna: bárbaro verdaderamente de espíritu guerrero, y en quien concurrieron á porfia las calidades de un capitan famoso, tan afortunado en sus acciones, que parece tenia á su arbitrio la felicidad de los sucesos: su nombre fué siempre tan formidable á sus contrarios, que aun despues de muerto parecia infundia temores su presencia, pues poseidos los nuestros de una sombra repentina, al ver su elado cadaver, (con haber conseguido la victoria) se pusieron en desórden, retirándose atropellados, hasta llegar á incorporarse con Francisco Infante en lo alto de la loma, de donde recobrados del susto, dieron la vuelta á la ciudad.

CAPITULO XIIII.

INTENTAN LOS MARICHES, CON EL PRETEXTO de una paz finjida, asaltar la ciudad de Santiago: descúbrese su traycion y mueren empalados los cómplices del delito.

PASADOS algunos dias despues de la muerte del Cacique Guaicaipuro, sin que en todos ellos, ni de paz, ni de guerra se hubiese dejado ver algun indio en la ciu-

dad, entrado ya el año de sesenta y nueve (a) sabiendo los Mariches que Losada habia hecho el repartimiento de los pueblos, señalando á cada parcialidad su encomendero, á quien acudiesen con los servicios, y demoras, pareciólES buena ocasion para dar algun desahogo á su venganza, valiéndose del pretexto de dar la obediencia, y reconocer vasallaje á sus nuevos dueños, y con este motivo poder con mas conveniencia, y disimulo lograr su intento depravado á la sombra de una sumision afectada, y á vueltas de una paz finjida; para lo cual, juntándose hasta quinientos Gandules, los mas esforzados de su nacion, se vinieron á la ciudad separados en cuadrillas, (por no hacerse sospechosos) y entrándose por las casas con aquellos rendimientos que usa un ánimo alevoso, para paliar su traycion manifestaron á los españoles el deseo que tenian de verse libres de las hostilidades de la guerra, y gozar los beneficios de la paz, que tanto amaban: motivo que obligaba á cada uno á solicitar el conocer la persona á quien habia de servir, para empezar desde luego á tratarla como á dueño.

Era el ánimo de aquellos bárbaros (segun constó del proceso que se fulminó contra ellos) asegurar á los nuestros con la familiaridad de su asistencia, y en viéndolos descuidados, procurar esconderles una noche las armas, y frenos de los caballos, para que cojiéndolos desprevenidos, no hallasen resistencia en el acometimiento que habian de intentar; pero, ó fuese por que estando la determinacion entre muchos no pudo durar oculta, ó porque en realidad nunca tuvo esta conjura

(a) Año de 1569.

mas fundamento, que el que le dió la sospecha, ayudada de los recelos que causaba en los vecinos el ver tanta jente junta, empezó á correr la voz del riesgo que amenazaba; y como en semejantes ocasiones aun las conjeturas imajinadas pasan plaza de evidencias innegables, cojió tal cuerpo la noticia, que en las acciones mas casuales de los indios hallaban circunstancias para confirmarla por muy cierta; y deseando atajar el daño antes que llegase á efecto lo que temian, ocurrieron á Losada para que aplicase el remedio, castigando la traycion, que juzgaban evidente; mas Losada que no ignoraba la emulacion que padecian sus acciones entre algunos de los suyos, conociendo la poca justificacion que tenia la materia, pues solo se fundaba en las débiles apariencias que habia formado el temor, gobernándose con aquella prudencia, nacida de su experiencia, no quiso meterse en ella, y huyendo por todos lados el cuerpo á la censura, dió comision á los Alcaldes ordinarios, para que procediesen á la averiguacion por via jurídica.

Éranlo en aquel año D. Pedro Ponce de Leon, y Martin Fernandez de Antequera, y examinados testigos tomadas las declaraciones, y ajustada la sumaria (con verdad, ó sin ella, porque esto quedó siempre en opiniones) resultó justificarse el delito, y pasar á poner en prision veinte y tres caciques, y capitanes, que parecieron ser los mas culpados, los cuales, sin mas términos, defensas, ni descargos, fueron condenados luego á muerte, cuya ejecucion corrió tan por cuenta de la crueldad, que parece que en este caso se olvidaron nuestros españoles de las obligaciones de católicos, y de los sentimientos de humanos, pues faltando á los respetos de la

piedad, entregaron aquellos miserables á los indios amigos, y del servicio, para que les quitasen las vidas á su arbitrio; y ellos, como bárbaros vengativos, y crueles, intentaron un jénero de muerte tan atroz, que solo pudiera su brutalidad haberla discurrido, pues metiéndoles por las partes inferiores maderos gruesos, con puntas muy agudas, partiéndoles los intestinos, y atravesándoles las entrañas, se los sacaban por el cerebro: martirio que sin mostrar flaqueza alguna en el ánimo, sufrieron con gran valor, y tolerancia, clamando al cielo volviese por la inocencia de su causa, pues no habia dado motivo la sinceridad de su proceder para pasar por el tormento de suplicio tan horrible.

Sucedió en esta ocasion un caso, digno por cierto de que gravándose en mármoles se eternizase su memoria en los archivos del tiempo, para norma de la lealtad, y ejemplo de lo que puede el amor en el pecho de un vasallo: era uno de los veinte y tres destinados á la muerte un Cacique, llamado Chicuramay, y sabiendo Cuaricurian, un indio vasallo suyo, que lo llevaban ya al patíbulo, con intrepidez bizarra, y resolucion mas que magnánima, quiso hacer demostracion de los límites hasta donde puede llegar la fuerza de la fineza, pues saliéndoles al encuentro á los verdugos, les dijo: deteneos, y no por yerro vuestro quiteis la vida á un inocente; á vosotros os han mandado matar á Chicuramay y como no teneis conocimiento de las personas, engañados habeis aprisionado á quien no tiene culpa alguna, ni se llama de esa suerte: yo soy Chicuramay, quien cometió el delito que decis, y pues á voces lo confieso, dadme á mi la muerte que merezco, y poned en liber-

tad á quien no ha dado motivo para que en él se ejecute; y de esta suerte sacrificando su vida por librar la de su príncipe, se ofreció gustoso al suplicio, poniéndose en manos de los que lo habian de ejecutar, que ignorantes del engaño, pensando que era verdad lo que decia, lo empalaron como á los otros; dejando libre á Chicuramay, para que con los demas indios de su nacion, que habian venido á la ciudad, huyendo de su desdicha, se retirase á las montañas, donde las consideraciones de su pena fuesen mas tolerables, teniendo por consuelo vivir en parte en que no oyesen, ni aun mentar el nombre de españoles, contra cuya opresion, ni armados hallaban defensa, ni rendidos encontraban alivio.

CAPITULO XIV.

REVOCA EL GOBERNADOR, POR QUEJAS de Francisco Infante, los poderes que tenia dados á Losada: desampara este la conquista de Caracas, y muere en el Tocuyo.

SIEMPRE ha sido reputado por muy dificil entre los políticos el arte de gobernar; y cuando no tuviéramos tantas experiencias que acreditasen por evidente esta verdad, nos ofrece nuestra historia un ejemplar en Diego de Losada para comprobacion de su certeza, pues aunque sus acciones, gobernadas con las reglas de su natural prudencia, jamas excedieron los límites de una moderacion justificada, no pudieron ser tan agradables

á todos, que se librasen de la emulacion de algunos principalmente de la de Francisco Infante, con quien desde los principios de la conquista empezó á tener algunos desabrimientos, que empezando por quejas particulares, y secretas, interviniendo despues chismes, y cuentos, se fueron aumentando de suerte, que llegaron á parar en sentimientos declarados; y como en el repartimiento de las encomiendas cada cual de los conquistadores esperase la mas pingüe, por parecerle que sus méritos eran acreedores de justicia á la mejor conveniencia, no pudo ser el tanteo, y regulacion que hizo Losada tan á satisfaccion de todos, que no quedasen muchos quejosos, sintiéndose agraviados en la graduacion del premio: sinsabor, que hallando apoyo en el fomento de Francisco Infante, cobró tal cuerpo, que prorumpiendo en públicas demostraciones de sentimiento, divididos los vecinos en parcialidades, se convirtió la ciudad en enemistades, y discordias.

Bien conocia Francisco Infante que su séquito no podia prevalecer mientras Losada se hallase con el caracter de superior, pues el quererle hacer oposicion declarada era exponerse él, y los suyos á la contingencia de padecer la vejacion de un continuado desaire; y asi para quitar este embarazo, consultada la materia con los amigos de su mayor confianza, tomó una resolucion bien temeraria, pues determinado á capitular ante el Gobernador las operaciones de Losada, sin reparar en los incovenientes, y riesgos tan manifiestos de haber de atravesar la loma de Terepaima, poblada de tanto bárbaro, acompañado solo del Cura Baltasar Garcia, Domingo Jiral y Francisco Roman Coscorrillo, soldados

de resolucion, y de valor, al anochecer de cierto dia salió de la ciudad, y caminando con el secreto posible para no ser sentido de los indios, llegó á entrar por la montaña, que llaman las Lagunillas, donde con la obscuridad de la noche, aumentada de las tinieblas que formaban las sombras de los árboles, perdiendo el tino en la senda que seguian se halló metido en un laberinto, cercado de confusiones, sin poder acertar con el camino por cuantas partes buscaban; y viéndose aflijido, por el peligro evidente de su vida, si llegaba á amanecer antes de pasar la loma, pidió favor á los cielos, encomendándose á la Virjen Santísima, (de quien se confesaba devoto) á tiempo, que, ó socorrido del milagro, ó ayudado de la casualidad, se le puso por delante, como á distancia de quince pasos, una ave de la hechura, y similitud de un pato grande, que esparciendo de sí una luz resplandeciente como una hacha, le manifestó la vereda que ignoraba guiándolo hasta sacarlo fuera del riesgo de la montaña.

Prodijio, que no obstante hallarse acreditado con la antigua tradicion de este suceso, y comprobado con la relacion que daban los indios de haber en aquel sitio una especie de pájaros nocturnos, á quien adornó naturaleza con la propiedad de despedir de sí rayos de luces, como quiera que siendo el dia de hoy aquel paraje camino tan trajinado y pasajero, no ha habido en estos tiempos persona alguna que los haya visto: cumplo con la obligacion de historiador en referirlo, dejando libre el juicio del lector para el asenso, aunque á mi no me hace dificultad alguna el creerlo, pues vemos la misma propiedad en las lucernas, ó cucuyes, (como llamamos en las

Indias) y habrá veinte años ví en esta ciudad un madero, que con una creciente arrojó el rio Guaire á sus orillas, que de noche, ó puesto de dia en parte obscura, como si estubiera ardiendo en llamas, despedia de sí los resplandores; y poniendo la providencia esta virtud en lo vejetable, por qué no la podrá haber puesto en lo sencitivo?

Hallándose Francisco Infante, y sus compañeros fuera de la montaña, y libres de la congoja que les causaba su detencion, se dieron tanta priesa á caminar, huyendo del peligro que les amenazaba en la tardanza, que al empezar á rayar las primeras luces del dia se hallaron en las orillas del rio Tuy, donde siendo sentidos de los indios Arbacos, bajaron en su alcance de la loma hasta sesenta Gandules, pareciendoles, que siendo cuatro los españoles, podrian con facilidad cojerlos vivos; pero Infante, por no mostrar asomos de flaqueza en ocasion tan urjente, volviendo el rostro al escuadron, él, y Francisco Roman pararon los caballos, aguardando á que llegasen cerca para poder embestirles; Domingo Jiral, queriendo hallarse mas desahogado, y dueño de sus acciones, se desmontó del suyo para pelear á pie sin embarazo, y en esta disposicion, cuando les pareció tiempo oportuno rompieron por los Arbacos, ayudándose los tres unos á otros, con tal destreza, y prontitud, que en breve rato, dejando muertos diez y siete, hicieron retirar á los demas por los cañaverales de los márjenes del rio; y aunque Domingo Jiral, como se hallaba á pie, quiso seguirlos, desistió de su intento al primer paso, asi por haber dado en un atolladero donde por salir dejó los alpargates, como porque llamado de los compañeros le

fué preciso ocurrir á socorrerlos, pues se hallaban atajados de otra porcion de bárbaros, que les acometian por las espaldas.

Conociendo entónces Francisco Infante, por las demostraciones de un Gandul que sobresalia entre todos, adornada la cabeza de una corona de plumas, que era el que los acaudillaba, puso toda su dilijencia en buscar ocasion para matarlo, por considerar que en aquel lance era el único medio para salvar las vidas: discurso que le salió bien acertado, pues habiendo tenido fortuna de encontrarlo, y darle con la lanza por los pechos, apenas cayó muerto en el suelo cuando formando los indios una confusa voceria cargaron con el cuerpo, y se pusieron en huida, dejando el campo libre á nuestros caminantes, para que pudiesen salir á las sabanas de Guaracarima, de donde sin embarazo pasaron á Barquisimeto á dar sus quejas al Gobernador D. Pedro Ponce, y como estas las dictaba la pasion, y enemistad concebida en Francisco Infante contra Losada, subieron tan de punto las calumnias, que las acciones mas prudentes y justificadas pasaron plaza de delitos muy enormes, que ponderados con eficacia de Francisco Infante, y apoyados con desafecto del Cura Baltasar Garcia, obligaron al Gobernador á tomar una resolucion tan intempestiva, y arrojada, que puso las cosas de Carácas en continjencia de perderse, pues sin mas motivo que dar crédito á una relacion apasionada, revocó los poderes que tenia dados á Losada, y privándolo del puesto de su Lugar-teniente, despachó nuevo título, para que gobernase en su lugar, y prosiguiese la conquista, á su hijo D. Francisco Ponce, que se hallaba en la ciudad de

Santiago.

Muy de susto cojió á Losada semejante novedad, porque jamas se persuadió á que la continuacion de sus servicios, ni la claridad de su ilustre sangre habian de ser tan poco atendidas del Gobernador, que permitiese llegase á efecto la intencion con que sus émulos tiraban á lastimarle en lo sensible del crédito, y vivo del pundonor; pero experimentando el golpe de su adversa fortuna cuando menos lo esperaba, dando cuantas ensanchas pudo al sufrimiento, obedeció el despacho, y entregado el baston á D. Francisco Ponce, salió de la provincia de Carácas acompañado de todos los mas conquistadores de su séquito, que por no militar debajo de otra mano, ni aprobar con su consetimiento el agravio hecho á su Jeneral, desampararon la conquista, retirándose á vivir á las demas ciudades de la Gobernacion: accidente, que dejó tan debilitadas las fuerzas de las dos nuevas ciudades de Santiago, y Caravalleda, que estuvieron á punto de despoblarse, como hubiera sucedido á no introducirles el socorro, que referiremos despues.

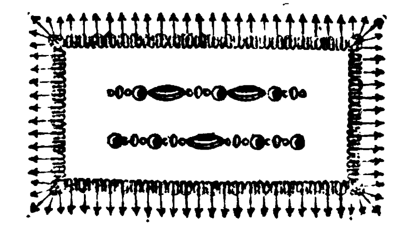
No quiso Losada por entónces verse con el Gobernador, por no ponerse en continjencia de que el ardimiento de su justa queja propasase los términos del respeto, que se debe á un superior; y asi, sin entrar en Barquisimeto pasó de largo á su antigua asistencia del Tocuyo, donde pensaba, retirado, templar el sinsabor de su disgusto; pero como á la lima sorda de un sentimiento no hay corazon, por grande que sea, que no desfallezca, pudo tanto la consideracion de su desaire, sobre la mala correspondencia de sus muchos servicios, que postradas las fuerzas del ánimo, consumido de melancolias, y

tristezas, perdió en breve tiempo la vida, con jeneral desconsuelo hasta de sus enemigos, pues jamás pudo la ciega emulacion de sus contrarios negar aquel conjunto de prendas que lo hicieron siempre amable.

Fué natural del reino de Galicia, caballero muy ilustre, hijo segundo del Señor de Rionegro, de gallarda disposicion, y amable trato, muy reportado, y medido en sus acciones, de una conversacion muy agradable, y naturalmente cortesano: propiedades, que le granjearon siempre la dicha de bien quisto. Cuando pasó á la América dió las primeras muestras de su valor en las conquistas de Pária, y Maracapana, donde fué Maestre de campo del Gobernador Antonio Gedeño; y muerto este á las violencias de un veneno en aquella jornada que emprendió para el descubrimiento del rio Meta, por eleccion de todos los soldados del ejército fué nombrado en compañia de Pedro de Reinoso, hijo del Señor de Antillo, para que los gobernase, fiando de su prudencia los aciertos de que necesitaban en empeño de aquel porte; y vuelto despues á Maracapana pasó á esta provincia, donde tuvo la estimacion, que merecieron sus señalados servicios, pues no hubo funcion en su tiempo á que no asistiese, manifestando en todas su singular talento; con Alonso Perez de Tolosa entró por Maestre de campo al descubrimiento de las sierras Nevadas, y lomas del viento; contra la rebelion del negro Miguel fué nombrado por Jeneral de los cabildos, y se debió á su valor la rota de su ejército, y muerte de aquel tirano; en la conquista de Carácas, y poblacion de sus ciudades, no se si debió mas á su fortuna, ó á su infelicidad, pues si aquella le dió la gloria de

conseguir lo que no pudieron otros capitanes de gran nombre, esta le dispuso de sus mismos triunfos la emulacion, que dió motivo á su muerte, con la violenta resolucion de un superior imprudente.

Cuasi al mismo tiempo que falleció Losada en el Tocuyo murió tambien en Barquisimeto el Gobernador D. Pedro Ponce de Leon de una disenteria, dejando el gobierno á los Alcalades ordinarios, á cada uno en su distrito, en el interin que la Audiencia de Santo Domingo daba otra disposicion mas conveniente.





LIBRO SEXTO.

DE LA CONQUISTA, Y POBLACION DE LA PROVINCIA DE VENEZUELA.

CAPITULO PRIMERO.

CAPITULA D. PEDRO DE SILVA LA conquista del Dorado: llega con su armada al puerto de la Borburata, y intenta su descubrimiento por los Llanos.

PARA intelijencia, y claridad de los sucesos que se siguen al hilo de nuestra historia es necesario advertir, que el año de quinientos y sesenta y seis, habiendo salido de las Chachapoyas en el reino del Perú el Capitan Martin de Proveda con alguna jente armada al descubrimiento de nuevas conquistas, pasada la cordillera de los Andes, y entrado en el piélago inmenso de los llanos, llevando su derrota siempre al norte, fueron tantos los infortunios, y contratiempos que padeció de

hambres, enfermedades, y trabajos, que muerta la mayor parte de sus soldados, por no perecer en aquellos desiertos intratables, mudando el rumbo al poniente para buscar las serranias, vino á salir por S. Juan de los llanos á la ciudad de Santafe, sin mas fruto de su jornada, que haber adquirido noticias de algunos indios que encontró, de que caminando mas al norte por el mismo viaje que llevaba, hallaria provincias muy pobladas, y tan ricas, que todo el homenaje de las casas era labrado de oro, con otras mil grandezas, y mentiras, que aquellos salvajes de los llanos, por echarlos cuanto antes de sus tierras, les supieron finjir para engañarlos.

Llegado Proveda á Santafe, y esparcidas por él, y sus soldados las voces de estas provincias, con aquellas circunstancias que suele la ponderacion en tales casos, fué tal el movimiento que causaron, teniendo todos por fijo haber llegado la hora de descubrirse el Dorado, que desde luego ambicioso de mas fama de la que habia adquirido en los descubrimientos del nuevo Reino el Adelantado D. Gonzalo Jimenez de Quesada, capituló con la Audiencia de Santafe la conquista, y poblacion de tierras tan opulentas como exajeraban todos, cuya empresa, y los imponderables trabajos que en ella padeció el Adelantado (sin otro fruto, que quedar destruido) dejamos de referir, por no ser materia perteneciente al asunto de esta historia.

Era uno de los soldados que acompañaron á Proveda en este descubrimiento D. Pedro Malaver de Silva, Caballero estremeño, natural de Jerez, y casado en Chachapoyas, hombre rico de caudal, de corazon altivo y espíritus elevados; y pareciéndole (con las noticias

adquiridas en los llanos) que tenia ya en posesion aquellas grandes riquezas, que para ruina de la nacion española finjió la desventura con este apetecido nombre del Dorado; con deseo de eternizar su fama se determinó el año de quinientos y sesenta y ocho á pasar á Castilla, y solicitar del Rey, le hiciese merced de esta conquista á que le inclinó su maligna estrella, para que perdiendo la vida en manos de su infelicidad, dejase ejemplo en sus desdichas de lo poco que aprovecha el valor á un corazon por grande que sea, cuando lo han cojido por su cuenta las desgracias.

Puesto D. Pedro en la corte, patrocinado del favor de D. Diego de Córdova consiguió con facilidad su pretencion, dándole el Rey en adelantamiento la conquista de los Omeguas, Omaguas, y Quinaco, en distancia de trescientas leguas, con nombre de la nueva Estremadura; el Gobierno por dos vidas de todo lo que poblase, veinte y cinco leguas en cuadro, con los indios que comprehendiesen dentro, en la parte que escojiese de su Gobierno: la vara de Alguacil mayor de la Chancilleria (si en algun tiempo se fundase) perpetua en su casa; y otras muchas mercedes honoríficas, y de conveniencia, de que se le despacharon títulos en Aranjuez á quince de Mayo del mismo año de sesenta y ocho.

Y porque el mismo dia se habian dado despachos á D. Diego Fernandez de Cerpa para la conquista de la Guayana, y Guara con otras trescientas leguas de jurisdiccion, que habian de correr con nombre de la nueva Andalucia, por quitar las diferencias, y disturbios que podian orijinarse entre estos dos Jenerales sobre los términos de sus Gobernaciones, hizo declaracion el Con-

sejo, para que las trescientas leguas concedidas á Don Diego de Cerpa empezasen desde la boca de los Dragos, subiendo por el rio Orinoco para el sur, y donde estas acabasen tuviesen su principio las de Don Pedro de Silva.

Compuesta de esta suerte la diferencia que pudiera moverse entre los dos, trataron de hacer levas, y levantar jente para sus descubrimientos, Cerpa en Castilla, y Don Pedro de Silva en la Estremadura, y en la Mancha, con tan buen suceso, que dentro de pocos dias se halló Don Pedro con seiscientos hombres escojidos, muchos de jente noble y principal, y entre ellos dos hermanos, naturales de Alcántara, el uno llamado Alonso Brabo Hidalgo, que habia sido criado del Príncipe Rui-gomez, á quien hizo D. Pedro su Maestre de campo; y el otro Diego Brabo Hidalgo, hombres ricos, y acomodados, que viendo á D. Pedro falto de medios para los precisos gastos de su avio, le prestaron mil ducados, á pagar en mejor fortuna, con los cuales, y otras cantidades que recojió entre los soldados, pudo disponer lo necesario para el mejor expediente de su apresto.

Prevenidos, y ya de partida, se hallaban en Sevilla los dos Jenerales cuando llegó á aquella ciudad la primera noticia del levantamiento de los Moriscos de Granada, y D. Pedro, sin esperar á la segunda recelando no le quitasen la jente para necesidad tan apretada, la hizo embarcar con brevedad, y con ella se bajó para S. Lucar: dilijencia, que por no haberla Cerpa prevenido se le siguió la molestia de que le embargasen la suya, obligándole á pasar á la corte, en que se retardó mas de tres meses, solicitando despacho para que se la

volviesen; y D. Pedro sin embarazo alguno en dos navios que tenia prevenidos en S. Lucar se dió á la vela el dia diez y nueve de Marzo de este año en que vamos de sesenta y nueve, y llegando con buen tiempo á la isla de Tenerife, se halló precisado á comprar otro navio en el puerto de Santacruz para desahogar su jente, por lo estrecha, y mal acomodada que venia en las dos embarcaciones, y poder con mas conveniencia proseguir su derrota, como lo ejecutó ya á mediado del mes de Abril surjiendo con felicidad por fines de Mayo en la isla Margarita, donde en uno de los dias que se detuvo juntó los capitanes y cabos principales de su armada á consejo de guerra á la sombra de unas ceibas, que estaban en la plaza, concurriendo tambien (llamados por Don Pedro) los vecinos mas autorizados de la isla; y habiendoles propuesto el fin á que se encaminaba su armamento y pedídoles, que como hombres prácticos, y experimentados le aconsejasen la parte por donde con mas conveniencia podria dar principio á su conquista, fueron todos de parecer lo hiciese por Maracapana, donde á la sazon habia un pueblezuelo de españoles, que le podria servir de abrigo para dejar en el sin riesgo las mujeres que traian consigo, y proveerse á poca costa de ganados, y bestias para la conduccion de su bagaje.

Era D. Pedro sobradamente tenaz en el dictámen que llegaba á concebir, (defecto que le costó la vida) y habiendo siempre hecho el ánimo á empezar su descubrimiento entrando por la Borburata, y llanos de esta provincia, no le agradó el consejo de los de la Margarita, y asi, poniendose en pie al oirlo, manifestando su displicencia en el semblante, dijo: vuesas mercedes

me aconsejan eso, no porque sea lo que me conviene, sino por lograr la ocasion de venderme sus ganados, y bastimentos; á que respondió uno de los vecinos, llamado Salas, hombre anciano de mas de setenta años: nosotros solo buscamos la comodidad de vuesas mercedes, que la nuestra no nos ha de venir de ahí, pues sin esa hemos sustentado nuestras familias honradamente desde que conquistamos estas tierras; y sino nos cree, el tiempo le hará experimentar esta verdad muy á su costa; y volviendo la cara á los capitanes de Don Pedro, que estaban allí presentes, echando mano de una venerable barba que tenia, les dijo: por estas canas que se han de perder todos vuesas mercedes si siguen el parecer de su Jeneral: y saliéndose de la junta todos los de la Margarita, dejaron solo á D. Pedro con su Maestre de campo, y capitanes, que empeñados á reducirlo, le empezaron á persuadir, tomase el consejo que le daban aquellos hombres cargados de experiencia en semejantes materias; y mas cuando se conocia ser fundado en razon, y conveniencia, pues dejando en Maracapana las mujeres, y los niños podrian sin estos embarazos empezar mas á gusto su conquista; pero estubo D. Pedro tan inflexible en la resolucion de hacer su entrada por la Borburata, que exasperado el Maestre de campo, le dijo: no se yo si estos señores capitanes, y soldados querran poner sus vidas, y personas en tan evidente risgo, solo por dar gusto á V. señoría; á que respondió D. Pedro colerico,, y alterado: si vuesa merced lo teme tanto, yo le doy licencia para que se quede y á todos los demas que no quisieren seguirme, que espíritus cobardes, mas embarazan, que acompañan.

Aceptada por el Maestre de campo la licencia, y por otros ciento y cincuenta soldados, que adivinando los fatales fines que prometia terquedad tan invencible se quedaron tambien en la Margarita, D. Pedro se hizo á la vela el dia siguiente, y con tiempo favorable llegó á la Borburata, de donde despachó los navios para España, pasando él con su jente á la Valencia, en cuyo breve tránsito de siete leguas conocieron todos, por las incomodidades presentes, las adversidades futuras; y tan descontentos de la jornada, como mal satisfechos de la áspera condicion de D. Pedro, empezaron á desunirse, tirando unos para Barquisimeto y el Tocuyo, y escondiéndose otros en las estancias de los vecinos de Valencia, principalmente los que se hallaban con carga de mujer y chusma de hijos, que con voluntad los admitian, y ocultaban los vecinos, movidos de compasion, al ver aquellas inocentes criaturas sacrificadas al cuchillo del hambre y necesidad.

El Maestre de campo Alonso Brabo, y su hermano Diego Brabo, que como dijimos se habian quededo en la Margarita, á los seis dias despues que salió de ella D. Pedro, acompañados de algunos de los soldados que los quisieron seguir, se embarcaron en un navio que iba para Cartajena, y tocando de camino en la Borburata, hallaron gran cantidad de ropa de Castilla, y botijas de vino, que habia dejado allí D. Pedro, con treinta soldados en su guarda, y por no perder ocasion tan oportuna, para hacerse pago de los mil ducados que le prestaron en España cojieron las botijas de vino, que les pareció serian bastantes para la satisfaccion del importe ·a deuda, y llevándose tambien algunos de los sol-

dados que habian quedado de guarda, prosiguieron su viaje á Cartajena.

Los que permanecieron en el puerto avisaron luego á D. Pedro del extravio de su hacienda; quien sentido de la burla que le habia armado Alonso Brabo, bajó á la Borburata, y haciendo informacion jurídica del caso, sentenció á los dos hermanos á muerte en rebeldia, desahogando con esta demostracion mas que aparente los bochornos que habia encendido su cólera; y haciendo transportar á la Valencia las mercaderias que le habian quedado allí, trató de abreviar cuanto antes su partida, viendo que por momentos se le disminuia el número de su jente, pues habiendo sacado de España seiscientos hombres, se hallaba ya con ciento cuarenta solamente, con los cuales salió de la Valencia á dos de Julio del año de sesenta y nueve, entrándose por los llanos, donde lo buscarémos despues.

CAPITULO II.

ENTRA GARCI-GONZALEZ CON OCHENTA hombres de socorro á la ciudad de Santiago: vienen los Carives sobre Caravalleda, y hallando resistencia se retiran con pérdida.

HALLABANSE las dos ciudades de Santiago de Leon y Caravalleda recien fundadas en la provincia de Carácas cuando D. Pedro de Silva llegó á la Borburata con su armada en los últimos lances del peligro á que las habia expuesto la discordia orijinada entre sus vecinos,

pues como referimos en el libro antecedente, sentidos todos los de la parcialidad de Diego de Losada del agravio que le habia hecho el Gobernador en revocarle los poderes por las quejas de Francisco Infante, se salieron con él de la provincia, desamparando su conquista; y como estos eran los mas, fueron tan pocos los que quedaron en ella, que en continuado trabajo, sin dejar las armas de las manos, apenas se podian mantener dentro del recinto de sus poblaciones, por el teson con que los molestaban los indios; y teniendo noticia los Alcaldes ordinarios de las dos ciudades (á cuyo cargo estaba el gobierno de ellas por la muerte del Gobernador D. Pedro Ponce) de la mucha jente que de la armada de D. Pedro de Silva habia quedado esparcida por la Valencia y sus contornos, y que entre ella estaba el Capitan Garci-gonzalez de Silva, sobrino de Don Pedro, persona noble, de valor, y de mucha autoridad para con todos, que disgustado con el tio, por la aspereza de su natural insufrible, no habia querido seguirle, aunque venia por su Alferez, le escribieron con Juan Serrano, (á quien despacharon para esta dilijencia) representándole la necesidad extrema en que se hallaban, y el gran servicio que haria á Dios, y al Rey, si juntando la mas jente que pudiese de la que habia venido con su tio, entrase á socorrerlos, por estar ya en términos tan apretados, que les seria preciso abandonar lo conquistado, por no poder mantenerse.

Deseaba Garci-gonzalez que su suerte le ofreciese ocasion en que poder manifestar su bizarria, y hacer alarde de aquel espíritu invencible, que mantenia en el pecho; y como la fortuna le tenia destinada esta pro-

vincia para teatro en que representase las mayores hazañas su valor, desde luego se determinó á la empresa, tomando el socorro por su cuenta, fiado en el respeto y amor con que sabia por experiencia le miraban todos los que habian sido soldados de su tio: concepto en que no padeció engaño su confianza, pues publicada su intencion, se le ofrecieron á seguirle ochenta hombres, todos estremeños, y los mas hijos de la ciudad de Mérida, su patria, con los cuales marchó luego pára el valle de Mariara, donde le estaba esperando Gabriel de Avila, que de órden de los Alcaldes de la ciudad de Santiago habia salido con quince hombres de á caballo para venirle acompañando, y prosiguiendo juntos desde allí, sin novedad que dé materia á nuestra historia entraron en Carácas, donde los dejaremos por ahora.

En el intermedio de la salida de Gabriel de Avila á convoyar este socorro, recalaron sobre la costa de barlovento de Caravalleda catorce piraguas de indios Carives de la isla de Granada, que con su acostumbrada fiereza, hija de su misma barbaridad, venian destruyendo á sangre y fuego cuanto encontraban delante, saciando su bestial apetito con la carne de los miserables indios que pudieron aprisionar en los puertos: era su principal intencion dar asalto á la ciudad de Caravalleda, y aunque los pocos españoles de que se componia en aquel tiempo, por medio de algunos indios amigos, tuvieron noticia del mal que les amenazaba con la inmediacion de los Carives, no quisieron dar crédito al aviso, y solo se contentaron con poner aquella noche una centinela, algo apartada del pueblo, para que observase si habia alguna novedad en los contornos, en cuya prevencion

aunque tan leve consistió por entónces su remedio.

Habian los Carives echado en tierra aquella noche trecientos Gandules, para que al romper el alva diesen el asalto á la ciudad, al mismo tiempo que las piraguas hiciesen el acometimiento por el puerto, y viniendo marchando á ejecutar su intento los huvo de sentir la centinela, pero ya tan inmediatos, que sin tener otro remedio, valiéndose de las voces que le pudo permitir el susto, entró por la ciudad tocando al arma á tiempo que ya por todas partes resonaba el rumor de la guasabara, á cuyo estruendo los españoles, conociendo (aunque tarde) su descuido, echaron mano á las armas para hacer rostro al peligro, y aprovechándose de la confusion con que los bárbaros se divertian al pillage, y hacer prisionera alguna jente del servicio, tuvieron lugar para juntarse en escuadron hasta veinte hombres, que eran cuantos habia en la ciudad, y echando el resto al valor, embistieron con los Carives llevándose al filo de las espadas cuantas vidas encontraba su resolucion, á que ayudó con mas que varonil efuerzo una mujer, llamada Leonor de Cáceres, que renovando la memoria de Tomiris, y Cenovia, embrazando una rodela, y esgrimiendo una macana, que quitó de las manos á un Carive hacia en la comun defenza maravillas.

Diéronse por perdidos los indios á vista de oposicion tan temeraria, y reconociendo muertos ya sus mas valientes guerreros, empezaron á retirarse hácia la playa al abrigo de sus piraguas, á tiempo que entre la confusion de los que huian alcanzó Gaspar Tomas á conocer una Señora, mujer de Duarte de Acosta, que cautiva entre los brazos de un bárbaro, pedia favor á los cielos, y calando al pecho un arcabuz, sin mas punteria que la

que gobernó el acaso, disparó con tal fortuna, que partiéndole la cabeza al bárbaro, le hizo soltar con la vida la inocente presa que llevaba: era este indio uno de sus Caciques principales, y su muerte acabó de declarar por entero la victoria, pues acojiéndose con acelerada fuga á las piraguas, se hicieron á toda boga el mar á fuera, desquitando su brabeza en los miserables indios que habian aprisionado en la costa, pues matándolos para celebridad de sus festines, y borracheras, se los fueron comiendo por aquellas playas, con la brutalidad que acostumbra aquella nacion extolida, dando lugar en una de ellas la embriaguez con que se hallaban, para que se les pudiese escapar, y venirse á la ciudad (donde despues vivió avenciudado algunos años) un español, llamado Benito Calvo, que tenian cautivo habia siete años, habiendolo aprisionado en la isla Domíuica de una saetía de un Pedro Mendez, que habia bazado en sus costas.

CAPITULO III.

LLEGA DON DIEGO DE CERPA A LOS Cumanagotos: puebla la ciudad de los Caballeros: intenta dar principio á su conquista, y muere á manos de los indios con la mayor parte de su jente.

DEJAMOS á Don Diego Fernandez de Cerpa detenido en Madrid solicitando la restitucion de la jente que le habian embargado en Sevilla, para ocurrir al levantamiento de los Moriscos de Granada; y aunque á costa de tres meses de dilacion, que gastó en la solicitud de

este negocio, habiendo conseguido despacho para que se la volviesen, bajó á la Andalucia, y recojidos con presteza sus soldados, se dió á la vela en tres embarcaciones, que tenia prevenidas en el puerto de San Lucar, con las cuales por fines del año de sesenta y nueve llegó á dar fondo en la costa de los Cumanagotos, nacion en aquel tiempo tan guerrera, como numerosa, y que siendo comprendida en los términos de su capitulacion la habia escojido por primer asunto de sus armas, para dar principio por ella á sus conquistas, huyendo de los riesgos á que exponia su armada, si entrando por la boca de los Dragos las hubiese de emprender por el Orinoco arriba.

Traia D. Diego consigo cuatrocientos hombres escojidos, y entre ellos muchos caballeros, y soldados de los que habian militado en la Europa en las famosas ocasiones de aquel tiempo, y como le acompañaba alguna chusma de mujeres, y muchachos, asi por desahogarse de este embarazo en la inescusable fatiga de las marchas, como por dejar en la costa asegurada la puerta á los socorros, por comun parecer de todo el campo pobló luego en la boca del rio salado una ciudad, á quien intituló Santiago de los Caballeros, y dejando en ella las mujeres, y niños, con los vecinos necesarios para su manutencion, y su defensa, salió á campaña con el resto de su jente, con ánimo de atravesar la provincia siempre al sur, hasta descubrir por aquel rumbo las aguas del Orinoco.

Habian estado los indios á la mira desde que Don Diego mojó las anclas en su playa, observando los movimientos de los nuestros para descubrir los fines á que

se encaminaban todas aquellas dispocisiones de su armada; y advirtiendo la poblacion que tenian hecha, y que dividida la jente trataban de penetrar la tierra á dentro, dieron por segura la ocasion para derrotar los forasteros, y dejar libre el pais de la opresion violenta de sus huespedes. A este fin llamaron en su ayuda con presteza á la nacion Chacotapa, su confinante, y amiga, y juntos de unos, y de otros mas de diez mil combatientes, dejaron empeñar á Don Diego por lo cerrado de una montaña baja, hasta salir al sitio, que llaman Comorocuao, (tres jornadas distante de la costa) donde cojiendolo fatigado con la molestia de la marcha, lo ardiente del terreno, y la rabiosa sed que padecian los soldados, por no haber agua en todo aquel distrito, lo atacaron con valerosa resolucion por todas partes; y aunque Don Diego, acordándose de su sangre, y del empeño en que lo habia metido su fortuna, procuró acreditar su valor en ocasion tan urjente, anduvo tan desgraciado, que tropezando á los primeros lances el caballo, lo derribó en el suelo; y aunque su Sarjento Mayor Martin de Ayala, (que con el mismo empleo habia servido en las guerras de Lombardia, y del Piamonte) acudió luego á socorrerlo, solo sirvió su dilijencia para que fuese mayor su desventura, pues muertos ambos á manos de los indios, y turbados los demas con la inopinada confusion de tal desgracia, quedaron todos espuestos al golpe de las macanas, sin que hallase defensa el desconcierto para poderse librar de la bárbara crueldad de aquel jentío, que embrabecido al ver el desbarato de los nuestros, ni conocia á la piedad, ni daba lugar á la clemencia, pues en menos de media hora quedaron por despojo de sus manos ciento y ochenta y seis

españoles, que tendidos en el campo, acompañaron á su Jeneral en la desgracia, para dejar con su sangre á lo futuro rubricada la memoria infeliz de este suceso.

Cuatro dias despues de la muerte de Don Diego, y de la lamentable rota de su campo llegaron con la noticia á la nueva ciudad de Santiago de los Caballeros los pocos que pudieron escapar de la refriega, pero tan heridos, y postrados, que murieron en breve los mas de ellos : gobernaba la ciudad Guillermo Loreto, á quien se la habia dejado Don Diego encomendada; y discurriendo como soldado, que los indios en prosecucion de la victoria habian tambien de atacarla, trató de prevenirse para sufrir el asedio, ó resistir el asalto, á que no dió mucho lugar la priesa acelerada de los indios, porque el dia siguiente amanecieron sobre la poblacion sus escuadrones.

Hallábase Loreto falto de bastimentos, y de un todo; pero empeñado el valor en la defensa, acreditó con las obras, lo que puede en tales ocasiones la constancia, pues no contento con resistir catorce dias el ardimiento con que peleaban los bárbaros, sacó su jente fuera de las palizadas para buscar al enemigo en la campaña, á tiempo que llegó de la Margarita el Capitan Francisco de Cáceres con algunas piráguas, y jente de socorro, con cuya ayuda consiguió atemorizar algo á los indios, para que aflojasen un poco en el combate; pero reconociendo que con la muerte de Don Diego era imposible, ni mantener la ciudad, ni llevar adelante la conquista, se resolvió á desampararla voluntario, antes que la necesidad le obligase á abandonarla con descredito; y embarcando en las piraguas las mujeres, niños, y jente de servicio, haciéndoles escolta con los soldados por la

playa, se retiró marchando á Cumaná.

Este fué el paradero que tuvo Don Diego Fernandez de Cerpa en su jornada á que lo empeñó la vanagloria, y el deseo de hacer su nombre eterno, y memorable con las acciones que pensó ejecutar en sus conquistas, pues hallándose vecino rico en Cartajena, trocó las conveniencias que gozaba en la quietud de su retiro por los afanes, gastos, y cuidados con que destruyó su casa para comprar con ellos la muerte lastimosa que hemos visto, dejándole á su hijo Don Garcia vinculada por herencia su desgracia, pues queriendo llevar adelante las capitulaciones de su padre, consumió, sin provecho, en diferentes entradas, y armamentos las cuantiosas rentas, y tributos, que como á su encomendero le rendian las grandes poblaciones de Turuaco, y Cipacua, hasta que perseguido de los contratiempos de su fortuna perdió tambien la vida en la demanda.

CAPITULO IV.

SALE GARCI-GONZALES EN BUSCA DE Paramaconi: nombra la Audiencia por Gobernador interino á Juan de Chaves, y los indios de Màmo matan á D. Julian de Mendoza.

LIBRE la ciudad de Santiago de los temores en que la tenian los indios, y animados sus vecinos con el socorro que introdujo Garci-gonzalez de Silva, trataron luego de salir á tomar satisfaccion de los aprietos que habian padecido en aquel tiempo; y siendo Paramaconi cacique de

los Taramainas, de quien tenian recibidas mas ofensas, por ser quien con mas hostilidades se habia esmerado en molestarlos, determinaron fuese el primero que experimentase en el castigo los efectos de su despique, á cuyo fin, cometida la expedicion por los Alcaldes ordinarios al mismo Garci-gonzalez, (para que á la fineza del socorro se agregase el deberle tambien el desquite á los agravios) salió con treinta hombres de la ciudad al ponerse el sol, por no ser visto, ni sentido de los indios, y llevando por guia á un muchacho de once á doce años de edad, Taramaina de nacion, caminaron hasta llegar poco despues de media noche á los pueblos de Guaremaisen, Parnamacay, y Prepocunate, que estaban inmediatos unos á otros, en ocasion que los indios, entretenidos con bailes, y regocijos, en junta jeneral de los Caciques consultaban al Demonio por mano de sus mohanes, pidiéndole consejo sobre la forma que debian observar para portarse con los españoles; pero advertido Garci-gonzalez por el muchacho que lo guiaba de que Paramaconi, con el recelo de que los nuestros lo habian de buscar de noche, (sin querer concurrir á aquellas juntas) dormia retirado en el centro de una montaña, que se miraba allí enfrente, deseando solo asegurar la persona del Cacique, cojiéndolo muerto, ó vivo, mandó marchar adelante, sin detenerse á hacer hostilidad alguna en aquellos pueblos, aunque pudiera lograrla facilmente, aprovechando la ocasion de sus divertimientos, y descuido.

Tenia el bárbaro formado su retiro en lo mas fragoso de aquella montaña inculta, con disposicion tan prevenida, que fabricada la casa en un llano sobre lo

pendiente de una ladera, se mandaba á un tiempo por dos puertas, una que miraba hácia la cumbre del monte, y otra, que con unos despeñaderos de por medio caia á lo profundo de un valle, para tener siempre por una parte, ó por otra asegurado el escape, en caso que lo buscasen; y llegados Garci-gonzalez, y su jente al centro de la montaña, aunque con mucho trabajo por lo áspero de los riscos, y cerrado de los árboles, descubrieron la casa, á tiempo que Paramaconi, sintiendo el ruido, con una macana en la mano ocurrió á la puerta del despeñadero para poner en salvo por allí cuatro mujeres que tenia consigo, mientras otros seis Gandules, armados de arcos, y flechas, hacian cara por la otra puerta para divertir los nuestros.

Pero Garci-gonzalez advertido, dejando sus soldados batallando con los Gandules, cojió la vuelta á la casa para cerrar el paso á la ladera; y siendo en ocasion que iba saliendo el cacique, al encontrarse con él le tiró un tajo con la espada; mas reparándolo el bárbaro en los tercios últimos de la macana, tuvo lugar para metersele dentro, y darle con las manos tan fuerte golpe en los pechos, que falseando toda la fortaleza de Garci-gonzalez fué dando traspies, hasta caer de espaldas en el suelo; entónces Paramaconi, sin atender á otra cosa, que á poner en seguro sus mujeres, aprovechándose de aquel accidente favorable, las escondió por el monte, y sin esperar á que pudiese ponerse en pie su contrario, con resolucion desesperada se dejó caer por el despeñadero al valle; pero levantándose Garci-gonzalez con presteza, ó ignorante de la profundidad del precipicio, ó arrevatado del incendio de su cólera, sin reparar en la inconsi-

derada temeridad que ejecutaba el valor, se arrojó de la ladera con la espada en la mano tras el bárbaro; y aunque bastantemente atormentado con los golpes que recibió rodando por las peñas, como al llegar abajo hallase á Paramaconi, que armado con la macana le esperaba prevenido, sin tener lugar, ni aun para tomar aliento en su fatiga, le fué preciso entrar desde luego en el combate, donde echando cada cual el resto por quedar superior á su enemigo, unas veces usando de las armas, y otras valiéndose de los brazos, hicieron bien trabajosa la porfia, hasta que Garci-gonzalez, logrando como diestro los movimientos del cacique, pudo llegar á herirlo, metiéndole la espada por el vacio derecho; Paramaconi entónces, bramando con el sentimiento de la herida, soltó en el suelo la macana, y abrazándose con Garci-gonzalez intentó oprimirlo para quitarle la vida entre los brazos; pero conociendo que aunque le sobraba el coraje para emprenderlo, le faltaban las fuerzas para conseguirlo, por la mucha sangre que vertia de la herida, se desvió luego procurando retirarse á la montaña, por no morir á vista de su contrario; mas no lo pudo hacer tan á su salvo, que no le alcanzase antes un tajo, que le tiró Garci-gonzalez con tal fuerza, que partiéndole el hombro izquierdo, y corriendo la espada por la espalda, se la abrió hasta la cintura, á cuyo golpe desmayado el cacique, cayó en el suelo como muerto, y juzgándolo por tal Garci-gonzalez, sin hacer mas caso de él lo dejó allí, procurando solo buscar forma para volver á subir á la ladera.

Pero era tan pendiente el precipicio por donde se habia arrojado, que le hubiera sido casi imposible el asenso, á no favorecerlo sus soldados, que echándolo

ménos despues de muertos los seis Gandules que defendian la entrada de la casa, y conociendolo por las voces con que pedia socorro desde el valle, dieron disposicion para sacarlo de aquella profundidad en que se hallaba metido; y como el fin de su jornada solo se habia dirijido á castigar los atrevimientos de Paramaconi, teniéndolo ya por muerto, trataron sin dilacion de volverse á la ciudad, donde reforzando el engaño la voz comun de los indios, y el recato que tuvo el cacique en ocultarse mientras convalecia de las heridas, corrió su muerte por tan fija, que nadie llegó á dudarla, hasta que pasado poco mas de un año, acompañado de alguna jente principal de su nacion Taramaina, se entró una mañana en la ciudad pidiendo paz, y ofreciendo la obediencia, que mantuvo despues con gran fidelidad hasta su muerte, y tanto amor, y amistad para con Garci-gonzalez, (aficionado al valor con que se portó con él) que cuantas veces se le ofrecia venir á la ciudad era fijo en su casa el hospedaje, conservando siempre la memoria de su campal desafio, al paso que le duraron las señales de sus heridas, pues le podia caber un brazo en el hueco que le quedó de la que recibió en las espaldas.

A este mismo tiempo con poca diferencia llegó á la provincia Juan de Chaves, natural de la ciudad de Trujillo en la Estremadura, y vecino de la de Sto. Domingo en la isla Española, á quien la real Audiencia proveyó por Gobernador interino en lugar de D. Pedro Ponce de Leon; y resignado á tener en Coro su asistencia, nombró por su Lugar-teniente en la ciudad de Santiago á Bartolomé Garcia, suegro del capitan Juan de Guevara yerno de Juan Quaresma de Melo, primer Rejidor

que fué de Coro, por particular merced del emperador Carlos Quinto, y á pocos dias de haber entrado este caballero en el ejercicio de su puesto sucedió la muerte desgraciada de D. Julian de Mendoza, cuya ejecucion tuvo principio en el sentimiento que formaron los Caciques Parnamacay, Prepocunate, y los demas del valle de Mamo, (llamado por otro nombre el valle de las Huayabas) por haberles enviado á decir D. Julian tratasen de venir á trabajarle en sus labranzas, por que era su encomendero.

Advertencia que recibieron tan mal los que por su naturaleza estaban acostumbrados á mandar, y no á servir, que desde luego, sintiéndose ofendidos de la propuesta, determinaron quitarle la vida para satisfaccion de su agravio. A este fin, simulando su intencion con los obsequios de un rendimiento servil, enviaron á la ciudad algunos indios, para que en nombre de todos diesen la obediencia á D. Julian; presentándole por primer reconocimiento de tributo, y vasallaje unas hamacas, curiosamente tejidas, con otros frutos, y regalos comestibles de la tierra: demostracion, que teniéndola D. Julian por indicio evidente de una voluntad sincera, sin recelar el engaño se dejó llevar (por su desdicha) de su afectada apariencia, pues pareciéndole habia conseguido ya cuanto podian desear sus intereses para lograr sus aumentos, pidió licencia á Bartolomé Garcia para pasar á reconocer los pueblos, y tomar posesion de su encomienda.

A este efecto salió de la ciudad, tan confiado en la amistad de los indios, que solo llevó consigo dos soldados, mas para su asistencia, que para su compañia; y llegando á la boca por donde desagua al mar el rio de

Mamo halló todos los caciques, y principales del valle, que le estababan esperando con grandes muestras de alegria, y finjimientos de paz; pero como la intencion era distinta de lo que mostraba el exterior, solo duraron los regocijos con que tiraron á divertirlo mientras Prepocunate tuvo lugar de cojerle á Don Julian las espaldas, y darle por detras con un machete tan fuerte golpe en la cabeza, que se la partió por la mitad hasta los ojos, dejándolo sin vida á fuerza de inhumanidad tan alevosa.

Los dos compañeros viendo muerto á D. Julian, y conociendo, aunque tarde, el fementido trato de los indios, no hallaron otro remedio, que apoderarse de una casa, que estaba á las orillas del rio, para procurar á su abrigo defenderse, siquiera por entretener por algun tiempo la vida y dilatar con valor algun rato mas la muerte; pero solo les sirvió la dilijencia para experimentar un fin mas lastimoso, porque los indios, no pudiendo tolerar la resolucion de su defensa, pegaron fuego á la casa, donde miserablemente perecieron entre la actividad de las llamas, y las molestias del humo.

El dia siguiente, por boca de los mismos indios, se tuvo noticia en la ciudad de esta desgracia, y no pareciendo conveniente dejar aquel atrevimiento sin castigo, envió luego Bartolomé Garcia á Sancho del Villar con cuarenta hombres para que lo ejecutase; pero los indios recelando lo mismo que sucedió, se habian retirado á á una montaña, llamada Anaocopon, en las cabeceras del valle, y fortalecídose en ella de tal suerte, que aunque Sancho del Villar procuró con empeño el expugnarla, fue imposible contrastar lo impenetrable del sitio; y como á la sombra de su aspereza lograban los bárbaros sus

acometimientos con ventaja, muertos cinco españoles, y heridos de peligro Pablo Bernaldes, Pedro Vazquez, y Diego Vizcaino, se halló obligado Villar á volverse á la ciudad, sin mas fruto de su entrada, que haber dado sepultura al cuerpo de D. Julian, que halló en las orillas del rio con las partes jenitales cortadas, y metidas en la boca; de que quedaron los indios tan altivos, que despreciando ya el abrigo de los montes, tuvieron osadia para salir al valle de S. Francisco, y matar alguna jente de servicio, que hallaron por el campo descuidada: daño á que deseando Bartolomé Garcia aplicar remedio antes que pasase á mas su atrevimiento, volvió á disponer segunda entrada, nombrando por cabo de ella á Francisco de Vides; pero experimentando este los mismos contratiempos que Sancho del Villar, se vió tambien precisado á retirarse á la ciudad, con pérdida del bagaje, que le ganó Parnamacay en un encuentro; quedándose los indios, con la gloria de mantenerse libres de la sujecion española, cuasi á las mismas puertas de la ciudad, de Santiago, hasta que llegado el año de setenta (a) confesaron rendidos, no ser bastantes sus fuerzas para oponerse á la fortuna, ó valor de Garci-gonzalez de Silva; porque como aquel hombre jamas empuñó la espada, que no fuese para quedar vencedor, cometida á su disposicion por el Gobernador Juan de Chaves la pacificacion de aquel valle, que se juzgaba ya por imposible, lo mismo fué entrar en él con jente armada, que sujetar los indios la cerviz (con admiracion, y pasmo) al yugo de la obediencia, escarmentados del daño

(a) Año de 1570.

que recibieron á la primer resistencia que intentaron, pues muerto en la batalla Prepocunate, y mas de trescientos Gandules, no les quedó otro remedio, que valerse del rendimiento para conseguir la paz, que antes habia menospreciado su perfidia.

CAPITULO V.

PROSIGUE D. PEDRO DE SILVA EN SU descubrimiento; y desamparado de sus soldados se retira á Barquisimeto: pasa al Perú, y despues á España; y finalmente muere á manos de los indios Carives.

EMPEÑADO D. Pedro Malaver de Silva en su descubrimiento por los llanos, fué encaminando su derrota desde que salió de la Valencia siempre al sur, sin apartarse de la cordillera que llevaba sobre la mano derecha, por gozar la conveniencia de ser las tierras inmediatas á su falda mas enjutas, y libres de atolladeros; pero como por aquel rumbo eran muy singulares las poblaciones que encontraban, y esas de muy corta vecindad, desde luego empezó á experimentar, á vuelta de otros trabajos, la falta de bastimentos, para comun desconsuelo de su jente; si bien á los principios, con las esperanzas de hallar mas adelante las mejoras que se prometian á su fortuna, toleraban con algun sufrimiento sus fatigas; pero advirtiendo despues, que mientras mas se iban remontando por aquel piélago sin fondo de los llanos, se multiplicaban con exceso las incomodidades, y miserias, se fueron desmayando, faltándoles á todos el aliento,

pues ademàs de ser la tierra inhabitable, llena de tremedales, y anegadizos, de cuyas aguas detenidas, corruptas con el demasiado calor, era imponderable la cantidad de mosquitos, y sabandijas ponsoñosas que los atormentaban, padecian tambien el desabrigo de una total desnudez; porque siéndoles preciso el caminar sin vereda por aquellas sabanas dilatadas, era tanta la aspereza de los pajonales, que como si fueran cuchillos de dos filos, les hacian pedazos los vestidos; de suerte, que se vieron obligados, para resguardar las carnes, á hacer unos zamarros de pellejos de benado, que les cubrian los cuerpos hasta abajo de las rodillas, pues no era suficiente otro remedio para poder defenderse.

Estas penalidades, y trabajos, juntas con el seco natural, y condicion agria de D. Pedro, tenia tan desabridos los soldados, que no habia uno que de buena gana le siguiese, recelando todos el poco fruto, que con tan malos principios podian prometerse en la jornada. No ignoraba D. Pedro estos disgustos, pero en lugar de sosegarlos con agrado, los aumentaba mas con su aspereza; pues dejándose llevar de las melancolias que le causaba la experiencia de sus malos sucesos, dió en negarse á la comunicacion hasta de sus mas amigos, observando un retiro tan estraño, que llegó á hacerse para con todos intratable.

Cinco meses habia que caminaban de esta suerte, cuando, por buscar algun consuelo que sirviese de alivio á su afliccion, despachó D. Pedro al Capitan Céspedes con treinta hombres, para que adelantándose cuarenta, ó cincuenta leguas, reconociese si por las muestras prometia la tierra alguna esperanza en que pudiesen

afianzar las mejoras de su descubrimiento; pero habiendo Céspedes revuelto todos aquellos contornos, sin encontrar otra cosa, que mayor disposicion para nuevas calamidades, y desdichas, despues de veinte y seis dias de trabajos se halló atajado de un lago, que dilatándose con prolongada circunferencia, le embarazaba por todas partes el paso; pero habiendo reconocido que su profundidad no era tanta que estorvase el que se le pudiese buscar vado, atravesó por ella, llevando en partes el agua á la garganta; y puesto de la otra vanda, advirtieron algunos de los soldados, que rompiendo la laguna por una abra, que hacia la cordillera desaguaba para la parte del poniente: circunstancia, que observada con mas cuidado por un mestizo, gran baquiano de la tierra, que iba en la tropa, y se les habia agregado en la Valencia, les dió motivo para afirmar (haciendo su demarcacion) que aquellas aguas iban á salir muy cerca de la ciudad de Barquisimeto; y como entre todos era comun el deseo de desamparar aquella conquista tan penosa, ofreciéndose el mestizo á conducirlos por allí hasta ponerlos en salvo, no fué menester mas para que todos clamasen, persuadiendo á Céspedes se lograse ocasion tan oportuna para asegurar las vidas, que en tan manifiesto peligro tenian puestas; sin esperar otro provecho de tantas calamidades, que dar gusto, á costa de su sangre, á las terquedades de D. Pedro.

No deseaba Céspedes otra cosa, que ejecutar lo mismo que le pedian sus soldados; y asi, conviniendo desde luego sin repugnancia alguna en la propuesta, empezaron á caminar, cortando la serrania por el rumbo que gobernaba el mestizo; si bien antes de emprender-

lo les pareció necesario avisar á D. Pedro de su determinacion, porque no gastase el tiempo en esperarlos, para cuya dilijencia, en la corteza de un árbol, que llaman Mahagua, le escribieron una carta, que contenia estas razones: Señor Gobernador, cansados ya de andar perdidos tanto tiempo, sin esperanza de hallar mejor tierra, ni ventura de la que hasta aqui hemos visto, determinamos salir á morir entre cristianos; V. S. puede hacer lo mismo, siguiendo nuestros pasos, pues le vamos sirviendo en abrirle el camino.

Escrita esta carta se la enviaron con un indio Ladino, criado de Céspedes, que por haber quedado su mujer sirviendo á D. Pedro, aceptó con gusto la embajada, y con mucho mayor prosiguieron ellos su derrota aunque con la penalidad de ir faltos de bastimentos, pues caminaban atenidos, para poder sustentarse, á las frutas silvestres que encontraban, y el mestizo como práctico, conocia, por seguras, para comerlas sin riesgo, hasta que encumbrada la serrania, empezaron á bajar por unas lomas limpias á unos profundos valles, en uno de los cuales se ranchearon de espacio, por haber hallado en un arroyo que lo atravesaba por medio, tanta abundancia de pescado, que lo cojian sin trabajo con las manos.

Notable fué el sentimiento de Don Pedro cuando recibió la carta que le escribieron sus soldados; y reventando de enojo, con el deseo de castigar su desacato, envió luego tras de ellos con treinta hombres á D. Luis de Leiva, uno de sus capitanes, mancebo de pocos años pero de mucha prudencia, con órden, para que donde quiera que encontrase á Céspedes lo ahorcase, y procurando reducir á los demas á su obediencia, se los traje-

se consigo: mas como ya estaba declarada contra Don Pedro la fortuna, el medio que pretendió aplicar para el reparo solo sirvió para acelerar su perdicion; porque D. Luis, pareciéndole mas acertado el dictámen de Céspedes, que el de su Gobernador, luego que se vió en franquia se determinó á seguirlo, y con otro indio que despachó para el efecto avisó de su resolucion á D. Pedro, previniéndole no se detuviese en esperarlo, porque no llevaba pensamiento de volver á verlo.

Bien descuidado de semejante novedad se hallaba Céspedes, gozando la conveniencia del pescado de las orillas del arroyo, cuando una tarde alcanzó á ver á D. Luis, que siguiéndose por el rastro de sus trochas, venia bajando por las lomas hácia el mismo valle en que él estaba rancheado; y como á la primera vista no era facil distinguir, que jente fuese, ni los motivos que podia traer en su venida, asegurándose con la prevencion anticipada para cualquier accidente, puso luego en arma sus soldados resuelto á no consentir la mas mínima molestia que se le intentase hacer; pero como la intencion de D. Luis era muy diferente de lo que Céspedes temia, quedó en breve desengañado de lo vano que habia sido su recelo, pues sin hacer caso D. Luis de aquel aparato militar con que lo estaba esperando, luego que entró al valle se metió por los cuarteles de Céspedes con su jente desarmada, para que con aquella demostracion tan de confianza conociese eran unos mismos los intentos que gobernaban á entrambos; de que quedaron tan alegres unos, y otros, celebrando la dicha de verse juntos, que olvidados ya de los trabajos pasados, solo trataban de congratularse en los regocijos presentes, teniéndose por

felices en haber tomado la resolucion de desamparar á D. Pedro, pues se hallaban libres de las rispideces de su natural azedo, y de las molestias de su conquista desgraciada.

Cinco dias habia que descansaba la jente de Don Luis en el arroyo, gozando tambien de la abundancia del pescado, cuando, por no perder tiempo, trataron los dos capitanes de proseguir su viaje en buena compañia, gobernándose en todo por la derrota que habia formado el mestizo; pero confuso este en la demarcacion, por haber torcido un poco á mano izquierda, debiendo caminar siempre al poniente, perdió el tino de calidad que habiendo encumbrado una alta serrania, y bajado á unas llanuras dilatadas, confesó estaba perdido, sin saber la parte en que se hallaba; si bien, por las señales que conocia en la tierra, se afirmaba en que no podia distar mucho de allí Barquisimeto; y decia bien, pues á caminar dos leguas mas por aquel rumbo hubieran salido al mismo camino real, que va de aquella ciudad para Valencia; pero como ya el mestizo habia empezado á titubear en la baquia, receloso con su misma desconfianza, no se atrevió á proseguir por donde iba, y torciendo un poco mas sobre la mano izquierda, vino á salir despues de algunos dias á las orillas de un pequeño rio, por cuya márjen continuaron caminando, sin tener otro alimento para sustentar las vidas, que raices, y cogollos de visao del que hallaban en las riveras; hasta que una tarde, cuando mas desconsolados los tenia el sentimiento de verse perecer en aquellos despoblados sin remedio, subiendo á pescar por el rio arriba un soldado italiano, llamado Juan Bautista, encontró detenidas en un

palo que atravesaba la corriente unas hojas de rabano y lechugas; y siendo aquellas verduras un jénero que jamas se habia hallado entre los indios, conjeturó luego, que sin duda habia por allí cerca alguna poblacion española, de donde venian por el rio abajo aquellas hojas.

Con esta buena nueva volvió al instante en busca de los compañeros, que incrédulos de tan no esperado acontecimiento, juzgaron á los principios era burla con que queria divertirlos (como solia otras veces) el alegre jenio de Juan Bautista, hasta que viendo las hojas, que llevaba en las manos, quedaron desengañados, conociendo por ellas la evidencia de su dicha; y por no dilatar el descubrirla, divididos unos por una vanda, y otros por otra, en aquella misma hora empezaron á marchar por el rio arriba, sin dejar cosa que no fuesen escudriñando en sus orillas. Poco mas de dos leguas habrian caminado de esta suerte, cuando los que iban por el lado de la mano derecha dieron con una vereda ancha, y trillada, y entrándose por ella, á breve rato vinieron á salir á una sabana, en que estaba poblado un hato de ganado bacuno de Pedro Velasquez, vecino de Barquisimeto, donde hallando caritativo hospedaje en la piedad de su dueño, pudieron reformarse de las calamidades contraidas en peregrinacion tan trabajosa para dividirse despues, como lo hicieron, tirando cada cual por su camino, sin acordarse del desamparo en que quedaba Don Pedro; quien conociendo (aunque tarde) el mal estado á que lo habian reducido las sequedades de su trato, luego que recibió el aviso que le envió D. Luis de Leiva, participándole la intencion que llevaba de incorporarse con Cespedes; viéndose ya abandonado hasta de

aquellos en cuya amistad le parecia tenener asegurada la confianza, y que el número de jente que le habia quedado era muy corto para empeñarse mas en su conquista, trató tambien de retirarse, antes que imposibilitado de remedio perdiese la esperanza en la salida; y siguiendo las huellas de Céspedes, y D. Luis, aunque con algun despacio, por los muchos enfermos que tenia, entró en Baquisimeto por el mes de Marzo del año de setenta.

Este fué el paradero que tuvo la jornada de D. Pedro Malaver de Silva, para el descubrimiento del Dorado; este el fin de tantos gastos, empeños, y dilijencias como empleó aquel caballero en pretender su conquista; y si escarmentado con el conocimiento de lo mal que le corria la suerte hubiera tomado el partido de retirarse, pudiera tenerse por feliz, pues escusara padecer las desdichas que le acarreó su destino, y no hubiera dejado motivo al sentimiento para llorar las circunstancias de su lastimosa muerte; pero tenia tan arraigada al corazon la vanagloria de eternizar su fama con la conquista del Dorado, y que su nombre igualase al de Cortes, y Pizarro en los aplausos que les tributaba el mundo, que no bastando á desengañarlo las pérdidas, y contratiempos de esta primera jornada, pasados pocos dias despues que llegó á Barquisimeto partió para Chachapoyas, donde estaba avecindado, y vendiendo cuanto tenia para juntar dineros, volvió segunda vez á España, pareciéndole que con la esperiencia de lo sucedido podria lograr el acierto, encaminando por otra parte mas acomodada su conquista; pero engañóle en todo su desgracia, pues armado nuevamente en S. Lucar con un navio bien pertrechado, y ciento y sesenta hombres, intentó su

descubrimiento el año de setenta y cuatro por la costa que corre entre el Marañon, y el Orinoco, donde con lamentable estrago perecieron todos, unos al rigor de las enfermedades, que les causó la destemplanza de la tierra, y otros á manos de los indios carives, entrando en estos D. Pedro, y dos hijas doncellas, que llevaba consigo, que sin duda sacrificarian gustosas la vida en las aras del honor, por escusar la continjencia de ver ajada su hermosura en la desatencion grosera de aquella nacion tan bárbara, de cuya fiereza solo quedó libre entónces un soldado, llamado Juan Martin de Albujar, á quien reservó la Providencia, para que despues se supiesen por su relacion las circunstancias de este caso, pues habiendo quedado cautivo entre aquellos infieles, á costa de inexplicables peligros, y trabajos, por varios accidentes de su fortuna, hubo de salir al cabo de diez años á la boca del rio Esquino, en la provincia de los Arbacos, indios pacíficos, y que en aquel tiempo tenian trato, y comunicacion con los españoles de la Margarita, por cuyo medio logró el pasar á aquella isla, y despues á esta provincia, donde vivió avecindado algunos años, dejando en la ciudad de Carora ramas de su descendencia, que hasta hoy conservan su memoria.

CAPITULO VI.

FUNDA ALONSO PACHECO LA CIUDAD de Maracaibo: entran Cristóbal Cobos, y Gaspar Pinto á pacificar los Chagaragatos: muere el uno; y el otro, sin hacer efecto se retira.

TERMINANDO el año de setenta con los acaecimientos referidos en los capítulos antecedentes, tuvo principio el de setenta y uno (a) con la fundacion de la ciudad de la nueva Zamora en la laguna de Maracaibo: expedicion, que desde el año de sesenta y ocho habia encomendado el Gobernador D. Pedro Ponce de Leon al Capitan Alonso Pacheco, vecino de la ciudad de Trujillo; y aunque desde entónces, armando dos bergantines que fabricó en el sitio de Moporo, empezó á correr las costas de la laguna, fué tanta la oposicion que halló en los indios Saparas, Quiriquires, Aliles, y Toas, que sin poder ganar palmo de tierra para sujetarlos, necesitó de una guerra continuada en los tres años que pasaron de por medio para haberlos de reducir á que diesen la obediencia á fuerza de armas; pero conseguida al fin su pretencion el dia veinte de Enero del año de quinientos y setenta y uno, en el mismo sitio donde Ambrosio de Alfinjer tuvo su rancheria á orillas de la laguna, y seis leguas distante de la Barra, por donde comunica sus aguas con el mar, pobló la nueva Zamora, á quien comunmente, por el antiguo nombre de todo aquel pais

(a) Año 1571.

llaman la ciudad de Maracaibo: (a) está situada en once grados escasos de altura septentrional; su temperamento sumamente cálido, pero en extremo sano, por ser tan seco, que en veinte leguas de distancia, tirando hácia la serrania, no se halla mas agua, que la que recoje la industria cuando llueve en jahueyes hechos á mano, para mantener con ella los ganados que pastan por aquellas sabanas, de donde se orijina ser su comarca muy estéril, y solo acomodada para criar ganados, asi bacuno, como cabrio, de que es notable el multiplico; si bien, como la conveniencia de la laguna es tanta para trajinar sin costo, abunda de todo cuanto necesita, sin que experimente falta, adquiriendo de otras partes en las embarcaciones del trato los frutos que le niega su terreno, pues ocurren á su puerto cuantos producen las ciudades de Jibraltar, Mérida, Trujillo, Barinas, la Grita, y otras circunvecinas.

El lugar es rico por el mucho comercio que mantiene con la nueva España, Sto. Domingo, Cartajena, islas de Canaria, y otras provincias ultramarinas; el puerto es muy seguro, y acomodado para fabricar embarcaciones, por la abundancia que se goza de excelentes maderas, y asi continuamente están embarazados sus hastilleros; y si los españoles supiéramos aprovechar las utilidades que encierra la hermosura de su laguna, fueran continuados jardines sus márjenes, y se hubiera poblado un reino en sus orillas; las repetidas invasiones con que la han molestado los piratas han sido causa bastante para embarazar su crecimiento, pues á no haber

(a) Ciudad de Maracaibo.

padecido los estragos que con esta ocasion han ejecutado en ella el cuchillo, y el fuego, fuera una de las buenas ciudades que tuviera la América; pero sin embargo mantiene hoy mas de quinientos vecinos que la habitan; sus edificios, todos de piedra, son alegres, capaces, y bien dispuestos; la iglesia parroquial, de obra moderna, es gallarda en su fábrica, y bien proporcionada en su planta; venérase en ella una devota imajen de un milagroso Crucifijo, á quien los indios Quiriquires, habiéndose levantado contra los españoles el año de mil y seiscientos, y saqueado, y quemado la ciudad de Jibraltar, en cuya iglesia estaba entónces esta hechura, con sacrílega impiedad hicieron blanco de sus harpones, dándole seis flechazos, cuyas señales se conservan todavia en el santísimo bulto; y es tradicion asentada, y muy corriente, que teniendo antes esta imajen la cara levantada, (por ser de la espiracion) como lo comprueba el no tener llaga en el costado, al clavarle una de las flechas que le tiraron sobre la ceja de un ojo, inclinó la cabeza sobre el pecho, dejándola en aquella postura hasta el dia de hoy.

Sustenta aquella ciudad para su lustre un convento de relijiosos del órden de S. Francisco, un hospital bajo de la proteccion de Sta. Ana, y una hermita, dedicada á S. Juan de Dios, que fabricó el año de seiscientos y ochenta y seis la piadosa devocion del Capitan Juan de Andrade; en lo temporal estubo sujeta al Gobernador de esta provincia hasta el año de seiscientos y setenta y ocho, en que á pedimento de sus vecinos se mandó agregar á la Gobernacion de Mérida de la Grita; y como el ser puerto de mar franquea mas utilidad para

las conveniencias, y mas autoridad para la graduacion, trasladaron á ella los Gobernadores su asistencia desde entónces; quedando por esta causa constituida en cabeza de Gobierno, y como tal reside tambien en ella el tribunal de la Contaduria, compuesto de dos Oficiales reales, proveidos por el Rey; la facilidad con que los piratas la saqueaban cada dia, por tener las barras de la laguna sin defensa, hizo aplicar remedio para su seguridad, fabricando en ellas tres castillos, que guarnecidos de artilleria, y presidiados de milicia, han sido bastante reparo para librarla de vejacion tan continua; quedando con esta dilijencia asegurada, y graduado su Gobierno entre los de mas estimacion, y utilidad de las Indias.

Entre tanto que Alonso Pacheco se entretenia en poblar la nueva Zamora no descanzaban los vecinos de la ciudad de Santiago, atentos siempre á perfeccionar del todo su conquista, en que hallaban cada dia mas dificultad, por la obstinada resistencia de los indios; pero alentados con el buen principio de tener ya reducidas, y sujetas las dos naciones de Tarmas, y Taramainas mediante el valor conque Garci-gonzalez obligó á los Caciques Paramaconi, y Parnamacay á que diesen la obediencia, determinaron poner todo su esfuerzo en sujetar tambien á los Chagaragatos, y Carácas, que habitaban la serrania, que media entre la ciudad, y el mar, para que sin embarazo quedase obediente, y reducida toda la parte de la provincia, que mira hácia la costa; á este fin se unieron los cabildos de Caravalleda, y de Santiago como interesados ambos en la conveniencia de quitar aquel estorbo de por medio para la total seguridad de su comerçio, y trajin; y ajustado el que á un

mismo tiempo saliesen de las dos ciudades, acometiendo cada uno por su parte, á penetrar la serrania, que era habitacion de aquellos bárbaros, para que divididas las fuerzas enemigas en la defensa, facilitase su misma diversion el vencimiento.

Entró con la jente de Caravalleda Gaspar Pinto, y Cristobal Cobos con la de Santiago, logrando á los primeros pasos algunos buenos sucesos, que permitió el descuido con que se hallaban los indios; pero recobrados estos del susto de aquella invasion primera, dieron tanto en que entender á los nuestros, que desesperados de poder conseguir la pacificacion divididos tuvieron por mejor juntarse, haciendo un cuerpo de los dos campos, y con las fuerzas unidas acometer al Cacique Guaimacuare, que retirado de la costa con cuatrocientos Gandules á lo mas áspero, y fragoso de la serrania, era quien fomentaba desde allí la obstinacion con que peleaban los indios.

No se le ocultó al cacique esta determinacion de los nuestros, ó porque le avisaron de ella los indios amigos que asistian en nuestro campo, ó porque acertó á prevenirla su discurso con la prontitud de su viveza; y asi, aunque los dos capitanes, fiados en el silencio de la noche, pensaron disponer el avance de suerte, que caminando con la obscuridad pudiesen llegar á tiempo que cojiesen al bárbaro desprevenido, lo hallaron tan cuidadoso, que aun no habian pisado los nuestros lo interior de la montaña, cuando haciendo señal las centinelas que tenia por los caminos, empezó á resonar el estruendo de los caracoles con que tocaban por todas partes al arma; entónces Gaspar Pinto, que gobernaba aquella

noche la vanguardia, viendo malogrado el lance, por la mucha vijilancia de Guaimacuare, sin esperar á que aclarase el dia apresuró el paso con su jente, siguiéndole Cobos con la suya; y gobernándose por el mismo mormullo de los indios, se fueron metiendo por la montaña hasta salir á las casas, que servian al cacique de retiro, donde apellidando á Santiago, y disparando los arcabuces, se encendió entre unos, y otros la refriega, sin que la obscuridad de la noche, los gritos, y confusion de la pelea diesen lugar á que se pudiese reconocer á quien se inclinaba la victoria, hasta que al rayar el alva se fueron los indios retirando; si bien con ventajas tan conocidas, que pudieron aclamar por suyo el vencimiento, pues aunque los nuestros quedaron apoderados de las casas, fué con pérdida de diez soldados que se encontraron muertos, y con la desgracia de haber recibido Gaspar Pinto una herida en una pierna, que aunque pareció leve, y de poco cuidado á los principios, debió de ser tan eficaz la actividad del veneno con que estaba la flecha preparada, que aumentándosele por instantes las fatigas, y recreciéndosele por momentos las congojas, murió dentro de seis horas, cayéndosele las carnes á pedazos, y rabiando de dolores: fatalidad, que cortó el hilo á la conquista, porque Cobos, amedrentado con la muerte del compañero, sin esperar á mas se volvió para Santiago y la jente de Caravalleda, á quien tocaba con mas empeño la venganza, viéndose sola, y sin cabo que la gobernase, tomó la misma resolucion de retirarse, quedándose aquellas naciones con la misma rebeldia que estaban antes, hasta que despues el trato, y comunicacion las fué domesticando, y el tiempo consumiendo, pues

se aniquilaron de suerte, que ha muchos años que solo quedó de ellas la memoria, sin que se reservase un individuo.

CAPITULO VII.

LLEGA A CORO EL GOBERNADOR DON Diego de Mazariego: puebla el Capitan Salamanca la ciudad de Carora; y Pedro Alonso Galeas entra en los Mariches.

SABIDA en la corte la muerte de D. Pedro Ponce de Leon, proveyó el Rey en su lugar para el Gobierno de esta provincia á Diego de Mazariego, caballero, aunque de muy buenas prendas, mas aproposito, por su crecida edad, para gozar el descanso de su casa, que para hacerse cargo del ejercicio de semejante empleo; pero sin embargo, habiendose resignado á aceptarlo, se embarcó en el puerto de S. Lucar, y por el mes de Febrero del año de quinientos y setenta y dos (a) llegó á Coro, donde tomada la posesion de su Gobierno, no pudiendo, por el embarazo de sus muchos años, dar expediente por sí solo á la ocurrencia de negocios que se ofrecian en la provincia, nombró por su Teniente jeneral á Diego de Montes, vecino del Tocuyo; quien usando de la amplia jurisdiccion que le comunicó el Gobernador para cuanto pudiese ocurrir la tierra adentro, dió comision el mismo año de setenta y dos al Capitan Juan de Salaman-

(a) Año de 1572.

ca, para que entrase á poblar las provincias de Curarigua, y Carora, que demoran hácia el norte, entre la ciudad del Tocuyo, y la laguna de Maracaibo; y como por aquel tiempo habia en la Gobernacion bastante jente descarriada, y sin conveniencia alguna, asi de la que salió de los llanos con Don Pedro de Silva, como de la que habia venido á la conquista de los Cumanagotos con D. Diego Fernandez de Cerpa, con facilidad, publicada la jornada, alistó Salamanca setenta hombres, entre quienes fueron Alonso Gordon, Juan de Gamez, Benito Dominguez, Alonso Marquez, Diego Muñoz, Pedro Francisco, Hernando Martin, Garci-lopez, Juan Perez, Juan Gonzalez Franco, Juan Esteban, y otros, con los cuales salió del Tocuyo, y atravesada parte de la provincia de Curarigua, llegó al sitio de Baraquigua, donde en diez y nueve de Junio del año de setenta y dos pobló una ciudad, que intituló S. Juan Bautista del portillo de Carora, (a) en unas sabanas de temperamento cálido, y muy sano, pero faltas de agua, porque el rio Morére, que las riega, suele flaquear algunas veces, llegándose á secar del todo, si el verano es dilatado.

Críanse en su comarca todas especies de ganado, pero con mas abundancia el cabrío, porque los muchos espinos, y cardones que producen las sabanas hacen mas apropósito el terreno para su multiplico: dáse en su jurisdiccion grana tan fina como lo puede ser la de Misteca; bálsamos tan odoríferos, que no les hacen ventaja los de Arabia, y otras resinas aromáticas, que tiene aprobada la experiencia por antídoto admirable para curar

(a) Carora.

heridas; y excelente preservativo para pasmos: su vecindad es corta, mas sin embargo mantiene una iglesia parroquial con dos Curas-rectores, y un Sacristan mayor; un convento del órden de S. Francisco con dos, ó tres relijiosos, y una hermita, dedicada á S. Dionicio Areopajita, que fundaron las mujeres, dotándola de suficiente renta, y gruesas capellanias. El provincial Fray Pedro Simon, (a) pone la poblacion de esta ciudad en el año de setenta, siendo Gobernador Juan de Chaves; pero constando por los autos, que proveyó Salamanca para poblarla, lo que tenemos referido, con la venia debida á la autoridad de autor tan clásico, no podemos ménos que asegurar erró en esto, como en otras muchas cosas: defecto inevitable, en quien para escribir se ha de gobernar por relaciones.

La que tuvo el Gobernador Mazariego, luego que llegó á Coro, del estado en que se hallaba la conquista de Carácas, fué motivo para que deseando con brevedad verla concluida, nombrase por su Teniente en la ciudad de Santiago á Francisco Calderon, vecino de la de Sto. Domingo, que habia dias asistia en esta Gobernacion; quien, con el conocimiento de lo que tenia experimentado, trató luego de poner la fuerza á sujetar la nacion de los Mariches, que retirados en los montes de su distrito, aborrecian la comunicacion española desde que Don Pedro Ponce, y Martin Fernandez de Antequera (con razon, ó sin ella, porque siempre quedó en duda la justificacion de su causa) cometieron la atrocidad de mandar empalar á sus caciques, adquiriendo con aquel

(a) Fr. Pedro Sim. not 7. cap. 8.

atropellamiento tan enorme descrédito á su nacion, y deslucimientos á su fama.

Para esta expedicion nombró por cabo á Pedro Alonso Galeas, soldado práctico, y capitan esperimentado en las guerras de las Indias, (como lo ha mostrado en parte el contesto de esta historia) á quien el año de setenta tuvo el Teniente Bartolomé Garcia encomendada la misma dilijencia; pero ofreciéndose la entrada que hizo Garci-gonzalez aquel año al valle de las Huayabas, no pudo tener efecto por entónces, retardándose la ejecucion, hasta que animado con el nuevo nombramiento, salió de la ciudad de Santiago por fines del año de setenta y dos con ochenta hombres, de la jente mas granada, llevando en su compañia al Cacique Aricabacuto, con algunos indios de sus vasallos, que como mas interesado en la sujecion de los Mariches, desaba verlos reducidos á la obediencia española; porque siendo este cacique amigo nuestro, y teniendo su poblacion inmediata al terreno de aquella nacion ofendida, experimentaba, como mas cercano, en las molestias que recibia, los despiques de su agravio, cuya satisfaccion procuraba conseguir en aquella coyuntura al abrigo de las armas españolas.

A este fin habiéndose ofrecido voluntario, no solo á seguir á Pedro Alonso, sino á servirle de guia, lo fué conduciendo hasta introducirlo al centro de la provinvia; pero como á los indios los tenia aterrorizado el horror, no se encontraba poblacion que no estuviese desierta, sin hallar con quien poder tratar medios de paz, ni en quien ejecutar hostilidades de guerra, hasta que habiendo salido una noche Garci-gonzalez de Silva con

treinta hombres, y órden de Pedro Alonso á reconocer una quebraba, donde por algunas señales, observadas de la curiosidad, se habia llegado á sospechar podria haber alguna chusma recojida, halló en lo interior de una montañuela, que formaban unos matorrales en lo profundo de un valle, hasta doscientas cabezas entre mujeres y niños, que los indios del pueblo de Guayana, por parecerles parte mas segura, tenian alli retiradas; y procurando aprisionarlas, no pudo ser la dilijencia tan pronta, que con la confusion, y el alboroto no se escapasen algunas, y dando aviso á los indios (que atentos siempre con el cuidado de lo que podia suceder, asistian no lejos de la quebrada) antes que los nuestros tuviesen tiempo de asegurar la presa, se hallaron acometidos en el valle de mas de trescientos Gandules, que acaudillados del Cacique Tamanaco, con el sentimiento de ver cautivas sus mujeres, menospreciando las vidas á la vista de su ofensa, pretendian, á costa de su sangre, estorvar la ocasion de su deshonra.

Era la noche obscura; el sitio, por la profundidad, y matorrales que lo cercaban, de todas suertes incómodo; la desesperacion en los indios tanta, como el valor en los nuestros; y empeñada la reputacion en unos, y otros, hicieron tan reñida la refriega, que echando el resto á la porfia, se mantuvieron peleando por espacio de tres horas, hasta que al amanecer, habiendo restaurado los indios algunas de sus mujeres, sin poderlo esvar, aunque á costa de noventa y seis Gandules, que quedaron tendidos en el campo al corte de las espadas, se fueron retirando por una ladera arriba, sin que el cansancio, y fatiga con que se hallaban los nuestros diesen

lugar para poderlos seguir, pues aunque lo intentó Garci-gonzalez con aquel esfuerzo, hijo de su mismo aliento, que lo hacía siempre infatigable, contradiciéndoselo los demás, por estar muchos heridos, resolvió tambien el retirarse, dando la vuelta con el resto que le quedó de la presa al sitio en que habian dejado á Pedro Alonso, donde agravados de las heridas, murieron el mismo dia Juan Rodriguez, Martin Sanchez, Juan de Viedma, Alonso Palomeque, y Luis Martinez, naturales todos de la Estremadura, y de los que entraron con Garci-gonzalez al socorro.

Grande fué el sentimiento de Pedro Alonso por la muerte de sus soldados, y deseando volver á encontrar á Tamanaco, para templar con su castigo la pena que le aflijia, prosiguió marchando con todo el campo hasta llegar á dar vista al pueblo del principal Tapiaracay, donde los indios, ofendidos de la lealtad con que el Cacique Aricabacuto favorecia con su asistencia nuestra parte, quisieron, para darle muerte, finjir con disimulo una traicion; á cuyo fin habiéndose alojado Pedro Alonso al pie de una encillada, por donde, con la interposicion de un arroyo, que corria de por medio, se subia á la poblacion se dejó ver en lo alto de la lometa el Cacique Tapiaracay, acompañado de otros seis, ú ocho Gandules, y simulando con humildes palabras el veneno que ocultaba el corazon, empezó á manifestar los deseos que tenia de sujetarse á la obediencia española, y librarse de los daños inescusables de la guerra: motivo, que le obligaba á venir personalmente á solicitar los amables reposos de la paz; pero que temeroso del estruendo de nuestras armas no se atrevia á pasar á nuestro

campo sin que lo apadrinase la confianza de alguna persona conocida, y asi pedia le enviasen al Cacique Aricabacuto, para poder á su sombra ejecutar, sin recelo, lo que anhelaba con ansia.

Creyó Pedro Alonso con facilidad las palabras de aquel bárbaro: yerro sin disculpa en capitan tan práctico! y no hallándose á la sazon Aricabacuto en el alojamiento, por haberse quedado divertido en el camino con algunos de sus vasallos en el entretenimiento de cazar paujies, (accidente en que consistió por entónces su fortuna) mandó, que un hijo, un yerno, y dos cuñados suyos pasasen en su lugar, para que asegurado en su compañia, pudiese venir sin temor Tapiaracay; pero como la intencion del bárbaro no tiraba á otro fin, que á lograr sin estorbo su venganza, apenas los vió de la otra parte del arroyo, separados del abrigo de los nuestros, cuando haciendo señal á las tropas, que tenia prevenidas su traycion, ocultas entre los matorrales, dispararon sobre ellos tantas flechas, con tal brevedad, y lijereza, que antes que los nuestros pudiesen ocurrir á su socorro, atravesados por mil partes, miserablemente habian perdido las vidas, sin dejar á Pedro Alonso otro desquite, que conocer, aunque tarde, las malas consecuencias de su yerro.

Cuando Aricabacuto llegó al real, y supo la lastimosa muerte de sus hijos, hizo tales estremos de sentimiento, que ni habia consuelo que mitigase su pena, ni consejo, que aplacase su furor; y arrevatado de cólera, por dar algun desahogo á la fatiga, que le oprimia el corazon, intentó, como bárbaro, con un montante en la mano, dar muerte á las inocentes mujéres, y criaturas,

que habia aprisionado Garci-gonzalez del pueblo de Tamanaco: crueldad, que hubiera ejecutado su fiereza si Tomé de Ledesma, puesto á caballo, y con la lanza en la mano, no hubiera embarazado resolucion tan inicua; sobre que llegó á travarse una contienda, que pudo poner en confusion á todo el campo, porque el cacique al ver que le estorbaban su venganza, ayudado de sus vasallos, embrazó el montante para tirarle á Ledesma; y este, terciando la lanza sobre el brazo hizo piernas al caballo para matarlo con ella, á tiempo que llegó Garci-gonzalez de Silva, y con su autoridad sosegó la cólera de entrambos, para que no pasase adelante el rompimiento; pero quedó tan alterado Ledesma con el atrevimiento del cacique, que volviendo la cara á los demas soldados, les dijo: caballeros, ya esta jornada no puede parar en bien, y asi lo mejor es, que dejándola de la mano nos vamos á descansar á nuestras casas; proposicion, que escandalizó de suerte á Pedro Alonso, que metiendo mano á la espada, y encarando la vista hácia Ledesma, le dijo: El que tuviere osadia para intentar volverse á la ciudad sin mi licencia sabré quitarle la vida con los filos de esta espada, ó á violencias de un garrote; y hubiera pasado la fuerza de su enojo á demostracion mas agria, si la prudencia de Garci-gonzalez no hubiera metido la mano á componer la materia de suerte, que sosegado aquel escándalo que iba empezando á brotar, pudieron proseguir su marcha en buena paz hasta los asientos de Patima, de donde gobernándose por las corrientes del Guaire, salieron sin embarazo á las orillas del Tuy, cuyas aguas, sirviendo de lindero á los Mariches, partian jurisdiccion en aquel tiempo con los

indios Quiriquires, que dueños de la contraria rivera, habitaban en dilatado terreno las espesas montañas de sus márjenes, sin que en todo aquel espacio encontrase otra cosa Pedro Alonso, que continuadas señales de los recientes incendios, con que convertidas en cenizas todas las poblaciones, manifestaban la rebelde obstinacion de aquellos bárbaros, que determinados, á instancias de Tamanaco, á defender con las armas la libertad que gozaban, (aseguradas en ocultos retiros sus familias) seguian á la deshilada los pasos de Pedro Alonso, esperando su confianza los beneficios del tiempo, y favor de la fortuna, para lograr la ocasion de acometerlo de suerte, que siendo conocida la ventaja, resultase seguro el vencimiento.

Bien recelaba Pedro Alonso alguna novedad del jeneral retiro de los indios: pero resuelto á volverse á la ciudad, por hallarse desconfiado de conseguir por entónces la pacificacion que pretendia, trató de cojer la marcha por las mismas riveras del rio Guaire para salir otra vez á los asientos de Patima; y caminando por sus playas un soldado, llamado Tapia, que iba de los delanteros encontró tendida sobre la arena una criatura de ocho á diez meses de edad, á quien sin duda dejó en aquella soledad desamparada la madre, ó porque le servia de estorvo para huir, ó porque violentada la naturaleza en aquel lance, pudo mas el miedo, que el amor, y la turbacion, que el cariño; y barbaramente cruel, olvidado de las piedades de humano y de las obligaciones de católco, cojiéndola por un pie, y diciendo: yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo, y del Espíritu Santo, la arrojó en medio del rio, donde sumerjida entre las hondas, le sirvieron de

sepulcro los cristales; y aunque Pedro Alonso, queriendo aplicar castigo á semejante impiedad, le mandó cortar la mano, interviniendo despues la interposicion de algunos, se suspendió la ejecucion, quedando solo en amenazas la aplicacion del remedio; pero como este corria por cuenta de la Justicia Divina, no pasaron veinte y cuatro horas sin que pagase con la vida su delito, por que al atravesar el dia siguiente los nuestros por los cañaverales del rio; Tamanaco, que oculto entre sus matas con los mas esforzados Gandules de su séquito esperaba solo la ocasion de manifestar su bizarria á impulsos de su valor, salió de repente con sus tropas á embarazarle el paso á Pedro Alonso, y travada con esfuerzo de ambas partes la batalla, (a) entre el acometer de las espadas, y silvar de las saetas, encendido el coraje en unos y otros, no habia tiro que no anunciase una muerte, ni golpe, que no causase un estrago, quedando muerto Tapia á los primeros enristres, partido el corazon con una flecha: fatalidad, que atribuida por todos los compañeros á pena de su delito, no dejó de acobardarlos, temiendo no llegase á ser de participantes el castigo; pero animados de Pedro Alonso, á tiempo que Tamanaco hacia lo mismo con los suyos, sin descaeser en el aliento trocaron en desesperacion la valentia; si bien como á los indios ayudaba el abrigo de los cañaverales, para pelear á su sombra defendidos, era tanta la diferencia, que los hacia la ventaja incontrastables: circunstancia, que atendida bien por Pedro Alonso, le obligó á buscar remedio para sacar mejora en su partido; para esto man-

(a) Batalla del Guaire.

dió á Garci-gonzalez, que con Hernando de la Cerda, Andres Dominguez, Cristóbal Rodriguez Chauizo, Sandoval, y otros seis soldados escojidos, se adelantasen sin que los indios lo sintieran, y entre los cañaverales formase una emboscada; y cuando le pareció, segun el tiempo, que ya Garci-gonzalez habria cumplido con el órden, tocando á recojer empezó á marchar apresurado, con apariencias de retirarse medroso.

Los indios entónces, persuadidos con el engaño de su ignorancia á que era verdadera aquella simulacion finjida, aclamando la victoria al son de sus caracoles, cargaron sobre los nuestros con mas fuerza para seguir el alcance: pero cuando Pedro Alonso los vió ya empeñados sobre la oculta emboscada, volviendo de repente á hacerles rostro, dió lugar para que Garci gonzalez con los suyos les saliese embistiendo por un lado: accidente á que no pudiendo resistir la turbacion de verse acometidos, cuando se juzgaban victoriosos, les cortó el ánimo de suerte, que trocando en desmayo el ardimiento, hechos blanco de las cuchillas españolas, sin tener valor, ni aun para huir, mostraron su confusion en su mismo desaliento; solo Tamanaco, cobrando nuevo brio del inopinado desórden de los suyos, con gallarda resolucion sostituia por todos, pues con una macana en la mano, manteniendo el combate contra tantos á fuerza de una temeridad despechada, daba muestras de un corazon invencible; pero como los contrarios eran muchos, no pudo corresponder la perseverancia á lo que queria el espíritu, y rendido el esfuerzo con la sobrada fatiga, habiendo muerto por sus manos á Hernando de la Cerda, y á otros dos soldados, cayó postrado en el

suelo, donde aprisionado de los nuestros perdió la libertad por desgracia, para perder despues, con lástima, la vida, pues sentenciado á muerte por Pedro Alonso, quisieron para la ejecucion hacer prueba por entretenimiento del grado á que podia llegar el valor de aquel cacique; y dispuesto con palizadas un aparente anfiteatro, lo metieron en él, para que lidiase cuerpo á cuerpo con un perro de armas de singular braveza, (llamado amigo) que llevaba en su compañia Garci-gonzalez de Silva, ofreciéndole la libertad, y la vida, si con la muerte del perro conseguia salir de la palestra con victoria.

Gustoso aceptó el bárbaro el partido, pareciéndole corto triunfo para el esfuerso que alimentaba su brazo; y puesto dentro del circo con su macana en la mano, esperó con jentil resolucion á que le echasen el perro, teniendo por tan seguro en aquella ocasion el vencimiento, que al verlo venir á acometerle, enarbolando la macana, dijo en su lengua Maricha: hoy morirás á mis manos, y sabrán los españoles, que no hay peligro en el mundo que acobarde á Tamanaco; pero engañóle la vana presuncion de su confianza, pues huyendo el cuerpo el perro al golpe que le descargó con la macana, sin darle lugar á que pudiese componerse para asegundarle con otro, revolvió sobre él con tal ferocidad, que haciéndole presa de los pechos, le derribó en el suelo, y encarnizado con el coraje que le enjendró su braveza, sin que bastasen para estorbarlo las dilijencias con que el bárbaro procuraba defenderse, le separó del cuerpo la cabeza, sirviéndole las garras de cuchillo para fatal instrumento del degüello; causando horror tan lastimoso espectáculo aun á los mismos que arbitriaron la disposicion de se-

mejante suplicio, cuya noticia divulgada con brevedad entre los indios los atemorizó de suerte, que absortos entre el asombro y el miedo, por no exponerse á la contingencia de padecer otro tanto, ocurrieron á dar la obediencia á Pedro Alonso; quedando por este medio sujeta la rebeldia de aquella nacion obstinada.

CAPITULO VIII.

ENTRA GABRIEL DE AVILA EN LOS Teques, y puebla el real de Minas de nuestra Señora: hace Garci-gonzalez diferentes correrias, y sujeta con ellas los indios de aquel partido.

CONSEGUIDA por Pedro Alonso la pacificacion de los Mariches, restaba para la quietud y aumento de la ciudad de Santiago sujetar la provincia de los Teques, cuya nacion altiva, conservando todavia las antiguas máximas de su Cacique Guaicaipuro, no solo se mantenia rebelde á la obediencia española, pero fomentaba á las demas con sus arbitrios, para dificultar por todos lados su conquista, y asi por quitar este embarazo, como por el provecho que esperaban con el beneficio de las minas de oro, que descubrió en aquel partido Francisco Fajardo, y tubo pobladas Juan Rodriguez, se determinaron los vecinos el año de setenta y tres (a) á procurar su pacificacion á fuerza de armas; y cometida la dilijencia á Gabriel de Avila, actual Alcalde ordinario de aquel año,

(a) Año 1573.

salió con setenta hombres de la jente mas lucida, porque como el interes era comun, se alistaron los mas principales á porfia, y sin hallar oposicion en los indios llegó á la antigua casa de las minas, y real de nuestra Señora, donde probados los metales, hallando que correspondian en el rendimiento á la fineza de sus vetas, pobló su rancheria para dedicarse de asiento al beneficio; pero cuidadoso por el retiro y suspension que experimentaba en los indios, deseando enterarse bien de la disposicion en que se hallaban, y ver la forma que mejor podia tener para portarse con ellos, encomendó á Garcigonzalez de Silva (cuyo valor era en todas ocasiones el primero) saliese con treinta hombres á dar una vuelta por las poblaciones inmediatas; y encaminándose de noche á la del Cacique Conopoima, que estaba situada en la profundidad que forma el pie de una eminente roca, á quien llaman el peñon de los Teques, dejó en lo alto de la loma á Martin Fernandez de Antequera, y á Agustin de Ancona, hombres de á caballo, con seis soldados de á pie, para que le guardasen las espaldas, asegurando con aquella prevencion la retirada, y con el resto de la jente bajó á la poblacion, que halló desierta, porque avisados sus moradores de los indios que trabajaban en las minas de que iban los españoles á buscarlos, mudaron las mujeres, y chusma de muchachos á otras poblaciones mas distantes, y todos los varones, capaces de tomar armas, se habian retirado á unas caserias separadas el valle abajo, como tres tiros de escopeta, dejando en la poblacion dos indios escondidos, para que les avisasen en sintiendo venir los españoles.

A estos alcanzó á ver Garci-gonzalez al salir por la

puerta falsa de un bujio, y corriendo tras ellos, acompañado de un mestizo del Tocuyo, llamado Araujo, le dió á uno una estocada de que cayó luego muerto, y prosiguiendo tras del otro, que á grandes voces iba llamando á los indios, lo alcanzó en una sementera de yuca, que estaba en una ladera, y tirándole una cuchillada á la cabeza, se la llevó tan de lleno, que le partió la mitad del casco, y le echó los sesos fuera; á esta ocasion llegó Francisco Sanchez de Córdova, y juntándose á Garci-gonzalez, cojieron los dos una vereda, que corria de la misma ladera para abajo, por la cual al mismo tiempo iban subiendo los indios, que habiendo oido las voces que le dió su centinela, volvian á procurar con las armas la defensa de su pueblo; pero como la noche era algo obscura, y el pajonal estaba bastantemente crecido, no pudieron descubrirse unos á otros hasta que llegaron á encontrarse cara á cara.

Entónces Garci-gonzalez, y Córdova, aunque los indios eran muchos, y ellos solos, valiéndose de la conveniencia que les ofrecia la disposicion del sitio, pues lo estrecho de la vereda no permitia capacidad sino para que peleasen dos á dos, remitieron el desempeño al corte de las espadas, y embistiendo con los indios, habiendo muerto luego á los primeros, los demas se fueron atropellando unos á otros: y como entónces, á las voces que dió Garci-gonzalez, y al ruido de la pelea, ocurriese el resto de nuestra jente, que habia quedado en el pueblo divertida, hallando á los indios ya desórdenados tuvieron poco que hacer para ponerlos en huida, con muerte de cuarenta y dos, que perdieron la vida en la ladera; y siguiendo el alcance hasta las casas que

les habian servido de retiro, apoderados de ellas los nuestros, hallaron dentro algunas cotas de maya, espadas, barras de hierro, diferentes piezas de plata labrada, sortijas, y otras alhajas de las que habian robado cuando mataron á Luis de Narvaez, entre las cuales conoció luego por suyos Pedro Garcia Camacho unos botones de oro, guarnecidos de diamantes, que perdió cuando, por favor particular de su fortuna, escapó con la vida de aquella rota miserable en que perecieron todos.

Recojidos con brevedad estos despojos, y cuatro indios prisioneros, que se hallaron escondidos en las casas, antes de amanecer volvió Garci-gonzalez con su jente á subir á lo alto de la loma, donde habia dejado á Martin Fernandez de Antequera con Agustin de Ancona; pero seguido del Cacique Conopoima, (que recojidas sus descompuestas escuadras pretendia tomar satisfaccion del desbarato que padeció aquella noche) antes de llegar á la cumbre de la loma se halló acometido por la retaguardia con densa nube de flechas, que disparaban los indios; y aunque el daño que causaron fué muy leve, sin embargo mandó Garci-gonzalez á uno de los indios que llevaba prisioneros, llamado Sorocaima, dijese á los demas que no tirasen, porque si le herian algun soldado manifestaria su enojo, haciéndolos empalar á todos cuatro; pero pudiendo mas en el bárbaro la gloria de su nacion, y el rencor de su venganza, que el aprecio de la vida, burlando de la amenaza, en lugar de ejecutar aquello que le mandaban levantó la voz, animando al Cacique Conopoima, para que con mas resolucion apretase la batalla, asegurándole que eran los nuestros tan pocos, que podia tener por cierto el triunfo, si prose-

guia con teson en el empeño.

Esto irritó á Garci-gonzalez tanto, que mandó le cortasen una mano, y lo soltasen, para que de aquella suerte fuese á aconsejar de mas cerca á Conopoima; pero el bárbaro, sin inmutarse en nada al oir la pronunciacion de su sentencia, estendió el brazo con tan gallarda entereza, que aficionado Garci gonzalez á su garvo, y desenfado, lo mandó poner en libertad, suspendiendo la ejecucion, y remitiendo el castigo; pero esta jenerosidad tan propia de su nobleza, no tuvo, al juicio de sus soldados, la jeneral aceptacion que merecia, pues no faltaron dos de ellos, y de los mas principales, (cuyos nombres remitimos al silencio por escusar á sus descendientes el rubor, que podrá causarles la memoria de accion tan indigna, y fea en quien tenia sangre noble) que llevando á mal la moderacion piadosa de su cabo, no contentos con la civilidad de murmurarla, sin que Garci-gonzalez lo supiera cojieron á Sorocaima, y le cortaron la mano, sin que les moviese á compasion el sufrimiento con que toleró el prolongado rigor de aquel martirio, pues como si lo practicaran en un bruto (solo con el fin de atormentarlo) le cortaron el pellejo en redondo á la muñeca, y despues, buscándole la coyuntura con la punta de un cuchillo le dividieron la mano, separándola del brazo: tormento en que mostró tal constancia, que en el dilatado espacio de sufrirlo, manteniéndose inmoble al padecer, ni se le oyó un hay, ni se le escuchó un suspiro; antes con singular desembarazo pidió le diesen su mano, despues que se la cortaron, y cojiéndola en la otra que le habia quedado entera, sin pronunciar mas palabra se fué muy paso entre paso para

donde estaba Conopoima, á quien manifestó su desventura, y representó su agravio, para que vengase con las armas la ofensa que habia padecido su lealtad, por cumplir como debia con la obligacion de buen vasallo: pero aterrorizó de suerte al cacique la inhumanidad de aquel castigo, que sin atreverse á demostracion alguna, despues de haber estado un rato suspenso, como absorto en la consideracion de aquel suceso, levantándose entre los indios una confusa voceria de alaridos, se fueron retirando por el valle, haciendo Garci gonzalez lo mismo, para el asiento de las minas, donde habia quedado Gabriel de Avila asistiendo con el resto de su campo al beneficio de los metales, en cuya saca se experimentaba cada dia mas abundante el rendimiento.

Esto obligaba á los españoles á desear con mas ahinco la total sujecion de aquellos indios, asi por aprovecharse de ellos para el trabajo, como por gozar sin susto la precisa asistencia en las labores, pues aguardando por instantes las invasiones con que los molestaban los bárbaros, era forzoso estar siempre prevenidos, sin dejar las armas de las manos: á este fin, corriendo la tierra con frecuencia desde el asiento de Minas, procuraban obstigarlos, por ver si los daños que recibian en sus poblaciones, y labranzas podia ser medio para obligarlos á que aceptasen la paz con que les rogaban; pero tenian tan arraigado al corazon el odio contra los nuestros, que sin ser bastantes á mitigarlo los incendios que experimentaban, y muertes que padecian, se obstentaban cada vez mas obstinados; hasta que habiendo salido una noche Garci-gonzalez con treinta hombres, y dado de repente sobre el pueblo del Cacique Acaprapocon, no obs-

tante la valerosa resistencia que interpusieron los indios para buscar su defensa, consiguió apoderarse de las casas con presa considerable de mujeres, y muchachos, aunque no á tan poca costa, que no se viesen en evidente peligro de la vida; porque habiendo oido rumor en un bujio de la poblacion, entrando á reconocerlo, por ver si habia en él algunos indios escondidos, le salió al encuentro un bárbaro de presencia ajigantada, y fuerzas correspondientes á lo que prometia su disforme corpulencia, y enarbolando una macana le tiró tan fiero golpe á la cabeza, que no obstante haber aplicado por reparo la interposicion de una rodela de acero, le hizo pedazos la celada que llevaba puesta, dejándolo sin sentido con la violencia del golpe; pero socorrido á tiempo de Juan Riveros, Ambrosio Hernandez, Andres Dominguez, y Malpartida, tuvo lugar de recobrarse, mientras el bárbaro procuraba defenderse de los cuatro, que haciendo empeño en castigar su atrevimiento, intentaban pagase con la vida su osadia; pero burlandose de todos la despejada destreza con que el jentil esgrimia contra unos y otros la macana, sin que pudiesen ofenderle consiguió la seguridad de retirarse, dejando á Garci-gonzalez bastantemente picado con el escosor del golpe recibido; pero recojido al real de Minas con la presa que habia adquirido aquella noche, halló en breve motivo suficiente para poder templar su sentimiento, pues reconociendo las Indias que habia llevado cautivas, pareció entre ellas la mujer principal de Conopoima, y dos hijas del Cacique Acaprapocon, tan queridas de su padre, que eran el objeto total de sus amores: accidente de tan favorables consecuencias, que en él consistió el fin de aquella guerra, y la

absoluta sujecion de aquel partido, pues rendidos al amor los dos caciques, pudiendo mas en ellos el cariño, que el rebelde teson da su porfia, ocurrieron luego al real de Minas pidiendo la paz con rendimiento; y experimentando cada dia las conveniencias que gozaban con el buen tratamiento que tenian, la mantuvieron despues con gran fidelidad, hasta que consumidos los mas con el rigor de una cruel peste de viruelas, las pocas familias que quedaron en ser, pasado el contratiempo de aquella calamidad, desamparando la posesion de su nativo suelo, unas se agregaron á la poblacion del valle de la Pascua, y las mas se retiraron á vivir á los valles de Aragua; donde gobernando esta provincia D. Francisco de la Hoz Berrio el año de seiscientos y diez y siete, el Teniente jeneral Pedro Gutierrez de Lugo las recojió al sitio de la Victoria, en cuyo paraje se conservan hasta hoy con una poblacion muy razonable.

CAPITULO IX.

PACIFICA FRANCISCO INFANTE LOS pueblos de Salamanca: entra Francisco Calderon al valle de Tácata, y disgustándose con sus soldados lo priva el Gobernador del tenientazgo.

GRANDE fué sin duda el trabajo que tuvieron aquellos primeros conquistadores en la pacificacion de esta provincia de Carácas, pues siendo habitada de diferentes naciones sujetas cada cual á particulares caciques, independientes unos de otros en el dominio de sus pueblos, fué preciso

irlos conquistando separados, ganando á fuerza de armas la tierra palmo á palmo. Esta fué la causa porque manteniéndose ocho años en una guerra continuada necesitaron de todo aquel espacio de tiempo para llegar al fin de sus afanes, y ver perfeccionada su conquista, pues sin permitir lugar para el descanso, ni quietud para el reposo, anduvieron mudando siempre la guerra de unas naciones á otras, hasta lograr la sujecion de todas.

Conseguida, pues, la de los Teques, restaba por aquel lado la de los Quiriquires, sus vecinos, que confinando con ellos por la vanda del sueste, estendian sus poblaciones por las orillas del Tuy mas de veinte y cinco leguas, hasta lindar por el oriente con la nacion Tumusa, á cuya pacificacion por principios del año de setenta y cuatro (a) entró Francisco Infante con sesenta españoles, y mil indios de las naciones amigas, que ansiosos, por militar á la sombra de nuestras armas, quisieron voluntarios acompañar nuestras vanderas; y vencida alguna oposicion con que los naturales quisieron embarazar la entrada en sus confines, consiguió á poca costa apoderarse de diferentes pueblos, que separados en corta distancia unos de otros, formaban un partido, á quien Juan Rodriguez llamó en su tiempo provincia de Salamanca, donde admitidos de paz los principales caciques, cuando pensó con tan favorables principios dar con brevedad glorioso fin á su conquista, se halló obligado á desampararla, y expuesto á la continjencia de malograrlo todo, porque habiendo adolecido Francisco Infante de una calentura maligna, se fué comunicando el

(a) Año de 1574.

achaque á sus soldados de suerte, que muertos siete de ellos en tres dias, y multiplicándose por instantes los enfermos, pasó á ser contajioso el accidente, siendo jeneral en todos la dolencia; por cuya razon, no atreviéndose á fiar de la reciente amistad de aquellos bárbaros en ocasion tan apretada, pues la confianza de verlo imposibilitado para el manejo de las armas pudiera darles motivo para intentar algun atrevimiento, dejando en el mejor modo que pudo asegurada la paz de aquellos pueblos se retiró con su jente á la ciudad, cuyo saludable temperamento, á influjo de su benigno clima, fué el mas eficaz antídoto para que luego restaurasen todos la salud perdida; si bien Francisco Infante quedó tan debilitado con el pestífero rigor del accidente, que necesitó de muchos meses de convalecencia para poder recobrarse.

Esta fué la causa por que no pudo perfeccionar la pacificacion de aquel partido, que con tan buenos principios habia empezado á conseguir su dilijencia, pues aunque inmediatamente se trató de volver á proseguirla, hallándose imposibilitado con las referidas subsecuencias de su achaque, la hubo de tomar á su cuidado el Teniente Francisco Calderon, quien con ochenta soldados españoles, y mas de seiscientos indios de las naciones amigas el mismo año de setenta y cuatro volvió á entrar por los pueblos de Salamanca, y hallándolos en aquella paz, y obediencia que los dejó Francisco Infante, atravesó el valle de Tácata, corriendo por las orillas del Tuy hasta salir á Súcuta, sin que en todo aquel distrito encontrase quien le hiciese oposicion, porque los indios, aprovechándose de lo fragoso de la tierra, habian desamparado sus pueblos, retirándose á los montes mientras

pasaba la inundacion de aquella entrada: máxima, que considerada por Francisco Calderon, con madurez advertida le hizo persuadir á que mientras no se poblase una ciudad en el centro de aquel pais, de donde estando á la mano pudiesen con mas facilidad repetirse las salidas, seria ociosa cualquiera dilijencia que se intentase para conseguir la sujecion de aquella nacion cobarde, pues habiéndose de ejecutar desde la ciudad de Santiago, manifestaba la experiencia la facilidad con que al abrigo de las montañas burlaba la cautelosa astucia de los indios cuantas disposiciones formaba la mas prudente prevencion para el efecto.

Llevado, pues, Francisco Calderon de la fuerza de este dictámen, trató de poner por obra en la sabana que llaman de Ocumare, á orillas del mismo Tuy, la fundacion de la ciudad que discurria, por parecerle el sitio mas acomodado para el caso; (como en realidad lo era, por las grandes conveniencias que ofrecia) pero comunicada con sus soldados la materia, halló fuerte contradicion en los mas de ellos, no porque les pareciese mal la resolucion, pues siempre la tuvieron por precisa, alabando el acertado discurso de su cabo, pero considerando las circunstancias de la ocasion, y del tiempo, representaban los inconvenientes que podian orijinarse de quedar las fuerzas divididas, sin poder socorrerse unos á otros, pues siendo tan corto el número de españoles que se hallaba en la provincia, quedarian con la nueva poblacion debilitadas las ciudades de Santiago y Caravalleda, faltándoles la jente de que necesitaban para poder conservarse, en cuya consideracion era política mas prudente atender por entónces á la manutencion de lo po-

blado, que no exponerse al riesgo de abandonar lo adquirido, por la vana presuncion de querer asegurar nuevas conquistas, cuando estas podian dejarse para otra ocasion mas oportuna.

Bien conoció Calderon lo que pesaban las razones de aquella representacion tan bien fundada; pero como la propuesta estaba yá revestida de los visos del empeño, quiso llevarla adelante, atropellando la opinion de los que la contradecian; sobre que se empezaron á mover algunos sinsabores, bastantes para que despues parase todo en disgustos, porque los soldados, fijos en la resolucion de no consentir que se poblase en Ocumare, presentaron á Calderon una protesta jurídica, para que desistiese de su intento; y aunque mediante ella suspendió la dilijencia, sin volver á tratar mas de la materia llevó tan agriamente la repulsa, que destemplado con el escosor del sentimiento, empezó á descomponerse de palabras con algunos hombres principales de los que traia en su campo, y faltando á la prudencia con que debia gobernar su disimulo, pasó á poner en prision á Juan Riveros, Sebastian Diaz, Juan de Gamez, y á otros cuatro, pretendiendo hacerles causa por cabezas de motin; que tan antiguo como todo esto es en las Indias pasar plaza de delito aun la mas rendida súplica de un súbdito; pues en no condescendiendo ciegamente al antojo irregular de un superior, no hay reparo que no se atribuya á atrevimiento, ni recurso, que no se gradue por desacato.

Eran nobles todos los agraviados, y sentidos de la ofensa supieron sacar la cara á la satisfaccion de su ultraje, pues luego que dieron la vuelta á la ciudad, fenecida

la jornada, despacharon á Coro persona de su confianza, para que en nombre de todos expresase al Gobernador la razon con que se hallaban ofendidos, y capitulase á Calderon sobre los procedimientos de su oficio. Era el Gobernador hombre prudente, asi por la experiencia adquirida con sus años, como por la madurez que le dictaba su juicio, y pareciéndole mal lo obrado por su Teniente, para satisfacer á los vecinos, y sosegar con tiempo la demanda antes que tomase cuerpo, luego que tuvo la noticia lo privó del tenientazgo, enviando poder á los Alcaldes de la ciudad de Santiago, que lo eran aquel año Francisco Maldonado de Almendariz, y Francisco Carrizo, para que gobernasen en su nombre; si bien poco despues, antes que acabase el año, mudó la forma á esta planta, despachando título á Carrizo, para que por su persona, y no por razon del ejercicio, prosiguiese solo en el empleo, sin necesitar de la copulativa jurisdiccion del compañero: mudanza, que dió á conocer á Calderon las diferencias del tiempo, pues empezó á experimentar desde luego, en repetidos desaires, la desgracia de mal quisto, que le causó el desordenado obrar, dictado de su imprudencia.

CAPITULO X.

MATAN LOS INDIOS DE TACATA A Juan Pascual, y á Diego Sanchez: entra el Teniente Carrizo en aquel valle; y obrando con rigor lo deja mas alterado.

ENTRE tanto que corrian los sinsabores y disgustos

que llevamos referidos entre Calderon, y los vecinos, dispuso la desgracia para comun desasosiego de todos, por las malas consecencias, y resultas que se siguieron del caso, que dos soldados, llamados Juan Pascual, y Diego Sanchez, llevados del interes, que pudieran adquirir por medio de algun rescate, sin recelar el peligro en que los empeñaba su codicia inadvertida, salieron de la ciudad de Santiago, y sin otra compañia, que la de cuatro indios Teques, que les sirviesen de intérpretes, se entraron por los pueblos de Salamanca á salir al valle de Tácata, donde, aunque en los principios fueron bien recibidos de los indios, despues, ó por la fuerza de su natural inconstancia, ó porque empezaron á experimentar quizá algunas violencias en su trato, determinaron matarlos, valiéndose del seguro con que los tenia divertidos el descuido; pero aunque acometidos de improviso, fué tan gallarda su resolucion al defenderse, que haciendo cara los dos á toda la multitud de aquellos bárbaros, hubieran escapado con las vidas, á no haberlos oprimido mas la muchedumbre, que el valor de los contrarios, pues apelando á la desesperacion, no hubo dilijencia que no intentase la temeridad, para morir matando, hasta que postrados á la fatiga, y rendidos del cansancio, sin tener parte en sus cuerpos, que no ocupase una flecha, cayeron muertos en tierra, bañados mas en la sangre enemiga, que aun en la suya propia.

No se descuidaron entre tanto los cuatro indios Teques, que los habian ido acompañando, pues discurriendo que tambien habian de tener parte en la desgracia, lograron la ocasion mientras duraba el empeño de los otros para ponerse en salvo, y venidos á la ciudad,

dieron noticia de lo sucedido en Tácata, á tiempo que ya Francisco Carrizo ejercia solo el tenientazgo; quien resuelto á que para el escarmiento en los demas convenia no pasar aquella maldad en disimulo, llevó luego noventa hombres, y con ellos, y algunos indios, amigos entró en Tácata por principios del año de setenta y cinco; (a) pero aunque por entónces llegó á ponerse sobre el valle, haciendo la deshecha de que su expedicion se encaminaba á otra parte, para cojer despues á los indios descuidados, torció la marcha sobre la mano derecha, y dejando á Tácata (como si no fuera el blanco á que miraba su empresa) se entró por el valle del Pao, hasta salir á las orillas del Guarico, de donde volviendo con presteza para acometer por las espaldas á Tácata, halló tan prevenidos á los indios, que gobernando la vanguardia una mañana Garci-gonzalez de Silva, alcanzó á descubrir un escuadron de hasta quinientos flecheros, que saliendo de un pajonal, donde estaban en zelada, se iban retirando á una montaña, para formar mas á lo seguro la emboscada.

Y aunque, con el deseo de acometerlos en lo raso tocando alarma hizo piernas al caballo para alcanzarlos antes que se abrigasen del monte, ya no pudo conseguirlo, por haberse amparado con tiempo de la espesura que formaba el arcabuco, y solo halló en la campaña á un indio, llamado Yoraco, que engañado de su esfuerzo le esperaba calada la flecha al arco, presumiendo ser bastante su valor para oponérsele solo; pero embistiendo con él Garci-gonzalez á todo el correr de su caballo, le dió tan fiero bote con la lanza, que suspendiéndolo del sue-

(a) Año 1575.

lo, lo llevó un breve rato por el aire; y pasando de largo en la carrera, cuando pensó que lo dejaba muerto, al volver despues la cara lo halló, que puesto en pie se mantenia peleando con Juan de la Parra, y Diego Mendez, hasta que pasado á estocadas todo el cuerpo perdió el aliento, y la vida, cayendo muerto en el suelo, sin que de alguna de las heridas (con ser las mas que tenia bien penetrantes) le hubiese salido sangre; y procurando inquirir la causa de aquel secreto, como acaso le quitasen una sarta de piedras coloradas, que tenia puestas al cuello, al instante empesó á brotar á caños cuanta sangre mantenia comprimida en aquel yerto cadaver; manifestando con aquella experiencia la natural virtud de aquellas piedras para restañar la sangre, de cuya propiedad simpática hizo despues diferentes pruebas en varias ocasiones Garci-gonzalez de Silva, hallándola siempre verdadera á la mas mínima aplicacion de su contacto, de que resultó el aprecio que granjeó en su estimacion aquella alhaja, pues la conservó en su poder como tesoro, hasta que el Gobernador D. Diego de Osorio, algunos años despues, teniendo noticia de la rara virtud de aquellas piedras, se las quitó, con el pretesto de enviárselas por cosa singular al Rey Felipe II.

Cuando el invencible Alfonso de Alburquerque expugnó el emporio de Malaca, hace mencion Juan Barrios en sus decadas del Asia, (a) y Damian de Gois en las crónicas del Rey D. Manuel de otro collar semejante, compuesto del hueso de un animal, que se cria en la isla de Java, que se halló en el cuerpo de un Malayo,

(a) Barr. Dec. 2. lib. 6. cap. 2. Gois p. 3. cap. 17.

tan conforme en todo con el nuestro, que si los igualó la naturaleza en la virtud, los acompañó la fortuna en la desgracia, pues si el uno se anegó en el estrecho de Sincapura, enviándolo á Portugal, este otro pereció sumerjido á vista de Puerto-rico, remitiéndolo á Castilla.

Muerto Yoraco, sin que los indios por entónces intentasen otra cosa, pasó Carrizo á acuartelarse aquella noche entre las barrancas que formaba una quebrada, donde las centinelas, estando con cuidado aprisionaron cinco indios, que puestos á tormento, confesaron venian á explorar la forma en que estaba dispuesto el alojamiento de los nuestros, para poder atacarlos con seguro antes que amaneciese el dia siguiente; y hallando Carrizo en esta declaracion cuerpo bastante para ejecutar un castigo, que sirviese de terror á los demas; mandó luego dar garrote á cuatro de ellos, dejando libre al quinto, que llamaban Manarcima, por ser hermano de uno de los caciques principales de aquel valle, y ver si por su interposicion podia asegurar el sosiego de aquellas naciones alteradas; aunque despues manifestó la experiencia la traycion (indigna de un español) que se encerraba en esta piedad finjida, pues habiendo despachado al Manarcima con embajada, para que de su parte asegurase á los caciques, que como le entregasen los culpados en la muerte de Juan Pascual, y Diego Sanchez, á cuyo castigo solo tiraba su enojo, podian salir sin recelo á hablar con él, para que interviniendo nuevos pactos se volviese á establecer la paz, turbada por la desgracia de aquel accidente no pensado; creyeron los caciques la propuesta, y sin recelar podia caber engaño en la sinceridad que prometia, salie-

ron á encontrarse con Carrizo Camaco, y Araguare, que eran los mas principales, acompañados de cien indios cargados de aquellos bastimentos que producia su pais, y exajerando las ansias con que deseaban la paz, y el aborrecimiento con que miraban la guerra, pasaron á disculparse sobre la muerte de los dos españoles, alegando no habian tenido parte en el delito, por haberlo cometido unos indios particulares, sin intervencion de los Caciques, los cuales, temerosos del castigo que merecia su maldad, andaban fujitivos por los montes, por cuya causa no podian, aunque quisieran, cumplir con el mandato de entregarlos; pero que en cualquier tiempo que pudiesen haberlos á las manos estaban prontos á llevarlos á la ciudad, para que en la legalidad de aquella demostracion quedase acreditada su inocencia.

Bien pudiera Carrizo haber admitido estas disculpas, aunque no las tuviera en su sentir por verdaderas, pues bastaba la confianza con que aquellos miserables se pusieron en sus manos, para que obrando la piedad diese lugar en su pecho al disimulo; pero dejándose llevar de la venganza, y atropellando el salvo conducto en que tenia empeñado el pundonor, puso luego en prision á los caciques, y procediendo á la averiguacion por via jurídica, habiendo resultado de la sumaria que formó con ellos mismos el que los mas de aquellos indios que estaban presentes, aunque no habian cooperado en la muerte de los españoles, habian sido participantes del convite que dispuso la brutalidad de aquellos bárbaros para comerse los cuerpos, mandó cortar las orejas, y narices al Cacique Camaco, y dar garrote á treinta y seis, los que parecieron mas culpados, entrando tambien á la par-

te en la infelicidad de esta desgracia el Cacique Araguare, que maldiciendo su fortuna, y blasfemando de la infidelidad del trato doble con que habia obrado Carrizo, rindió la vida al dogal, pasando por las angustias del suplicio; y porque Manarcima, ya que habia sido el interlocutor para las vistas, no quedase sin el premio que merecia su trabajo, le hizo cortar la mano derecha, pagándole con aquella inhumanidad no merecida la buena intencion, que debia ser estimada.

Esta crueldad de Carrizo, ejecutada mas á impulsos de la violencia, que á leyes de la razon, exasperó de suerte á los indios, que conociendo en la fuerza de su desventura, que ni rendidos encontraban descanso, determinaron por alivio, antes morir con valor en la guerra, que perecer con engaños en la paz; y tomando las armas con resolucion desesperada, dieron á entender á Carrizo con las obras los términos á que llega el despecho de una nacion ofendida, pues sin dejarlo sosegar en parte alguna fué tan repetida la molestia de emboscadas, asaltos, y acometimientos con que lo persiguieron, que hallándose desesperado con el teson de la hostilidad tan continuada, tomó por acuerdo desamparar el valle, y volverse á la ciudad, sin haber conseguido otro fruto de su temeridad inadvertida, que dejar amancillada su opinion con el descrédito que se siguió en su fama, é imposibilitada por entónces la pacificacion de aquellos pueblos rebeldes, que obstinó mas su crueldad.

CAPITULO XI.

ENTRA GARCI-GONZALEZ AL VALLE DE Tácata; trata con jenerosidad á los indios, y consigue por este medio el reducirlos.

MALOGRADA la reduccion de los indios de Tácata con las temeridades de Carrizo, como quiera que aquellos pueblos estaban encomendados en el repartimiento jeneral á Garci-gonzalez de Silva, para que los gozase en feudo, siendo el mas interesado en los atrasos de su pérdida trató de aplicar el hombro con empeño á solicitar los medios mas convenientes para poder pacificarlos, á cuyo fin el año siguiente de setenta y seis, (a) habiendo llevado sesenta hombres, entró con ellos al valle, determinado con la experiencia adquirida á que enmendase la clemencia lo que habia errado el rigor; pero como los indios, escarmentados de lo pasado, no se atrevian á fiar de ofrecimientos, aunque procuró satisfacerlos con buen modo, ofreciéndoles la paz, jamas quisieron hacer cara para admitir la propuesta; antes, resueltos á llevar adelante los progresos de la guerra, nombraron por jeneral de sus armas al Cacique Parayauta, que era el mas empeñado en la defensa, por haber sido el principal mototor para las muertes de Juan Pascual, y Diego Sanchez; quien reclutadas sus tropas, y dispuestas cuantas prevenciones le parecieron necesarias para salir con lucimiento de la obligacion en que lo tenia puesto su em-

(a) Año de 1576.

peño, haciendo menosprecio de los nuestros, y obstentacion de su delito dió en ponerse todas las mañanas sobre un peñasco á vista del alojamiento donde estaba Garci-gonzalez con su jente, y mostrando desde allí la espada que le habia quitado á Diego Sanchez, decia: yo soy Parayauta el que mató á vuestros compañeros, y si no os volveis presto á la ciudad tengo de hacer lo mismo con vosotros; volveos, pobres mal aventurados, que engañados de vuestra soberbia venis buscando la muerte, que os está prevenida en mi macana.

Bien quisiera Garci-gonzalez desde luego castigar la bárbara arrogancia del cacique, pero habia de por medio una quebrada, que estaba al pie del peñasco, cuya profundidad, no dando lugar para poder pasar á la otra vanda, sirvió los primeros dias de embarazo á sus deseos, hasta que viendo el desahogo con que aquel indio continuaba en publicar sus amenazas, determinó buscar forma para armarle con secreto una emboscada; á este fin salió una noche de su alojamiento con treinta hombres, y aunque á costa de grandísimo trabajo, por haber sido necesario caminar mas de dos leguas, y romper un pedazo considerable de montaña para descabezar la quebrada, que le servia de embarazo, consiguió antes del amanecer poner su jente de la otra vanda, casi á espaldas del mismo peñasco, en parte donde no podia ser vista, y mandando subir en un árbol á un indio Tarma de los que llevó consigo, para que sirviese de atalaya, y avisase cuando viniese el cacique, se estubo quedo esperando la ocasion para lograr su emboscada, en que no tuvo lugar de consumir mucho tiempo, pues á poco rato despues de haber amanecido hizo seña la vijia de que

venia Parayauta con mas de cien indios que le seguian armados; pero caminaba el bárbaro tan sobervio, y orgulloso, que adelantándose de los suyos divertido, se metió en la emboscada, solo sin reparar en Garci-gonzalez que con la espada en la mano le iba saliendo al encuentro, hasta que volviendo con casualidad la cara á tiempo que le descargaba el golpe, con jentil desembarazo dió dos ó tres pasos atras para tener lugar de dispararle una flecha; pero antes que pudiese llegar á batir la cuerda al arco se la tenia cortada Garci-gonzalez con un tajo, y asegundándole con otro, le dió una razonable herida en la cabeza, de que atormentado el cacique empezó á dar traspies, pidiendo amparo á los suyos.

Entónces los demas españoles, que estaban en la emboscada, salieron acometiendo á los indios, que presurosos, al ver herido á su cacique, ocurrian á la defensa; pero puestos con brevedad en confusion, y desórden, quedaron desbaratados por el valor de los nuestros, pasando Parayauta por la fortuna infeliz de prisionero; si bien como encontró con el magnánimo corazon de Garci-gonzalez no tuvo lugar de experimentar los efectos de semejante desgracia, pues usando de la jenerosidad de aquel espíritu noble, que le alimentaba el pecho, contra el dictámen de todos sus soldados, lo puso luego en libertad, haciéndole curar primero la herida de la cabeza: accion que fué bastante á conseguir el mejor exito que se pudiera esperar de aquella guerra, pues agradecido el cacique á bizarria tan hidalga, convocó á los demas principales de aquel valle, y persuadiéndolos con razones á que dejasen las armas, les obligó su respeto á que rendidos solicitasen la paz, saliendo voluntarios á

dar á Garci-gonzalez la obediencia; quedando por este medio reducidos con tanta facilidad aquellos pueblos, cuya pacificacion se habia tenido poco antes por muy dudosa: para que se reconozca que no hay nacion por bárbara que sea, á quien no obligue la suavidad, al paso que desespera el rigor.

CAPITULO XII.

INTENTAN LOS INDIOS DE SALAMANCA matar á Francisco Infante, y á Garci-gonzalez: defiéndese este con valor y libra de la muerte al compañero.

CONFIESO, que temeroso (y aun puedo decir que desconfiado) entro á tratar de la materia, que ha de servir de asunto á este capítulo; por ser punto muy sensible, para quien se precia de verdadero, verse obligado por la puntualidad que pide la historia, á referir algunos sucesos, que por lo raro de sus circunstancias pueda quedar en duda su certidumbre, necesitando del piadoso consentimiento del lector para su ascenso; pero hallando el presente acreditado con diferentes instrumentos auténticos, que con la antigüedad de mas de un siglo aseguran su relacion por evidente, y la asentada tradicion con que de padres á hijos se ha conservado hasta hoy en esta provincia por cosa particular la memoria de este suceso, fuera pasarlo en silencio defraudar injustamente a su dueño de los aplausos que merece accion tan grande, solo por la vana desconfianza que pudiera oriji-

nar la temida contingencia de un recelo; pues si las hazañas de Fernando Cortes, y las de Duarte Pacheco las hubiera dejado el temor de la incredulidad en en olvido, no hubieran llegado á eternizar sus nombres con la jeneral aclamacion que los celebra la fama, ni el uno hubiera conseguido ser asombro de las naciones de oriente, ni el otro la gloria de que sus arrestos hayan sido la admiracion del mundo; y asi, menospreciando los reparos, que pudieran dar motivo para acobardar la pluma, digo: que habiendo Garci-gonzalez de Silva retirádose á la ciudad despues de pacificado el valle de Tácata, (como queda referido en el capítulo antecedente) no teniendo por entónces en que ejercitar su valor, por hallarse ya sujetas, y reducidas todas las naciones que componian la provincia de Carácas, determinó con la seguridad que prometia la paz de que gozaban, dar una vuelta, por modo de paseo, el año subsecuente de setenta y siete (a) á los pueblos, que llamaban del partido de Salamanca, los cuales tenia en repartimiento de encomienda á medias con su cuñado Francisco Infante, á cuyo efecto convidado este, y otros dos soldados españoles, ejecutaron el viaje todos cuatro, sin recelar los movimientos que podian orijinarse en la mudable condicion de aquellos bárbaros.

Llegados á Salamanca fueron recibidos de los indios con muestras singulares de amistad muy verdadera, porque en realidad el buen tratamiento, y afable condicion que siempre habian experimentado en sus dos encomenderos no merecian otra cosa, que una correspondena

(a) Año 1577.

cia muy segura, y una voluntad muy firme; pero como no hay servidumbre tolerable para quien tiene en la memoria que en otro tiempo fué libre, bastó el considerarlos como dueños, para que su comunicacion les fuese fastidiando poco á poco; y como en algunas ocasiones se juntasen los caciques á divertir su desventura con el alivio de comunicar unos con otros los desconsuelos de su pena, fueron de las mismas conversaciones tomando ánimo para resolverse á solicitar como pudiesen la restauracion de su libertad perdida.

Y aunque para negocio tan árduo no dejaba de acobardarlos la consideracion de las dificultades que traia consigo la materia que emprendian, fueron tan eficaces las persuaciones, y consejos con que los animaba al rompimiento una vieja, llamada Apacuane, madre del Cacique Guasema, grande hechicera, y arbolaria, que atropellando por los riesgos que prevenia su temor, quedó determinada entre todos la sublevacion, á que habian de dar principio con la muerte de aquellos cuatro españoles; pero para conseguirla con mas seguridad, y menos susto, les pareció conveniente suspender la ejecucion, disimulando su intento hasta que llegase el tiempo en que estuviesen de próximo para volverse á la ciudad.

Vivia Garci-gonzalez con los otros compañeros en una casa, que habia hecho fabricar para el efcto en el alto de un repecho, que formaba la serrania á distancia moderada de los pueblos, y llegada la ocasion que deseaba la bárbara perfidia de los indios para lograr su maldad, la noche antecedente al dia en que habian de hacer su viaje subieron á la casa hasta doscientos Gandules,

escojidos entre los que tenian por mas valientes, dejando prontos á la mira otros dos mil, que habian convocado de toda la comarca, para que ocurriesen á la seña que les diese el alboroto; y ocultando la traycion premeditada con los serviles rendimientos de una voluntad finjida, dijeron á Garci-gonzalez iban á dormir allá, para irle por la mañana acompañando hasta dejarlo en la ciudad: atencion, que teniéndola su confianza por segura, la aceptó desde luego, sin recelo del daño que podia encubrir la anticipada prevencion de aquel cortejo.

Iban los indios al parecer, sin armas, por que no las llevaban manifiestas, pero todos prevenidos de haces de paja, y de leña para hacer camas, y fuego con que poder calentarse aquella noche, y entre ellos, con gran recato, llevaban escondidas las macanas, para valerse de ellas á su tiempo, sin que alguno de los cuatro españoles llegase á penetrar lo que tenia forjado la cautelosa malicia de sus huéspedes, antes con gran seguridad se echaron á dormir en sus hamacas; pero los indios, que con cuidado observaban los movimientos para aprovechar las ocasiones, luego que los sintieron dormidos se apoderaron de las espadas, y demas armas que tenian en la casa, para quitar la esperanza á la defensa, y embistiendo con Francisco Infante, y los otros dos soldados, que estaban mas á la mano, les dieron crueles heridas, á tiempo que Garci-gonzalez, despertando con el ruido que formó la bárbara confusion de aquel jentio, corrió á buscar su espada, llevando al brazo revuelta una frezada, que le habia servido de abrigo aquella noche para dormir en la hamaca; pero como no la hallase en parte alguna, apeló la necesidad al remedio mas

pronto que le permitió el aprieto, y echando mano de un leño de los que ardian en el fuego, encendido mas en cólera de lo que estaba en llamas el madero, embistió con sus contrarios, asegurando la vida en la resolucion de aquel arresto, pues convertida en furor su valentia, no daba golpe en que no fuese una muerte, ni hacia amenaza, que no causase una herida; de suerte, que no pudiendo los indios tolerar la repetida ejecucion de tanta ofensa, tuvieron por mejor cojerlo á manos, pareciéndoles mas fácil sujetarlo por medio de la multitud á una prision, que quitarle la vida á fuerza de armas; pero engañóles la cobarde presuncion de su confianza, porque si hasta allí habia obrado en Garci-gonzalez el valor, al ver que se multiplicaba con mayores peligros el aprieto, pasó á ser desesperacion, lo que habia sido defensa, pues habiéndolo cojido en peso los indios, y llevándolo cargado, acertó á alcanzar con la mano un acicate, que el dia antecedente habia él mismo colgado de un clavo en la pared, y cobrando nuevo brio con la ayuda de aquel instrumento débil, fueron tales los golpes, y heridas con que maltrató á los indios, jugando el acicate á un lado, y á otro, que se vieron obligados á soltarlo, saliéndose de la casa apresurados con atropellamiento tan violento, que no pudiendo caber todos por la puerta, derribaron con el tropel un lienzo del bajareque, que servia á la casa de pared.

Entónces Garci-gonzalez, no contento con haber hecho retirar á sus contrarios, acudió á desatar un perro de armas, que aquella noche, porque no hiciese daño á los indios (teniéndolos por amigos) lo habia mandado amarrar con una cadena á un poste; y como si

con aquella dilijencia hubiese adquirido esfuerzo para sujetar un mundo, armado con la frezada, el acicate, y el perro, salió á buscar á los indios, que á poca distancia de la casa se habian quedado parados, y rompiendo por medio del escuadron con mas braveza que un toro, sin que le acobardasen los golpes de las macanas con que le tiraban todos, iba hiriendo con desesperacion á unos, mientras el perro con coraje despedazaba á otros, atravesando de esta suerte ya por una parte, y ya por otra, dejando en todas las señales de su rabia rubricadas con sangre de sus contrarios en los destrozos que hacia, hasta que habiéndole dado un macanazo en las espaldas, que le obligó á incar en tierra ambas rodillas, viéndose ya postrado, y sin la ayuda del perro, porque ya se lo habian muerto, apeló á la pronta viveza de su injenio, y como si tuviera algunos soldados prevenidos para que pudieran socorrerle en aquel lance, levantó el grito, diciendo: ea, amigos, y compañeros, ahora es tiempo de acometer á estos perros, para que no se queden sin castigo, á cuyas voces poseidos los indios de un pánico terror, sin saber de quien huian, dando confusos alaridos, con precipitada fuga se echaron por una ladera abajo.

Libre Garci-gonzalez de aquel empeño en que lo habia metido su temeridad, volvió para la casa, á buscar á sus tres compañeros, á quienes hasta entónces no habia visto, ni le habia dado lugar la precision del aprieto para saber si estaban muertos, ó vivos, y hallándolos tendidos en el suelo, aunque con vida, reconoció estaban mortales, por las muchas heridas que tenian, pues solo Francisco Infante tenia doce, que siendo algunas de riesgo, causaban todas cuidado, por la abundancia de

sangre que vertian; y aunque Garci-gonzalez, no menos lastimado que los otros, se hallaba tambien con cinco heridas, una mano hecha pedazos, y el cuerpo todo acardenalado, y molido de los muchos golpes que le habian dado los indios, sin embargo, no desmayando su aliento enmedio de tantos riesgos, se quitó la camisa y los calzones blancos que traia puestos, y partiéndolos en tiras, fué ligando con ellas como pudo las heridas de Francisco Infante, y los demas compañeros, para ver si contenida la sangre con aquella aplicacion cobraban algun vigor para poder caminar, pues en aquel conjunto de peligros, de que se hallaban cercados, no habia otra esperanza en que afianzar el remedio, que intentar la retirada, dejando á la continjencia del suceso la fortuna de lograrla; á cuya resolucion determinados todos cuatro, salieron de la casa aquella misma noche, con ánimo de caminar cuanto pudiesen, fiados en la conveniencia que les ofrecia la obscuridad para hacerlo con recato; pero como Francisco Infante se hallaba tan desflaquecido con la falta de la sangre, y postrado al vehemente dolor que le causaban las heridas, apenas habian caminado media legua, cuando conociendo era imposible el pasar mas adelante, pues sentia que por instantes se le acababa la vida, les pidió á los compañeros procurasen asegurar las suyas, prosiguiendo en su camino sin detenerse á esperarlo, pues habiendo él de morir en breve de una manera, ú de otra, no se remediaba nada con que pereciesen todos, solo por acompañarlo, cuando valiéndose del vigor con que se hallaban, apresurando el paso podian conseguir la retirada antes que los indios los siguiesen.

CAPITULO XIII.

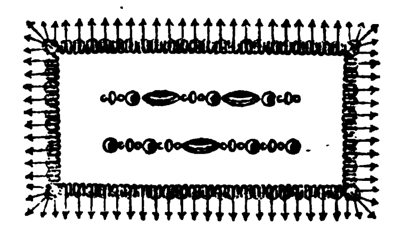
CARGA GARCI-GONZALEZ SOBRE SUS hombros á Francisco Infante; camina con él toda la noche hasta llegar á los Teques, donde amparados de los indios aseguran las vidas.

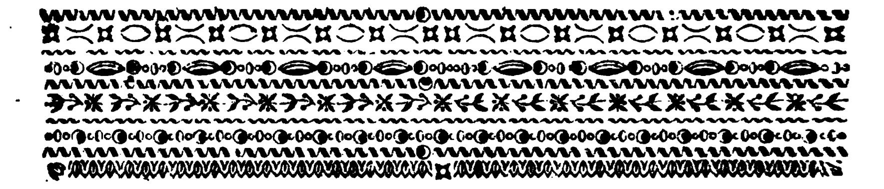
ERA Francisco Infante cuñado de Garci-gonzalez, por estar casados el uno con Beatriz, y el otro con Francisca de Rojas, ambas hijas de Pedro Gomez de Ampuero, y de Ana de Rojas, (á quien por pasatiempo mandó ahorcar el tirano Aguirre en la Margarita) y asi por este motivo, como por parecerle á Garci-gonzalez era descrédito de su valor, y desaire de su punto el dejar desamparado el compañero en el rigor de aquel lance, se determinó á la mas bizarra accion, que pudo caber en pecho noble, pues resuelto á perder la vida antes que dejarlo solo, viendo que era imposible el caminar por los repetidos desmayos que le daban, se lo echó sobre los hombros, y atravesando con él por aquellas serranias, con ser el camino bien fragoso se portó con tan singular aliento, que habiendo muerto fatigados del cansancio, y las heridas los otros dos compañeros, caminando él mas de tres leguas con Francisco Infante á cuestas, llegó al ir amaneciendo á la quebrada de los Paracotos, último término de la nacion Quiriquire, y principio de la habitacion de los Teques.

No bien habian desamparado la casa de Salamanca los cuatro aflijidos españoles, cuando determinados los indios á acabarlos de matar, volvieron á buscarlos otra

vez; pero encontrando acaso con el cuerpo del Cacique Guacicuana, á quien Garci-gonzalez habia quitado la vida á golpes del acicate, concibieron tal asombro al ver de aquella suerte muerto á su caudillo, que suspensos, mientras el espanto permitió lugar para el consejo, y el sentimiento daba tiempo al desahogo, lo tuvieron aquellos pobres heridos para llegar primero á Paracotos, pues aunque irritados despues determinaron seguirlos para vengar la muerte del cacique, aprovechó tanto la ventaja que habian ganado con el tiempo que les dieron para la retirada, que cuando los indios llegaron á asomar por lo alto de la loma, que cae sobre la quebrada, ya estaba Garci-gonzalez asegurado en la orilla de la otra vanda; y como los indios Teques, acérrimos enemigos de los Quiriquires, alcanzaron á descubrir los numerosos escuadrones de sus contrarios, que venian bajando por la loma, discurriendo (porque ignoraban la causa) que era invasion contra ellos, orijinada de su enemistad antigua, se dispusieron con presteza á la defensa, y juntos al estruendo con que tocaron á rebato sus fotutos, ocurrieron á la quebrada, para embarazarles el paso con las armas, donde encontrando heridos, desangrados, y mortales aquellos dos españoles, é informados de la traycion que habia dado motivo á sus desdichas, tuvo tal lugar la clemencia, aun en la agreste condicion de aquellos bárbaros que movidos á piedad, é irritados del trato doble, y aleve proceder de sus vecinos, tomaron por su cuenta el ampararlos, haciendo honroso empeño de favorecer con bizarria á los que habian maltratado sus contrarios con infamia; y despues que con gallarda oposicion, y ventaja conocida obligaron á los Quiriquires á

que se retirasen corridos, aplicando sus arbolarios la virtud mas activa de los simples que conocia su experiencia, y los antídotos mas eficaces que usaba su medicina á la curacion de las heridas de Francisco Infante, y Garcigonzalez, que con la ajitacion, humedades de la noche, y accidentes del camino, sobre haber sido siempre de peligro, se hallaban apostemadas, ulceradas, y corruptas, consiguieron asegurarlos del riesgo, dando lugar la mejoria, para que pasados cuatro dias, que fueron menester para el descanso, y tomar algun aliento, los pudiesen en hamacas transportar á la ciudad, donde fueron recibidos con el asombro que requerian las circunstancias del caso; y este fué el suceso memorable del acicate, que hasta hoy dura, celebrado en la comun admiracion de esta provincia por una de las hazañas mas gloriosas, que ejecutó Garci-gonzalez entre las muchas que eternizaron su memoria, para aplauso perpetuo de los triunfos, que consiguió en sus conquistas.





LIBRO SEPTIMO.

DE LA CONQUISTA, Y POBLACION DE LA PROVINCIA DE VENEZUELA.

CAPITULO PRIMERO.

SUJETA SANCHO GARCIA CON EL CASTIGO los pueblos de Salamanca: sale Garci-gonzalez de Silva en busca de los Carives, que amenazaban à Valencia; y viene D. Juan Pimentel à gobernar la provincia.

Al paso que fué celebrada en la ciudad la accion de Garci-gonzalez, asi por las circunstancias que le acreditaron grande entre las resoluciones de su brio, como por haber sido motivo para asegurar las vidas de dos vecinos tan amados como fueron en su tiempo él, y Francisco Infante; causó notable desconsuelo la inopinada sublevacion de aquellos pueblos, pues cuando se consideraba vencido ya el trabajo, y conseguido el descanso con la jeneral pacificacion de las naciones, manifestaba

aquella novedad el desamor, que vivia oculto en los corazones de los indios, para brotar en rompimientos siempre que la ocasion les ofreciese á las manos su melena.

Gobernaban por aquel tiempo la ciudad Juan de Guevara, y Francisco Maldonado, Alcaldes ordinarios de aquel año, por haber pasado á Coro el teniente Francisco Carrizo, y determinados á castigar con brevedad el atrevimiento de los indios, antes que con su ejemplar intentasen lo mismo otras naciones, aunque Garci-gonzalez de Silva, no bien sano de las heridas, pretendió se le cometiese, como ofendido, la expedicion de aquella entrada, para tomar por su mano satisfaccion de su agravio, no quisieron los Alcaldes convenir en su demanda, por no poner en riesgo conocido su persona, que mal convalecida todavia de los trabajos pasados, aun se hallaba con mucha parte de la salud perdida; y nombrando á Sancho Garcia, vecino principal, y de experiencia, salió de la ciudad con cincuenta soldados españoles, y algunos indios Teques, procurando ocultar su marcha con recato, para no ser sentidos de los indios; pero ellos prevenidos, teniendo por cierto que su delito habia de provocar la cólera española á procurar el castigo, habian cerrado los caminos con gruesos maderos, y desmontes para embarazar el paso; de suerte, que atajado por todas partes Sancho Garcia, no intentaba buscar vereda para su entrada en que no hallase un estorbo, hasta que vencidas las dificultades con trabajo, huvo de llegar al mismo pueblo donde se fraguó la traycion contra Garci-gonzalez, el cual halló desamparado, por haberse retirado los indios á lo mas oculto de las montañas; para

esperar asegurados los beneficios que les ofreciese el tiempo: causa, que movió á Sancho Garcia á ejecutar el castigo en lo insensible, talando las sementeras, y poniendo fuego á cuantas poblaciones encontraba, hasta que una mañana huvo de haber á las manos un indio, que los batidores de su campo hallaron escondido sembrando púas envenenadas en el camino, para que al pisar los nuestros quedasen heridos de la oculta traycion de aquel engaño, el cual puesto á tormento declaró, como los indios, animados con la noticia de que era corto el número de españoles que andaban destruyendo aquel partido, se hallaban determinados á probar fortuna con las armas, buscando oportuna ocasion de acometerlos, para cuya resolucion se habian de juntar aquella noche los caciques, y cabos principales en una quebrada, que á cuatro leguas de distancia de aquel sitio ocultaba en su centro una montaña.

Alegre con esta resolucion Sancho Garcia, marchó con su jente luego que anocheció para el paraje donde se hacia la junta, llevando al indio por guia, con promesa de darle libertad, y regalarlo como lo encaminase de suerte, que pudiese llegar sin ser sentido á la quebrada, para cojer á los caciques descuidados: oferta, que obligó de calidad al corazon de aquel bárbaro, que dejando las veredas principales, lo guió con tanto acierto por algunos atajos, y rodeos, que poco despues de media noche, penetrando la montaña, llegaron á dar vista á la quebrada, donde juntos para la citada conferencia se hallaban ya algunos caciques, é indios particulares, que harian por todos el número de quinientas personas; y Sancho Garcia aprovechando el tiempo, y la ocasion, sin detenerse á

mas que apellidar á Santiago acometió por todas partes á los indios, que turbados con la confusion de avance tan repentino, no hallaron otro remedio, que poner en la fuga su esperanza, retirándose atropellados al abrigo, que por entónces pudo ofrecerles una ceja de montaña, que guarnecia la quebrada, donde recobrados del primer susto intentaron defenderse; pero perseguidos de las repetidas cargas de flecheria con que los molestaban los Teques, nuestros amigos, desampararon el sitio, prosiguiendo con desórden precipitado en la fuga comenzada sin que fuesen bastantes á detenerlos las voces, y amenazas con que el Cacique Acuareyapa procuraba animarlos á que muriesen peleando; quien viendo lo poco que aprovechaba su dilijencia para confortar el desmayo de su jente, quiso dar á entender con arrogancia bastaba solo su valor para oponerse á los nuestros, y haciendo cara con una macana en la mano á los soldados, (que ya con la luz del dia iban siguiendo el alcance) encontró con Antonio de Villegas, á quien acometió con furia infernal para matarlo; pero reparando el golpe de la macana en el escudo, tuvo lugar para corresponderle con la espada, dándole un tajo por la cabeza, de que cayó en el suelo atolondrado; mas volviendo á levantarse sin desmayar, buscó segunda vez á su contrario, travándose entre los dos una porfiada batalla, hasta que otro soldado, llamado Figueredo, viendo apurado á Villegas, le dió por detras al cacique una estocada, que le quitó la vida, partiéndole el corazon.

Cansado Sancho Garcia de seguir el alcance de los indios se volvió á recojer con su jente á la quebrada, donde entre algunos prisioneros que se habian cojido

aquella noche, fué luego conocida de todos la india Apacuana, madre del Cacique Guacima, motora principal de aquel levantamiento, pues á la fuerza de sus consejos, y á la eficaz persuacion de sus razones se resolvieron los indios á la alevosa traycion que ejecutaron: delito, que no ignoraban los nuestros, y asi, para su castigo la mandó luego ahorcar Sancho Garcia, dejándola colgada donde la viesen todos, para que su cadaver moviese con el horror al escarmiento, ya que su voz persuadió á la maldad con la eficacia: accion en que consistió el sosiego total de aquella nacion rebelde, pues atemorizados los indios con el suplicio de Apacuana, y quebrantados con la pérdida de mas de doscientos Gandules, que perecieron aquella noche en la quebrada, aunque á los principios con el temor se retiraron todos á las serranias que estan de la otra parte del Tuy, volvieron poco despues á solicitar con rendimiento la paz, que habian menospreciado con arrojo.

Al tiempo que sucedia en la ciudad de Santiago lo que llevamos referido, se hallaban los vecinos de la Valencia bastantemente apurados con las continuas invasiones que padecian sus contornos de la bárbara crueldad de los Carives, que ansiosos por saciar el brutal apetito de comer carne humana, á que es naturalmente inclinada la fiereza de aquella nacion extólida, habian salido de las orillas del Orinoco, donde tienen su habitacion, y atravesando por los llanos hasta los partidos inmediatos á Valencia, no quedó pueblo ni rancheria en su jurisdiccion que no experimentase los lastimosos efectos de su furia, padeciendo la ciudad por instantes los sustos de entrar tambien á la parte en estos daños; y no tenien-

do fuerzas, por su poca vecindad, para oponerse al poder de tan crueles enemigos, ocurrió á dar cuenta de sus trabajos al Gobernador Mazariego, que á la sazon asistia en Coro, para que diese providencia á su remedio; quien considerando ser la ciudad de Santiago la que con mas prontitud podia asistir al socorro, envió órden á Garci-gonzalez de Silva, para que con la brevedad que requeria aquel aprieto tratase personalmente de aplicarlo.

Luego que Garci-gonzalez recibió el despacho del Gobernador, deseando desempeñar con el acierto la obligacion en que lo tenia puesto la confianza que se hacia de su persona, levó treinta caballos, y algunos indios amigos de los que le habia dado á conocer por mas valerosos la experiencia, y salió de la ciudad en busca de los Carives, con la noticia que tuvo de que se hallaban rancheados á espaldas de la laguna, que llaman de Tacarigua; y llegando á las orillas del rio Tiznaos, (donde por las señales que dejaron se conocia haber estado poco antes alojados) se ofreció á la vista un espectáculo, que moviendo á compasion, irritó los ánimos españoles á solicitar con mas empeño el castigo que merecia la bruta atrocidad de aquellos bárbaros, pues encontraron puestas sobre unas barbacoas con mucha órden cerca de doscientas cabezas, que habian dejado allí los Carives, de los indios que llevaban prisioneros, y en sus borracherias, y festines iban sacrificando, para saciar con sus cuerpos la bestial inclinacion de hartarse de carne humana, cuyo lastimoso objeto encendió tanto la cólera de Garci-gonzalez, que sin querer detenerse marchó á largas jornadas en su alcance, siguiéndolos ocho dias por el rastro, hasta que en las orillas del Guarico huvo de encon-

trar con ellos, á tiempo que acababan de destruir y convertir en cenizas una hermosa poblacion que adornaba sus riveras, de cuyos vecinos infelices tenian unos divididos en cuartos, otros asados ya para comerlos, y finalmente hecha de todos una carniceria formidable; pero por mucha priesa que se dió Garci-gonzalez á embestirlos, la tuvieron mayor ellos para acojerse á sus canoas, echándose por el rio abajo á salir guiados de su corriente al Orinoco, dejando burlada con la prevencion pronta de su fuga toda la dilijencia anticipada de los nuestros; si bien para desahogo de la cólera, y que no fuese en valde la jornada, todavia lograron la fortuna de poder aprisionar veinte y seis indios entre la confusion que tuvieron con la priesa de embarcarse, á los cuales mandó luego empalar Garci-gonzalez; y perdida la esperanza de conseguir por entónces otro fruto en aquella expedicion, se retiró con su jente á la ciudad.

Habia el Rey ya por este tiempo proveido por Gobernador, y Capitan jeneral de la provincia (para que sucediese á Diego de Mazariego) á D. Juan Pimentel, rama á quien el ilustre tronco de los condes de Benavente comunicó los explendores de nobleza, que vermejeaban en la roja insiguia de Santiago con que adornaba el pecho, y embarcándose en Cádiz en un navio que iba para Cartajena, tomó puerto en Caravalleda por fines del año de setenta y siete; fué este caballero el primer Gobernador que tomó posesion, y tuvo su asistencia en la ciudad de Santiago, á cuya imitacion todos sus sucesores, ó llevados del benigno temperamento de su clima, ó movidos de las conveniencias que ofrece la frecuencia de su trato, han residido en ella, adquiriendo

por este medio las prerogativas de cabeza de la provincia, con harto sentimiento de la ciudad de Coro, que despojada de este honor, que le dió su antigüedad, llora entre las cortedades que padece los ultrajes con que la ha tratado el tiempo, y los desprecios con que se ha burlado de ella la fortuna.

CAPITULO II.

ENVIA EL GOBERNADOR A GARCI-gonzalez á la conquista de los Cumanagotos: pelea con ellos en Chacotapa, y Unare: rómpelos en ambas ocasiones, pero no quedan rendidos.

TOMADA la posesion de su Gobierno por D. Juan Pimentel, empezó desde luego á aplicar todo su cuidado á las disposiciones políticas, y civiles de que necesitaba, como planta nueva, la ciudad de Santiago para su perfeccion, en que gastó todo el año de setenta y ocho, (a) sin atender por entónces á otra cosa; y entrado el de setenta y nueve, (b) para asegurar por todos lados la comunicacion, y afianzar la conveniencia comun de los vecinos, trató de poblar una ciudad en parte que sujetase á los indios Quiriquires: dilijencia, que encomendó á Garci-gonzalez, y embarazaron su efecto los accidentes del tiempo, pues hallándose ya pronto para salir á ejecutarla con cien hombres españoles, mas de cuatrocientos indios, y las demas prevenciones necesarias, fué pre-

(a) Año de 1578. (b) Año de 1579.

ciso aplicar este armamento á otra expedicion mas urjente, porque los indios Cumanagotos, altivos con la rota lamentable que dieron al Jeneral D. Diego Fernandez de Cerpa en que pereció aquel caballero con lo mas florido de la jente que trajo de España á su conquista, no contentos con defender su libertad, y hacer con el valor su reduccion impracticable, (como lo experimentó D. Garcia de Cerpa, que queriendo proseguir en las capitulaciones de su padre, conoció, bien á su costa, ser tan hijo de D. Diego en las desgracias, como lo fué en la sangre) dieron en salir al mar á infestar la navegacion con sus piraguas, y encontrando algunos barcos que iban de Caravalleda á rescatar perlas á la Margarita (en cuyo trato consistia por entónces el caudal de los vecinos de Santiago) los robaron, matando con inhumana crueldad toda la jente.

Pertenecia aquella provincia en aquel tiempo á esta Gobernacion de Venezuela, mediante á estar comprehendida en el distrito que hay entre Maracapana, y el cabo de la Vela, que fueron los términos, y lindes que le señaló el Emperador Carlos Quinto cuando la arrendó á los Belzares, y asi por esta razon, como por asegurar el comercio con la Margarita, que tanto importaba á los intereses públicos, sabido por D. Juan Pimentel el desbarato de los barcos, tuvo por mas conveniente acudir con tiempo al remedio de aquel daño, que divertir las fuerzas en operacion menos precisa, y asi mandó á Garci-gonzalez, que con la jente que tenia prevenida para poblar en los Quiriquires pasase luego á la conquista de los Cumanagotos.

Era la empresa arriesgada, por los desastres que la

habian hecho temida; pero como aquel espíritu guerrero de Garci-gonzalez aspiraba siempre á lo mas dificultoso, tuvo aquella ocasion por galanteo, en que le brindaba lucimientos su fortuna, y aceptándola gustoso, reclutados otros treinta soldados españoles, sobre los ciento que tenia prevenidos, dió principio á su jornada el dia seis de Abril del año de setenta y nueve, gobernando su derrota por caminos que discurrió mas seguros, aunque los consideró mas dilatados, pues huyendo de que los Cumanagotos tuviesen noticia de su entrada, dejó la vereda de la costa, que era la mas conocida, y formando un medio círculo para los valles de Aragua, atravesó por los llanos á entrar por el camino que hoy trajinan los que van de S. Sebastian á la nueva Barcelona, por donde al cabo de veinte dias salió á los pueblos del Cacique Querecrepe, á cuya vista acuarteló su campo á orillas de una laguna.

Habia pocos dias que era muerto aquel cacique, (en cuya amistad hallaron siempre gran favor los españoles) y teniendo noticia sus hijos (que eran tres) de la llegada de Garci-gonzalez, salieron el dia siguiente á visitarlo, cargados de un abundante regalo de las cosas comestibles que producia su pais: obsequio á que concurrieron tambien poco despues el cacique de los Palenques, el de Barutaima, los de la laguna de Cariamaná, y D. Juan Caballo, Señor de los partidos de Píritu, antiguo amartelado de la nacion española, y confirmada entre todos la amistad, para asegurar mejor con aquella alianza la conquista, prosiguió Garci-gonzalez en demanda de la costa, con ánimo de poblar en el mismo sitio que D. Diego de Cerpa tuvo fundada la ciudad de San-

tiágo de lós Caballeros, que era á orillas del rio de Guatapanare, por otro nombre, el Salado; pero habiendo salido á las riveras del mar muy á sotavento, le fué preciso caminar algunas leguas por la costa en demanda del paraje que buscaba para hacer su poblacion; y estando alojado una tarde en el sitio que llaman las juntas de Chacopata, llegaron á tomar puerto allí bien cerca de diez y ocho piraguas de los Cumanagotos, que en prosecucion de sus insultos habian salido á piratear al mar, y aunque al verlas venir para tierra se creyó fuesen unas canoas del Cacique D. Juan Caballo, en que se conducia parte de nuestro vagaje, y se habian quedado atras, reconocidas despues con evidencia por embarcaciones enemigas, mandó Garci-gonzalez ocupar una salina, y restinga de monte, que se formaba cerca de la playa de espesos tunales, y guazábaras, para que los Cumanagotos no pudiesen escaparse, y con el resto de la jente acometió á las piraguas, de que se apoderó con brevedad, porque las desampararon los indios, determinados á sustentar en tierra la batalla, que travada de una, y otra parte con empeño, se ensangrentó con el rigor de Marte la campaña, durando el combate con teson, hasta que postrados los indios, mas con el cansancio, que con el desaliento, favorecidos de la noche tuvieron lugar de retirarse al amparo de los tunales, y guazábaras, con pérdida de ochenta y tres Gandules, que quedaron muertos en la playa.

Quemadas las piraguas de los Cumanagotos, pasó Garci-gonzalez adelante hasta llegar al Salado; pero no hallando en todo aquel distrito sitio que le pareciese acomodado para hacer su poblacion, determinó, con pare-

cer de los mas principales de su campo, dar la vuelta á fundarla en Querecrepe, para asegurar allí su plaza de armas, y poder con mas conveniencia proseguir en la conquista; pero los indios, que ofendidos de la rota antecedente buscaban ocasion para el despique, hallándolo acuartelado una mañana en las riveras de Unare, dispararon de repente sobre el real innumerable multitud de flechas, rompiendo el aire al mismo tiempo las voces, atambores, y vocinas, con que en estruendo confuso hacian ostentacion del rompimiento, provocando á los nuestros á batalla.

Estaba á la sazon Garci-gonzalez oyendo misa en su tienda de campaña, y sin que lo alterase aquella novedad no prevenida, prosiguió sin movimiento en la asistencia de tan devoto ejercicio, hasta que acabando el Sacerdote, montó á caballo, y acompañado de Lázaro Vasquez, Martin Alfonso, Duarte Fernandez, y otros, ocurrió á las orillas del rio donde sonaba el rumor, por estar los indios de la otra parte, quedando de por medio entre unos, y otros todo el cuerpo de sus aguas, que bastantemente crecidas por entónces, no daban vado para poderse esguazar, por cuyo inconveniente estuvieron un breve rato sin hacer otra cosa, que responder con los arcabuces al disparo que hacian los indios con las flechas, hasta que un lebrel de nuestro campo, embravecido con el militar estrépito, se arrojó al rio para embestir con los indios: circunstancia, que advertida por Garci-gonzalez con reparo, le dió motivo para animar sus soldados, y diciéndoles: ea, amigos, este animal nos enseña lo que debemos hacer en este caso, hizo piernas al caballo, y con gallarda resolucion se entregó á la cor-

tiente para pasarla á nado, á cuyo ejemplo hicieron lo mismo los demas, saliendo todos con felicidad á la rivera contraria, donde jugando las lanzas, y los indios esgrimiendo las macanas, se encendió entre unos, y otros la batalla, que duró por espacio de tres horas, sin que manifestase Marte á quien mostraba favorable su semblante.

Eran cuarenta y siete los hombres de á caballo que habian seguido á Garci-gonzalez en el esguazo del rio, y los que mantenian el combate contra las tropas de mas de tres mil Cumanagotos, (a) porque el resto de la infanteria, detenido con el embarazo de la creciente del rio, no habia podido pasar á la otra vanda; pero inflamados los soldados con la emulacion de ver pelear á los otros, y empeñado á su capitan en aquel riesgo, dieron tantas vueltas á las orillas del rio, que hubieron de hallar parte por donde esplayándose sus aguas (aunque con algun trabajo) permitian comodidad para vadearlo; y llegando con deseo de restaurar el tiempo que habian perdido, ensangrentaron las espadas con desesperacion en aquellos cuerpos desnudos, que no pudiendo tolerar el estrago que padecian empezaron á desmayar en el aliento que habian tenido hasta entónces, á tiempo que los de á caballo, animados con el socorro que les dió la infanteria, vueltas las lanzas en rayos, acabaron de desordenar las escuadras enemigas, pues descompuestas del todo, confesaron su vencimiento con la fuga, dejando á los nuestros dueños de la victoria, y del campo.

(a) Batalla de Unare.

CAPITULO III.

FUNDA GARCI-GONZALEZ LA CIUDAD del Espíritu Santo en Querecrepe: vuelve en busca de los Cumanagotos: pelea con ellos diferentes veces, y sin conseguir su conquista se retira.

SIN mas dilacion que la que fué necesaria para curar algunos soldados, que quedaron heridos en la batalla, levantó Garci-gonzalez su campo de las riveras de Unare; y llegado á Querecrepe, en conformidad de lo que tenia determinado, pobló luego una ciudad, que intituló del Espíritu Santo, por haber hecho los autos para su fundacion en la octava de Pentecostes; y como su ánimo solo era, que le sirviese de plaza de armas aquella nueva poblacion, aunque para la formalidad de su gobierno nombró en ella Alcaldes, y Rejidores, quedó mas con las circunstancias de presidio, que con las apariencias de república, pues fabricado con brevedad un fuerte de maderos para defensa, y abrigo de los vecinos, dejó en él treinta soldados, á cargo de Juan Fernandez de Leon, á quien nombró por cabo, y con todo el resto de la jente volvió á salir á campaña á solicitar el fin que deseaba su conquista.

No ignoraban los Cumanagotos el ansia con que los habia de volver á buscar Garci-gonzalez; y como las dos rotas anteriores, que habian padecido de sus armas, mas los habia dejado enfurecidos, que amedrentados, observaban sus movimientos con cuidado, esperándolo por todas partes prevenidos; de suerte, que habiendo vuel-

to los nuestros al rio de Unare, por la parte que llaman los Palenques, al entrar en la montaña hallaron el camino abierto á mano, tan limpio y despejado, que se conocia haberlo hecho los indios de propósito, para dar á entender con aquella demostracion el poco temor con que se hallaban: bien penetró Garci-gonzalez, como práctico, el fin de aquel artificio, y que prevencion tan bien pensada no podia menos que ocultar algun engaño prevenido, y asi, advirtiendo á sus soldados caminasen con cuidado, marcharon con las armas en la mano hasta salir á una sabana pequeña, que encerraba en su centro la montaña, y apenas ocuparon su terreno cuando por todas partes los indios, que al abrigo de los árboles esperaban la ocasion, empezaron á descargar nubes de flechas, á que correspondieron los nuestros con repetidas cargas de arcabuceria; y sin detenerse allí, por ser el sitio peligroso, prosiguieron la marcha por el monte, peleando siempre con los indios, aunque con algun trabajo, porquė como el ánimo de los bárbaros solo habia sido encaminarlos al recinto de aquella corta sabana para cojerlos cercados, de allí para adelante tenian cerradas las veredas, y tapados los caminos de suerte, que fué menester irlos abriendo al paso que iban peleando; pero vencida la penalidad con la constancia que les infundia el valor, hubieron de llegar ya sobre tarde al pueblo de Utuguane, que hallaron ardiendo en llamas, porque los indios le habian pegado fuego, para privar á los nuestros de la comodidad que podian tener en él para alojarse.

Era el sitio de aquella poblacion muy desahogado, por estar plantada en un terreno limpio, y aunque falto

de agua, por haberse apoderado los indios de un jagüey, que servia para el abasto del pueblo, sin embargo determinó Garci-gonzalez acuartelarse en él aquella noche, por tener su jente fatigada con el calor, y cansancio de aquel dia: hallábanse los soldados impacientes con el tormento de la sed que padecian, y no pudiendo tolerar martirio tan insufrible, cuando estaba en sus manos el remedio, apelaron á las armas para buscar con ellas el alibio, y sin recelar los contratiempos que podia ocasionar la obscuridad, al primer tercio de la noche dieron sobre los indios que guardaban el jagüey, consiguiendo (aunque con bastante resistencia) hacerse dueños del agua, que adquirieron á costa de alguna sangre, y juntamente cojieron algunos prisioneros, de los cuales supieron como los Cumanagotos, fomentados de las armas auxiliares de los Chacotapas, Cores, y Chaymas, naciones confinantes, que habian llamado en su ayuda, se hallaban á poca distancia de aquel pueblo con ejército compuesto de doce mil combatiantes, determinados á mantener con las armas la libertad heredada, y sustentar con su sangre la estimacion adquirida.

Deseaba Garci-gonzalez reducir la suma de aquella guerra al lance de una batalla, donde quebrantado el orgullo de aquella nacion sobervia, perdiese los brios que le infundia su altivez; y viendo que se le venia á las manos la ocasion para conseguir el fin que habia formado en su idea, marchó el dia siguiente por la mañana, guiado de los prisioneros, en busca de los Cumanagotos, á quienes á poco mas de legua y media de camino encontró alojados en una hermosa llanada, que servia de asiento á la poblacion del Cacique Cayaurima: eran (se-

gun se demostraban á la vista) bien numerosas las tropas enemigas, y resuelto Garci-gonzalez á embestirlas, dividió su jente en dos escuadras; la una, en que entraba Juan de Gamez, Jerónimo Baquedaño, Rodrigo de Leon, Alonso Camacho, Antonio de Lima, Juan Garcia Carrasco, y otros, reservó á la disposicion de su gobierno esta; y la otra, que se componia de Martin Alfonso, Tomas Diaz, Juan Sanchez, Hernando Marcelo, Hernando Gutierrez, y el resto de sus soldados, encomendó á Lázaro Vasquez, afianzando en el valor que experimentaba en sus compañeros el desempeño de aquella resolucion, en que consistia el crédito de la conquista á que aspiraban todos.

Eran las diez del dia cuando Garci-gonzalez, antes que los indios tuviesen tiempo de formar sus escuadrones, atacó la batalla por dos partes, cojiendo enmedio el grueso del ejército contrario; pero ellos con la mejor forma que pudieron prevenir al uso de su milicia, formaron dos frentes á su campo, (a) para recibir con igualdad el acometimiento de los nuestros, y poblando unos el aire de saetas, mientras otros con el restallar de las hondas al disparo de las piedras, llenaban de estruendo la campaña, hicieron rigorosa la defensa, sin que el tropel de los caballos, el golpe formidable de las lanzas, ni la continua descarga de los arcabuces, les obligase á descomponer la planta en que se habian formado, hasta que pasadas ya mas de dos horas se fueron desfilando poco á poco, retirándose al abrigo de la poblacion de Cayaurima: estratajema que con toda su experiencia militar no

(a) Batalla de Cayaurima.

penetró Garci-gonzalez, pues empeñado en seguir el alcance, se metió sin reparo dentro del pueblo; mas como la retirada de los indios encubria una simulacion muy prevenida, apenas lo vieron dentro pegaron fuego por todas partes á las casas, y saliéndose otra vez á la sabana, lo dejaron cercado entre la confusion, y el incendio, donde se quemaron seis soldados, y alguna jente de servicio, siendo necesaria toda la actividad de Garci-gonzalez, para que con miserable estrago no pereciesen todos.

Este contratiempo, nacido del poco reparo de los nuestros, empezó á enjendrar alguna desconfianza del exito favorable que se habian prometido en la conquista; pero no obstante, resuelto Garci-gonzalez á proseguir en ella aunque contra la voluntad de sus soldados, siguió la marcha hasta llegar á las cabañas de Píritu, perseguido siempre de los Cumanagotos, que ufanos con el buen suceso antececente, no perdian ocasion de molestarle, acometiéndole emboscadas en cuantos pasos podian tener comodidad para lograrlo; agregándose á esta molestia continuada la fatiga de la ardiente sed que abrasaba á los soldados, porque siendo el temperamento en estremo caloroso, el terreno árido, y seco, y por consecuente escaso de aguas, los indios con malicia anticipada habian cegado algunos pozos donde pudieran hallarlas.

Esto obligó á Garci-gonzalez á pasar sin detenerse á Chacotapa en busca de un jagüey, que llamaban de Arará, ó Macoran; y aunque tuvo la fortuna de hallar el agua descubierta para refrijerio de su jente, que perecia con la sed, fué á costa de una desgracia, pues al atravesar un matorral espeso de mayales, que habia cerca de la

playa, le mataron los indios de un flechazo á Juan Fernandez Morillo, uno de los mejores soldados que llevaba á quien el corazon con presajios parece habia anticipadamente prevenido su desdicha, pues al salir de Querecrepe dijo á todos sus amigos, que fijamente sabia no habia de volver con vida de aquella entrada, porque diferentes veces se le habia puesto en la imajinacion, que lo habian de matar en Chacotapá; é instándole sus camaradas á que pidiese licencia al capitan para quedarse, pues habia de andar siempre contristado con la desconfianza del agüero, les respondió: no permita Dios que por temor de la muerte desampare yo á mis compañeros, ni falte á lo que es de mi obligacion; y la supo cumplir tan bien que atropellando los anuncios de su muerte, sacrificó por víctima la vida en las aras del valor.

Puesto el campo español en Chacotapa, llamó Garci-gonzalez á consejo, sobre la determinacion que debia tomar segun el estado en que se hallaban sus armas; y aunque premeditadas las circunstancias de la falta de bastimentos que padecian, la esterilidad del terreno que pisaban, y lo fatigado de aquel campo, con la molestia de marchas tan trabajosas, sobre el ser tan corto el número de jente de que se componia para querer contrastar las fuerzas de un enemigo poderoso, fueron todos de parecer, era lo mas conveniente desistir de aquella conquista por entónces, retirándose á Querecrepe, hasta que el tiempo ofreciese ocasion mas oportuna para poder proseguirla; sin embargo Garci-gonzalez, oponiéndose al dictámen de sus soldados, estrañó la proposicion de retirarse, á que no estaba acostumbrado su valor, sin ver el fin de las esperanzas, en que empeñaba su opi-

nion; y despreciando los reparos que alegaban para dar fundamento á la propuesta, se determinó á llevar adelante la conquista: resolucion, que disgustó mucho á los que intervinieron en la junta, y no faltó quien con alguna alteracion en la voz, y en las acciones le dijese, que si se hallaba en ánimo de anteponer su gusto á lo que dictaba la razon, pudiera haber escusado el pedirles parecer, y juntarlos á consejo; pero cuando mas empeñado en su opinion procuraba persuadir á sus soldados las congruencias de seguirla, un nuevo accidente le obligó á desistir de ella, y convenir desde luego en lo que mas repugnaba, porque todos los indios que como amigos le asistian por auxiliares, y los que le acompañaban para el servicio del campo, ó cansados de las inescusables molestias de la guerra, ó llevados del temor que habian concebido de los Cumanagotos, se le huyeron una noche, dejándolo sin guias, y tan imposibilitado para mantenerse en la conquista, que á impulsos de la necesidad se vió precisado á abandonarla, y volverse á Querecrepe.

CAPITULO IV.

DESPUEBLA GARCI-GONZALEZ LA CIUdad del Espíritu Santo: entra en los Quiriquires, donde, aunque la funda de nuevo, no permanece: retirase á Santiago, y padece la provincia una gran peste de viruelas.

CUANDO Garci-gonzalez llegó de retirada á su nueva ciudad del Espíritu Santo, halló en ella un despacho del

Gobernador D. Juan Pimentel, en que le prevenia, que si la pacificacion de los Cumanagotos no estuviese en estado de poderse fenecer con brevedad, la desamparase luego, y despoblando la ciudad que habia fundado, pasase á conquistar los Quiriquires, aplicando aquel armamento al fin que se destinó primero, porque atendidas las resultas de una, y otra expedicion, eran mas apreciables las que se prometia de la fácil sujecion de estos que las que se podian esperar de la dilatada conquista de los otros; y como en la observancia de este precepto venia incerto lo mismo que apetecian, por el desabrimiento con que miraban ya aquella jornada, á quien habia hecho desagradable la constante resistencia de los Cumanagotos, ejecutaron sin repugnancia alguna el mandato del Gobernador, y despoblando la ciudad, (aunque debajo de aquellas protestas que suele usar el pundonor en estos casos para quedar con aire) atravesaron por los Tumusas, y valle de Caucagua á salir á la provincia de los Quiriquires, en cuya docilidad halló tan buen recibimiento Garci-gonzalez, que sin necesitar valerse de las armas volvió á restablecer su desgraciada ciudad del Espíritu Santo, poblándola nuevamente en el asiento de una loma, que cae á las vertientes del rio Itecuao; pero conociendo despues los indios, que la intencion de los españoles, segun la poblacion que habian trazado, era de permanecer en aquel sitio, quedándose á vivir entre ellos pareciéndoles mala su vecindad para perpetua, y haciendo su operacion la desconfianza, convirtieron toda la amistad en rebeldia, con odio tan implacable, que la buena correspondencia que habian tenido hasta allí, paró en una guerra declarada, pues á cara descubierta em-

pezaron á practicar cuantas hostilidades pudieron discurrir por eficaces para librarse de la pesada carga de los huéspedes, sin perdonar asaltos, ni emboscadas, hasta asaltar sus sementeras ellos mismos, porque no se aprovechasen los españoles de sus frutos para el sustento.

Esta sublevacion tan jeneral obligó á Garci-gonzalez á sacar sus armas á campaña, y correr todas las quebradas, y retiros donde se acojian los indios, para darles á entender con el castigo la indignacion á que le habia provocado su perfidia, y restaurar con el rigor, lo que habia malogrado la blandura: dilijencia, que practicó con teson, y consiguió con fortuna, pues consternados los Quiriquires á vista de los suplicios, que ejecutó en los mas culpados, pasando á unos por los tormentos del dogal, y á otros por la violencia del cuchillo, pidieron rendidos el perdon, ofreciendo para satisfacion de su culpa, perpetua sujecion al vasallaje, y segura constancia en la obediencia; de cuya promesa satisfecho Garci-gonzalez, no teniendo por entónces mas que hacer para el seguro de la ciudad recien fundada, electos Alcaldes, y Rejidores, que atendiesen á la conservacion de su gobierno, nombró por su Teniente á su Alferez mayor Pedro Gonzalez, y con mas celeridad de la que pedia la ocasion, acompañado solo de sus criados, dió vuelta á la ciudad de Santiago, asi por hacer relacion al Gobernador D. Juan Pimentel de lo que habia obrado en la conquista, como por pedirle facultad para repartir los indios entre los pobladores, pareciéndole mas conforme á la razon ordenase la distribucion de las encomiendas, quien habia sido testigo de los servicios de todos, para que correspondiendo á los méritos el premio,

ni tuviese lugar el agravio, ni cabimiento la queja.

Esta ausencia intempestiva de Garci-gonzalez fué la ruina total de la nueva ciudad del Espíritu Santo, por que faltando su asistencia al mejor tiempo; faltó con ella el respeto, y veneracion, que mantenia en paz, y correspondencia los vecinos, pues no siendo bastante la autoridad de Pedro Gonzalez para atajar en sus principios algunos movimientos de discordia, dió lugar, para que cobrando cuerpo los disgustos, se fuesen convirtiendo en discenciones; de suerte, que desavenidos, y mal satisfechos unos de otros, llevados del ardor de sus pasiones, fueron desamparando la ciudad, mudándose unos á vivir á la Valencia, y retirándose otros á Santiago; de calidad, que no atreviéndose los pocos que quedaban á sustentar la poblacion por miedio de los indios, la abandonaron de una vez, dejándola desierta: contratiempo, que sintieron con extremo, asi el Gobernador, como Garci-gonzalez, viendo malogrado en un instante el fruto de sus fatigas, y desvanecida la planta, en que fundaban la gloria de sus aplausos: y aunque determinados á restaurar lo perdido, trataron de volver á dar forma para restablecer con mas fundamento la fundacion de su ciudad desgraciada, cuando mas empeñados se hallaban en aplicar los medios para el logro eficaz de sus intentos un nuevo accidente, acaecido en la provincia por entónces, lo embarazó de suerte, que perdida la esperanza, les obligó á dejar de la mano la materia, suspendiendo la ejecucion para ocasion mas oportuna: y fué el caso, que llegó por este tiempo, que ya era el año de ochen-

ta, (a) al puerto de Caravalleda un navio Portugues, que venia de arribada de las costas de Guinea; y no habiéndose hecho reparo á los principios de que venia infestado de viruelas, cuando se advirtió en el daño fué cuando no tuvo remedio, pues siendo achaque que nunca se habia padecido en estas partes, cundió con tal violencia, que encendido el contajio entre los indios, hizo tan jeneral estrago, que despobló la provincia, consumiendo algunas naciones enteras, sin que de ellas quedase mas que el nombre, que acordase despues la memoria de su ruina: fatalidad de las mayores que ha padecido esta Gobernacion desde su descubrimiento, pues convertida toda en lástimas, y horrores, hasta por los caminos y quebradas se encontraban los cuerpos muertos á docenas, sin que por todas partes se ofreciese á la vista otra cosa, que objetos para la compasion, y motivos para el sentimiento; y porque este fuese mas grande, y llegase á su mayor aumento el desconsuelo, sucedió al mismo tiempo la desgracia de morir en Coro el Sr. Obispo D. Fr. Pedro de Agreda, Prelado á todas luces venerable, y que en veinte años que gobernó esta diócesi supo con su integridad, su mansedumbre, y prudencia conservar la jeneral benevolencia de sus súbditos, siendo su natural agrado el iman con que atraia los corazones de todos: causa, para que fuese su falta mas llorada, por ser en ocasion que mas necesitaba la provincia de su vida para alivio del rigoroso mal que la allijia, pues creciendo este por instantes, sin que la dilijencia hallase en las medicinas humanas el remedio, era cada dia con mas violencia

(a) Año 1580.

su aumento; hasta que entrado el año de ochenta y uno, (a) sin que cesase la mortandad, ni minorase el contajio, ocurrió la ciudad de Santiago á buscar recurso á su trabajo en los socorros divinos, y votando por su patron y tutelar á S. Pablo primer Hermitaño, fué tan eficaz su proteccion, que milagrosamente desde luego se empezó á experimentar la sanidad; en cuyo agradecimiento, para recuerdo perpetuo del beneficio recibido, fabricó la ciudad un templo á su memoria, conservando hasta hoy la piadosa costumbre de asistir capitularmente todos los años el dia quince de Enero á celebrarle fiesta, y rendirle las gracias en su iglesia.

CAPITULO V.

AMENAZAN LOS CARIVES A LA CIUDAD de Valencia: sale Garci-gonzalez en su busca, y hallándolos en el Guarico los derrota.

SOSEGADA la tempestad en que se vió sumerjida la provincia con el violento rigor de la epidemia, empezó á respirar de su fatiga; si bien quedó tan quebrantada, y consumida con la falta de los indios, que sin poder volver en sí, hasta el dia de hoy se conocen los efectos de aquel daño, á que procuraron ocurrir los vecinos por entónces, aplicando los remedios que tuvo por convenientes la providencia política, en cuyas disposiciones pasado el año de ochenta y dos, (b) y entrado el de ochenta y tres, (c) los halló D. Luis de Rojas, caballero Madri-

(a) Año de 1581. (b) Año de 1582. (c) 1583.

leño, que nombrado para suceder á D. Juan Pimentel en los cargos de Gobernador, y Capitan jeneral de la provincia, llegó por el mes de Octubre al puerto de Caravalleda, y en su compañia el Sr. D. Fr. Juan de Manzanillo, relijioso Dominico, á quien su Majestad desde el año antecedente habia presentado por Obispo en lugar del Sr. D. Fr. Pedro de Agreda, (a) y fué el primer prelado que asentando su residencia en la ciudad de Santiago, dejó ejèmplar á los demas para que hiciesen lo propio, empezándose á fraguar desde aquel tiempo la máquina que se ejecutó despues, y consiguió á los cincuenta y cinco años el Sr. D. Juan Aburto de la Mata, trasladando la catedral de Coro á la ciudad de Santiago.

Puesto D. Luis de Rojas en la posesion de su Gobierno, volvieron á reverdecer en Garci-gonzalez los deseos de restaurar con nueva planta su poblacion perdida; pero aunque el Gobernador, enterado de la importancia de su pretension, se hallaba determinado á fomentarla, las ocurrencias del tiempo mudaron las cosas de suerte, que hubieron de tomar otro temperamento muy distinto; porque habiendo los Caribes del Orinoco vuelto á salir á los llanos á caza de hombres, como pudieran de fieras, destruidas algunas poblaciones de indios, que encontraron en los esteros, y caños de los rios llegaron con sus incendios, y crueldades á infestar las cercanias de la ciudad de Valencia, que temerosa con la vecindad de tan inhumano enemigo, ocurrió á pedir socorro al Gobernador, representando su peligro; y como la precision de esta urjencia requeria pronto el re-

(a) Jil Gonz. Thc. Ecclesiast.

medio, se halló precisado D. Luis de Rojas á valerse de la experiencia, y valor de Garci-gonzalez, para que tomase por su cuenta el aplicarlo: confianza, que apreciada con estimacion de aquel corazon bizarro, le obligó á deponer sus intereses, sin tratar mas de la poblacion que pretendia reedificar en los Quiriquires, para asegurar en ella el premio de los afanes que padeció en su conquista.

Determinado, pues, Garci-gonzalez á la expedicion contra los indios Carives, en lo que habia empeñado su misma reputacion, salió de la ciudad con sesenta infantes, veinte caballos, y cien indios Arbacos, que conducia á sus órdenes el Cacique Querepana, y encaminándose á los llanos, tomó la marcha en busca del rio Guarico, cuyas riveras servian de alojamiento á los Carives, para formar de allí sus invasiones; pero como no sabia la parte fija donde podria encontrarlos, deseando tener alguna luz anticipada para poder gobernarse, cojió la delantera con diez y seis caballos, y sesenta indios Arbacos, dejando órden á Pedro Alvarez Franco, para que con el resto de la jente le fuese siguiendo por el rastro; y habiendo caminado de esta suerte, llegó el dia siguiente á media noche á las orillas del Guarico, en ocasion tan oportuna, que á la luz de una candelada, que ardia en la playa pudo descubrir cuatro Carives, que dormian bien descuidados: accidente, que le franqueó sin trabajo la noticia que deseaba, pues aprisionados los indios declararon sin apremio, que á cuatro leguas de allí, amparados de las barrancas del rio, tenian su principal alojamiento los Carives, cuyo número llegaba á seiscientos hombres de armas.

No faltó entre los soldados quien con esta relacion instase á que sin dar tiempo á que los Carives los sintiesen pasasen aquella misma noche á acometerlos; pero Garci-gonzalez, que deseaba asegurar el lance, sin que lo malograse el arrojo de una resolucion imprudente, despreciando la propuesta, como dictada de una inconsideracion temeraria, determinó hacer alto en aquel sitio hasta que llegase el resto de su campo, que habia quedado atras; y habiéndose incorporado al otro dia, por la dilijencia con que Pedro Alvarez Franco aceleró la marcha, luego que entró la noche, guiados de los indios prisioneros, partieron todos juntos en busca de los Carives, que ignorantes de que pudiese haber españoles por allí, vivian tan descuidados, que el Cacique, y principal caudillo que gobernaba sus tropas habia salido aquella madrugada por las orillas del rio á divertirse cazando; y encontrando de repente con los nuestros, aunque la novedad de aquel accidente no pensado lo dejó algo suspenso por un rato, echando despues mano á las armas, disparó con gran presteza tres, ó cuatro flechas contra Garci-gonzalez, que caminaba delante, y pasándole con una el sayo de armas, le atravesó (aunque al soslayo) por un muslo, á cuyo golpe enfurecido, batió los acicates al caballo, y pasándole el pecho con la lanza, le derribó muerto en tierra.

Este principio favorable fué anuncio de la felicidad que coronó el suceso, porque llegando los nuestros á descubrir poco despues la rancheria donde se alojaban los Carives, al ver la cabeza del cacique, que puesta en una lanza llevaba un soldado enarbolada por tr[illegible] tándoles el ánimo, empezaron á defenderse co

y aunque las persuaciones con que procuraba alentarlos un hijo del difunto á que vengasen la muerte de su padre fueron estímulo, para que acordándose del valor se fuesen empeñando con mas brio, sucedió para ruina total de sus escuadras, que corriendo Garci gonzalez tras de un indio, (a) que sobresalia entre todos, asi en la robustez desmesurada de su cuerpo, como en la destreza con que jugaba las armas, metió el caballo las manos en un hoyo, y con la violencia que llevaba, al tropezar despidió al jinete de la silla, quedando tan furioso con el espanto que recibió al caer Garci-gonzalez, que faltándole la sujecion del freno, no fué posible detenerlo, y rompiendo por el escuadron de los Carives, con los relinchos, y corcobos los desordenó de suerte, que tuvieron lugar Damian del Barrio, Alonso Camacho, Alonso Ruiz, Juan Garcia Carrasco, Andres Gonzalez, Alonso Perez de Valenzuela, Tomas Gonzalez, Francisco de Nava, Flores Rondon, y los demas soldados de á caballo de ejercitar bien las lanzas, causando estrago miserable en el descompuesto escuadron de aquellos bárbaros, que divididos en piezas al corte de las espadas con que los infantes por su parte los perseguian, tambien encarnizados, dejaron sembrada la campaña de horrores, y de cadáveres, pagando con la libertad, ó con la vida los insultos, y crueldades que en las naciones vecinas tenia ejecutadas su impiedad, pues quitando algunos pocos que tuvieron la fortuna de acojerse á las canoas, que tenian ancoradas en el rio, los demas, ó pasaron por el amargo trance de la muerte, ó experimentaron el trabajo de una triste escla-

(a) Batalla del Guarico.

vitud, á que quedaron condenados para siempre.

CAPITULO VI.

PUEBLA SEBASTIAN DIAZ EN LOS Quiriquires la ciudad de S. Juan de la Paz: atraviesa despues la serrania, y funda en los llanos la de S. Sebastian de los Reyes.

GLORIOSO Garci-gonzalez con la rota de los Carives, dió la vuelta á la ciudad de Santiago á disfrutar en aplausos el premio que merecian sus fatigas; y aunque el Gobernador D. Luis de Rojas, deseando perfeccionar la conquista de los Quiriquires, le franqueó desde luego con jenerosidad el permiso, para que volviese á restaurar su poblacion perdida, ó cansado de tan repetidas jornadas, ó porque á la verdad miraba ya con desconfianza aquella expedicion en que tan mal le habia corrido la fortuna, no quiso meterse en ella, pretextando algunos motivos razonables, que acreditasen por lejítima su escusa; y como su respeto habia sido el embarazo para que ninguno se atreviese á sacar la cara á pretenderla, viendo que él se desistia empezaron muchos á solicitarla con empeño, siendo el principal de todos Sebastian Diaz de Alfaro, natural de S. Lucar de Barrameda, á quien se la concedió el Gobernador, prefiriéndolo á los demas, por la conocida ventaja de sus méritos, y haber sido de los capitanes que acompañaron al Jeneral Diego de Losada en su conquista.

Ya era el año de ochenta y cuatro (a) cuando Sebastian Diaz acompañado de Mateo Diaz de Alfaro, su hijo, Melchor de San-juan, Juan Fernandez Trujillo, Mateo de Laya, Melchor de Leon, Hernando Gomez, Alonso Garcia Pineda, Diego de Ledesma, Juan Rodriguez Espejo, Bartolomé Sanchez, Frutos Diaz, Gaspar Hernandez, Cristóbal Suarez, Vicente Galeas, Cristóbal Quintero, y otras personas conocidas, hasta el número de ochenta, y llevando por capellan á un clérigo, natural de Badajoz, llamado Alonso Lopez de San Martin, entró en los Quiriquires, cuya provincia halló tan sosegada, manteniendo la sujecion en que la dejó Garcigonzalez, que sin experimenetar operacion que desdijese de una obediencia rendida, fué recibido de los caciques con demostraciones, y agasajos, que manifestaban sin doblez la sinseridad de su buen ánimo; y como el fin principal de su jornada era solo á poblar, no habiendo encontrado en los indios embarazo que pudiese retardar la ejecucion, fundó en las orillas del rio Tuy (cuatro leguas mas abajo de donde junta sus aguas con el Guaire) la ciudad de S. Juan de la Paz, (b) queriendo dejar vinculada en este nombre la memoria de haber logrado su intento sin desenvainar la espada.

Fué célebre esta ciudad en sus principios, prometiendo la prosperidad con que empezó á florecer muy distinto paradero del que esperimentó despues en los desvios con que la trató inconstante su fortuna, pues habiéndose descubierto en su jurisdiccion las minas de Apa y Carapa de tan opulenta riqueza, que en los dos meses

(a) Año 1584.

(b) Ciudad de S. Juan de la Paz.

primeros de su beneficio se sacaron cuarenta mil castellanos de oro de veinte y tres quilates, se tuvo por sin duda, que el cebo del interes fuese atractivo para que se aumentase su vecindad, y creciese su grandeza; pero aquella felicidad fué un relámpago que se apagó cuando empezaba á lucir, porque reconociéndose despues ser el temperamento muy enfermo, por las muchas humedades del terreno, y embarazar las montañas que la rodeaban á que la bañase el aire, á que se añadia ser tan frecuentes la aguas, que solia pasarse un mes entero sin ver el sol, en un continuo llover, se fueron desabriendo los vecinos; y anteponiendo la salud (que ya lloraban perdida) á las conveniencias que pudieran adquirir en la labor de las minas, la fueron desamparando con tal priesa, que antes de los dos años quedó del todo despoblada, perdiéndose con el transcurso del tiempo hasta la memorio del paraje donde se sacaba el oro; porque aunque el Gobernador Sancho de Alquiza el año de mil seiscientos y seis, teniendo noticia de aquella riqueza malograda, trató de su benficio, experimentándose los mismos inconvenientes que antes, no se pudo lograr su permanencia, y se dejó del todo abandonada; dando motivo á muchos, para que algunos años despues consumiesen el tiempo, y el dinero en procurar descubrirla, pero siempre sin provecho, porque nunca pudieron encontrarla, hasta que el año de mil seiscientos y noventa y ocho, gobernando la provincia D. Francisco de Berrotaran (Marques que fué despues del valle de Santiago) se dedicó á buscarla con empeño, y guiándose por el derrotero de algunos nombres, y señales que se hallaron en instrumentos antiguos, huvo de dar con las casas, y

otros vestijios del tiempo en que se sacaba el oro; pero recreciéndosele á este caballero contradiciones, y pleitos muy reñidos sobre la posesion de aquellas tierras donde intentaba poblarse, para entablar con toda formalidad el beneficio, quedó tan disgustado, que sin proseguir mas adelante dejó suspensa la materia, y malogrado el trabajo, privándose la provincia de la utilidad comun á que habia tirado su buen zelo.

Poblada la ciudad de S. Juan de la Paz con tanta felicidad como hemos dicho, dejó Sebastian Diaz para su manutencion los vecinos que le parecieron necesarios, y con el resto de su jente atravesó la serrania que cae á la parte del sur, y salió al piélago inmenso de los llanos, (cuya lonjitud, corriendo por mas de cuatrocientas leguas, llega á confinar con las opulentas provincias del Perú) tierras muy propias, y adecuadas para criazones de ganados, por la substancia de sus pastos, y cualidades de sus aguas, como lo ha mostrado la experiencia en los increibles multiplicos que se logran: esta conveniencia, sobre las muchas que ofrecia la fertilidad, y hermosura de aquel pais, obligó á Sebastian Diaz á tratar de poblarse en él para gozarlas de asiento; y siendo la determinacion no repugnante al gusto de los soldados, que aficionados al terreno solicitaban lo propio, con aprobacion de todos fundó el año de ochenta y cuatro la ciudad de S. Sebastian de los Reyes, (a) cuyos primeros Rejidores fueron Bartolomé Sanchez, Frutos Diaz, Gaspar Fernandez, y Mateo de Laya; escribano de Cabildo, Cristóbal Suarez; y sus primeros Alcaldes ordi-

(a) Ciudad de S. Sebastian de los Reyes.

narios Hernando Gamez, y Diego de Ledesma.

Demora esta ciudad á la parte del sur, distante cincuenta leguas de la ciudad de Santiago; y aunque asistida de muy corta vecindad, por no haberla dado lugar al crecimiento la facilidad con que sus habitadores la han mudado á diferentes partes, huyendo de algunas inconveniencias que embarazaban su aumento, sin embargo mantiene su poblacion, conservando en la expresion de su nombre el recuerdo de lo mucho que debió á su noble fundador: cójese en su distrito el cacao celebrado de Orituco, que tanto apetecen para su regalo los hombres de buen gusto, cuyo trato con el de algun tabaco que se siembra, y las crias de ganado bacuno á que se han aplicado sus vecinos, son las fincas en que aseguran (aunque con escasez) los medios para su manutencion.

CAPITULO VII.

ENTRA CRISTOBAL COBOS A LA CONquista de los Cumanagotos: puebla la ciudad de San Cristòbal; y sentido de Don Luis de Rojas da la obediencia al Gobernador de Cumaná.

SOBERVIOS los indios Cumanagotos de haber obligado á Garci-gonzalez á despoblar la ciudad del Espíritu Santo y retirarse de toda la jurisdiccion de su provincia, fueron multiplicando los insultos á que los provocaba su altivez, fiados en que la continuada felicidad de sus victorias los habia elevado ya (en la comun estimacion) al grado supremo de invencibles; y experimentándose

cada dia, con lamentables trajedias, los efectos de esta presuncion desvanecida, fué preciso que el Gobernador D. Luis de Rojas aplicase todo el conato á su remedio.

Habia la audiencia de Santo Domingo condenado á Cristóbal Cobos en que sirviese á su costa en las conquistas que pudiesen ofrecerse en la provincia, para satisfacer con éste mérito las resultas del delito que cometió su padre en la muerte tan injusta, como atroz, que dió á Francisco Fajardo; y siendo persona á quien la experiencia de sus hechos tenia acreditado por hombre de valor, y buen soldado, halló el Gobernador cuanto habia menester en este caso para conseguir su intento; y valiéndose del pretexto de lo determinado por la Audiencia, le mandó tomase por su cuenta la sujecion, y castigo de los Cumanagotos, ofreciéndole ayudarlo con cuanto hubiese menester para los precisos gastos de su empeño.

Aceptó luego Cobos la propuesta, y levando ciento y setenta hombres españoles, y trescientos indios de la costa, entró por el mes de Marzo del año de ochenta y cinco (a) á pisar los umbrales de aquella nacion rebelde, y llegando al rio salado, cuyas márjenes tantas veces fueron teatro en que á costa de la sangre española, representó sus mas lastimosos sucesos la desdicha, le salió al encuentro el Cacique Cayaurima con dos mil Gandules de pelea, que militaban voluntarios á la sombra feliz de sus vanderas, y rompiendo desde luego la batalla, sin dar tiempo á que los nuestros pudiesen aprovecharse de los puestos ventajosos del terreno, hubiera conseguido el

(a) Año 1585.

derrotarlos, si Cobos, reconociendo el aprieto en que se hallaba, no hubiera obrado aquel dia, disponiendo como capitan, y peleando como soldado, pues de esta suerte, aunque á costa de la muerte de Juan Ortiz, y otros cinco ó seis infantes, logró el que se retirasen los indios despues de mas de tres horas de combate, dejándole el paso libre para poder proseguir sin embarazo hasta el jagüey de Macaron.

No desmayó Cayaurima con lo poco favorable del suceso; antes, teniendo á desaire de su valor la constancia con que pelearon los nuestros, llamó en su ayuda otros caciques, y reclutando sus tropas con ocho mil combatientes que le llegaron de socorro, volvió otra vez á probar el semblante con que lo recibia la fortuna: halló á Cobos atrincherado en su alojamiento, y prevenido con cuatro versos de bronce, que cargados de valas menudas tenia asestados para la parte por donde se temia le podria acometer el enemigo, y dándoles fuego á tiempo que resueltos los indios avanzaron por allí con ánimo de apoderarse del cuartel, hicieron tal destrozo, que desordenada la muchedumbre, su misma confusion ofrecia blanco seguro para lograr nuevos tiros, hasta que reconociondo Cayaurima el menoscabo que padecian sus escuadras, empezó á retirarse á parte donde la distancia malograse el alcance de los versos; y provocando desde allí á los españoles, los instaba á que dejados los reparos que le servian de defensa, saliesen á mostrar el valor en la campaña.

No reusó Cobos aceptar el desafio, y dividiendo su

jente en dos escuadras, (a) echó la infanteria por un lado, y él con cuarenta caballos que tenia acometió por otro, para obligar á los indios á que acudiendo á dos partes diferentes, formasen dos frentes encontradas: iban los delanteros junto á Cobos Cristóbal Mejia de Avila, y Hernando Tello; y como en la destreza con que jugaban las lanzas reconocieron los indios los mas evidentes anuncios de su ruina, vueltos á una contra ellos, los marcaron por blanco fijo al tiro de sus saetas de suerte, que no pudiendo resistir los sayos de armas el agudo penetrar de tanta flecha como descargaron sobre los dos jinetes, á los primeros encuentros del combate cayeron muertos en tierra, acompañando los caballos en la desgracia la infeliz fortuna de sus dueños: acontecimiento, que reputado por los indios como premisa cierta de la victoria que esperaban, les dió aliento para empeñarse mas en la pelea, renovando con mayor estruendo el militar rumor de la guazábara.

Cobos entónces, animando á los suyos mas con el ejemplo, que con las palabras, rompió por el bárbaro escuadron, atravesando con la lanza á cuantos procuraban estorvarlo; pero como la multitud que acaudillaba Cayaurima era tanta, que contrapesando el esfuerzo invencible de los nuestros, no daba lugar á que se conociese el menoscabo que padecian sus derrotadas escuadras, llegó á recelar Cobos del suceso, viendo el desprecio de la vida con que peleaban los bárbaros, y la intrepidez con que ofrecian los nesnudos cuerpos á los ardientes cortes del acero.

(a) Batalla de Macaron.

No con menos confusion se hallaban por su parte los infantes, pues oprimidos de la muchedumbre de los indios, aun no tenian desahogo para jugar las espadas; pero como el valor en los aprietos suele valerse de una temeridad para lograr un remedio, viéndose ya cuasi perdidos, y que los indios aclamaban con sepetidas voces la victoria, fiados Juan de Campos, y Alonso de Grados en las fuerzas corporales con que adornó su rebustez naturaleza, atravesaron por medio del ejército enemigo en busca de Cayaurima, y encontrándolo en la frente que hacia oposicion á los jinetes, se abrazaron con él, cargándolo entre los dos para llevarlo prisionero: accion, que advertida por Cobos, conoció luego consistia en el buen suceso de ella la felicidad de aquel empeño en que se hallaban todos, y para que no la malograse algun descuido, haciéndoles espaldas con parte de los caballos, los fué convoyando, hasta que amparado del abrigo del alojamiento quedó asegurado en él el prisionero.

Con esta novedad mudó su teatro de repente la fortuna, pues temerosos los indios del riesgo que corria la vida de su cacique si proseguian con las armas, desampararon el campo apresurados, dejando con la fuga malograda la victoria que tenian entre las manos; y deseando aprovecharse de los auxilios del tiempo para lograr ocasion de poder poner en libertad á Cayaurima, vinieron al alojamiento el dia siguiente ofreciendo la obediencia con aquellos rendimientos que suele afectar cauteloso un disimulo: bien conoció Cobos la intencion que gobernaba aquel movimiento repentino, y que la paz á que tiraban solo miraba por fin la libertad del cacique; pero dejándose llevar de la apariencia, sin dar á

entender que penetraba el alma que llevaban sus intentos, quiso tambien fiar al beneficio del tiempo las mejoras de su partido, y por medio de la amistad (aunque finjida) ver si podia domesticar con la comunicacion, y con el trato la indomable condicion de aquel jentio, á cuyo efecto, poniendo mas cuidado en la guardia, y prision de Cayaurima, asentó las paces desde luego, y mudando su alojamiento al rio salado, á poca distancia de la boca por donde desagua al mar, pobló la ciudad de S. Cristóbal.

A este tiempo llegó á Cumaná pór Gobernador, y Capitan jeneral de la provincia Rodrigo Nuñez Lobo, y teniendo noticia de la poblacion que habia hecho Cobos y el buen estado en que se hallaban los progresos de su conquista, tomada la posesion de su ejercicio pasó á verse con él á S. Cristobal, y comunicándose los dos muy en secreto, resultó de esta dilijencia, que Cobos, ó movido de las promesas, y ventajosos partidos que le ofreció Rodrigo Nuñez, ó porque en realidad (como él decia) quiso hallando la ocasion, despicarse de los sentimientos que conservaba de D. Luis de Rojas, por haberle faltado con los socorros que le prometió al tiempo que lo empeñó en su conquista, negando la fidelidad que debia á su lejítimo Gobernador, dió la obediencia á Rodrigo Nuñez, sometiendo su nueva poblacion, y todo aquel partido á la jurisdiccion de Cumaná: accion, que atendida con desprecio, por no haber hecho caso de ella Don Luis de Rojas, fué el único fundamento para que aquella provincia se quedase desde entónces desmembrada de esta Gobernacion, y sujeta á Cumaná: por cuya causa, no perteneciendo desde aquí al asunto de nuestra

historia los sucesos de su conquista, omitiremos referir los varios acontecimientos que sobrevinieron despues.

CAPITULO VIII.

DESPUEBLASE LA CIUDAD DE CARAVAlleda: capitulan los vecinos de Santiago á D. Luis de Rojas; y viene D. Diego de Osorio á gobernar la provincia.

ENTRAMOS ya en el año de ochenta y seis, (a) en que fenecidas todas las expediciones militares que fueron necesarias para la total conquista, y pacificacion de la provincia, cuando los vecinos debian gozar en las conveniencias del reposo los apetecibles frutos de la paz, que á costa de los desperdicios de su sangre habia llegado á conseguir el infatigable teson de su constancia, empézaron á experimentar por premio de sus fatigas ultrajes, y atropellamientos, hijos de la violencia que produjo una sinrazon apasionada, dando principio los enconos de un tema mal fundado á los disgustos, y discordias, que duraron despues por muchos años, con jeneral perturbacion de la república.

Gobernábanse en aquel tiempo las ciudades de la provincia por la direccion de cuatro Rejidores cadañeros, á quienes por costumbre, ó privilejio tocaba la eleccion de los alcaldes para la administracion de la justicia ordinaria, y llegando el año de ochenta y seis mandó el

(a) Año de 1586.

Gobernador D. Luis de Rojas á los de Caravalleda, que no hiciesen la eleccion como solian, porque queria él ponerlos de su mano. Los Rejidores viéndose despojados sin razon de aquella preeminencia, que tocaba á sus oficios, y en que los debia mantener la posesion en que se hallaban desde que se pobló aquella ciudad, suplicaron con palabras reverentes, y modestas del mandato del Gobernador, y sin querer admitir al ejercicio los que mandó nominados, juntándose á cabildo el dia primero de Enero elijieron sus Alcaldes como acostumbraban siempre; y como en las Indias no hay accion, por justificada que sea, que no se califique por delito, y gradue por desacato, si se opone, aunque sea en sombras, á la mas mínima insinuacion de un superior, bastó lo ejecutado en este lance para que D. Luis de Rojas, sintiéndose agraviado, los declarase por incursos en las indignaciones de su enojo; y tratando de pasar luego al castigo, para desahogar con la venganza los ardimientos de su cólera, mandó llevar presos á Santiago á los cuatro Rejidores que habian hecho oposicion á su dictámen.

Sentidos de esta demostracion los demas vecinos de Caravalleda, reputando por agravio comun el desaire que se hacia á sus Rejidores, desampararon la ciudad, mudándose los mas á vivir á Valencia: transmigraciones, que con facilidad se hacian en aquel tiempo, porque siendo las casas de vivienda unos bujios de paja, no reparaban los dueños en el poco costo de perderlas: esta resolucion de los vecinos encendió mas la cólera que ardia en el Gobernador, y dando nombre de motin declarado á la mudanza, procedió á la justificacion de aquel delito, incertando como cómplices en él á algunos veci-

nos de Santiago, atribuyéndoles la culpa de que habian parte en el consejo: fué el principal á quien formo este cargo el Capitan Juan de Guevara, persona de autoridad y que por su nobleza, méritos y caudal era de los que hacian cabeza en la república; quien viéndose calumniado injustamente, padeciendo los ultrajes de una prision rigorosa en que lo tenia el Gobernador, trató de buscar recurso que aliviase su trabajo, y despicase su ofensa: mas como para solicitarlo era preciso ocurrir á tribunal superior, valióse de un mestizo, llamado Juan de Urquijo, de quien tenia satisfaccion, por ser de mucha actividad, é intelijencia, á quien despachó con sus poderes á la corte á representar su queja, y que en su nombre capitulase al Gobernador D. Luis de Rojas, llevando afianzada la calumnia de los cargos que se obligaba á probarle.

Llegó Urquijo con felicidad á España; pero siendo en ocasion, que por estar ya D. Luis de Rojas para cumplir el tiempo de su Gobierno, tenia el Rey proveido en su lugar á D. Diego de Osorio, Jenerl de las Galeras, que entónces se mantenian para guardar la costa de Santo Domingo, no pudo tener lugar la capitulacion que pretendia; pero admitidos los cargos en el consejo, se remitió su averiguacion al juicio de residencia, cometiendo esta, y el desagravio de los presos al mismo Don Diego de Osorio, que ignorante de su promocion se hallaba en la isla Española gobernando sus Galeras, hasta qué llegando en su busca á Santo Domingo el mismo Urquijo, le entregó los despachos de sn mano, para que pasase luego á su gobierno, como lo ejecutó, tomando

la posesion por fines del año de ochenta y siete, (a) en que empezó D. Luis de Rojas á experimentar las mudanzas de su fortuna, pues cercado de los sobresaltos de reo, entre los desconsuelos de mal quisto, conoció aunque tarde, la diferencia que hay de recibir adoraciones como superir, ó afectar rendimientos como súbdito, pues publicada la residencia, como los agraviados eran muchos, y poderosos los émulos, fueron creciendo las demandas, y tomando cuerpo los capítulos; de suerte, que embargados todos los bienes, y puesto en una prision, padeció aquel caballero las mortificaciones, y desaires, que no merecian su sangre, pues pasó á tanto estremo su desdicha, que llegó á pedir limosna para poder sustentarse; de suerte, que movido de compasion el mismo Juan de Guevara, que lo habia capitulado, tomó por su cuenta el defenderlo, asistiéndole con cuanto hubo menester para su manutencion; y despues de fenecido todo el pleito, con jenerosidad mas que piadosa, le dió quinientos doblones, para que se fuese á España: accion por cierto propia de un corazon hidalgo, pues siendo el mas agraviado no le embarazaron sus sentimientos para que obrase como noble, y perdonase como cristiano.

Estas dependencias de Don Luis de Rojas dejaron en la vecindad aquellas resultas, que traen siempre consigo las pesquisas, porque siendo varios los juicios de los hombres, no es fácil hallar conformidad en los dictámenes; y como no hay operacion, por mal fundada que sea, que no tenga algun padrino que la apoye, no

(a) Año 1587.

fueron las de D. Luis de Rojas tan descaminadas, que no lograsen la fortuna de gozar la aprobacion de muchos que empeñados en defender su opinion, dieron motivo á que se dividiese en vandos la república, orijinándose parcialidades y discordias, que la perturbaron toda; á que se añadió despues, para comun disgusto, y mayor daño, la venida del licenciado Diego de Leguisamon, á quien la Audiencia de Santo Domingo envió el año de ochenta y ocho (a) a diferentes comisiones, siendo la principal de todas, sobre el mal tratamiento de los indios, y averiguar el modo con que se procedió en su conquista: materia en que hallándose comprehendidos todos los mas de los vecinos, fué consecuente pasar por la nota de culpados, entrando á la parte en el excesivo importe de condenaciones, costas, y salarios con que procuró aquel juez aprovechar el tiempo, para que no saliese inútil el trabajo, estendiendo los términos de la comision de suerte, que no hubiera llegado el plazo de acabarse, si la ciudad, temiendo su destruccion, no hubiera tomado el expediente de enviar á Santo Domingo á Juan Riveros, hombre de suposicion, y que habia sido Teniente jeneral de la provincia, á que representase los excesos de Leguisamon, y los perjuicios que padecia la vecindad, consumiéndose los caudales en los crecidos salarios de comision tan dilatada; á que atendiendo la Real Audiencia de Santo Domingo, en vista de los instrumentos que presentó Riveros para justificar las razones que motivaban su queja, lo mandó suspender del ejercicio, y que tasados los salarios en la competente can-

(a) Año 1588.

tidad que correspondia á lo actuado, restituyese á las partes lo demas que habia cobrado injustamente: beneficio, que estimó tanto la ciudad, por verse libre de las vejaciones con que se hallaba oprimida, que para manifestar su agradecimiento á la solicitud, y dilijencia de Riveros, le hizo donacion en sus exidos de las tierras que llaman del rincon.

CAPITULO IX.

ENVIA LA PROVINCIA A SIMON DE Bolivar por su Procurador á España: aplícase Don Diego Osorio á poner en forma las cosas del Gobierno; y Juan Fernandez de Leon puebla la ciudad de Guanare.

DESEMBARAZADO D. Diego Osorio de la residencía de D. Luis de Rojas, (entretenimiento que le dió bastantemente en que entender, por las agrias consecuencias de su resulta) trató de renovar la despoblada ciudad de Caravalleda, por la conveniencia que se seguia á la provincia de tener aquel puerto asegurado en la marina para la carga y descarga de las naos, y mas fácil expediente en las negociaciones precisas del comercio; pero quedaron tan desabridos los vecinos con los disgustos anteriores, que no fueron bastantes todas las dilijencias de Osorio para reducirlos á que volviesen á poblarse, dando por escusa la poca seguridad con que vivian expuestos á la continua hostilidad de los piratas, por no tener reparo alguno en aquel sitio para poder defenderse.

Pero siendo preciso mantener puerto en la costa para la conservacion del trato ultramarino, en que consiste todo el ser de la provincia, abandonado el de Caravalleda escojió D. Diego de Osorio el de la Guaira (a) (poco mas de una legua á sotavento) por la conveniencia de estar mas inmediato para el trajin, y comunicacion con la ciudad de Santiago, de quien dista cinco leguas; y aunque por entónces solo se fabricaron en él unas bodegas, que sirviesen para asegurar la carga de las naos, despues poco á poco se fueron levantando algunas casas, y agregándose allí algunos vecinos; de suerte, que con el tiempo ha venido á ser un razonable lugar, que coronado de artilleria, y guarnecido de ciento y treinta plazas de presidio, se gobierna por la direccion de un Castellano, que siendo cabo militar de sus fuerzas, ejercita juntamente la jurisdiccion ordinaria, como justicia mayor que es de aquel puerto, nombrado por el Gobernador, y recibido por el Cabildo de la ciudad de Santiago: aumentos, que debe aquel lugar á las primeras lineas que tiró para su formacion D. Diego de Osorio, á cuyo gran talento, y don particular de gobernar, se confiesa obligada esta provincia, pues atendiendo á su lustre, y á sumayor decoro, la perfeccionó por todos lados hasta dejarla entablada en aquella economia política que hoy goza, corrijiendo los abusos, y enmendando los defectos, que por descuido de sus pobladores adquirieron las ciudades con la mal formada planta que se les dió en sus principios.

Para esta reformacion que ejecutó D. Diego de

(a) Puerto de la Guaira.

Osorio era preciso conseguir primero particulares órdenes del Rey, por lo que miraba á algunos puntos en que no podia arbitriar como Gobernador, por ser materias, que para proceder en ellas necesitaba de facultad especial, y jurisdiccion delegada; pero como el Cabildo de Santiago se hallaba enterado de los buenos deseos de su Gobernador, fué fácil hallar salida para aquel inconveniente, pues deseando por su parte coadjubar á lo que tanto importaba, nombró el año de ochenta y nueve (a) á Simon de Bolivar, para que como Procurador jeneral de la provincia pasase á España, y representando al Rey las cosas que necesitaban de remedio, solicitase los despachos que pedia D. Diego de Osorio: en que anduvo tan dilijente, ó por mejor decir afortunado, que llegado á la corte (ya por el año de noventa) (b) consiguió sin dificultad, no solo los principales puntos de su encargo, pero otras muchas gracias, y mercedes, que fueron de grande consecuencia á la provincia, entre las cuales debemos contar por las primeras el encabezamiento de alcabalas hecho á favor de las ciudades, por una corta cantidad que habian de contribuir al Rey por tiempo de diez años; la facultad de poder introducir cien toneladas de negros sin pagar derechos reales; la prorogacion de la merced concedida anteriormente á instancia de Sancho Briceño, para que la ciudad de Santiago nombrase todos los años persona que trajese de su cuenta un navio de rejistro para el puerto de la Guaira; y otras, que aunque no de tanta consideracion para el provecho, fueron de igual estimacion para el aprecio.

(a) Año de 1589. (b) Año de 1590.

Habiendo consumido Simon de Bolivar en estas pretensiones todo el año de noventa y uno, (a) volvió á la provincia mediado ya el año de noventa y dos, (b) y hallándose D. Diego de Osorio habilitado para poder obrar lo que deseaba, empezó á poner en planta los acertados dictámenes que tenia premeditados, pues aplicando su desvelo á poner forma en la provincia, repartió tierras, señaló exidos, asignó propios, entabló archivos, formó ordenanzas, congregó los indios en pueblos y partidos, y finalmente podemos con verdad asegurar, que de un embrion informe en que se hallaba todo, lo redujo su actividad á las formalidades de un ser político; y porque no quedase materia en que no pusiese atencion su providencia, considerando que desde las ciudades del Tocuyo, y Barquisimeto, tirando para el sur hasta los términos donde se divide la jurisdiccion de esta provincia de la la del nuevo Reino, habia mucha distancia sin poblacion alguna que asegurase la posesion de aquel partido, dió órden á Juan Fernandez de Leon, para que levando la jente que le pareciese necesaria, entrase por los llanos, y poblase una ciudad en la parte que tuviese por mas acomodada; en cuya ejecucion el año de noventa y tres (c) pobló la del Espíritu Santo á orillas del rio Guanare (d) (de quien ha tomado el nombre para ser comunmente conocida;) su temperamento es sano, aunque en estremo cálido; abunda de ganado bacuno, por la conveniencia que ofrecen para criarlo los dilatados llanos, y sabanas en que está fundada; y de pescado por la facilidad con que lo cojen en los caudalosos rios que

(a) Año 1591. (b) 1592. (c) 1593. (d) Ciudad de Guanare.

la circundan: su vecindad es poca, pero feliz, pues goza la fortuna de tener en su iglesia colocada la milagrosísima imajen de nuestra Sra. de Coromoto, portento de maravillas, y prodijio de milagros, á cuya piedad ocurren en devotas romerias de todas las provincias circunvecinas, unos á buscar remedio necesitados, y otros á cumplir promesas agradecidos: su milagrosa aparicion referiremos con el favor de Dios en el segundo tomo, entre los sucesos del año de seiscientos y cincuenta y dos, en que tuvo su principio, para gloria de aquella ciudad dichosa.

Restábale á Don Diego de Osorio para el cumplimiento de su planta suprimir en los Cabildos los rejimientos cadañeros, y establecerlos perpetuos para lustre mayor de las ciudades, y obviar algunos inconvenientes, que traia consigo la eleccion: habia ya dos de esta calidad en el Cabildo de Santiago, por haber S. M. hecho merced á Garci-gonzalez de Silva del oficio de depositario jeneral por los dias de su vida, y haber traido Simon de Bolivar para sí el de Oficial real de la provincia, con preeminencias de Rejidor, y voz y voto en Cabildo; á cuya imitacion, conseguida cédula del Rey para que fuesen perpetuos, y vendibles, sacó D. Diego de Osorio los demas oficios á pregones el año de noventa y cuatro, (a) y hechas las posturas, y corridos los términos, se remató el de Alferez mayor en Diego de los Rios; la vara de Alguacil mayor en D. Juan Tostado de la Peña; y los Rejimientos ordinarios en Nicolas de Peñalosa, Antonio Rodriguez, Martin de Gamez, Diego Diaz Bezerril, Mateo Diaz de Alfaro, Bartolomé de Mazabel, y

(a) Año 1594.

Rodrigo de Leon, de que hemos querido hacer expresion por la memoria de haber sido los primeros que obtuvieron estos oficios en propiedad, y perpetuos.

CAPITULO X.

SAQUEA EL DRAQUE LA CIUDAD DE Santiago: y refiérese todo lo sucedido en la provincia hasta el año de mil y seiscientos.

GUSTOSA se hallaba la provincia disfrutando las felicidades en que la tenia puesta el justificado gobierno de D. Diego Osorio; pero como no hay prosperidad en esta vida á quien no siga como sombra un infortunio, cuando se consideraba mas segura en las posesiones de su dicha empezó á padecer los contratiempos con que la persiguieron las desgracias, siendo la primera una cruel hambre, que se introdujo el año de noventa y cuatro, orijinada de una plaga de gusanos tan voraz, que asolando las sementeras, convirtió en cenizas los sembrados, sin que pudiese reservar la providencia, ni aun granos, que sirviesen de semilla para volver á sembrar: trabajo que molestó mucho la provincia, porque entrando todos á la parte en padecer, fué jeneral el clamor, y comun el desconsulo, creciendo mas la afliccion al paso que se multiplicaba la plaga por instantes, sin hallar remedio humano para poder extinguirla, hasta que ocurriendo á la piedad divina, por intercesion del glorioso martir S. Jorje, á quien escojieron por patron, se consiguió el consumirla, en cuyo agradecimiento se obliga-

ron por voto los labradores de la ciudad de Santiago á fabricarle una capilla, y contribuir todos los años cada uno con una fanega de cualquier semilla que sembrase, como llegase á cincuenta fanegas la cosecha, para que su importe se distribuyese en los precisos gastos de su adorno; pero entibiado el fervor despues que cesó el trabajo, túvo lugar el descuido para olvidar las circunstancias del voto, contentándose solo con celebrarle su fiesta en la iglesia catedral el dia veinte y tres de Abril: devocion, que ha conservado la costumbre hasta los tiempos presentes.

Con estas penalidades, y miserias corrió el año de noventa y cuatro, y para que todo tuviese los requisitos de aciago, cerró los dias de su curso con la muerte del Sr. Obispo D. Fr. Juan de Manzanillo, Prelado de gran piedad, á quien veneró esta provincia, mas que como á Obispo, como á padre: en su lugar presentó S. M. para esta sede al Sr. D. Fr. Diego de Salinas, (a) relijioso Domínico, natural de Medina del Campo, hijo del convento de S. Andres de su patria, y Procurador jeneral, que era en la corte para las dependencias de su Orden; y aunque su venida á este obispado no fué hasta el año de noventa y ocho, por haberlo detenido en España la conclusion de algunos negocios que estaban á su cuidado, hemos querido anticipar la noticia de su presentacion por si acaso no hubiere oportunidad de referirla á su tiempo; y dejando esto anticipado para entónces, pasáremos á los acaecimientos del año de noventa y cinco (b) en que D. Diego de Osorio, con el deseo de visitar la

(a) Jil Gonz. p. 1. The. Ecclesiast. (b) 1595

provincia, para que en todas las ciudades, al respeto de su presencia, quedasen mas bien establecidas, y corrientes las providencias que habia aplicado su zelo, pasó á la ciudad de Maracaibo: determinacion en que consistió en parte la calamidad que sobrevino poco despues á la ciudad de Santiago, porque faltando de ella su vijilancia, ó su fortuna, quedó expuesta á la desdicha que le trazó su desgracia.

Recaló á principios del mes de Junio sobre el puerto de Guaicamacuto (media legua á barlovento del de la Guaira) aquel célebre corsario Francisco Draque, á quien hicieron tan memorable en el orbe sus navegaciones, como temido en la América sus hostilidades, y echando en tierra quinientos hombres de su armada, ocupó sin resistencia la marina, porque los indios que pudieran haber hecho alguna opugnacion para estorvarlo, desampararon su pueblo antes de tiempo, y buscaron seguridad en la montaña: gobernaban la ciudad por la ausencia de D. Diego de Osorio, Garci-gonzalez de Silva, y Francisco Rebolledo, como Alcaldes ordinarios de aquel año; y teniendo la noticia del desembarco del corsario, recojida toda la jente de armas que pudo juntar la priesa, salieron á encontrarlo en el camino que va del puerto á la ciudad, resueltos á embarazarle la entrada con la fuerza en caso que pretendiese pasar para Santiago: prevencion bien discurrida, si no la hubiera malogrado la malicia de una intencion dañada, pues ocupados con tiempo los pasos estrechos de la serrania, y prevenidas emboscadas en las partes que permitia la montaña (como lo tenian dispuesto con gran órden) era imposible que al intentar el corsario su transporte, dejase

de padecer lamentable derrota en sus escuadras: pero el ánimo traydor de un hombre infame fué bastante para frustrarlo todo, porque habiendo el Draque apoderádose de la poblacion de los indios de Guaicamacuto, halló en ella á un español, llamado Villalpando, que por estar enfermo no pudo, ó no quiso retirarse, como lo hicieron los indios, y procurando hacerse capaz del estado de la tierra por la informacion de este hombre, para que obligado del temor le dijese la verdad, le hizo poner una soga á la garganta amenazándole con la muerte, si no le daba razon de cuanto le preguntase: demostracion, que conturbó de suerte á Villalpando, que, ó sufocado del susto, ó llevado de su mala inclinacion, se ofreció á conducir al pirata por una senda tan secreta, que podria ocupar por interpresa la ciudad de Santiago antes que fuese sentido.

Esta era una vereda oculta, ó por mejor decir, una trocha mal formada, que subia desde la misma poblacion de Guaicamacuto hasta encumbrar la serranía, y de allí bajaba por la montaña al valle de S. Francisco, camino tan fragoso, é intratable, que parecia imposible lo pudiese trajinar humana huella: por aquí, guiado de Villalpando, y seguido de mil dificultades, y embarazos, emprendió el Draque su marcha con tanto secreto, y precaucion, que antes que lo sospechasen, ni sintiesen salió con sus quinientos hombres á vista de la ciudad por el alto de una loma, donde irritado con la maldad que habia cometido Villalpando de ser traydor á su patria, lo dejó ahorcado de un árbol, para que supiese el mundo, que aun han quedado saucos en los montes para castigo digno del escariotismo.

Hallábase la ciudad desamparada, por haber ocurrido los mas de los vecinos con los Alcaldes al camino real de la marina para defender la entrada, pensando que el enemigo intentase su marcha por allí; y viéndose acometidos de repente los pocos que habian quedado, no tuvieron mas remedio, que asegurar las personas con la fuga, retirando al asilo de los montes el caudal que pudo permitir la turbacion, dejando expuesto lo demas al arbitrio del corsario, y hostilidades del saco.

Solo Alonso Andrea de Ledesma, aunque de edad crecida, teniendo á menoscabo de su reputacion el volver la espalda al enemigo sin hacer demostracion de su valor, aconsejado, mas de la temeridad, que del esfuerzo, montó á caballo, y con su lanza, y adarga salió á encontrar al corsario, que marchando con las vanderas tendidas, iba avanzando la ciudad, y aunque aficionado el Draque á la bizarria de aquella accion tan honrosa dió órden expreso á sus soldados para que no lo matasen, sin embargo ellos, al ver que haciendo piernas al caballo procuraba con repetidos golpes de la lanza acreditar á costa de su vida, el aliento que lo metió en el empeño, le dispararon algunos arcabuces, de que cayó luego muerto, con lástima, y sentimiento aun de los mismos corsarios, que por honrar el cadaver, lo llevaron consigo á la ciudad para darle sepultura, como lo hicieron, usando de todas aquellas ceremonias, que suele acostumbrar la milicia para engrandecer con la ostentacion las exequias de sus cabos.

Bien ajenos de todo esto se hallaban Garcigonzalez de Silva, y Francisco Rebolledo esperando al enemigo en el camino real de la marina, cuando tuvieron la

noticia, de que burlada su prevencion, estaba ya en la ciudad; y viendo desbaratada su planta con la no imajinada ejecucion de la interpresa, echando el resto á la resolucion volvieron la mira á otro remedio, que fué bajar al valle con la jente que tenian, determinados á aventurarlo todo al lance de una batalla, y procurar á todo riesgo desalojar de la ciudad al enemigo; pero recelándose él de lo mismo que prevenian los Alcaldes, se habia fortalecido de suerte en la iglesia parroquial, y casas reales, que habiendo reconocido por espias la forma en que tenia su alojamiento, se discurrió temeridad el intentarlo, porque pareció imposible conseguirlo.

Pero ya que no pudieron lograr por este inconveniente el desalojo, dividieron la jente en emboscadas, para embarazar al enemigo que saliese de la ciudad á robar las estancias, y cortijos del contorno: asegurando con esta dilijencia las familias, y caudales que estaban en el campo retirados, en que se portaron con disposicion tan admirable, que acobardado el corsario con las muertes y daños que recibian sus soldados al mas leve movimiento que pretendian hacer de la ciudad, se redujo á mantenerse como sitiado, sin atreverse á salir un paso fuera de la circumbalacion de su recinto, hasta que al cabo de ocho dias, dejando derrivadas algunas casas, y puesto fuego á las demas, con el saco que pudo recojer en aquel tiempo, se volvió á buscar sus embarcaciones, que habia dejado en la costa, sin que la buena disposicion con que formó su retirada diese lugar para picarle en la marcha, ni poder embarazarle el embarque.

Estaba ya el Gobernador D. Diego de Osorio en la ciudad de Trujillo en prosecucion de su visita, cuan-

do tuvo la noticia de la invasion ejecutada por el Draque, y deseando acudir cuanto antes á lo que pudiese remediar con su presencia, dando el mas breve expediente que pudo á los negocios mas urjentes que tenia entre manos, volvió á principios del año de noventa y seis (a) á la ciudad de Santiago á tiempo que halló en ella, recien llegado de España, al Licenciado Pedro de Liaño, que con comisiones muy apretadas del Rey habia venido á la averiguacion de algunos fraudes, cometidos en rescates, y arribadas de navios sin rejistro; y como quiera que semejantes dilijencias, y pesquisas traen siempre consigo la inquietud jeneral de una república, y los precisos costos de condenaciones, y salarios, aunque los procedimientos de Liaño fueron tan arreglados, que no excedieron los límites de una moderacion justificada, no dejó la ciudad de padecer bastantes vejaciones, y molestias, que cojiendo á los vecinos lastimados con el trabajo tan reciente de la invasion del pirata, fueron por ocasion de aquel accidente mas sensibles; para cuyo reparo, y que constándole al Rey las cortedades en que se hallaba la provincia, mandase suspender el curso de la pesquisa, enviaron á España por su Procurador jeneral á Nicolas de Peñalosa: dilijencia, que aprovechó poco al remedio, porque siendo el recurso dilatado, cuando vino la resolucion del consejo ya Liaño, fenecida su comision, y llevando por delante las condenaciones, y salarios, se habia vuelto para España.

En este estado estaba la provincia cuando el año de noventa y siete, (b) para desconsuelo jeneral de sus

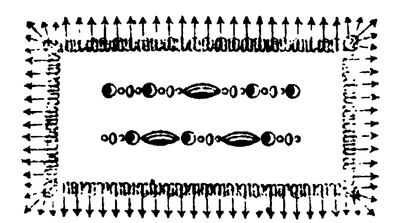
(a) Año de 1596. (b) Año de 1597.

habitadores, cesó D. Diego de Osorio en la administracion de su Gobierno, porque atendiendo el Rey al cúmulo de sus méritos, y á dar alguna recompensa á sus servicios, lo promovió á la presidencia de Santo Domingo, y nombró por Gobernador en su lugar á Gonzalo Piña Lidueña, que despues de haber poblado la ciudad de Jibraltar á las orillas de la laguna de Maracaibo, vivia retirado en la ciudad de Mérida, donde teniendo noticia de su ascenso, pasó luego á tomar la posesion de su Gobierno, que ejerció con mucha paz, y aceptacion de los vecinos hasta el dia quince de Abril del año de seiscientos, (a) en que acometido de una violenta apoplejia murió en la ciudad de Santiago: eran Alcaldes ordinarios aquel año Diego Vasquez de Escobedo, y Juan Martinez de Videla, y en virtud de lo determinado por la Real cédula que consiguió Sancho Briceño el año de setenta, se declararon el mismo dia Alcaldes Gobernadores, haciendo despues lo mismo los de las demas ciudades, cada cual en su distrito: ejercicio en que duraron muy poco, porque teniendo noticia la Real Audiencia de la muerte de Gonzalo Piña Lidueña, nombró por su Gobernador interino á Alonso Arias Baca, vecino de la ciudad de Coro, hijo del Licencido Bernaldes, aquel célebre letrado, que por nombramiento de la misma Audiencia tuvo dos veces en esta provincia el mismo empleo, como dejamos referido en el contexto de esta historia; con lo cual, añadiendo solo la muerte del Sr. Obispo D. Fr. Pedro de Salinas, que sucedió el mismo año de seiscientos en la ciudad del Tocuyo, daremos

(a) Año de 1600.

ﬁn á esta primera parte, dejando, con el ſavor de Dios, para materia del segundo tomo los acontecimientos, y sucesos de todo el siglo subsecuente.

O. S. C. S. M. E. C.



INDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTA HISTORIA.



LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.



LIBRO QUINTO.

LIBRO SEXTO.

LIBRO SEPTIMO.

LAUS DEO.



